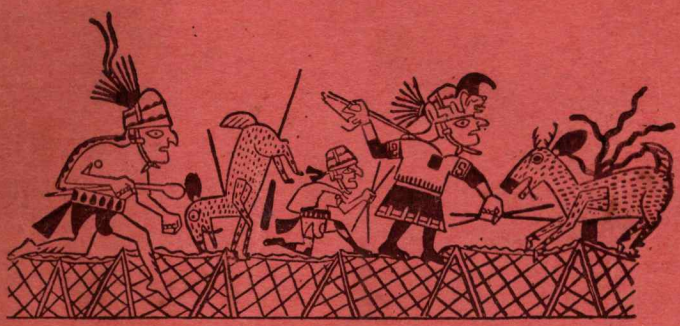
WALTER KRICKEBERG

ETNOLOGIA DE AMERICA



FONDO DE CULTURA ECONOMICA
MEXICO

Sección de obras de Antropología
dirigida por Alfonso Caso y Daniel F. Rubín de la Borbolla

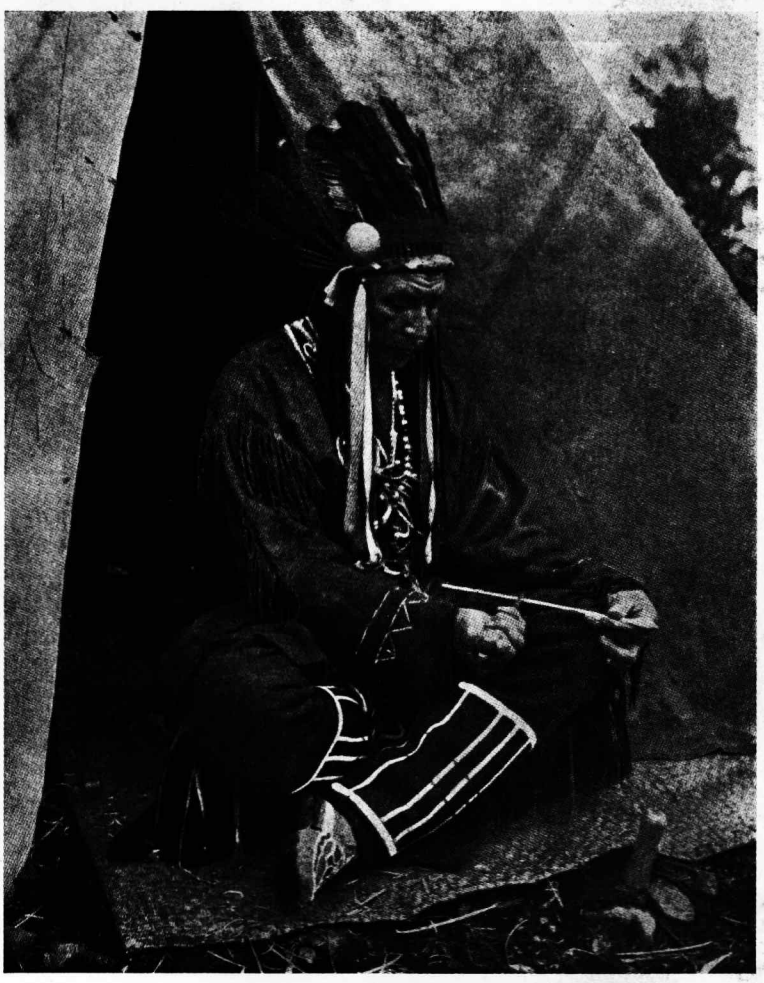
ETNOLOGIA DE AMERICA

Olga Elena Uribe Taberis

Primera edición en alemán, 1922
Segunda edición en alemán, corregida, 1939
Primera edición en español, 1946

Queda hecho el depósito que marca la ley
Copyright by *Fondo de Cultura Económica*

Impreso y hecho en México
Printed ann made in Mexico



Indio ojibwa haciendo flechas.

WALTER KRICKEBERG

ETNOLOGIA DE AMERICA

Versión española
de
Pedro Hendrich

FONDO DE CULTURA ECONOMICA
Pánuco, 63 - México

INTRODUCCION

AMÉRICA SE distingue de todos los otros continentes por su configuración peculiar y su situación geográfica. No consta de una sola sino de dos grandes masas terrestres que se extienden desde la zona Artica hasta cerca de las regiones Antárticas y que están unidas, en su centro, por un puente de tierra firme y una cadena de islas. En su superficie no existen sierras de alguna importancia que crucen de oriente a occidente, sino que solamente (y a este respecto se asemeja a Australia) un enorme sistema de cordilleras corre de norte a sur, dando lugar en su parte oriental a inmensas llanuras surcadas por sistemas fluviales que cuentan entre los más extensos del mundo. En estas llanuras, prácticamente no existe barrera alguna que impida la propagación del género humano de extremo a extremo del continente. Encajadas entre las cordilleras de la orilla occidental, hay grandes altiplanicies, donde, a veces en altitudes alpinas, fué posible que se desarrollaran pueblos y culturas que más tarde encontraron fáciles caminos para ir descendiendo, gracias a la formación de serranías que en varias regiones se abren en abanico.

Mientras que en Africa y Australia es fácil la comunicación con la masa continental de Eurasia en latitudes que favorecen la travesía de un continente a otro, América queda en una posición mucho más aislada. Tanto en latitudes templadas como tropicales, hay grandes océanos que separan América de las costas o islas más cercanas (Senegambia, Hawai, las Islas Marquesas y la Isla de Pascua). Ciertamente en la región sub-ártica, América está separada de Eurasia solamente por el Estrecho de Bering, relativamente angosto, y además tiene fácil comunicación con Asia a través del arco formado por las Islas Aleutianas; pero las tundras de Alaska son tan poco atractivas para la vida humana, que sólo pueblos cazadores y reco-

lectores pudieron sentirse impelidos a pasar y establecerse en ellas. En la costa oriental, donde Groenlandia, Islandia y las Islas Faroe forman un lineamiento que semeja a las piedras de un pasadizo en el camino de Europa, esta ruta estaba bloqueada para la navegación primitiva por las tempestades, el frío y los *icebergs*. Ante tales circunstancias, sólo quedan dos posibilidades para explicarse la manera cómo pudo poblarse América, en tiempos remotos: que el hombre americano se haya originado y desarrollado dentro del continente mismo, independientemente de los habitantes del Viejo Mundo, o que haya inmigrado del Norte de Asia, pasando por el Estrecho de Bering.

Ya desde hace mucho tiempo se ha hecho notar que se carece de toda base para poder suponer el origen independiente del hombre americano, por no existir en América monos antropoides, ni vivos ni fósiles, pues queda cortada en este continente la línea de ascendientes animales del hombre con los cébidos (monos de nariz ancha). Sin embargo, hubo una época en que se creyó que se había descubierto inclusive al hombre terciario en América. Dieron fábula a esta tesis, por un lado el hallazgo del cráneo de Calaveras junto con utensilios de piedra en las arenas auríferas de California, objetos que el geólogo del gobierno americano, J. D. Whitney, calificó en 1880 como pertenecientes al período del plioceno y posiblemente al del mioceno; y por el otro, el descubrimiento de restos humanos en asociación con huesos fósiles de animales en el loess de las pampas argentinas, en cuyo hallazgo, Florentino Ameghino, director del Museo de Historia Natural de Buenos Aires, basó, desde el año de 1870, su teoría del hombre terciario (incluso del eoceno) en Sudamérica, como cuna del género humano. Pero un nuevo examen de estos hallazgos, desde el punto de vista geológico, físico-antropológico y arqueológico, dió por resultado demostrar lo insostenible, tanto de ésta como de otras hipótesis análogas. Hoy día se parte, en todas las investigaciones sobre la edad del hombre en América, de los siguientes hechos:

1) Hasta ahora no hay en América hallazgo alguno que compruebe la existencia de formas primitivas del hombre a semejanza del Pithecanthropus, Sinanthropus, H. Heidelbergensis, ni aun del

H. Neanderthalensis. Todos los restos humanos de una supuesta gran antigüedad geológica que aparecieron en América, incluso los de la raza de Lagoa Santa (de la que se hablará más tarde), no se diferencian esencialmente del tipo del indio moderno, lo que quedó comprobado mediante las investigaciones del antropólogo norteamericano Hrdlicka.

2) La asociación de restos de esqueletos humanos con los de animales extinguidos en sitios arqueológicos americanos, tiene aquí un significado cronológico muy distinto al del Viejo Mundo.

3) Los artefactos humanos más antiguos de América pertenecen, cuando mucho, a las postrimerías del paleolítico.

Será preciso agregar unas aclaraciones adicionales a los postulados segundo y tercero.

Durante el cuaternario, América, al igual que Europa, sufrió cuatro grandes glaciaciones de las cuales la más reciente (la glaciación wisconsiniana) empujó sus glaciares en las Montañas Rocallosas hasta la latitud de Seattle y en el este hasta Saint Louis, Cincinnati y Nueva York. Sin embargo, las cinco acometidas de esta última glaciación no afectaron toda la región con la misma intensidad, por haber surgido de dos diferentes centros del interior del Canadá y en épocas distintas; de modo que, en algunos casos, un interglacial de cierta región correspondía cronológicamente al máximum de glaciación de otra región. Este es un hecho que dificulta grandemente fijar con certeza la edad de los restos humanos (*v. g.*, el esqueleto humano fosilizado descubierto por A. E. Jenks, cerca de Pelican Rapids, Minnesota). Los grandes mamíferos que en aquel entonces vivían en Norteamérica correspondían, con excepción de los marsupiales y desdentados, que inmigraron de Sudamérica a fines del terciario, a la demás fauna holártica y comprendían al lado de los animales todavía existentes numerosas especies hoy día ya extinguidas, como el caballo, el camello, el mastodonte, el mamut y varias especies de bisontes que proceden de Eurasia; el oso gigante *(arctodus)*, el castor gigante *(castoroides)*, el tigre de colmillos encorvados *(smilodon)*, el lobo primitivo *(temnocyon ferox)* y el perezoso *(aylodon)*.

Fuera de la región antiguamente sometida a glaciación, la determinación de la edad exacta de los restos de estos animales resulta excesivamente difícil y por consiguiente muy discutida. Sin embargo, puede tenerse ya por seguro que aquellos que hacen aparecer al hombre americano como contemporáneo de dichos animales han de colocarse, cuando más remotos, en el último glacial, o sea la "época pluvial" de las regiones no glaciadas; pero en su mayoría sólo en el post-glacial o aun en el presente geológico, porque una gran parte de los mamíferos mencionados (caballo, camello, mamut y perezoso) vivían en Norteamérica y probablemente también en Sudamérica, hasta hace unos cuantos milenios.

Justamente en estos últimos años se han realizado unos hallazgos bien determinados en varios lugares: cerca de Folsom, Nuevo México, el hombre americano primitivo persiguió un rebaño de bisontes con armas arrojadizas cuyas puntas de piedra aún están clavadas entre las costillas de los esqueletos de aquellos animales; y cerca de Alangasí, en la altiplanicie del Ecuador, el hombre primitivo mató a pedradas un mastodonte que había quedado atascado en un pantano, y lo destripó y asó en el lugar donde había caído. En varios otros sitios donde se hicieron hallazgos también se nos presenta el hombre como cazador de camellos, caballos o mamuts.

Son pocas las cuevas, entre las muchas que han sido excavadas en América, que nos han proporcionado pruebas irrefutables de la contemporaneidad del hombre con animales extinguidos; entre ellas están la *Gypsum cave*, en Nevada; la cueva Eberhardt, al borde del fiordo "Ultima Esperanza", en la Patagonia meridional, y la cueva de *Confins*, no lejos de Lagoa Santa, en Minas Geraes (Brasil). En las dos primeras se descubrieron restos de perezosos *(nototherium* y *glossotherium)*, cuyas pieles, pelo y garras se hallaban en un estado de conservación tan perfecto que resulta difícil creer que estos animales se extinguieran desde hace mucho tiempo; los restos mostraban huellas inequívocas de haber sido trabajados por la mano del hombre y estaban además asociados a artefactos humanos. La cueva de Confins guardaba, bajo una capa de estalagmitas, un esqueleto humano

dentro de un estrato intacto, al lado de restos óseos de caballos y mamuts.

En el caso de Alangasí, donde los esqueletos de animales estaban asociados a fragmentos de cerámica, se demuestra que algunos de los artefactos que forman parte de tales hallazgos son relativamente recientes desde el punto de vista histórico-evolutivo, porque dichos fragmentos de cerámica acusan el comienzo del cultivo y de la vida sedentaria. En las ruinas de San Agustín, en el río Magdalena superior, Colombia, y solamente a unos cuantos grados de latitud al norte de Alangasí, K. Th. Preuss descubrió una figura de piedra que podría interpretarse como la representación plástica de un elefante, única hasta ahora en toda la América precolombina; esto sería una prueba, en caso de ser correcta la interpretación, de que el recuerdo de estos paquidermos estaba vivo todavía al iniciarse las altas culturas. En cambio, los artefactos de Folsom y de algunas otras estaciones arqueológicas del oeste de Norteamérica, son de las postrimerías de la época glacial, o por lo menos inmediatamente post-glaciales, de modo que nos proporcionan al lado de los hallazgos de Cochise (véase más adelante), una idea de la cultura americana más antigua, a pesar de que sólo contienen, además de unos artefactos de hueso, utensilios de piedra como puntas de dardos foliformes con surcos longitudinales en ambas caras, raspadores laterales y terminales, cuchillos, buriles y taladros, fabricados de pedernal, cuarcita, ágata, jaspe o calcedonia.

De formas más variadas que las de Folsom resultan las hojas estilo Yuma, más o menos de la misma época, de ciertos lugares de Colorado y Nebraska, porque tienen ya algunas veces forma triangular y frecuentemente espiga como las puntas de piedra americanas más recientes. Muy lejos de ser toscos, estos utensilios testifican más bien, por sus superficies cuidadosamente talladas y sus rebordes retocados, un auge del arte de tallar la piedra, como aun raras veces se ha alcanzado y difícilmente superado posteriormente en América. En el Viejo Mundo, no hay nada que pueda compararse con las puntas de piedra de las culturas Folsom hasta llegar a las elegantes hojas

del solutrense, en el paleolítico superior europeo, talladas por ambos lados. Naturalmente una conexión directa no es de suponerse, y puntas con espiga parecidas a las de Yuma se encuentran, según O. Menghin, con relativa frecuencia en las postrimerías del paleolítico, en regiones donde la cultura de hojas de la Eurasia central y oriental experimentó las influencias de la cultura de las hachas de mano surasiático-africanas, sobre todo en la Siberia central a orillas del río Angara (cerca de Irkutsk), del Kitoi y del Ienissei superior (cerca de Krasnoarsk). En esas regiones tendremos que buscar probablemente las raíces de la industria Folsom, a pesar de que la cultura de Angara misma, con sus hachas pulidas y sus vasijas sencillas, pertenece ya al neolítico. Desgraciadamente, las regiones de la Siberia nororiental, decisivas para el problema del poblamiento de América son todavía, en cuanto a su arqueología, casi desconocidas. Sus habitantes más antiguos pertenecían indudablemente a los representantes de la cultura del hueso, según la clasificación de Menghin, la cual se originó en el norte de Europa y Asia durante el paleolítico superior, desarrollando diversas ramificaciones (cultura de Kunda, de Maglemose, etc.) e influyendo también en las culturas que se caracterizan por la manufactura de objetos de piedra laminada, con las que colindaban hacia el sur, mientras que ella casi no empleó utensilios de piedra. También a este círculo del paleolítico tenemos que asignar un papel importante en la colonización más antigua de América, a pesar de que hasta ahora no se han encontrado en ese continente restos de una cultura de hueso pura de edad más remota, ya que las fases iniciales de la cultura esquimal, conocidas por excavaciones, deben considerarse, cuando mucho, como descendientes lejanas de la cultura de hueso paleolítica, y pertenecen ya a los comienzos de nuestra era.

Lo más difícil es dar una adecuada contestación a la pregunta de cómo explicar los múltiples paralelos americanos con la cultura euroasiática de las hachas de mano. En la mayoría de los casos, se la descubrió en las cercanías de los litorales de ambos mares, en capas de grava de ríos cerca de Trenton (Nueva Jersey), a orillas del arroyo Observación, en Patagonia, en los estratos inferiores de los cónche-

ros de Chile central (Taltal), de California y del Brasil, así como en antiguos centros de población de la región maya en las provincias de Petén y Campeche; en este último caso, se la encontró a flor de tierra. Antropólogos de antaño como Abboth, Putnam, Wilson, Outes y Capitán, consideraban estos hallazgos como pruebas de una colonización de América durante la época Chellense o Acheulense. Pero el solo hecho de que las culturas de hachas de mano más antiguas de Europa y Asia manifiestan una distribución marcadamente occidental, mientras que van desapareciendo o faltan por completo en las regiones central y oriental de ambos continentes, habla decisivamente en contra de esta hipótesis; finalmente, los detalles de estos hallazgos, sobre todo la frecuente asociación de las hachas de mano americanas con utensilios de piedra pulida y vasijas de barro, y en Centroamérica aun con edificios, la hacen del todo imposible. Fuera de los casos en que se trata de piezas a medio acabar abandonadas en el taller (W. H. Holmes toma por tales los artefactos paleolíticos de Trenton), o de un simple caso de convergencia, podrán representar tal vez, como lo supone Menghin, las últimas extensiones de un avance tardío de la cultura de hojas de Eurasia, probablemente en conexión con la difusión del cultivo. Si llegó a América simultáneamente con la cultura Folsom, o si la precedió o siguió, esto no puede decirse todavía a causa de la falta absoluta de datos.

En vista de que las hachas de mano americanas se encuentran tanto entre pueblos recolectores o cultivadores como en áreas que desde tiempos remotos estaban habitadas por pueblos de cazadores y pescadores, hoy día no puede determinarse aún si son características, tanto en América como en el Viejo Mundo, de los ascendientes de las culturas de cultivadores, pero podemos estar seguros de que así es, por lo menos en el caso de la cultura de Cochise, a la que Antevs dió este nombre por el sitio de su primer hallazgo en el sur de Arizona. Los artefactos de esta cultura consisten en piedras planas de moler, con sus manos correspondientes, piedras para el fogón, martillos, manos de mortero y unos cuantos utensilios de piedra (entre los que faltan, sin embargo, las puntas de dardo), es decir, de rastros de

un pueblo que se alimentaba principalmente de vegetales (nueces de hicoris, vainas de mezquite, raíces de junco, etc.) y que vivía a la orilla de los lagos de la época pluvial, hoy día secos. Esta gente era contemporánea de los hombres de Folsom, los precursores de los cazadores americanos. Conforme a los hallazgos más recientes, la cultura de Cochise se extendía del centro de Texas hasta el litoral del sur de California y llegaba, tal vez, todavía más al sur a través de México hasta el norte de Sudamérica. Sólo más allá de una línea que H. C. Gladwin traza desde la bahía de San Francisco de California en dirección al sureste hasta el Golfo de México, comenzaban los dominios de la cultura de Folsom, que, a su vez, se extendían probablemente de California hasta Maine y del Canadá septentrional hasta el Golfo de México.

Sobre el largo período que media entre estas dos culturas —las más antiguas— y el despuntar de la época histórica de América ya ha sido posible proyectar, aquí y allá, ciertas luces, gracias al intenso trabajo arqueológico de los últimos tres decenios. El examen de los concheros que van bordeando ambos litorales desde Alaska y Groenlandia hasta la punta meridional del continente y que en el Brasil, donde se les llama "sambaquis", alcanzan dimensiones enormes, puso frecuentemente de manifiesto, sobre todo en la bahía de San Francisco de California y en la Tierra del Fuego, una sorprendente homogeneidad de esta cultura desde las capas más antiguas hasta las más recientes. Resultados más importantes aportaron las regiones donde, como en el suroeste de los Estados Unidos y en el norte de la altiplanicie de México, se había establecido con el tiempo un grupo de cultivadores entre las tribus cazadoras. Sus restos se han encontrado en los basureros de las antiguas moradas, así como en cuevas; y nos ofrecen hoy, gracias a las actividades de los arqueólogos norteamericanos (A. V. Kidder, Frank H. Roberts, G. C. Vaillant y otros), el cuadro completo de un desarrollo cultural que abarca, en números redondos, un período de unos dos mil años. La fase más antigua que cubre, según Roberts, el tiempo desde el año de 2000 a. C. más o menos hasta el comienzo de nuestra era, está representada por los

cesteros *(basket makers)*, como él los llama en virtud del material que predomina en sus hallazgos; hombres que no conocían todavía el cultivo, ni habitaciones fijas, ni la cerámica, pero que ya eran grandes maestros en la fabricación de cestos, de modo que no eran "primitivos" propiamente hablando. En las montañas de Guadalupe de Nuevo México y en la región de White River, Nevada, los artefactos de los cesteros se encuentran separados de los de los hombres de Folsom por una capa de tierra estéril que mide muchos pies de espesor, de modo que algunos investigadores consideran dichos cesteros descendientes de una onda de inmigrantes que no se presentaron sino hasta después de la inmigración de los hombres de Folsom, que a su vez presenciaron la extinción de los grandes mamíferos del cuaternario. Pero más probable parece que habrá que considerarlos como herederos de la cultura de Cochise, porque también los cesteros se alimentaban principalmente de vegetales recolectados y sólo cazaban animales pequeños. En el este de las Montañas Rocallosas se observa una amplia supervivencia de la cultura de Folsom; así nos lo indica la vasta distribución de puntas de piedra tipo Folsom que se encuentran, según Frank H. Roberts, con más frecuencia en Ohio, Tennesee, Georgia, el sur de Virginia y el oeste de Nueva York. Tratándose, en la mayoría de los casos, de hallazgos a flor de tierra, su colocación cronológica resulta en extremo difícil, aunque en lo general parece que son de más edad que las conocidas culturas más recientes de la región de los montículos *(mounds)*.

En esta fase cultural primitiva del este de los Estados Unidos del Norte aún no se conocían (como lo comprueban hallazgos en la cueva de los Mamuts, Kentucky, y otros lugares) el cultivo, la cerámica, ni utensilios de piedra pulida; en lugar de estos últimos, se usaban todavía puntas talladas para flecha o dardo, cuchillos y raspadores de pedernal u otro material parecido.

La antigua población que vivía en los abrigos rocosos de la sierra de Ozark, en Arkansas, aunque ya practicaba el cultivo del maíz en poca escala y fabricaba cerámica, se alimentaba todavía predominantemente con los productos de la caza y la recolección, y en general,

tenía más afinidad con los cesteros que con las tribus del este. En el suroeste y el sureste de Norteamérica, los adelantos culturales posteriores se deben indudablemente a influencias mexicano-centroamericanas; mientras que en el norte, las vasijas de barro y los utensilios de piedra pulida, que proceden en su mayoría de los antepasados de los algonquinos, están probablemente relacionados con el círculo cultural de la cerámica del peine, del neolítico de la Eurasia septentrional, que a su vez debe considerarse como la continuación de la antigua cultura ártica de hueso, que económicamente sigue basándose en la caza y la pesca. Sólo en ésta y en el círculo cultural subártico de Norteamérica, la cerámica muestra (como ya lo señaló B. von Richthofen) una serie de rasgos altamente característicos, que no se encuentran tan estrechamente asociados en ningún otro, es decir, tampoco en las zonas de cerámica conocidas en los países de alta cultura; la construcción de las ollas por modelado directo (en vez de rodetes), mezcla de arcilla con conchas desmenuzadas, fondos combados, impresiones con peines, sellos o cordeles, adornos de hoyuelos, etc. A todo esto se asocian todavía numerosas concordancias entre los utensilios de piedra del círculo cultural de la cerámica de peines y los artefactos de piedra paleo-algonquinos (hachas hormiformes, cuchillos y puntas de flecha de pizarra, figuritas de piedra pulida o tallada, etc.). Parte de estos elementos se conocía también en el oeste de Canadá y en Alaska; y éste es un dato que nos señala el enlace cultural con Siberia. Resulta perfectamente comprensible que algunos de estos elementos hayan continuado usándose en Norteamérica hasta el presente, si se tiene en cuenta el relativo aislamiento cultural del continente y el carácter conservador de los indios.

Por consiguiente, puede establecerse, como resultado de la investigación arqueológica más reciente, la existencia de tres tipos culturales antiguos, de los cuales uno (la cultura de Cochise con sus herederos, los cesteros) descansa en la economía de los pueblos colectores, dando la base para el posterior cultivo, mientras que las otras dos (culturas de Folsom y del hueso con sus ramificaciones) correspondían a pueblos cazadores y pescadores. Hasta ahora, no ha sido posi-

ble evidenciar vínculos directos de la primera con las culturas de hachas de mano del Viejo Mundo.

Conforme a todo lo que actualmente sabemos, la inmigración del hombre a América se llevó a cabo, cuando más tarde, al retroceder los glaciares de Wisconsin, hace 12,000 o cuando mucho 15,000 años, si se admite el comienzo de la regresión de los hielos alrededor del año de 20000 a. c., y el fin definitivo de la glaciación (la que se retrasó más tiempo en el noreste del Canadá que en la Colombia británica), alrededor del año de 8000 a. c. Estas fechas se apoyan, sobre todo, en el examen de las arcillas estratificadas de la época glacial reciente, realizado por Antevs, y que permite fijar la cronología con relativa seguridad.

En cuanto a la ruta de la inmigración, puede pensarse, aparte de las altiplanicies del interior de las Montañas Rocallosas, en el valle del río Yukon y las vertientes orientales de dichas cordilleras, por ser región que ya durante la época culminante de la glaciación wisconsiniana formaba un corredor despejado de hielos, sin que en aquellos tiempos hubiera podido aprovecharse, ya que el casquete de hielo de Siberia seguía bloqueando el paso hacia América. En vista de que con toda seguridad, los primeros hombres americanos, hace 12,000 años, no atravesaban el estrecho de Bering en oleadas compactas, sino en pequeños grupos de cazadores y recolectores nómadas, la alta cultura americana no puede haberse originado mucho antes de hace unos 10,000 años; a tal deducción llegaron también algunos astrónomos alemanes y norteamericanos a base de las cifras del calendario maya y de la posición de las columnas en el llamado observatorio del sol de Tiahuanaco, Bolivia.

Podría objetarse que el espacio de 12,000 años no es suficiente para hacer comprensible el acomodamiento del hombre americano a todos los climas y diferencias de altura, la caracterización de numerosos tipos somáticos, la diferenciación de poco más o menos 370 tribus mayores y 125 grupos lingüísticos, y finalmente la formación de muchas áreas culturales de mayor o menor extensión. Pero seguramente los primeros pobladores no vinieron todos juntos sino en olea-

das (muchas pequeñas oleadas) y de diferentes partes de Asia, de modo que ya estaban divididos en numerosos tipos somáticos y grupos lingüísticos. Además, el tiempo que se estima necesario para el desarrollo de las culturas suele calcularse siempre demasiado largo bajo la fuerte impresión de las enormes cifras geológicas. Si todo el espacio de tiempo desde el fin paleolítico hasta el fin de la edad de bronce en la Europa Central y Septentrional sólo abarcó, según los conceptos que prevalecen actualmente, de 4,000 a 5,000 años, y la antigua cultura egipcia, extraordinariamente conservativa y longeva, sólo duró 3,500 años desde su nacimiento hasta su fin, no se comprende (como lo subraya con mucha razón el arqueólogo norteamericano N. C. Nelson) por qué no habrían de bastar 12,000 años de evolución precolombina para la formación de todos los tipos culturales americanos, inclusive las altas culturas, pues ni siquiera abarcan por completo el período entre el paleolítico y la edad de hierro, ya que una edad de bronce existió sólo en el Perú y únicamente durante la época incaica (mas o menos entre 1200 y 1500 d. c.). El que la edad de bronce peruana estaba todavía en su adolescencia, queda demostrado con el hecho de que ésta aún no había creado muchas formas nuevas y que imitaba sobre todo los modelos locales de la edad de piedra.

En la clasificación de Linneo y Blúmenbach, los indios americanos formaban una raza homogénea e independiente, de la que se solía apartar solamente a los esquimales, por ser mongoloides. Más tarde se consideraba a los indios de América también como ramificación prístina de una raza protomongólica que todavía sobrevive en varios pueblos de Siberia, Mongolia, Tibet, Indochina y Birmania, así como en las islas Filipinas y Formosa, y que frecuentemente ostenta facciones de sorprendente semejanza con el indio (Hrdlicka). En efecto, los indios, tanto de América del Norte como del Centro y Sur, tienen muchos rasgos en común, de los que la mayoría son también característicos de los mongoloides: el color moreno-amarillento, el cabello lacio, negro y de sección circular; el cuerpo muy escaso de pelo, cara grande, ancha y con pómulos prominentes; estatura baja con hombros anchos; tronco largo y piernas cortas. A esto hay que

agregar todavía algunos rasgos característicos que se refieren a la estructura ósea, como el aplanamiento muy marcado del fémur y de la tibia, los dientes incisivos paliformes, etc. Sin embargo, esta igualdad en varios rasgos no debe ser motivo para olvidarse de que bajo este aspecto de semejanzas externas más o menos mongoloides existen otras diferencias somáticas muy significativas. Los indios se diferencian de la raza mongólica (además de pertenecer a un grupo sanguíneo distinto) en su aspecto exterior por el hecho de que el "pliegue epicántico" en el ángulo interior del ojo, es mucho menos marcado y que a menudo falta por completo, por la forma de la nariz —sobre todo la "nariz aquilina" muy prominente de muchos indios norteamericanos) y por el cabello ondulado que no es raro en Centro y Sudamérica; es decir, por rasgos que recuerdan vivamente el tipo europeo. Y entre sí, los indios se dividen en numerosos grupos en cuanto a la forma del cráneo y la estatura, los cuales, aunque a menudo se encuentran mezclados, en otros casos están claramente separados, también en sentido geográfico. A pesar de todas estas diferencias, Hrdlicka insiste en el origen común de la raza india, mientras que Kate, Rivet, Hooton y otros interpretan estas diferencias como el resultado de un mestizaje de razas en el que el grupo mongoloide, por ser numéricamente más fuerte, se impuso poco a poco a los demás elementos.

El primer intento científicamente fundamentado de una clasificación de las razas básicas americanas se debe al antropólogo alemán E. von Eickstedt, quien supone la existencia, con exclusión de los esquimales, de cuatro razas dolicocefálicas y cuatro braquicefálicas en el Nuevo Mundo. Dos de las primeras (*márgides* en Norteamérica y *lágides* en la del Sur) y tres de las últimas (*centrálides* en Centroamérica, *ándides* y *pámpides* en Sudamérica), formaban, según von Eickstedt, originalmente una comunidad más estrecha; las restantes son, en parte, formas recientes de la antigua raza dolicocefálica (las *sílvides* en Norteamérica y *brasílides* en Sudamérica) y en parte inmigrantes braquicefálicos más recientes *(pacífides)* a la costa occidental nord-pacífica.

A favor de una pluralidad original de razas entre los indios americanos tenemos sobre todo el hecho, comprobado mediante excavaciones, de que en varios lugares del oeste de América, los dolicocéfalos de razas más antiguas fueron desalojados y aniquilados por braquicefálicos de raza más reciente; a orillas del río Fraser, en la Colombia británica, cerca del río Des Plaines, en Illinois, en el suroeste de los Estados Unidos de Norteamérica y en las regiones colindantes de México, donde los *cesteros*, como ya se dijo, representan el elemento dolicocefálico más antiguo, así como cerca de Arica, en el litoral del norte de Chile. En el año de 1840, el naturalista danés Lund descubrió una raza dolicocéfala especialmente arcaica (la *paleoamericana*) al realizar excavaciones en una cueva de rocas calizas en el distrito de Lagoa Santa (Minas Geraes) del Brasil oriental; y más tarde pudo comprobarse la existencia de la misma raza en las pampas argentinas, en la altiplanicie del Ecuador (cerca de Punin), en Texas, Utah, Coahuila y la Baja California. Esta raza —los *lágides* y *márgides* de von Eickstedt— se divide en un tipo más basto (Punin) y otro más fino (Lagoa Santa), y sobrevive, aunque con muchas alteraciones, en los botocudos y otras tribus del este del Brasil, así como en los fueguinos. Probablemente tenemos que ver en ellos los restos de los inmigrantes americanos más antiguos que después fueron expulsados en todas partes por una raza braquicefálica (los *centrálides, ándides* y *pámpides* de von Eickstedt), hasta regiones inhospitalarias o países marginales del continente. Resulta de mucha importancia el dato de que los esquimales se consideran por lo regular como un elemento puramente mongoloide en suelo americano, a pesar de distinguirse de éstos por el cráneo angosto, alto y en forma de tejado o quilla. Se revelan, precisamente en virtud de esta misma forma de su cráneo, como una parte, posteriormente mongolizada, de la raza de Lagoa Santa; esto fué dicho por primera vez por el antropólogo danés Sören Hansen. Solamente en el sur de su territorio, a orillas del río Yukon, los esquimales dolicocéfalos ceden su lugar a una raza braquicefálica que predomina en las Aleutianas.

Las lenguas americanas tampoco pueden haber formado origi-

nalmente una unidad. El único vínculo que las une es su desemejanza de todos los idiomas del Viejo Mundo; solamente hay un grupo lingüístico americano que vive a la vez en el continente asiático —los esquimales del cabo Este de Siberia—; pero es que se ha pasado al lado americano sólo en tiempos recientes.

Ciertas afinidades entre el esquimal y las lenguas paleoasiáticas (de los chukchi, etc.), quedan limitadas a la gramática, mientras que el léxico y la fonética difieren fundamentalmente; de igual modo el intento de Sauvageot para comprobar el parentesco de la lengua esquimal con las de los Urales (de los finlandeses, etc.) no ha encontrado la aprobación de los esquimólogos.

No son rasgos comunes de todas las lenguas americanas, ni el "polisintetismo" (cópula de muchos conceptos diferentes en una palabra), ni la "incorporación" (inclusión del objeto en la forma verbal) que antes solían considerarse como tales; ni tampoco ciertos fenómenos fonéticos que se presentan con frecuencia, como la armonía vocálica o los sonidos explosivos.

Naturalmente, el laberinto babilónico de las lenguas americanas —se cuentan cerca de 125 familias lingüísticas independientes— no puede explicarse exclusivamente con la pluralidad original de lenguas, sino que está relacionada también con la densidad exigua de la población y el consiguiente aislamiento relativo de las diferentes tribus; porque el número total de indios llegaba en la época del descubrimiento de América probablemente a sólo 45 millones (es decir, un habitante por cada kilómetro cuadrado), el triple de la cifra actual, que se compone de 430,000 indios en Norteamérica, 6.400,000 en Centroamérica y 8.700,000 en la América del Sur.

Cuando los antepasados de los indios inmigraron desde Asia, la distribución de razas y lenguas era naturalmente en aquel continente muy otra que la que muestra hoy día. En el norte de Asia, el elemento mongólico aún no tenía la preponderancia actual y en su lugar predominaban elementos *europídos* (von Eickstedt), lo que explica fácilmente los rasgos físicos de muchas tribus indias que se parecen a los europeos. De ninguna manera, empero, debe pensarse, al tratar

de este problema, en una comunicación prehistórica directa de América con Europa, como tampoco en influencias de parte de los normandos, que, durante sus viajes a Vinlandia, no llegaron a tener más que un contacto muy fugaz con los indios y no hubieran podido dejar señales de su raza. Sólo en la época terciaria hubo un puente de tierra firme en el Océano Atlántico septentrional, pero entonces no vivía el hombre todavía ni en Europa ni en América.

Más importante para la pre-historia americana resulta el problema de las influencias transpacíficas sobre América. Es obvio que tampoco en este caso puede admitirse, en una investigación seria, la idea de puentes terrestres, como por ejemplo el puente antártico, sobre el que Mendes Corrêa hace llegar los australianos a América; en cambio, no puede negarse la posibilidad de viajes por mar hasta los litorales americanos, realizados por los isleños del Océano Pacífico.

Ciertas especulaciones, ya expresadas desde hace mucho tiempo, volvieron a adquirir actualidad al descubrirse elementos oceánicos en las razas y lenguas de América. Quatrefages, ten Kate, Rivet, Verneau, Oetteking y von Eickstedt llamaron la atención sobre la gran semejanza de cráneos australianos y melanesios con los dos tipos de la raza Lagoa Santa, y Rivet ha tratado de demostrar relaciones estrechas de lenguas austronesias con californianas, por un lado, y de australianas con patagónicas, por otro. En cuanto a los paralelos australianos (dicho sea de paso, asaz dudosos), no puede tratarse de relaciones transoceánicas, por saberse que aquéllos no eran navegantes. Con respecto a los melanesios, también resulta difícil pensar en una comunicación antigua con América. Las concordancias somáticas entre melanesios y la raza de Lagoa Santa se concretan exclusivamente a la forma del cráneo y no al aspecto exterior de los *lágides* de hoy día. Ni siquiera puede concederse mucha importancia al hecho de que ciertas noticias de fuentes españolas de la época de la conquista parecen indicar la presencia de elementos negroides en varios lugares de los litorales occidentales de América, por ejemplo en California y Panamá, porque la dispersión de la raza de Lagoa Santa es muy

extensa en América y seguramente mucho más antigua que los movimientos migratorios de los melanesios en el sur del Pacífico, donde difícilmente deben haberse atrevido a ir mucho más allá de las islas Fidji, hacia el este. De los polinesios sí sabemos, por sus tradiciones históricas, que no les amedrentaban las grandes travesías durante sus correrías en el mar. El viaje de 2,300 millas náuticas entre Tahití y Hawai fué emprendido varias veces, de modo que la distancia más corta desde Hawai o la isla de Pascua hasta América tampoco resultaría un obstáculo. Solamente queda el problema de determinar cómo estas travesías, que se emprendían seguramente sólo raras veces y no con grandes armadas, pudieron tener consecuencias tan trascendentales como indudablemente son la difusión de razas o lenguas. En la mayoría de los casos, los recién llegados deben de haber sido muertos o absorbidos totalmente por los nativos. Para explicar la presencia de los supuestos elementos raciales o lingüísticos australianos u oceánicos en América, sólo queda entonces el recurso de suponer que en la época de la emigración del hombre a este continente, ascendientes o parientes de las razas que más tarde poblaron Oceanía, vivían todavía, también, en el continente asiático y que tomaron parte en un movimiento migratorio a América.

Muy diferente resulta, sin embargo, el problema de las influencias culturales, desde Oceanía o sur de Asia, ya que éstas sí podían surtir efecto aun tratándose de reducidas tripulaciones. Para poder formarse un juicio a este respecto, resulta necesario estudiar la estructura cultural de América como un todo. Esta estructura es marcadamente simétrica y puede compararse con una pirámide escalonada de enormes dimensiones. El ancho basamento que en el norte llega hasta el Artico y en el sur hasta la Tierra del Fuego, está formado por una capa de pueblos de la fase económica de mera apropiación: recolectores, cazadores y pescadores. Sobre este zócalo se levanta, como segunda grada, la capa de los cultivadores inferiores que queda limitada en el norte y en el sur por dos líneas que corren más o menos desde Quebec hasta Los Angeles y desde Pará hasta Puerto Montt, respectivamente; sobre esta segunda grada se levanta final-

mente como la más elevada, la alta cultura, la que queda confinada, en lo esencial, a la región de la cordillera, entre los trópicos. Cada una de las tres capas se caracteriza no solamente por su estructura económica, sino también por los otros fenómenos culturales que originalmente se encontraban sólo dentro de una u otra de ellas, sin tener, sin embargo, ni la misma edad ni la misma difusión; de modo que no podrá contarse con un origen uniforme de ninguna de las tres.

De este cuadro de distribución geográfica, se desprenden fácilmente las grandes líneas de la historia cultural del continente. Primeramente, éste estaba habitado en su totalidad por recolectores, cazadores y pescadores, descendientes directos de los inmigrantes más antiguos que vinieron de Asia. Las circunstancias que comprueban que sus dos zonas de distribución, separadas en la época del descubrimiento de América por inmensas distancias, estaban conectadas en tiempos más remotos, es decir, que en aquel entonces extendía una sola capa de cazadores y pescadores, enormemente grande, aunque de ninguna manera homogénea, desde el estrecho de Bering hasta la Tierra del Fuego, son: 1º existen todavía numerosos restos de esta capa dentro del territorio de los cultivadores inferiores y de los pueblos civilizados; por ejemplo, los seri y huave primitivos de México, los igualmente primitivos uru y changos en el antiguo Imperio Incaico y numerosas hordas con un nivel cultural muy bajo y vida nómada como las makú y sironó en las selvas del río Amazonas; 2º existe como prueba del antiguo contacto cultural entre los cazadores y pescadores de Norte y Sudamérica, un gran número de paralelismos etnográficos en todos los aspectos culturales, que por consiguiente, deben remontarse a tiempos anteriores al surgimiento del cultivo que dividió la zona de los cazadores y pescadores en dos partes. Muchos de estos elementos culturales que evidentemente representan formas de adaptación a un clima más fresco y que también se encuentran en Eurasia —aunque algunas veces sólo en épocas pre o proto-históricas— pertenecían probablemente ya al acervo de los primeros inmigrantes. En algunos casos puede comprobarse la gran

antigüedad de ciertos elementos en América por medio de hallazgos en las capas arqueológicas más bajas (*v. g.*, la cestería espiral).

Erland Nordenskiöld, quien fué el primero en llamar la atención sobre estos contactos antiquísimos entre Norte y Sudamérica, llega a la conclusión de que los primeros inmigrantes, por haberse acostumbrado a un clima subártico, deben de haber atravesado las tierras tropicales con cierta prisa, acercándose de preferencia a las serranías del oeste, las cordilleras y las altiplanicies del este (Guayana y Brasil), hasta llegar a las sabanas arboladas y pampas meridionales. En caso contrario, es decir, si hubieran permanecido mucho tiempo en tierras tropicales, sobre todo en las selvas amazónicas (que, por añadidura, son hostiles a todo tránsito y relativamente pobres en fauna), se hubieran probablemente ido perdiendo todos aquellos elementos subárticos que encontramos todavía hoy día con tanta frecuencia entre los indios del Chaco y de las Pampas, de Chile y de Tierra del Fuego. Incluso de la subdivisión de los inmigrantes cazadores y pescadores (véase arriba) en un grupo de la cultura de Folsom y otro de la cultura del hueso (las cuales corresponden, en cierto modo, a las proto-culturas "tasmanoide" y "esquimoide", según la teoría de los "círculos culturales" de Kopper y Menghin), encontramos ciertos vestigios entre las tribus del extremo meridional de América del Sur, pues se observan en esa región dos grupos de culturas primitivas, claramente separadas por los Andes, cuyos representantes típicos son, según John M. Cooper, los araucanos meridionales y fueguinos occidentales por un lado y los patagones y ona por el otro.

La cuna del cultivo americano fué Centroamérica, patria originaria del maíz, cuya forma primitiva era una gramínea silvestre de las mesetas mexicanas. Sin duda, América debe este adelanto a tribus que eran, como los californianos actuales (hay entre ellos algunos que tienen nexos lingüísticos con México), recolectores asiduos de plantas silvestres. De manera muy parecida nació la cría de animales en los altiplanos del Perú, entre tribus que originalmente cazaban la llama, como los patagones el guanaco, y que más tarde llegaron a cogerla viva y criarla, primero sólo para aprovechar la lana. El culti-

vo se propagó hacia el principio de nuestra era —paulatinamente desde México en todas direcciones— a la región que posteriormente fué ocupada por los indios pueblos; transformando así una tribu de cazadores tras otra en cultivadores sedentarios, sin que el cultivo haya alcanzado en la época del descubrimiento de América los últimos límites naturales de su posible difusión, porque California, el este del Brasil y la Argentina septentrional quedaban en aquel entonces todavía en su mayor parte fuera de la zona del cultivo, a pesar de que brindaban pára él las mejores condiciones naturales.

En el proceso de difusión del cultivo, los movimientos migratorios de los pueblos desempeñan también, naturalmente, un papel importante; por ejemplo, la migración de los iroqueses y caddo hacia el norte, de los arawak y tupí hacia el sur. Ciertas incursiones de tribus cultivadoras a regiones todavía ocupadas exclusivamente por culturas de cazadores, *v. g.*, de los chiriguano (tupí) al Chaco, pertenecen en parte ya a la época del descubrimiento.

Acontecimientos muy parecidos tuvieron lugar más tarde durante la difusión de la alta cultura. También ésta emprendió incursiones, saliendo del territorio de su dominio exclusivo para penetrar en las áreas de los cultivadores inferiores, rodeándose, por decirlo así, de un círculo de puestos avanzados, a los que pertenecen las culturas de los indios pueblo, de los Montículos *(munds)*, de las Antillas, marajó diaguita.

De este modo podemos observar, aparte del gran movimiento de norte a sur de la cultura subártica de cazadores y pescadores que venía de Asia, otro segundo movimiento que irradia desde el centro geográfico del continente hacia todos lados. Este cuadro sufre alteraciones importantes, si suponemos que haya habido en América varios focos de origen, tanto del cultivo inferior como del cultivo superior (alta cultura); porque, en efecto, pudo ocurrir que la dificultad de hacer cultivable la mandioca en América del Sur tropical se haya consumado sin relación alguna con el cultivo del maíz; igualmente parece que llegó a formarse independientemente, al lado del foco centroamericano de alta cultura, otro segundo centro en la altiplani-

cie peruano-boliviana, donde la naturaleza brindaba al hombre grandes ventajas para su desenvolvimiento económico (papa, llama, mineral de cobre). En favor del primer supuesto habla el uso de implementos (ralladores y mangas prensadoras para la preparación de la mandioca) para los que no existe ningún modelo en la cultura basada en el cultivo del maíz; en favor del segundo habla el hecho de que las culturas de Centro y Sudamérica presenten, con respecto a muchos elementos, diferencias fundamentales, cuyo origen no siempre es debido al medio ambiente, como en el caso del cultivo de la papa o la cría de la llama. Estas diferencias se hacen más notables en la metalurgia, la escritura pictográfica jeroglífica y la arquitectura. La extracción de cobre y estaño de sus minerales, así como el vaciado de cobre y bronce, se inventaron en la altiplanicie peruano-boliviana y sólo en fecha tardía llegaron a difundirse hasta Centroamérica, porque ni las antiguas culturas maya (hasta más o menos 1,000 d. c.), ni teotihuacana (de 600 a 1.200 d. c.) los conocían todavía, y aun en la época azteca, los utensilios de cobre o bronce escaseaban y no alcanzaban ni con mucho, la riqueza de formas que en el Perú.

También por lo que respecta a la elaboración de los metales preciosos, Colombia y Centroamérica por un lado y Perú por el otro, seguían caminos distintos: en los primeros encontramos oro y "tumbaga" (aleación de oro y cobre), dorado, el tirado de alambre y el vaciado hueco; en el Perú hay oro y plata, laminado, repujado y vaciado macizo. En cambio, a pesar de sus instituciones estatales muy avanzadas, Perú no poseía ninguna escritura jeroglífica, mientras que ésta estaba en pleno desarrollo entre los maya; sin embargo, pueden percibirse relaciones entre México y Perú con respecto al arte ornamental de superficie. Finalmente, la arquitectura en piedra, aunque había alcanzado el mismo alto nivel tanto en el Perú como en México, se basaba en cada una de las dos áreas culturales en principios técnicos y artísticos enteramente distintos. A todo esto, hay que agregar todavía otras diferencias menores; por ejemplo, la balanza, solamente conocida en el Perú, y la fabricación de papel, que quedó localizada a México. En términos generales, se puede afirmar, a pesar

de ciertas afinidades, el desarrollo esencialmente independiente de las dos áreas culturales.

Ahora bien, ¿hubo influencias extrañas que desde fuera colaboraron en el origen de las culturas de cultivadores de América? La pregunta se impone en vista de que sus pobladores tenían muchos elementos culturales importantes en común con ciertos pueblos de Oceanía y sur de Asia que se hallaban en el mismo nivel cultural. Debe rechazarse de plano la idea de que las bases de la cultura superior, es decir, el cultivo mismo y los demás adelantos que le suelen acompañar (cerámica, arte de tejer, etc.) hayan sido importados a América por navegantes oceánicos o asiáticos; porque se oponen a ella los mismos argumentos que hablan en contra de una transmisión de tipos raciales o lenguas. En caso contrario, también el plátano, la caña de azúcar y el taro, así como el cerdo y la gallina probablemente hubieran sido conocidos en la América pre-colombina. En realidad, en la época de su descubrimiento, América no tenía en común con el Viejo Mundo casi ninguna planta de cultivo ni ningún animal doméstico (si se hace caso omiso del perro). Las únicas excepciones eran la palma de coco (sin importancia para la economía americana) y la calabaza vinatera (lagenaria), mientras que el algodón americano es de otra especie que el asiático. De modo que por lo menos no debe pensarse en un intercambio cultural regular o frecuente entre América y Oceanía.

Pero a pesar de todo, no hay que rechazar por completo la posibilidad de una conexión antiquísima del complejo de cultivo americano con el correspondiente de Asia-Oceanía. Recordemos que había entre los primeros inmigrantes que atravesaron el estrecho de Bering tribus que vivían principalmente de la recolección de vegetales y que inclusive traían consigo ya instrumentos de gran importancia para el cultivo americano, por ejemplo, la piedra de moler; de modo que podemos considerar estas tribus como los ascendientes de los descubridores del cultivo. H. C. Gladwin identifica estos hombres de la cultura de Cochise con la raza de Lagoa Santa y busca su origen en un centro asiático del que también venían los antepasados

de los melanesios. Podría uno imaginarse que en tales pueblos de recolectores ya estuvo latente el germen de muchos descubrimientos posteriores que no hayan llegado a materializarse sino hasta el surgimiento del cultivo, manifestándose entonces en una forma sorprendentemente análoga entre pueblos con iguales tendencias hereditarias, aun en el caso de haberse visto separados desde hacía miles de años debido a las distintas rutas que tomaron y a haber sido empujados a continentes diferentes.

Estudiando con más detenimiento la distribución de algunos elementos oceánicos en América, no puede negarse que hay muchos datos en favor de su importación desde ultramar; principalmente se encuentran estos elementos en los países del litoral occidental sudamericano, y evidentemente llegaron a Norteamérica sólo de una manera secundaria y aislada. Pero esta importación debe haberse verificado en tiempos harto remotos, pues dichos elementos se encuentran a menudo en sepultamientos de las épocas peruanas más antiguas, y sus analogías no son con elementos culturales polinesios, sino melanesios. Indudablemente, la concordancia entre algunos de ellos es tan grande que resulta difícil creer en su origen independiente en América; por ejemplo, nos referimos a: las manos de piedra para morteros, las mazas de piedra aplanadas o estrelladas, la flauta de Pan, en la que hasta la escala musical y la tonalidad son idénticas en el Perú y en la Melanesia oriental, la vela que en la navegación americana se conocía sólo en el Perú, y la costumbre de mascar coca, la que se corresponde en todos sus detalles con la práctica de mascar betel en Melanesia, inclusive el aparato que se usa para ellla. Respecto a otros de estos elementos, Erland Nordenskiöld, a quien debemos, al lado de Friederici, las más profundas investigaciones sobre este problema, cree posible su origen independiente en América, por hallarse aquí todas las fases de desarrollo del elemento respectivo. A propósito de este problema, Nordenskiöld subraya la innegable capacidad del indio para invenciones y descubrimientos, como lo prueban la transformación de la mandioca venenosa en un alimento excelente, el descubrimiento del caucho y de la estricnina, así como

los inventos de la bomba de agua y la balanza —sin hacer mención de las conquistas espirituales más grandiosas de los indios: la pictografía, aritmética y astronomía de los mayas, en las que, en algunos casos, han superado lo que en la misma época se logró en Europa.

Un problema excepcionalmente difícil nos ofrece el del nacimiento y desarrollo de las altas culturas americanas, respecto a las cuales se pensaba antes, a base de ciertos indicios bastante dudosos, que no eran más que un simple trasplante del Viejo Mundo. Con toda seguridad, son también las altas culturas de América, en lo esencial, creaciones autóctonas de los indios; "intensificaciones" de la cultura primitiva india, bajo condiciones naturales excepcionalmente favorables, pues se integraron sobre bases económicas netamente americanas, aun careciendo de importantes y en parte decisivos adelantos de las altas culturas del Viejo Mundo: como el arado y el carruaje, el torno de alfarero y el fuelle, el ladrillo y la verdadera bóveda (con piedra clave), las vasijas vidriadas o vítreas, utillaje de hierro e instrumentos musicales de cuerda. Pero aun en lo que las altas culturas del Viejo Mundo tenían de común con las del Nuevo Mundo (arquitectura en piedra, metalurgia y escritura jeroglífica), se siguieron aquí y allá senderos muy distintos. Pero todo esto no excluye que los pueblos civilizados de América y especialmente los de Centroamérica hayan tenido contacto, durante una fase ya adelantada de su desarrollo, con culturas del Viejo Mundo, probablemente por la vía marítima a lo largo de toda la costa septentrional del Océano Pacífico. Sólo de esta manera encuentran explicación ciertas concordancias muy llamativas en el sector de la cultura espiritual, sobre todo en el calendario, la cosmología, el culto, la arquitectura de los templos (en primer lugar pirámides escalonadas) y la representación de los dioses; pero también en algunos elementos que pertenecen a la esfera social (sombrilla y litera como privilegio de los príncipes). Puesto que las altas culturas americanas no llegaron a alcanzar el máximum de su florecimiento sino hasta en los tiempos de la era cristiana (en la región maya alrededor de 450 d. c.), la

cronología no es ningún obstáculo tampoco para pensar en una comunicación entre las altas culturas del Viejo y del Nuevo Mundo.

Después de que el surgimiento del cultivo había separado a los cazadores septentrionales de América de los meridionales, nuevos adelantos culturales asiáticos siguieron afluyendo sin interrupción a Norteamérica. De esta manera llegó a formarse, finalmente, una gran comunidad cultural circumpolar.

Gracias a las investigaciones de los etnólogos daneses Gudmund Hatt y Kaj Birket-Smith, hoy día ya podemos distinguir una fase más antigua de otra más reciente: la cultura de la caza sobre el hielo, en la cual aquélla se efectuaba, así como la pesca, principalmente en ríos y lagos, durante el verano con botes primitivos de piel, y en invierno, a través de agujeros abiertos en el hielo; y la cultura de la raqueta, con botes de corteza y cacerías invernales en los bosques. También se distinguen claramente las dos fases por la forma de sus trineos, la vestimenta de cuero, las habitaciones y varias cosas más. En tiempos prehistóricos, la cultura más antigua ya había retrocedido hasta las orillas septentrional y meridional de la gran faja de bosques subárticos; la encontramos entre los esquimales cuya cultura más antigua, todavía viviente en el centro de su área de distribución, retuvo bastante pura la fase de la caza sobre el hielo, y también la encontramos en pequeños restos sobre el litoral septentrional del Atlántico, en la región de los Grandes Lagos y finalmente en las mesetas interiores de las Montañas Rocallosas. Su distribución en Eurasia era igualmente periférica.

Todavía más tarde llegaron a América otras olas culturales asiáticas que solamente dejaron sus huellas en el oeste del continente. Estas influencias trajeron el arco reforzado con una cubierta de tendones, la coraza de planchuelas o varitas, el sombrero trenzado, la casa-pozo, etc. Sin embargo, ni con todo esto quedan explicados los profundos contrastes entre las zonas pacífica y oriental de Norteamérica, sobre los que A. L. Kroeber llamó la atención, y que descienden a fases mucho más antiguas. El modo de vestirse en el oeste era fundamentalmente distinto al del este; no se conocían escudos; las

cronología no es ningún obstáculo tampoco para pensar en una comunicación entre las altas culturas del Viejo y del Nuevo Mundo.

Después de que el surgimiento del cultivo había separado a los cazadores septentrionales de América de los meridionales, nuevos adelantos culturales asiáticos siguieron afluyendo sin interrupción a Norteamérica. De esta manera llegó a formarse, finalmente, una gran comunidad cultural circumpolar.

Gracias a las investigaciones de los etnólogos daneses Gudmund Hatt y Kaj Birket-Smith, hoy día ya podemos distinguir una fase más antigua de otra más reciente: la cultura de la caza sobre el hielo, en la cual aquélla se efectuaba, así como la pesca, principalmente en ríos y lagos, durante el verano con botes primitivos de piel, y en invierno, a través de agujeros abiertos en el hielo; y la cultura de la raqueta, con botes de corteza y cacerías invernales en los bosques. También se distinguen claramente las dos fases por la forma de sus trineos, la vestimenta de cuero, las habitaciones y varias cosas más. En tiempos prehistóricos, la cultura más antigua ya había retrocedido hasta las orillas septentrional y meridional de la gran faja de bosques subárticos; la encontramos entre los esquimales cuya cultura más antigua, todavía viviente en el centro de su área de distribución, retuvo bastante pura la fase de la caza sobre el hielo, y también la encontramos en pequeños restos sobre el litoral septentrional del Atlántico, en la región de los Grandes Lagos y finalmente en las mesetas interiores de las Montañas Rocallosas. Su distribución en Eurasia era igualmente periférica.

Todavía más tarde llegaron a América otras olas culturales asiáticas que solamente dejaron sus huellas en el oeste del continente. Estas influencias trajeron el arco reforzado con una cubierta de tendones, la coraza de planchuelas o varitas, el sombrero trenzado, la casa-pozo, etc. Sin embargo, ni con todo esto quedan explicados los profundos contrastes entre las zonas pacífica y oriental de Norteamérica, sobre los que A. L. Kroeber llamó la atención, y que descienden a fases mucho más antiguas. El modo de vestirse en el oeste era fundamentalmente distinto al del este; no se conocían escudos; las

vasijas de barro faltaban originalmente en absoluto; en cambio, la cestería en espiral y de doble hebra estaba muy desarrollada —a la inversa exactamente del este—; en los sectores social y religioso, el oeste difiere del este por la gran importancia que se concede a la riqueza como factor para la integración de clases sociales; por la completa relegación de la tribu a favor de la aldea, en términos políticos; por el poco interés en el simbolismo ritual y por la carencia de pictografía. Todos estos elementos están más caracterizados en la región de la costa noroccidental, la cual, debido también a otras causas, ocupa una posición singularmente aislada entre las áreas culturales americanas. A pesar de vivir solamente de la pesca, sus habitantes tienen, a causa de sus adelantos técnicos y artísticos, más semejanza con los pueblos civilizados que con los americanos de su propio nivel económico. Anteriormente, se trataba a menudo de explicar este desarrollo superior con poderosas influencias polinesias, pero Roland B. Dixon pudo comprobar que tales influencias no existen. En cambio, parece que fueron tanto el este de Asia como México los que ejercieron una gran influencia cultural sobre los americanos del noroeste (según Kroeber y Mac Leod); de modo que la cultura de estos representan una especie de etapa sobre la ruta de comunicación entre los países civilizados asiáticos y americanos.

La colonización europea trajo una última y decisiva ola de culturas extranjeras a los pueblos de América. Por lo pronto produjo un empobrecimiento y una nivelación generales, debido al desalojamiento de los indios de sus territorios, hasta el punto que desaparecieron muchos grupos con sus culturas peculiares, *v. g.* los que todavía se perfilan claramente por medio de las antigüedades de la región de los Montículos en el este de los Estados Unidos. Por otro lado, también surgieron formas culturales enteramente nuevas, sobre todo en las praderas de Norteamérica y en las pampas de Sudamérica, en donde llegaron a integrarse pueblos ecuestres después de la aclimatación del caballo, mientras que los navajó en el suroeste de los Estados Unidos, y los guajiro en el norte de Colombia se transformaron en criadores de ganado. Además, lograron tomar arraigo numerosos

elementos culturales de Europa, Asia y Africa, aclimatándose de tal manera que hoy día se han vuelto partes integrantes de la cultura india. A estos pertenecen no solamente utensilios, armas, prendas de vestir e instrumentos musicales (barrena, arco de balas, adornos de plata, marimba), sino también industrias enteras, estilos artísticos y motivos de cuentos. Aun cosas aparentemente tan indias como los postes heráldicos de la costa noroccidental de Norteamérica, así como los altares e imágenes de dioses de los indios pueblo, no existirían en su forma actual sin influencias europeas (Barbeau, Parsons).

Así, pues, el cuadro que la cultura india ofrece después de un desarrollo de 12 milenios presenta rasgos en extremo abigarrados. En los siguientes capítulos no partimos de las razas ni de los grupos lingüísticos, que frecuentemente quedaron extremadamente fragmentados y que sufrieron en sus componentes las más variadas influencias, sino de las grandes áreas culturales que llegaron a constituirse, en el decurso de los tiempos, por el contacto y la asimilación de pequeñas comunidades de culturas locales entre sí.

I. NORTEAMERICA

A. Los Recolectores, Cazadores y Pescadores

1. *Los esquimales*

El Artico es la única región de América donde coinciden los límites culturales étnicos, porque no hay otros representantes del área cultural ártica que los esquimales. Este nombre lo recibieron de parte de sus vecinos indios del Canadá oriental; ellos mismos se llaman inuit (hombres). Entre los normandos que se encontraron con ellos por primera vez en Marklandia (Labrador) durante la expedición de Thorfinn Karlsefnis a Vinlandia (1004 a 1007 d. c.), se les conocía bajo el nombre de "skraeling". Sumando cuando mucho unos cuarenta mil individuos, los esquimales viven dispersos en una región que se extiende desde el punto más septentrional de la tierra habitado por seres humanos de una manera permanente (79°), hasta más o menos la latitud de Hamburgo —antiguamente aun de los 82° hasta los 50°— y desde Groenlandia Oriental hasta el extremo oriente de Siberia. Sin embargo, sus dialectos están tan estrechamente emparentados que un groenlandés puede entenderse con un esquimal de Alaska sin dificultad ninguna. Sólo al sur del río Yukon y en las Islas Aleutianas se hablan dialectos que difieren considerablemente de la lengua esquimal, motivo por el cual se suponía antes que los habitantes de las Aleutianas (unangan), formaban un pueblo distinto. A esta línea lingüística divisoria corresponde en el Yukon un cambio racial y cultural igualmente interesante.

Hoy día, los esquimales viven, con pocas excepciones, en la costa. En los tiempos más remotos, sin embargo, eran, como lo evidencian las investigaciones de Steensby, Birket-Smith, Jenness y otros, un pueblo de tierra adentro que pescaba en los ríos y lagos al noreste

del río Mackenzie y que cazaba el reno en las tundras. Los que todavía permanecen en esta fase cultural, son los esquimales del reno que habitan las "barren grounds" (tierras estériles) al oeste de la Bahía Hudson. Más tarde, los esquimales fueron empujados, probablemente por la invasión de los Dené, hacia el norte, y se establecieron en la costa del Océano Artico entre la península Boothia y el Golfo de la Coronación, donde adaptaron sus viejos métodos de pesca invernal a la caza de la foca. Fué en aquella época cuando adquirieron también esa capacidad extraordinaria de adaptarse al clima ártico, lo que les permitió colonizar las hasta entonces inhabitables costas polares hasta Alaska y el Labrador. Pero al sur de Alaska ya existía una población costeña más antigua, con la que los esquimales se mezclaron.

El clima mucho más benigno y la abundancia de la fauna del Mar de Bering favorecieron el desarrollo de nuevos adelantos culturales y además, los esquimales sufrieron aquí ciertas influencias del noreste de Asia y del noroeste de América. Debido a estas circunstancias, todo su modo de vivir tomó otros derroteros y su tendencia a la migración experimentó nuevos impulsos. Ahora cazaban, gracias a sus armas y vehículos perfeccionados, la foca y la ballena en alta mar y volvieron a extenderse, en un movimiento recurrente migratorio, sobre todo el archipiélago ártico hasta Groenlandia, a cuyo litoral occidental llegaron por la ruta de Smith Sound, en el siglo X y seguramente antes que los normandos, porque Erik el Rojo encontró ya, al descubrir Groenlandia (según Friederici, en el año de 986), restos de casas y embarcaciones de los "skraeling". En cambio, la ocupación de Groenlandia Oriental no se llevó a cabo probablemente hasta el siglo XIV, y en aquel entonces, hasta mucho más al norte que en los tiempos actuales. Todavía en el año de 1823 vivían esquimales en la Isla de Clavering (74°), mientras que hoy día su territorio en Groenlandia Oriental llega únicamente hasta el fiordo de Angmagsalik (66°).

Actualmente, la cultura de thule, nombre que se aplica a la cultura esquimal más reciente, es decir, a la que llegó a caracterizarse

en Alaska, solamente perdura, con algunas modificaciones, entre las tribus occidentales y orientales; la de las del centro, en cambio, sólo ha sido posible conocerla por medio de excavaciones, porque en esa región volvió a lograr preponderancia la cultura esquimal más antigua, debido a un alzamiento del suelo de unos diez o doce metros, iniciado más o menos hace unos mil años, lo que produjo un empeoramiento decisivo de las condiciones para la caza marina. Sus pobladores, los actuales esquimales centrales (iglutik, netsilik y esquimales del cobre), vinieron del interior del país y expulsaron a los tunit, como ellos suelen llamar en sus leyendas a los representantes de la cultura de thule. Esta última perduró más tiempo entre los sadlermiut de la Isla Southampton, que se extinguieron finalmente en el invierno de 1902-1903.

Con el descubrimiento de la cultura de thule, los problemas de la prehistoria esquimal no han sido solucionados más que parcialmente. Gracias a las excavaciones de D. Jenness y H. B. Collins, hoy día conocemos todavía otras dos fases culturales más antiguas que florecieron por lo menos en el oeste, en épocas anteriores a la cultura de thule: la cultura del Cabo Dorset, a orillas del Estrecho de Hudson así como en el este de Labrador, y la cultura del Mar de Bering, entre Punta Barrow, del continente americano, y la desembocadura del Río Kolyma, del lado asiático, con su centro en la isla de San Lorenzo. La primera debió probablemente su origen a los influencias de parte de tribus indias (¿los beothuk?) sobre los esquimales. En cambio, no pueden hacerse más conjeturas sobre el problema del origen de la cultura del Mar de Bering, tan extraordinariamente rica en formas y tan altamente desarrollada. Sus graciosos ornamentos de líneas redondeadas sobre utensilios de marfil de morsa —círculos y elipses, incisos, con puntos céntricos y rodeados de líneas onduladas—, denotan, según Birket-Smith, relaciones con el arte neolítico del Asia Oriental. En una época posterior (la fase "punuk"), estos ornamentos se ejecutaban con herramienta de hierro que las tribus del noreste de Asia, según una fuente china, ya conocían en el año 262 d. c.; de modo que esta cultura del Mar de Bering nos

lleva posiblemente hasta la época pre-cristiana. Pero a pesar de esto, dica cultura no tiene nada de primitiva y, por consiguiente, no nos puede revelar el menor dato sobre el origen de los esquimales.

A todos los esquimales, con excepción de los llamados esquimales del reno, les proporciona el mar no sólo su principal sustento, sino también casi todo lo que necesitan para la vida, inclusive la madera que los grandes ríos de Siberia y Canadá transportan, en cantidades inmensas, hasta el mar y que las corrientes llevan hacia Groenlandia Oriental. Entre los animales marinos, la foca ocupa el primer lugar en la economía del esquimal, siguiendo en segundo término, la morsa y la ballena. También el pescado es, en todas partes, importante para la alimentación, mientras que podemos decir que se persigue a las aves acuáticas del Artico sólo para aprovechar su plumaje. De los animales terrestres, únicamente el reno canadiense (cáribú), se iguala por su importancia económica con los mamíferos marinos.

Aunque es cierto que en todos sus aspectos la vida de los esquimales depende en alguna forma de los animales ya citados, a cuyo lado los vegetales (bayas, raíces, el contenido fermentado del estómago del caribú, etc.) apenas merecen mención, su papel en la economía de cada grupo individual de esquimales varía mucho. En la más amplia y característica de todas las formas de la cultura esquimal, la "ártica", la caza de la foca, realizada durante el largo invierno polar sobre el hielo, ocupa claramente el primer lugar. Tanto la "foca collera", como la "foca barbuda" invernan bajo el hielo en las costas, fiordos o estrechos, es decir, en lugares donde el hielo está perfectamente liso y es relativamente delgado, de modo que las focas pueden mantener abiertos los agujeros que necesitan para la respiración. Al comenzar el invierno, el cazador, cubiertos los pies con sandalias de piel, se acerca a los agujeros, arrastrándose silenciosamente sobre el hielo, que en esta época es todavía liso como un espejo. Más tarde, cuando ya han caído las primeras nevadas, tiene que comenzar por buscar un agujero, ponerlo al descubierto y luego sentarse a su lado, muchas veces por largas horas, en espera del mo-

mento en que pueda hacer uso de su arpón. Este método de cazar la foca está más perfeccionado y presenta más variantes entre los esquimales centrales. En la primavera, las focas gustan salir de sus agujeros para asolearse y entonces, el cazador se acerca cautelosamente, imitando los movimientos peculiares del animal; tanto en Groenlandia como en Alaska se vale para ello de un pequeño trineo provisto de un paravientos y de una pata de foca con la que rasca el hielo, produciendo un ruido que inspira confianza en el animal. Cuando, a principio y a fines de invierno, las focas, morsas y ballenas pueden cazarse lejos de la costa, sobre los bordes del hielo, entonces el cazador se esconde tras un parapeto de bloques de hielo. En la zona de la cultura ártica, el cazador sigue a la foca y a la morsa con su kayak, al mar abierto, pero solamente durante el breve verano, y en esta misma estación es cuando se caza el caribú en tierra firme lejos de las costas, y cuando se cojen aves y peces.

Al ampliar los esquimales sus territorios se desarrollaron dos formas distintas de esta cultura ártica: la "ártica superior" y la "subártica". A orillas del Smith Sound, en el norte de Groenlandia, se abandonó por completo la caza de la foca en mar abierto y los esquimales de esa región no poseían ya ni embarcaciones, hasta que volvieron a introducirse éstas alrededor del año de 1860, desde Baffinsland. En cambio, se cazaban mucho más que en otras regiones las aves marinas, bajándolas de los altos riscos de la costa, con una red de bolsa, atada al extremo de una larga vara; en pleno invierno, cuando la obscuridad de la noche polar impide la caza sobre el hielo, se persigue al oso polar y al buey almizclero.

El desarrollo de la vida del esquimal en las zonas periféricas de su territorio siguió el sentido inverso. Ya en la costa abierta, formada por tundras y que carece por completo del amparo de islas cercanas, al oeste de la desembocadura del Río Mackenzie, la típica caza a través de los agujeros en el hielo se hace impracticable, debido a las compactas masas amontonadas de hielos invernales; allí se atrapa la foca con redes en los canales de la marea que nunca se hielan. Tan pronto como la costa queda nuevamente despejada de hielos, se

reanuda la caza marina de la ballena groenlandesa, por medio de botes de piel, abiertos, que proporciona tan copiosos productos, que mediante ella, los esquimales disponen de provisiones en abundancia para todo el invierno. Los groenlandeses meridionales, los esquimales del Pacífico en el sur de Alaska y los habitantes de las Aleutianas, en sus costas rocosas y tempestuosas, ya no tienen hielos invernales y, por tanto, pueden practicar la caza en mar abierto durante todo el año. También aquí la caza de ballena ocupaba antiguamente el primer lugar al lado de la foca (o en el sur de Alaska, de la nutria marina). Para los esquimales esta caza significaba una gran fiesta, que celebraban, vistiendo sus mejores trajes y preparándola con toda clase de tabús y prácticas mágicas.

En la actualidad, los europeos casi han acabado ya con las ballenas en el territorio de los esquimales, hasta el grado de que el gobierno norteamericano se ha visto obligado a salvar a la población del norte de Alaska, mediante la introducción de la cría del reno. En el sur de Alaska, como sustituto de la ballena y de la nutria marina, también ya exterminada, los esquimales tienen una inmensa riqueza en crustáceos y, en el río Yukon, los interminables bancos de salmón que duran de mayo hasta septiembre.

Por regla general, los esquimales no podían dedicarse a la caza en el interior del país por impedírselo las hostiles tribus indias de tierra adentro. En Labrador, en cambio, antes les era posible proverse, durante el verano, de una gran cantidad de subsistencias por medio de la caza del reno, hasta que ésta fué prohibida por el gobierno canadiense.

Los esquimales del reno viven, todavía hoy, exclusivamente de la caza terrestre y de la pesca. Sólo una pequeña parte de esta tribu se traslada por breve tiempo a la costa para cazar focas y morsas, pero regresa tan pronto como llega la primavera o el otoño, para cazar el reno, que durante sus grandes migraciones de norte a sur o viceversa, atraviesa ríos y fiordos. Entonces, las mujeres y los niños acosan a los animales, empujándolos hacia dos cercas convergentes, formadas por montañas de piedras o estacas, a fin de llevarlos a un

reanuda la caza marina de la ballena groenlandesa, por medio de botes de piel, abiertos, que proporciona tan copiosos productos, que mediante ella, los esquimales disponen de provisiones en abundancia para todo el invierno. Los groenlandeses meridionales, los esquimales del Pacífico en el sur de Alaska y los habitantes de las Aleutianas, en sus costas rocosas y tempestuosas, ya no tienen hielos invernales y, por tanto, pueden practicar la caza en mar abierto durante todo el año. También aquí la caza de ballena ocupaba antiguamente el primer lugar al lado de la foca (o en el sur de Alaska, de la nutria marina). Para los esquimales esta caza significaba una gran fiesta, que celebraban, vistiendo sus mejores trajes y preparándola con toda clase de tabús y prácticas mágicas.

En la actualidad, los europeos casi han acabado ya con las ballenas en el territorio de los esquimales, hasta el grado de que el gobierno norteamericano se ha visto obligado a salvar a la población del norte de Alaska, mediante la introducción de la cría del reno. En el sur de Alaska, como sustituto de la ballena y de la nutria marina, también ya exterminada, los esquimales tienen una inmensa riqueza en crustáceos y, en el río Yukon, los interminables bancos de salmón que duran de mayo hasta septiembre.

Por regla general, los esquimales no podían dedicarse a la caza en el interior del país por impedírselo las hostiles tribus indias de tierra adentro. En Labrador, en cambio, antes les era posible proverse, durante el verano, de una gran cantidad de subsistencias por medio de la caza del reno, hasta que ésta fué prohibida por el gobierno canadiense.

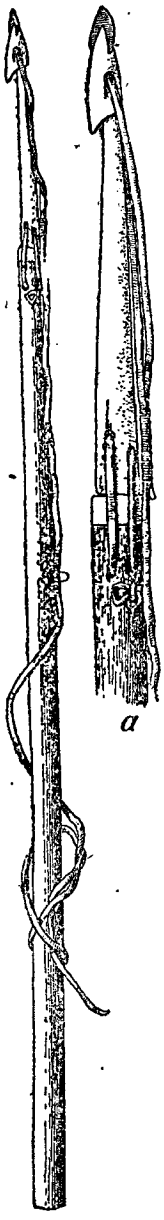
Los esquimales del reno viven, todavía hoy, exclusivamente de la caza terrestre y de la pesca. Sólo una pequeña parte de esta tribu se traslada por breve tiempo a la costa para cazar focas y morsas, pero regresa tan pronto como llega la primavera o el otoño, para cazar el reno, que durante sus grandes migraciones de norte a sur o viceversa, atraviesa ríos y fiordos. Entonces, las mujeres y los niños acosan a los animales, empujándolos hacia dos cercas convergentes, formadas por montañas de piedras o estacas, a fin de llevarlos a un

reanuda la caza marina de la ballena groenlandesa, por medio de botes de piel, abiertos, que proporciona tan copiosos productos, que mediante ella, los esquimales disponen de provisiones en abundancia para todo el invierno. Los groenlandeses meridionales, los esquimales del Pacífico en el sur de Alaska y los habitantes de las Aleutianas, en sus costas rocosas y tempestuosas, ya no tienen hielos invernales y, por tanto, pueden practicar la caza en mar abierto durante todo el año. También aquí la caza de ballena ocupaba antiguamente el primer lugar al lado de la foca (o en el sur de Alaska, de la nutria marina). Para los esquimales esta caza significaba una gran fiesta, que celebraban, vistiendo sus mejores trajes y preparándola con toda clase de tabús y prácticas mágicas.

En la actualidad, los europeos casi han acabado ya con las ballenas en el territorio de los esquimales, hasta el grado de que el gobierno norteamericano se ha visto obligado a salvar a la población del norte de Alaska, mediante la introducción de la cría del reno. En el sur de Alaska, como sustituto de la ballena y de la nutria marina, también ya exterminada, los esquimales tienen una inmensa riqueza en crustáceos y, en el río Yukon, los interminables bancos de salmón que duran de mayo hasta septiembre.

Por regla general, los esquimales no podían dedicarse a la caza en el interior del país por impedírselo las hostiles tribus indias de tierra adentro. En Labrador, en cambio, antes les era posible proverse, durante el verano, de una gran cantidad de subsistencias por medio de la caza del reno, hasta que ésta fué prohibida por el gobierno canadiense.

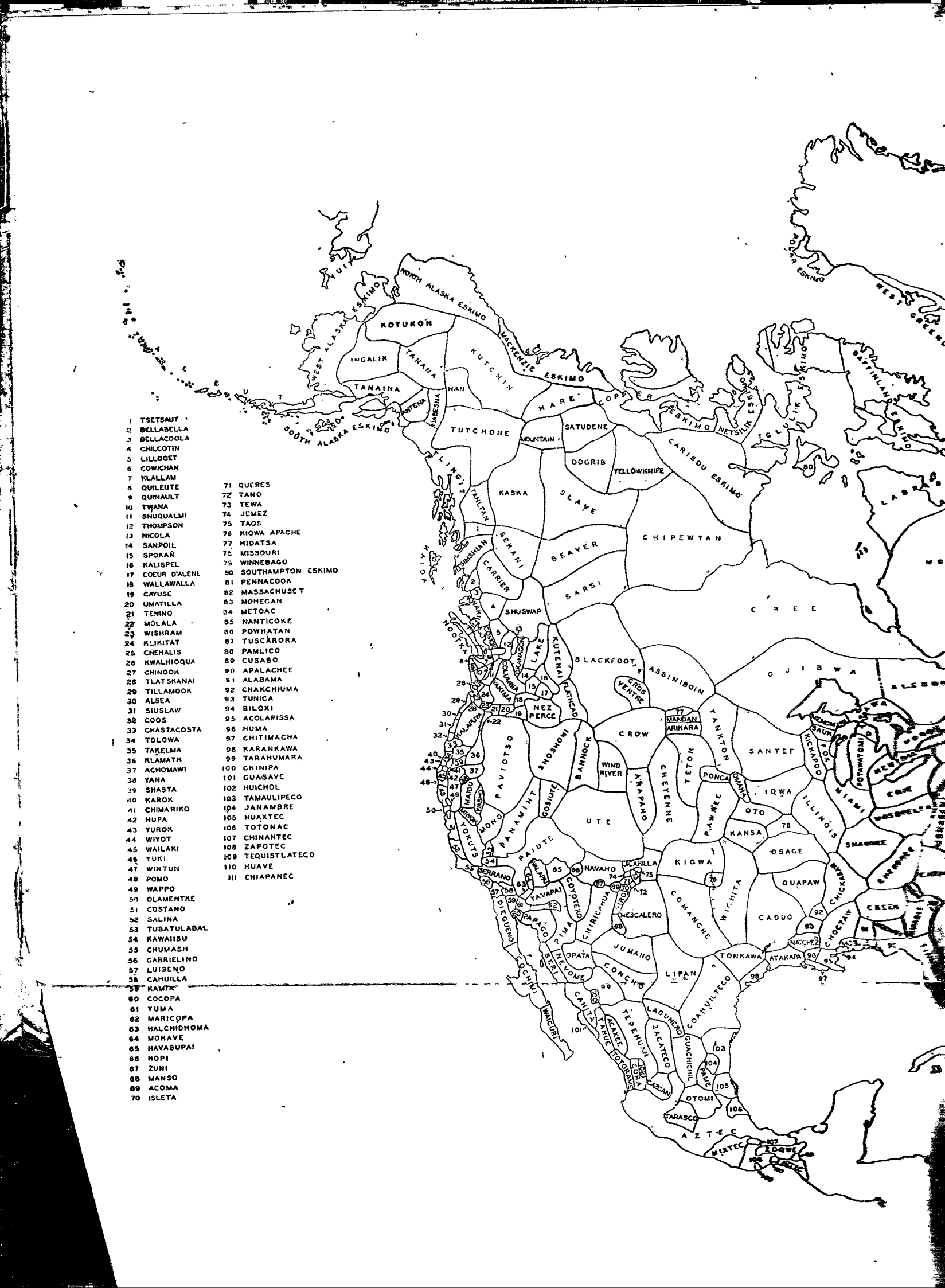
Los esquimales del reno viven, todavía hoy, exclusivamente de la caza terrestre y de la pesca. Sólo una pequeña parte de esta tribu se traslada por breve tiempo a la costa para cazar focas y morsas, pero regresa tan pronto como llega la primavera o el otoño, para cazar el reno, que durante sus grandes migraciones de norte a sur o viceversa, atraviesa ríos y fiordos. Entonces, las mujeres y los niños acosan a los animales, empujándolos hacia dos cercas convergentes, formadas por montañas de piedras o estacas, a fin de llevarlos a un

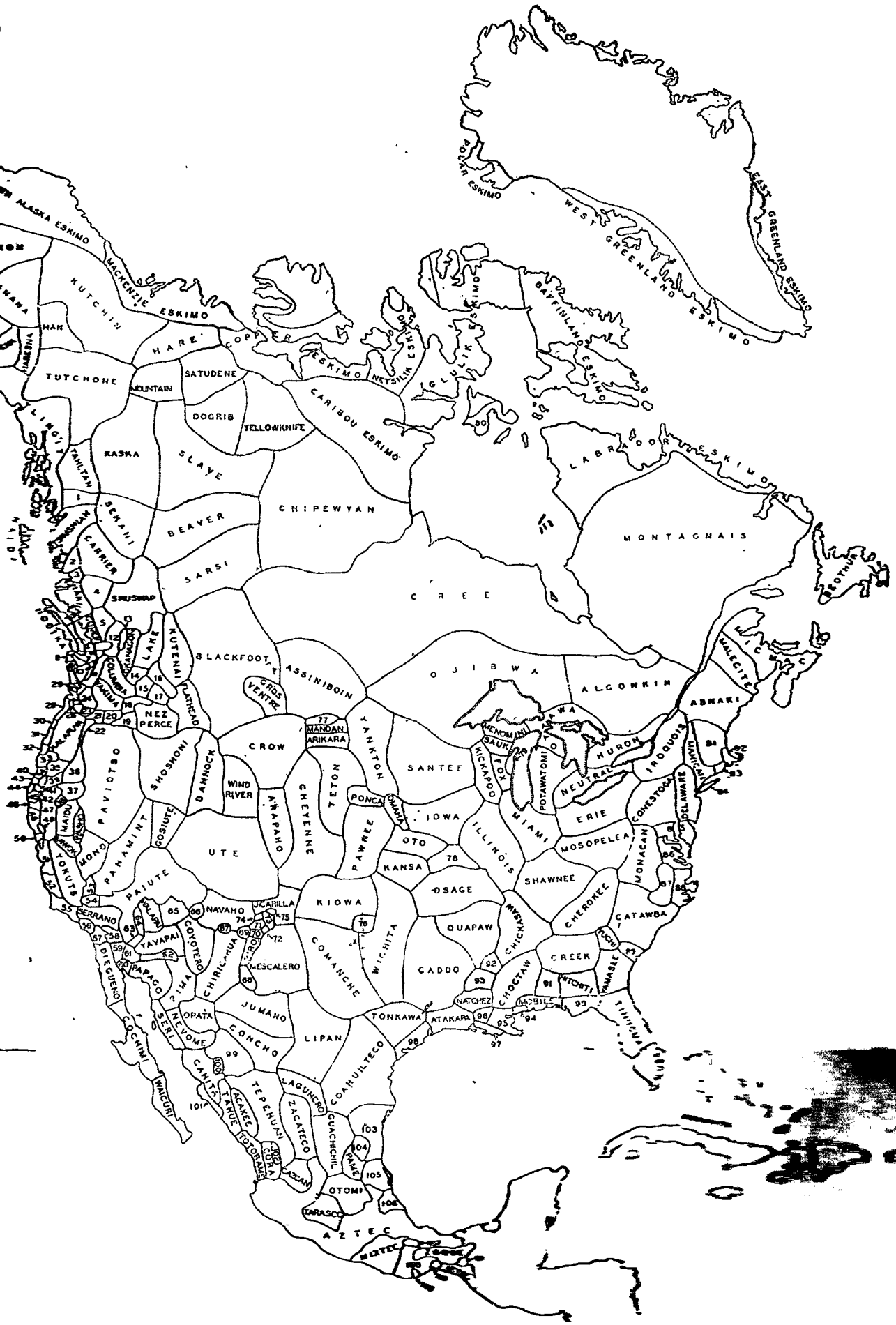


1. Arpón de los esquimales del estrecho de Smith. *a.* La parte superior con punta desmontable y la pieza intermedia de hueso, con articulación esférica.

lugar determinado en el agua, donde los hombres en sus kayaks los están acechando. En invierno, se caza a estos animales por medio de pozos abiertos en la nieve, usándose cómo señuelo la orina humana. Sin embargo, sólo raras veces bastan los productos de esta caza para evitar el hambre que periódicamente amenaza a la población y, en consecuencia, no son raros los casos de canibalismo entre los esquimales del reno.

Sólo el perfeccionamiento, hasta en sus últimos detalles, de todos los utensilios para cazar y atrapar, pudo dar resultados seguros en estas empresas. Efectivamente, las armas y embarcaciones de los esquimales representan obras maestras de técnica que en parte han sido adoptadas casi sin modificaciones por los cazadores y exploradores europeos de las regiones polares. El objeto del arpón, arma de igual manera indispensable para la caza sobre el hielo, como para la que se efectúa en kayak, no es el de matar a la presa, sino solamente asegurarla; para este fin, la "cabeza" de hueso que está conectada por medio de una cuerda con el asta del arpón, hecha de madera, lleva una punta de piedra o hierro provista de rejones y se coloca al través de la herida, de modo que mediante la cuerda, el animal queda firmemente sujeto y puede ser muerto con la lanza tan pronto como aparece de nuevo en la superficie. El arpón usado sobre el hielo se distingue por su peso y mayor tamaño de aquel que se emplea en el kayak; mientras el cazador arroja èste último, sea con la mano o, como en Groenlandia, valiéndose de un propulsor, el otro se maneja empujándolo como un


1 TSETSAUT
2 BELLABELLA
3 BELLACOOLA
4 CHILCOTIN
5 LILLOOET
6 COWICHAN
7 KLALLAM
8 QUILEUTE
9 QUINAULT
10 TWANA
11 SNUQUALMI
12 THOMPSON
13 NICOLA
14 SANPOIL
15 SPOKAN
16 KALISPEL
17 COEUR D'ALENE
18 WALLAWALLA
19 CAYUSE
20 UMATILLA
21 TENINO
22 MOLALA
23 WISHRAM
24 KLIKITAT
25 CHEHALIS
26 KWALHIOQUA
27 CHINOOK
28 TLATSKANAI
29 TILLAMOOK
30 ALSEA
31 SIUSLAW
32 COOS
33 CHASTACOSTA
34 TOLOWA
35 TAKELMA
36 KLAMATH
37 ACHOMAWI
38 YANA
39 SHASTA
40 KAROK
41 CHIMARIKO
42 HUPA
43 YUROK
44 WIYOT
45 WAILAKI
46 YUKI
47 WINTUN
48 POMO
49 WAPPO
50 OLAMENTKE
51 COSTANO
52 SALINA
53 TUBATULABAL
54 KAWAIISU
55 CHUMASH
56 GABRIELINO
57 LUISENO
58 CAHUILLA
59 KAMIA
60 COCOPA
61 YUMA
62 MARICOPA
63 HALCHIDHOMA
64 MOHAVE
65 HAVASUPAI
66 HOPI
67 ZUNI
68 MANSO
69 ACOMA
70 ISLETA
71 QUERES
72 TANO
73 TEWA
74 JEMEZ
75 TAOS
76 KIOWA APACHE
77 HIDATSA
78 MISSOURI
79 WINNEBAGO
80 SOUTHAMPTON ESKIMO
81 PENNACOOK
82 MASSACHUSET
83 MOHEGAN
84 METOAC
85 NANTICOKE
86 POWHATAN
87 TUSCARORA
88 PAMLICO
89 CUSABO
90 APALACHEE
91 ALABAMA
92 CHAKCHIUMA
93 TUNICA
94 BILOXI
95 ACOLAPISSA
96 HUMA
97 CHITIMACHA
98 KARANKAWA
99 TARAHUMARA
100 CHINIPA
101 GUASAVE
102 HUICHOL
103 TAMAULIPECO
104 JANAMBRE
105 HUAXTEC
106 TOTONAC
107 CHINANTEC
108 ZAPOTEC
109 TEQUISTLATECO
110 HUAVE
111 CHIAPANEC
YUIT
NORTH ALASKA ESKIMO
WEST ALASKA ESKIMO
KOYUKON
INGALIK
TANANA
KUTCHIN
MACKENZIE ESKIMO
TANAINA
HAN
TANAINA
TABESNA
SOUTH ALASKA ESKIMO
TUTCHONE
HARE
COPPER ESKIMO
NETSILIK ESK.
IGLULIK ESK.
POLAR ESKIMO
WEST GREENLAND
BAFFINLAND ESKIMO
LABRADOR ESKIMO
MOUNTAIN
SATUDENE
DOGRIB
YELLOWKNIFE
CARIBOU ESKIMO
TLINGIT
TAHLTAN
KASKA
SLAVE
CHIPEWYAN
HAIDA
TSIMSHIAN
SEKANI
BEAVER
CARRIER
SARSI
CREE
SHUSWAP
NOOTKA
LAKE
KUTENAI
BLACKFOOT
ASSINIBOIN
OJIBWA
COLUMBIA
OKANAGON
FLATHEAD
CROS VENTRE
NEZ PERCE
YAKIMA
CROW
77 MANDAN ARIKARA
YANKTON
SANTEE
SAUK
FOX
KICKAPOO
POTAWATOMI
MENOMINI
WALLAWALLA
SHOSHONI
BANNOCK
WIND RIVER
ARAPAHO
CHEYENNE
TETON
PONCA
OMAHA
IOWA
ILLINOIS
MIAMI
ERIE
WASHO
MAIDU
PAVIOTSO
PANAMINT
GOSIUTE
UTE
PAWNEE
OTO
KANSA
OSAGE
SHAWNEE
CHEROKEE
MONO
YOKUTS
PAIUTE
KIOWA
COMANCHE
WICHITA
QUAPAW
CHICKASAW
CREEK
SERRANO
COYOTERO
NAVAHO
JICARILLA
TAVAPAI
CHIRICAHUA
MESCALERO
CADDO
CHOCTAW
DIEGUENO
PAPAGO
PIMA
JUMANO
TONKAWA
ATAKAPA
NATCHEZ
OPATA
CONCHO
LIPAN
SERI
NEVOME
COCHIMI
COAHUILTECO
CAHITA
TARAHUE
TEPEHUAN
ZACATECO
GUACHICHIL
HUICHOL
CORA
TEPEHUAN
TOTORAME
ACAXEE
AZTEC
TARASCO
OTOMI
PAME
MIXTEC
ZOQUE


POLAR ESKIMO
EAST GREENLAND ESKIMO
WEST GREENLAND ESKIMO
ALASKA ESKIMO
MACKENZIE ESKIMO
KUTCHIN
HARE
COPPER ESKIMO
NETSILIK ESKIMO
IGLULIK ESKIMO
BAFFINLAND ESKIMO
LABRADOR ESKIMO
TUTCHONE
MOUNTAIN
SATUDENE
DOGRIB
YELLOWKNIFE
CARIBOU ESKIMO
KASKA
SLAVE
BEAVER
CHIPEWYAN
SARSI
MONTAGNAIS
CREE
SEKANI
CARRIER
SHUSWAP
KUTENAI
LAKE
FLATHEAD
NEZ PERCE
BLACKFOOT
ASSINIBOIN
GROS VENTRE
OJIBWA
ALGONKIN
MALECITE
ABNAKI
MENOMINI
SAUK
FOX
KICKAPOO
HURON
IROQUOIS
MAHICAN
DELAWARE
CROW
MANDAN
ARIKARA
YANKTON
SANTEE
POTAWATOMI
NEUTRAL
ERIE
CONESTOGA
SHOSHONI
BANNOCK
WIND RIVER
ARAPAHO
CHEYENNE
TETON
PONCA
OMAHA
IOWA
MIAMI
ILLINOIS
MOSOPELEA
MONACAN
PAVIOTSO
PANAMINT
COSUTE
UTE
PAWNEE
OTO
KANSA
OSAGE
SHAWNEE
CHEROKEE
CATAWBA
MONO
YOKUTS
PAIUTE
KIOWA
JICARILLA
NAVAHO
QUAPAW
CHICKASAW
CREEK
YUCHI
SERRANO
YAVAPAI
COYOTERO
CHIRICAHUA
COMANCHE
WICHITA
CADDO
CHOCTAW
NATCHEZ
MOBILE
ATCHATI
APALACHEE
DIEGUENO
PAPAGO
PIMA
ESCALERO
SERI
OPATA
NEVOME
JUMANO
TONKAWA
ATAKAPA
CONCHO
LIPAN
COAHUILTECO
COCHIMI
CAHITA
TARAHUMARE
TEPEHUAN
ACAXEE
ZACATECO
LAGUNERO
GUACHICHIL
HUICURI
TOTORAME
CORA
HUICHOL
PAME
OTOMI
TARASCO
AZTEC
MIXTEC
ZAPOTEC

estoque; además, los arpones para kayak tienen movible no solamente la "cabeza", sino también el ante-asta, y la cuerda está conectada con un flotador.

En el sur de Alaska y en las Aleutianas, se usaba otra clase más liviana de arpones para la caza en kayak: el dardo con vejiga, arrojado por medio del propulsor. En dichas regiones no se cazaba con punta de pizarra desprendible, y para matar nutrias marinas, se usaba un arco con flecha-arpón.

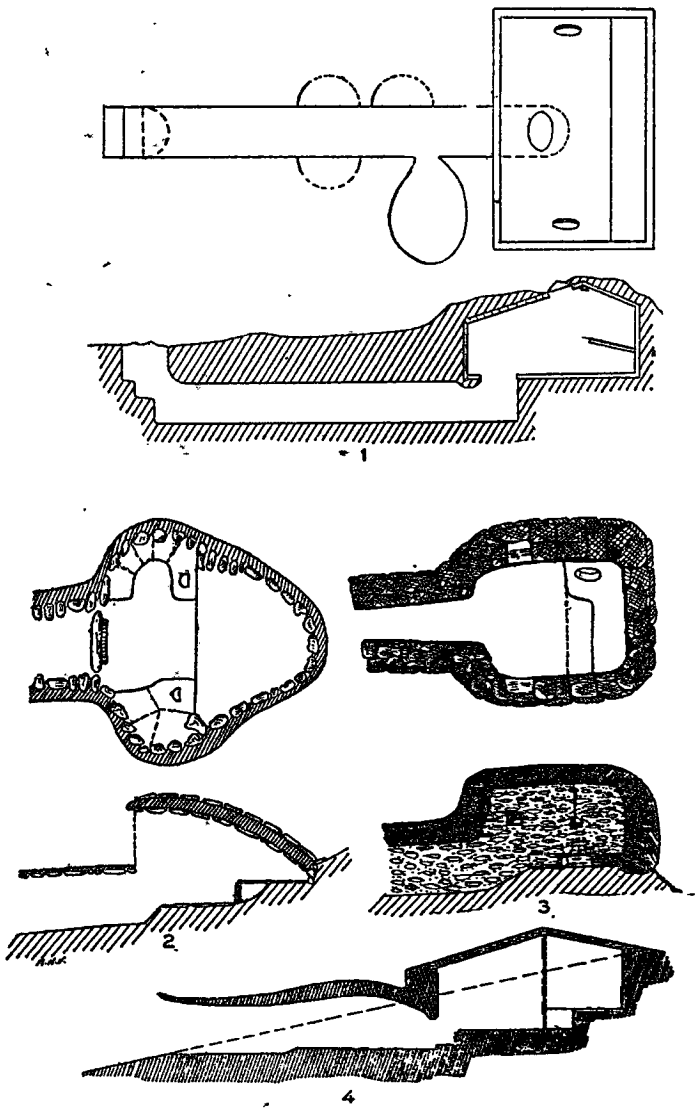
Excepto en este caso, el arco sólo sirve para la caza de animales terrestres; está construído de madera flotante o de varias piezas del asta del reno; para aumentar su elasticidad, se cubre el lado exterior con un forro grueso de tendones torcidos. Para la pesca y para la caza de aves, se emplean en casi todas las regiones dardos multifurcados. Además, se conocen, para la caza menor, lazos y trampas de distintas formas. Para la pesca, redes y anzuelos, que son elementos culturales más recientes y por eso se encuentran principalmente en Alaska y Groenlandia; finalmente, para la caza de aves se emplean boleadoras (esferas arrojadizas sujetas a cuerdas) hechas de hueso; es una arma notable que merece interés especial, porque no volvemos a encontrarla hasta llegar a América del Sur.

Los cazaderos del esquimal sobre el hielo quedan a menudo muy distantes entre sí y lejos de la costa; por tal motivo han ideado para el transporte de sus utensilios y el acarreo de su presa un vehículo muy movible y al mismo tiempo muy durable: el trineo tirado por perros. En su forma más sencilla, que se encuentra entre los esquimales centrales, este vehículo consiste en dos patines de madera muy largos sobre los que se amarran unos travesaños cortos de tabla. Para que pueda deslizarse rápidamente sobre el hielo, se pone en las caras inferiores de los patines un revestimiento de turba congelada. En Groenlandia, el trineo es más corto, más ancho y provisto de una especie de respaldo; en cambio, en el oeste tiene una construcción totalmente distinta que evidentemente fué importada de Siberia.

En tanto que el trineo es relegado a segundos términos y a veces desaparece por completo entre las tribus subárticas, las embarcacio-

nes van adquiriendo cada vez más importancia en estas zonas periféricas; consisten en una armazón ingeniosamente construída de costillas y travesaños de madera, con un forro bien tenso de piel de foca; las hay de dos tipos: el kayak ("baidarke" en Alaska) y el umiak. El primero es de forma angosta, larga y baja y tiene toda la parte superior tapada, con excepción de una abertura central por donde se mete el tripulante. Después de cerrar su jubón de cuero impermeable por medio de correas corredizas alrededor del borde de la abertura, de sus puños y de su cara, el cazador se hace una sola pieza, por decirlo así, con su embarcación y es capaz de luchar contra las olas aun en mar gruesa. En cambio, el umiak está abierto y tiene cabida para numerosas personas o cargas pesadas; para maniobrarlo, se usan canaletes de mango corto en vez de los de pala doble que se emplean en el kayak. En Groenlandia, el umiak sirve hoy en día solamente para viajes o transportes y son las mujeres las que manejan los canaletes (motivo por el cual se les llama "bote de mujeres" a esta clase de embarcaciones); pero antiguamente, se les destinaba también en esa región a la caza de la ballena, en la forma como lo hacían todos los esquimales occidentales, es decir, con el arponero de pie en la proa. Muchas de las reformas que se han ido introduciendo en la construcción de estas embarcaciones vinieron del oeste: en el sur de Alaska y las islas Aleutianas, el kayak tenía dos asientos y al umiak se le aplicaba una vela. En cuanto a lo demás, cada región ofrece sus variantes específicas en la construcción de sus kayaks o umiaks.

Cuando los antepasados de los esquimales estaban todavía establecidos en el interior del país, vivían en tiendas de pieles cupuliformes que se cubrían de nieve. Esta forma de casa se encuentra aun hoy en una tribu del interior en el norte de Alaska y representa evidentemente el precursor de la casa cupuliforme sin armazón, ingeniosamente construída de puros bloques de nieve y que durante todo el invierno sirve de habitación a los esquimales centrales, mientras que en otras regiones ya no se usa más que para refugio de los cazadores. Esta casa de nieve (iglu), está construída sobre una pequeña



2. Casas de invierno de los esquimales. *1)* Point Barrow (Alaska); *2)* Estrecho de Smith; *3)* Estrecho de Scoresby (Groenlandia oriental); *4)* Angmagsalik (Groenlandia oriental). (Según Steensby.)

excavación, tiene una ventana de hielo transparente y presenta en el interior, en el lado opuesto a la entrada, un ancho poyo de nieve cubierto de pieles que sirve para sentarse y para dormir, y también dos poyos laterales más angostos para colocar la lámpara y el ajuar. Otra pequeña construcción cupuliforme delante de la puerta se destina a antesala y sirve al mismo tiempo de almacén y perrera. En estas casas, que se levantan en poco tiempo y que por eso son muy apropiadas para la vida nómada de los esquimales, reina una temperatura bastante agradable. Durante el verano, se acostumbra vivir en tiendas cubiertas de pieles de reno o foca y cuya forma parece derivarse, tanto en el área central como en Groenlandia, de un paravientos semejante al "toldo" de los patagones. La tienda cónica del oeste es de origen más reciente, sea asiático o indio, siendo un elemento de la "cultura de la raqueta", la que en lo demás no tuvo influencia sobre los esquimales.

En el área central, la casa de nieve vino a substituír a la casa invernal de la cultura de thule, que era más estable y más duradera y que antiguamente se conocía desde el cabo este de Siberia hasta Groenlandia. Esta casa invernal tiene el piso un poco hundido, con empedrado, paredes bajas de piedra, el techo armado con costillas de ballena (de lajas de piedra en el norte de Groenlandia) y cubierto de turba, y una entrada-pasillo baja y angosta que impide que el aire frío pase directamente al aposento, que es de dimensiones muy reducidas. Por lo demás, en su interior se parece a la casa de nieve, sólo que los poyos se hacen de piedra, y la ventana, de tripa transparente. La planta de la casa tiene casi la figura de una pera. Hoy día, las casas invernales se hacen de forma cuadrada en el oeste y el este del área esquimal. Birket-Smith opina que la casa moderna groenlandesa, construída de piedra y turba, es una modificación de la de la cultura de thule, como resultado de influencias normandas, porque conserva todos los detalles de aquélla, sólo que tiene más capacidad, para varias familias, y que el techo es plano de viguetas de madera.

En cambio, la casa alaskeña, que en sus rasgos esenciales existía ya en tiempos de la cultura del Mar de Bering, deja ver a las claras

su descendencia de la casa de la costa nor-occidental, porque está totalmente construída con tablones, por fuera cubiertos de tierra; a orillas del Estrecho de Bering, esta casa tiene el fogón en el centro con salida-humo en el techo, pero carece del poyo para dormir; es decir, muestra rasgos enteramente no esquimales. Lo único que recuerda la casa esquimal es la entrada-pasillo que en este caso resulta doble, porque consiste en una entrada al ras de tierra para el verano y otra subterránea para el invierno. Finalmente, en las islas Aleutianas se introdujo un tipo de casa con entrada por el techo, de procedencia del noreste de Asia. También los palafitos en las rocosas islas del Estrecho de Bering tienen evidentemente conexiones con las del noreste asiático.

Como lo subraya Birket-Smith, el invento del candil de aceite de ballena (un recipiente plano y semicircular de esteatita), que sirve de hornillo, de calentador y de fuente de luz, ha sido para el desarrollo de la cultura esquimal de una importancia tan decisiva como la caza de la foca a través de agujeros en el hielo. Para darse cuenta de lo justo de esta apreciación, basta echar una mirada sobre la miserable vida de los esquimales del reno, que tienen que cocinar sus alimentos con brezos y ramitas de matorral, recogidos con mucho trabajo, y que duermen en chozas de nieve sin calentar en medio del frío glacial de los inviernos, porque no usan lámparas de aceite. La madera flotante resulta demasiado preciosa para que pudiera gastarse como simple leña; de modo que sólo el candil de aceite ha hecho del esquimal un individuo enteramente independiente de la vegetación. En Europa ya se conocían lámparas parecidas desde el paleolítico. Otro elemento cultural circumpolar, que evidentemente es de igual antigüedad, es la marmita de piedra de los esquimales, así como la cerámica tosca de Alaska; mientras que la cestería fina de las Islas Aleutianas acusa un origen de la costa noroccidental. La gran mayoría de los otros enseres de casa esquimal (como cubetas, cajitas redondas o cuadradas y bolsas) están hechos de madera, hueso, colmillos de morsa o cuero.

Casi en todas las regiones, el fuego se produce por medio de

taladro y solamente entre los esquimales centrales se obtiene golpeando dos piedras. El arco de marfil que se usa en Alaska para dar impulso al taladro, está a veces cubierto de delicadísimos motivos grabados en negro, de carácter ornamental o figurativo; una decoración semejante se ve en las pipas de fumar, de marfil, que fueron introducidas de Siberia a Alaska en tiempos relativamente recientes. En Alaska, las cajitas, botones y mangos de hueso o marfil de morsa suelen esculpirse de preferencia plásticamente bajo la forma de focas, ballenas, peces o aves en miniatura. Este riquísimo arte del oeste, que Collins deriva a través de una fase ya prehistórica de transición (la fase llamada "punuk") de la ya mencionada antigua cultura del Mar de Bering, sólo admite comparación, aunque a un nivel asaz inferior, con los artefactos de la técnica de grabado de Groenlandia. En el área central, casi no hay ornamentos, y nada de plásticas en madera o hueso.

La superioridad técnica de los esquimales sobre la mayoría de las tribus indias se manifiesta también en su vestimenta, porque es ésta la única en América, aparte de la de los indios dené septentrionales, que se la amolda al cuerpo mediante su corte y costura. Su confección está exclusivamente a cargo de las siempre laboriosas e infatigables mujeres. El caribú proporciona las mejores pieles para la ropa de invierno, por ser durables, ligeras y calientes; mientras que las pieles de foca, por su gran impermeabilidad, se prestan mejor para el verano y, curtidas sin pelo, para trajes de los tripulantes del kayak, aunque estos últimos se hacen también de tripas. El pellejo de las aves marinas se utiliza, en el este, para ropa interior; en cambio en el sur de Alaska y en las islas Aleutianas se aprovecha este mismo material o la piel de la marmota, también para la ropa exterior. Después de desollar los animales con la ayuda del "cuchillo de mujeres" (ulo), de figura semilunar, las pieles se limpian y se raspan escrupulosamente; para hacer cuero, los esquimales del oeste y del este mojan las pieles de foca primero con orina, mientras que los esquimales centrales las tratan con agua caliente. Luego se pasa al corte y a la costura, un trabajo que las mujeres ejecutan con sorpren-

dente habilidad y nitidez, si se toma en cuenta que sus utensilios sólo consisten, hasta el presente, en cuchillos de pedernal o pizarra, agujas de hueso e hilo de tendones. También los utensilios de cobre de los "esquimales del cobre", en el Golfo de la Coronación, y los de hierro meteórico en el oeste de Groenlandia, tienen todavía características de la edad de piedra, porque sólo se martillan en frío; de paso digamos que estos utensilios son en todo inferiores a los de piedra.

Por lo que se refiere al estilo de sus trajes, los esquimales del Pacífico y los habitantes de las Aleutianas se distinguen de todos los demás. Su "parka" es un jubón sin capucha que llega casi hasta los pies y que, por tal motivo, hace innecesarios los pantalones. Complementa este traje una cachucha de piel o un sombrero cónico de madera, ricamente pintado y adornado con entalladuras de marfil de morsa y barbas de león marino; los pies quedan frecuentemente descalzos. En cambio, en todo el resto del área, el traje de hombres y mujeres se compone de un jubón mucho más corto con capucha fija, pantalones, botas y guantes, de los que suelen ponerse dos pares en invierno. El jubón esquimal tiene su origen en el "poncho de pieles" de los indios, pero después siguió evolucionando hasta alcanzar las formas más curiosas. En el área central, el jubón de las mujeres se asemeja a un frac cerrado en la parte anterior con faldón largo atrás y corto enfrente, con una capucha enorme en la que se transporta a los niños de pecho. El corte de los pantalones revela claramente su descendencia de las "polainas" indias, mientras que la bota representa una combinación de sandalias y medias de piel. Efectivamente, entre los esquimales centrales se usan todavía polainas y sandalias. En Groenlandia, los pantalones de las mujeres son cortos y sus botas altas y angostas, justamente a la inversa del traje masculino.

Todas estas prendas de vestir se hacen a veces muy hermosas, combinando varios pedazos de piel o adornándolas con guarniciones de piel, flecos o mosaicos de cuero; en las Aleutianas con bordados de pelo de reno y a orillas de la Bahía Hudson con abalorios. Por otra parte, los adornos del cuerpo mismo están relativamente poco des-

arrollados, porque el esquimal se desviste únicamente dentro de su casa invernal. Lo que ofrece una distribución bastante amplia, es el tatuaje; adorno de las mujeres que se relaciona con ideas supersticiosas referentes al destino después de la muerte. En el área central, los motivos se aplican "a punta", como en el resto de América, mientras que entre los esquimales occidentales y orientales es conocido el "tatuaje de sutura" (es decir, pasando un hilo teñido por el cutis). Los bezotes, orejeras y narigueras de hueso o piedra, que alcanzan su mayor desarrollo entre los esquimales del Pacífico, tienen su origen en influencias de la costa noroccidental. Los hombres llevan el cabello largo o lo cortan alrededor de la cabeza; las mujeres lo amarran en forma de copete (Groenlandia) o lo juntan en dos trenzas (área central). Para el aseo personal, que por las condiciones climáticas del país no está muy desarrollado, se acostumbra en Alaska el baño de vapor, en el que se frota el cuerpo con nieve y orina. El enemigo más temible del cazador ártico, después del frío y el hambre, es la ceguera de la nieve; para defenderse de ella, se usa un antifaz de madera, o para los viajes en kayak, vísceras.

Contrastando con esta cultura material ricamente desarrollada, la vida social de los esquimales ha ido evolucionando bien poco. El único vínculo de alguna importancia que existe entre los individuos es la familia, estrechamente unida. No hay clanes, ni patrilineales, ni matrilineales, ni se conoce la obligación para el hombre de buscar novia entre las mujeres de otro grupo. Basta que la mujer que elija no sea parienta muy cercana. A orillas del Estrecho de Bering, el hecho de que un hombre y una mujer coincidan en poseer el mismo amuleto es un impedimento matrimonial.

El casamiento se lleva a cabo sin ceremonias especiales y es tan fácil como el divorcio. Entre los netsilik, un buen cazador o un brujo de prestigio puede apropiarse la mujer de otro a viva fuerza; pero en general, la compra de la novia es lo acostumbrado. El número de mujeres depende de las posibilidades del hombre para proporcionarles sustento. Por otro lado, también se practica la poliandria: entre los netsilik, a causa de una carencia verdadera de mujeres, motivada

por la costumbre de matar a la mayoría de las niñas recién nacidas; y en el sur de Alaska y en las Aleutianas, por prevalecer allí ciertos conceptos de matrimonio por grupos. En estas y otras regiones es también muy común que un hombre deje su mujer a un visitante forastero o que dos amigos cambien sus mujeres. En parte, estas costumbres se explican por el deseo de tener descendencia numerosa, sobre todo masculina.

Pueden considerarse como un primer paso hacia una organización tribal, las grandes casas de reunión que, entre los esquimales alasqueños, sirven de dormitorios y talleres colectivos para hombres, y que hacen también las veces de escenario para las fiestas-danzas. Entre los esquimales centrales, éstas tienen lugar en una casa de nieve construída a propósito, y en Groenlandia en una de las grandes casas plurifamiliares. Por falta de toda unión tribal, no existen ni caciques ni distinciones de clases, aunque naturalmente, en cada grupo local hay un hombre de prestigio que en grado mayor o menor se encarga del mando.

Entre los esquimales, y contrastando con los indios, ni la familia ni los grupos locales reclaman derechos de exclusividad sobre determinados cazaderos. El primer individuo que toca con un arpón el agujero de una foca en el hielo, tiene el derecho de cazar en este lugar; pero la presa no es de la propiedad particular del cazador, sobre todo cuando se trata de una ballena, la que siempre pertenece a la comunidad. Solamente es de propiedad particular lo que cada uno tiene personalmente en uso continuo.

Entre los esquimales centrales, los conflictos se arreglan por medio de luchas a puñetazos; pero en Groenlandia se tiene la costumbre de recurrir a las "contiendas de cantores", durante las cuales los adversarios se burlan mutuamente con canciones. Los asesinatos, que son sumamente raros, se desagravian vengándose; de ahí que ocurran a veces verdaderas guerras entre tribu y tribu, pero no tanto entre los esquimales mismos, sino entre éstos y sus vecinos los indios.

En la esfera social, los esquimales del sur de Alaska y los habi-

tantes de las Aleutianas, bajo la influencia del noreste de Asia y la costa nor-occidental, presentan rasgos distintos. Entre ellos encontramos por ejemplo, indicios de matrilinealismo (la posición influyente del hermano de la madre dentro de la familia), la jefatura hereditaria, la esclavitud, la importancia de la riqueza (acumulación de bienes particulares) y una actitud notablemente belicosa. Por consiguiente, sólo aquí hay verdaderas armas de guerra, como los escudos y corazas, compuestas de muchas planchuelas de colmillo de morsa, así como costumbres bélicas, como la caza de cabezas.

La vida del individuo y de la comunidad está impregnada de ideas y prácticas mágicas. La mujer, durante la menstruación, así como la parturienta, son aisladas y les es prohibido comer ciertos alimentos o pronunciar los nombres de los animales de caza. Igualmente el nombre de una persona, viva o muerta, es algo que no se pronuncia fácilmente, porque posee una especie de vida independiente, parecida a la del alma y, por consiguiente, resulta una cosa de la que otros pueden apropiarse fácilmente. Al ocurrir la muerte de un individuo, cada uno tiene cuidado de que ni su propio cuerpo ni las cosas de su propiedad lleguen a tener contacto con el cadáver.

Los esquimales centrales envuelven a los muertos en pieles, exponiéndolos después en la tundra, donde los rodean de una simple cerca de piedras; los esquimales orientales, por el contrario, los entierran bajo un montón de piedras. Hasta Alaska llegó a difundirse el sepultamiento de plataforma, en la modalidad característica de la costa noroccidental (en cajones), así como la costumbre de organizar grandes "fiestas de obsequios" con motivo de un fallecimiento; en las Aleutianas, se embalsama a los cadáveres de una manera primitiva, se les lía con cuerdas y se les sepulta en las abras de los riscos.

Tanto los hombres como los animales poseen, según los conceptos de los esquimales, una o varias almas que en su imaginación tienen la figura de efigies diminutas del individuo viviente; pueden ser robadas por enemigos y también pueden morir. Los esquimales de Alaska hacen esfuerzos para evitar que esto les suceda a los animales de caza o pescados muertos, valiéndose para ello de varias pre-

cauciones; ello se debe a que en dicha región se cree en la reencarnación del alma. Según las ideas groenlandesas, el alma entra, después de la muerte del individuo, o en el reino de los difuntos debajo de la tierra, que es un lugar caliente y placentero, o en el cielo, que es frío y desierto.

Son cosas distintas del alma: el "inua" o "poseedor", de forma humana, que cada ser viviente, cada cosa y hasta cada fenómeno de la naturaleza posee, y el "sila", completamente impersonal, que es la fuerza mágica inmanente en los seres y los objetos. En forma análoga al "manitu", que es el concepto correspondiente de los indios, esta fuerza se personifica en un ser superior, llamado "silap-inua" en Groenlandia, y "slam-jua" en Alaska, el cual se manifiesta en las lluvias y nevadas, en las tempestades y en los embates del mar.

Además existen numerosos genios de la naturaleza, mucho más allegados al hombre: gnomos, duendes, gigantes y espíritus malignos, que frecuentemente amenazan al caminante solitario. El lugar más alto entre todos ellos lo ocupa la reina de los animales marinos, conocida entre todos los esquimales centrales y orientales bajo diferentes nombres (Sedna, Arnarquagessaq, etc.); es una anciana que vive en el fondo del mar y que envía los animales a la superficie, mientras no le guarda rencor al hombre. Si llega a enojarse, el shamán tiene que emprender un peligroso viaje para visitarla, o la comunidad tiene que dar una fiesta para reconciliarla. En Alaska, el "espíritu de la luna" ocupa su lugar.

Alrededor de todos estos personajes fantásticos se ciernen infinidad de leyendas que casi siempre se mueven dentro del medio ambiente de la vida diaria, siendo sus héroes hombres como nosotros con rasgos humanos, en vez de ser héroes que viven en tiempos míticos como los de los indios. Muy raras veces estas poesías tratan de interpretar los fenómenos o cosas de la naturaleza, como por ejemplo, la aurora boreal, como el juego de pelota de los difuntos; o la formación de los animales marinos de los dedos amputados de Sedna. Con tanta más frecuencia evocan sucesos históricos, como las luchas con indios o normandos.

La absoluta dependencia económica del esquimal de la fauna que lo rodea, imprime también su sello a toda su conducta religiosa, cuyo fin no es otro que el de reconciliarse con los animales que le guardan rencor por la persistente persecución, y con sus protectores sobrenaturales. De estas ideas se derivan la mayoría de los preceptos de tabú impuestos a los cazadores y a sus familiares, a la presa misma y a las armas de caza; y otras prácticas que llegan a su apogeo en las cacerías de ballenas. Durante la caza de los mamíferos marinos, los esquimales centrales no deben comer carne de reno ni trabajar sus pieles, porque de hacerlo, el "olor terrestre" habrá de ahuyentar a los animales marinos. Pero también en forma activa tiene que proceder el hombre para que la presa sea suya; muchas de las extrañas y grotescas máscaras de los esquimales de Alaska representan el "espíritu de la luna", rodeado de figuritas en miniatura de renos, focas o salmones, que son los animales sobre los que ejerce su señorío. Al presentarse el shamán con una de estas máscaras en la última fiesta invernal, se cree que con el disfraz del espíritu de la luna, atraerá a los animales. La forma aplastada y nada plástica de estas máscaras de madera, indica que su arquetipo debe haber sido la máscara de cuero tal como efectivamente la encontramos entre los esquimales centrales. Aquí representan una sirvienta de Sedna, disfrazada de cazador de focas, que trae al hombre buen tiempo para la caza invernal.

Para acrecentar las fuerzas propias y defenderse de los poderes hostiles, se acostumbra llevar amuletos. Pero donde falla la fuerza propia, resulta necesaria la ayuda del shamán (angakoq), que dispone de facultades sobrenaturales y que puede comunicarse sin peligro con el mundo de los espíritus. El shamán esquimal, de igual manera que el shamán indio, se retira en muchas ocasiones a lugares solitarios y observa ayunos y abstinencias, con lo cual logra ganarse un espíritu protector (aornarssuk), que lo mismo puede ser un alma o un inua, el cual le presta ayuda durante sus encantaciones, que realiza en un estado de delirio extático. El empleo de infinidad de tretas, ventriloquía y un buen talento dramático, a menudo hace

de estos actos shamanísticos, acompañados de canciones y toques ininterrumpidos de un tamboril plano, impresionantes y fantásticas funciones de magia.

Para el esquimal, como para otros pueblos primitivos, no existen límites claros y precisos entre lo natural y lo sobrenatural; pero esto, sin embargo, no significa ninguna falta de lógica, ya que sus otros dones intelectuales le elevan por encima de muchas tribus indias. Prueba de esto, lo constituyen no solamente sus eminentes talentos tecnológicos, sino su escritura pictórica, que en Alaska se desarrolló de los dibujos en marfil de morsa, y su capacidad de reproducir cartográficamente sus territorios, de cuya capacidad los esquimales centrales nos han dado ejemplos asombrosos.

2. *Tribus subárticas*

En su paisaje y su clima, la región norteamericana subártica presenta multitud de semejanzas con Siberia. Al sur de una faja de tundras se extiende, desde el río Yukon hasta Terranova, un inmenso *cinturón de selvas* compuesto principalmente de coníferas con grupos entremezclados de abedules, sauces o álamos. Sus bordes meridionales (las fuentes del Misissippi, los Grandes Lagos, el río y golfo de San Lorenzo) rebasan tan sólo un poco los límites del reno y coinciden más o menos con los límites septentrionales del maíz. Sus habitantes pertenecen a dos grandes familias lingüísticas, los *dené* (atapascanos) en el noroeste y los *algonquinos* en el sureste. Ya en fecha remota, los dené se extendieron desde sus moradas más antiguas en el interior de Alaska, hasta el río de la Paz y el lago Atabasca, obligando, por un lado, a los antepasados de los algonquinos, que originalmente estaban establecidos alrededor del lago Winnipeg, a retirarse hacia el este y, por otro, a los antepasados de los esquimales, a desviarse hacia el norte. Esta presión siguió haciéndose extensiva hacia el este, siendo ello la causa de que los algonquinos, que hasta entonces sólo habían vivido en el interior del continente, ocupasen ahora también la costa de la que, a su vez, expulsaron a una pobla-

ción anterior. Como los restos más antiguos de ésta, debemos considerar, en el norte, a los beothuk, lingüísticamente aislados, que todavía a principios del siglo XIX vivían en Terranova y que antes probablemente estaban también establecidos en Nueva Escocia y en una parte de los actuales estados de Nueva Inglaterra, pues se les atribuyen los entierros del *Pueblo de la Pintura Roja* (Red Paint People) descubiertos en Maine, cuya predilección por el ocre rojo para el adorno de todos sus utensilios la compartían los beothuk. El utillaje lítico de este "Pueblo de la Pintura Roja" es en su mayoría de pizarra y se asemeja a los utensilios esquimales. Más hacia el sur, en Trenton, Nueva Jersey, se conoce otra cultura prehistórica, la llamada *cultura de argillita*, que probablemente también es pre-algonquina.

No fué sino hasta el siglo XVII cuando los algonquinos expulsaron a los esquimales de la costa septentrional del golfo de San Lorenzo. En cambio, los dené abrieron brecha en el dique de la población costeña esquimal solamente en dos lugares del sur de Alaska (a orillas de la ensenada de Cook y del río del Cobre).

Unas cuantas tribus de los dené y algonquinos siguieron avanzando desde sus territorios en los bosques septentrionales hasta regiones meridionales muy distantes. Pero mientras que los dené sucumbieron muy pronto, en la región de las Montañas Rocallosas, a las influencias de otros pueblos, las avanzadas de los algonquinos (*menomini, sauk, kikapú, miami, shawnee, delaware, mohikan*, etc.) no perdieron por completo su carácter norteño ni aun en la órbita de los pueblos cultivadores al sur de los Grandes Lagos (*siux*, etc.).

La influencia de la cultura de los cultivadores sobre los algonquinos se intensificó aún más al realizarse posteriormente una invasión de pueblos meridionales a la zona boscosa subártica. En aquella época, pueblos de la *familia lingüística iroquesa* ocuparon toda la cuenca de los lagos Erié y Ontario y las orillas del río de San Lorenzo. Cartier topó ya en el año de 1535 con su vanguardia más avanzada, los *hurones*, a orillas del Saguenay y en Gaspé. La cultura iroquesa, cuya descripción corresponde a otro capítulo, des-

cansa, en dicha región, sobre una capa algonquina más antigua, como lo comprueban las excavaciones.

A causa de la política expansionista de la Liga Iroquesa, que se fundó en el año de 1570, y de la colonización europea que se inició un poco más tarde, las tribus algonquinas volvieron a ponerse en movimiento. Los *kri* (cree) avanzaron hacia el noroeste y empujaron a los dené hasta los bosques entre el lago Anthabasca y el gran lago de Osos, que hasta 1700 habían quedado sin habitantes; los *montagnais* y *neskapi* ocuparon el interior de Labrador y los *ojibwa* hicieron retroceder a los *dakota* hasta las praderas, donde también una parte de los algonquinos, después de la adquisición de caballos, llegó a establecerse.

Como entre los esquimales, deciden sobre la vida y la muerte entre los indios subárticos los métodos que aplican para resolver el *problema de las subsistencias* para el largo y duro *invierno*. En tiempos más remotos, las aguas de las cuencas de los ríos Yukon, Mackenzie, Saskachewan y San Lorenzo tenían, sin duda alguna, una importancia mucho mayor que los bosques, que eran, en aquel entonces, todavía casi impenetrables para los indios durante el invierno. Por eso, los ojibwa del Lago Superior durante el invierno se procuraban sus alimentos de modo idéntico al de los esquimales, arponeando el pescado o cogiéndolo con redes y anzuelos a través de agujeros practicados en el hielo. Para eliminar los molestos reflejos de la luz en el agua, se levantaba un pequeño toldo sobre el agujero. Pero estos métodos de caza se abandonaron cuando los dené introdujeron la raqueta, originaria del Asia Septentrional, conquistando con ella los bosques como fuente para el sustento invernal, siendo este acontecimiento de una trascendencia semejante a la introducción del caballo y de las armas de fuego por los europeos. Sólo ahora el cazador podría seguir al reno, al alce o al ciervo sobre la nieve mullida de los bosques. Sin embargo, en las otras estaciones del año, los métodos de caza y pesca seguían siendo, en el fondo, los mismos que los de los esquimales, aun después de la introducción de la "cultura de la raqueta". Entre los dené se cazaba el reno cuando en la primavera u otoño

pasa a nado los ríos, valiéndose a veces de cercas convergentes que no siempre terminaban en el agua, sino también en ocasiones en grandes corrales, donde los animales quedaban atrapados en lazos o se les mataba a flechazos. Esta forma de caza, que tuvo su origen en las tundras y que resulta muy natural para con los animales gregarios, la transplantaron los algonquinos a la caza del alce y del ciervo que viven en pequeñas manadas en las selvas.

El verano es la estación principal para la pesca, que los hombres practican entonces en sus canoas, con dardos, redes o anzuelos; de noche, se pesca a la luz de antorchas de corteza. En ciertas regiones, especialmente en el sureste del área, se construyen presas de piedra o de estacas, para represar una parte de un río y sacarle el pescado con redes de bolsa.

Es muy natural que el régimen económico de los indios en las regiones marginales de la zona subártica quedara fuertemente expuesto a las influencias de los pueblos vecinos. De esta manera, ciertas tribus dené de *Alaska* (los *ingalik, tanaina* y *eyak)* amoldaron sus costumbres a la usanza de los esquimales; y otras, de las Montañas Rocallosas (los *nahane, takulli* y *tsilkotin)*, a la de los indios de la costa noroccidental. Entre los algonquinos, en la región de los Grandes Lagos occidentales *(ojibwa, menomini)*, el arroz silvestre *(zizania aquatica)*, que se cosechaba en las aguas poco profundas de las riberas o ensenadas y que se comía tostado o como papilla, desempeñaba un papel tan importante en su economía, que casi podría pensarse en el resultado de una influencia del vecino cultivo del maíz, sobre todo en vista de que, a veces, el arroz silvestre llegó a cultivarse. En la región de los Lagos, los indios acostumbraban también sangrar los arces para producir una especie de dulce. Por lo general, para los subárticos, la alimentación vegetal sólo llegaba a tener cierta importancia en tiempos de escasez.

Debido a la incesante vida nómada, a la que estos cazadores se veían compelidos, sólo una parte del a veces muy abundante botín podía ser llevada consigo; el resto se escondía en *caches* (silos).

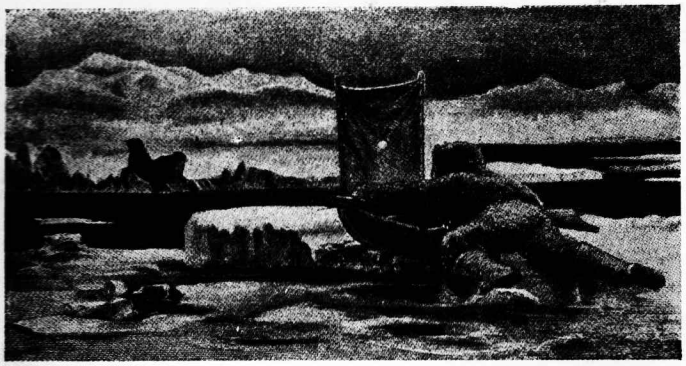
Los concheros de la región de los estados de Nueva Inglaterra,

1. (Izquierda) El traje esquimal. Hecho exclusivamente de pieles de diversos animales, desde el reno y el oso hasta varias aves.
(Fotografía: *Las razas humanas.)*

2. (Derecha, arriba) Esquimal chugach; representa un tipo que se acerca al del indio norteamericano; y mujer de Point Barrow, la población más septentrional de Alaska. (Fotografía: Birket, *Eskimos.)*

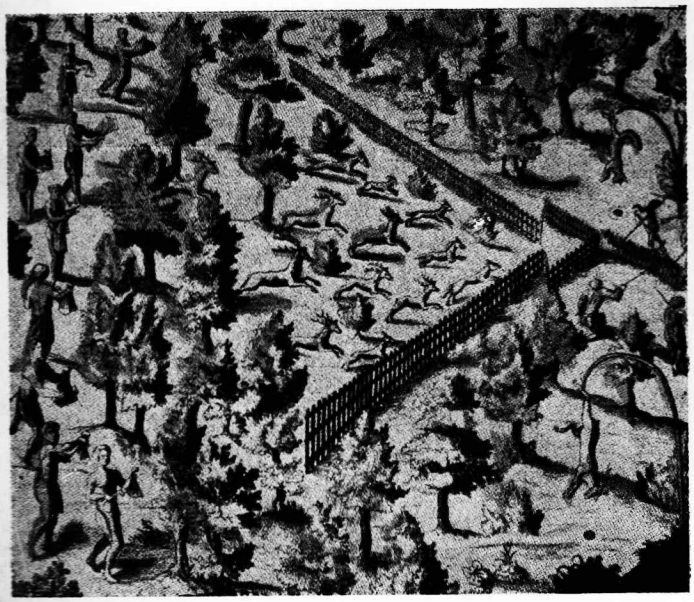
3. (Derecha, abajo) Esquimal del río Mackenzie (Islas Baillie); y muchacha de Coronation Gulf (representa el tipo de los esquimales rubios).
(Fotografía: Birket, *Eskimos.)*

4. Utensilios de caza y pesca de los esquimales. Nos. 1, 11, 17 y 18, del estrecho de Smith; No. 2 de Alaska (kuskwogmiut); Nos. 3, 4, 5, 6, 8 y 12 de Alaska (kwikpagmiut); No. 7 de Labrador; Nos. 9, 10, 15 y 16 de Alaska; No. 13 de Groenlandia oriental; No. 14 de la isla de Baffin; No. 15: pico de hueso enastado en un mango curvo de madera para cortar agujeros en el hielo; No. 16, hacha de piedra enastada en un mango curvo de hueso para labrar madera. (Del Museo Etnográfico de Berlín.)



5. Caza en el hielo con trineo. Estrecho de Smith. (Según Bessels.)

6. La cosecha de arroz silvestre entre los indios ojibwas y menomini. (Según Schoolcraft.)



7. La caza del ciervo por medio de cercas y trampas. (Según Champlain.)

8. Portaniños de corteza de abedul, de los ingalik.

9. Indios kutchíes, con su indumentaria antigua. (Según Richardson.)

que frecuentemente alcanzan enormes dimensiones, evidencian que las tribus costeñas se alimentaban principalmente de crustáceos.

El *arma principal* es un simple arco de madera, bastante largo y de sección plana, y flechas que casi siempre tienen el emplumado radial, el más reciente, y de origen asiático. Además, los algonquinos tienen jabalinas, arpones sencillos con puntas de hueso provistas de ganchos, y tridentes para la pesca. Los dené usan para la caza acuática puñales de acero a dos filos muy cortantes que poco a poco han ido sustituyendo a los de piedra o hueso y que suelen llevarse sobre el pecho en una funda triangular. Junto con la cultura de la caza sobre el hielo, desapareció de la mayor parte de la región subártica la embarcación típica de ella, que era un *bote primitivo de piel*, así como el *trineo de patines*, que era el único que daba resultado sobre el hielo. Sin embargo, todavía encontramos este bote de piel entre los beothuk, así como entre algunos dené (chipewyan) y algonquinos (kri, mikmak, wabanaki), que por lo regular lo equipan con un forro de pieles de alce.

La cultura de la raqueta introdujo el *bote de corteza* y el *toboggan* sin patines (simplemente un par de tablas levantadas en la parte delantera). Gracias a su extraordinaria ligereza, el bote de corteza se presta admirablemente para ser cargado en el laberinto de sistemas fluviales, de un río al otro a través de las muy batidas "portages"; mientras que el toboggan representa la forma más adecuada de trineo para pasar por encima de la profunda nieve de los bosques. Por lo regular, el toboggan se tira con fuerza humana, mientras que los perros sirven de animales de carga; también las mujeres llevan cargas durante las caminatas de verano, valiéndose de cintas que se colocan en la frente o sobre el pecho, si no llevan en la espalda a sus niños de pecho en sacos de piel acolchados con musgo. A orillas del Yukon y entre los kutchin, se acostumbra tener para los niños una curiosa sillita portátil de corteza, mientras que desde los Grandes Lagos hacia el sur se usa una tabla con descanso para los pies y un aro protector para la cabeza.

También la *habitación* sufre modificaciones de formas antiguas

a otras más recientes. En la cultura de la caza sobre el hielo, la casa constaba de una *choza cupuliforme* de ramas cubiertas de pieles o corteza, o, en el sur, de esteras; todavía sobrevive esta construcción entre algunos dené (kutchin, etc.), donde se duplica, en el invierno, dicha cubierta y se la tapa con nieve hasta media altura, así como entre los algonquinos (donde se le da el nombre de "wigwam") al oeste de los Grandes Lagos y en la costa del Atlántico.

Sólo cuando se impone la cultura de la raqueta se generaliza el uso de la *tienda cónica de postes,* con cubierta de pieles o corteza. Por lo general, se duerme en el suelo en los wigwams, también sobre bancas que se agrupan alrededor del fogón, en el centro del piso. La cultura de la caza sobre el hielo, más sedentaria, podía permitirse poseer entre sus enseres de casa, lámparas y marmitas de esteatita —la distribución de estas últimas se extiende por toda la zona oriental de los algonquinos, desde los kri, en el norte, hasta Carolina—; mientras que los portadores de la cultura de la raqueta introdujeron cubetas, platos y aun vasijas para cocinar, todas muy livianas y hechas de corteza de abedul o pino. Además hay diferentes clases de bolsas, costales, etc., de cuero; pero solamente en pocas comarcas se conoce la cestería construída de rodetes de hierbas, enroscados en espiral. La cestería escalonada, hecha de tiras de corteza o madera, se debe indudablemente a influencias meridionales.

Durante las cacerías, la caza se asa en un asador o sobre parrillas, ambos de madera. En la mayor parte de la zona subártica, el *fuego* no se produce con el taladro, sino con dos piedras.

Resulta difícil determinar cuánto de la cerámica y de la industria lítica muy desarrolladas de la región de San Lorenzo y de la costa pertenece a la cultura original de los algonquinos; con toda seguridad ya conocían desde el principio hachas de piedra hormiformes y cuchillos de piedra al estilo del *ulo* esquimal.

En el río de las Minas de Cobre (Copper Mines River) del Canadá Septentrional y en la orilla sur del Lago Superior, los indios aprovechaban el *cobre* que allí se encuentra en estado nativo, martillándolo en frío para hacer cuchillos, puntas de flecha y hachas. En

cuanto al Lago Superior, donde han sido descubiertas numerosas minas de cobre antiguas, esta industria data de tiempos preeuropeos.

Forman parte de la indumentaria subártica de ambos sexos, igual que de la esquimal, el jubón con mangas y el pantalón; la cultura de la raqueta agregó el mocasín, calzado blando sin suela, hecho de una pieza de piel cosida sobre el empeine y el talón del pie. Este traje sigue usándose entre los kutchin, que combinan pantalones y mocasín en una sola prenda de vestir. Por otro lado, entre los algonquinos del norte y noroeste se introdujo para los hombres, debido a la influencia de los europeos, una especie de levita abierta en la parte delantera. Las mujeres siguen vistiéndose al estilo antiguo, que en este caso, sin embargo, no es el "poncho de dos pieles", sino un delantal alargado hacia arriba y abajo y abierto por un costado, el cual se fija por medio de tirantes y un cinturón y que se completa con unas mangas sueltas. Generalmente la ropa se hace de piel de reno o de ciervo. Para preparar las pieles, se pelan primero con un raspador lateral, es decir, con el borde afilado de un hueso hueco partido longitudinalmente; después se curten, untándolas con sesos de animal, y se ablandan con un raspador de hueso en forma de escoplo; para impermeabilizarlas, se ahuman las pieles. Además, tienen amplia difusión unos abrigos trenzados de tiras de piel de liebre o conejo; de ahí se deriva el nombre de los indios "pieles de liebre" en el noroeste del Gran Lago de los Osos.

Son también muy característicos de los subárticos los delicados bordados de *cerda y púas de puerco espín y de pelo de alce*, teñidos en colores, con cuyos materiales se adornan vestidos, cinturones, morrales, tabaqueras, fundas para cuchillo, aljabas y cajitas de corteza. A su vez, los naskapi de Labrador acostumbran pintar estos mismos objetos con colores variados, mientras que los penobscot y los montagnais aplican a sus cajitas de corteza una decoración en técnica grabada o esgrafiada. Estos motivos de los algonquinos orientales, bordados, pintados o grabados, no son rectilíneos como en otras partes de América, sino que presentan *espirales dobles* que después de la introducción de los abalorios europeos se transforman en exuberantes

ornamentos florales. En el noroeste, los dené utilizan de preferencia para sus adornos (cintas para el cabello y el cuello, narigueras y orejeras), además de los abalorios, los caracoles de la especie *dentalium*. Embadurnando su cabello con grasa, ocre y plumitas blandas, se hacen un grueso mechón nucal que adornan con plumas; en cambio, los algonquinos se amarran cintas de piel o abalorios alrededor de la cabellera suelta. El tatuaje es muy común, pero entre los ojibwa, sirve, más que para adorno, para fines curativos.

Los cazadores subárticos están organizados en pequeñas bandas u hordas, cuyo núcleo en cada caso es la familia del jefe; cada horda reclama para sí un cazadero perfectamente señalado, dentro del cual sólo ella tiene derecho a cazar y pescar. Casi siempre, los hijos lo heredan colectivamente de su padre. Solamente durante la temporada de las grandes batidas de primavera y otoño, la *tribu* entra en funciones como entidad superior; entonces todos se reúnen en el terreno de determinado grupo, convirtiéndolo temporalmente en cazadero común, y de entre los jefes de grupo se elige a un jefe tribal que goza entre los dené septentrionales de mucha autoridad, por depender de su perspicacia el éxito de la gran cacería y, por consiguiente, a veces la existencia misma de numerosos individuos. En las regiones marginales del noroeste y sureste, la organización de estos *family hunting groups* llegó a desaparecer en mayor o menor escala, debido a influencias externas. Los kutchin se dividen en tres grupos exógamos matrilineales, que en parte son clanes, en parte castas; los ojibwa tienen clanes patrilineales; mientras que entre los penobscot, los *family hunting groups* se dieron el nombre de los animales totémicos de los que creían descender.

Tanto entre los dené como entre los algonquinos, la poligamia está bastante generalizada y la posición social de la mujer es muy baja. Por lo regular, los matrimonios se conciertan entre los padres desde la niñez de los cónyuges y mediante un contrato de compra; pero los dené conocen también las luchas entre varios pretendientes por la posesión de una muchacha. La gravidez, el nacimiento, la pubertad y la muerte caen bajo la ley de numerosas prácticas mágicas

y tabús. Los algonquinos, por ejemplo, calzan sus recién nacidos con mocasines agujereados para impedir su regreso al "mundo de los espíritus"; y muchas tribus dené circuncidan a sus niños varones, la cual es una costumbre bastante rara en América.

Al acaecer una muerte, las mujeres de los indios castores (dené) se cortan unas falanges de los dedos; y de otras regiones tenemos datos sobre sacrificios de cabelleras o la costumbre de tiznarse la cara. La cremación es conocida entre los kutchin, mientras que, por lo regular, se acostumbra el enterramiento. La antigua usanza del simple abandono de los cadáveres se practica todavía de vez en cuando entre los dené con difuntos que no tienen una posición social especial, o entre los algonquinos de Nueva Escocia, con cadáveres de niños. Con más frecuencia se suele rodear a los cadáveres con un cercado o cubrirlos con piedras, troncos de árbol o tierra, para impedir su regreso. La sepultura en plataforma se considera casi generalmente como un homenaje a muertos distinguidos. La costumbre de varias tribus orientales de los algonquinos, de erigir una casita sepulcral, se nos presenta como un elemento meridional.

Los algonquinos distinguen entre las *almas*, de las que cada ser posee una o varias, y el "manitu", energía latente o "fuerza" que creen inmanente en todos los seres, cosas, lugares y fenómenos naturales. Cada "fuerza" individual no es más que una partícula del poder general, el cual se personifica en el *ser supremo*. Por tal motivo, los algonquinos lo llaman *Kitchi Manitu* (ojibwa) o *Mech Howetuk* (menomini), "Gran Poder". Pero esta deidad, concebida en términos muy vagos y muy distante del hombre (aunque a la vez considerada como creador y mantenedor del mundo, así como iniciador de todos los cultos y costumbres), necesita de un intermediario para el trato con el mundo. A este mediador se le llama *Menebus* ("La Gran Liebre") entre los ojibwa, *Wisake* entre los kri y sauk, y *Gluskup* entre los micmac y wabanaki; en algunos casos se presenta como un verdadero héroe cultural, en otros se porta mitad como héroe, mitad como un pícaro, pero siempre es la figura central de un abundante ciclo de leyendas que empiezan con el viaje del dios mismo o

de animales buzos para sacar la tierra del océano primordial. En la mitología mucho más primitiva de los dené nos encontramos frecuentemente con la leyenda del origen del hombre en las relaciones secretas de una mujer con un perro. Fuera del salvador, hay numerosos espíritus de la naturaleza, en parte demonios malignos del agua o de la tierra, en parte "tronadores" que prestan su ayuda a *Menebus*. El mundo de los muertos de los algonquinos se halla en el oeste, al otro lado de un gran río que se cruza por medio de un tronco de árbol flexible y resbaladizo.

El cazador kri busca la manera de influir sobre las condiciones atmosféricas por medio de numerosas prácticas mágicas. Entre los algonquinos, se le da al *oso* el mismo trato de profundo respeto que a la ballena entre los esquimales. Por tal motivo, su caza va acompañada de interminables ceremonias que tienen la finalidad de conseguir su reconciliación con el hombre, y que culminan en primavera en una gran fiesta cuando se logra matar al primer oso.

El hombre necesita de cierto aumento de su propio "manitu" para adquirir invulnerabilidad frente a todos los peligros; en el período de su pubertad o más tarde también, el hombre se dirige a sitios solitarios, donde trata de capacitarse para tener visiones, por medio de ayunos, insomnios, etc.; de este modo se le revela un espíritu tutelar en forma de un animal que le indica algún objeto que le sirve de amuleto: una pluma, una garra, una raíz, un objeto petrificado u otra cosa por el estilo.

Bajo la influencia de las sociedades secretas de los iroqueses, llegó a constituirse entre varias tribus algonquinas (ojibwa, menomini, kri) una agrupación de individuos que creen que estas visiones superiores los han favorecido con preferencia. Todos ellos forman la *Gran Sociedad Medicinal* (midewiwin), con varios grados que se adquieren mediante el pago de cierta cuota; sin embargo, los candidatos tienen que someterse además, al ser admitidos, a una especie de ceremonia de muerte y resurrección. Esta sociedad logró contrarrestar hasta cierto grado el *shamanismo* individual que aun hoy día desempeña un importante papel entre las tribus subárticas septen-

trionales. Entre los utensilios de los shamanes figuran un tamboril que, en contraste con el de los esquimales, no tiene mango de madera, y una sonaja plana que se parece a un tamboril.

En la región del San Lorenzo y en la costa atlántica septentrional; ciertos dibujos incisos en corteza de abedul sirven de informes o cartas en *escritura pictórica* ("wikhegan" entre los wabanaki); además, entre los ojibwa se conoce una escritura ritual sobre corteza, en la que cada signo (kekinowin) equivale a un símbolo mnemotécnico para la recitación de cantos mágicos. Evidentemente, en este caso los algonquinos han sido influídos, por ejemplo, de los siux que poseen una escritura pictórica.

3. *Californianos y tribus de las mesetas*

La parte de Norteamérica que comprende las Montañas Rocallosas no solamente presenta un fuerte contraste con la laurentino-apalachiana por lo que atañe a sus aspectos geográficos, sino que también las poblaciones indígenas de ambas zonas tienen bien poco en común entre sí. De las grandes familias lingüísticas del este, sólo los *algonquinos* están representados en California por un insignificante fragmento étnico (los *wiyot* y *yurok*), y las divergencias lingüísticas y culturales de estas dos tribus comprueban que su separación del tronco espiritual debe haber tenido lugar ya en tiempos remotos. Los dené, cuyo movimiento migratorio de norte a sur, desde la Colombia Británica hasta el norte de México, puede observarse a lo largo de varias etapas, formando los *hupa* de California una de ellas, proceden de Alaska; de modo que siempre han sido un pueblo occidental. Un rasgo muy característico de las tribus del oeste es su marcada fragmentación lingüística, siendo esto un fenómeno que, aunque no tuvo su causa en la ausencia de entidades políticas superiores, por lo menos fué poderosamente fomentado por ella. Los *shoshoni* de la "Gran Cuenca" *(Great Basin)* de Nevada, Idaho y Utah, forman la única familia compacta de alguna importancia. Un

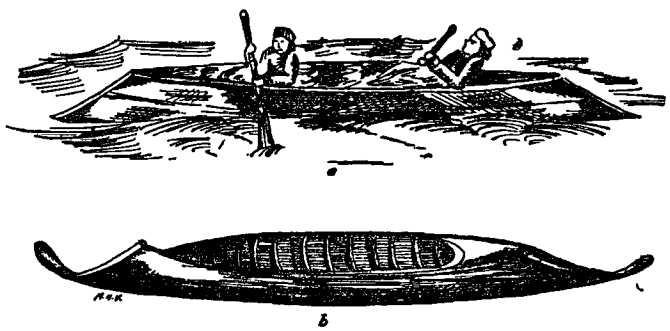
grupo de los shoshoni avanzó, en la región de Los Angeles, hasta el mar, donde ocupó el este del archipiélago de Santa Bárbara.

Actualmente, se suelen clasificar las numerosas pequeñas tribus de California en dos familias lingüísticas mayores: *hoka* y *penuti*. Antiguamente, los hoka ocupaban la mayor parte de la costa de California, pero más tarde, cuando los penuti y shoshoni invadieron su territorio, se dividieron en tres grupos: septentrional (*karok, shasta, pomo*, etc.); central (*salina, chumash*) y meridional (*yuma, mójave*). Los *penuti* (*wintun, maidu, miwok, yokuts*, etc.) ocuparon las fértiles tierras de los valles de Sacramento y San Joaquín, así como los alrededores de la bahía de San Francisco. Parece que existen ciertas relaciones lingüísticas entre ellos y los pueblos que viven más al norte en la costa de Oregón (el grupo *yakon: kus* [*coos*], *takelma*, etc.). Contrastando con estas tribus, los *lutuami* (*klamath* y *modok*), cuya área comienza en el rincón noreste de California, habitan exclusivamente el interior del país; es probable que sean parientes lingüísticos de los *shahaptin* que viven en la región de las mesetas del río Columbia superior.

En época muy remota, toda la meseta de las Montañas Rocallosas, junto con la costa del Pacífico, formaba un área etnográfica más o menos homogénea que estaba habitada por cazadores y pescadores primitivos. La continuidad de esta cultura antigua, ininterrumpida por miles de años, se refleja en los grandes concheros de la bahía de San Francisco, puesto que desde sus capas más bajas hasta las más recientes, casi no muestran desarrollo alguno de los artefactos que contienen. Sólo cuando comenzó a difundirse una cultura superior de pescadores en los fiordos de la costa noroccidental y cuando en la región de las mesetas de los ríos Colorado y Bravo llegó a echar raíces el cultivo y con él todo un complejo de elementos culturales meridionales, el territorio de los primitivos fué reduciéndose poco a poco hasta comprender sólo California y la Gran Cuenca; después siguió estrechándose todavía más, al caer bajo el dominio de las mencionadas influencias septentrionales y meridionales, las extensas zonas

de California hasta el Cabo Mendocino por un lado y Sierra Tehachapi, por otro.

La cultura más antigua del occidente americano tiene muchos rasgos en común con la de los cazadores subárticos, como lo demostraron F. Krause y K. Birket-Smith. Por ejemplo, encontramos: los mismos métodos de la pesca sobre el hielo, en el territorio que queda detrás de la costa noroccidental, y ciertas últimas reminiscencias de ellos aun en California; chozas cupuliformes (aquí cubiertas de hierba) y marmitas de piedra en la Gran Cuenca, la zona meridional de las mesetas y el sur de California; lámparas de piedra a orillas del



3. *a.* Canoa de corteza de abedul de los indios kútene. (Según Mason.) *b.* Canoa de corteza de las tribus del río Amur. (Según Maack.)

río Fraser; el poncho de dos pieles en todo el territorio de las mesetas; la bota-sandalia de la parte sur de dichas mesetas; el cuchillo "ulo" en la costa noroccidental; el simple abandono de los muertos en las mesetas septentrionales; etc., etc. La raqueta de la fase subártica más reciente ha penetrado también hasta los californianos y "cesteros" *(basket makers)* prehistóricos del suroeste, y probablemente al mismo tiempo que ella, y abarcando los mismos límites, el mocasín blando sin suela, el abrigo trenzado de tiras de piel de liebre (en California y en la región de los Pueblos, de cuerdas de plumas) y finalmente, la tienda cónica con cubierta de corteza o de esteras; mientras

en las mesetas encontramos un tipo de bote de corteza que se acerca notablemente al que se usa en el noreste de Asia. Igualmente son testigos de antiguas relaciones subárticas, la cubierta de tierra y la entrada-pasillo de las casas de California y de los navajo. Ya mencioné en la Introducción otros elementos asiáticos más recientes, como, por ejemplo, la casa-pozo y el arco reforzado. La casa-pozo, con poste-sostén para el techo y entrada por este mismo, se encuentra entre las tribus *selish* del interior, los *shahaptin, modok, californianos centrales* y *chumash;* entre los citados californianos centrales, sirve también de casa de varones, bailadero y baño de vapor. En vista de que dicho tipo de casa posee entre éstos, además de la abertura en el techo, otra lateral que con más frecuencia sirve para la ventilación que como entrada, y que termina en un tiro o túnel, no cabe duda que representa la forma primitiva de la "kiva" en la región de los Pueblos. El arco reforzado en su cara exterior mediante un forro de tendones, está en uso en todo el oeste, desde las fuentes del río Mackenzie hasta el río Colorado, siendo desconocido solamente en la costa noroccidental.

Sobre los cimientos de esta cultura antigua de cazadores y pescadores, vino a desarrollarse, gracias a favorables condiciones naturales, como un tipo especial, la *cultura californiana* propiamente dicha. Sus rasgos característicos son: el aprovechamiento intensivo de la vegetación y la vida sedentaria durante el invierno. Aunque los indios de este tipo de cultura, con excepción de los del río Colorado inferior, donde se hicieron sentir influencias meridionales, en ninguna parte han dejado de ser recolectores, los procedimientos que emplean para cosechar, guardar y preparar sus alimentos vegetales, resultan en muchos aspectos muy parecidos a los métodos de los cultivadores americanos.

Su *alimento principal* consiste en bellotas de encina, pero también comen castañas, piñones, bayas, semillas de hierbas, raíces y tubérculos, o, como entre los lutuami, semillas de nenúfar (wokas). Las semillas se cosechan con un cucharón de cestería; las raíces se sacan de la tierra con un bastón puntiagudo que suele hacerse más

pesado, en el centro y sur de California, por medio de una piedra anular; los productos se juntan en enormes canastas o en depósitos construídos sobre una armazón de postes. La preparación de los alimentos es complicada, ya que se hace necesario curar primero las bellotas o castañas, lavándolas en agua, para extraerles las sustancias amargas; para triturar los alimentos, se usan morteros de piedra que se sustituyen, en el norte, con lajas que tienen un borde de cestería, y en el sur, con toscas piedras de moler. Todo el resto de la vajilla se hace de cestería: bandejas para tostar las semillas, cribas y canastas en las que se cuece papilla por medio de piedras candentes. También se hace pan entre las cenizas, en hornos subterráneos o sobre losas calientes. De la savia del pino sacarino se extrae un dulce, de igual manera que se produce el dulce del arce en el este de Norteamérica. El tabaco, que sólo raras veces llega a cultivarse, en todas partes se fuma en largas pipas tubulares de madera; en su lugar, los shamanes usan por lo general pipas de piedra. Los *mojave,* a orillas del río Colorado inferior, que forma un oasis entre desiertos, confían el riego y abono de sus sementeras de maíz a las inundaciones que se repiten anualmente con toda regularidad.

En comparación con los californianos, los shoshoni de la Gran Cuenca viven bajo condiciones mucho menos ventajosas en su altiplanicie en muchas partes desértica y escasa de agua, y como "excavadores de raíces" (Digger) a menudo viven miserablemente. En consecuencia, para ellos la *caza* es de mayor importancia que para los californianos, aunque también la practican siempre junto con la recolección. Entre ellos encontramos los antiguos métodos subárticos de la caza acuática y de las cercas convergentes, así como el uso de redes y lazos; además, se practica con frecuencia el acecho de los animales con el disfraz del ciervo y el acorralamiento de la caza por medio de fogatas; de modo que se emplean procedimientos que se parecen mucho a los del este, es decir, de las regiones al sur de los Grandes Lagos.

En cuanto a la *pesca,* encontramos, además de métodos e implementos septentrionales (arpones con "cabeza" desprendible, an-

zuelos y redes), el envenenamiento con raíces trituradas que representa una costumbre meridional. De la altiplanicie del suroeste se introdujeron al sur de California los palos arrojadizos encorvados para la caza menor y propulsores, pero estos últimos no tienen mucha importancia en comparación con el arco. El *arco* se usa con flechas cortas que tienen un asta de caña y punta de obsidiana; las flechas se guardan en un pellejo que sirve de aljaba.

Originalmente, la única embarcación que se conocía en California y la Gran Cuenca, era la *balsa de juncos.* Más tarde vino del norte la *canoa de una pieza,* que llegó a usarse hasta el Cabo Mendocino y el Red River. En la costa del sur de California, los chumash y shoshoni, que habitan tanto las costas como las islas, usan *botes de tablas,* capaces de navegar en alta mar, con canaletes de pala doble, siendo éste un tipo de embarcación que no tiene paralelo en Norteamérica, mientras que el canalete de pala doble, que también es conocido en la bahía de San Francisco, no lo volvemos a encontrar sino entre los esquimales.

Para el transporte terrestre, se usan en el centro y norte de California canastos cónicos; en el sur de California y en la Gran Cuenca, redes parecidas a una pequeña hamaca. También en la forma de los porta-niños se notan diferencias entre el norte y el sur. Las cunas-canastas del norte de California representan evidentemente una imitación de la cuna de madera en forma de artesa de la costa noroccidental, mientras que los tipos meridionales tienen, la mayoría de las veces, como base una armazón en forma de escalerilla y están emparentadas con las cunas de los shoshoni de la Gran Cuenca.

Al lado de la recolección, la *cestería* constituye la segunda particularidad etnográfica de los californianos. Ningún otro pueblo de América ha logrado alcanzar como ellos un perfeccionamiento tan admirable en estas labores, ni desde el punto de vista técnico, ni del artístico. La técnica de la doble hebra del norte y la de espiral en el sur —las dos cruzándose en el centro— se elevan al mismo alto nivel. Cada región tiene sus formas específicas: el norte conoce la decoración por medio de "sobrecejo" (tiras de color entretrenzadas); el

centro prefiere cestos de forma ovalada y canastillas adornadas con plumas y cuentas de concha entretejidas; el sur conoce cestos en forma de botella, un tipo que tal vez se inspira en los modelos de la cerámica.

También la *indumentaria* debe a la cestería un elemento de importancia: la cachucha semiesférica o achatada de las mujeres es una prenda que se conoce en el norte, en el sur y en la Gran Cuenca, mientras que no existe en el centro; aquí son los hombres los que llevan una redecilla. Por lo demás, la indumentaria es asaz escueta, si prescindimos de las prendas subárticas ya mencionadas; los hombres a menudo andan desnudos, mientras que las mujeres se cubren con un delantal compuesto de dos piezas de cuero o fibras vegetales. El mismo estilo de vestido se halla también entre las tribus yuma, los que, por otro lado, se distinguen del resto de los californianos en muchos rasgos, por ejemplo, su *cestería* no pasa de ser muy rudimentaria y en cambio, saben fabricar buena cerámica, cuyo origen meridional parece no menos seguro entre ellos que entre los shoshoni del sur de California y los yokuts. De antiguo arraigo son, en cambio, sus *trabajos de pluma* y su *arte de trabajar conchas y piedras*, que no sólo proporcionan a los californianos muchos adornos y utensilios, sino también una especie de moneda. En la mayor parte de California se usa moneda de concha; pequeños discos agujereados, de la valva de conchas marinas *(sexidomus, pachydesma, olivella)*, o, en el sur, cilindros recortados del eje de caracoles. Entre los hupa, yurok, etc., toman su lugar caracoles de la especie *dentalium*, pellejos de la cabeza de pájaros carpinteros, cilindros pulidos de magnesita o navajas de obsidiana acuciosamente talladas. En las dentalias tenemos que reconocer nuevamente la influencia de la costa noroccidental.

Los californianos septentrionales han introducido también en su región lo que puede llamarse un débil destello del *arte de trabajar la madera* de la costa noroccidental: saben ahuecar troncos de árbol para hacer canoas y rajar la madera con cuñas de cuerno para hacer tablones, con los que construyen sus casas rectangulares con techo de dos vertientes. Solamente el *arte de tallar en madera* no ha penetrado

en California; en su lugar, las tribus septentrionales transforman astas de venado en diminutas cucharitas y cajitas.

Tribus, en el sentido de unidades políticas, no existen en la mayor parte de California ni en la Gran Cuenca; sino sólo pequeños *grupos*, de los que cada uno reclama una comarca perfectamente señalada como territorio propio. Con toda probabilidad, se componían originalmente sólo de los parientes consanguíneos del jefe. En la Gran Cuenca, se asemejan mucho a los *family hunting groups* de los subárticos; pero en California ya se han hecho sedentarias, de modo que han llegado a ser ya verdaderas aldeas.

Donde menos se nota el espíritu de unidad, ni aun en el seno de las mismas aldeas, es entre los californianos septentrionales. Contrastando marcadamente con ellos, los yuma del extremo sur, que son cultivadores, se han dado una organización en la que el particularismo aldeano casi ha desaparecido, y la tribu, aunque pequeña, forma una entidad política que procede solidariamente y muestra, frente a otras tribus, un espíritu notablemente belicoso.

Por todas partes los jefes gozan de considerable autoridad, sobre todo entre los shoshoni; en California, sin embargo, la posición social del individuo depende no tanto de su idoneidad como de la *riqueza* que, como factor social, tiene la más grande importancia entre los yurok y hupa, los que en consecuencia, conocen también la estratificación social y la esclavitud.

Para la guerra, existen jefes especiales. A los enemigos se les corta la cabeza o el escalpo, y con estos trofeos se baila en la fiesta para celebrar la victoria. Parece que esta costumbre es de procedencia meridional, lo mismo que las armas de guerra de los yuma, que constan de un escudo circular de cuero y de una porra corta. La coraza de varitas o cuero de los indios de la costa noroccidental ha penetrado hasta el norte de California.

Desde el sur llegó a California, desde tiempos relativamente remotos y simultáneamente con otros elementos de una cultura superior, el sistema de *clanes*, que tiene aquí la forma de clanes o "mitades" (estas últimas sobre todo entre los miwok) exogámicos y en la

mayoría de los casos totémicos; pero, en contraste con aquéllos de la región de los pueblo, han conservado el principio patrilineal de los antiguos grupos locales.

Debido al desarrollo de la moneda, el *matrimonio* adquiere, en muchas partes de California y sobre todo en el norte, las características de una transacción comercial. De tiempos mucho más remotos data la costumbre muy generalizada de casarse, después de la muerte del cónyuge, con su hermano o hermana respectivamente (levirato y sororato), y la prohibición de tener tratos con los suegros.

Tienen también que observar ciertos tabús: los padres, después del nacimiento de un hijo; la joven, con motivo de su primera menstruación, y la viuda, después de la muerte del marido, formando parte de estos preceptos la prohibición de comer carne y de beber agua fría, o de rascarse la cabeza con los dedos en vez de valerse para ello de una varita. Las viudas se cortan el pelo, se tiznan la cara y llevan por cierto tiempo un collar de luto.

La *cremación de los cadáveres* se practica en casi toda la California central y meridional, mientras que los shoshoni y los californianos del norte al igual del resto de los indios del noroeste, entierran a sus muertos. En el sur, tiene arraigo la gran conmemoración que se celebra, dentro de un cercado de ramajes, en honor de todos los que han muerto durante el año anterior. En esta ceremonia se ejecutan danzas, se cantan canciones que expresan el odio a los enemigos de los difuntos y al final se queman muñecos de junco que representan a los desaparecidos y que llevan puestas las cosas de más valor de su propiedad.

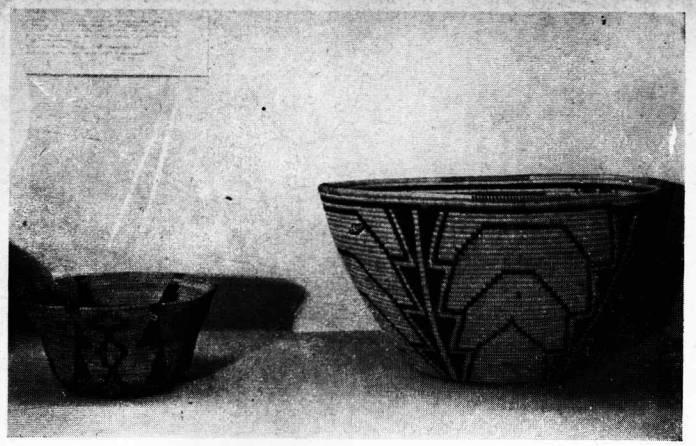
El *shamán* californiano no se distingue de su colega subártico ni en la manera de iniciarse en su profesión, ni en sus actividades; sólo en que no usa tambor durante sus actuaciones, sino una sonaja hecha de capullos. Por otro lado, el shamanismo de los yuma, shoshoni y californianos septentrionales ha seguido por otros senderos, apartándose de la creencia en espíritus tutelares. El shamán shoshoni o yuma adquiere su poder mágico durante un sueño en que se le aparecen el ser supremo y otra deidad; entre los yurok y hupa, su

poder se deriva de ciertas substancias materiales que algún espíritu ha depositado en su cuerpo por medio de un encantamiento y a las que logra dominar mediante su consagración durante la "danza doctoral". Entre los californianos hay varias clases de shamanes: metereomagos, médicos-brujos y otros más que se convierten en osos para aniquilar a sus enemigos.

Sobre esta antigua fase subártica de creencias, en las que el interés gira principalmente alrededor del bienestar individual, vino a difundirse otra más reciente que se caracteriza por la organización de *asociaciones religiosas* cuyo objetivo es el fomento del bienestar de toda la comunidad aldeana o de la naturaleza circundante. Esto se consigue de diversas maneras. En el "culto kuksu" de los californianos centrales, los danzantes personifican seres o animales divinos, vistiéndose con trajes de pluma (son desconocidas las máscaras en el sentido propio de la palabra) o imitando los movimientos o actividades de animales; el instrumento musical para estas ceremonias consta de una tabla sonora que está colocada en el piso encima de una excavación y que se golpea con los pies. En el culto del "toloache" de las tribus costeñas del sur de California y de los yokuts, se persigue, en cambio, el fin de investigar la juventud de la tribu, por medio del consumo de la raíz venenosa del estramonio (*datura neteloides*, en nahuatl toloache), de poderes que garantizan buena salud, felicidad y riqueza. Por consiguiente, en el fondo se trata de un rito de pubertad, cuyo acto principal se celebra (como los cultos de los indios pueblos) frente a una "pintura de arena", que en forma simbólica representa el mundo.

En los dos casos puede hablarse de asociaciones secretas en el sentido de que una ceremonia solemne de iniciación es condición previa para la admisión. No hay nada análogo entre los californianos septentrionales. En las fiestas de estos indios, la parte religiosa consta de la recitación de una fórmula sagrada por el sacerdote para impedir toda clase de males; en cambio, las danzas son actos públicos, en los que los ejecutantes con su indumentaria lujosa deben dar una demostración de la riqueza de los patronos de la fiesta. De igual mane-

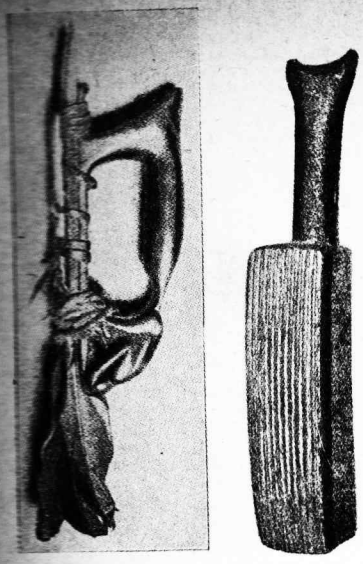
10. Arte decorativo de los indios de las praderas. En su mayoría se trata de piezas antiguas de gran valor de las colecciones del príncipe de Wied, del duque Paul de Württemberg, etc., sin especificación de las tribus (con excepción del No. 3 que procede de los indios dakotas. Los Nos. 5, 9, 10 (omaha) y 6 (crow) son piezas modernas. El No. 2 es un modelo de portaniños típico de los indios de las praderas, cuyas mujeres llevan estas armazones en la espalda mediante una faja de cuero, puesta en la frente. Del Museo Etnográfico de Berlín.)



11. Cestería californiana. A la izquierda, pequeño cesto pomo (de la colección de René D'Harnoncourt). A la derecha, cesto panamint, (de la misma colección.)

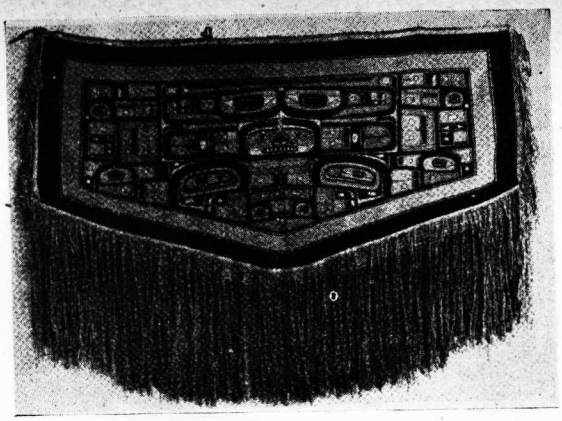
12. Cesta washo tejida en espiral, de 25 cms. de diámetro. (De la colección del museo de la Universidad de Pennsylvania, Filadelfia.)

13. Arcón de madera tallada y pintada con motivos heráldicos. Haida. (Colección Wolfgang Paalen.)

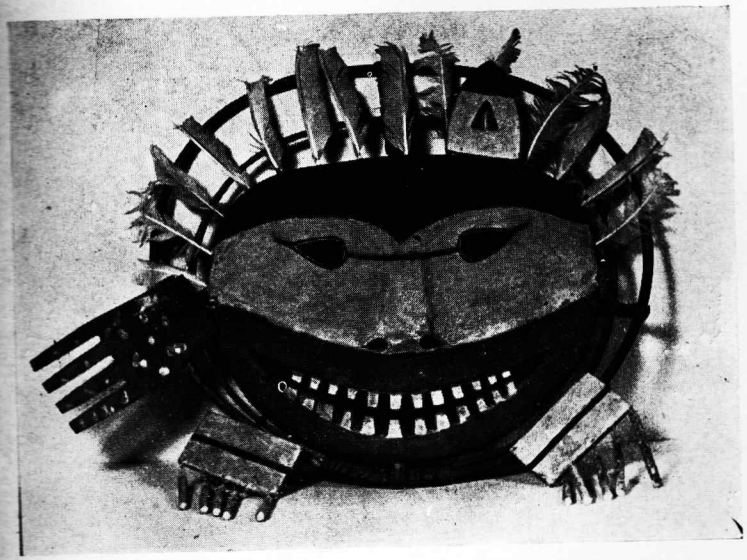


a b

14. *a.* Escoplo para labrar madera. *b.* Batidor de corteza de hueso. De los indios kwakiutl y nutka. (Del Museo Etnográfico de Berlín.)

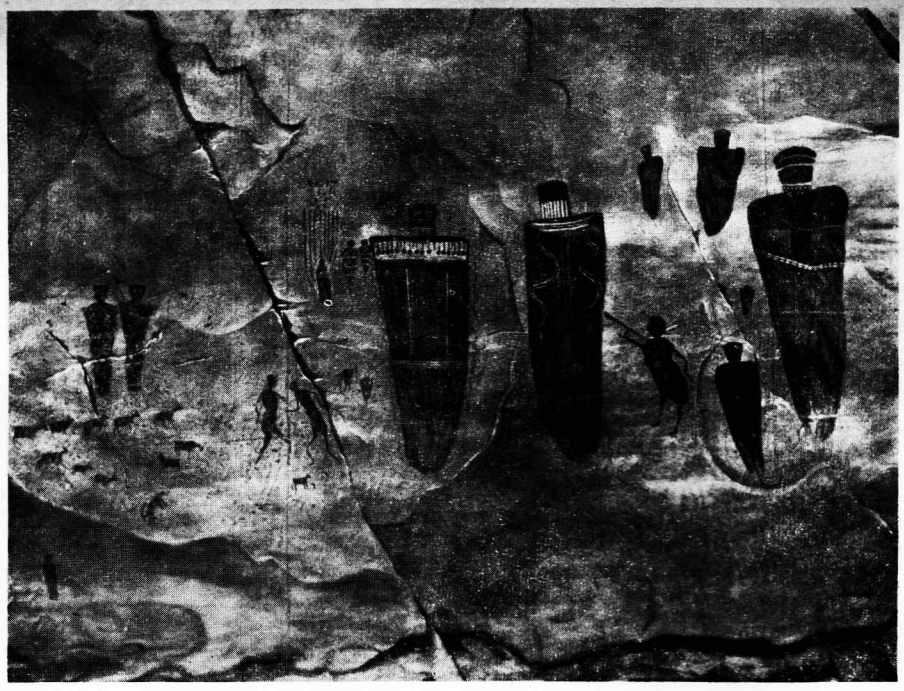


15. Manto chilkat tejido de lana de cabra montés y fibra de corteza de cedro, decorado con un motivo heráldico. Tlingit. (Colección Wolfgang Paalen.)

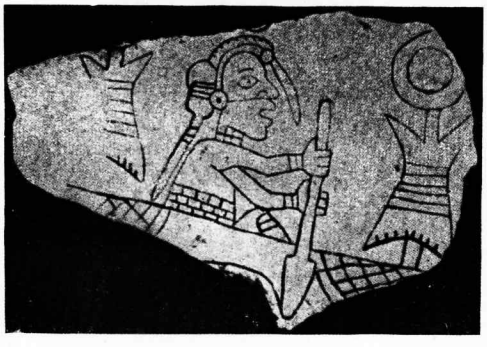


16. Máscara esquimal de un espíritu. (Colección del Museo de los Indios Americanos, Fundación Heye, Nueva York.)

17. Una mujer de la tribu hupa, vestida a la usanza antigua. (Según Powers.)



18. Detalle de las pinturas rupestres de Barrier Canyon, Utah. De una copia directa del original pintada bajo la dirección del Utah Art Project, W. P. A. Cultura de "los Cesteros" ("Basketmakers"). (Colección del Museo de Arte, de Denver.)



19. Fragmento de caracol inciso con un hombre remando. Montículo de Spiro, Condado Le Flore, Oklahoma. (Colección de la Universidad de Oklahoma, Norman.)

20. La costumbre de los indios californianos de hervir el agua en canastos. (Según un dibujo de Holmes.)

ra, los yuma tampoco conocen actos rituales corporativos de ninguna clase; entre ellos, los sueños, cuyo contenido es proclamado en canciones, forman la base de todo acto religioso.

La *mitología* de los californianos centrales ocupa un nivel notablemente alto. Entre todos los indios primitivos del continente, ellos son los únicos que poseen un gran mito cosmogónico en cuyo principio el ser supremo hace nacer el cielo y la tierra de la nada; crea al hombre y a su cultura, viéndose frecuentemente obstaculizado y atacado por el astuto coyote que es el causante de todos los males y de todo lo imperfecto en este mundo. Entre los californianos del sur, la idea de un creador pierde su posición central, porque para ellos la humanidad y todo lo terrestre ha nacido del matrimonio del padre celeste con la madre terrestre, y el gran dios es más bien el primer ser creado que, por eso, tiene que morir como todos los hombres.

4. Tribus de la costa noroccidental

En el angosto litoral del noroeste entre el monte Elías y el cabo Flattery, la cultura de los cazadores y pescadores americanos llega a rayar a tales alturas que casi logra elevarse a la esfera de los pueblos más cultos del continente. Los indios de la costa noroccidental deben esta posición excepcional, entre otras causas, a la circunstancia de vivir en una costa ricamente dotada de fiordos e islas que, desde el punto de vista geográfico, favorecen el tráfico de una manera extraordinaria; que goza de un clima templado por la gran corriente marítima caliente que viene del Japón y que abunda en riquezas naturales —bancos inagotables de peces y mamíferos por un lado y bosques inmensos de abetos y cedros por el otro—; siendo todo ello la base natural para un sistema económico "a prueba de crisis", así como para una cultura material multiforme.

La cultura de la costa noroccidental alcanza su caracterización típica entre los *tlingit* y *haida*, que Sapir pudo identificar como una ramificación temprana, y por eso lingüísticamente muy diferenciada, de los dené. La tribu más allegada a ambos en sentido cultural, es

la de los *tsimshian*, la cual probablemente no ha invadido la costa sino hasta épocas relativamente recientes, ocupando todavía hoy un territorio bastante extenso del interior a lo largo de los ríos Nass y Skeena.

Forman el grupo meridional de los indios de la costa noroccidental los *wakash* (con sus dos tribus principales; los *kwakiutl* y *nutka*), y los *selish*, lingüísticamente emparentados con ellos, en la isla de Vancouver y las costas de la Colombia Británica y del estado de Washington. Contrastando con el grupo septentrional y con los *wakash*, los selish son costeños sólo en minoría, porque la mayoría vive en el interior, ocupando casi toda la región de los ríos Fraser, Thompson, Columbia superior y Clarke hasta las Montañas Rocallosas y se extendían, en tiempos remotos, probablemente mucho más al este, hasta colindar con los proto-algonquinos. Los *chinuk* del Columbia inferior (hasta donde este río se abre paso a través de la Sierra de las Cascadas), representan una extensión meridional de la cultura de la costa noroccidental. Su lengua, como la de los tsimshian, parece estar relacionada con las lenguas *penuti*. Al igual que la cultura mexicana, aunque en una escala mucho más reducida, la cultura de la costa noroccidental ha extendido su radio de influencia sobre todos los pueblos circunvecinos, tanto de la costa como del interior. En cuanto a los primeros, hay que mencionar a los *esquimales* del sur de Alaska, así como a las tribus costeñas de *Oregón* y del *norte de California*. En el interior, la influencia de la cultura de la costa noroccidental se manifiesta claramente no sólo entre los selish, sino también en las regiones al norte de éstos, entre los dené, y en el sur entre los *shahaptin* a orillas de los ríos Columbia y Serpientes. En tiempos más remotos, las relaciones eran en sentido inverso, porque no cabe duda que la cultura de los pueblos de las mesetas septentrionales, de los que se tratará con más detención al final de este capítulo, tomó parte decisiva en la edificación de la cultura de la costa noroccidental, como ya lo pone de manifiesto el origen de los pueblos costeños. Es ésta la razón que nos explica el porqué de las estrechas relaciones que los hallazgos en los concheros del delta

del río Fraser (que en tiempos más recientes quedaba dentro del área de la cultura costeña) señalan con la cultura de la región de las mesetas del interior.

Económicamente, la cultura de la costa noroccidental está basada en la pesca y la caza marina, de igual manera que la cultura californiana en la recolección de vegetales. La caza terrestre es de poca importancia, entre otras causas porque existe un tabú que prohibe el consumo simultáneo de carne de animales terrestres y salmón que es el principal alimento, un tabú que se conoce también en otras regiones de Norteamérica. Cuando se cazan en tierra firme cabras monteses o ciervos con arco y flecha o trampas, esto se hace principalmente por sus pieles. De más importancia para el sustento son: los *crustáceos,* que las mujeres desentierran de la arena de las playas con palos de cavar, y los tuestan para el consumo inmediato o los conservan ahumados; luego, ciertos *vegetales* que también se procuran mediante la recolección: algas marinas, raíces de helecho, kamas o trébol, así como bayas que se comen secas y comprimidas en forma de panes, o asadas en hornos subterráneos, o cocidas y servidas con aceite de pescado. A pesar de que, por lo demás, los indios de la costa noroccidental no conocen el cultivo, cultivan, sin embargo, el tabaco en pequeña escala; las hojas se desmenuzan en morteros de piedra y se mascan con cal, porque la costumbre de fumar el tabaco era desconocida antes de la llegada de los primeros europeos. Además, es muy verosímil que originalmente no se mascara el tabaco, sino otra yerba.

Todos estos alimentos y estimulantes tienen solamente una importancia muy secundaria frente a las subsistencias que proporciona el mar. La *caza de los mamíferos marinos* en alta mar desempeña en la parte sur de la costa noroccidental un papel parecido al que encontramos entre los esquimales subárticos. Como allí, también entre los nutka y sus vecinos meridionales, el capitán de los arponeros, es decir, el que tiene que dar el primer arponazo y cuyo oficio es hereditario y muy respetado, tiene la obligación de observar varios tabús y someterse a ejercicios religiosos antes de emprender la cacería. Toda una

escuadra de canoas ataca a la ballena con arpones de unos tres metros de largo, cuya cabeza, como entre los esquimales, está libremente fijada sobre el extremo del asta y conectada con un flotador de piel de foca. Los arpones más pequeños, que se usan para la caza de los delfines, lobos marinos y focas, tienen una bifurcación en dos astas delanteras, y en la parte posterior un ensanche con agujeros para los dedos, de modo que representan una combinación del arpón con el propulsor que los esquimales usan por separado.

Para la pesca de meros y merluzas en alta mar, se usan, a lo largo de toda la costa, anzuelos de profundidad, que consisten en una pieza de madera, de una o dos partes, en forma de una U o V, con ganchos de retención, y que se sujetan en el fondo del mar por medio de piedras y flotador. Mayores rendimientos da la pesca del salmón, cuando se practica desde la canoa con anzuelos, astas con garfios, dardos horquillados y redes barrederas o, en los ríos, por medio de represas y nasas. Para la pesca del arenque basta un rastrillo de madera con puntas de hueso que se maneja, agitándolo violentamente en el agua. El olache, un pez parecido a la mena *(thaleichthys pacificus)*, se pesca en primavera, cuando se junta en compactos bancos en las desembocaduras de los ríos, usando grandes redes de bolsa, que se amarran en postes, con la boca orientada río arriba.

El olache es indispensable por su aceite no sólo en la cocina de las tribus de la costa noroccidental, sino también porque suelen servirse de este pescado seco como vela, después de introducir una mecha por todo el largo de su cuerpo. Además, hay candiles para aceite de ballena, de piedra (tlingit) o de concha (nutka). Casi todo el resto del ajuar es madera. Si en alguna parte de América parece justificado hablar de una "cultura de madera", este término corresponde a la costa noroccidental, donde el aprovechamiento de este material relegó a segundo término cualquiera otra industria, inclusive la cestería, y evitó que hubiera alfarería a pesar de que hay arcillas aprovechables. Se conoce no solamente el arte de tallar vasijas u otros recipientes impermeables de una sola pieza, sino también la de ensamblarlos mediante tablitas que se obtienen rajando el tronco de un

cedro previamente derribado, con cuñas de madera y manos de mortero; las tablas se alisan con azuelas y escoplos de piedra. Con una tabla larga, doblada en tres lugares por medio de vapor, y otra tablita cuadrada que se ajusta para formar el fondo, se hace una caja rectangular cuyos bordes se cosen con raíces. En cajas de esta índole se preparan los alimentos, metiendo piedras candentes, pero también sirven para cubetas, depósitos, cofres, tambores, cunas y ataúdes. En cambio, los platos se tallan de un trozo de madera de aliso, las más veces en forma de canoa o, si son para usar durante las fiestas, en forma de seres humanos y animales en cuclillas o acostados. También son de madera los grandes cucharones; pero las cucharas con sus mangos artísticamente tallados, se hacen de cuerno de cabra montés.

Las canastas se tejen de raíces de pino o tiras de líber de cedro. Los kwakiutl fabrican canastos de cargar, empleando un tejido duro y ralo a la manera de nuestras jaulas pajareras; también hacen costales flexibles, bolsas y esteras en cestería ajedrezada. A un nivel muy superior se eleva la técnica de la doble hebra que practican las tribus septentrionales y meridionales, y que con las canastas de los tlingit, decoradas delicadamente con cintas de zacate teñidas, alcanza la cúspide de la perfección, tanto en sentido técnico como artístico, aunque florece también entre los selish meridionales y entre los chinuk.

Las dos ramas del arte de trabajar la madera practicadas por los indios de la costa noroccidental, alcanzan su perfección más grandiosa en la *construcción de casas y canoas*. Estos pescadores viven en aldeas, cuyas casas forman largas filas sobre los altos taludes de la costa y cuyos frontispicios y puertas miran hacia el mar. Son casas plurifamiliares, a veces de enormes dimensiones, como por ejemplo una de los selish que existía todavía en el año de 1855 cerca de la actual ciudad de Seattle, que tenía un largo de 160 metros. La armazón interior de estas casas está siempre separada de la pared exterior, es decir, el *techo* no descansa sobre los tablones verticales u horizontales que forman las paredes, sino sobre vigas o travesaños que, a su vez, están colocados sobre soportes enteramente separados de las pa-

redes. En cuanto a los detalles, se notan muchas diferencias entre las casas del sur, con techo de atril, y las del norte, con techo de dos vertientes; pero lo que más importa es la diferencia en la disposición del interior, que en el tipo meridional parece como si estuviera agrupado alrededor de un eje (dos poyos laterales de tierra para dormir, el pasillo de en medio y varios hogares), y, en el tipo septentrional, alrededor de un centro (piso hundido con plataforma corrida alrededor de las paredes y un solo hogar en el centro). Sobre los poyos se construyen divisiones para las familias, con esteras o tabiques de madera. Exteriormente, estas casas están adornadas, sobre la pared del frontispicio, con pinturas multicolores y además, se levanta frente a ellas (entre las tribus septentrionales) un enorme "poste heráldico" consistiendo en la mitad de un cedro cubierto hacia fuera de entalladuras figurativas; frecuentemente, los soportes en el interior de la casa llevan adornos similares.

También las *canoas* de alta mar, con las que estos indios suelen hacer largas travesías, se construyen de un tronco de cedro, que se ahueca por medio del fuego; después se enderezan los costados utilizando unos travesaños y por último se alisan cuidadosamente todas las superficies. Proa y popa, que en el norte ostentan otras formas que en el sur, tienen a veces un aumento de tablones sobrepuestos y pintados. Los grandes botes para la caza o la guerra alcanzan un largo hasta de 20 metros y tienen cabida para 50 a 60 individuos.

El alto nivel del arte de tallar en madera en la costa noroccidental, naturalmente no puede explicarse exclusivamente por la abundancia de la materia prima, porque de otra manera lo encontraríamos también en otros países boscosos de América. No es menos sorprendente el florecimiento de la *industria de hilar y tejer* en una región tan distante de la esfera de influencia del arte de tejer norteamericano. Su punto de partida se encuentra en la manufactura de mantas y capotes de lluvia, que los pueblos de las mesetas saben hacer de fibras torcidas de la salvia o de tiras de piel, que se juntan entre sí por medio de una doble hebra. En la costa se toma, en lugar de la salvia, líber de cedro que se ablanda, después de enriarlo, con un

instrumento de hueso que se parece al batidor polinesio usado para preparar el llamado "tapa"; sustituyendo las tiras de piel se utiliza la *lana de la cabra montés* (en el norte) o el *pelo lanoso de perro* (en el sur), con el cual se mezclan a veces plumas de pato. Para "tejer" (en el fondo, todavía no era más que un simple trabajo de entrenzar) los hilos de líber o lana se cuelgan verticalmente entre dos postes. El adelanto decisivo se alcanza con el invento de los selish, de hilar lana por medio de *husos* y de sustituir la urdimbre suelta por un *bastidor* de urdimbre continua que tiene dos rodillos horizontales graduables. Los productos más hermosos de esta técnica (tanto de la rudimentaria como de la perfeccionada), son las esclavinas con dibujos en negro, amarillo y verde azulado de los tlingit ("mantas chilkat") y las mantas también multicolores de los selish. Sólo en tiempos relativamente recientes, los ornamentos de animales estilizados tomaron en las capas el lugar de los dibujos geométricos, como los que todavía se ven en las mantas de los selish.

Las principales prendas de la *indumentaria* de los indios de la costa noroccidental son: esclavinas, capotes de lluvia y una especie de *toga* que se hace cosiendo dos pieles de nutria marina, y que se fija con un nudo sobre el hombro derecho. Los hombres se distinguen de todos los pueblos del este y sur de Norteamérica por la costumbre de no ponerse braguero y por andar descalzos. Forma parte del traje de los shamanes un delantal de piel pintado y con flecos. Originalmente, las mujeres no se ponían más que unos delantales de fibras. Los sombreros, que se trenzan con raíces de pino y se adornan con dibujos pintados o, con menos frecuencia, entretrenzados, causan la impresión de algo muy extraño en el medio ambiente americano, y recuerdan por su forma cónica, campaniforme o semiesférica los sombreros del este de Asia. Los hombres se ponen estos sombreros durante sus viajes en canoa; entre los nutka su uso queda reservado a los jefes. En cambio, los bezotes de madera que usan las mujeres de los tlingit, haida y tsimshian, así como la deformación del cráneo de los chinuk, selish y kwakiutl, hacen pensar en relaciones con Mesoamérica. Las dos prácticas tienen el carácter de distinciones y,

por consiguiente, son prohibidas a los esclavos. Entre los haida, ambos sexos practican el tatuaje. Finalmente, hay arracadas y narigueras colgantes de hueso, piedra, concha irisada de haliotis o caracoles de la especie *dentalium*, así como adornos metálicos, para cuya fabricación se aprovecha cobre nativo o los dólares de plata, que se martillan y graban para darles la forma de brazaletes.

No existe en América pueblo alguno, con excepción de los países de alta cultura, que pueda igualarse con los indios de la costa noroccidental respecto al perfeccionamiento artístico logrado en la hechura de sus casas y su ajuar, de su indumentaria y adornos, de sus máscaras y objetos rituales. Rivalizan entre sí la escultura de bulto, el relieve y la pintura, aunque parece que el arte típico de la costa noroccidental (cuyo centro gravita entre los haida), representa el resultado de un desarrollo relativamente reciente. El arte más antiguo, que se ha mantenido vivo entre los wakash, selish y chinuk, sigue prefiriendo plásticas de un realismo a veces verdaderamente conmovedor; representaciones escénicas (en sombreros y canastas) u ornamentos lineales (en utensilios de hueso), que a veces recuerdan extrañamente el arte de los esquimales de Alaska. Para el arte más reciente son características la esquematización de la figura animal; la combinación de varias de ellas con figuras humanas de la que resulta una composición curiosamente entrelazada; y la aplicación de la forma de expresión plástica a un arte bidimensional, pues las pinturas en las superficies de frontispicios de casas, en costados de cajas o canoas, así como en mantas, sombreros, brazaletes, etc., no representan vistas de frente o perfil, sino "perfiles dobles" que se producen al desdoblar en lo plano las dos caras laterales de la figura de un animal primeramente dibujado alrededor de un cuerpo hueco. El nacimiento de este estilo artístico está íntimamente ligado con el totemismo y con el concepto de que todos los animales no son sino seres humanos disfrazados que, en cualquier momento, pueden quitarse o salirse de su envoltura externa como de un vestido, una casa o una canoa.

El estudio de las *instituciones sociales* demuestra nuevamente que es en el sur donde se conservan las condiciones más antiguas. Entre los selish, nutka y chinuk, igual que entre los californianos, la *comunidad aldeana* constituye la unidad superior de la vida social y política; consta de varias familias entre las que no existen más restricciones matrimoniales que las naturales (parentesco demasiado cercano de consanguinidad); los hijos heredan tanto del lado del padre como del de la madre, aunque efectivamente prevalece el principio patrilineal. Cada familia dispone, como las antiguas "family hunting groups", de determinadas pesquerías y terrenos para la recolección de bayas y raíces.

Originalmente, estas condiciones estaban en vigor en toda la costa, hasta que más tarde comenzó a desarrollarse en el norte un sistema *matrilineal de clanes* y *fratrías*[1] *exógamos*, que se extendió hacia el sur. Indudablemente, los clanes nacieron de antiguas comunidades aldeanas que se habían disuelto, distribuyéndose sus componentes en varias aldeas nuevas, sin perder sus vínculos antiguos; mientras que las fratrías son agrupaciones artificiales de individuos que no se sienten ligados por lazos de una descendencia común. Entre los tlingit y haida, hay dos de estas fratrías: los "cuervos" y "águilas" o "lobos", respectivamente, que, naturalmente, están representados en cada aldea y cada familia, ya que un hombre de la estirpe de los "cuervos" sólo puede casarse con una mujer de la estirpe de los "águilas" y viceversa. La influencia de las tribus septentrionales se ha ido extendiendo hasta los kwakiutl que adoptaron la institución de los clanes, pero retuvieron el principio patrilineal, aunque cada hombre puede adquirir derechos hereditarios para sus hijos también en el clan de su mujer, por medio del matrimonio.

Son propiedad del clan, ante todo, los *animales heráldicos* cuya efigie cada miembro del clan puede instalar en sus propiedades y que se distinguen de los totems genuinos en que no es venerada ni incluye tabú alguno con respecto a la especie representada por el animal heráldico. Como en este caso, también entre los otros bienes

[1] "Grupos y clases de clanes" (Clangruppen und-klassen).

que pueden heredarse —y esto vale tanto para las comunidades aldeanas como para los clanes— no cuentan tanto los valores reales, sino, en primer lugar, los privilegios: nombres, leyendas (que se refieren a la adquisición de los animales heráldicos), canciones, danzas

4. Indio iroqués con coraza de varitas.

y cargos públicos. El clan de los indios de la costa noroccidental carece casi por completo de la significación política y religiosa que tiene el clan del este de Norteamérica.

Pasa a través de esta organización de aldeas y clanes, una clasificación en rangos que estriban exclusivamente en la riqueza. Pero

5. Indio chukché, con coraza de varitas.

no es simplemente la riqueza de por sí lo decisivo para su poseedor, sino la posibilidad de organizar, en cualquier momento, "potlaches" que son grandes fiestas, durante las cuales, y mediante el más liberal reparto de bienes, se trata de aumentar el prestigio, lo que halla exteriormente su expresión en el gasto del organizador de adoptar otro

nombre nuevo. No es tanto la idea de demostrar de esta manera su agradecimiento por servicios recibidos la que da motivo a este modo de proceder, sino más bien la intención de ganarle la delantera a un rival, transfiriéndole los bienes más valiosos o destruyéndolos en su presencia, por ejemplo, vertiendo aceite de pescado al fuego, rompiendo grandes planchas de cobre escudiformes, hundiendo canoas o matando esclavos. El rival se queda entonces con la obligación de devolver los regalos o, más bien dicho, lo prestado, con un interés del ciento por ciento, o superar al otro en el despilfarro de sus bienes, si no quiere perder su prestigio.

De esta manera se ha ido formando una "nobleza plutócrata" que concierta matrimonios solamente entre sí para perdurar en la posesión de bienes y prestigio. A esta clase pertenecen también los *jefes*; éstos se reclutan de entre los cabezas de familia o de clanes de más prestigio, transmiten su cargo por herencia y deben a su rango fiestas extraordinariamente suntuosas, para cuyos gastos, sin embargo, contribuye el clan.

Los esclavos son los que ocupan el grado más bajo de esta jerarquía. Ciertamente, no se les trata mal, pero continuamente corren el peligro de ser sacrificados con motivo de algún pótlach, la construcción de una nueva casa (tlingit) o la función de una sociedad secreta (kwakiutl). Principalmente para obtener esclavos, las aldeas de la costa noroccidental emprenden sangrientas guerras entre sí, bajo el pretexto de alguna venganza. Ellas consisten en asaltos imprevistos, desde el mar, lo que dió por resultado que las aldeas, en tiempos antiguos, estuvieran muchas veces ubicadas en lo alto de islas rocosas o sobre plataformas. A los enemigos muertos, se les corta la cabeza.

Los guerreros se protegen con coletos de cuero grueso o corazas de planchuelas de madera o varitas, yelmos de madera y vísceras, que tienen sus dechados en las armaduras del Asia Oriental. Las armas constan, además del arco y la jabalina, de puñales con dos filos y dos puntas, que antiguamente se fabricaban de hueso o de cobre (que se encuentra en estado nativo en el Río del Cobre (Cooper River),

y en tiempos más recientes, de acero; además, se usan hachas de combate y mazas. Contrastando con el este de Norteamérica, no se conocen en esta zona porras, sino únicamente macanas de hueso de ballena con empuñadura tallada, o de piedra, que están difundidas desde Colombia hasta los nutka y selish.

Todas las fases de la vida se celebran con un "pótlach": la imposición de un nombre, la primera menstruación, la admisión en una sociedad secreta, la erección de un poste heráldico, el matrimonio y el sepultamiento. La gran importancia de la riqueza salta también a la vista con motivo de los *matrimonios*, por los regalos mutuos que tienen que representar valores iguales, aunque las tribus meridionales someten además al pretendiente a diversas pruebas y aun a ordalías, antes de aceptarlo. Al llegar a la pubertad se aísla a la joven y se la somete a ciertos tabús que son similares a los de los californianos.

Entre las tribus meridionales nunca se entierra a los muertos, sino que se deposita a éstos en cajas o en canoas que se colocan sobre postes o en lo alto de los árboles, o en cuevas. Las tribus septentrionales queman sus muertos, con excepción de los cadáveres de los shamanes, que se depositan en casitas sepulcrales. En toda el área se erigen, en los lugares de los sepulcros, postes heráldicos en honor de los difuntos de prestigio.

Otro tercer factor para la formación de grupos sociales, aparte de la ascendencia o la riqueza de los individuos, consiste en las *sociedades*. Entre los kwakiutl, éstas incluyen toda la tribu, dejando en suspenso, durante el invierno, el agrupamiento en clanes. Y de la misma manera que la tribu en tiempos normales se divide en "nobles" y "plebeyos", así hay también dos grupos de sociedades: el de las "focas", sacras, y el de los "quequtsa", no sacras. Las primeras son sociedades secretas propiamente dichas, que se distinguen por medio de una divisa de líber de cedro y que constan de varios rangos; las otras son agrupaciones de coetáneos, con nombres de animales. El carácter de socio en las sociedades secretas es hereditario, aunque cada candidato, al llegar a la adolescencia, tiene la obligación

de adquirir definitivamente en persona este privilegio, retirándose a un bosque cercano, donde se reúnen los demonios a principios de invierno para que uno de ellos se "posesione" de él.

Durante sus danzas, los miembros de cada sociedad se presentan con fantásticas máscaras de madera, demostrando únicamente las hazañas de los demonios y, mediante diversos actos de prestidigitación, los dones que ellos les han otorgado, v. g., la invulnerabilidad. La sociedad "*hamatsa*", la de mayor prestigio, goza del privilegio de comer carne humana, del que efectivamente hizo uso en tiempos anteriores.

Todos estos rasgos indican a las claras que tal sistema de sociedades secretas entre los kwakiutl y sus vecinos, no es otra cosa que un *shamanismo* organizado. Entre las tribus septentrionales, donde este sistema tiene menos importancia (en el sur, entre los chinuk, falta por completo), también el shamán individual a menudo exhibe sus aptitudes, presentándose con la máscara de su espíritu tutelar. Para sus curaciones se vale de una sonaja de madera que tiene la figura del cuervo mítico, y al final de su actuación, chupa la materia causante de la enfermedad o recupera el alma escapada. Los shamanes de los selish del pugetsund ejecutan una pantomima que representa un viaje en canoa al mundo de los espíritus, que se cree está situado en el oeste o directamente debajo de las aldeas de los vivos.

Así como no hay modo de parangonar las sociedades secretas de los indios de la costa noroccidental con asociaciones religiosas, tampoco tienen nada que ver los demonios de tales sociedades con los conceptos religiosos prevalecientes. Solamente unos cuantos de ellos se encuentran también en la *mitología*, entre otros la legendaria serpiente bicéfala sisiutl. Los bilchula, tribu de los selish costeños enclavada entre los kwakiutl, poseen una detallada cosmología altamente desarrollada. Estos indios suponen la existencia de cinco mundos, uno encima de otro: dos cielos, la tierra y dos inframundos; en el cielo superior vive una diosa, en el segundo un dios solar, que es el verdadero señor del mundo. Entre las tribus meridionales, es un héroe humano el que desempeña el papel de benefactor y héroe ci-

vilizador; las tribus septentrionales, en cambio, dan este papel al cuervo jelch, el cual, igual a muchos héroes animales de los indios, resulta comparable, por su astucia y maña, con el "maese raposo" de la leyenda europea.

Ya se hizo hincapié en la muy notable influencia subártica en la *cultura de los pueblos de las mesetas septentrionales*. Originalmente, todos ellos eran pescadores y recolectores, entre los que se combinaba la pesca del salmón, que practicaban con los métodos de las tribus costeñas, con la busca de raíces al estilo de la gran cuenca. El perro les servía de animal de carga, como entre las tribus norteñas. Con la introducción del caballo, la caza adquirió mayor importancia; simultáneamente, muchas tribus de las mesetas, principalmente los nez percé (shahaptin), flothead (selish) y kutenai, se asimilaron, en mayor o menor escala, la cultura de las praderas, en indumentaria, habitación y armamento, como lo hicieron también los yute y otros shoshoni de la Gran Cuenca.

El estilo antiguo de habitación era la casa-pozo y chozas cuadradas, revestidas de esteras, en forma de un techo de dos vertientes posado directamente en el suelo, que representan probablemente una forma evolucionada de los dos paravientos primitivos, puestos uno frente al otro, que todavía se ven hoy día entre los nahane (dené).

En la técnica, la talla en madera o hueso tiene menos importancia que los excelentes trabajos en piedra, en su mayoría prehistóricos, que se encuentran en la región de los ríos Fraser, Columbia medio y Yakima: hojas de pedernal u obsidiana talladas; recipientes y mazas, etc., esculpidos en esteatita o serpentina.

Otra labor de grandes méritos de los shahaptin y selish consiste en sus canastas de pared gruesa, hechas en espiral y de forma redonda o cuadrada, que ostentan la muy impresionante decoración de escamas ("imbricación"), que significa una evolución de la técnica del "sobrecejo" de la cestería en hebra doble. Además, los nez percé hacen costales flexibles de apócino ("cáñamo indio"), en bo-

nitos dibujos. Para el adorno ceremonial, los takulli usan gorras de dentalium o de abalorios, con flecos largos.

El sistema de clanes de la costa noroccidental ha predominado, también entre los lilluet (selish) y otras tribus, sobre la antigua organización en grupos locales, aportándole el totemismo que, en este caso, tiene un carácter aún más típico que en la costa, por presentarse en combinación con la idea de descender del animal tótem y por considerar a éste como tabú.

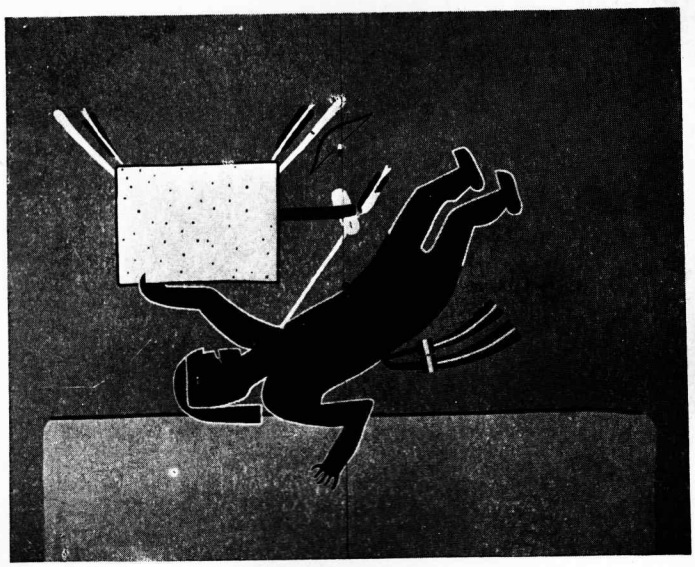
Entre los takulli, como entre los dené, se acostumbra quemar a los muertos; la viuda tiene que permanecer sobre la hoguera hasta que casi le alcancen las llamas; después tiene que cargar continuamente con las cenizas de su marido y prestar servicios de esclava en la familia del difunto, por tres años consecutivos.

B. Los Cultivadores

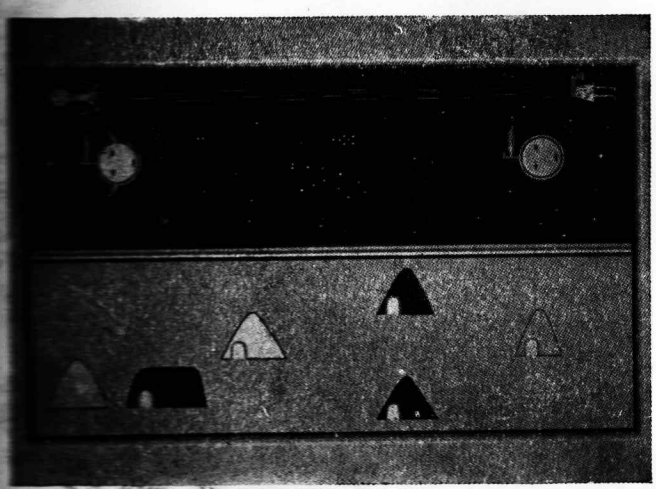
1. *El grupo del suroeste*

La fisonomía geográfica de la parte meridional del sistema de las Montañas Rocallosas se caracteriza por altiplanicies secas, frecuentemente desérticas, y de vegetación escasa; por cerros erosionados ("mesas") y profundos barrancos ("cañones") de las corrientes que pertenecen a los sistemas fluviales de los ríos Colorado y Grande o Bravo. En esta región, la evolución de la cultura india ya puede reconstruirse en la actualidad a través de un período de tiempo de más de dos mil años. Debe la antropología este adelanto a los arqueólogos norteamericanos que han logrado, por medio de excavaciones, establecer una base segura para las *fechas relativas* de sus hallazgos y aun han acertado a descubrir, por medio de la "dendrocronología" de A. E. Douglas, un medio para fijar las *fechas absolutas*. El suroeste de la Unión Norteamericana ha sufrido en el transcurso de su larga evolución cultural, períodos de clima seco y otros de clima húmedo, cuya secuencia se refleja claramente en el espesor alternante de los anillos anuales de los árboles que han sido derribados en

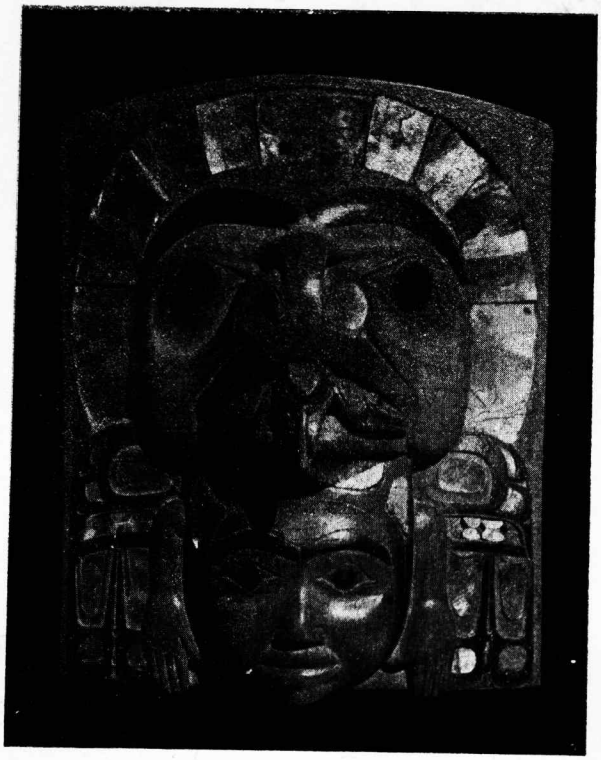
21. Vasija de barro pintada en negro sobre blanco con una escena de decapitación. Cultura de Mimbres, Pueblo III, Anazasi. Nuevo México. (Colección del Museo de la Universidad de Colorado, Boulder.)



22. Pintura mural de las "kivas", cámaras ceremoniales subterráneas de los habitantes prehistóricos del suroeste norteamericano. Representa un guerrero caído y atravesado por una flecha. Kawaika-a, Arizona Nororiental. (Colección Indian Arts and Crafts Board, Wáshington.)



23. Pintura seca, hecha con polen de flores, harina de maíz y polvo de carbón sobre gamuza. Navajo, Arizona. Hecha por un hechicero con finalidad mágico-curativa. Representa el cielo con el sol, la luna y las constelaciones, y la tierra con las montañas sagradas. Procede de Maud Oakes.



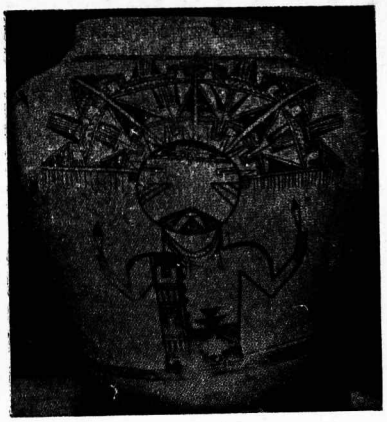
24. (Izquierda.) Adorno de tocado llamado "Amalaid". Madera tallada y pintada incrustrada de concha de habiotis. Kwakiutl. (Colección Wolfgang Paalen.)

25. (Derecha.) Poste tolémico. Kwakiutl. Procede de Bella Coola, Columbia Británica. (Colección Wolfgang Paalen.)

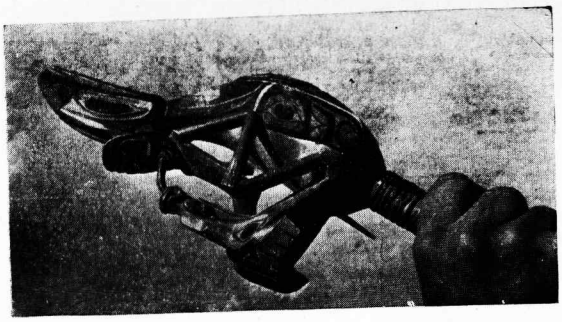
26. (Abajo, izquierda.) Estatua conmemorativa de un jefe sosteniendo una placa de cobre. Kwakiutl. Madera tallada, 1.28 mts. de altura. (Colección Wolfgang Paalen.)

27. Pipa de piedra en forma de gavilán. Encontrada en Tremper Mound, Ohio. Cultura Hopewell. Probablemente del siglo XII o XIII. (Colección del Museo de Estado de Ohio, Columbus.)

28. Vasija de barro pintada en negro sobre blanco, con un borde en la boca para fijar la tapa. Epoca Pueblo III. Encontrada en las ruinas de Mesa Verde, Colorado. (Colección del Museo del Parque Nacional de Mesa Verde.)

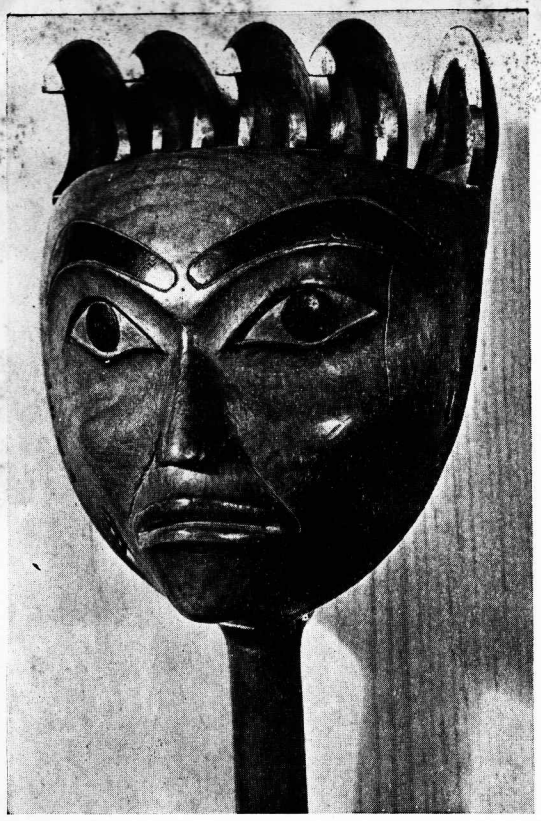


29. Vasija de barro moderna. Hopi, Arizona. (Colección del U. S. Office of Indian Affairs, Wáshington.)

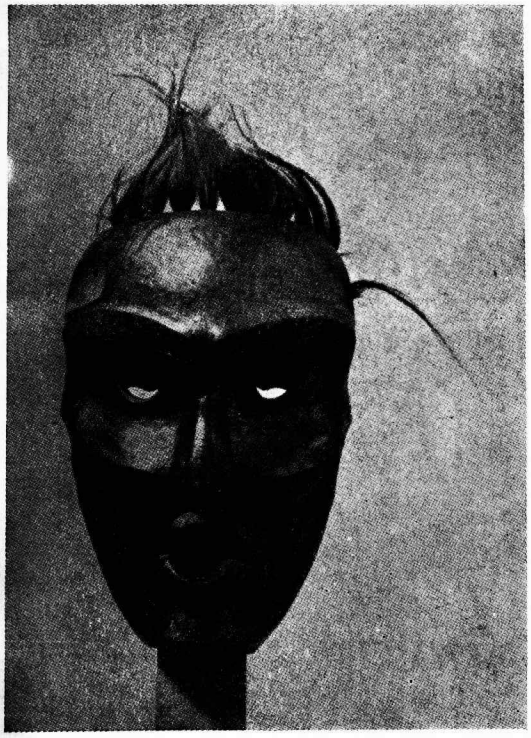


30. Sonaja de madera tallada policromada. Representa un mito en que aparecen un cuervo, un hombre, un ave marina y una rana. Haida. (Colección Wolfgang Paalen.)

31. Máscara doble. Cerrada representa un cuervo. Kwakiutl. (Colección Wolfgang Paalen.)



32. Sonaja de madera tallada en forma de garra de oso con cara humana en la palma. Tlingit. (Colección del Museo Americano de Historia Natural, Nueva York.)



33. Máscara de madera tallada pintada con grafito. Representa al espíritu caníbal del bosque Tso-no-qua. Kwakiutl. (Colección Eva Sulzer.)

tiempos lejanos, para hacer de ellos las vigas que hoy día se encuentran en perfecto estado de conservación en las ruinas de las antiguas ciudades. De esta manera, el período culminante de la cultura de los indios pueblo ha podido ser calculado, con gran precisión, para más o menos el año de 900 d. C. En tiempos anteriores a los comienzos de esta cultura, que puede situarse hacia los años 100 a 200 d. C., floreció la época de los "cesteros" (basket maker), de los que ya se hizo mención en la introducción, y que vivían aproximadamente a un nivel cultural similar al de las tribus de California y de la Gran Cuenca. Los cesteros eran cazadores sin morada fija, aunque aprovechaban incidentalmente cuevas para refugiarse y guardar en ellas sus provisiones en silos circulares, recubiertos con lajas; así como para enterrar sus muertos. De las ofrendas de estos entierros, que se han encontrado en perfecto estado de conservación, se desprende que aquellos indios ya hacían excelentes trabajos de cestería: canastas con técnica espiral; morrales de fibra de la yuca americana; sandalias con atadura marginal, y abrigos de tiras de piel. El cultivo y la cerámica no surgieron sino hasta mediados o fines de la época de los cesteros, lo mismo que el arco y la flecha; en vez de éstos se usaban antes dardos con sus correspondientes propulsores.

No sabemos de qué tribu procedían los cesteros, cuya área se extendía desde las fuentes del Río Grande en el estado de Colorado hasta el sur de Coahuila, en México; sólo podemos conjeturar que tenían ciertas afinidades con los actuales shoshoni y yuma. Sus sucesores, los *indios pueblo,* pertenecían a una población de diferente extracción racial, que trajeron también consigo otra cultura, cuyos elementos básicos procedían de la alta cultura del sur: vida sedentaria —de ahí el nombre de indios pueblo, es decir, indios de aldea—, arquitectura de piedra, cultivo del maíz, cría del pavo, cerámica, tejidos de algodón, la costumbre de deformar el cráneo y el uso de turquesas para joyas y mosaicos. Los silos de los cesteros ya se habían transformado, durante la última fase de su cultura y bajo la influencia de tipos de habitación noroccidentales, en casas-pozo con entrada por el techo. Los indios pueblo siguieron usándolas en esta

tiempos lejanos, para hacer de ellos las vigas que hoy día se encuentran en perfecto estado de conservación en las ruinas de las antiguas ciudades. De esta manera, el período culminante de la cultura de los indios pueblo ha podido ser calculado, con gran precisión, para más o menos el año de 900 d. c. En tiempos anteriores a los comienzos de esta cultura, que puede situarse hacia los años 100 a 200 d. c., floreció la época de los "cesteros" (basket maker), de los que ya se hizo mención en la introducción, y que vivían aproximadamente a un nivel cultural similar al de las tribus de California y de la Gran Cuenca. Los cesteros eran cazadores sin morada fija, aunque aprovechaban incidentalmente cuevas para refugiarse y guardar en ellas sus provisiones en silos circulares, recubiertos con lajas; así como para enterrar sus muertos. De las ofrendas de estos entierros, que se han encontrado en perfecto estado de conservación, se desprende que aquellos indios ya hacían excelentes trabajos de cestería: canastas con técnica espiral; morrales de fibra de la yuca americana; sandalias con atadura marginal, y abrigos de tiras de piel. El cultivo y la cerámica no surgieron sino hasta mediados o fines de la época de los cesteros, lo mismo que el arco y la flecha; en vez de éstos se usaban antes dardos con sus correspondientes propulsores.

No sabemos de qué tribu procedían los cesteros, cuya área se extendía desde las fuentes del Río Grande en el estado de Colorado hasta el sur de Coahuila, en México; sólo podemos conjeturar que tenían ciertas afinidades con los actuales shoshoni y yuma. Sus sucesores, los *indios pueblo*, pertenecían a una población de diferente extracción racial, que trajeron también consigo otra cultura, cuyos elementos básicos procedían de la alta cultura del sur: vida sedentaria —de ahí el nombre de indios pueblo, es decir, indios de aldea—, arquitectura de piedra, cultivo del maíz, cría del pavo, cerámica, tejidos de algodón, la costumbre de deformar el cráneo y el uso de turquesas para joyas y mosaicos. Los silos de los cesteros ya se habían transformado, durante la última fase de su cultura y bajo la influencia de tipos de habitación noroccidentales, en casas-pozo con entrada por el techo. Los indios pueblo siguieron usándolas en esta

forma, con el carácter de *aposentos circulares subterráneos para ceremonias (kivas)* —aun las pilastras contrafuertes y los cubos de aire de las casas-pozo de los californianos siguieron aplicándose a la mampostería de las kivas— pero la gente misma vivía en *casas rectangulares al ras de tierra*, que tenían paredes levantadas con capas horizontales de piedra y argamasa de lodo, y cuyos techos planos consistían en vigas cubiertas con una capa de ramajes y lodo.

La evolución posterior de este tipo de casa y de la cerámica caracteriza las cinco fases de la cultura pueblo; de éstas, las tres primeras corresponden totalmente, y la cuarta todavía en parte a los tiempos prehispánicos. La cultura pueblo más antigua se difundió por el norte hasta el gran Lago Salado, al oeste hasta Nevada y al este hasta los límites de Texas. En aquella época, los indios pueblo vivían todavía en pequeñas aldeas con casas de un solo piso, de planta rectangular o en forma de L y seis a doce aposentos, quedando la kiva situada siempre del lado sur. La mampostería era todavía muy basta y en cuanto a la cerámica, se contentaban con vasijas, cuyos lados sólo estaban estriados en ondas o sencillamente pintados.

Durante la época del florecimiento de la cultura pueblo (de 900 a 1300 d. C.), se construyeron las grandes "casas-pueblo", con planta rectangular, semicircular u ovalada, cuyas ruinas se hallan hoy día a cada paso en la región del Río de San Juan, en el fondo de los valles o en lo alto de las mesetas; consisten estas aldeas, como en el panal de abejas, en numerosos aposentos, contiguos los unos a los otros y superpuestos en filas escalonadas; antiguamente, presentaban hacia fuera una sola pared alta y lisa de cuatro a cinco pisos y circundaban por tres lados un patio donde estaban las kivas. A la misma época pertenecen los "cliffdwellings" que se construían, bajo el techo de rocas sobresalientes, en los despeñaderos de los barrancos, lo que tuvo, naturalmente, por consecuencia, por lo reducido del lugar, que se alterara frecuentemente la configuración de los aposentos, que originalmente había sido semejante a la de las casas-pueblo. Algunas de estas ruinas muestran construcciones que figuran entre las más grandes de la América precolombina, como, por ejemplo, Pueblo Bo-

nito, en el cañón chaco del estado de Nuevo México, que constaba de más de 500 aposentos y 25 kivas; o el palacio de los riscos de la mesa verde en la región del Río Mancos, estado de Colorado, con 117 aposentos en la planta baja y 23 kivas. Evidentemente, toda la región del Río de San Juan estaba densamente poblada en aquella época, de lo que se infiere que se cultivaba la tierra de un modo intensísimo, porque sólo así pudieron hacerse habitables grandes extensiones de aquella árida altiplanicie. Por otro lado, la concentración de la población en grandes pueblos que por su ubicación y arquitectura estaban construídos para rechazar ataques, comprueba que los indios pueblo ya tenían que defender sus tierras contra enemigos exteriores que probablemente eran, en primer lugar, grupos de shoshoni merodeadores, que procedían de la Gran Cuenca. También en otros afluentes del Río Colorado (Little Colorado, Río Gila), se levantaron en aquella época los primeros establecimientos al estilo de los pueblo. Ciertas diferencias en la arquitectura y la cerámica de las distintas comarcas indican que los portadores de la cultura pueblo ya no pertenecían, en aquella época, a una misma tribu.

La mayoría de las vasijas de barro de ese período muestran formas sencillas con un slip blanco agrisado y decorado en negro, cuyos motivos son derivados de la ornamentación geométrica de la cestería escalonada. Sólo en la región del Río Mimbres, en el suroeste de Nuevo México, el decorado presenta figuras humanas o animales. También son muy raras las creaciones plásticas, no solamente en la cerámica, sino incluso entre el utillaje y las joyas de piedra, madera o concha. En virtud de que también la construcción en panal de los edificios y la falta de accesorios decorativos en ellos representan elementos perfectamente no-mexicanos, la cultura pueblo sólo puede considerarse derivada de la cultura mexicana antigua, en un sentido muy restringido de la palabra; a ella le debe solamente las bases, pero durante su evolución ulterior, quedó independiente en cuanto a los rasgos esenciales.

Después de 1200 d. c., la creciente presión de las tribus nómadas de los shoshoni que se sentían atraídas por la cultura pueblo y

cuyas filas se vieron reforzadas, más tarde, por los antepasados de los actuales *apaches* y *navajo* (que lingüísticamente pertenecen a los dené), obligó a los indios pueblo a abandonar el Río de San Juan en el norte y el Río Gila en el sur y a retirarse al centro de su área en la región del Río Little Colorado y el Río Grande, donde nuevamente se dedicaron a levantar grandes y numerosos pueblos, a veces en combinación con cuevas, como en la región de la Meseta de Pajaritos, Nuevo México. En este período, la cerámica vuelve a alcanzar un notable florecimiento; desaparecen las vasijas con decorado en blanco y negro; en la región del Río Grande surge una cerámica con decorado de colores vidriados; en el Little Colorado se ven vasijas de color crema con figuras humanas o animales, curiosamente estilizadas, en color castaño, entre las que ya se notan seres míticos, como la serpiente emplumada del arte pictórico de los pueblo modernos. Este arte, que forma un notable contraste con la época anterior y que permite pensar en nuevas influencias mexicanas, florecía en el área de los pueblo, cuando llegaron los españoles (1540). La infructuosa lucha de los indios pueblo por su independencia y su individualidad étnica, culminó finalmente en un sangriento levantamiento contra los invasores (1680). Entonces dió principio su última gran retirada a las tierras que son el último resto de su área original; y comenzó a la vez la fase moderna de su cultura que se caracteriza por la intervención de influencias españolas.

Al descubrir los españoles el territorio de los indios pueblo, vivía allí una población de unos 20,000 habitantes en unos 70 poblados. Hoy ya no son más que unos 9,000 en 26 poblados, que se extienden sobre ambos lados del Río Grande y en una angosta faja de tierra hasta el Little Colorado. Sus habitantes pertenecen a cuatro grupos lingüísticos de los que tres, los *tano, queres (keres)* y *zuñi*, están aislados, mientras que los *hopi* (moqui), que se han establecido en el extremo oeste en ocho poblados sobre tres mesetas, forman una rama de los shoshoni, aunque se han asimilado perfectamente la cultura de los indios pueblo. Los zuñi, hoy reducidos a un solo poblado, vivían en la época del descubrimiento en las llamadas "siete

ciudades de Cíbola", en torno a la cual la fantasía de los españoles tejió tantas leyendas. Su actual poblado, que con sus 450 aposentos en cinco pisos, es el mayor de todos los existentes, no es más que una ampliación de una de las siete ciudades. El único de los poblados restantes que ocupa todavía su antiguo sitio, es el de Acoma, pueblo de los queres que consta de tres filas paralelas de casas de tres pisos. Sin embargo, la mayoría de los pueblos actuales han conservado bastante puro su estilo arquitectónico original, si bien ya no tienen la planta tan regular como antes, sino que casi siempre son simples amontonamientos un poco desordenados de aposentos arrimados o superpuestos, de los que los exteriores y superiores sirven para habitaciones, y las interiores e inferiores para bodegas. Deben atribuirse a influencias españolas: los hornos, las goteras, desahumaderos, chimeneas en un rincón del aposento, tragaluces de plancha de selenita transparentes y puertas de madera con clavija, así como el hoy predominante empleo de adobes en lugar de piedras. En los antiguos pueblos, como todavía hoy en las kivas, los fogones estaban colocados en el centro, precisamente debajo del agujero del techo, el que en los pisos inferiores servía al mismo tiempo de desahumadero, de puerta y de ventana; de la misma manera que en los pisos superiores los agujeros rectangulares o en forma de una T, en las paredes. Todo lo demás de la instalación interior ha conservado hasta hoy día su carácter original: una pila con unas losas inclinadas para moler maíz y un poyo que corre a lo largo de las paredes, tal como ya se encuentran en las kivas circulares subterráneas de la región del Río de San Juan. Actualmente, son raras las veces que las kivas se construyen subterráneas, e indistintamente se hacen rectangulares o circulares; se destinan a taller y dormitorio para hombres, sala de reunión y escenario para la parte secreta de las ceremonias religiosas. El "sipapu", un agujero en el piso, significa simbólicamente la entrada al inframundo, del que surgieron los indios pueblo en tiempos primitivos.

Por medio de una selección centenaria, los indios pueblo han logrado producir ciertas variedades del maíz, cuyas raíces penetran

a gran profundidad en el suelo de aquellas tierras áridas y que, además, necesitan poca agua y maduran pronto. Aparte del maíz, cultivan frijoles, calabazas, algodón y tabaco. Para ampliar la superficie cultivable, se construían en tiempos antiguos (y todavía hoy en pequeña escala) represas para el agua de lluvia, diques, canales de riego y terrazas. Para sembrar, se hace con un bastón-pala de madera un agujero bastante hondo y en él se depositan varios granos, de modo que las matas crecen apiñadas. El maíz proporciona el alimento principal que es la tortilla, del grueso de un papel, que se cuece sobre una losa. La recolección de frutas (especialmente piñones) y la caza son de poca importancia económica. Los indios pueblo orientales emprendían antiguamente expediciones para cazar en las praderas; en tiempos más recientes, solamente las batidas de conejos, que se cazan con palos arrojadizos en forma de bumerang, han seguido teniendo cierta importancia. Tabús muy severos prohiben a los zuñi y hopi el consumo del pescado, de igual manera que a los apaches y navajo.

No hay nada que caracterice mejor la preponderante importancia del cultivo para los indios pueblo que el hecho de que son los hombres los que labran la tierra. Son ellos también los que hilan y tejen —difiriendo en este respecto mucho de lo que por lo regular ocurre en los pueblos primitivos—. Las mujeres trabajan la cerámica y la cestería. Estas antiguas artes han perdido entre los indios pueblo actuales todo el auge de antaño, desde que los blancos introdujeron mantas hechas y loza barata. Sin embargo, se fabrica todavía en muchos pueblos una cerámica de buen gusto para el uso de la casa; sus dibujos policromadados sobre fondo claro continúan las tradiciones de la última época de la cerámica de la antigua cultura del suroeste. Las vasijas se construyen con rodetes de barro colocados en espiral, que se alisan después con una cáscara de calabaza, para pulirlas finalmente con un guijarrón; el decorado se aplica antes de colocarlas en la lumbre. *La cestería y el arte de tejer* sólo siguen floreciendo entre los hopi. Estos indios hacen con rodetes gruesos puestos en espiral o con un trenzado de mimbre unas bandejas

circulares con decorado policromado; también tejen con lana de oveja vestidos para el uso diario, o con algodón, para fiestas. El bastidor se extiende verticalmente entre las viguetas del techo de la kiva y unas estacas que se clavan en el piso; para tejer, se usan unos palitos con gazas, para formar la cruz, y una cuchilla de madera. Para tejer cintas, se hace uso de un aparato horizontal, con un enrejado de cañas, para formar la cruz.

Solamente con motivo de las fiestas, los hombres visten todavía en la actualidad su antigua *indumentaria:* un braguero o un paño de caderas y el poncho que tiene las costuras por ambos costados y que algunas veces se completa con unas mangas cortas, de modo que resulta una camisa. A esto se agregaba antiguamente un abrigo hecho de tiras de piel o un tejido de malla con plumas de pavo. En cambio, el vestido de las mujeres muestra todavía el estilo antiguo, también en la vida diaria; se compone de la ya mencionada prenda semejante a una toga, que se hace de paño azul obscuro, y que deja sin cubrir el hombro izquierdo; se recoge con un cinturón tejido. Para la novia, el suegro teje un abrigo blanco y un cinturón ancho también blanco, con flecos. Todos los otros vestidos de fiesta están ribeteados con un galón bordado de muchos colores. Hoy día, ambos sexos calzan mocasín de suela dura; los de las mujeres están combinados con largas bandas de cuero para la pierna. Hasta poco antes de la llegada de los españoles, se usaba una sandalia de las hojas o fibras de la yuca americana. De los tiempos antiguos proceden todavía el *peinado* y las *orejeras* de las jóvenes hopi y zuñi: dos moños anchos como alas sobre las sienes; y tablitas de madera con mosaico de turquesas, respectivamente. Los más antiguos cronistas españoles de la región de los pueblo mencionan ya estas dos prendas.

A primera vista, la *organización social* de los indios pueblo ofrece el paradigma de una sociedad basada en clanes matrilineales. Cada tribu se divide en cierto número de clanes que llevan nombres de plantas, animales, fenómenos naturales o utensilios; cada individuo de la tribu pertenece al clan de la madre y debe escoger su mujer

solamente fuera de este clan. Sin embargo, mirando las cosas más de cerca, se notan muchas divergencias entre esta organización y la de otros pueblo, como lo ha demostrado A. L. Kroeber. Los *totems* no tienen ni el carácter de antepasados del clan, ni son tabú para sus miembros. Los clanes mismos tampoco tienen el verdadero carácter típico, porque no poseen ni propiedad en común, ni actúan como unidades sociales solidarias. Incluso el principio matrilineal sufre ciertas restricciones. La mujer no desempeña un papel específicamente destacado en la vida social ni en la familia, porque no hay jefes ni sacerdotes femeninos; y también en la casa, el marido es el verdadero jefe que decide, por ejemplo, si es de admitirse o rechazarse algún pretendiente. Además, los hijos (los que, se ha dicho, no son del clan del padre) son atendidos en sus primeros días y reciben su nombre por una mujer del clan paterno. Lo que resta y lo que es efectivamente lo decisivo en el sistema como lo encontramos aquí, es el derecho de propiedad absoluto e incontrovertible de las mujeres —no del clan— sobre las casas y campos correspondientes, los que ellas siempre dejan en herencia a sus hijas. De esto se desprende que el hombre, al casarse, siendo rigurosamente monogámico el matrimonio, pasa a vivir a la casa de su mujer, regresando, en caso de divorcio, a la casa de su madre o hermana, a donde pertenece; que, además, los niños quedan en la casa de la madre (las hijas para siempre), donde reciben su educación de parte de los hermanos todavía no casados de la mujer, a pesar de que el marido, y no ellos, se encarga de su sustento. De esta manera, entre los indios pueblo, la célula de la sociedad viene a ser una comunidad doméstica, unida por estrechos vínculos de consanguinidad y con terrenos propios, que se compone de un madre con hijas y nietas, así como de sus hermanos todavía solteros y de sus maridos venidos desde fuera. Resulta entonces que no es muy grande la diferencia con las comunidades cazadoras de los subárticos, que también se basan en familias consanguíneas. En el caso de los pueblo, se trata del injerto ulterior de los clanes en un pueblo que antes vivía en entidades familiares firme-

mente unidas. El agrupamiento de clanes en fratrías se lleva a cabo exclusivamente para fines rituales.

Como en todo el oéste, así también aquí, la aldea es la unidad política superior, y no la tribu. Esto debe haber sido el caso ya en tiempos antiguos y explica el poco poder defensivo de los indios pueblo ante las acometidas de las tribus nómadas. A la cabeza de cada pueblo, se encuentran: un "gobernador" con su suplente, y un jefe de guerra, a los que se agrega todavía, entre los zuñi y hopi, un "vocero". Por lo regular, estos oficiales son electos cada año por un "concejo" permanente que, entre los zuñi, se integra con seis de los dieciséis "sacerdotes llovedores" del lugar. Estos seis sacerdotes son al mismo tiempo guardianes de los fetiches de los clanes, de modo que originalmente constituyen el consejo de jefes de clan, el cual, de hecho, dirige los asuntos de gobierno. Lo mismo puede decirse del concejo entre los pueblos del Río Grande.

Por lo tanto, es más en la *vida política* que en la *vida social* donde se destacan los clanes. El gobernador es un simple funcionario administrativo que al mismo tiempo representa el pueblo en lo exterior, mientras que el jefe de guerra se encarga de la dirección de todos los trabajos políticos (construcción de canales de riego, organización de batidas), así como de la persecución y castigo de los que contravienen la ley; en tiempos antiguos, también el mando en las guerras y la defensa del pueblo eran de la incumbencia del jefe de guerra. En caso de un ataque a los zuñi, entre los que los dos "sacerdotes arqueros" tenían a su cargo los asuntos bélicos, las mujeres, niños y ancianos eran llevados al "cerro del trueno", que así se llama una meseta cercana; en la época prehispánica, las cuevas fortificadas servían de refugios.

Las armas de los indios pueblo consisten en arcos, hondas, hachas de combate, mazas con cabezas movibles de piedras engastadas en cuero, a las cuales se agregaba antiguamente también una porra corta de madera, y, (según relatos españoles), un arma parecida a la macana guarnecida de obsidiana (macahuitl) de los azteca; finalmente, grandes escudos redondos y coletos, de cuero de bisonte.

El hecho de que son sacerdotes los que desempeñan el papel decisivo en los asuntos políticos, no es más que una de las muchas pruebas de la íntima trabazón entre la vida social y religiosa de los indios pueblo. Siendo labriegos, cuya existencia descansa enteramente en el buen resultado de las siembras, en un país que la naturaleza ha tratado con tanta indiferencia, el sentimiento de su subordinación a la tierra y al cielo, tiene profundas raíces en su espíritu y, en consecuencia, el maíz es considerado, al lado de la nube llovedera, el símbolo más sagrado. Al nacer un niño hopi, se hacen signos con harina de maíz en las cuatro paredes del aposento y se toca su boca con la misma harina y su pecho con una mazorca. Forma parte de todo acto religioso, el *derramamiento de harina*, aparte del *sacrificio de varas emplumadas*, sobre las que se sopla o reza para que la oración pueda elevarse hasta el dios solar. Pero, por lo general, no queda mucho campo para actos religiosos particulares, por tener cada pueblo sus grandes asociaciones religiosas bien organizadas. Entre los zuñi y hopi, aquéllas se dividen en dos grandes grupos:

1. *Hermandades de hombres y mujeres*, en las que el ingreso es voluntario y cuya misión principal consiste en la curación de enfermos, y en la exhibición de las facultades mágicas adquiridas. Así por ejemplo, en la danza de las serpientes, se agarran víboras de cascabel vivas con los dientes, sin que muerdan al danzante. Por lo tanto, estas hermandades ocupan el lugar del shamanismo profesional de otros pueblos americanos.

2. *Una liga de varones*, obligatoria para todos los hombres del lugar, que realiza actos de magia para influir sobre la lluvia y la vegetación, y que se presenta con máscaras durante sus actos rituales y danzas. Entre los zuñi, se divide en seis sub-ligas con rangos iguales, bajo la dirección de los "sacerdotes llovedores", las cuales utilizan las kivas como "clubs". El número seis corresponde a los puntos cardinales de los indios pueblo (este, sur, oeste, norte, cenit y nadir).

Hasta hace poco, las hermandades, que en el Río Grande tienen a su cargo, además del cuidado de los enfermos, la tarea de procu-

rar éxito tanto en la guerra como en la caza, se consideraron como antiguas asociaciones religiosas de los clanes, por llevar, entre los hopi, a menudo los mismos nombres que los clanes. Pero el caso es que cada individuo puede hacerse miembro de una hermandad tan pronto como haya sido curado de alguna enfermedad por otro miembro de la misma. En cambio, son mucho más estrechos los vínculos que unen la *liga de varones* con el sistema de clanes, porque los seis sacerdotes llovedores son los representantes de los clanes y porque algunas funciones de la liga se heredan solamente dentro de ciertos clanes. El ingreso coincide con el nacimiento. Durante la iniciación propiamente dicha, a la que los muchachos tienen que someterse a la edad de 12 a 13 años, los miembros de la sociedad los azotan para iniciarlos después en los estatutos. Una de sus obligaciones es la de guardar estrictamente ante las mujeres el secreto de las máscaras. Las máscaras cubren en ocasiones sólo la cara y, en otros casos, toda la cabeza como un yelmo de olla; se hacen de cuero, con dibujos simbólicos, y representan a los espíritus de los antepasados (kokko o kachina), que ejercen poderosa influencia sobre la lluvia y el crecimiento de las siembras. Con este carácter se les cree escondidos detrás de las nubes, pero su verdadera morada está situada en el fondo de un lago sagrado, un lugar, a donde van también los zuñi después de su muerte, mientras que los hopi colocan el mundo de los espíritus y muertos en las cercanías del cañón del Río Colorado y las tribus del Río Grande, en las fuentes de este río. Durante las danzas de máscaras, que significan representaciones dramáticas de acontecimientos de los tiempos primitivos, actúa a menudo un grupo de payasos enmascarados que tienen una relación mítica con los espíritus de los antepasados y que entretienen a los espectadores con burdos actos acrobáticos y con bromas pesadas. Por lo demás, todas las fiestas de los pueblo están entremezclados con numerosos actos mágicos, cuyo objeto es producir lluvia y fertilizar los campos; por ejemplo, fumando pipas sagradas, agitando bramaderas o representando actos fálicos. Durantes estas funciones, llevan en las manos sonajas de calabaza pintadas y se amarran caparazones de tortuga

en las rodillas para cencerrear con ellas. Algunas veces, estas funciones adquieren el carácter de dramas religiosos, en los que, por ejemplo, un muñeco representa a la serpiente emplumada y cornuda, un ser celeste, en el acto de fertilizar las sementeras de maíz.

Las principales deidades —el ser supremo, el dios solar, la madre tierra y los dos héroes civilizadores y dioses guerreros, conceptuados como gemelos, de los zuñi y hopi— suelen representarse gráficamente sobre los tableros, usados en los altares y en los "cuadros de arena" de las kivas, o mediante ídolos toscos de piedra o madera, (que se guardan en armarios sagrados), pero nunca se les representa por medio de danzantes enmascarados. A ciertos espíritus animales benévolos, especialmente al jaguar, por ser el patrón de los cazadores, se les representa mediante figuritas de piedra que sirven de fetiches.

Todavía hoy, como en los tiempos antiguos, *el arte* de los indios pueblo, que en su totalidad está consagrado al servicio religioso, siente cierta aversión hacia todo realismo y por lo tanto, en primer lugar, al arte plástico. Sus representaciones en superficie son figuras convencionales, en las que no solamente las formas, por ejemplo de la almena escalonada (que es omnipresente debido a su carácter de símbolo de la tierra o del cielo), sino también los colores tienen un determinado sentido simbólico.

Además de los indios pueblo, viven en el suroeste de Norteamérica otros dos grupos étnicos, que se diferencian notablemente de ellos en su cultura. La relación que existe entre los núcleos de las mesetas septentrionales y los indios de la costa noroccidental es más o menos la misma que la que guardan con los indios pueblo las *tribus sonorenses* (pima, pápago, tarahumara, tepehuano, etc.) en la región del Río Gila y más al sur en ambas vertientes de la Sierra Madre Occidental mexicana. Estas tribus constituyen una familia lingüística que está emparentada, por un lado, con los shoshoni y, por el otro con los nahua, y presentan un nivel cultural que guarda una posición más o menos intermedia entre la cultura californiana y la de los indios pueblo. Pero con lo dicho, queda en pie el pro-

blema de hasta dónde la cultura prehistórica de las "casas grandes", que floreció en la región del Río Gila inferior y el norte de Chihuahua, puede estar relacionada con las tribus sonorenses. Esas construcciones de barro, que son complejos rectangulares de casas circundados de paredes, y que algunas veces están colocados sobre bajos basamentos piramidales, rodeando una construcción central de varios pisos en forma de torre, no tienen nada que ver con la arquitectura de los pueblo y están más bien emparentadas con la mexicana. También las hermosa cerámica policromada de Casas Grandes revela influencias mexicanas por la frecuencia de los vasos efigie; lo mismo se induce del uso de las piedras de moler con cuatro soportes, mientras que este mismo utensilio no tiene soporte alguno en la cultura de los pueblo; los grandiosos sistemas de riego que se han descubierto en el Gila inferior, comprueban que los creadores de las Casas Grandes vivían en una comunidad políticamente organizada.

En la Sierra Madre, no lejos de Casas Grandes, existen construcciones primitivas en cuevas, que con gran probabilidad pueden atribuirse a las tribus sonorenses, porque algunos pima y tarahumara viven, durante el invierno, todavía en la actualidad en habitaciones rupestres. El tipo de casa ordinario de los pima es una choza de zacate cupuliforme, revestida de tierra, que representa un elemento de la cultura californiana del sur de los shoshoni, de igual manera que su cestería en espiral y las redes de carga que usan en vez de canastos. Los pueblos sonorenses perfeccionaron dicha red, agregándole una armazón de cuatro varas.

Al lado del cultivo del maíz, las plantas silvestres desempeñan entre los sonorenses todavía un papel mucho más importante que entre los indios pueblo, no solamente como alimento (frutas de los cactus gigantes y vainas de mezquite), sino también, porque con ellas se preparan las bebidas embriagantes para las fiestas: el vino de sahuaro y el peyote, de cactáceas, así como el mezcal [1] de cierta especie

1 El mezcal de los indios no es una bebida, sino una comida preparada en horno subterráneo. (P. K.)

de ágave. Lo mismo puede decirse de la *caza* y de la *pesca*, en las que ya se encuentran métodos meridionales, como el de pescar con arco y flecha o el envenenamiento del agua.

Entre las tribus sonorenses, la sandalia de cuero no ha sido substituída todavía por el mocasín; en cuanto a lo demás, su indumentaria se limita a un braguero para los hombres y una falda para las mujeres. El telar horizontal indica influencias meridionales. Lo mismo puede decirse de la mayor importancia que se concede a la tribu frente a la aldea, especialmente en las guerras que los pima tenían con los yuma y apaches. En las cinco secciones en que se divide la tribu entre los pima rige el principio patrilineal; la exogamia no existe y el agrupamiento de la tribu en dos mitades, que se intitulan "hormigas rojas" y "hormigas blancas", sirve únicamente para fines ceremoniales.

Es tal vez en la esfera religiosa, donde queda demostrado con más claridad, que las tribus sonorenses han conservado una fase más antigua de la cultura pueblo. A pesar de que los pima todavía desconocen las asociaciones religiosas, ya poseen las dos clases de "sacerdotes": médicos (hombres y mujeres) y "llovedores" (sólo hombres). Su fiesta principal, en otoño, con la que celebran la cosecha de las frutas de los cactus, nos revela, aunque en una forma más primitiva, muchos rasgos característicos de las fiestas de los indios pueblo: varas emplumadas, máscaras, cuadros de arena, bramaderas, payasos y actos dramáticos. Volvemos a encontrar las carreras ceremoniales de los indios pueblo entre los tarahumara, aunque principalmente con el carácter de ejercicios deportivos y no tan íntimamente ligadas al culto; los corredores tarahumara realizan proezas asombrosas, llevando de frente, por medio de bastonazos, una bola de madera.

La religión de las tribus sonorenses más meridionales (cora y huichol), muestra ya relaciones estrechas con la antigua religión mexicana, a pesar de haber conservado y aun desarrollado extensamente ciertos elementos de la religión de los pueblo, como, por ejemplo, las varas emplumadas. Estas tribus tienen templos circulares, con pa-

redes de piedra y techos de paja; ídolos de piedra o madera; tambores de pie y raspadores de hueso como instrumentos de música sacramentales; además, poseen un simbolismo religioso parecido al mexicano, y todavía en la época de su pacificación por los españoles (1772), sacrificaban seres humanos; hoy día inmolan en su lugar ciervos y pavos. Como algunos otros pueblos mexicanos, también los cora adoran una trinidad divina que se integra del dios solar, la diosa lunar (o de la tierra) y el dios lucero del alba. Este último es un héroe civilizador que mata a la serpiente del cielo nocturno y de agua para ofrecerla como alimento al dios del cielo diurno y del fuego, que aparece en la figura de un águila; alegoría mítica de un dualismo cósmico que también era familiar a los azteca.

6. Ojo de dios (huichol) con un retazo de lienzo. Expresa la solicitud de una mujer porque le salga bien un bordado. Longitud 15 cm.

El tercer grupo de pueblos del suroeste está formado por tribus nómadas, siendo los más importantes entre ellos los *apaches* y los *navajo*. Son tribus que han venido del norte, moviéndose hacia el sur a lo largo de la vertiente oriental de las Montañas Rocallosas, y comenzando a codearse, casi siempre de modo hostil, con los indio pueblo orientales, primeramente en el siglo XVI, y más tarde con los occidentales y los pima. En el siglo XIX, los apaches extendieron sus merodeos hasta penetrar profundamente en territorio mexicano; pero finalmente, su grupo principal bajo el mando del cabecilla Jerónimo, o sean los chiricahua del Río Gila superior, fué aniquilado por tropas americanas en el año de 1886.

Estas dos tribus dené deben la parte esencial de su acervo cultural a los indios pueblo: el cultivo, aunque lo practicaban sólo incidentalmente, la cerámica, el arte de tejer, el principio matrilineal (navajo) y numerosos usos y conceptos religiosos. En algunos aspectos, los navajo lograron superar aún a sus maestros, produciendo las mantas más preciosas y los cuadros de arena más artísticos de

todos los que conocemos en Norteamérica; también entre las producciones poéticas de los indios habrá pocas que puedan igualarse, por su belleza, con su gran mito de la creación y del benefactor. Estas tribus además han adquirido cierto matiz europeo a consecuencia de la introducción de la cría de ovejas y de las joyas de plata, que aprendieron a forjar con mucho arte, aprovechando la moneda mexicana; en cambio, los apaches orientales difundieron la cultura de las praderas en las mesetas del río Grande.

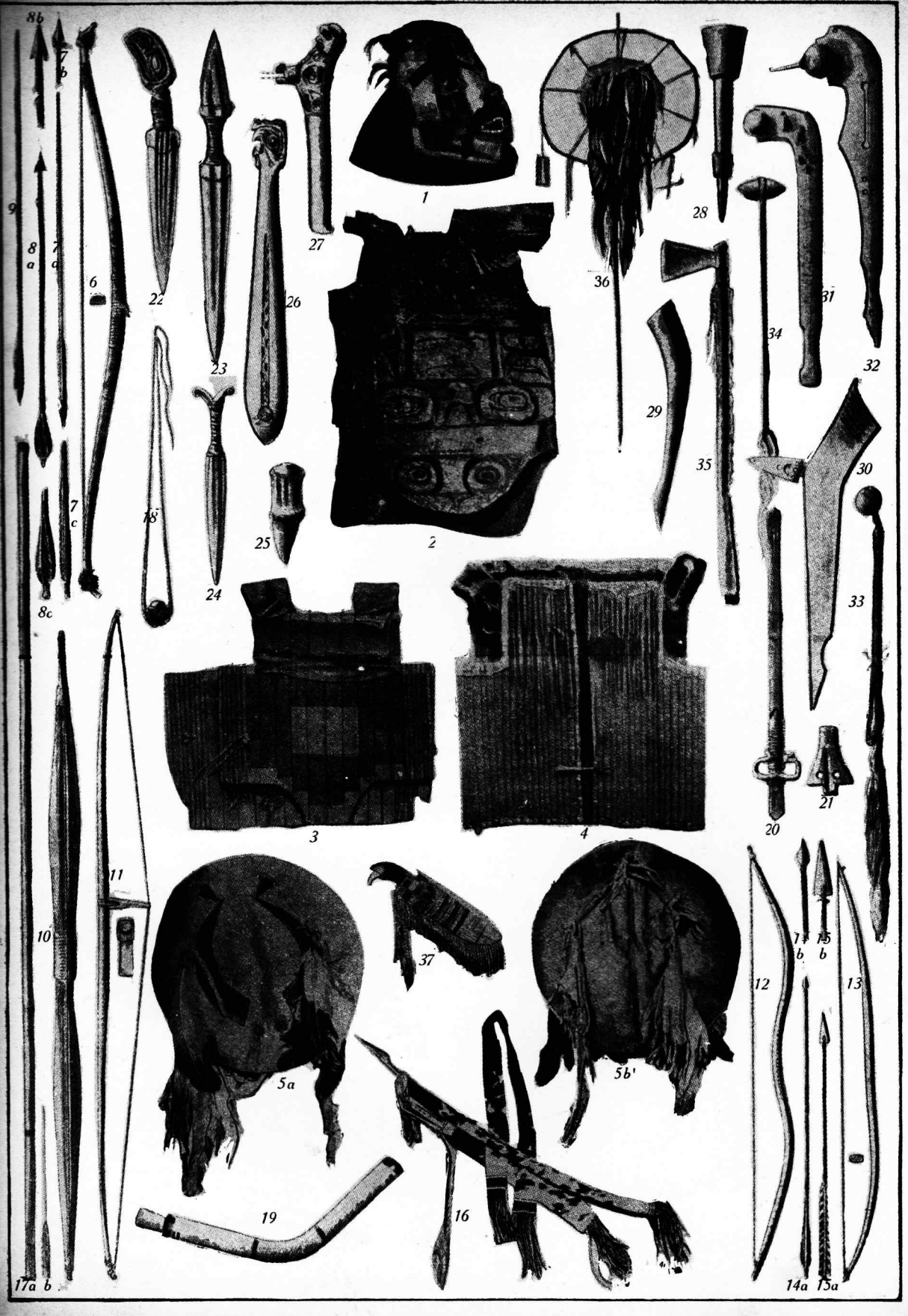
A pesar de todas estas influencias, conservaron los apaches y navajo muchas otras *formas culturales más antiguas* que pueden interpretarse como indicios inconfundibles del origen norteño y subártico de las citadas dos tribus. Ciertamente, el "hogar" de los navajo es una choza cónica con una armazón principal de tres postes, muy semejante al "tipi" de los indios de las praderas; pero aparte de ello, muestra una cubierta de tierra, entrada-pasillo y una ventanilla de ésta, como las casas esquimales de la cultura de Thule.

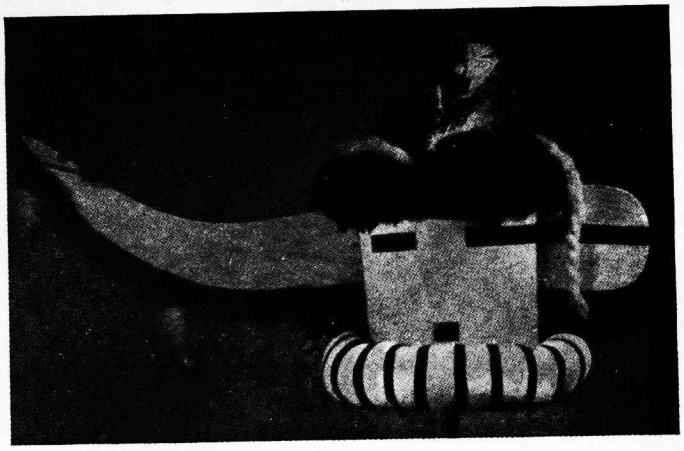
En cuanto a otros rasgos, la influencia subártica salta más a la vista entre los apaches. Estos viven en chozas de zacate, cupuliformes, y se visten con ponchos de cuero y botas-sandalias; sus clanes llevan nombres geográficos y tienen probablemente su origen en los antiguos "family hunting groups". En atención a sus excelentes trabajos de cestería, hechos en espiral, y a muchas de sus costumbres (*v. g.*, la estric-

---

Explicación de la fig. 34

1 y 3: tlingit; 2: ahtena (de procedencia tlingit); 4, 6 y 7: shasta; 5: indios crow; 8: selish costeños; 9: yaqui; 10, 23, 25 y 26: nutka; 11 y 24: caiyukhotana (ingalik); 12, 16 y 33: apaches: 13: dakòtas; 14, 29-32, 34-36: indios de las praderas (sin especificación de las tribus); 15: omaha; 17: chokta; 18: cora y huichol; 19: hopí; 20: claffdweller del cañón de Mancos (Colorado); 21: chumashes; 22: haida; 27: tsimshian; 28: mohave; 37: blackfeet. La lanzadera de dardos fig. 20, encontrada en un entierro, contiene, debajo de la envoltura del cordel de yuca del asidero, los objetos siguientes: una punta de flecha de calcedonia, el diente de un gato montés, un pedazo de hematita de forma extraña y cuatro cuentas de turquesa. Evidentemente, estos objetos servían de encantamiento para la caza, como las figuritas zoomorfas de los zuñi. (3 y 4, según Hough; 20, según Mason; 21, según Dalton; 30, 32 y 36, según Schoolcraft; el resto según originales en el Museo de Etnología de Berlín.)


8b
7b
9
8a
7a
6
22
23
26
27
1
36
28
31
32
34
29
35
30
33
7c
8c
18
24
25
2
3
4
20
21
11
10
5a
5b'
37
12
13
14a
15a
17a b
19
16

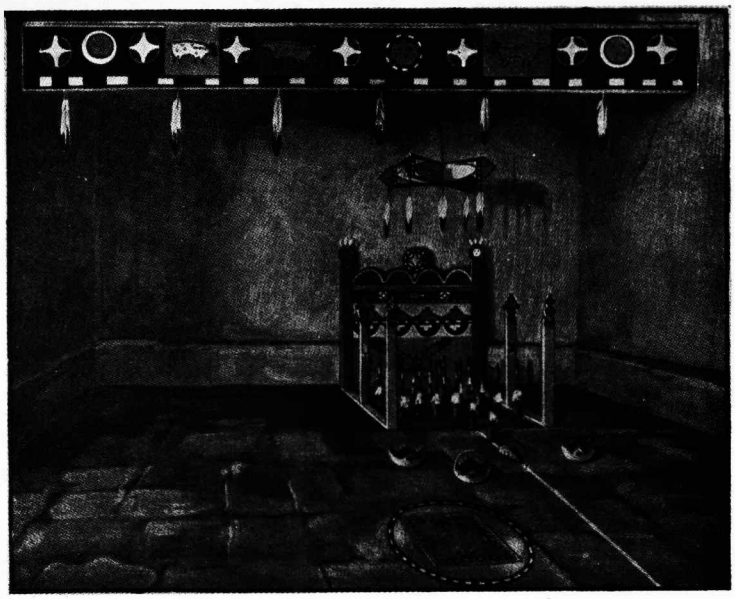


35. Mascara de cuero, piel, madera y tela, pintada de azul turquesa, negro y blanco. Representa a la Katchina Saiyatasha, "Gran Cuerno". (Colección del Museo de Brooklyn, Brooklyn.)

36. (Izquierda.) Dos kachinas (estatuillas de deidades), que representan a "Ojo Largo" (con un cuerno azul, a la derecha) y a "Anahoho", cuya cara consiste en la silueta de una mano.

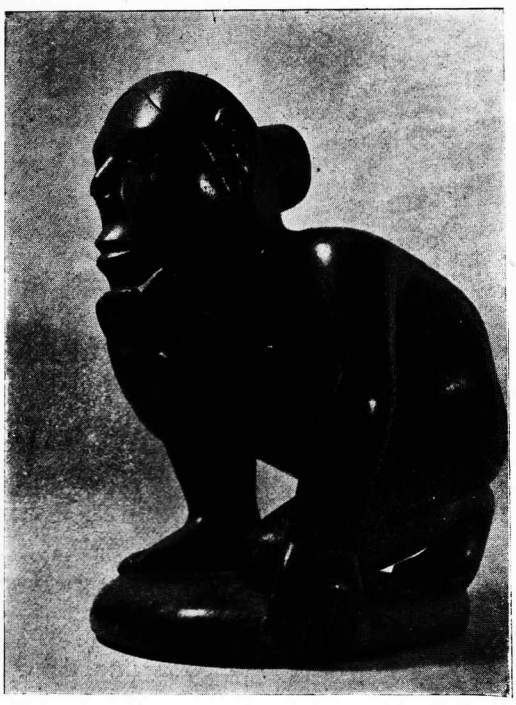
37. Plancha de cobre ornamentada de los indios haida. (Del Museo de Etnología de Berlín.)

38. Olla de barro polícromo de los indios "Pueblo". Proviene de Acoma, Nuevo México. (Colección del Laboratorio de Antropología. Santa Fe.)



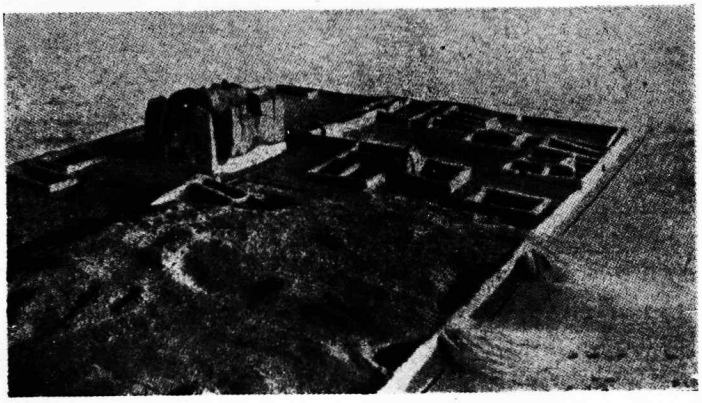
39. Altar del dios Péshätsilõ'kwe de la fraternidad de los "Cimex".

40. Estatuilla de madera policromada que representa a una "Katchina", deidad ancestral. Hopi, Arizona. (Colección Miguel Covarrubias.)



41. Gran pipa de bauxita roja en forma de un hombre arrodillado. Shilo. Tennessee, Col. (Colección del Parque Nacional Militar de Shilo. Tennessee.)

42. Muchachas hopi, llevando el peinado característico de su tribu. (Según una fotografía del Museo de Etnografía de Berlín.)



43. Conjunto de construcciones alrededor de la Casa Grande. (Según Fewkes.)

ta prohibición del trato entre yerno y suegra, y las fiestas con motivo de la pubertad de las jóvenes), hay que afiliarlos con los pueblos primitivos de la parte occidental de Norteamérica.

2. *El grupo del sureste*

Separada del suroeste de Norteamérica por una ancha faja de estepas, el área cultural de los cultivadores del sureste cubre la región de las Montañas Apalaches, del "Piedemonte" —que así se llaman las tierras onduladas que forman las vertientes orientales y occidentales de aquéllas—, y las llanuras de los ríos y costas que lo circundan. Originalmente, el Mississippi y las márgenes meridionales de los Grandes Lagos señalaban los límites occidental y septentrional de dicha área, pero ya en tiempos precolombinos fueron rebasados, cuando el núcleo principal de los siux transplantó la cultura del sureste a las praderas del río Missouri, y cuando los iroqueses en su migración hacia el norte la llevaron consigo a los bosques del lago Ontario y del río de San Lorenzo. También, los caddo, en la región del Red River, forman etnográficamente parte de los pueblos del sureste, mientras que los algonquino al sur de los Grandes Lagos y en la costa media del Atlántico, representan un elemento subártico que ha sido asimilado por la cultura del sureste.

Si queremos formarnos una idea de la distribución de tribus en el sureste, tenemos que remontarnos hasta una época alrededor de 1700 d. C., porque poco después de esta fecha da principio el avance de los blancos a través de los Apalaches, con el resultado de que en menos de 150 años la población india fué arrojada casi por completo de todo el territorio, o exterminada. No sabemos quiénes fueron los habitantes más antiguos del sureste; tal vez puede considerarse como tales a los *yuchi*, lingüísticamente aislados, que en tiempos de la expedición de De Soto (1539 a 1542), estaban establecidos en los Apalaches meridionales y que más tarde bajaron a los ríos de Savannah y Choctawhatchee, donde fueron absorbidos por los muskogi. Forman otro segundo grupo de pueblos antiguos los *túnica* del Missis-

sippi inferior y los timucua de la Florida septentrional, los cuales, si bien no revelan un parentesco lingüístico cercano ostentan, sin embargo, muchos paralelos etnográficos entre sí. De los primeros queda un resto (los chitimachá)' en el delta del Mississippi, mientras que los últimos ya desaparecieron a principios del siglo XVIII. Probablemente, estos tres pueblos no se retiraron a las sierras o a la periferia del área, sino hasta que aparecieron los *muskogi* (maskoki) que, conforme a sus tradiciones, inmigraron desde el oeste, atravesando el Mississippi, para ocupar la mayor parte de las llanuras al este de dicho río hasta los de Tennessee y Savannah. En cuanto a sus dialectos, se dividen en un grupo oriental (krik) y otro occidental (choctaw y chickasaw), a los que se agregan los natchez del Mississippi inferior, aunque lingüísticamente más alejados. Conforme a investigaciones recientes, los muskogi pueden considerarse como rama reciente y los yuchi-túnica-timucua como rama más antigua, de una familia étnica cuyos miembros (entre ellos también los siux) tienen entre sí un parentesco lingüístico primordial. Este último pueblo, cuyo nombre introducido por los europeos resulta, en el fondo, un absurdo, porque se deriva de la terminación diminutiva afrancesada *sioux* de una palabra algonquina que significa "enemigo, pueblo extraño" (nadowe-siw), tenía su *habitat* más antiguo en la región de Ohio, donde una tribu siux vivía todavía en 1680 en cinco aldeas, en la región suroccidental del actual estado de Ohio.

Los siux fueron dispersados por la inmigración de los algonquino e iroqueses hacia el este, suroeste y noroeste. Sus avanzadas más adelantadas llegaron finalmente hasta el Mississippi superior (mandan); hasta Virginia y Carolina del Norte (tutelo) y hasta la costa del Golfo, al este del delta del Mississippi *(biloxi)*. Es curioso que precisamente estas tribus, que están separadas por miles de kilómetros, tengan entre sí y con el grupo que se quedó en Ohio, un parentesco lingüístico más cercano que con los demás siux que sólo después de varias grandes migraciones ocuparon sus ulteriores asientos. Considerando que estos últimos, a causa de tales migraciones, se

transformaron en gran parte en pueblos de las praderas, se tratará de ellos en el capítulo siguiente.

De los *siux occidentales*, sólo los quapaw o akansea (Arkansas), gracias a cuyo nombre los algonquinos todavía en 1700 llamaban al Ohio "el río de los akansea" y que De Soto encontró en el año de 1541 en la orilla derecha del Mississippi arriba del Arkansas, permanecieron dentro de la órbita de la cultura del sureste. En cambio, todos los *siux orientales* pertenecen a ella; de sus numerosas tribus pueden citarse aquí, además de los tutelo, solamente los catawba en las Carolinas del Norte y del Sur, que forman un subgrupo lingüístico aparte. Hoy día, estos siux orientales están ya extinguidos, con excepción de un pequeño resto de los catawba.

De los muskogi, sólo unos cuantos cientos de semínoles en la Florida del Sur, y otros tantos choctaw en Louisiana, lograron sustraerse al traslado forzoso al Territorio Indio, hoy estado de Oklahoma, que se llevó a cabo en los años de 1832 a 1842.

También los *iroqueses* son un pueblo del sureste. En tiempos prehistóricos, vivían al oeste del Mississippi inferior, como vecinos y probablemente parientes lingüísticos de los caddo; más tarde, se movilizaron a través de la región de Ohio, hasta sus territorios históricos, donde todavía hoy ocupan algunas reservaciones. En el Ohio superior, los cheroki se separaron del núcleo principal, para extenderse hacia el sur adentrándose en los Apalaches; mientras que otras tribus iroquesas (conestoga, tuskarora) avanzaron por Pensilvania y Carolina del Norte hasta el mar.

Este movimiento migratorio da por sentado el hecho de que en aquel entonces, el centro de los siux en la región de Ohio, ya había sido desalojado en su mayor parte por los *algonquinos*; de hecho, se han encontrado, con motivo de las excavaciones en la región del Tennessee superior, debajo de una capa de carácter cheroki con fosas rectangulares, otras circulares, con artefactos que no pueden tener otro origen que el algonquino. Todavía más tarde, algunas tribus algonquinas avanzaron hacia el sur, atravesando el Ohio y la bahía de Chesapeake. Durante estos movimientos, los shawni ("del sur")

llegaron hasta el río Savannah que deriva su nombre de ellos; y en Virginia y Carolina del Norte, las tribus hicieron retroceder a los siux de la costa hasta los cursos superiores de los ríos que nacen en los Apalaches.

Para formarse una idea del nivel cultural de todos estos pueblos en épocas anteriores, es indispensable ocuparse de los tiempos prehistóricos con más detención que cuando tratamos de la cultura del suroeste.

Así como el suroeste es una región de construcciones prehistóricas de piedra, el sureste de más allá de los Apalaches es el país clásico de los montículos (mounds), de los que solamente en el estado

---

Pie del grabado de la página siguiente.

7. La cultura de los montículos (mounds). 1) El montículo de Cahokia, distrito de Madison, Ill.; 2) tumba en forma de un aposento de piedra, de Dunleith, Ohio; 3) el montículo de Serpent (serpiente), del distrito de Adams, Ohio; 4) fortificación con trincheras del distrito de Butler, Ohio; 5) fortificación rectangular de trincheras, del distrito de Kanawha (Virginia Occidental). Los artefactos proceden de los estados de Nueva York (25); Pensilvania (40); Ohio (23, 32, 36, 39, 42); Indiana (37, 38); Kentucky (16, 17, 21); Illinois (14, 18, 20, 33, 35); Wisconsin (6-12, 13, 34, 41); Georgia (22); Alabama (15, 43); de la región del Mississippi medio (19, 24, 26, 27); del Mississippi inferior (28); región de las Montañas Apalaches Meridionales (31), de la costa del Golfo (29) y de la Florida (30). La figura 32 ha sido invertida, por error, en la combinación de dibujos; teniéndola en posición correcta, se nota claramente que el ornamento representa una figura humana extrañamente estilizada. La figura 21, grabada en un disco recortado de una concha del género de Busycon perversum, muestra, según el criterio de Holmes, la representación del juego de "chunkey", conocido entre casi todos los indios norteamericanos, y durante el cual el jugador trata de arrojar una vara a través de un aro de piedra o madera, mientras corre rodando sobre el suelo; puede pensarse tal vez, también, en un juego de pelota a la manera del que practicaban los antiguos mexicanos. El jugador viste mocasines, braguero, delantal de piel (con guarnición de flecos), peinado alto en la coronilla y pintura facial. Muy parecida es la indumentaria del danzante, representado en la plancha de cobre de la figura 22, que lleva en la mano izquierda una máscara (?), en la mano derecha una sonaja (?) y como adorno del cabello una saeta en forma de un hacha de dos filos. (Los Nos. 6-12, 16-18, 27, 34, 35 y 40, según originales que se encuentran en el Museo de Etnología de Berlín; las otras figuras según el Handbook of American Indians y según Holmes, Moorehead, Peet, Squier y Davis, Cyrus Thomas y Wilson.)

La explicación de este grabado está en la página anterior.

de Ohio existen 5,400, en números redondos. La *cultura de los montículos* extendió sus ramificaciones hasta Wisconsin, Michigan y Nueva York e invadió también, pasando el Mississippi, el este de Arkansas, Missouri e Iowa. Esta cultura no es una creación uniforme, sino que presenta un mosaico de culturas individuales que florecieron en épocas distintas y en cuya formación participaron varios pueblos. En su gran mayoría, los montículos (mounds) son túmulos sepulcrales; además, se comprenden bajo esta denominación: plataformas, terraplenes compactos, construcciones de tierra que representan figuras *(effigy mounds)* y cimientos de chozas circulares.

La distribución de estos tipos y de otras antigüedades que son características de la cultura de los montículos, no es uniforme. Pueden distinguirse claramente dos grandes *áreas culturales prehistóricas,* de las que la meridional tiene sus centros en Tennessee y Georgia, mientras que la septentrional irradia desde Ohio. En el sur, las casas son de construcción más durable que en el norte, donde casi no han dejado huellas; sus paredes son de trama con embarrado entre postes de madera. En el centro del área (Tennessee), su planta es circular y el piso hundido; en las regiones periféricas (Arkansas y estados del Golfo), la planta es rectangular, abarcando cada casa varios aposentos a ras de la tierra. Sólo en el sur, los templos y las casas de los jefes se levantan sobre plataformas; en cambio, el norte conoce obras de tierra que sirven exclusivamente para fines religiosos. En el sur, las aldeas están circundadas de terraplenes, mientras que en el norte se vivía en poblaciones abiertas, usándose para refugiarse casas sobre colinas. En el sur, los muertos se entierran bajo el piso de la casa o en grandes necrópolis; en cambio, en el norte, en túmulos o debajo de ellos. En el sur los sepulcros se dotan con ricas ofrendas, mientras que éstas faltan en el norte, donde, en cambio, son sustituídas por grandes depósitos de ofrendas. En cuanto a las industrias, la cerámica está mejor desarrollada en el sur, y los trabajos en piedra en el norte.

En ambas áreas culturales, se destacan ciertos subgrupos claramente caracterizados, que se han designado, como en Europa, con el nombre de los principales lugares de los hallazgos. La "cultura

festivales o juegos. Situados las más de las veces dentro de estos terraplenes, se ven túmulos que cubren construcciones para el culto, en formas de salas levantadas alrededor de "altares", es decir, sitios de cremación para muertos de alta posición; porque en esta cultura se conoce, en contraste con las demás culturas de montículos, la cremación de los cadáveres, además de enterramientos. Otras construcciones religiosas son los montículos-éfigie *(effigy mounds)* en forma de serpientes, aves, cuadrúpedos o seres humanos. Aunque su principal área de distribución se encuentra en Wisconsin, Illinois y la parte colindante de Iowa, la obra más perfecta de esta índole (un terraplén de un metro de alto y 430 metros de largo, representando la figura de una serpiente cornuda con numerosas vueltas) pertenece a la órbita de la cultura de Hopewell, en Ohio, donde la mítica serpiente cornuda gozaba de gran veneración. Frecuentemente, se encuentran sobre los altares enormes depósitos de ofrendas que contienen todo el acervo de la producción de los artesanos y artistas de esta cultura: utensilios finamente trabajados de obsidiana; diademas; placas pectorales, brazaletes y bodoques auriculares en forma de carrete, todo de cobre; perlas de agua dulce; dientes de oso agujereados; adornos recortados de cobre o mica; huesos huecos y láminas de piedra con delicados dibujos incisos; figuritas de barro y pipas esculpidas en piedra. Estas últimas son aquí mucho más delicadas que en la cultura de Moundville: un tubo aplanado sostiene el depósito de tabaco que frecuentemente muestra la figura de una cabeza humana o de un animal de cuerpo entero, de modelación perfecta. Una variedad de la cultura de Hopewell ("Cultura Adena") se difundió hacia Kentucky y Virginia Occidental; tiene muchas particularidades, como por ejemplo, pipas en forma humana o de ave, con un cañón recto para el humo; además, nos ha legado grandes túmulos sepulcrales, como el "Grave Creek Mound" con recintos de vigas en su interior. Túmulos parecidos, con recintos de piedra, se hallan en Illinois y a orillas del Mississippi inferior.

Forma un vivo contraste con la cultura de Hopewell, la *Cultura de Fort Ancient*, de Ohio, con sus grandes pueblos abiertos en los

valles y sus refugios cercados de terraplenes en los cerros. Su acervo material se ha conservado en los silos y fosas de Madisonville (Ohio) y otros lugares. Nos muestra un pueblo que, en contraste con la cultura de Hopewell, no se dedicaba al comercio, porque faltan por completo materias primas importadas, como cobre, mica, obsidiana, etc., y que prestaba poca atención al embellecimiento artístico de su ajuar. Unos cuantos utensilios sencillos de piedra (hachas pulidas y puntas de flecha triangulares sin espiga), al lado de numerosos utensilios de hueso o cuerno, son los artefactos que más se encuentran. Las formas de las vasijas de barro se corresponden con las de las ollas más sencillas de la cerámica del Mississippi medio, mientras que la de Hopewell se acerca más a la prehistórica de la región oriental de los Grandes Lagos.

No cabe duda que la "cultura de los montículos" se deriva de los *antepasados de las tribus indias históricas*. Plataformas como base para las casas de jefes y los edificios para el culto; aldeas cercadas de terraplenes; casas que se parecen a las de las antiguas culturas de Etowah y Mississippi; túmulos sepulcrales y entierros en cistas, existían todavía en los siglos XVII y XVIII entre varias tribus del sureste; los winnebago (una tribu siux de Wisconsin) construían todavía montículos-efigie, para representar los totems de sus clanes; más aún, un resto de la antigua destreza artística de esas tribus se ha conservado en el arte plástico de las pipas de los tiempos modernos. Es exclusivamente el triste destino de los indios en la época de la colonización europea, lo que ha motivado el empobrecimiento y la degeneración tan rápidos de su cultura.

Su alto nivel cultural prehistórico ha estado bajo las influencias de México y Centroamérica, las cuales se han hecho sentir más vigorosamente en esta zona que en el suroeste. Las plataformas térreas son las últimas reminiscencias de las construcciones piramidales de Mesoamérica; y la cerámica del Mississippi medio, las figuras de piedra y representaciones humanas sobre placas de cobre o concha de la cultura de Etowah, y los símbolos y seres míticos de la cultura de Moundville, no son concebibles sin los modelos mesoamericanos. En

los cayos de la costa suroccidental de la Florida, los habitantes precolombinos solían construir, con conchas marinas ingeniosamente apiladas, diques y plataformas que causan la impresión de ser una imitación de la arquitectura en piedra; también empleaban propulsores de madera y macanas con dientes de tiburón engastados, que semejan el "atlatl" y el "macuahuitl" de los azteca, respectivamente.

Basándose en estos datos, no es de suponer que la *antigüedad de la cultura de los montículos* sea muy remota. Hasta ahora, sólo en muy contados lugares han sido descubiertas superposiciones arqueológicas como en el suroeste; y las excavaciones en Kentucky (en la Cueva de los Mamuts y en concheros), así como en Illinois, sólo indican que también a la cultura de los montículos antecedió una época sin cerámica ni cultivo, y con utensilios líticos más burdos. En otros lugares, el cambio de las formas de sepultamientos indica varias fases consecutivas de la misma cultura de los montículos, de las que la más reciente abarca todavía los comienzos de la colonización europea. Se han encontrado, por ejemplo, asociados con placas de cobre o concha de la cultura de Etowah, utensilios de hierro, abalorios y fragmentos de porcelana. Lo mismo puede decirse también con respecto a las Culturas de Moundville y Fort-Ancient, mientras que la de Hopewell no revela nada de su continuación hasta tiempos postcolombinos. Por consiguiente, deben tomarse en consideración como portadores de las *Culturas de Etowah* y *Moundville*, ante todo, a las tribus muskogi, cherokí y tal vez también a los shawni. Bushnell y otros investigadores adscriben la *Cultura de Hopewell* a los antepasados de siux, mientras que la *Cultura de Fort-Ancient* representa una etapa del movimiento migratorio de los iroqueses en dirección sur-norte, porque muestra utensilios de piedra y de hueso, parecidos a los de la antigua cultura iroquesa en la región oriental de los Grandes Lagos y, por otro lado, su cerámica y la forma de sepultamiento revelan relaciones con el sur. La distribución de la *Cultura de Adena*, los entierros en cistas y los "montículos-efigie", marcan las rutas de migración de los siux a Virginia, Iowa y Wisconsin. Los algonquinos, por ser invasores en esta región, sólo adoptaron parcialmente la

cultura de los montículos, y por tal motivo sólo raras veces las antigüedades típicamente algonquinas se encuentran en montículos; a ellas pertenecen hachas y otros utensilios de piedra, acuciosamente pulidos (incluyendo muchas formas problemáticas como las "bannerstones"), herramientas y armas de cobre, así como vasijas de barro con ornamentos sencillos, grabados o rayados con peine.

En épocas posteriores, como en los tiempos precolombinos, la cultura más refinada quedó limitada, en términos generales, al interior del país, mientras que las tribus costeñas por lo general permanecieron en un nivel bastante bajo; solamente en Virginia y las Carolinas, el intenso tráfico con el interior fué causa de cierta elevación cultural. Las tribus costeñas dependían todavía en gran escala de la pesca, la que se practicaba con dardos y anzuelos, redes y nasas, cercados construídos a manera de cercas convergentes, y diques de piedra. En el interior, se pescaba con flechas atadas al arco por medio de una cuerda, o se atontaba a los peces mediante el envenenamiento del agua, al estilo sudamericano.

En tiempos antiguos y debido a la abundancia de caza mayor, ésta seguía desempeñando un papel de importancia en la llanura del litoral y las praderas de Kentucky y Tennessee, hasta el grado de que ciertas tribus de los siux orientales vivían predominantemente de ella y los timucua durante todo el invierno. El animal que se perseguía especialmente era el gran ciervo de Virginia, al que se acercaba el cazador con un muñeco que imitaba su figura, o bajo el disfraz del animal mismo. Durante las batidas, ciervos y bisontes eran acorralados con la ayuda de un círculo de fuego; también a los osos, que se cazaban no tanto por su carne como por su codiciada grasa, se les sacaba por medio del fuego de sus guaridas en los árboles huecos. Se tienen noticias de cacerías acuáticas de caimanes, vacas marinas y ballenas en la costa del Golfo y en la Florida.

A pesar de que ya desde 1640, los indios (primeramente los iroqueses) manejaban armas de fuego, las *antiguas armas para herir de lejos siguieron* usándose todavía por mucho tiempo. Con un arco de madera sencillo, bastante largo y de sección rectangular, se tiraban

flechas que frecuentemente muestran el antiguo emplumado tangencial y que tienen el extremo simplemente aguzado y endurecido en la lumbre, o provisto de una punta cónica o achatada de asta de venado, escama de merluza, concha o espina de pescado. La cerbatana sudamericana, de carrizo o madera y con dardillo delgado, que lleva un cojín de fibras de cerdo, no estaba en uso solamente entre muskogi y túnica, sino también entre los iroqueses del norte.

Durante las prolongadas cacerías, el maíz era con frecuencia sustituído por plantas silvestres; por ejemplo: la ciruela-dátil (persimmon) entre los túnica; raíces de zarzaparrilla (smilax, kunti) entre los krik y hongos de árbol (tuckahoe) en Virginia. En la región del Mississippi inferior, los natchez y chitimachá recolectaban las semillas de gramíneas o nenúfar con no menos empeño que los ojibwa o klamath.

Pero todo esto era de poca importancia frente al *cultivo del maíz*. Los túnica, choctaw, atawba e iroqueses se alimentaban tan exclusivamente de esta gramínea, que los europeos, durante las guerras de indios, siempre procuraban destruir primero la cosecha en el campo, para obligar de este modo a sus adversarios a rendirse. Entre los iroqueses, se conocían dieciocho variedades de maíz, lo que constituye una prueba de la antigüedad e intensidad del cultivo en el sureste. Sin embargo, éste se practicaba todavía de un modo bastante rudimentario, *rozando*, como en Sudamérica, un pedazo de terreno boscoso, quemando la maleza y escardando la tierra con una azada o sea un pedazo de rama encorvado que, en algunas comarcas, tiene además una hoja hecha de un omóplato de ciervo o bisonte, o un pedazo de concha de tortuga. Después, las mujeres hacen los agujeros para la semilla con el bastón de sembrar. Las otras dos principales plantas alimenticias, calabazas y frijoles, se siembran junto con el maíz en el mismo terreno; además, los iroqueses cultivan el girasol para obtener aceite; y las tribus meridionales, la batata. Sólo en los estados de Nueva Inglaterra se conocía el abono de la tierra con conchas marinas o pescado. Después de triturar el maíz en morteros de madera (eran desconocidas las piedras de moler), se preparaba

con él pan o papilla, así como el "hominy", un guiso de sémola con pedazos de carne o pescado.

Solamente entre los yuchi, el fuego se obtiene por percusión de dos piedras, mientras que de ordinario se produce, en toda el área del sureste, con el taladro. Los iroqueses y delawares utilizan en las fiestas el taladro-achicador (introducido por los europeos).

Para la purificación ritual, en vísperas de las fiestas, correrías guerreras o grandes deliberaciones, se toma la "bebida negra" (cassine), una infusión de hojas de ilex, estimulante y emético. También el fumar tabaco es, en cierto modo, un acto ritual. Las pipas modernas de madera de los iroqueses, con su forma de trompeta, de animales o seres humanos en el depósito del tabaco, continúan sin el menor cambio la tradición de las pipas de barro precolombinas de esta región, mientras que la pequeña pipa acodada de piedra de los cherokí, con figuras animales o humanas sobre la caña, se parecen a las pipas modernas de los siux.

Un rasgo muy notable, también genuinamente sudamericano, en la vida de los indios del sureste, es la predilección de las tribus de la Florida y las Carolinas por los *animales amansados* (águilas, grullas, etc.). El perro sólo ayuda en la caza. Las mujeres cargan todo a cuestas, tanto bultos, en canastos y armazones (iroqueses), como a sus niños de pecho sobre un espaldar de tablitas o cañas. Además, en el sur se conocen parihuelas con hamaca para el transporte de heridos, y literas cuyo uso queda reservado a los jefes y principales. En cuanto al transporte acuático, la canoa de una pieza predomina tan exclusivamente al sur de los Grandes Lagos y en el litoral al sur del cabo Ann, que las otras embarcaciones (como balsas de haces de junco, o botes primitivos de corteza o piel) no se emplean más que para casos de emergencia. La canoa de una pieza tiene aquí las mismas buenas cualidades de navegabilidad que la de la costa noroccidental; ofrece cabida para veinte y más individuos. El excelente espíritu náutico de algunas tribus costeñas se puso de manifiesto en la temeraria tentativa realizada a fines del siglo XVII por los sewee,

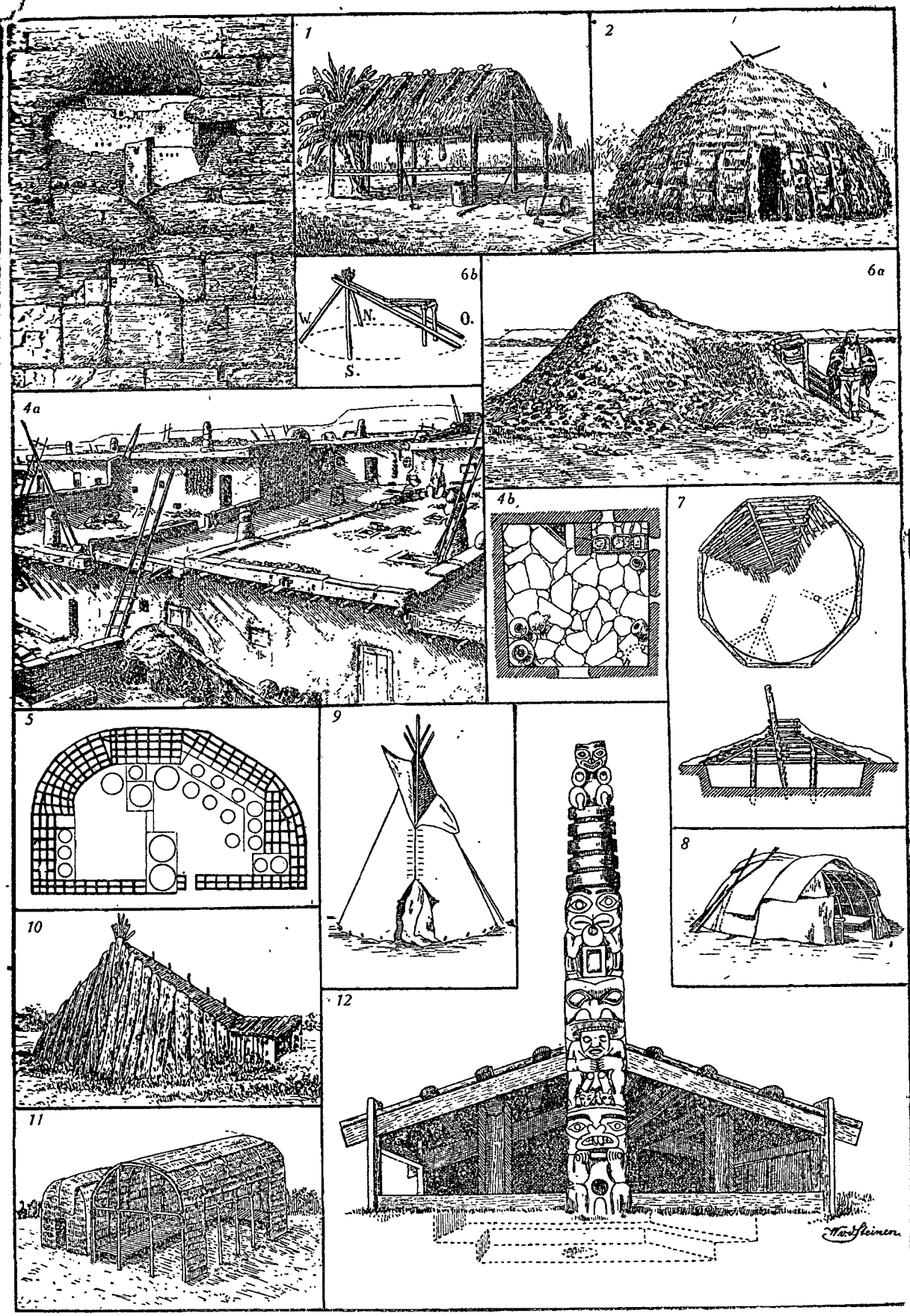
una tribu siux de Carolina del Sur, de emprender en sus botes un viaje comercial hasta Inglaterra.

En Virginiá y las Carolinas había entre lós siux varias tribus que se dedicaban especialmente al *comercio*, organizado en una isla del río Roanoke, ferias periódicas para los pueblos vecinos. Uno de los factores que contribuyeron al surgimiento de este comercio fué la vasta distribución de la *moneda de concha* en la costa del Atlántico. Consistía ésta originalmente en pequeños discos que se llamaban "ronoak" (ronoake) en Virginia y las Carolinas; sólo bajo la influencia europea, fueron sustituídos más al norte por pequeños tubos (wampum) que se tallaban en la concha blanca de caracoles marinos (buccinum, pyrula), o de la de color morado oscuro de la almeja; con ellos, se hacían sartas o anchos cinturones. Aunque al principio no eran más que simples adornos, en el curso de los tiempos estos cinturones llegaron a adquirir el valor de documentos, porque se entregaban a la parte contratante con motivos de tratados de paz, declaraciones de guerra u otros convenios, ajustando los colores y dibujos a las circunstancias especiales de cada caso.

Debido al rápido agotamiento del suelo a causa del cultivo primitivo, las *aldeas* tenían que cambiar de emplazamiento con frecuencia. Por lo regular, se componían de dispersos grupos de cortijos, si la proximidad de tribus hostiles no obligaba a concentraciones más densas y fortificadas. Tales aldeas, circundadas de palizadas, eran, por ejemplo, Hochelaga, un pueblo de los hurones que Cartier visitó en el año de 1534, o Mavila (Mobile), contra el que los españoles arreme-

---

8. La construcción de la casa entre los indios norteamericanos: *1)* Seminole; *2)* Wichita; *3)* cliffdwelings: castillo de Moctezuma en Beaver Creek (Arizona); *4a)* Zuñi; *4b)* Hopi; *5)* Pueblo Bonito (Nuevo México); *6a)* navajo; *6b)* armazón de la cara anterior; *7)* casa colmeniforme; *8)* Menomini; *9)* Omaha; *10)* Maidu de las montañas; *11)* Secotan (algonquinos de Albemarle del Sur y Pimlico River, Carolina del Norte; *12)* Haida. (La figura 3, según modelo; la 4ª, de una fotografía del Museo de Etnología de Berlín; las otras figuras, del Handbook of American Indians, y siguiendo a Boas, Dorsey, Hoffman, Mac-Cauley, Matthews, Mindeleff, Niblack, Powers y Simpson.)


1
2
6b
W
N.
O.
S.
6a
4a
4b
7
5
9
8
10
12
11

tieron en 1540. Los chickasaw, rodeados de enemigos, vivían casi exclusivamente en aldeas fortificadas, mientras que otros, como los natchez, solamente en tiempo de guerra se refugiaban detrás de defensas terraplenadas.

Para la *construcción de las casas* se empleaban, en el sur, además de hierbas, juncos u hojas de palma, zarzos con embarrado y también piedras en la costa del Atlántico; mientras que los iroqueses y algonquinos conservan la costumbre de usar corteza o esteras para la cubierta de sus habitaciones. La de los caddo es una choza cupuliforme sin separación entre pared y techo, y es en su forma idéntica al "wigwam" algonquino, pero con cubierta de zacate y dimensiones mucho más amplias.

De un tipo muy diferente son las *construcciones circulares* de los pueblos del sureste, porque tienen un poste central, paredes y techo cónico. Junto a formas más sencillas existentes en la región del Mississippi inferior, Florida y las Carolinas, se encuentra entre los muskogi y cherokí el tipo plenamente evolucionado de una amplia choza de techo cónico, que se destina a habitación invernal y centro de reunión ("rotunda") y que consta de cuatro postes-soporte centrales, un círculo de postes periféricos, tragaluz, entrada-pasillo, poyos para sentarse, corridos alrededor de la pared y, a veces, piso hundido.

El representante más típico del *estilo rectangular* es la "casa larga", a lo que se debe que los iroqueses suelen llamarse *hodenosauni*, "pueblo de la casa larga". Es una casa plurifamiliar con longitud hasta de 50 metros y ancho de unos 10 metros, con pasillo central, dos poyos laterales para dormir y numerosos fogones, cuyo humo se escapa por el intersticio del caballete del techo a dos vertientes. La influencia de este tipo de casa se hace sentir en todos los contornos del área de los iroqueses; entre los dakota sedentarios, menomini, delaware y quapaw que lo han adoptado sin alteración alguna, aunque siguen usando el principio estructural del wigwan, han transformado, sin embargo, la choza cupuliforme en una choza rectangular con techo semicilíndrico. Las casas rectangulares veraniegas de los

muskogi y cherokí (que más tarde han sido sustituídas por blocaos europeos), se parecen a cobertizos abiertos por los cuatro costados o con sólo una pared en el fondo y con piso levantado; este tipo perdura en los palafitos de los seminole de Florida. También las trojes se levantan frecuentemente sobre postes o tienen la figura de un barril, con paredes lisas de corteza, caña o lodo, para mantener alejadas a las ratas.

Entre las tribus históricas se había conservado muy poco de la industria prehistórica que tan altos niveles llegó a alcanzar. Ya en el siglo XVIII, hachas de piedra y cuchillos de concha se guardaban cuidadosamente como venerables reliquias, y eran muy pocas las tribus que se dedicaban a la fabricación de vasijas de barro. En cambio, en muchas partes se usaban escudillas de madera en caso de banquetes ceremoniales (natchez) o para tomar "la bebida negra" (timucua) aun en lugar de vasijas de barro, cuya costumbre indica su gran antigüedad en sentido histórico-evolutivo. Influencias meridionales se revelan en las *vasijas de calabaza*, así como en las *canastas* de formas muy originales y que se hacen de tiras de caña longitudinalmente partidas y teñidas en muchos colores, como las que todavía hoy día se fabrican entre los chitimachá y choktaw de Louisiana. Por todas partes las *esteras* de tiras de líber o tallos de juncos, unidos por medio de costuras (estas últimas entre los algonquinos), desempeñan un importante papel en el ajuar. Son desconocidos, en tiempos precolombinos, el algodón, el huso y el telar; en cambio, se aprovechan, aplicando la misma técnica que la de la costa noroccidental, el líber de la mora o de la ortiga, el cáñamo indio, el pelo de bisonte o del opósum, para la fabricación de *capotes, cinturones* y *morrales*. Casi como norma general se acostumbra llevar capotes de malla, con plumas entrelazadas de pavo, cisne o pato; prenda que representa otro elemento cultural meridional.

Por lo demás, la indumentaria se hace de pieles; los timucua y natchez las suelen adornar por dentro con pinturas figurativas, como lo hacen los indios de las praderas; mientras que los algonquinos de Virginia las guarnecen con planchuelitas de concha. Por conducto

de los algonquinos, el mocasín de suela blanda y bordados de cerda subárticos, introducido por los europeos, ha eliminado, ciertamente, las antiguas técnicas adornantes, pero ha conservado los ornamentos redondos o espirales de la antigua tradición. Los iroqueses y delaware exornan sus utensilios de madera (cucharas, platos, mazas) con entalladuras o incrustaciones de planchuelitas de concha.

Además de las prendas de vestir ya mencionadas, los hombres se ponen generalmente el braguero (una banda que se pasa por entre las piernas y cuyos largos extremos cuelgan hacia abajo); las mujeres llevan una falda que les llega hasta las rodillas. Las dos prendas se hacen de piel de ciervo; solamente en la Florida meridional el braguero se teje de palma, y en la Florida y Carolina del Norte se usa, en vez de la falda, un delantal de fibras. Polainas ("leggings") se ponen solamente en tiempo frío o para protegerse de las espinas. En la costa oriental, ambos sexos usan a guisa de sobretodo invernal una toga al estilo de la costa noroccidental, la cual se pasa debajo de un brazo para anudarla sobre el hombro opuesto.

A principios del siglo XIX, la antigua indumentaria cedió su puesto a un *traje semieuropeo,* de aspecto asaz gitanesco, compuesto de chaqueta abierta de cuero, polainas bajas de paño, faja y turbante. La impresión de *no indígena* se acentúa todavía más por la abundancia de adornos de plata: un aro en la frente, brazaletes anchos y pectorales semilunares, siendo estos últimos copiados del uniforme de los oficiales del ejército colonial. Claro está que los timucua conocían adornos metálicos ya en tiempos antiguos, pero eran de cobre y de formas distintas. Entre los natchez hay adornos para los brazos, hechos de huesos pulidos de ciervo y gorros de plumas (como distintivo del jefe supremo), que traen a la memoria los trajes de las praderas.

Sólo raras veces se ven cabelleras largas; los choktaw las llevan cortadas, así como también los timucua que, sin embargo, las recogen en forma de mechón coronal. Por lo regular el pelo se corta al rape, dejando una cresta (hurones y muskogi), un mechón coronal (iroqueses), un cerquillo (natchez), un mechón frontal (algonquinos

de la Carolina del Norte), o una trenza (caddo); en cada caso y sin excepción la mata del cabello se adorna con plumas. El *aplanamiento del cráneo* se acostumbra entre los chokwtaw, que de esto tienen su nombre (en español: chato), y también en la región del Mississippi inferior y Carolina del Sur; siendo conocidas las mismas dos formas que ya mencionamos al tratar sobre la costa noroccidental.

De uso casi general es el tatuaje que alcanza las características de un verdadero arte entre los túnica y timucua, teniendo como significado la filiación social y política, o la expresión de hazañas guerreras. Los timucua suelen ponerse en las orejas vejigas de pescado, que opalizan en colores rojos, mientras que los muskogi desprenden el reborde exterior de las orejas para recubrirlas con alambre, de modo que sobresalen a los lados de la cabeza como dos grandes aros temblequeantes.

La mayoría de las tribus del sureste viven bajo un *sistema de clanes matrilineales y totémicos*. Forman una excepción los delaware, entre los que el sistema de clanes, copiado del de los iroqueses, no ha podido desalojar los antiguos grupos locales algonquinos; así como también los chokwtaw y chickasaw, cuyas unidades sociales más pequeñas son igualmente grupos locales. De modo que aquí de nuevo el sistema de clanes es evidentemente una institución más reciente.

Al igual que entre los indios pueblo, cada clan se compone de varias macro-familias consanguíneas, y posee además del *tótem* cierto número de nombres personales, su cementerio particular y la prerrogativa de desempeñar determinados cargos tribales; esta circunstancia es la causa de cierta jerarquía, porque resulta natural que el clan que proporciona el jefe, sea el de más prestigio. Entre los krik, que tienen numerosos clanes (un hecho que indica la desintegración de un número originalmente más reducido que entre los iroqueses), a cada uno le corresponde un lugar determinado en la plaza durante las asambleas o festivales. Hay muchos indicios que hacen suponer que la combinación de clanes con el *principio matrilineal* y el totemismo no hayan existido desde los comienzos: entre los muskogi, el clan paternal otorga el nombre; los iroqueses y muskogi ciertamente

tienen la creencia de descender del animal de su tótem, pero en cambio no lo adoran ni lo consideran tabú. Estos tres rasgos típicos del totemismo genuino se encuentran *solamente* entre los yuchi, de los que probablemente derivó en su origen todo el totemismo del sureste.

Aún más reciente que el sistema de clanes, es la organización dual. No existe entre aquellas tribus iroquesas que tienen todavía los tres clanes originales, ni tampoco entre los delaware, ni los cherokí; y entre los muskogi y yuchi, pasa a través de los grupos de clanes; más aún, entre los yuchi es la línea paterna la que determina a cuál de las "mitades" pertenece el individuo, en oposición a los clanes. En virtud de que estas "mitades" casi nunca tienen que ver con restricciones matrimoniales, se han creado evidentemente sólo para fines ceremoniales y rituales y en atención al gran dualismo cósmico "cielo *vs.* tierra" que se expresa en el mito de la lucha entre aves y cuadrúpedos y que se materializa en el juego ceremonial de la pelota. Por tal motivo, las dos "mitades" se llaman entre los krik "fratría de paz" y "fratría de guerra"; son ellas las que forman por todas partes los dos partidos en el juego de la pelota, y se enfrentan, entre los iroqueses y menomini, como "aves" y "cuadrúpedos" en las danzas de juegos. La circunstancia de que entre los krik se llama la fratría de guerra "los del habla extranjera", goza de menos prestigio y se la considera con cierto desafecto, permite llegar a la conclusión de que originalmente estaba integrada por elementos ajenos a la tribu, que se habían incorporado a la Liga de los Krik.

En esto ya se denota el germen de un *sistema de castas* que en ninguna parte de América está tan bien desarrollado como entre los natchez. También los chitimachá y timucua tienen su casta de nobles, pero los natchez no sólo distinguen rigurosamente entre nobles y plebeyos ("stinkards", los "apestosos"), sino que subdividen a los primeros en los tres grados de los "soles" (el jefe supremo con su familia), "nobles" y "honorables". La casta se trasmite siempre por línea materna, motivo por el cual la "mujer blanca", o sea la madre o hermana del "gran sol", goza del mismo prestigio que el jefe supremo. Pero mientras que en otros grupos suele imperar, bajo condicio-

nes parecidas, una rigurosa endogamia de castas, entre los natchez, tanto los hombres como las mujeres de la nobleza deben escoger sus cónyuges sólo entre los plebeyos: sus hijos bajan al rango inferior siguiente, pero por otro lado, los plebeyos pueden elevarse hasta la nobleza a causa de su valor personal. Es probable que las dos castas de los natchez correspondan a las dos "mitades" del resto de los pueblos del sureste, mientras que los tres grados de nobleza tengan que ver con la división de los guerreros en rangos, los que existen también en otras regiones y que se dividen, entre los krik, en tres grupos inferiores y tres superiores, según sus hazañas. De estos últimos se reclutan los jefes de aldea (miko), los jefes de guerra (tastanagi), así como los lugartenientes de éstos (imàtla). Entre los iroqueses, los jefes de guerra son electos, en contraposición a los demás jefes, cuyo cargo se trasmite por herencia en determinadas familias o clanes. Entre los krik e iroqueses, los jefes gozan solamente de una autoridad limitada; en cambio, entre los natchez, timucua, algonquinos orientales y siux orientales, se elevan casi al rango de reyezuelos, lo que se pone de manifiesto también exteriormente por medio de su traje especial, del ceremonial con que se rodean y por su derecho a tributos y servidumbre de parte de sus súbditos. El "gran sol" de los natchez, igual al inca reinante del Perú, se considera descendiente y encarnación del sol; al morir él o la "mujer blanca", el cónyuge y la servidumbre le acompañan en la muerte. En Virginia y las Carolinas, el desarrollo de una institución vigorosa de jefes no está sujeta a prerrogativas de descendencia o méritos guerreros, sino a la riqueza, como en la costa noroccidental. Por tal motivo, solamente aquí se hacen *esclavos* a los prisioneros de guerra. El genio comercial de los siux orientales se manifiesta también en sus leyes y costumbres; el asesinato y el adulterio pueden expiarse mediante pena pecuniaria; el divorcio o el segundo matrimonio de una viuda resultan fáciles de realizarse, porque el matrimonio representa un asunto meramente comercial, y aun la prostitución de mujeres solteras es una fuente de ingresos para los jefes. Las ideas de los muskogi e iroqueses son diametralmente opuestas; entre ellos, el regalo matrimonial que se exige

con motivo de la boda no tiene el carácter de pago por una compra, sino que es una indemnización para el clan, el cual, por su lado, tiene el derecho de escoger de entre sus miembros otra mujer para el viudo. Las competencias entre novio y novia para medir sus fuerzas, y los simulacros de lucha entre los amigos de ambos contrayentes, que se acostumbran entre los chokwtaw, indican tal vez que se practicaba antiguamente el rapto de la novia. Al llegar la época de la pubertad, las muchachas tienen que someterse, en toda el área, a las restricciones ya conocidas. Solamente en Virginia y el Mississippi inferior, se somete a los muchachos a pruebas de valor y estoicismo.

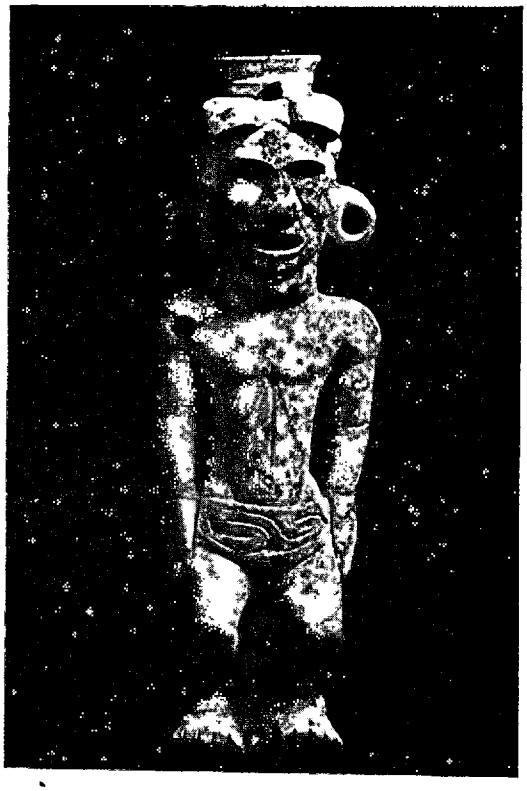
Eran *estados* en miniatura, en los que llegó a formarse una institución de jefes absolutos. Las *ligas de tribus* son instituciones de mayor categoría, que funciona bajo el régimen democrático, es decir, cuyo gobierno descansa en un consejo de jefes. Estas ligas han desempeñado un papel muy importante en la historia del este de Norteamérica, sobre todo la Liga Iroquesa, que se fundó en el año 1570 con cinco tribus, cuyo número aumentó a seis después de la migración de los tuscarora hacia el norte (1722). Durante los siglos XVII y XVIII esta liga mantuvo aterrorizadas, por sus sangrientas correrías, a todas las otras tribus hasta Illinois, Tennessee y Carolina del Norte, procediendo a incorporarse algunas de ellas por la fuerza. En cambio, la Liga de los krik, bajo la dirección de los muskogi, se constituyó más bien mediante una unión voluntaria de muchas de las tribus del sureste, que se vieron acosadas por los europeos (timucua, yuchi, shawni, natchez). También había ligas análogas entre los siux orientales y algonquinos. En el siglo XVIII y a principios del siglo XIX, estas últimas trataron, bajo el mando de excelentes jefes como Pontiac, Tecumseh y Black Howk, de detener en heroicas luchas el avance de los blancos.

Por lo regular, las *guerras* de los indios se hacían sólo raras veces a base de un plan táctico bien definido; comúnmente consistían en empresas aisladas de pequeños grupos que buscaban el triunfo no tanto en ataques abiertos, sino más bien en emboscadas y en la persecución del enemigo. Su objeto no era tampoco la conquista o la

dominación, sino el de llevarse escalpos y hacer prisioneros, a los que se sacrificaba bajo tormentos, o se les incorporaba a la tribu para llenar los vacíos en las filas diezmadas por las interminables guerras.

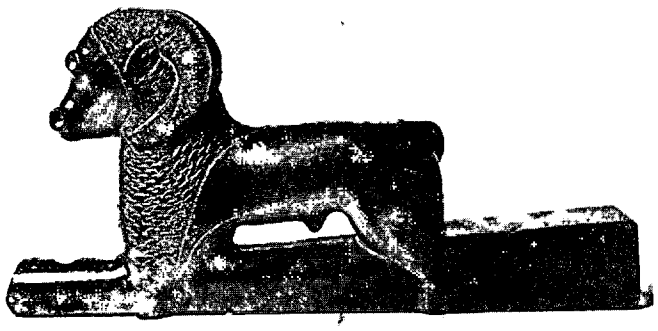
Numerosas ceremonias, que inician y terminan estas correrías, dan a la guerra el carácter de un acto ritual: danzas de los hombres alrededor del poste de tortura, o de las mujeres con los escalpos conquistados; ejercicios religiosos de los guerreros antes de emprender la marcha y el llevar "arcas de madera" o envoltorios de medicinas con virtudes mágicas (krik, natchez). También las costumbres de escalpar y de torturar a los prisioneros, tienen su motivación más bien en sentimientos religiosos que en ideas de venganza y se asemejan, por consiguiente, de una manera muy clara a los ritos aztécas (sacrificio a Xipe y a sacrificios gladiatorios). La costumbre de llevarse escalpos pertenece a la cultura del sureste y ha sido observada en el siglo XVI entre los timucua, muskogi e iroqueses, mientras que indicios de tortura y de la caza de cabezas, que los algonquinos practicaban todavía en el siglo XVIII, ya se encuentran entre los hallazgos de los montículos (mounds).

El arma principal para la guerra es, en el norte, la maza con el extremo tallado en forma esférica, y en el sur, con filo cortante; su forma siempre encorvada indica que su prototipo es el bumerang. Frecuentemente se aumenta su eficacia incrustándole o amarrándole puntas u hojas de piedra, cuerno o hierro. La palabra "tomahawk" (que se deriva de una raíz algonquina tä —cortar), parece haber sido aplicada, desde el principio, al hacha de acero europea, la cual se introdujo ya en los primeros años. En el Mississippi inferior y la costa oriental se usan escudos; en cambio, los iroqueses tienen una coraza de planchuelas de madera, que con su cubrenuca, recuerda grandemente la coraza del nordeste de Asia. En la región del Mississippi inferior, los natchez y sus vecinos se valen, en las ceremonias de rigor, para el rompimiento de las hostilidades o para pactar la paz, de dos "calumets": una pipa con plumas oscuras para la guerra y otra con plumas blancas para la paz. Los embajadores que las entre-

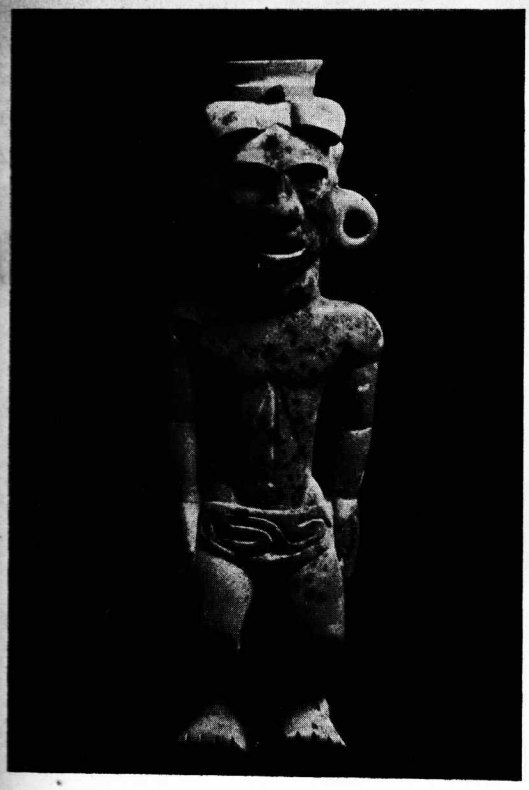


44. Pipa de piedra en forma de hombre. Encontrada en el montículo de Adena, Condado de Ross, Ohio. (Colección del Museo de Estado de Ohio, Columbus.)

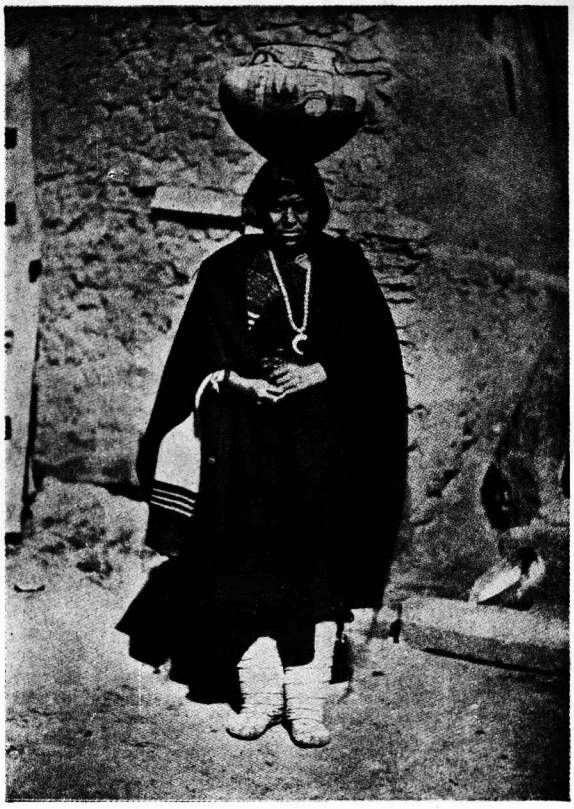
45. Mujer de la tribu zuñi. (Según M. C. Stevenson.)



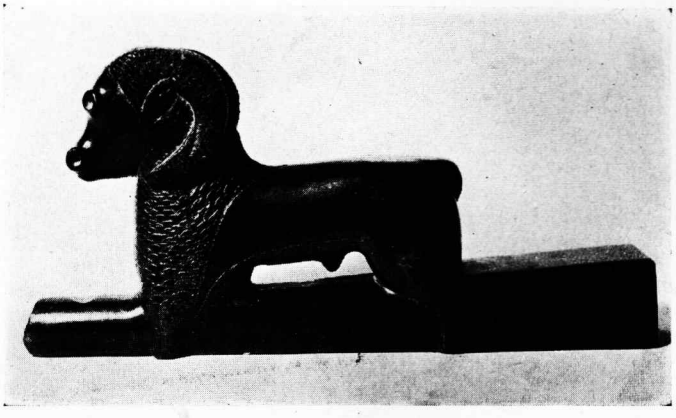
46. Pipa de madera en forma de berrendo montés. Sioux, South Dakota. (Colección del United States Indian Service, Rapid City.)



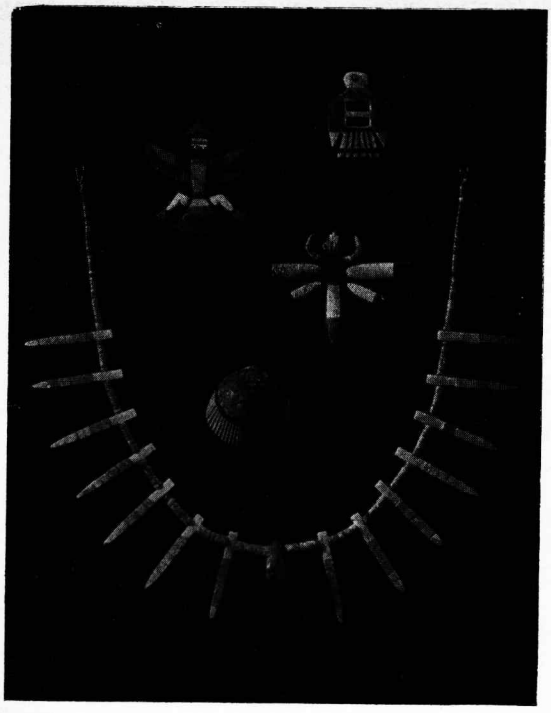
44. Pipa de piedra en forma de hombre. Encontrada en el montículo de Adena, Condado de Ross, Ohio. (Colección del Museo de Estado de Ohio, Columbus.)



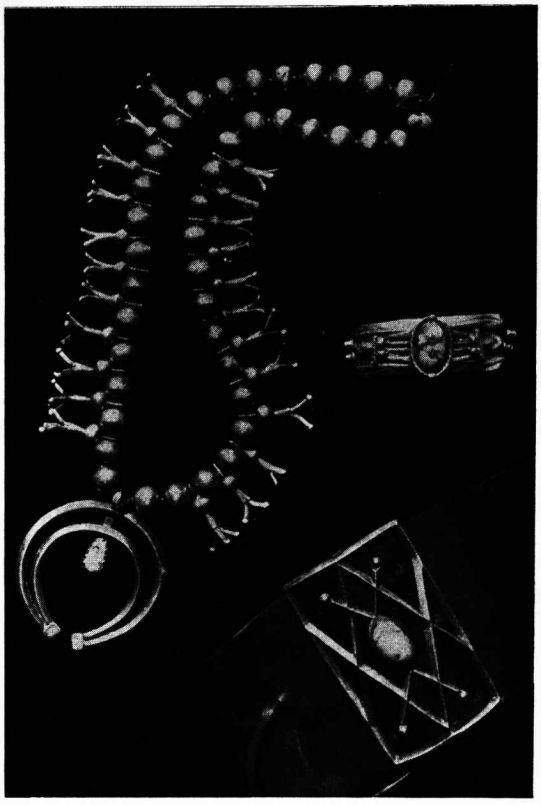
45. Mujer de la tribu zuñi. (Según M. C. Stevenson.)



46. Pipa de madera en forma de berrendo montés. Sioux, South Dakota. (Colección del United States Indian Service, Rapid City.)



47. Objetos de mosaico de turquesa, concha y azabache sobre concha y hueso, o engarzados en plata. Zuñi, Nuevo México. Pendientes en forma de libélula y de concha. (Colección Sarah d'Harnoncourt.) Collar, hombre pájaro y pájaro del trueno. (Colección Rosa Covarrubias.)



48. Objetos de orfebrería de los návajos, Arizona. Plata engarzada con turquesa. Collar de flores de calabaza, brazalete y protector de la muñeca para tirar al arco. (Colección Rosa Covarrubias.)

existencia de varios cielos e inframundos superpuestos; los siux orientales en una sucesión de creaciones defectuosas del hombre. De la misma manera que todos estos conceptos, también la creencia de los muskogi de que sus antepasados hayan salido, en tiempos inmemoriales, de un agujero de la tierra del oeste o de cuevas, indica influencias mesoamericanas, mientras que el mito de la tierra "pescada" por animales buzos, procede de los algonquinos.

En concordancia con la importancia del cultivo, la meteoromagia y los cultos solares o agrarios ocupan el primer lugar en la vida religiosa del sureste. Entre los natchez, el shamán, para producir lluvia, sopla agua al aire mediante una caña, agitando al mismo tiempo la sonaja de calabaza; entre los krik, que atribuyen el dominio sobre la lluvia a los espíritus acuáticos, se tira tabaco a un río. Para conseguir que el sol siga teniendo fuerza para alumbrar y calentar, se fuma, en la religión del Mississippi inferior, la pipa sagrada y se mantiene vivo el fuego sagrado. El mismo fin persigue la solemne renovación del fuego que constituye el acto principal en la fiesta del año nuevo de los iroqueses y en la celebración de la cosecha entre los muskogi. Los primeros inician esta fiesta con una confesión general de sus pecados y la limpieza de sus casas, después siguen danzas en derredor de los hogares de todas las casas, terminando con la ofrenda de un perro blanco estrangulado, que se quema en el fuego nuevo, para que se lleve consigo los pecados de la tribu. También en la fiesta de la primavera de los timucua aparece un animal (ciervo relleno de paja), con el carácter de intermediario para el sacrificio que, en este caso, consiste en las primicias de los frutos cosechados en el campo. Entre los iroqueses, natchez y muskogi, se celebra la madurez y la cosecha del maíz con dos grandes fiestas: la *fiesta del maíz tierno* a mediados del verano y la *fiesta de la cosecha* en el otoño. La fiesta del maíz tierno o "busk" (poskita, ayuno) de los krik y yuchi, coincide con la celebración del año nuevo. Este último se inicia con ayunos, autosangrías y ritos de purificación, celebrándose en una plaza que está rodeada de cuatro cobertizos a la manera de las casas veraniegas y que corresponde, según los yuchi, al "arco

iris", es decir, al bailadero de los dioses. Entre los delaware, la fiesta de la cosecha se celebra en una casa, cuyos doce postes están adornados con cabezas humanas toscamente talladas y que simbolizan a los portadores del cielo. Sacrificios e inciensos, ayunos y penitencias son reminiscencias de ritos mesoamericanos, del mismo modo que también lo son los templos de los natchez que se levantan sobre montículos y que guardan en su interior el fuego sagrado, canastas con los huesos de los grandes jefes difuntos y una caja con el ídolo de piedra del benefactor. El caballete del templo está adornado con tres figuras de madera, que representan aves. También los siux y los algonquinos del litoral oriental poseen ídolos (de madera) que se colocan en la plaza para fiestas o en el interior de las casas, en las que las momias de los jefes descansan sobre estantes.

La combinación del templo con la casa sepulcral está relacionada con los *sepultamientos secundarios* que practican la mayoría de las tribus más antiguas del sureste. Tan pronto como ha terminado la descomposición de los cadáveres, provisionalmente depositados sobre un estante o un montículo, se manda limpiar los huesos y echarlos desordenadamente en cajas de cañas o madera, o juntarlos cuidadosamente (timucua), para cubrirlos de nuevo con la piel previamente disecada y rellena (algonquinos de Virginia). En el este, todo ello se hace solamente con los difuntos de gran prestigio; mientras que a los plebeyos, simplemente se les entierra. También los hurones practican el sepultamiento secundario, pero con la diferencia de que echan los huesos más tarde en una fosa común, con motivo de la conmemoración fúnebre que se celebra cada doce años. Además, son típicos de las tribus más antiguas del sureste (natchez de la Florida, siux orientales) los sacrificios humanos con motivo de la conmemoración fúnebre; en la misma ocasión, las tribus más recientes (krik, etc.), organizan correrías para llevarse escalpos.

En la costumbre de los krik de hacer actuar durante la fiesta del maíz tierno unos danzantes con máscaras de calabaza, que representan mímicamente la caza, tenemos que ver una combinación de los antiguos ritos de caza y otros más recientes del cultivo. Entre los

iroqueses, danzas análogas de animales ya no sirven para la reconciliación o multiplicación de la caza, sino para la curación de los enfermos, porque los animales envían enfermedades para vengarse de la persecución por parte del cazador. Los danzantes de los iroqueses se constituyen en ligas a base de sueños idénticos, en los que se les han aparecido animales determinados. Una de estas ligas pretende tener su origen en las "caras falsas", que son gnomos de los bosques, incorpóreos, que igualmente traen enfermedades y que son representados mediante grotescas máscaras de madera. Los *shamanes* profesionales tienen que someterse, entre los krik, a un largo entrenamiento y aun a muy severas ordalías. Entre los natchez, timucua y siux orientales, sucede con frecuencia que el jefe se encarga de las funciones del shamán o sacerdote supremo.

Casi todos los instrumentos de música (sonajas de calabaza o de caparazón de tortuga y tambores de olla o madera, llenos de agua), así como los juegos, están íntimamente ligados con el culto. Para el juego de pelota, se usan raquetas, que en su forma más sencilla (entre los iroqueses), revelan claramente su descendencia de las palas de chueca, un juego que también es conocido aquí. Los iroqueses y los algonquino juegan con *una* de ellas, todas las tribus del sur, con *dos*. En otro juego típico del sureste, el "chunkey", se hace rodar un disco de piedra sobre una pista enarenada y se le mueve con bastones.

Entre la mayoría de las tribus del sureste, inclusive los iroqueses, ya se manifiestan muy significativos principios para crear una escritura pictórica. Los siux orientales y los natchez usan jeroglíficos para nombres y otros conceptos, y los delaware y krik saben con tales medios relatar sobre tablas de madera o pieles, toda la historia de su tribu, empezando desde los tiempos más primitivos.

3. *Los indios de las praderas*

Hace ya alrededor de cien años que investigadores y artistas comenzaron a dirigir sus miradas hacia los indios de las praderas, porque su pintoresco aspecto cautivaba su interés en mucho mayor

escala que todas las otras tribus norteamericanas. Su popularidad siguió en aumento, cuando pretendieron detener el avance de los blancos por última vez, al pie de las Montañas Rocallosas, con su tenaz resistencia que los hizo salir triunfantes en muchos combates (victoria de Sitting Bull sobre las tropas de la Unión en Little Bighorn, en 26 de junio de 1876). De este modo el indio de las praderas, nómada y cazador por excelencia, llegó a verse exaltado poco a poco, en arte y literatura, hasta convertirse en el prototipo del indígena norteamericano. Pero desde el punto de vista histórico, la moderna cultura de las praderas resulta ser la más reciente y la menos autóctona de todas las que hasta ahora hemos considerado.

En las praderas con escasa vegetación y lomas bajas que se extienden entre el Mississippi y las Montañas Rocallosas, hay anchas fajas de terrenos que van desde el Missouri y sus afluentes del lado derecho, hasta el lejano oeste, y que son propicios para el cultivo. Efectivamente, en tiempos pre y protohistóricos estaban habitadas por cultivadores que también cazaban el bisonte sobre la meseta superior de las praderas, que, con una altura de unos 1,000 a 1,800 metros sobre el nivel del mar, yace al pie de las Montañas Rocallosas. Es obvio que las inmensas manadas de bisontes indujeron ya también en tiempos antiguos a los pueblos de cazadores de las Montañas Rocallosas y bosques septentrionales, a realizar de vez en cuando incursiones a las praderas. Los "querechos" que Coronado encontró en el año de 1541 durante su expedición al Arkansas, eran un grupo de estos cazadores. Pero de un modo permanente no se estableció ninguna de las tribus en las praderas hasta obtener de los españoles y franceses en los siglos XVI y XVII caballos y armas de fuego, gracias a los cuales pudieron basar toda su existencia en la caza del bisonte. El ejemplo de los cazadores fué seguido por los cultivadores, que, en grupos cada vez más numerosos, abandonaron su vida sedentaria en aldeas permanentes para dedicarse a la vida nómada en tiendas. Este proceso tuvo la significación de una completa evolución cultural en las praderas, en las que hasta entonces había prevalecido una cultura de cultivadores con características del sureste, mientras que

ahora llegaron a alcanzar la supremacía elementos de los cazadores del norte y oeste.

Todavía en tiempos de Coronado, los wichita, una tribu cultivadora de filiación *caddo*, poseían grandes extensiones de tierras en el actual estado de Kansas (las provincias "Quivira" y "Harahey"). Se puede demostrar que el origen de los pani, otra tribu caddo, se remonta a los ríos Republican, Platte y Loup del centro y oeste de Nebraska, donde tuvieron su residencia hasta la era actual. Simultáneamente con esta antigua cultura de los pani, florecía en el este de Nebraska (a orillas del Missouri) y oeste de Iowa una cultura *siux* prehistórica, a la que precedió otra cultura más primitiva todavía sin el cultivo del maíz, que probablemente era obra de los algonquinos. En estos hallazgos ya se destacan claramente las relaciones culturales de los caddo y siux con el *sureste*. Pero aparte de todo lo que mencionamos, hubo en la región de la sierra de Ozark (noroeste de Arkansas y suroeste de Missouri) una población prehistórica de origen desconocido, que además de la caza, pesca y recolección, también practicaba ya el cultivo del maíz. Esta gente vivía en los abrigos rocosos de los cañaverales —por eso se les llama "bluffdweller"— y estaba emperantada, en cuanto concierne a su cultura, con los *pueblos del suroeste*, del nivel de los "*cesteros*" y pueblo, pues en los silos y las fosas de los "*bluffweller*" se han encontrado propulsores, piedras de moler, capotes de cordones de pluma, sandalias trenzadas, bandas de cuero para pierna, cánastas en espiral, etc., es decir, puros elementos del suroeste, al lado de unos cuantos elementos del sureste y norte. Los "bluffdweller" no tenían ni arco ni utensilios de piedra y solamente muy poca cerámica; todo esto sólo fué introducido por sus sucesores, que Harrington cree eran siux.

Mientras que solamente una tribu caddo (los arícara) subió el Missouri, los *siux* ocuparon casi todo el curso de este río desde tiempos pre y protohistóricos. De las tribus históricas, parece que fueron las mandan, dacota e hidatsa las que se separaron primeramente del núcleo principal de este pueblo en el Ohio. Los mandan siguieron el curso del Missouri hasta la región de Fort Bartold; todavía más

hacia el norte llegaron los dacota e hidatsa que por mucho tiempo vivieron en los bosques de Minnesota, antes de que fueran empujados por los ojibwa (alrededor de 1750) hacia el oeste, hasta el Mississippi y Missouri. Otro grupo de los siux, los chikere, marchó a lo largo de la ribera occidental del Río Michigan hasta Greenbay, donde se quedaron los winnebago, mientras que los otros (iowa, otó, misouri) siguieron hasta el Missouri inferior. Por último, los dhegiha descendieron el Ohio, en cuya desembocadura se dividieron, a más tardar alrededor de 1500: un grupo (los omaha, osage, ponka y kansa) subió el Missouri; el otro (los quayaw), bajó el Mississippi.

Los hallazgos que mencionamos en líneas anteriores y que se hicieron en las antiguas aldeas de los caddo y siux de Nebraska, reflejan a las claras el paulatino decaimiento de la cultura después de la introducción del caballo. Sin embargo, las *tribus aldeanas del Missouri* siguieron basándose en la antigua cultura del sureste hasta los tiempos modernos. Pueden incluirse también a este grupo, aparte de los algonquinos colindantes (sauk, etc.) los winnebago y los dacota sedentarios del Mississippi superior, a pesar de que se nota entre estas tribus norteñas de los siux, una influencia más marcada de la cultura de los bosques del subártico, a la que deben, por ejemplo, sus chozas cupuliformes con cubierta de corteza; vasijas y embarcaciones de corteza, raquetas y toboggans.

El cultivo se practica entre las tribus del Missouri exactamente según los métodos del sureste. Por consiguiente, los hidatsa no siembran a campo abierto en las praderas, sino que más bien en tierras bajas boscosas a lo largo de los ríos, sembrando maíz, frijol y calabaza juntos en el mismo terreno. En toda esta área se usa la azada con una hoja de omóplato de bisonte y morteros de madera (de poca altura y en forma de artesa).

Para fumar, se hace uso de una pipa con el tubo redondo o plano, de madera y con depósito acodado para el tabaco; estas pipas se hacen de catlinita, una pizarra arcillosa de grano fino y color rojo, que se extrae de unas minas en el "Coteau des Prairies", en el rincón

suroccidental de Minnesota; la plástica de las pipas del sureste perdura en las entalladuras figurativas del depósito.

En los *métodos de caza* del sureste encontramos entre los *siux septentrionales*, el acecho de las manadas de bisontes por cazadores disfrazados. La única embarcación de las tribus del Missouri, un *bote redondo* de cuero (bullboat), probablemente una variante del bote de piel de la cultura de caza sobre hielo, existe también entre los muskogi y cherokí. La casa invernal y para fiestas, de estos últimos, ha sobrevivido con todos sus detalles en la *casa redonda cubierta de tierra* de las tribus del Missouri; esta última existía también antiguamente entre los winnebago y dacota, pero estas tribus ya no la usaban más que en verano, porque durante la caza invernal vivían en tiendas de pieles. Hay descripciones de aldeas cercadas de terraplenes o empalizadas en el Mississippi inferior y superior.

También el *ajuar* del sureste vuelve a encontrarse en el Missouri: canastas para transporte de técnica escalonada; vasijas de barro, bandejas de madera y costales blandos cuadrados de fibras vegetales o lana (antiguamente pelo de bisonte). Estos últimos representan las únicas reminiscencias del antiguo arte semitextil del sureste.

Como entre los pueblos del sureste, la *indumentaria* de los chiwere, dhegiha y pani se limita a un braguero, mocasín de suela blanda y capote de piel; sólo a veces se usan polainas; es desconocido el sobrevestido. El gorro de plumas y el adorno de huesos de ciervo, (que, entre estas tribus, se lleva en el pecho), son dos elementos que los dacota difundieron por todas partes y que ya mencionamos al tratar de los natchez; también en las praderas, el gorro de plumas (de águila) tiene el carácter de un distintivo de rango. Los chiwere, dhegiha, pani y sauk se cortan el pelo al rape, como los pueblos del sureste, dejando nada más un mechón ("mechón para escalpar") que sirve para fijar un adorno de pelo de ciervo en forma de cresta; entre las mismas tribus encontramos el adorno de la oreja y el tatuaje. Una *maza aplanada y encorvada* es también aquí el arma principal. El *calumet*, que siempre se presenta por pares, es un elemento

cultural de importancia; no siempre es pipa, sino frecuentemente una vara pintada y adornada con plumas.

Desde el *punto de vista social*, el grupo septentrional de los siux *(dacota, mandan, hidatsa)* se distingue claramente del grupo meridional como el de más antigüedad, porque sus "clanes" son, como lo atestiguan sus nombres, antiguos grupos locales; no conocen el totemismo, y el agrupamiento de dos fratrías no tiene mucha importancia social o ceremonial. Entre los mandan e hidatsa (como los únicos siux) impera el principio matrilineal en los clanes (aparte de algunos rasgos patrilineales). También en su religión se concede un papel importante al principio femenino, pues la "anciana de la luna" es venerada como la deidad principal.

En cambio, los *chiwere* y *dhegiha* están estrechamente afiliados a los muskogi, con la única excepción de que entre ellos impera el principio patrilineal. Siempre tienen siete clanes con totems animales, cuya adoración, tabuización, etc., se han desarrollado en formas análogas a las de los yuchi. Para los siux, el número siete resulta tan típico como el número tres para los iroqueses, porque los dacota se dividen también en siete subtribus. Los miembros de un clan se distinguen de los otros por medio de determinadas pinturas en el cuerpo, por el corte del pelo (en los niños), distintivos; etc. El antiguo carácter local de los clanes salta a la vista cuando la tribu se reúne en un campo común durante la gran cacería de bisontes: entonces, las tiendas se erigen en círculo, cuya entrada queda al este, asignándole a cada uno de los clanes en este *campamento circular* su determinado lugar. Las dos mitades del círculo corresponden a las dos "mitades" exógamas: a la "*fratría celeste*" y a la "*fratría terrestre*"; las cuales tienen aún más arraigo entre ellos, en su cosmovisión, que entre los muskogi. De la cooperación mágica de las dos "mitades" en todas las ceremonias depende la existencia de la tribu, de igual manera que la del cosmos depende de la cooperación del cielo (principio masculino) con la tierra (principio femenino).

Las *ligas de varones*, con funciones policíacas, militares y ceremoniales, son características de las tribus septentrionales de los siux

(dacota, mandan, hidatsa); simultáneamente, estas ligas forman grupos coevales; cada adulto entra en una tras otra. Para distinguirse entre sí, las ligas se valen de gorros de pluma o casquetes con cuernos de bisonte, largos colgantes dorsales, flautas y sonajas. Además, existe una jerarquía de guerreros, a base de sus hazañas ("coups"), entre las que el tocar a un enemigo ileso durante la lucha se aprecia más que un escalpo. Estos agrupamientos sociales están probablemente relacionados con los rangos de los guerreros muskogi. También para los siux y pani, la guerra representa un acto religioso que obtiene su consagración únicamente llevando un *envoltorio mágico*; el contenido de uno de éstos (pellejos de pájaros u otras partes de algún animal, flautas, sonajas, mazas, taladros para sacar lumbre), depende, como las "medicinas" individuales, de sueños o visiones en las que el interesado ha estado comunicándose con seres animales o celestes, que le han hecho revelaciones. Pero tales "envoltorios" no son de propiedad particular, sino que pertenecen a la tribu o al clan, igual que otras cosas sagradas (*v. g.*, pipas). Por consiguiente, corresponden a las "arcas" sagradas de los krik. Además, estos seres animales o celestes no son conceptuados por los siux como *espíritus tutelares*, cual ocurre entre los algonquinos, quienes los consideran emisarios de un ser supremo; sino como emanaciones del *wakonda*, un poder vital misterioso y omnipenetrante a la manera del "orenda" de los iroqueses. La creencia en este "poder" vital presenta más arraigo entre los dhegiha, mientras que tiene menos importancia entre los dacota que en parte llegan ya a personificar su "wakantanka". Entre los chiwere, dicho "poder" vital queda relegado totalmente a segundo término por el "hacedor de la tierra", un *ser supremo*, cuyo concepto podrá probablemente remontarse a influencias de los algonquinos o caddo, pues también los pani conocen un ser supremo llamado tirawa, que reina sobre los dioses astrales y los fenómenos de la naturaleza.

Del dualismo de su cosmovisión nace, como en el sureste, la idea del antagonismo entre el *ave tonante* y la *serpiente cornuda*. En ninguna parte, evidentemente bajo el dominio de la creencia en wakon-

da, se han llegado a idear deidades vigorosamente perfiladas, contentándose, en su lugar, con una especie de panteísmo. Para los dacota, que creen en una jerarquía de los fenómenos naturales, el sol es el "wakan-tanka" más poderoso. Puede verse en esto, así como en la danza solar de los siux septentrionales, un débil reflejo de la adoración solar de los natchez, chitimachá y yuchi. La danza solar se celebra a mediados del verano, por iniciativa de particulares que han hecho un voto en momentos de gran peligro. El momento culminante se alcanza durante las penitencias, cuando los danzantes se hacen pasar pedazos de madera por debajo de la piel del pecho y de la espalda y se hacen levantar en alto por medio de cuerdas amarradas en ellos. Estas danzas se efectúan en torno de un poste, en cuya punta está colocado el nido del ave tonante; en el okipa, la danza solar de los mandan, este festival está combinado con ritos mágicos que tienen por objeto favorecer el crecimiento de los animales de caza y frutos del campo. Además de los disfraces con pieles de animales que se usan en estos casos, se ven también antifaces de cuero, que probablemente están relacionados con las máscaras de calabaza de los muskogi; de igual manera que las sonajas de cuero no son más que imitaciones de las sonajas de calabaza.

Para la magia de la vegetación sirven las fiestas del maíz tierno y, entre los pani, también el sacrificio de una muchácha que se amarra en un marco de madera para matarla a flechazos; es éste un rito que recuerda poderosamente el sacrificio a Xipe en las fiestas de primavera de los azteca.

Al sureste, en cambio, remiten nuevamente las formas de sepultamiento. La mayoría de los siux y de los pani prehistóricos, combina la colocación provisional de los cadáveres sobre plataformas con la sepultura definitiva de los montones de huesos en túmulos, mientras que los winnebago colocan sobre plataformas únicamente a los miembros difuntos de la fratría celeste, enterrando a los de la fratría terrestre.

Los dacota y winnebago conocen el *juego de pelota* del sureste con "raquetas", jugándolo, sin embargo, con una sola raqueta; y los

mandan tienen el "chunkey" con discos de piedra, que son sustituídos en tiempos más recientes, por aros de madera. Ambos juegos están también aquí, como en el sureste, ligados al culto.

De los adelantos que antiguamente alcanzó la escritura pictórica suroriental, desaparecida ya desde hace mucho tiempo entre los muskogi e iroqueses, nos dan testimonio las pinturas sobre capotes de piel de bisonte o en las cubiertas de tienda de los dacota, mandan e hidatsa; por medio de ellas solían reproducirse experiencias religiosas, hazañas guerreras de particulares o acontecimientos de la vida tribal. Esta escritura pictórica llegó a su apogeo con los "winter-counts" o anales tribales de los dacota, que abarcan épocas bastante extensas; en ellos, a cada año corresponde un pequeño dibujo abreviado, que hace referencia a un acontecimiento notable.

Toda esta cultura no quedó limitada a las tribus del Missouri, sino que se difundió también entre los *nómadas*, cuyo modo de vivir fué adoptado a su vez, alrededor de 1750, por una parte de los dacota (tetón y assiniboin) y de los hidatsa (los indios cuervos). Originalmente, las praderas altas, al pie de las Montañas Rocallosas, eran los cazaderos de las tribus de las mesetas, kutenai, flathead, nez percé, kiowa (parientes de los tano) y shoshoni. A ellos se unieron tribus cazadoras de los bosques septentrionales: primero (todavía en tiempos preeuropeos) algunos dené que iban emigrando hacia el sur a lo largo de las Montañas Rocallosas, y después también algunos algonquinos. Entre estos últimos, los indios blackfoot (pies negros) fueron los primeros que se pasaron de las tierras boscosas a las praderas en la región del saskatchewan; siguieron después, a principios del siglo XVIII, los arapaho y cheyenne que se establecieron por lo pronto en las Black Hills.

Pero no fué sino hasta que aparecieron los tetón-dacota, cuando todo se puso en movimiento en las praderas. Ante su empuje, los arapaho y cheyenne retrocedieron hacia el sur hasta las mesetas de los ríos Platte y Arkansas, lo que obligó a los kiowa a buscar nuevos cazaderos en la región del Río Canadian superior. Los comanche,

la única tribu shoshoni que vivía íntegra en las praderas, se retiraron a Texas, desde donde extendieron sus merodeos hasta Chihuahua y Durango, en el norte de México. En tiempos anteriores a esta invasión de los comanche, Texas era el dominio de tribus primitivas (tónkawa y karankawa), cuyas lenguas, J. R. Swanton hace figurar entre el grupo túnica, mientras que E. Sapir las coloca en el grupo hoka.

En cuanto a la vida económica, los nómadas de las praderas dependían de la caza del bisonte en tan alto grado que perdieron la base misma de su existencia tan pronto como los blancos, en insensatas matanzas, acabaron con las grandes manadas de bisontes. En tiempos antiguos, usando métodos que semejan a los de los subárticos, los indios de las praderas cazaban al bisonte con cercas convergentes que terminaban en despeñaderos, o incendiaban la pradera en torno de un rebaño; en tiempos más recientes, hombres a caballo rodeaban los rebaños. A pesar de las armas de fuego, se usaba, todavía en tiempos modernos, para rematar la presa, el arco, que en esa área tenía un tamaño bastante reducido y llevaba un refuerzo de un forro de tendones, como en el oeste; también había arcos hechos totalmente de cuerno. Otras armas para la caza eran lanzas y reatas, pero es probable que éstas dos hayan sido introducidas sólo al mismo tiempo que el caballo.

Como no era posible matar bisontes todos los días, era preciso conservar la carne, lo que se hizo con los métodos ya conocidos en la región boscosa del norte; se secaba la carne sobre unos estantes, luego se trituraba con martillos de piedra y se mezclaba la harina de carne con bayas y grasa derretida; de esta manera, se preparaba una conserva de gran durabilidad; el llamado pemmican. En tiempos de escasez, los indios de las praderas se conformaban también con raíces que las mujeres desenterraban con palos aguzados.

Antes de la introducción de los caballos, los *perros* eran los que llevaban las cargas con ayuda de dos palos amarrados en el lomo y unidos entre sí por medio de un bastidor, mientras que los extremos se arrastraban en el suelo (trevois). Más tarde, se construyeron dis-

positivos análogos para caballos. La silla de montar y el freno muestran claramente su procedencia española.

La única *habitación* de las tribus nómadas es una tienda cónica (tipi), de forma subártica, que consta de una armazón de tres o cuatro postes y una gran cubierta de cuero, que tiene en la parte superior dos solapas ajustables para el aire y el humo. Dentro de la tienda, la gente se sienta en el suelo, apoyándose en un respaldo inclinado hecho con varas. No se conocen esteras, ni canastas, ni ollas.

9. Indios de la región de los bisontes, en camino, valiéndose del "travois" de perro para el transporte de su ajuar.

El *ajuar* se hace de cuero de bisonte (cucharas) o de cuero; también el mortero para la preparación del pemmican no es otra cosa que un pedazo de cuero encorvado; y la olla para cocinar consiste en una panza de bisonte. De los demás recipientes hay que mencionar bolsas plegadizas rectangulares para guardar el pemmican, y fundas cilíndricas para los adornos de plumas, siendo estos dos utensilios de cuero sin curtir; otras grandes bolsas cuadradas y estuches con fle-

cos para pipas de fumar, son de cuero blando, así como aljabas de piel con dos secciones.

La preparación de las pieles es tarea de las mujeres. Para hacer cuero crudo, sólo tienen que quitar de la piel (después de restirarla en el suelo) los restos carnosos por medio de un raspador de hueso, dentado y en forma de escoplo, mojarlá después con agua tibia y adelgazarla con un instrumento en forma de azada, de asta de siervo, que solamente es conocido en las praderas; para hacer cuero blando, se unta la piel con sesos de animal.

Los objetos de cuero crudo se pintan, mientras que los de cuero blando se adornan con bordados de púas de puerco espín o abalorios. Todos los dibujos que hacen las mujeres son geométricos y emparentados con los ornamentos usados en la cestería del oeste (también por la circunstancia de que se les interpreta simbólicamente); mientras que los hombres adornan escudos, cubiertas de tienda y capotes con pinturas figurativas.

También la *indumentaria* se hace de cuero (de ciervo, antílope o carnero montés), distinguiéndose principalmente de la del norte y este, por el hecho de que el mocasín tiene suela dura; además, se lleva, por lo regular en contraste con el sureste, un poncho de dos pieles con mangas, que hace las veces de ropa exterior. El vestido de las mujeres representa una evolución del vestido subártico, por haber sido sustituídas las mangas por una pieza yugal firmemente unida a la parte principal. Los hombres llevan polainas largas, y las mujeres cortas. Todas estas prendas están ricamente adornadas con flecos, mechones de pelo, colas de armiño, bordados o pinturas.

En cambio, el adorno del cuerpo es insignificante. Se deja crecer el cabello, alargándolo a veces artificialmente y recogiéndolo en trenzas; las tribus septentrionales lo cepillan hacia abajo, para hacerlo caer sobre la frente. Se adorna el pelo con plumas sueltas, indicando hazañas guerreras con el modo de llevarlas, recortadas o pintadas; el pecho se adorna con collares de uñas de oso.

En cuanto a lo social y religioso, los asuntos se presentan mucho más sencillos y menos complicados que entre las tribus sedenta-

rias. Los nómadas se dividen en forma semejante a los subárticos y tribus de las mesetas, en bandas de cazadores que se reúnen por tribus solamente en primavera y en otoño, con motivo de las grandes cacerías de bisontes. Los indios cuervo son la única excepción, por haber conservado la organización social de los hidatsa. Durante estas reuniones, las tiendas se levantan en el gran "campamento circular", en el que cada grupo tiene su lugar determinado, mientras que la tienda de deliberaciones se erige en el centro.

No se conocen restricciones matrimoniales; cada hombre tiene derecho a tomar tantas mujeres como puede mantener y, por lo regular, se casa con varias hermanas. No existe una organización política permanente; el poder de los jefes es limitado por un *consejo tribal*, que emana de elecciones. Cierto número de guerreros experimentados forma la policía del campamento; se encuentran también ligas de varones que tienen a su cargo funciones parecidas a las de los siux y algonquinos nómadas.

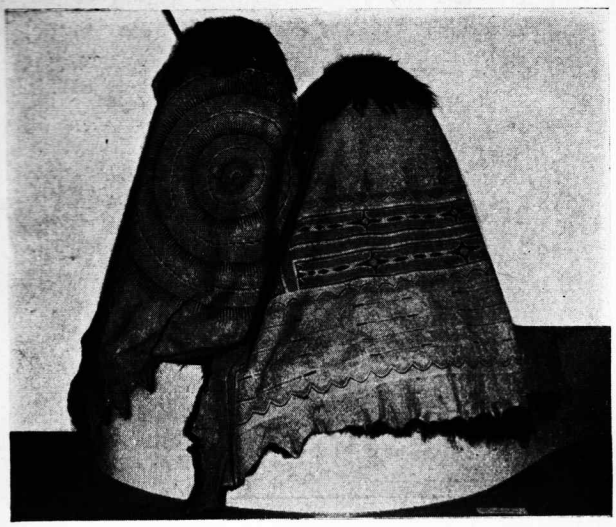
El guerrero marcha a luchar desnudo, salvo el taparrabos, y armado con lanza y una maza que tiene una cabeza de piedra en forma almendrada y un mango flexible. A esto se agrega un escudo redondo, echado sobre el hombro mediante una cuerda y cuyo poder defensivo consiste, según el modo de pensar de los indios, no tanto en la gruesa piel de bisonte de que está hecho, sino más bien en los símbolos mágicos que lleva pintados.

La creencia en el espíritu tutelar y en la "medicina" que él ha otorgado, forma la base de la vida religiosa de todas las tribus nómadas. Los envoltorios mágicos sagrados, cuyo culto está más desarrollado entre los pies negros, son de propiedad particular y pueden comprarse.

En la mitología de los nómadas de las praderas, los héroes y benefactores humanos desempeñan, como entre los esquimales, el papel central; el héroe animal (coyote), sólo ha sido introducido a las praderas por las tribus de las mesetas.

También desde el área de las mesetas vino, en la octava década del siglo pasado, la creencia en la resurrección de un Mesías indio

que expulsaría a los blancos y que devolvería las manadas de bisontes. A base de esta creencia se desorrolló un "*movimiento de la danza de los espíritus*" que culminó, en diciembre del año de 1890, en el último choque sangriento entre los indios y las tropas de la Unión.



49. Abrigos de salea de bisonte pintados del lado interior, de los cazadores de las praderas (tribu sioux). Izquierda, motivo solar, estilo masculino. Derecha, motivo geométrico, estilo femenino.

50. Guerrero de los indios foxes; **muscuaqui.** (Según el príncipe de Wied.)

51. Indias yahgan. (Según Hyades y Deniker.)

52. La danza del sol de los indios dakotas. (Según J. Owen Dorsey.)

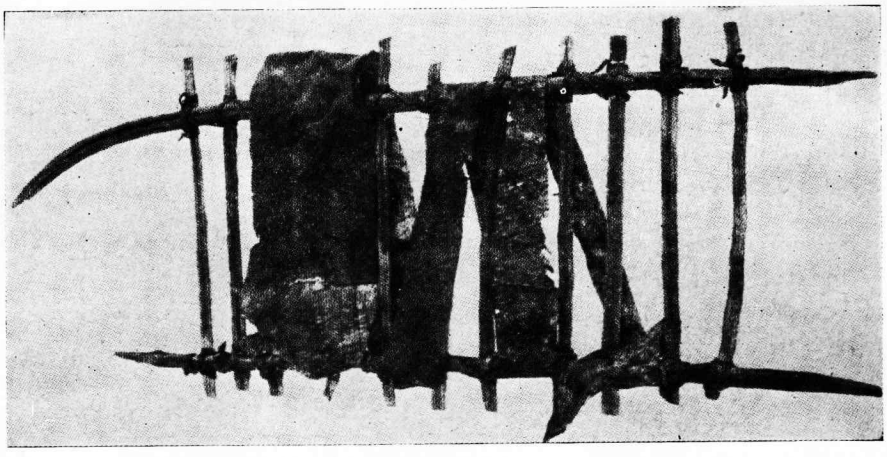
53. Instrumentos de astas de alce y de hueso para la preparación de pieles. Indios cheyenes y omaha. (Del Museo de Etnología de Berlín.)

54. El interior de una casa subterránea de las tribus del río Misuri (Mandan). (Según el príncipe de Wied.)

55. Guerrero de los indios crow. (Según una fotografía del Museo de Etnología de Berlín.)

56. Indio kiowa. (Según una fotografía del Museo Nacional, Smithsonian Institution.)

57. Familia de indios de la pampa, con abrigos de piel y vendas frontales tejidas. (Según una fotografía del Museo de Etnología de Berlín.)



58. Cuna portátil de los onas. Largo máximo 70 centímetros. (Según Lothrop.)

59. Escena de una cacería en la Patagonia, demostrando la aplicación de la bola de una y de la de tres piedras. (Según un dibujo de Musters.)

II. SUDAMERICA

A. Los Recolectores, Cazadores y Pescadores

1. *El grupo magallánico*

Empezaremos nuestro estudio de los pueblos sudamericanos con el extremo sur para seguir después hacia el norte, porque de esta manera conseguiremos una especie de imagen invertida de las áreas culturales de Norteamérica. Los esquimales e indios de la costa noroccidental del continente se corresponden, en sentido geográfico, con los pueblos magallánicos, y los subárticos con los de las pampas.

En el extremo meridional de América, que apunta como una flecha hacia el antártico, vivían hasta la época actual unas tribus indias que figuran, en sentido físico y cultural, entre las más arcaicas y primitivas del continente y que, por tal motivo, tienen que ser consideradas como los descendientes de los más antiguos inmigrantes. Sin embargo, se remontan no a una sola, sino a dos olas migratorias distintas: una occidental y otra oriental, cuyo acervo cultural muestra muchas diferencias. Curiosamente, este contraste no se ha borrado todavía hoy por completo, pues sigue dividiendo la población de la *Tierra del Fuego* en dos grupos distintos. Originalmente, esta línea divisoria entre culturas occidental y oriental no corría únicamente a través del extremo meridional del continente, sino que llegaba, siguiendo la vertiente occidental de la cordillera, hasta las fronteras del Perú, y probablemente todavía más hacia el norte.

De esta manera la cultura occidental o "magallánica", como quiero llamarla siguiendo el ejemplo de J. M. Cooper, se limitaba completamente a una angosta faja de costa y a las islas situadas enfrente de ella. Sus portadores eran pueblos pescadores. En tiempos remotos, pertenecían a ellos también los habitantes de Chile, pues

por los hallazgos en las capas culturales de Arica (Chile Septentrional) y en los concheros de Taltal (Chile Central), se puede juzgar a sus pobladores en muchos sentidos parecidos a los fueguinos modernos; esta población más tarde fué reemplazada por pueblos cultivadores. En tiempos históricos, los pescadores primitivos no comenzaban sino al sur de Chiloé, con los *chono* de las Islas Guaytecas; luego seguían, desde el Golfo de Peñas hasta la boca occidental del Canal de Beagle, los *alakaluf*, y sobre ambas márgenes de este último, así como en las islas que se extienden hasta el Cabo de Hornos, los yahgan (yámana). Las lenguas de los yahgan y alakaluf no están emparentadas; los chono, cuyo idioma quedó ya extinguido, eran probablemente sólo un grupo dialectal de los alakaluf. Hoy día ya no viven más que insignificantes restos de los yahgan (70 en el año de 1924) y de los alakaluf (250) bajo la protección de las misiones anglicana y salesiana. Antes de su contacto con los europeos, es posible que hayan sumado unos 8,000 o 9,000 individuos.

Del examen de antiguos paraderos y basureros, se desprende que las costas de la Tierra del Fuego ya estaban habitadas, hace 2,000 años por lo menos, por una población similar a la actual, cuya cultura sufrió muy pocas modificaciones en todo este tiempo, si hacemos caso omiso de la paulatina desaparición de los utensilios de piedra burdamente tallados que se usaban antes.

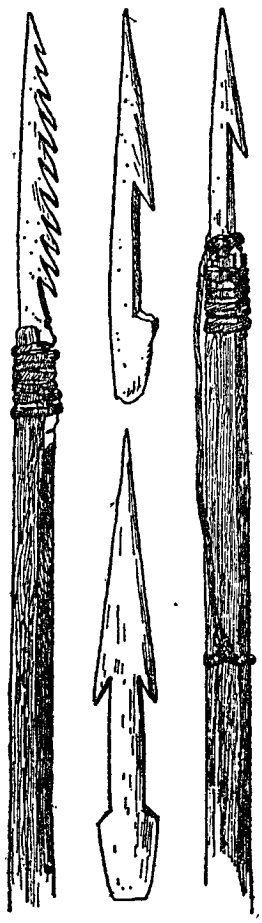
Esta cultura es de un gran primitivismo y, por consiguiente, forma un contraste muy marcado con las culturas correspondientes de Norteamérica. A pesar de que los fueguinos vivían en un medio ambiente que mucho se parece al de la costa noroccidental de Norteamérica y que aun llevaban una ventaja considerable sobre los esquimales, gracias a la riqueza de sus tierras en bosques, no lograron elevarse, en ninguna de las ramas de la cultura material, sobre los niveles más bajos. Este estancamiento se debió, no a escasez de aptitud intelectual —porque la horripilante descripción que Darwin y otros viajeros dieron de ellos, no es más que una caricatura— sino a las condiciones desfavorables de su territorio: una costa alejada de todo intercambio cultural a causa de inmensas extensiones oceáni-

cas infranqueables. De los países andinos del norte, no se difundieron tampoco muchos adelantos culturales hasta los pueblos magallánicos. Bajo la influencia de los araucanos, los chono cultivaban la patata en muy reducida escala, adoptando de ellos, además, ciertas formas de indumentaria y sus armas; las redes de pescar hechas de tendones y las hachas de piedra pulida, llegaron hasta los alakaluf, así como también, sobre todo, el bote de tablas de madera de los araucanos del sur, que, ya en tiempos de la dominación europea, fué sustituyendo poco a poco al bote de corteza de los fueguinos. En cambio, con los habitantes del interior de la Tierra del Fuego (los ona), los yahgan y alakaluf mantenían un vivo intercambio cultural.

Los pescadores magallánicos se sentían en sus *botes* como en su propia casa. Estaban hechos de tres piezas de corteza de haya, cosidas con barbas de ballena, cubriendo su interior un forro de ramas partidas longitudinalmente. A pesar de su tosquedad y muy insuficiente impermeabilidad, este bote se usaba aún para la caza de la ballena en alta mar. Las mujeres remaban, mientras que el hombre sentado en la proa, cazaba peces y aves con el dardo, focas y delfines con el arpón. Ambas armas llevaban en el extremo hendido de la larga asta, de sección cuadrada, una simple punta de hueso de ballena, que, en el arpón, estaba unida con la parte delantera del asta por medio de un correa; dicha punta tenía, por un lado o por ambos, dientes (en el dardo) o ganchos de retención (en el arpón). Al equipo del bote pertenecían, además: una jabalina con un haz de rayos, hechos de puntas de madera, para pescar camarones y erizos marinos; una jabalina que termina en tenazas, para coger caracoles; una simple maza corta, para matar focas; un sedal con lazo de barba de ballena y un buitrón en forma de cesto —y por último, lo más importante, el fuego eternamente ardiendo y celosamente cuidado, sobre una base de tepe en el centro del bote, al que la Tierra del Fuego debe su nombre. Estas tribus costeñas cazaban en tierra firme mucho menos que los ona, de los que adoptaron el arco; para la caza se servían también, por lo regular, de dardos y mazas, aparte de la

honda que sabían manejar a perfección. Los pájaros se capturaban también con los lazos de barba de ballena, y los peces mediante cercas.

Sirve de *habitación* una *choza cupuliforme* de ramas, semejante al wigwam subártico, pero las más veces levantada sobre un pozo con una profundidad hasta de uno y medio metros; en verano se cubre con corteza, hojas o hierbas, y en invierno con pieles de foca.



10. Lanza arrojadiza y arpón de los yahgan. En el centro, dos puntas de arpón, de hueso. 1/4-1/5 del tamaño natural. (Según Hyades y Deniker.)

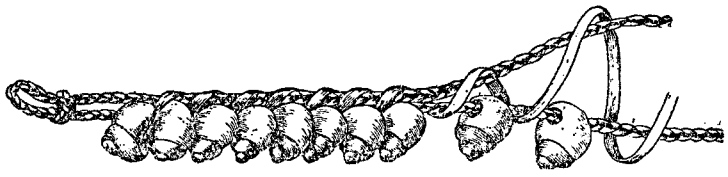
La choza para fiestas se diferencia de la choza para habitación por su tamaño más grande, su forma ovalada (con techo semicilíndrico), pasillo central y dos puertas en las cabeceras.

El ajuar consiste en baldes para agua, hechos de corteza de haya; costales y bolsas de piel; odres de intestino de foca para el aceite de pescado; cucharones de caracol y, en primer lugar, *canastas* muy bien acabadas y hechas por lo regular en técnica de espiral. Los chono cocinan en los recipientes de corteza por medio de piedras candentes.

El *fuego* se saca de la pirita de hierro y pedernal sobre una yesca de hongos o plumones. Para abrir huesos de tuétano o conchas, bastan simples piedras lisas. Como otras herramientas, tenían espátulas y escoplos de hueso para desprender la corteza; raspadores terminales con hoja de concha y mango de piedra; cuchillos foliformes de dos filos y engastados en madera, y leznas de palillos de madera o hueso. No se conocen hachas, ni taladros, ni agujas.

A pesar del clima frío, brumoso y tempestuoso, estas tribus costeñas de la Tierra del Fuego no han pasado de los comienzos

más rudimentarios de la *indumentaria.* Por lo regular, ambos sexos andan desnudos, salvo el delantalillo triangular de piel, de las mujeres. El calzado (un burdo mocasín de piel de foca) se pone muy raras veces y se debe a influencia ona. La única protección para la parte superior del cuerpo es un capote de piel de foca, la cual es poco flexible y no calienta casi nada; este capote sólo llega hasta la cadera y cuando se le cuelga sobre el hombro que da al lado de la borrasca, queda al descubierto la otra mitad del cuerpo. No se conocen peinados especiales ni adornos deformantes. Para el cuidado del pelo sirven unas pinzas de dos valvas de concha y un peine hecho de un solo pedazo de barba de ballena o una quijada de delfín (con sus dientes). Para *adornarse,* se ponen simples cintas de cuero alrededor

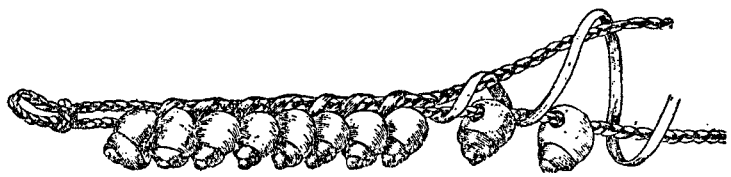


11. Un detalle de un collar de conchas, de los yahgan. Las conchas tienen un largo de 1 1/2 cm. aproximadamente.

de las muñecas y sartas de pequeños caracoles en el cuello. Sólo por motivos especiales —fallecimientos, danzas, festivales, actos shamanísticos— se pintan el cuerpo con significado simbólico y se ponen tocados de pluma. Durante la ceremonia de iniciación de los jóvenes los novicios hacen uso de rascadores de cabeza y tubos bebedores, como en Norteamérica.

A igual que los cazadores norteamericanos, los yahgan y alakaluf se dividen en *grupos locales,* de los que cada uno tiene su territorio perfectamente señalado para la caza, pesca y recolección, el cual se considera de su propiedad exclusiva y común. A los miembros de otros grupos, se les permite el acceso, salvo visitas o viajes comerciales, solamente cuando en él ha encallado una ballena o en caso de encontrarse ahí ciertas materias primas imprescindibles (cortezas, pe-

más rudimentarios de la *indumentaria.* Por lo regular, ambos sexos andan desnudos, salvo el delantalillo triangular de piel, de las mujeres. El calzado (un burdo mocasín de piel de foca) se pone muy raras veces y se debe a influencia ona. La única protección para la parte superior del cuerpo es un capote de piel de foca, la cual es poco flexible y no calienta casi nada; este capote sólo llega hasta la cadera y cuando se le cuelga sobre el hombro que da al lado de la borrasca, queda al descubierto la otra mitad del cuerpo. No se conocen peinados especiales ni adornos deformantes. Para el cuidado del pelo sirven unas pinzas de dos valvas de concha y un peine hecho de un solo pedazo de barba de ballena o una quijada de delfín (con sus dientes). Para *adornarse,* se ponen simples cintas de cuero alrededor



11. Un detalle de un collar de conchas, de los yahgan. Las conchas tienen un largo de 1 1/2 cm. aproximadamente.

de las muñecas y sartas de pequeños caracoles en el cuello. Sólo por motivos especiales —fallecimientos, danzas, festivales, actos shamanísticos— se pintan el cuerpo con significado simbólico y se ponen tocados de pluma. Durante la ceremonia de iniciación de los jóvenes los novicios hacen uso de rascadores de cabeza y tubos bebedores, como en Norteamérica.

A igual que los cazadores norteamericanos, los yahgan y alakaluf se dividen en *grupos locales,* de los que cada uno tiene su territorio perfectamente señalado para la caza, pesca y recolección, el cual se considera de su propiedad exclusiva y común. A los miembros de otros grupos, se les permite el acceso, salvo visitas o viajes comerciales, solamente cuando en él ha encallado una ballena o en caso de encontrarse ahí ciertas materias primas imprescindibles (cortezas, pe-

dernal). Dentro de los grupos locales, la familia goza de plena independencia. En general, se acostumbran relaciones sexuales prematrimoniales sin restricción alguna, pero en cambio impera la monogamia. Lo único que se procura es no casarse con una parienta consanguínea demasiado cercana; la mujer se va a vivir al grupo del hombre. Por ser desconocida la institución de jefes —únicamente los más ancianos, cuando se les ha elegido organizadores y dirigentes de las ceremonias tribales, gozan, tan sólo por este lapso, de cierta autoridad— la justicia queda también por completo en manos de las familias que, en caso de un asesinato, ejecutan la venganza en la familia del culpable. Sólo raras veces llegan a estallar verdaderas contiendas por tales motivos y, por consiguiente, no se conocen armas especiales para la guerra.

En tiempos antiguos, era muy frecuente el aborto provocado y el infanticidio. Inmediatamente después del parto, la madre se baña en el mar, tanto en verano como en invierno. En la pubertad, tanto muchachos como muchachas son sometidos a una ceremonia de iniciación que consiste en entrenamientos corporales (ayunos, baños, etc.) y la enseñanza de tradiciones, costumbres y cosas prácticas, pero sobre todo en una educación hacia una conducta moral en pensamientos y obras. Con la igualdad de hombres y mujeres, que se expresa en este modo de proceder, concuerda muy poco una secreta *fiesta de varones* de tendencia antifemenina (llamada "kina" entre las yahgan), motivo por el cual, M. Gusinde, el mejor conocedor de los fueguinos, la considera como una copia de la ceremonia correspondiente de los ona, la que entre los yahgan y alakaluf ya ha perdido mucho de su formalidad y rigurosidad. Junto con la fiesta de varones, también han sido adoptadas las máscaras y la choza cónica ceremonial de los ona.

La religión de los fueguinos se distingue por una forma muy pura de la *creencia en un dios supremo*. Entre los yahgan, Watinanauewa ("El Ancianísimo"), un ser que vive en el cielo y que no tiene que ver nada con los fenómenos naturales, ni tiene semejanza con el hombre, es tenido por el señor (aunque no creador) del mun-

do visible, que da al hombre los animales de caza, y también por guardián de la ley moral, a quien se atribuye la ceremonia de iniciación de jóvenes. Es él quien envía la muerte a los hombres y que les injerta, según la creencia de los alakaluf, el alma en el momento de su nacimiento; después de la muerte, el alma regresa a él. Por tal motivo, no se cree en un comercio posterior de los *muertos* con los vivos, salvo el caso de que el difunto sea un brujo. Sin embargo, se entierran los cadáveres lo más pronto posible, lejos de la choza, en el bosque, o se los cubre de piedras; también se conoce la cremación para el caso de que la muerte haya sobrevenido lejos del hogar, porque se temen los encantamientos malignos que podrían cometerse con los huesos de los muertos (así como con mechones de pelo de los vivos). La naturaleza está llena de *demonios* que, en su mayoría, son malintencionados hacia el hombre y que, por ejemplo, tratan de estorbar la ceremonia de iniciación de jóvenes, de modo que tienen que ahuyentarlos con canciones, danzas y golpes contra la pared de la choza de fiesta.

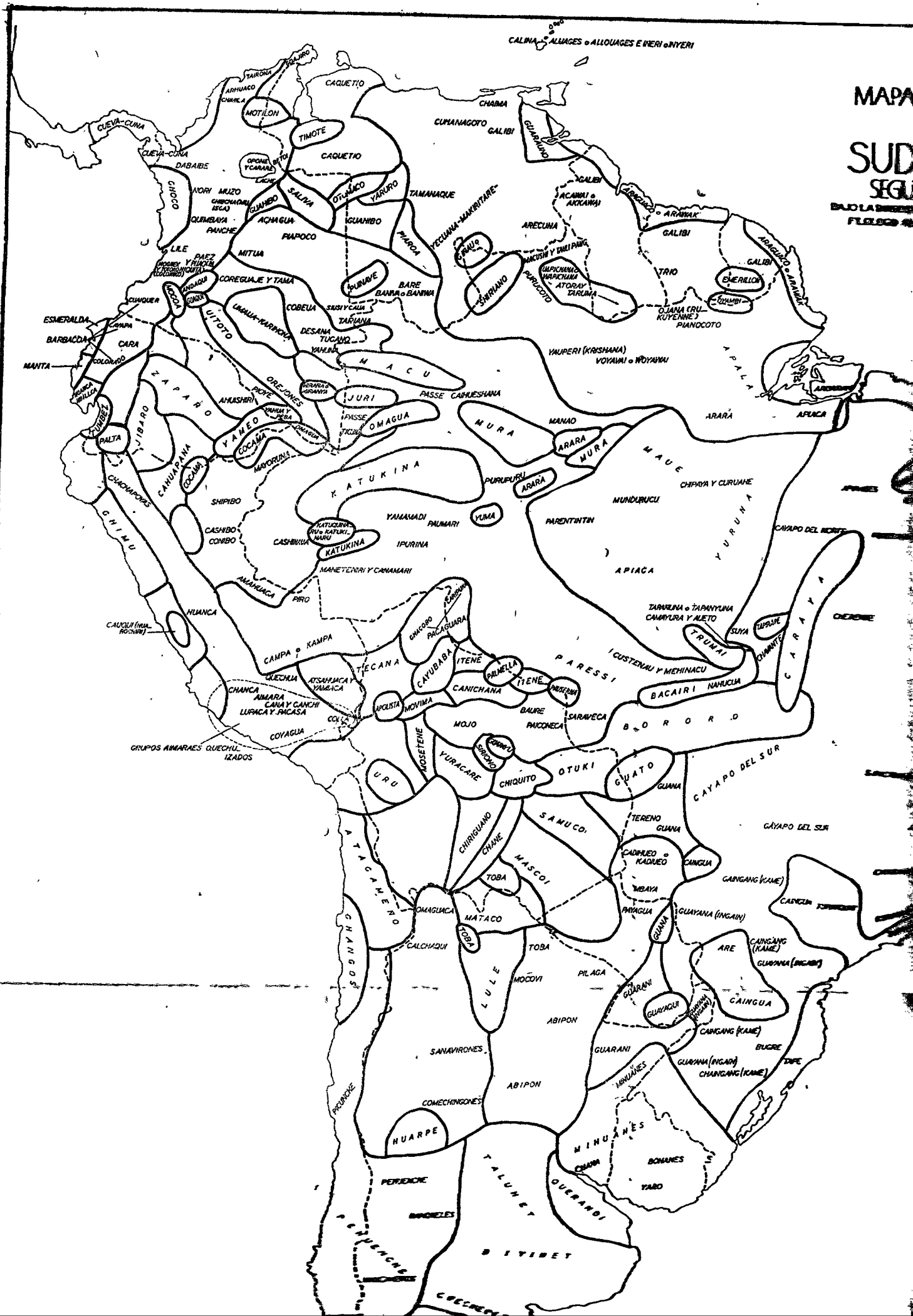
Casi no hay actos rituales propiamente dichos, con excepción de *oraciones*. El brujo (yekamush) no desempeña tampoco ningún papel sobresaliente; sabe curar enfermedades y causarlas por encanto, hacer presagios, influir en las condiciones atmosféricas y atraer animales de caza. Entre los alakaluf, no es necesario que haya de por medio una vocación especial para hacerse brujo; en menor o mayor escala, todos los ancianos de prestigio desempeñan este cargo. En cambio, los shamanes novatos de los yahgan reciben su misión en sueños y después realizan un entrenamiento sistemático, para aprender ciertos artificios. Probablemente, esta mayor importancia del shamanismo puede atribuirse a la influencia de los ona.

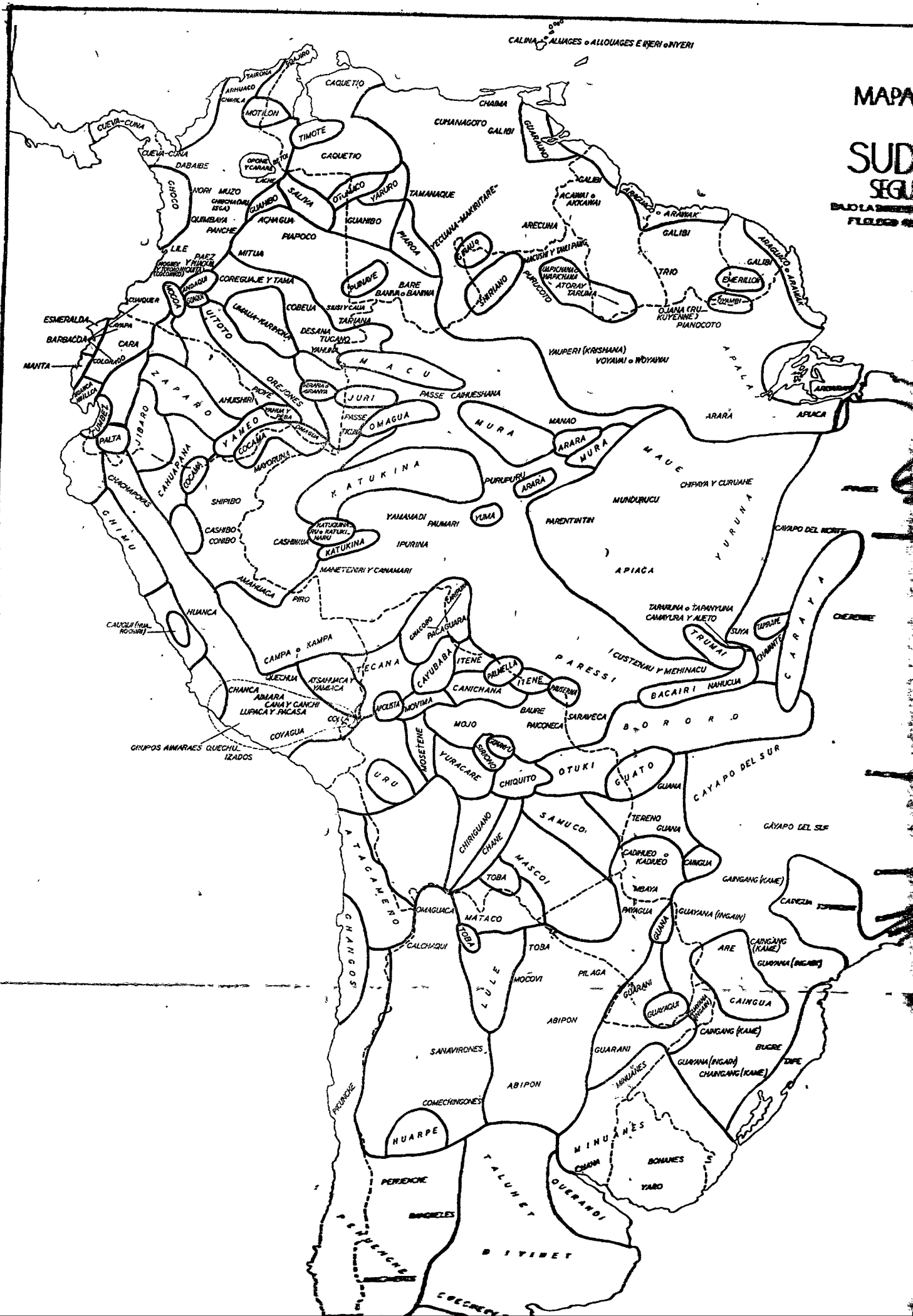
2. *El grupo de las pampas*

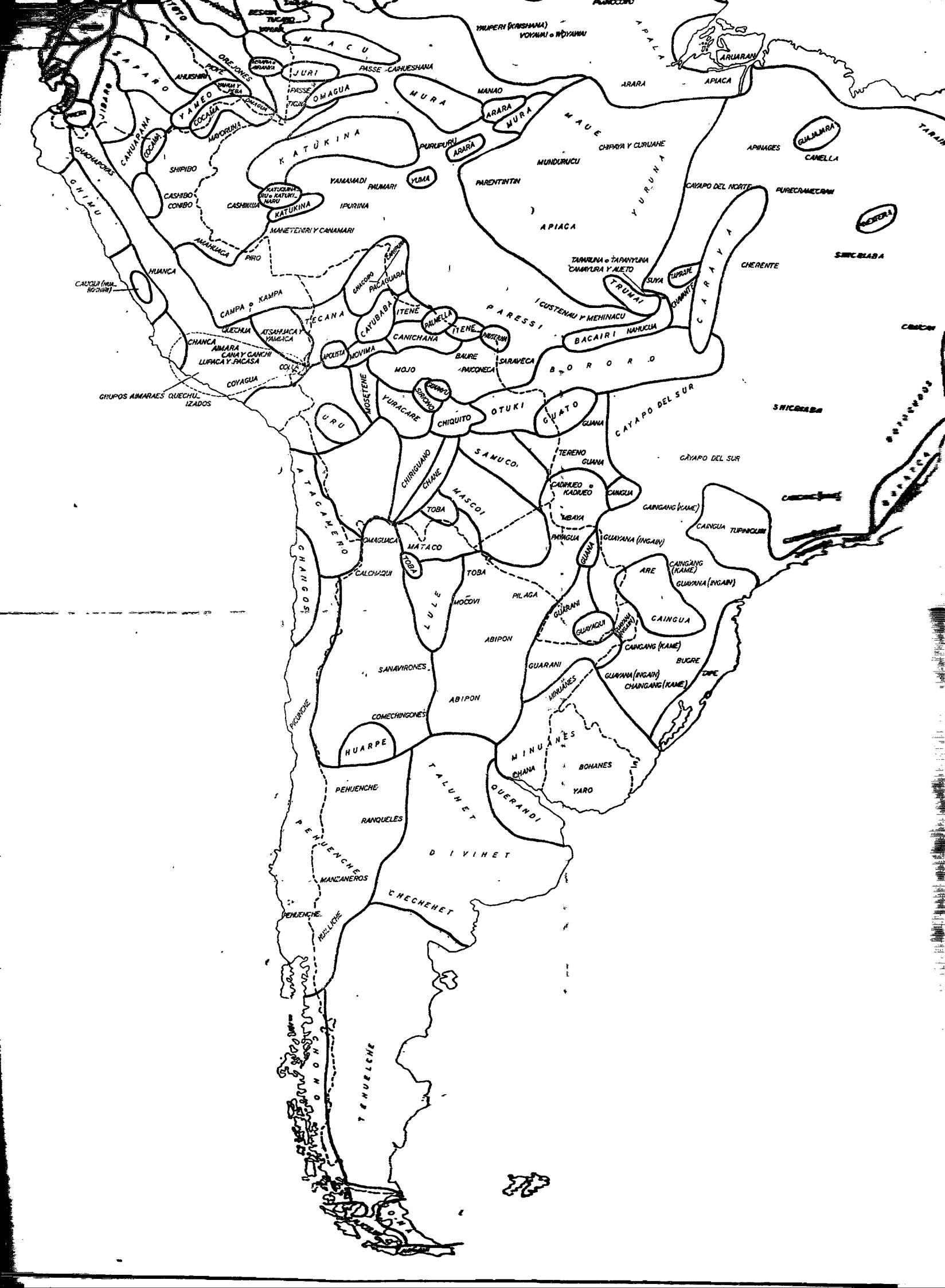
Desde el punto de vista geográfico, la parte norte de la isla grande de la Tierra del Fuego forma ya parte de las pampas patagonas. Sus habitantes, los *ona* o selknam son por eso, representantes típicos

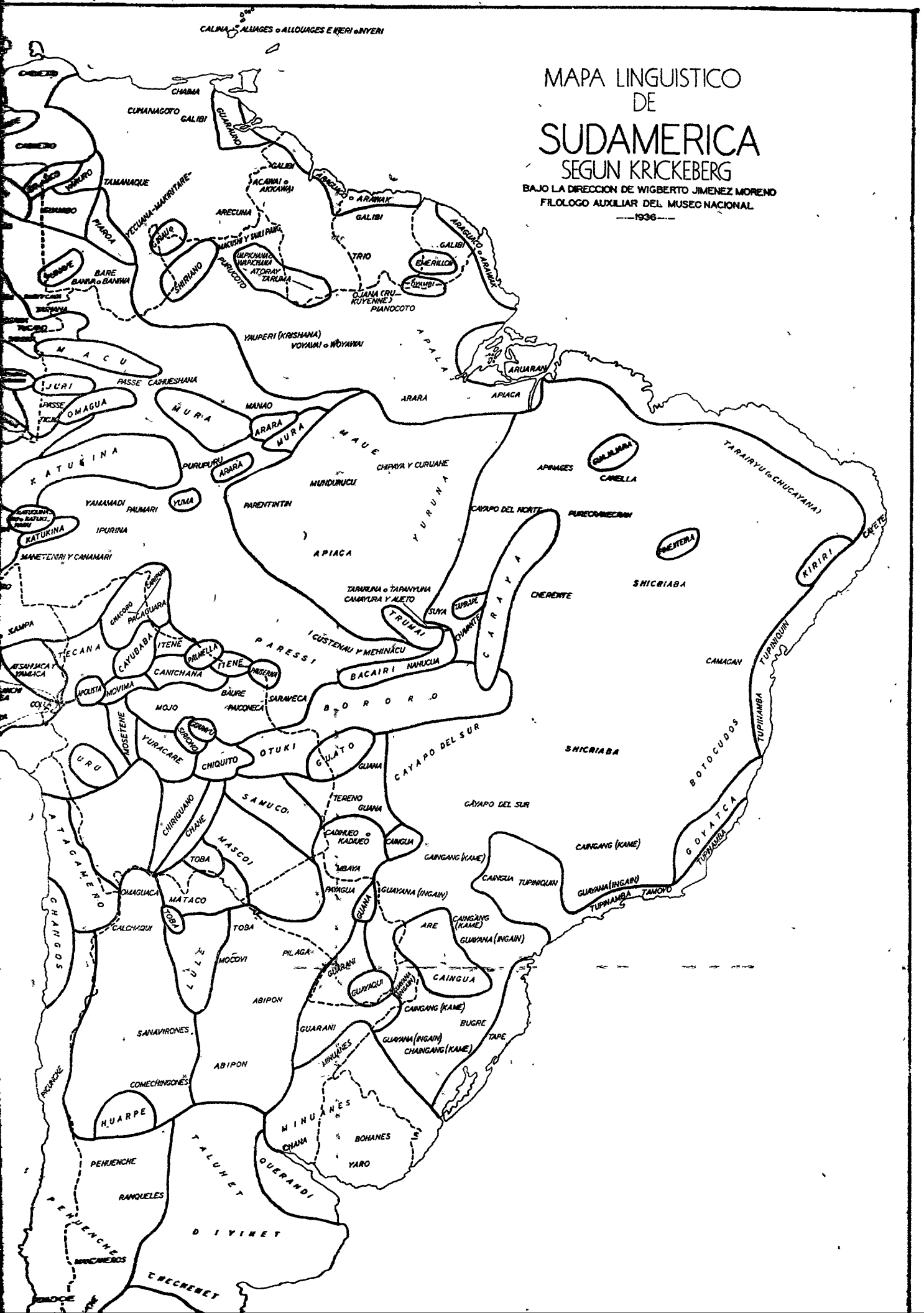
de la antigua área cultural oriental y parientes lingüísticos de los patagones o *tehuelche* (chon), que solían cazar en el territorio comprendido entre el Estrecho de Magallanes y los ríos Chubut y Limay. En esa región comienza el territorio de los indios de las pampas en el sentido estricto de la palabra, los que se dividen en dos grupos lingüísticos; los *puelche* hasta el río Colorado y los *chechehet* hasta la desembocadura del Río de La Plata. Resulta difícil trazar los límites de la cultura de las pampas en el norte, porque la antigua población entre Mendoza y Buenos Aires quedó exterminada rápidamente o fué absorbida por la población mestiza de los "gauchos". Para nuestros fines incluyo, en cuanto a su posición cultural, entre las tribus de las pampas, a las que probablemente pertenecían también en el sentido lingüístico: a los *huarpe* en la región de la laguna de Guanacache, y a los *querandí*, sobre la margen derecha del río Paraná inferior.

En un principio los tehuelche, puelche y chechehet eran dueños absolutos de las extensas llanuras orientales. A principio del siglo XVIII, después de que los dos pueblos mencionados en último lugar, así como los querandí, habían sido exterminados en interminables luchas contra los españoles, *tribus araucanas* (los pehuenche y los ranqueles, que se separaron de ellos alrededor de 1770) que hasta entonces había tenido su paradero en las vertientes de los Andes entre Mendoza y el Lago de Nahuelhuapi, comenzaron su avance hacia el este, por medio del cual se adueñaron temporalmente de toda la pampa, constituyendo un grave peligro para las ciudades costeñas desde Buenos Aires hasta Bahía Blanca. Debido a sus incesantes asaltos a los colonos, el gobierno argentino se vió precisado a mandar tropas para "limpiar" toda la pampa en el año de 1880, lo que dió por resultado que los indios fueran rechazados hasta el otro lado del Río Negro. Hoy en día, ya no hay, incluso al sur del citado río, más que insignificantes restos de la antigua población. En la isla grande de la Tierra del Fuego, la brutal guerra de exterminio contra los ona iniciada por los criadores blancos de ovejas también alrededor de 1880, tuvo por consecuencia que esta tribu, físicamente


MAPA
SUD
SEGU
CALINA o ALUAGES o ALLOUAGES E INERI o INYERI
CAQUETIO
CHAIMA
CUMANAGOTO
GALIBI
GUARAUNO
TAIRONA
ARHUACO
CHIMILA
MOTILON
TIMOTE
CUEVA-CUNA
DABAIBE
OPONE Y CARARE
BETOI
LACHE
CHOCO
NORI
MUZO
CHIBCHA-CHIBCHA (CHIBCHA)
QUIMBAYA
PANCHE
GUAHIBO
SALIVA
ACHAGUA
PIAPOCO
OTOMACO
YARURO
GUAHIBO
TAMANAQUE
PIAROA
YECUANA-MAKIRITARE
CARIBE
ARECUNA
ACAWAI o AKKAWAI
ARAWAK
GALIBI
LILE
PAEZ Y PIJAO (PROBABLEMENTE CHIBCHA) (COLOMBIA)
MITUA
ANDAQUI
COREGUAJE Y TAMA
CUAIQUER
MOCOA
SIONA
UITOTO
URUBUA-KARIPUNA
COBEUA
SUSI Y CAIA
TARIANA
DESANA
TUCANO
YAHUNA
PURUBE
BARE
BANIVA o BANIWA
SHIRIANO
MACUSHI Y TAULIPANG
PURUCOTO
ATORAI
TARUMA
ARUPICHUNA o MARICHUNA
TRIO
GALIBI
ARAWAK
ARAGUAO
EMERILLON
OYAMBI
OJANA (RU-KUYENNE)
PIANOCOTO
ESMERALDA
CAMPA
BARBACOA
CARA
COLORADO
MANTA
AGUACATILLO
ZUMBEZ
PALTA
ZAPARO
JIBARO
ORE-JONES
PIOPE
AHUSHIRI
GUARAYO o ARANYA
JURI
PASSE
TICUNA
OMAGUA
YAMEO
YAMEO Y PEBA
COCAMA
MAYORUNA
CAHUAPANA
CHACHAPOYAS
GHIMU
SHIPIBO
CASHIBO
CONIBO
CASHIBUA
KATUKINA
KATUKINA (PIA o KATUKI, NARU)
YAMAMADI
PAUMARI
YUMA
PURUPURU
ARARA
MURA
MANAO
ARARA
MURA
MAUE
CHIPAYA Y CURUAHE
MUNDURUCU
PARENTINTIN
YURUNA
CAYAPO DEL NORTE
APIACA
ARARA
APIACA
APALA
ARAWAK
ANDES
AMAHUACA
PIRO
MANETENERI Y CAMAMARI
HUANCA
CAUQUI (HUAROCHIRI)
CAMPA o KAMPA
QUECHUA
CHANCA
AIMARA
CANA Y CANCHI
LUPACA Y PACASA
COLLA
COYAGUA
GRUPOS AIMARAES QUECHUIZADOS
ATSAHUACA Y YAMACA
TECANA
CHICORO
PACAGUARA
ARIPUANA
CAYUBABA
ITENE
PALMELLA
ITENE
PAUSERNA
CANICHANA
APOLISTA
MOVIMA
BAURE
PACONECA
SARAVECA
MOJO
PARESSI
CUSTENAU Y MEHINACU
BACAIRI
NAHUCUA
BORORO
TAMANUA o TAPANYUNA
CAMAYURA Y ALETO
SUYA
TAPIRAPE
TRUMAI
CHAMICURO
CARAYA
CAYAPO DEL SUR
GUATO
GUANA
OTUKI
CHIQUITO
SIRIONO
CAYUVABA
MOSETENE
YURACARE
URU
CHIRIGUANO
CHANE
SAMUCO
TERENO
GUANA
CAYAPO DEL SUR
ATACAMENO
MASCOI
TOBA
CADIHUEO o KADUEO
CAINGUA
GAINGANG (KAME)
MBAYA
PAYAGUA
GUAYANA (INGAIN)
CAINGUA
OMAGUACA
MATACO
TOBA
GUANA
CHANGOS
CALCHAQUI
TOBA
ARE
CAINGANG (KAME)
GUAYANA (INGAIN)
LULE
MOCOVI
PILAGA
GUARANI
GUAYACUI
CAINGUA
ABIPON
CAINGANG (KAME)
SANAVIRONES
GUARANI
BUGRE
GUAYANA (INGAIN)
CHAINGANG (KAME)
DAFE
MINUANES
ABIPON
COMECHINGONES
PUELCHE
HUARPE
MINUANES
CHANA
BOHANES
YABO
PERIENCHE
TALUNET
QUERANDI
BIRIGELES
PENCHENCHE
BITIBET
COCHEBOCA

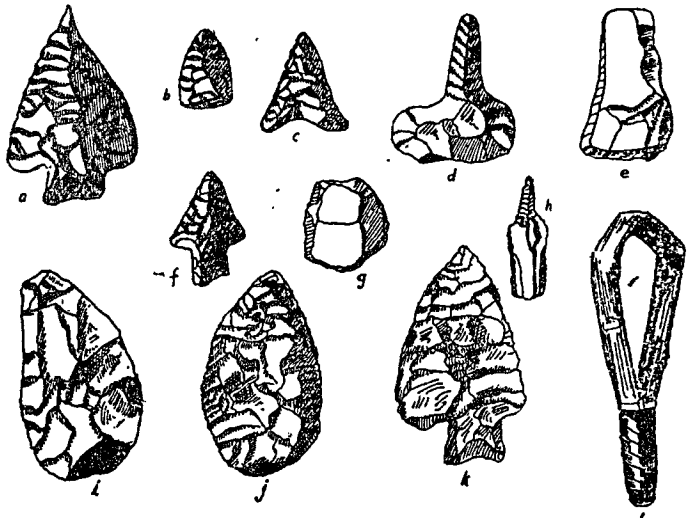

MAPA
SUD
SEGU
CALINA o ALUAGES o ALLOUAGES E IJERI o INYERI
CAQUETIO
CHAIMA
CUMANAGOTO
GALIBI
GUAHARANO
TAIRONA
ARHUACO
CHIMILA
MOTILON
TIMOTE
CUEVA-CUNA
DABAIBE
OPONE Y CARARE
CHOCO
NORI
MUZO
CHIBCHA (MUISCA)
QUIMBAYA
PANCHE
GUAMBIO
SALIVA
ACHAGUA
PIAPOCO
OTOMACO
YARURO
GUAMBIO
TAMANAQUE
PIAROA
YECUANA-MAKIRITARE
ARECUNA
ACAWAI o AKAWAI
ARAWACO o ARAWAK
GALIBI
TRIO
ARAGUACO o ARAWAK
PAEZ
GUAMBIANO
COREGUAJE Y TAMA
PUINAVE
BARE
BANIVA o BANIWA
SHIRIANO
MACUSI Y TAULIPANG
PURUCOTO
ATORAY
TARUMA
OYANTE (RUKUYENNE)
PIANOCOTO
ESMERALDA
CAYAPA
BARBACOA
CARA
COLORADO
MANTA
UITOTO
URARUA-KARIHONA
COBEUA
SUSI Y CAUA
TARIANA
DESANA
TUCANO
YAHUNA
MACU
YAUPERI (KRISHANA)
VOYAVAI o WOYAWAI
APALAI
ARAWAK
ARARA
APIACA
ZAPARO
ORE-JONES
PIOJE
AHUISHIRI
JURI
PASSE
CAHUESHANA
JIBARO
PALTA
YAMEO
COCAMA
MAYORUNA
OMAGUA
MURA
MANAO
ARARA
MAUE
CHIPAYA Y CURUAHE
MUNDURUCU
CAHUAPANA
KATUKINA
PURUPURU
YURUNA
SHIPIBO
CASHIBO
CONIBO
YAMAMADI
PAUMARI
YUMA
PARENTINTIN
CAYAPO DEL NORTE
CHIMU
CHACHAPOYAS
KATUKINA
IPURINA
APIACA
MANETENERI Y CANAMARI
AMAHUACA
PIRO
HUANCA
CAUQUI (HUAROCHIRI)
TARAIRIU o TAPANYUNA
CAMAYURA Y ALETO
SUYA
TUPIAPE
TRUMAI
CHIAMENTE
CARAYA
CHERENTE
CAMPA o KAMPA
TECANA
CHUCURO
PACAGUARA
CAYUBABA
ITENE
PALMELLA
ITENE
PAUTERNA
PARESSI
CUSTENAU Y MEHINACU
BACAIRI
NAHUCUA
QUECHUA
ATSAHUACA Y YAMACA
CANICHANA
CHANCA
AIMARA
CANA Y CANCHI
LUPACA Y PACASA
APOLISTA
MOVIMA
BAURE
PAICONECA
SARAVECA
BORORO
COYA
COYAGUA
GRUPOS AIMARAES QUECHUIZADOS
MOJO
MOSETENE
SIRIONO
CAYUVABI
YURACARE
CHIQUITO
OTUKI
GUATO
GUANA
CAYAPO DEL SUR
URU
TERENO
GUANA
CHIRIGUANO
CHANE
SAMUCO
CADIHUEO o KADUEO
CAINGUA
GAYAPO DEL SUR
ATACAMENO
TOBA
MASCOI
GAINGANG (KAME)
YBAYA
PAYAGUA
GUAYANA (INGAIN)
CAINGUA
OMAGUACA
MATACO
TOBA
GUANA
CHANGOS
CALCHAQUI
TOBA
ARE
CAINGANG (KAME)
GUAYANA (INGAIN)
LULE
MOCOVI
PILAGA
GUARANI
GUAYAKI
CAINGUA
ABIPON
CAINGANG (KAME)
SANAVIRONES
GUARANI
BUGRE
GUAYANA (INGAIN)
CHAINGANG (KAME)
DIFE
MINUANES
ABIPON
COMECHINGONES
PUELCHE
HUARPE
MINUANES
CHANA
BOHANES
YARO
PERIENONE
TALUHET
QUERANDI
PEHUENCHE
BIRIMET
MOLUCHES
COCONUCO


YRUPERI (KRISHANA)
VOYAMI o WOYAMI
ARUARAN
APIACA
ARARA
MANAO
MURA
MACU
PASSE
CAHUESHANA
JURI
OMAGUA
YAMEO
COCAMA
MAYORUNA
KATUKINA
PURUPURU
ARARA
MUNDURUCU
CHIPAYA Y CURUAHE
MAUE
YURUNA
PARENTINTIN
APINAGES
CANELLA
GUAJUMARA
CAYAPO DEL NORTE
PURECAMECRAN
SHIPIBO
CASHIBO
CONIBO
CASHIKUA
YAMAMADI
PALMARI
YUMA
IPURINA
MANETENERI Y CANAMARI
AMAHUACA
PIRO
HUANCA
CAUQUI (HUAROCHIRI)
CAMPA o KAMPA
GNAGORO
PACAGUARA
CAYUBABA
ITENE
PALMELLA
PAUSERNA
CANICHANA
PARESSI
ICUSTENAU Y MEHINACU
TAMAHUNA o TAPANYUNA
CAMAYURA Y AJETO
SUYA
TUPIRARE
TRUMAI
CHAMANTI
CARAYA
CHERENTE
BACAIRI
NAHUCUA
BORORO
QUECHUA
ATSAHUACA Y YAMACA
TECANA
CHANCA
AIMARA
CANA Y CANCHI
LUPACA Y PACASA
COLLA
COYAGUA
APOLISTA
MOVIMA
MOJO
BAURE
PAICONECA
SARAVECA
GRUPOS AIMARAES QUECHUIZADOS
MOSETENE
YURACARE
CHIQUITO
OTUKI
GUATO
GUANA
CAYAPO DEL SUR
URU
CHIRIGUANO
CHANE
SAMUCO
TEREENO
CADIHUEO o KADIUEO
CAINGUA
CAINGANG (KAME)
TUPINAMBA
ATACAMENO
MASCOI
TOBA
MATACO
OMAGUACA
CALCHAQUI
GUAYANA (INGAIN)
PAYAGUA
ARE
GUAYANA (INGAIN)
GHOHOSO
LULE
MOCOVI
PILAGA
GUARANI
GUAYAQUI
CAINGUA
ABIPON
SANAVIRONES
COMECHINGONES
HUARPE
PICUNCHE
MINUANES
BOHANES
YARO
CHANA
BUGRE
TAPE
PEHUENCHE
RANQUELES
TALUHET
QUERANDI
DIVIHET
MANZANEROS
CHECHEHET
PEHUENCHE
HUILLICHE
CHONO
TEHUELCHE


MAPA LINGUISTICO
DE
SUDAMERICA
SEGUN KRICKEBERG
BAJO LA DIRECCION DE WIGBERTO JIMENEZ MORENO
FILOLOGO AUXILIAR DEL MUSEO NACIONAL
—1936—
CALINA o GALIBI o ALLUAGES o ALLOUAGES E IÑERI o INYERI
CHIBCHA
CUMANAGOTO
GALIBI
GUARAUNO
TAMANAQUE
YECUANA-MAKIRITARE
ACAWAI o ARKAWAI
ARAWAK
ARECUNA
PIAROA
SHIRIANO
PURUCOTO
BARE
BANIVA o BANIWA
MACUSI Y TAULI PANO
WAPICHANA
ATORAY
TARUMA
TRIO
EMERILLON
OYAMBI
ARAGUACO o ARAWAK
OJANA (RU-KUYENNE)
PIANOCOTO
YAUPERI (KRISHANA)
VOYAWAI o WÖYAWAI
APALAI
ARUARAN
APIACA
ARARA
MACU
JURI
PASSE
CAHUESHANA
OMAGUA
MURA
MANAO
MAUE
CHIPAYA Y CURUAHE
MUNDURUCU
PURUPURU
YAMANADI
PAUMARI
YUMA
PARENTINTIN
YURUNA
KATUKINA
IPURINA
MANETENRI Y CANAMARI
CAYAPO DEL NORTE
PURECAMECRAN
APINAGES
GUAJAJARA
CARELLA
TARAIRYU (o CHUCAYANA)
CAYETE
KIRIRI
SHETEIRA
SHICRIABA
CHERENTE
CARAYA
TAPUYUNA o TAPANYUNA
CAMAYURA Y ALETO
SUYA
TAPIRAPE
TRUMAI
JURUNA
KAMPA
KAMPIRUM
CAMPORO
PACAGUARA
CAYUBABA
ITENE
PALMELLA
TIENE
PAITERNA
CANICHANA
PARESSI
GUSTENAU Y MEHINACU
BACAIRI
NAHUCUA
APOLISTA
MOVIMA
BAURE
SARAVECA
PANOENECA
MOJO
BORORO
CAMACAN
TUPINIQUIN
TUPINAMBA
BOTOCUDOS
SHICRIABA
CAYAPO DEL SUR
GUATO
GUANA
TERENO
CADIHUEO o KADRUEO
CAINGUA
CAINGANG (KAME)
GUAYANA (INGAIN)
TAMOYO
GOYATACA
MASCOI
TOBA
MBAYA
PAYAGUA
MATACO
OMAGUACA
CALCHAQUI
MOCOVI
PILAGA
GUARANI
ABIPON
SANAVIRONES
COMECHINGONES
HUARPE
PEHUENCHE
RANQUELES
MINUANES
CHANA
BOHANES
YARO
TAPE
BUGRE
ARE
TALUHET
QUERANDI
DIVIHET
CHECHEHET
MACHICHICOS
PEHUENCHES
CHIRIGUANO
CHANE
ATACAMEÑO
GUAYAQUI
CHIQUITO
OTUKI
YURACARE
MOSETENE
URU
SIRIONO
ZAMUCO
CHAMACOCO
GUAICURU
PAYAGUA
GUANA
CAINGANG (KAME)
GUAYANA (INGAIN)
TUPINAMBA
CHANGOS
PICUNCHE

sana y valiosa, fuera reducida en pocos años de unos 4,000 a 5,000 a solamente 250 habitantes (en 1924).

De la *cultura prehistórica* de los patagones y tribus pampeanas, los hallazgos de superficie y las excavaciones no nos dan más que un cuadro muy incompleto. En Patagonia, como en Norteamérica, constituye la capa más antigua una fase "paleolítica", sin cerámica y con hachas de mano del tipo chelense o achelense. Sin embargo,



12. Del neolítico del sur: puntas de flechas y de lanzas, cuchillas, taladros y raspadores. Abajo, a la derecha, un raspador de piel moderno con hoja de vidrio de botella y mango de madera. Las dos puntas de flecha pequeñas de la fila superior proceden de la costa de Chile; el resto, de Patagonia.

también en la fase neolítica predominan todavía utensilios de piedra tallada —cuchillos, raspadores, taladros, puntas de flecha o dardos triangulares y con espiga— al lado de unas cuantas piezas pulidas (principalmente boleadoras). Morteros de piedra se hallan especialmente en el área de los querandí. Es muy significativo que se encuentren, en la región de los ríos Negro y Chubut, bezotes en forma de sombrero y orejeras discoidales, así como objetos ceremo-

niales de piedra en forma de trapecio, de hachas en forma de una "T" o con dos filos, y de láminas cuadradas con dibujos geométricos grabados (líneas en zigzag, triángulos, losanges, etc., entre líneas paralelas). Ni aun los relatos más antiguos mencionan nada de todas estas cosas. Ornamentos similares a los que nos muestran los objetos de piedra, los encontramos en las burdas vasijas de barro que se hacían en las pampas y en Patagonia en tiempos remotos, y en las telas araucanas modernas. En boleadoras y bezotes, cerámica y ornamentación, ya se notan tempranas influencias occidentales sobre los pueblos del área cultural oriental. En tiempos históricos, estas influencias ganaron considerablemente en intensidad, desde que los araucanos ocuparon las pampas, y se amalgamaron con las profundas transformaciones que produjo la llegada de los europeos.

Solamente los *ona* quedaron enteramente fuera de estas influencias, conservando, por consiguiente, hasta la actualidad un cuadro auténtico de la cultura pampeana antigua, cuya existencia tiene como base casi exclusiva el *guanaco*; los ona dan caza a este animal camélido, acechándolo y procurando disparar la flecha desde la distancia más corta posible, para cuyo efecto, el cazador se pinta el cuerpo con colores oscuros en la primavera, y con blancos en invierno. El arco, que entre estos indios es el arma principal, está acuciosamente tallado en madera de haya, y ostenta una curiosa sección transversal almendrada, de modo que su elasticidad no estriba tanto en la vara sino más bien en la cuerda. Un aspecto netamente norteamericano ofrecen las *flechas* que se guardan en una aljaba de piel, porque son cortas de tamaño y sólo se componen de dos partes: el asta de madera, con emplumado radial, y la punta de piedra (hoy día de un pedazo de vidrio). Para la caza menor no se usan armas; se coge a los turones (cururus), cavando nada más la tierra alrededor de sus agujeros, y se deslumbran las aves de noche con la luz de teas, cuando duermen sobre los riscos. Los ona han adoptado de las tribus costeñas de la Tierra del Fuego, hondas y lazos para cazar aves, y redes para la caza de la foca, así como dardos de pescar. Es tarea de las mujeres el recolectar frutas, hongos y huevos de ave.

La caza del guanaco requiere que las pequeñas hordas anden constantemente de un lugar a otro. Durante la marcha, las mujeres tienen que cargar a cuestas con todo el ajuar, para cuyo fin se hace un bulto oblongo de la amplia cubierta de la tienda, de pieles de guanaco, valiéndose de unas cintas de carga compuestas de muchas correas; para el transporte de niños se utiliza una armazón en forma de escalerilla. Contrastando con los otros fueguinos, los ona no tienen embarcación alguna, ni siquiera saben nadar. Al atardecer, las mujeres arman la tienda, un sencillo *paravientos* amarrado a unos palos que se clavan en el suelo en posición inclinada y formando un semicírculo abierto.

En contraste con este paupérrimo albergue, la *indumentaria* está mejor desarrollada que entre los costeños, porque consta de un amplio capote de blandas y calientes pieles de guanaco, que se echa alrededor del cuerpo con el pelo por fuera y de tal manera, que el brazo derecho queda libre; la mano izquierda lo recoge sobre el pecho. Debajo de esta prenda, los hombres andan desnudos, mientras que las mujeres se ponen una piel que les llega desde los sobacos hasta la rodilla y que se sujeta con una correa. Los hombres llevan mocasines de piel de guanaco con relleno de paja, y, cuando hay mucha nieve, también polainas de piel. La indumentaria masculina se completa con una bolsa de piel de zorro que cuelga sobre la cadera, para guardar los utensilios de sacar lumbre y para el trabajo; así como una venda de piel en la cabeza con un triángulo en la frente. Se pintan el cuerpo en la creencia de que esto inmuniza contra la intemperie o enfermedades. El tatuaje se aplica en el antebrazo; alrededor de la muñeca se llevan cintas de tendones de guanaco, esmeradamente trenzadas, así como, en el cuello, sartas de diminutos tubitos de hueso de pájaro.

Para construir el arco, se emplean un cuchillo y raspador terminal (hoy día se hace de cincho de hierro), y para alisar las astas de las flechas, una piedra provista con estrías. Las pieles se trabajan con un instrumento que consiste en un mango de madera con una hoja puesta de través, de piedra o de vidrio; esta última se confecciona

todavía al estilo paleolítico, haciendo saltar lascas de mayor o menor tamaño. La cestería de los ona procede de los yaghan. Se usan baldes de cuero para recipientes de agua; por falta de vasijas para cocinar, la carne se asa en un palo-asador, y las semillas se tuestan sobre una piedra caliente. Comúnmente la grasa se come cruda.

Al igual que los fueguinos navegantes, los ona no conocen la organización tribal ni la institución de jefes. Antiguamente, la isla grande de la Tierra de Fuego estaba dividida en 39 cazaderos, perfectamente deslindados, que pertenecían a igual número de hordas, es decir, a macrofamilias o grupos locales consanguíneos patrilineales, dentro de las cuales, el más anciano resuelve los asuntos de la comunidad. Sólo en el caso de luchas contra otras hordas, un hombre especialmente capacitado para ello, toma el mando. Violaciones de límites o asesinatos son los motivos más comunes para estas guerras sangrientas (antiguamente muy frecuentes), en las que se combate con arcos y flechas y durante las cuales, el guerrero desnudo se echa el abrigo doblado sobre el brazo izquierdo para protegerse, mientras que agarra la aljaba con los dientes. No se acostumbra hacer botín ni prisioneros, porque el objeto es el más despiadado exterminio del adversario. En casos de menor importancia, la controversia se resuelve por medio de duelos de forcejeo o a flechazos.

La muy marcada aversión de los ona al matrimonio entre parientes, tiene por consecuencia que siempre vayan a otros grupos locales a conseguir *mujeres;* en último caso, por medio del rapto. Dan más importancia que los otros fueguinos a la castidad prenupcial y fidelidad conyugal, pero parece que entre ellos la poligamia ha sido más frecuente, especialmente en la forma de matrimonio con dos hermanas. Durante la petición de mano, el pretendiente ofrece un pequeño arco a la escogida; para la ceremonia de compromiso y de la del casamiento, se pinta la cara de un modo especial. A los niños, se les profesa el más tierno cariño. Al alcanzar los muchachos la edad aproximada de dieciséis años, se les introduce en el "klóketen", una *sociedad secreta de hombres,* la cual, según la leyenda de su origen, fué fundada, en tiempos inmemoriales, por el hombre-sol, para que-

brantar la tiranía de las mujeres, capitaneadas por la mujer-luna; de modo que denota un franco antagonismo en contra de la parte femenina de la población, que debe mantenerse en un estado de subordinación. Con tal fin, se trata de asustar a las mujeres mediante "espíritus", cuyo papel es desempeñado por hombres pintados y con máscaras cónicas de corteza o, excepcionalmente, de cuero, y cuyo secreto se guarda con extrema curiosidad ante las mujeres. Durante las asambleas del klóketen, una choza cónica de postes, exteriormente cubierta de pedazos de tepe, sirve de lugar de reunión y dormitorio de los hombres.

Gusinde llama la atención sobre el hecho de que el klóketen, con su tendencia antifemenina, causa la impresión de algo extraño en la sociedad de los ona y que, por tal motivo, tiene probablemente su origen en una combinación de la iniciación de jóvenes de los pueblos cazadores con las sociedades secretas y las mascaradas de los de los pueblos cultivadores, los que, según esto, deberían haber ejercido, ya en épocas muy remotas, su influencia sobre los pueblos primitivos del extremo sur del continente. Los "espíritus" del klóketen quedan enteramente fuera del resto de la religión de los ona, lo cual es otro indicio de su origen extranjero. La religión de los ona también reconoce *un ser supremo,* llamado Temaukel, que es muy parecido al Watinauewa, aunque entre ellos está acompañado de un héroe civilizador, llamado Kenós y pensado como de figura humana, que, en tiempos inmemoriales, formó el cielo y la tierra, trayendo la ley moral a los antepasados de los ona. Los *demonios de la naturaleza,* gnomos lascivos de la selva en forma de duendes, acechan de preferencia a las mujeres, volviéndolas estériles. No se rinde culto a Temaukel, ni tiene relación alguna con el brujo que desempeña entre los ona un papel muy importante y que es muy temido. Aun las almas de los brujos muertos no van a reunirse, como las de los mortales comunes, a Temaukel, sino que se meten en el cuerpo de otra gente, la que por este hecho, se convierte a su vez en brujo, después de que otro miembro de más edad del gremio ha preparado su cuerpo por medio de un acto mágico; porque los ona creen que los brujos no

tienen ni sangre ni órganos interiores. Se entierra a los muertos en la selva, con el cuerpo extendido y envueltos en abrigos de piel. Después de borrar toda huella de la tumba, se quema toda la propiedad del difunto. Los deudos se tiznan la cara, se producen heridas en el cuerpo y se hacen una tonsura en la coronilla.

Cuando los primeros navegantes españoles e ingleses visitaron las costas de Patagonia, los *tehuelche* casi no se diferenciaban apenas de los ona. En aquella época, sus armas eran todavía arcos y flechas, sus albergues eran simples paravientos de piel y se ponían mocasines del mismo material. De las pisadas anchas de este calzado se deriva el nombre español *patagón*, "pata ancha". La gran transformación cultural no dió principio sino hasta que se introdujeron caballos españoles, que los indios de la región del Plata comenzaron a usar ya en el siglo XVI, mientras que los de Patagonia no lo hicieron hasta los años entre 1670 y 1740. Lo primero que sufrió modificaciones, fueron todos los *métodos de caza*. Los antiguos patagones acostumbraban atraerse el guanaco mediante unas corzas cogidas vivas, y sorprender al huidizo avestruz sudamericano (ñandú, *rhea americana*) con el disfraz del ave misma. Las batidas en masa, en las que se arreaba a grandes manadas de estos animales a través de desfiladeros hacia profundos precipicios o corrales de roca, o en las que se les encerraba en un círculo de fuego, incendiando la pampa, no llegaron a su pleno desarrollo hasta que los indios aprendieron a montar a caballo y hasta que sustituyeron el arco por las "boleadoras", arma originaria de los países andinos, y que consiste en dos o tres bolas de piedras arrojadizas, atadas a unas correas. También las boleadoras eran conocidas en el norte, mucho antes que en el sur, entre los huarpe, querandí y chéchehet.

Las tribus mencionadas son las únicas que no solamente practican la caza, sino también la pesca. Los querandí pescan principalmente para conseguir aceite y porque el pescado, triturado y mezclado con grasa, da un pemmican nutritivo, análogo a la carne del guanaco en el sur. Las tribus pampeanas y los patagones extraen harina de raíces, semillas (quinoa y algarrobo) y almendras de la

araucaria. Grasa e intestinos se comen crudos, la carne se prepara a medio cocer sobre cenizas calientes o en hornos subterráneos, después de haber sacado lumbre con el taladro (en vez de hacerlo con dos piedras, como en la Tierra del Fuego). Para los pehuenche, la carne de yegua es un manjar especialmente exquisito. Las bebidas que preparan, son una cerveza de maíz (chicha) y un vino de manzana; para fumar, usan pipas cortas, con cabeza de piedra o madera. Antes de la inmigración de los araucanos, las bebidas embriagantes y el tabaco eran desconocidos en las estepas meridionales.

Antes de que los indios obtuvieran caballos, las mujeres y los perros tenían que llevar a cuestas el producto de la caza, las cubiertas de tienda y el ajuar. Los ríos se atravesaban a nado, porque no se conocían más embarcaciones que la *pelota*, balsa primitiva de cuero crudo, semejante al "bullboat", pero tal vez no introducida hasta la época española.

Los patagones y las tribus pampeanas usan el mismo "portaniños" en forma de escalerilla, como los ona; también su tienda ("toldo") es solamente una forma evolucionada del paravientos primitivo de los ona; consta de tres filas paralelas de postes, cuya altura va disminuyendo de delante hacia atrás, de modo que la cubierta de pieles de guanaco o caballo, unidas por medio de costuras, que se extiende sobre ellos, forma un techo inclinado. Todo el lado de frente queda abierto. En la parte posterior, se hacen compartimientos por medio de cortinas colgadas transversalmente. Entre las tribus pampeanas y los araucanos se presenta además otro tipo de tienda, que recuerda las chozas cónicas ceremoniales de los ona. En la región del río Gallegas (Patagonia meridional), se aprovechaban también antiguamente cuevas como habitaciones y para entierros.

Tenemos que imaginarnos que el *ajuar* de las tribus pampeanas y de los patagones era originalmente no menos modesto que lo es todavía hoy día el de los ona; se limitaba a costales y morrales de piel, cubos de cuero, valvas de concha y burdos morteros de piedra aparte de vasijas de barro primitivas. Las araucanos introdujeron

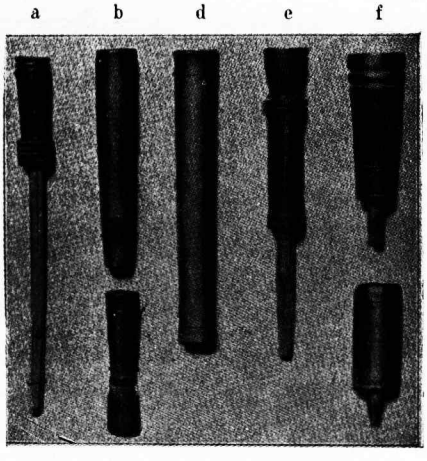
escudillas y cucharas de madera; solamente los huarpe hacían cestos impermeables.

Para preparar las pieles, se usa un raspador, cuya hoja está provista de una agarradera en forma de estribo. Los patagones, en contraste con los ona, llevan el amplio capote de pieles, la principal pieza de su indumentaria, con el pelo por dentro; la otra cara se cubre de pinturas multicolores, cuyos dibujos tienen su origen en los ornamentos de los tejidos de los araucanos. Para montar a caballo, el capote es amarrado con un cinturón, de modo que la parte superior puede ser bajada. Sin capote, los patagones y tribus pampeanas no andan nunca desnudos, sino que se ponen un delantal triangular (los hombres) o unas enaguas (las mujeres) de piel, y desde que se introdujo el caballo, "botas de potro", es decir, botas hechas de la piel cruda de pierna de caballo. De lana es solamente la venda alrededor de la cabeza, en la que los patagones antiguos metían sus flechas, por carecer de aljabas. Entre los araucanos, también las otras prendas de vestir son tejidas y ostentan el estilo del traje peruano. Además, las joyas de plata, el peinado de las mujeres (dos trenzas que cuelgan sobre la espalda) y el aplanamiento de la cabeza, son de origen araucano; en cambio, son pre-araucanos los adornos de hueso o concha, el peinado de los hombres en forma de corona, las pinturas faciales y el tatuaje, así como la escobeta que por todas partes sirve para el cuidado del pelo.

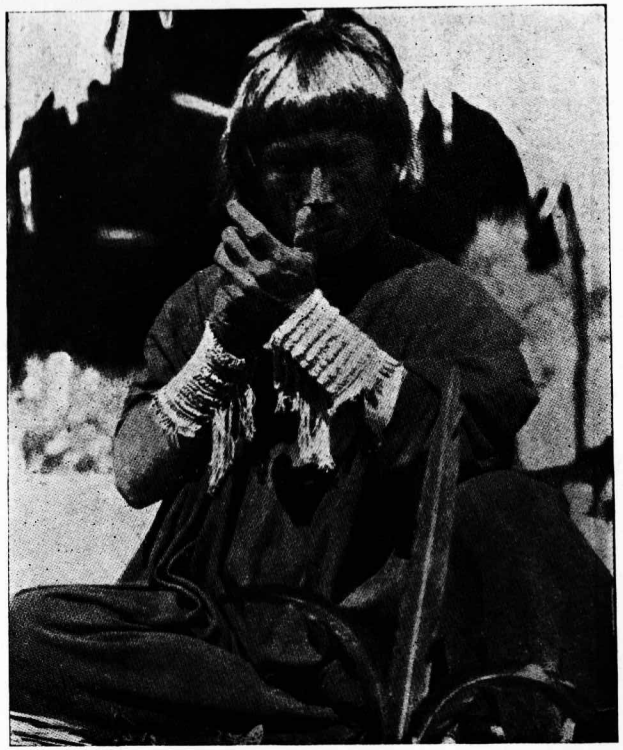
También los patagones y las tribus pampeanas andan vagando en pequeñas hordas que se componen de grupos de familias y que consideran de su propiedad determinados cazaderos (o jurisdicciones), que, naturalmente, son desde luego más extensos en la pampa que en la Tierra del Fuego o en los bosques canadienses y que llegan a ensancharse todavía más, cuando los indios logran moverse con más ligereza, gracias a los caballos. Como entre los algonquinos canadienses, existe un distrito (la isla Cholehechel, formada por dos brazos del río Negro) donde todos los grupos de familias se reúnen una vez al año; es la única manifestación visible de la solidaridad tribal.

60. Muchacha kadiuéo, con pintura facial. (Según una fotografía de Boggiani.)

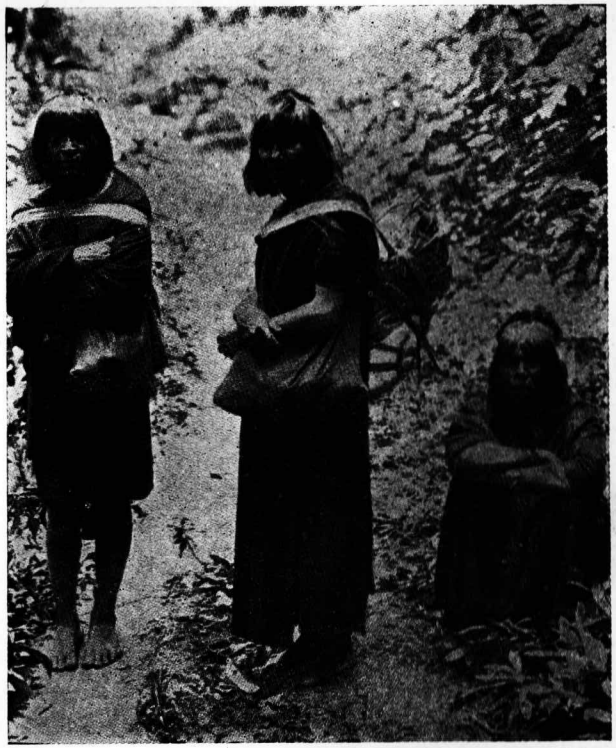
61. Indio choroti, taladrando lumbre. (Según von Rosen.)



62. Pipas de fumar de madera, de los indios del Chaco. *a* y *e*, de los kadiuéo; *b*, de los toba; c y *d*, de los chiriguano; *f* y *g*, de los payaguá. *c*, tiene boquilla plana; *g*, tiene dibujos esgrafiados (motivos bíblicos). Estas pipas son, con toda seguridad, formas antiguas derivadas del "cucurucho de fumar" (⅓ del tamaño natural, aproximadamente). (Según una fotografía propiedad del Museo de Etnología de Berlín.)

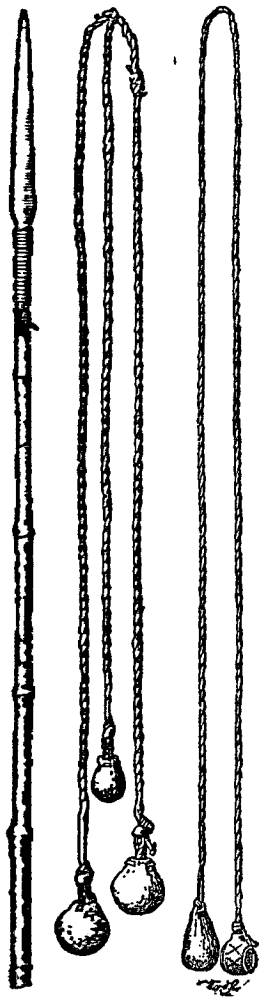


63. Jefe chuncha (chiriguano) pintándose el rostro, tarea a la que los chunchas son muy aficionados y que realizan todos los días. (Según *Razas humanas*, vol. II.)



64. Indios chunchas (chiriguanos). Tres indios chunchas en su ocupación ordinaria de portadores de mercancías a través de las selvas poco menos que impenetrables. Su traje revela el contacto de estas gentes con pueblos más civilizados. (Según *Razas humanas*, vol. II.)

En cada horda, un hombre de prestigio fija la dirección de la marcha del día, dirige las grandes cacerías y resuelve conflictos; pero por otra parte, su autoridad es muy limitada. Las *jefaturas* hereditarias o poderosos cacicazgos, que tienen a sus órdenes miles de indios, no aparecen sino hasta la época de las luchas de los indios pampeanos con los españoles, bajo la dirección de los araucanos. En aquel entonces, y debido a la influencia de los españoles, llegaron a perfeccionarse también las armas de los indios, que anteriormente luchaban con arcos y flechas, como los querandí, cuyas flechas incendiarias redujeron a cenizas la apenas fundada ciudad de Buenos Aires.



13. Lanza de carrizo de los araucanos, y bolas de los tehuelches. La lanza tiene un largo total de 2.70 metros. (Museo de Etnología de Berlín.)

A partir de entonces, las largas lanzas con asta de madera o caña y puntas de hierro; la "bola perdida", que es una piedra almendrada arrojadiza, atada a una correa y que, en contraste con la "boleadora de caza", mata y no sólo inmoviliza; los puñales y espadas de acero; los coletos y yelmos de cuero, forman parte del equipo de los guerreros de la pampa, que se comunican entre sí por medio de señales de humo, siendo el objeto principal de sus asaltos el robar caballos, reses, mujeres y niños. Las disputas en el seno de las hordas, se arreglan a menudo mediante luchas a puñetazos.

En las familias, los hombres mandan en forma ilimitada, pues, para ellos, sólo la caza y la guerra son ocupaciones dignas de su atención, dejando a las mujeres toda clase de trabajos pesados, inclusive el armar y desarmar

las tiendas. Entre los araucanos de la Argentina, el principio matrilineal que existía originalmente, no llegó a suprimirse sino hasta el año de 1883, cuando lo abolió el gran cacique Calvucurá. Estos araucanos tenían *grupos totémicos exógamos* que se conocían por ciertos distintivos y parece que fueron ellos los que los introdujeron entre los patagones septentrionales, si hemos de atenernos a lo que nos indican los datos de Viedma y Falkner (a fines del siglo XVIII) sobre "espíritus tutelares" que cada familia poseía, y sobre animales á los que ésta se sentía vinculada.

En concordancia con la humilde posición de la mujer, en toda el área de las pampas predomina la poligamia y es costumbre la compra de novia por medio de regalos al padre y parientes más cercanos de la pretendida; entre los araucanos ocurre también el rapto de la novia, real o fingido. Los tehuelche meridionales tienen el "klóketen", para el que, sin embargo, no se valen de máscaras, sino de un disfraz de plumas de ñandú; entre las otras tribus vemos la iniciación de jóvenes, característica de los cazadores, pero solamente en la forma de la de las muchachas. Tan pronto como una niña tiene su primera menstruación, se levantan dos tiendas, una pequeña en la que ella se sienta, fuertemente envuelta en mantas y a cierta distancia, otra para un joven que dirige la ceremonia, castigando severamente cualquiera conducta incorrecta de los participantes. El acto principal consiste en una danza alrededor de la lumbre, durante la cual, los hombres de la horda, pintados de blanco y adornados con plumas de ñandú, llevan cinturones de sonajas, para ahuyentar a los malos espíritus que tratan de estorbar la ceremonia.

Por fragmentarios y contradictorios que sean los relatos más antiguos, se desprende de ellos, sin embargo, que los patagones y tribus pampeanas profesaban *conceptos religiosos* parecidos a los de los ona. Casi todos los viajeros, empezando por Pigafetta y Fletcher (del siglo XVI), atestiguan la creencia en *un ser supremo* que vive en el cielo y que se muestra indiferente hacia los seres humanos. Se llama Sesom entre los patagones, Soychu entre los indios pampeanos, no tiene nada que ver con los fenómenos de la naturaleza y se le

considera señor de los difuntos, de igual manera que la deidad correspondiente de los ona. Frente a él, se halla un solo héroe civilizador a la manera de Kenós o una multitud de *espíritus de la naturaleza*, más o menos hostiles al hombre, que se denominan galichu entre los puelche, y guekubu entre los araucanos. Se cree que viven en cuevas, de las que salieron también, en tiempos inmemoriales, los animales y los hombres; idea que se repite en la mitología peruana. Las almas de los hombres difuntos vuelven a nacer.

En las costumbres para el sepultamiento se distinguen claramente dos capas: una antigua y otra más reciente. Los patagones pre y protohistóricos sentaban el cadáver en cuclillas en la cima de una colina y lo cubrían de piedras hasta formar un montículo redondo u ovalado (chenqué); a cuyo lado, algunas veces levantaban pequeños menhires. Sólo bajo la influencia de los araucanos, ha llegado a hacerse costumbre el enterramiento; desde entonces, se entierra a los muertos en la arena de los médanos de la costa o en grietas de la tierra, colgando junto a la fosa las pieles rellenadas de los caballos sacrificados durante las ceremonias fúnebres. Todos los otros bienes del difunto se queman, en vez de enterrarlos con el muerto para el más allá, como se hacía antes.

Los chechehet y puelche entierran primero el cadáver, y después de algún tiempo mandan a una anciana a exhumarlo, para limpiar el esqueleto y pintarlo de rojo, después de lo cual, se le da sepelio en una choza sepulcral. Es probable que también este entierro secundario se haya originado bajo influencias araucanas.

En caso de enfermedades, se hace una incisión en el lugar del dolor, para dar salida a la sangre, causa de la dolencia. Por lo demás, el tratamiento de los enfermos es netamente mágico y está a cargo de brujos (frecuentemente mujeres) a los que se mata si no tienen éxito en sus curaciones. Durante sus actuaciones, hacen uso de una sonaja de cuero, el único instrumento musical originario de esta región. En cambio, los tambores de olla, llenos de agua, y los arcos musicales derivan de los araucanos, igual que el juego de pelota y los dados (de nudillos).

3. El grupo del Chaco

En el Gran Chaco, de bosques claros y monte bajo que se extiende desde los Andes hasta el Paraguay y a ambos lados de los ríos Salado, Bermejo y Pilcomayo, encontramos condiciones etnográficas parecidas a las de las praderas norteamericanas. También la población del Gran Chaco ha inmigrado de todos lados: de las pampas en el sur, de los bosques tropicales en el norte y este, y probablemente también de los países andinos en el oeste. Entre los pueblos del Gran Chaco, los que ocupaban en tiempos antiguos el área más extensa fueron los *guaikurú*. Tendríamos que considerar a éstos, como un elemento étnico meridional, si, según la suposición de A. Serrano y R. Schuller, estuvieron emparentados con los *chana* del delta del Paraná, extinguidos hace mucho tiempo y quienes, a su vez, formaban una gran familia lingüística con los *timbé* de Santa Fe, *mbeguá* de Entre Ríos, y numerosas tribus *charrúa* en el oeste y este del río Uruguay. Los abipón y mokoví, las tribus más meridionales de los guaikurú, tenían todavía muchos rasgos del carácter de los pueblos pampeanos, con los que también competían ventajosamente como audaces ladrones, que atemorizaron con sus repentinos asaltos, durante más de un siglo, Asunción y Santiago del Estero, Santa Fe y Córdoba, hasta que se les puso, en el año de 1747, bajo la tutela de los jesuítas, siendo entonces absorbidos por la población mestiza. También los payaguá, antiguamente muy temidos como piratas fluviales en todo el río Paraguay, están hoy casi extinguidos. De los vecinos surorientales de los guaikurú, los charrúa se sostuvieron todavía hasta la sangrienta guerra de 1830-32, en la que fueron exterminados por los colonos. Hoy día, los guaikurú no comienzan sino hasta el Pilcomayo, con los tobá y pilagá. Un grupo septentrional de la familia, los mbayá, se estableció en la margen izquierda del Paraguay, entre los 18 y 24 grados de latitud meridional, donde aún vive una de sus tribus (los kadiueo). Las tribus de los *lule* y *matako*, *maskoi* y *samuko* forman otras familias lingüísticas menores del Gran Chaco. Las dos primeras se extendían a lo largo de las vertientes de

los Andes, desde Santiago del Estero hasta el Pilcomayo, mientras que las dos últimas habitan desde el Paraguay superior hacia el noroeste hasta muy dentro de las regiones inexploradas del Gran Chaco Septentrional. Sobre algunas de estas tribus, los choroti (matako), lengua (maskoi) y chamakoko (samuko), la reciente literatura etnográfica nos ha proporcionado algunos informes.

Con los mencionados pueblos más antiguos del Chaco vinieron a reunirse tribus de la región del Amazonas, miembros de las grandes familias lingüísticas *tupí* y *arawak*. Los guaraní, la rama más meridional de los tupí, aparecieron ya en tiempos pre-históricos en el Paraná medio inferior. Sobre sus márgenes y las islas de su delta, nos dejaron numerosos túmulos, en los que se encuentran, como "fósiles dominantes" de la cultura tupí, grandes urnas funerarias, frecuentemente con ornamentos de impresiones digitales, bezotes de piedra y hachas de piedra pulida. Fué en 1525 cuando otra tribu guaraní, los chiriguano, avanzó desde el Paraguay superior hasta el pie de los Andes, donde se establecieron entre el alto Pilcomayo y Santa Cruz de la Sierra. En esta misma región vivía, antes que ellos, una tribu arawak, los chané, que desempeñaban en tiempos antiguos un importante papel como intermediarios para la difusión de elementos culturales peruanos entre los pueblos del Gran Chaco, y que cayeron en dependencia política y lingüística de los chiriguano. Igual suerte corrieron los guaná y tereno del alto Paraguay, que son también tribus arawak, y llegaron a convertirse en una especie de vasallos de los kadiueo.

Debido a la mezcla de tantos pueblos heterogéneos en un territorio relativamente reducido, la *cultura del Chaco* ofrece un cuadro muy abigarrado, semejante a la cultura de las Praderas norteamericanas. Haciendo, por lo pronto, caso omiso de los chiriguano y chané, cuyo modo de vivir casi no se diferencia todavía del de los pueblos amazónicos, nos encontramos en el Gran Chaco y la región del Paraná inferior (entre los chana y sus parientes), al lado de unos cuantos elementos confinados únicamente en dicha región, numerosos otros que son originarios de las culturas de las pampas, los Andes, el Ama-

zonas y el Brasil oriental. A estos rasgos se agregan todavía otros que llegaron a formarse bajo la influencia de los blancos o que fueron introducidos directamente por ellos, como principalmente la *vida ecuestre* de los antiguos charrúa, abipón y mbayá y de los modernos tobá, lengua y kadiueo, así como la cría de ganado de la mayoría de las tribus del Chaco. También los largos años del dominio de los jesuítas en Paraguay dejaron múltiples huellas en artes e industrias.

Debido a sus grandes extensiones de terrenos pantanosos y frecuentes inundaciones, el Gran Chaco no ofrece ventajas para el cultivo; por consiguiente sus habitantes siguen siendo, en lo esencial, cazadores y pescadores, a los que numerosos árboles o arbustos suministran alimentos vegetales y materias primas para sus industrias, sin necesidad de fatigosos cultivos. Se come la médula de la palca de caranday (copernicia), las frutas de la liana tusca (acacia) y el arbusto chañar (gourliea); se prepara una bebida embriagante, con las frutas del algarrobo (prosopis); y de la fibra de la hoja del caraguatá, una meliácea, se hacen cuerdas para trabajos de malla, que en esta región suplen la cestería. En los lugares donde se practica un poco el cultivo, se siembra maíz y frijol, mandioca y tabaco, es decir, plantas que han sido importadas del oeste o del norte; se trabaja la tierra con palas en forma de canalete de canoa, que tienen su origen en dechados peruanos antiguos. Para recoger moluscos o frutas emplean utensilios en forma de bastón o maza. La miel se colecta asiduamente en toda la región y proporciona a los kadiueo y charrúa una especie de aguamiel fermentada.

El arma principal de los cazadores es el arco, bastante mal trabajado en comparación con el amazónico o del este del Brasil, y tiene mucho en común con el arco meridional (por ejemplo, la cuerda de cuero), mientras que las flechas muestran ya el tipo septentrional, compuesto de varias piezas. Sin embargo, los timbú tienen flechas con tres plumas, y los charrúa y abipón, aljabas de piel como los pueblos meridionales. Arcos de bala no fueron introducidos entre las tribus del Chaco, sino hasta tiempos postcolombinos, según Nordenskiöld (son probablemente originarios del Asia meridional). Hon-

14. Arco para tirar bolas de barro, de los guató. 1.22 metros de largo. (Según M. Schmidt.)

das y boleadoras, armas típicas del área cultural del oeste, ya no son en el Chaco más que juguetes infantiles; sin embargo, los chaná saben manejar las hondas con destreza también durante la caza. Las tribus guaikurú más antiguas (abipón y mbayá), emplean cercas convergentes y círculos de fuego para la caza del ciervo, es decir, métodos de los cazadores de la pampa; y los lengua modernos acechan al ñandú, disfrazándose de arbustos ambulantes por medio de ramas. El perro es el único animal doméstico ya conocido antes del contacto con los europeos.

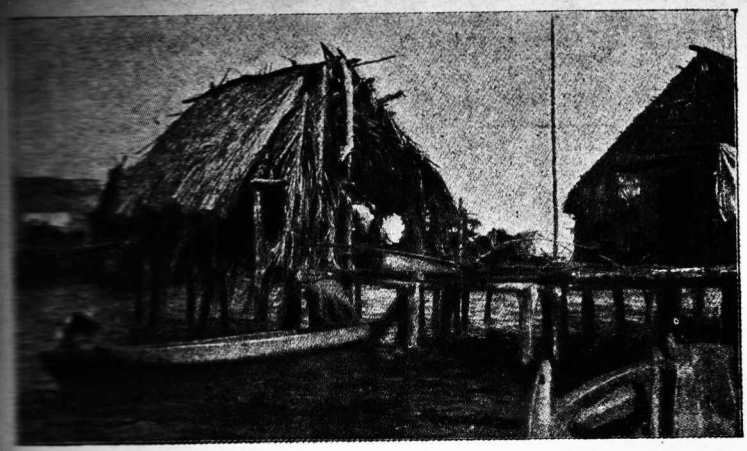
En el Chaco y en la región del Paraná, la pesca es de una importancia por lo menos tan grande como la caza. Los métodos septentrionales son desconocidos casi en su totalidad. Por todas partes se usan redes, tanto redes sumergibles (buitrones) como redes-barrera con las que los indios forman una cadena a través del río. Cuando hay poca agua, se represa también el río por medio de cercas, en cuyas angostas salidas se han levantado andamios para los pescadores. Mientras éstos tienen que estar de pie en el agua llevan medias hechas de cordeles de caraguatá, para protegerse contra la mordedura del pez palometa (piranha). La mayoría de las tribus del Chaco no tienen (también en este punto son semejantes a las tribus de las pampas) embarcaciones, con excepción de la "pelota". Sin embargo, en la región del Paraguay y Uruguay se difundieron hacia el sur hasta los payaguá, chaná y charrúa, canoas de una pieza, que tenían, según Ulrich Schmidel (1550), cabida para dieciséis personas. Para el transporte de cargas o niños, emplean cintas o redes.

Los alimentos vegetales o animales se preparan en hornos subterráneos, con el palo asador, o se cue-

cen en ollas, después de haber obtenido lumbre con el taladro. Los morteros de madera para hacer harina, escudillas de madera, recipientes de calabaza con tapadera y vasijas de barro fueron desconocidos en el Chaco hasta que se importaron, en parte desde el norte, en parte desde el oeste. Ciertos rasgos elementales de las ollas revelan la influencia de la cerámica andina; sin embargo, entre los chaná se conocía una *cerámica* que se deriva probablemente de los guaraní y que consta además de vasijas domésticas, de otras figurativas con paredes gruesas y agujereadas (¿braseros?). También en la cerámica de los kadiueo, muy rica en formas, hay vasos-efigie, al lado de jarros y escudillas, cuyos arabescos y dibujos florales de color negro y rojo son de origen europeo. En la misma tribu, la *pipa de madera* tiene una cabeza entallada en forma de ser humano que está en pie verticalmente sobre el cañón, mientras que todas las otras pipas del Chaco tienen una forma recta y cilíndrica. Los brujos de los payaguá usan grandes y burdas pipas de esta clase con grabados figurativos, que representan motivos cristianos.

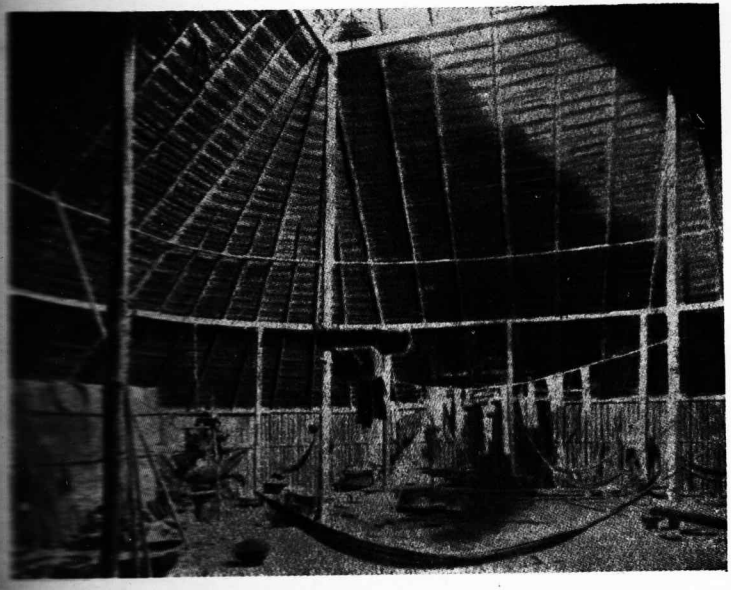
Como *utensilios* para la preparación de los alimentos y para trabajos técnicos, se emplean en el Chaco, donde escasean las piedras, quijadas de palometa, valvas de concha y puntas de hueso; además hay —un caso único— cuchillos, raspadores y punzones de madera muy dura. Los chamakoko adquieren de los indios del Madera superior, hojas de hachas de piedra, que ellos mismos se encargan de engastar en el cabo del largo mango de clavas de cavar.

En la *construcción de la casa* se nota claramente el parentesco cultural de los pueblos del Chaco con las tribus de la punta meridional del Continente. Existen los dos mismos tipos de casa que en la Tierra del Fuego; la choza cupuliforme de ramas encorvadas y el *paravientos* de postes rectos, la primera entre los matako y el segundo entre los guaikurú, maskoi y samuku. La choza cupuliforme y cubierta de hierbas de los matako, tiene algunas veces una entrada —pasillo— como las casas redondas de tierra o nieve en la región ártica o subártica norteamericana. La tienda de los charrúa tiene, según relato de Azara (1800), la forma de choza cupuliforme alar-

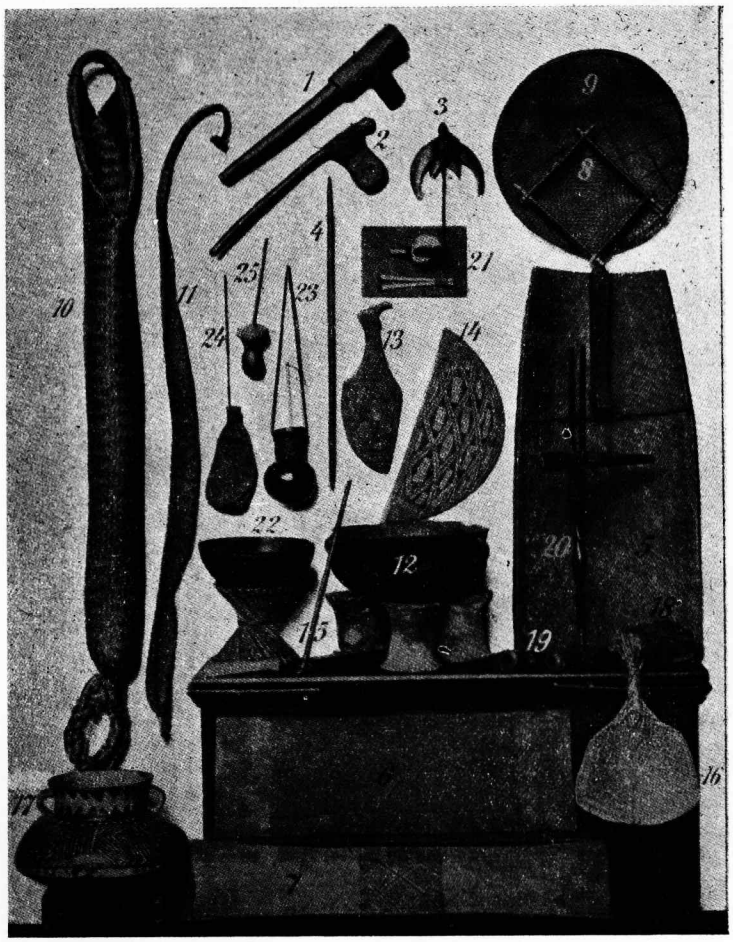


65. Santa Rosa, pueblo de palafitos en la laguna de Maracaibo. (Según Jahn.)

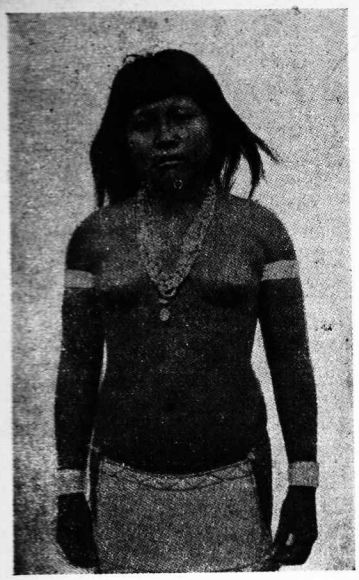
66. Casa de techo cónico de los yekuaná, sostenido por medio de un poste central. (Según una fotografía de Koch-Grünberg.)



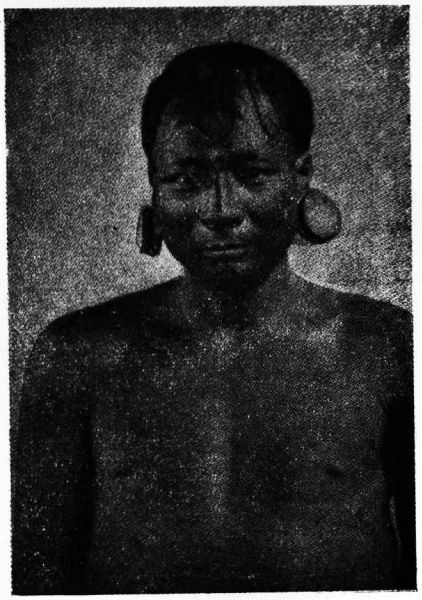
67. Interior de una casa particular de los makuna en el río Apaporis, de la región del río Naupés. Con 4 postes principales dispuestos en cuadro, que sostienen el techo abierto, y 16 postes secundarios que forman un círculo. Entre ambos se encuentran las divisiones para las familias, mientras que el centro queda libre para el tránsito de los habitantes. (Según Koch-Grünberg.)



68. La agricultura en la zona selvática tropical de Sudamérica. La descripción de la mayoría de los utensilios que aparecen aquí se encuentra en el texto. De los ralladores de mandioca, los Nos. 5 y 6 están provistos de lascas, el Nº 7, en cambio, de espinas de palmera. El exprimidor de mandioca Nº 10 es manejado, restirándolo, mientras que el Nº 11 se usa, enroscando en espiral el tubo de malla cerrada. Los Nos. 13 y 14 son volteadores de beijú; el Nº 18 es un paquete de tabaco. El enorme cigarro puro del Nº 18 con su portapuro entallado y en forma de horquilla, consiste en un cucurucho de hojas, llenado con polvo de tabaco y comenzado a fumar por el lado abierto. El aparato para tomar rapé, Nº 21, se compone de un tubo doble (de hueso de ave) y cajita (formada de una concha). El polvo de hojas de coca, mezclado con ceniza o cal, se ingiere, echándolo en una escudilla de calabaza (Nº 22) y comiéndolo mediante una cuchara de hueso, o echándolo en una calabacita (Nº 23) o en un saquito de líber (Nº 24), para aspirarlo por medio de un hueso hueco. El Nº 25 es un recipiente para la cal que se usa con la coca, formado de una calabacita, cuyo borde ancho es el resultado de la acción siempre repetida de limpiar sobre él la pequeña espátula. Los Nos. 1, 3, 4, 7, 13 y 14 proceden de la región de las fuentes del Xingú; Nº 2, del río Ucayali; Nos 5, 9, 10, 17 y 18, de las tribus arawak del río Izana; Nos. 12, 20, 22-24, de las tribus tucano en el río Uaupés; Nº 6, de los makiritare del Orinoco superior; Nos. 8 y 16, de la Guayana inglesa; Nos. 11, 15 y 21, de los yamamadi e ipuriná del río Purús; Nº 19, de los karajá del río Araguaya; Nº 25, de las tribus de la Sierra Nevada de Santa Marta. (Todos los originales se encuentran en el Museo de Etnología de Berlín.)



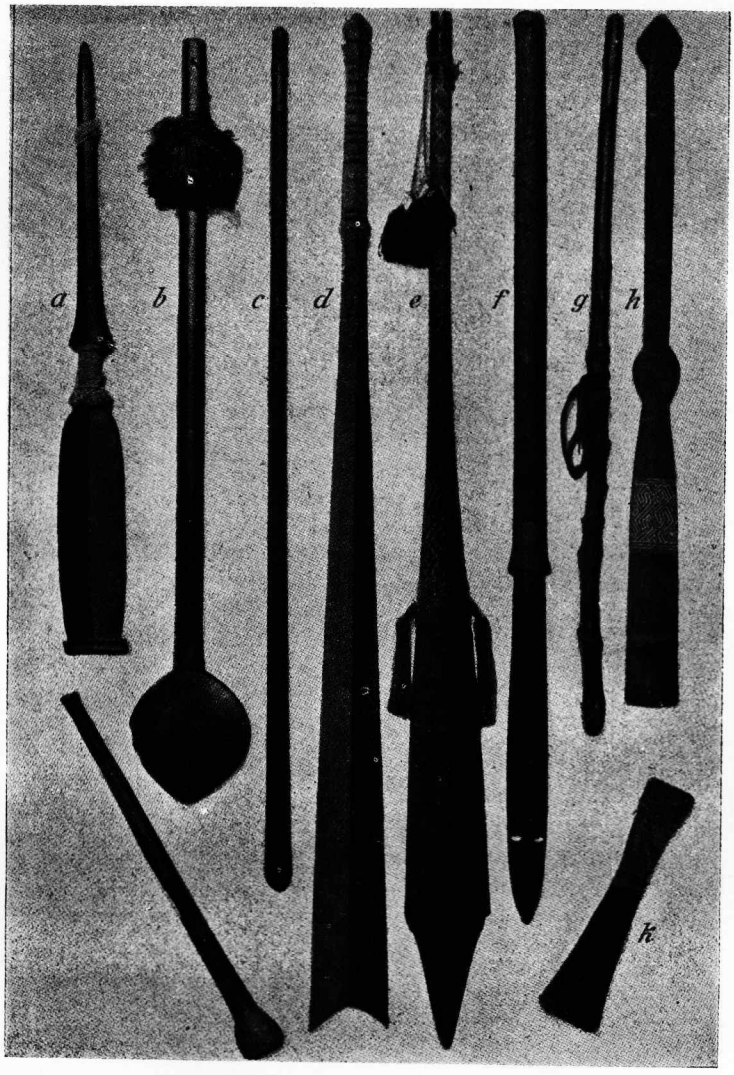
69. Muchacha taulipáng, con un delantal de obalorios ensartados en hilos de algodón. (Según una fotografía de Koch-Grünberg.)



70. Indio orejón del río Napo, con grandes bodoques de madera. (Según una fotografía de Kroehle.)

71. Indios shambióa con sus atavíos. El hombre de la izquierda lleva una gran diadema en la nuca, cuyas plumas (blancas en la parte exterior y rojas en el centro) están montadas sobre un armazón en forma de herradura y hecho de cestería; el hombre de la derecha lleva sólo un aro de plumas en la cabeza, sartas de abalorios ceñidas estrechamente al cuello, y puños de cestería en los brazos (el distintivo de los solteros). (Según Ehrenreich.)

72. Mujer goajiro con la cara embijada. (Según una fotografía de Alfredo Jahn, Caracas.)



73. Mazas sudamericanas. Procedencia: *a)* de los mikiritáre; *b)* de los tupí orientales; *c)* de los karajá; *d)* de los amahuaka; *e)* de los kayapó; *f)* de los suyá; *g)* de los yahuna; *h)* de los kobéua; *i)* de los toba; *k)* de los makushi. En su mayoría, las mazas están hechas de madera de palmera, muy pesada; la más larga *e)* mide 1.66 metros. *b)* es una pieza muy antigua, magníficamente labrada. (Museo de Etnología de Berlín.)

gada, con techo semicilíndrico. Se la cubre con pieles, aunque con más frecuencia tiene un revestimiento de *esteras de junco*, lo que siempre es el caso en el toldo. Aun en las casas de construcción sólida de los kadiueo, la base es evidentemente la forma inclinada del "toldo", o sea del paravientos provisto de dos puntales.

También la indumentaria original de los pueblos del Chaco y del Paraná revela su origen meridional, principalmente el capote y las faldas de pieles de ciervo o nutria, cosidas, que las mujeres han continuado usando a pesar del clima cálido. El capote de pieles se lleva, exactamente como entre los patagones, con el pelo por dentro, cubriendo la otra cara con pinturas; también aquí, los dibujos son de origen más reciente que la prenda misma, porque semejan a los de la cerámica que se halla en excavaciones de la región del Paraná. En tiempos más antiguos, el capote de pieles formaba también parte del traje masculino; hoy día, éste consta de una manta de lana, que se sujeta con un cinturón y que, por lo regular, no cubre la mitad superior del cuerpo. Cuando se quitan la manta, los hombres andan desnudos o con un cinturón de cuero con flecos; a veces se ponen también mocasines y polainas de cuero, para protegerse de las espinas (pilagá). Otras prendas de vestir —camisas sin mangas y sandalias de cuero— son originarias de los países andinos, mientras que el *arte de tejer* de las tribus del Chaco, como lo comprueban las diferentes formas de los telares, ha sido introducido no solamente de allá, sino del norte. El arte de tejer no ha podido, sin embargo, eliminar parte de los *trabajos de malla* con cordones de caranguatá, por medio del cual se hacen, aparte de las redes de cargar ya mencionadas, medias y camisas, morrales cuadrados y redecillas. Frecuentemente las redecillas y vendas frontales tejidas se adornan con diminutos discos de concha (pailleteado); también esta forma de adorno es un elemento de la cultura andina. Para el aseo del pelo sirven peines de madera de una sola pieza, cepillos de pelo de oso hormiguero o raíces; en tiempos más remotos, los guaikurú se cortaban a rape todo el pelo de la parte anterior de la cabeza. Los adornos de pluma se limitan a haces de plumas de ñandú o garza que se sujetan en el cabello;

solamente entre los chamakoko se han desarrollado formas más ricas de tales adornos. Además, se suelen llevar collares de diferentes clases, principalmente sartas de planchuelitas blancas y cuadradas de concha, así como vendas de piel en brazos y piernas y, finalmente, sortijas de piel de lagartijas. Entre los chorotí y pilagá, solamente los hombres llevan enormes bodoques auriculares de madera. Schmidel relata que tanto los hombres como las mujeres de Timbú llevaban adornos estrellados de piedra en ambas aletas de la nariz. Tanto en el Chaco como entre las tribus del Paraná, se les practica a las mujeres en la época de su pubertad, un tatuaje en la cara por medio de espinas de cácteas; antes de emprender una guerra, los guerreros de los tobá se pintan la cara de negro y el cuerpo de rojo. Para la pintura del cuerpo hay también sellos de madera, cuyos dibujos repiten, entre los kadiueo, los arabescos de las vasijas de barro.

No hay en el Chaco, como tampoco en las Pampas, tribus organizadas, sino solamente agrupaciones mayores que se componen de comunidades aldeanas consanguíneas y que consideran como de su propiedad, ciertos cazaderos y pesquerías, cuyos límites son los accidentes naturales del terreno (las más de las veces, el curso de los ríos), si bien entre los tobá, se señalaban antiguamente también con postes. No hay nada de organización gentilicia, ni de totemismo. Ni los "jefes de aldea" (jefes de familia), ni los de las agrupaciones mayores, que representan el conjunto de la tribu hacia afuera, poseen autoridad alguna que exceda de la de su cargo; solamente entre las tribus guerreras de los guaikurú, los jefes gozan de mayor prestigio. Su cargo pasa por herencia al hijo mayor y de los descendientes de tales jefes ha llegado a formarse una nobleza con ciertas prerrogativas; entre los tobá, por ejemplo, éstos pueden tener varias mujeres, reclaman la mayor parte del botín de guerra, tienen peinados especiales, etc. En caso de guerra, sin embargo, se eligen todavía, aparte de estos jefes, otros capitanes especiales, pero es el *consejo de los ancianos* quien vigila la conducta de los jefes, destituye a los ineptos, resuelve sobre la guerra y la paz y arregla conflictos, el que desem-

peña también aquí el papel decisivo. Lo mismo puede decirse de los charrúa.

Las tribus del Chaco y entre ellas en primer lugar los guaikurú, pertenecen a los *pueblos más aguerridos* de Sudamérica. Violación de límites, venganza entre familias, robo de reses o mujeres son las causas de las interminables guerras. Además de arco y flecha, el *arma principal* es, hasta los tiempos actuales, una pesada maza corta, de madera de palosanto, abultada en el extremo en forma semiesférica; las tribus ecuestres usan lanzas en vez del arco, las cuales probablemente han venido introduciéndose bajo la influencia de los europeos, de igual manera que las armas defensivas (coraza para el vientre y chaquetas de piel de jaguar). Las tribus matako tienen además puñales de hueso y manoplas de cuero que, sin embargo, se usan no tanto en la guerra, como en los duelos a que suelen retarse mujeres celosas. Durante los asaltos nocturnos se suele acuchillar a todos los hombres, cortándoles la cabeza y arrancándoseles después el escalpo; en éstos o en las calaveras, estirados sobre un arco, se bebe cerveza de algarroba y se hace bailar con ellos a las ancianas; meras costumbres que recuerdan Norteamérica, pero que en el Chaco aún están en boga. Las mujeres y niños prisioneros son reducidos a la *esclavitud*, en la que casi siempre reciben buen trato, o se les incorpora a la tribu. En el primer caso, los mbayá los señalan con marcas de propiedad, como a sus reses o utensilios.

Entre la mayoría de las tribus del Chaco, los niños pertenecen a la *familia de la madre*. El principio matrilineal se expresa más vigorosamente entre los *choroti*, cuyas mujeres, tal vez por encontrarse sensiblemente en minoría, ocupan una posición muy independiente y respetada. Antes del matrimonio, las jóvenes gozan de perfecta libertad sexual (motivo por el cual son muy frecuentes los abortos provocados y los infanticidios); son ellas las que eligen a su marido, por lo regular, durante las fiestas en la temporada de la madurez del algorrobo, cuando los jóvenes exhiben, en los bailes, sus méritos ante las muchachas. Después, el joven esposo tiene que servir por su mujer, mudándose, por tal motivo, a la casa de los padres de ella.

Sólo le es permitida *una* mujer y ésta le es fiel por toda la vida. Entre los tobá, en cambio, las costumbres resultan totalmente lo contrario; la poligamia es lo frecuente, los vínculos matrimoniales son poco consistentes y son los hombres los que escogen a su cónyuge. El joven pide a la madre la mano de su hija, entrega regalos a su familia y da una demostración de su lealtad, cantando y tocando el tambor ininterrumpidamente frente a la casa de la escogida, lo cual a veces dura una semana entera. Entre los chamakoko, los aspirantes al casamiento cursan una especie de "escuela matrimonial" con hombres o mujeres de más edad. En virtud de que la consanguinidad forma un impedimento matrimonial, se busca cónyuge casi siempre en otra aldea o hasta en otra tribu. Al nacer un niño, entran en vigor tabús muy severos no solamente para la madre, sino también para el padre, que culminan, en algunas tribus y especialmente entre los abipón, en la *covada* (el llamado "sobreparto masculino"), porque se tiene la creencia de una unión particularmente estrecha entre el padre y el recién nacido, del que pueden alejarse los ataques de los malos espíritus únicamente, absteniéndose el padre de todo lo que podría resultar nocivo. En la idea de prevenirse de demonios descansa también la celebración de una fiesta, entre la mayoría de las tribus del Chaco, al llegar una *muchacha a la pubertad;* dicha fiesta semeja, en sus rasgos principales, a la iniciación de muchachas entre los patagones. Consiste el festival en danzas de mujeres en corro, teniendo en las manos largos bastones con sonajas de pesuñas de ciervo, mientras que la muchacha permanece inmóvil en la entrada de su choza de menstruación; al final de la danza, se envuelve a la muchacha cuidadosamente, para que los espíritus no puedan penetrar en ella por las aberturas del cuerpo, lo que tendría por consecuencia el nacimiento de niños contrahechos. Entre los lengua, algunos muchachos disfrazados, que se aproximan serpenteando a los danzantes, representan a los espíritus, porque se supone que éstos tienen la figura de serpientes.

No hay datos que comprueben que exista en el Chaco la creencia en un *ser supremo* en la forma como la hemos encontrado entre

los fueguinos, patagones y tribus pampeanas. Ciertos vestigios se observan entre los tobá y lengua, aunque aquí los dioses superiores sólo figuran en la mitología. La práctica religiosa se ocupa exclusivamente de los demonios inferiores más o menos hostiles al hombre ("mohsek" entre los choroti, "peyak" entre los tobá), a los que se atribuyen todos los fenómenos naturales, enfermedades y muertes. Los choroti y tobá se los figuran como seres alados con aspecto de viejos, y como niños, respectivamente; se trata, en cuanto a estos seres, de espíritus deificados de los muertos, pues es costumbre, entre las mismas tribus, el matar a ancianos y niños, desahuciados, porque de otra manera se transformarían en "mohsek" o "peyak". Estos mismos son simultáneamente demonios de la naturaleza, que viven en plantas (algorrobos), en animales (jaguares, ñandús, serpientes) y en piedras. Con excepción de la luna, los cuerpos celestes despiertan poco interés, a pesar de las muchas ideas míticas que se relacionan con ellos, como, por ejemplo, el cuento de la vía láctea como sendero de los espíritus (entre los lengua), o del matrimonio del hombre-sol con la mujer-luna (entre los tobá). La demás mitología de las tribus del Chaco muestra muchos sorprendentes paralelismos con la de Norteamérica, *v. g.*, los chamakoko y matako conocen el cuento del origen del hombre por el matrimonio de la madre prístina con un perro.

Indispensables para todas las ceremonias mágicas o religiosas de los indios del Chaco son las sonajas de calabaza y los tambores de olla, llenas de agua, cuyo sonido contiene y ahuyenta a los espíritus, o también los obliga a hacer algo que resulte ventajoso para el hombre. Por tal motivo, se oyen estos instrumentos de día y de noche en la temporada de grandes pescas y de la madurez del algorrobo, pero también se acompaña con sus toques a las principales fases de la vida humana. De la misma manera, las danzas sirven para fines mágicos; en la fiesta del algarrobo, se las combina con banquetes, excesos sexuales y, en tiempos remotos, también con brutales penitencias (payagúa).

Entre los numerosos juegos de los indios del Chaco hay uno de dados con cuatro palitos de madera, que está igualmente relacionado

con ideas mágicas; los juegos de pelota, para los que los choroti y chamakoko hacen uso de palas de chueca y raquetas y que mucho se asemejan a los juegos de pelota norteamericanos, tienen probablemente un significado análogo.

Los *brujos* deben su poder a espíritus tutelares a los que hacen bajar del cielo durante sus curaciones, para desalojar con su ayuda el veneno que algún espíritu maligno ha metido en el cuerpo del enfermo por medio de un encanto; se valen para este objeto de los mismos métodos que se emplean en toda América (soplar, frotar, chupar la parte enferma del cuerpo). Por consiguiente, un fracaso en la curación no se atribuye al brujo, sino a su espíritu tutelar que no ha querido socorrer al enfermo.

La mayoría de las tribus del Chaco, mata a sus enfermos desahuciados, o los entierra vivos, pero también, dejando aparte estos casos, se le tiene mucho miedo al espíritu del muerto, lo que se manifiesta en todas las *costumbres de sepultamiento*. Se entierra el cadáver en posición acurrucada; sobre su tumba se amontonan ramas zarzosas; las cosas de su propiedad, inclusive su choza, son quemadas; entre los choroti, en caso de repetirse los fallecimientos con frecuencia, se quema incluso toda la aldea. Los deudos se rodean, en la noche del fallecimiento, con flechas que se clavan en el suelo, se tiznan la cara y recorren de rato en rato, agitando tizones, la aldea en todas direcciones (entre los tobá). Es frecuente también la mutilación luctuosa, las más veces en la forma leve del corte de pelo, culminando, no obstante, entre los charrúa, donde las parientes del difunto se cortan falanges de los dedos, mientras que los hijos se acribillan los brazos con astillas de madera y se hacen enterrar hasta el pecho por toda una noche.

La misma tribu practica el sepultamiento secundario, de igual manera que los kadiueo, que levantan un cobertizo sobre los huesos, después de limpiarlos y recogerlos en una estera; colocando, además, armas y alimentos a su lado.

Contrastando con los pueblos del Chaco hasta ahora tratados, los *chiriguano* y *chané* son mayormente cultivadores y siembran en

primer lugar maíz, del que hacen su cerveza. Practican la pesca con arcos, dardos multifurcados, anzuelos y mediante el envenenamiento del agua. Antiguamente, vivían en enormes casas plurifamiliares, parecidas a las malocas brasileñas; hoy día sólo recuerdan su patria septentrional por las trojes de maíz levantadas sobre postes, así como en cuanto al ajuar, por los catres, hamacas y banquitos. Todas las técnicas están mucho mejor desarrolladas que en el resto del Chaco. Encontramos entre los chiriguano, una excelente cerámica con dibujos pintados (espirales dobles, etc.), que trajeron probablemente consigo los chané y que se perfeccionó después bajo la influencia de la cultura andina; trabajos finos de cestería, y el arte de tejer con el típico telar "arawaco".

La *indumentaria* revela influencias peruanas en las camisas y bragueros de algodón de los hombres; en cambio, son elementos de la cultura del Amazonas y del este del Brasil los "tipoys" (vestidos tejidos sin costura alguna, en forma de manga) de las mujeres, la pintura del cuerpo con urukú, el ennegrecimiento dental y los bezotes pequeños en forma de sombrero (los "tembetá" de los tupí) y de madera con laminitas de turquesa en la cara delantera (hoy día son de estaño, con abalorios).

En el aspecto social, el gran poder de los jefes tiene probablemente cierta relación con el hecho de que los chiriguano eran un pueblo de conquistadores, que con igual éxito luchaba contra los incas que después contra los blancos. El jefe tiene el mando en la guerra y ejerce la función de juez, de modo que la venganza individual o colectiva ya tiene menos importancia. Otro fuerte contraste con las ideas de las demás tribus del Chaco, se nota en la exigencia de castidad para las jóvenes antes del matrimonio. Cuando un hombre quiere casarse, envía el producto de su caza a los padres de la escogida, deposita un haz de leña ante su vivienda, y en caso de ser aceptado, presta servicios con ellos durante un año. No es bien visto que alguien se case fuera de la aldea, y solamente el parentesco demasiado cercano es considerado impedimento matrimonial. Por lo regular, sólo los jefes tienen varias mujeres. Con motivo del primer período

menstrual, se deja a las jóvenes incomunicadas durante cierto tiempo, tras un tabique de la casa, pero no tiene lugar ninguna ceremonia especial.

Como entre muchas tribus tupí, se entierra a los muertos, en posición acurrucada, dentro de una gran olla de barro y bajo el piso de la casa, la que se deja de habitar solamente por poco tiempo, para volver a mudarse a ella después. En contraste con casi todas las tribus del Chaco, los chiriguano profesan la creencia en un mundo especial de los muertos en el este, donde los espíritus de los difuntos (aña) celebran sus fiestas nocturnas, mientras que durante el día, van a visitar a los vivos bajo la figura del zorro. También aquí la creencia en dioses ha nacido del concepto de espíritus de los muertos, porque los dioses se llaman "añas grandes". En la vida religiosa, se destaca en primer lugar la magia de la vegetación, para cuyo efecto se usan máscaras durante las danzas, que tienen su origen en el área amazónica, igual que las flautas de pan y las pelotas de hule o de hojas de maíz, de los chané y chiriguano.

4. El grupo del Brasil Oriental

Es en el Brasil Oriental, cuyos límites etnográficos hacia el oeste corren a lo largo de los ríos Xingú y Paraguay superior, donde se han hecho los hallazgos de la raza de Lagoa Santa; actualmente vive en este territorio un grupo de pueblos que, desde el punto de vista de la historia cultural, no son menos arcaicos. Se les ha considerado, desde Martius, en lo esencial, como una unidad lingüística, reuniéndolos en la *familia ge* (pronúnciese: djé). Sin embargo, otros investigadores más recientes, especialmente C. Loukota, dudan de esta unidad y suponen que de las tribus selváticas del sur, sólo pertenecen a los ge, los *káingang* de los estados de Rio Grande do Sul (parte occidental), Santa Catarina, Paraná y São Paulo, así como de las partes colindantes de Argentina y Paraguay. Los káingang son los descendientes de los antiguos guayaná (goaianazes); se dividen en una serie de dialectos, motivo por el cual, se les denomina con diferentes nombres en

las distintas partes de su vasta área, por ejemplo, ingain a ambos lados del Paraná superior, shokleng (bugre) en Santa Catarina, kamé en Paraná, etc. Los que *habitan en el "sertão"*,[1] en las partes central y septentrional del Brasil Oriental, forman el núcleo principal de los ge; el numeroso grupo *akué*, con los chavante y cherente, que se extendía antiguamente desde el río das Mortes en el oeste del río Araguaya, hasta el interior de Piauhy; el grupo *timbirá*, con los canella (ramkokamekran) y muchas otras tribus, cuyo nombre termina casi siempre en kran ("hijos"), en el interior del Maranhão, en el Pará y Goyaz orientales (a ellos pertenecen también los apinayé, al sur de la confluencia del Tocatin con el Araguaya); y finalmente, el grupo *kayapó* que, de su residencia original en el sur de Goyaz (donde una parte permaneció en las cercanías del Paranahyba), fué empujado hacia el norte, donde ocupó la ribera occidental del Araguaya medio, extendiéndose poco a poco sobre todo el sertão de ambos lados del Xingú, hasta el São Manuel Paranatinga. Los suyá, una tribu parienta cercana de los kayapó, se establecieron en el Xingú mismo, más arriba de la confluencia de sus fuentes.

Hasta hace poco, solía también agregarse a estas tribus ge, bajo la denominación de *grupo oriental*, a la población de las selvas de Bahía, Minas Geraes y de los estados costeños que quedan delante de ellos; pero Loukota la divide en varias pequeñas familias lingüísticas independientes con influencias más o menos profundas de parte de las lenguas ge. De entre ellas, los *botocudos* son los más conocidos, habiendo salido, en el siglo XVI, del sertão del interior, para invadir las selvas de la Serra do Mar, desde donde alborotaron con sus asaltos la costa entre los 14 y 20 grados de latitud meridional. Hoy día, sus restos se encuentran principalmente en la región del río Doce. Sus vecinos septentrionales eran las tribus *kamakán* y *mashakalí*, sus meridionales los *goyataká* (waitaka). Los descendientes de estos últimos se han sostenido, bajo el nombre de coroado y purí, en las selvas del interior de la región del Parahyba (Minas Geraes).

[1] Desierto, terreno inculto y sin habitantes; lugar muy apartado de los terrenos cultivados y poblados. [*Ed.*]

También en los estados costeños septentrionales había tribus que no pertenecían a los ge. El interior de Pernambuco y Ceará era el área de los *kariri*, a los que Schuller agrega los *tarairyu* (ochucayana). Los karirí estaban lingüísticamente relacionados con los caribe, mientras que los tarairyu mostraban ciertas particularidades etnográficas que señalan hacia el oeste y el norte, de modo que, probablemente, también se les puede considerar como inmigrantes en el Brasil Oriental, de igual manera que a las lingüísticamente aisladas tribus *karayá*, en el Araguaya. En cambio, los *bororó* son un pueblo de antiguo arraigo en el Brasil Oriental; todavía al principio del siglo XVIII, habitaban extensos territorios en el Matto Grosso Central, entre las fuentes de los ríos Xingú, Araguaya y Paraguay, y extendían sus correrías hasta Cuyabá y Goyaz, pero hoy día, ya no forman más que pequeños grupos en la región de los afluentes del Paraguay superior y del Araguaya. Parientes lingüísticos de los bororó (otuke, etc.), viven en los "Llanos de Chiquitos", al norte del Gran Chaco.

Son muchas las concordancias en el modo de vivir y en el acervo cultural que justifican que tratemos a los tarairyú y bororó junto con los ge, botocudos, etc., mientras que resultan muy diferentes los carayá y las numerosas tribus tupí del Brasil Oriental, cuya cultura es, en lo esencial, un ramal de la amazónica y de la que se tratará en el capítulo siguiente. Ciertas tribus tupí (tupinamba, tupiniquín, etc.) habitaban antiguamente casi toda la costa desde la desembocadura del Amazonas hasta la frontera sur del actual estado de São Paulo; otro grupo tupí (los guaraní con los kainguá, los tapé, etc.) poseía grandes territorios del Brasil Meridional hasta la Lagoa dos Patos, el extremo noreste de Argentina y toda la República del Paraguay actual, en el este del río del mismo nombre; otro tercer grupo (tembé, guayayará) poblaba grandes extensiones del interior de Maranhao.

La tierra de origen de los tupí fué el norte del Amazonas, desde donde se extendieron, como pudo comprobarlo Métraux, primero, hasta el río Tupajoz superior, y más tarde, atravesando el Paraguay, hasta la costa brasileña. El que esta gran migración no haya tenido

lugar sino en época relativamente reciente, puede comprobarse con la etnografía de los tupí costeños que conservaron purísimo el tipo cultural septentrional y que no se asimilaron en manera alguna a los *tapuya*, "enemigos", como ellos solían llamar a los ge, botocudos y tarairyu. En algunos lugares de la costa, el angosto territorio de los tupí permaneció dividido por la gente de arraigo antiguo, como, por ejemplo, en la región del cabo São Tomé, por los goyotaká. La aparentemente compacta distribución de los guaraní en Paraguay y el Brasil Meridional, no debe hacernos olvidar que también aquí los tupí eran inmigrantes, porque por todas partes, hay restos de la población ge más antigua, enclavados en su densa masa. Algunos de éstos, principalmente los *guayakí* en el Paraguay Suroriental, fueron, ciertamente, guaranizados en cuanto a su lengua, pero por lo demás, siguieron siendo representantes típicos de la cultura primitiva del Brasil Oriental.

En la costa del Brasil Meridional, la época más remota, es decir, la anterior a la invasión de los tupí-guaraní, se manifiesta en los hallazgos de los *concheros*. Estos "sambaquis", como se les llama con una palabra tupí, están situados, por lo regular, no en las playas abiertas, sino en el ángulo entrante de ensenadas, a lo largo de esteros y aún más tierra adentro, teniendo una altura de unos cinco a doce metros, raras veces mayor (hasta veinticinco metros). En algunos ha podido observarse una sucesión de las culturas desde pescadores primitivos, con utensilios de piedra tallada, hasta el nivel de cultivadores y alfareros; sin embargo, los restos óseos de los sambaquis no están sepultados nunca en urnas, como acostumbraban hacerlo los guaraní; en términos generales, parece que la cerámica era todavía totalmente desconocida a los que formaron estos montículos, porque los fragmentos se presentan casi siempre sólo en la superficie. En cambio habían progresado en la talla de piedra, como lo comprueban: hachas pulidas magníficamente trabajadas, martillos de piedra, anillos (¿para mazas?), artefactos de doble cono (¿extremos romos de flechas para matar pájaros?) y principalmente escudillas planas en forma de peces o pájaros para moler colorantes. Las "hachas-ánco-

ra" (véase adelante) de los ge históricos demuestran que también ellos eran grandes artífices en la talla de piedra. Probablemente son de atribuirse también a la población que antecedió a los tupí, las pipas de barro que se encuentran, aunque sólo raras veces, en los sambaquis, y cuya forma originalmente tubular, parece no haber tomado la acodada hasta que se hicieron sentir las influencias europeas. En cambio, toda la otra cerámica de los estados meridionales del Brasil es probablemente en su mayoría de origen guaraní.

La situación lingüística nos prueba que Brasil Oriental debe de haber sido afectado por los grandes movimientos migratorios de los pueblos de Sudamérica en mucho más grande escala que el extremo sur del continente y que, por consiguiente, no puede haber conservado su tipo cultural original con la misma relativa pureza que la Tierra del Fuego, las Pampas y aun el Gran Chaco. Sin embargo, encontramos todavía entre algunos de los ge meridionales, botocudos, mashakalí y purí las mismas condiciones primitivas de vida que en los territorios mencionados; sólo con la diferencia de una mayor tendencia hacia la *recolección*, que nos hace pensar en California. Nueces y repollos de palma, frutas de piquí y de sapucaya, tubérculos y médulas de plantas, y entre los kaingang en primer lugar las almendras de la araucaria, proporcionan, en la temporada de sequía, una gran parte de los alimentos, además de lo que puede recolectarse de productos animales, entre los que desempeñan el papel principal larvas de coleópteros que viven en maderas fofas o en las cañas del taquara, así como la miel de abejas silvestres. Para coger las frutas, los kaingang y guayakí trepan a los árboles por medio de cinturones de trepar hechos de corteza. Para abrir los troncos que contienen panales, antiguamente se hizo uso de un hacha de piedra con la hoja sujeta entre dos varas (botocudos) o engastada en el extremo abultado de un cabo de madera. Tan pronto como la abertura tenía las dimensiones necesarias, se introducía en la miel un "cepillo de comer", hecho de fibras vegetales, para dejarlo bien empapado, como también se hace en el Gran Chaco.

En la época de su primer contacto con los blancos, la totalidad de los ge septentrionales y también parte de los meridionales, así como algunas tribus del sur (kamakan y coroado), habían ya adoptado el *cultivo*, aunque ni en el número de plantas cultivadas, ni los métodos de labranza hubieran podido resistir una comparación con el cultivo de los pueblos del Amazonas o de la Guayana; porque, *v. g.*, el cultivo de la mandioca era desconocido y el maíz se cosechaba a menudo en estado verde, de modo que ni con mucho era suficiente para las necesidades de la alimentación. Los hombres siguen siendo, pues; de preferencia *cazadores*; su arma principal es un arco de madera de dimensiones enormes, cuyo largo pasa de dos metros y que, entre los petasho (tribu del estado de Bahía) llega a tener un tamaño de casi tres metros. Es de sección circular o planoconvexa, mientras que los extremos adelgazados están ligeramente abultados. Las flechas de caña llevan en el extremo: para la caza mayor y la guerra una navaja de bambú, para otros fines una punta dentada de madera y, finalmente, para matar pájaros, un extremo romo con picos o una cruz de palitos, verticalmente afianzada; el emplumado es tangencial. El propulsor en forma de artesa que emplean los tarairyu, representa un caso enteramente aislado en el Brasil Oriental. Los ge se valen de lanzas para la cazá del tapir y del jabalí, mejor dicho, de simples varas de madera aguzadas, que sólo en tiempos recientes han sido dotadas de hojas de hierro. El único animal doméstico, el perro, ayuda en la busca y persecución de la caza. También se emprenden grandes batidas, para las que los timbirá y chavante queman vastas extensiones del sertão.

Para la pesca, que es de mucho menos importancia que la caza, se emplea también el arco, así como, con menos frecuencia, un dardo de cortas dimensiones, con el que, en la costa, los goyataká atacan hasta a tiburones. Originalmente, son desconocidos todos los otros métodos de pesca, de modo que tampoco hay embarcaciones. Los botocudos atraviesan ríos angostos por medio de puentes primitivos de dos lianas de las que una hace las veces de barandal; las corrientes de ríos anchos e impetuosos se pasan a nado, para cuyo fin, los

chavante se atan haces de pecíolos de palma al cuerpo. Durante la marcha, las mujeres de la horda llevan las cargas a cuestas en pequeños canastos cilíndricos (entre los ge), o en redes (entre los tarairyu, botocudos, guayaná, etc.); a los niños, se les transporta mediante unas cintas que se sostienen con la frente.

Las *construcciones* de los ge han sufrido varias modificaciones bajo las influencias tupí y europeas; por ejemplo, a los primeros, los kamakán les deben sus grandes casas plurifamiliares rectangulares, y es posible que las casas más pequeñas igualmente rectangulares de los ge y bororó tengan su origen en dechados europeos. En cambio, en las casas veraniegas de los ge septentrionales y de los bororó se ha conservado el antiguo estilo circular de la *casa cupuliforme* que se construye con hojas de palma clavadas en círculo en el suelo, y que algunas veces toma la forma del ya mencionado techo semicilíndrico. También los botocudos viven en chozas de este tipo, pero aparte de ellas, entre los botocudos y los purí, igual que en el Chaco, el genuino *paravientos*, de hojas de palma o piezas de corteza, que se apoyan en un palo horizontalmente atado a dos árboles. Además, los coroados y los káingang conocen el tipo evolucionado del paravientos en forma de techo de dos vertientes, posado en el suelo. Conforme a un antiguo relato, se había conservado entre los guayaná de la costa de São Paulo un elemento tan típicamente subártico como la casa-pozo. Por lo regular, se duerme en las casas en el piso cubierto de esteras o ramas; los ge y kamakán tienen también catres; sólo unas cuantas tribus han adoptado la hamaca de los tupí; si varias familias viven en una sola casa, cada una de ellas tiene, por lo regular, su propio fogón sobre el que se asa carne o pescado mediante el palo asador, raras veces en una parrilla de madera; los tubérculos se cuecen en cenizas calientes. Entre los ge y los tarairyu, se usa también el horno subterráneo. Tiene muy poca importancia la técnica de cocer por medio de la ebullición, porque, con excepción de unas cuantas tribus influídas por los tupí, no se conoce la cerámica en ninguna parte del área de que tratamos. En su lugar, los botocudos y los purí hierven el agua en trozos de bambú del grueso de un brazo, poniéndo-

dolos directamente en la lumbre; los káingang, para la preparación del aguamiel, calientan el agua, echando piedras candentes en grandes troncos ahuecados. En el sur, se hace también cerveza de maíz (cauin) al estilo de las tribus del Amazonas, mientras que las tribus del norte ignoran las bebidas fermentadas. No se hace uso de la sal ni de narcóticos que sólo han llegado a introducirse en tiempos recientes. Solamente los tarairyu y los gé meridionales deben de haber conocido la costumbre de fumar tabaco ya en épocas preeuropeas, porque así lo indican las ya mencionadas pipas que se hallan en los sambaquis.

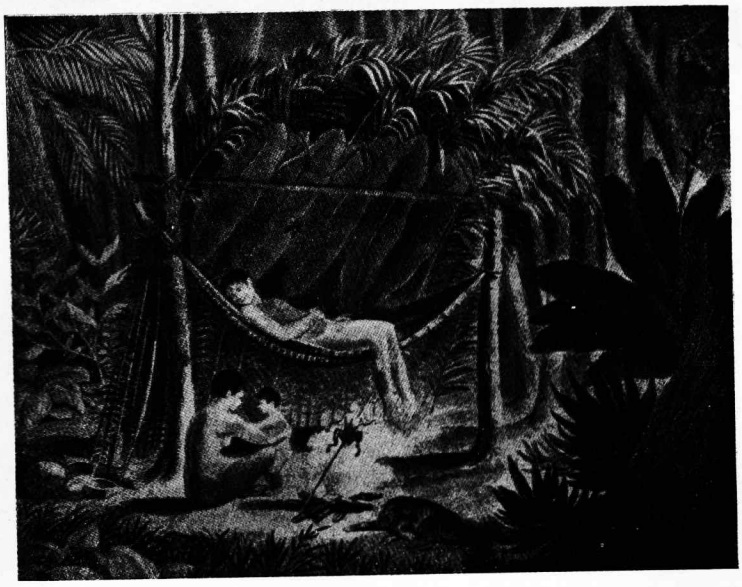
Aparte del taladro para hacer lumbre y las hachas de piedra, los indios del Brasil Oriental tienen muy pocos utensilios, entre los que se encuentran escoplos, cuya hoja consiste en un diente de roedor, de los que cada hombre guayakí lleva unos cuantos en una cinta sobre el pecho. En lugar de vasijas de barro, hay calabazas, cestos y morrales de malla; los káingang y guayaquí saben impermeabilizar sus cestos por medio de una capa de cera o resina. Por lo demás, la cestería está mejor desarrollada entre los gé septentrionales, que fabrican, con palma o tiras de corteza en técnica escalonada, canastas de cargar o para provisiones, morrales, canastillas con tapadera, sopladores y esteras para dormir; también gustan cubrir sus mazas o lanzas con un forro de

a b

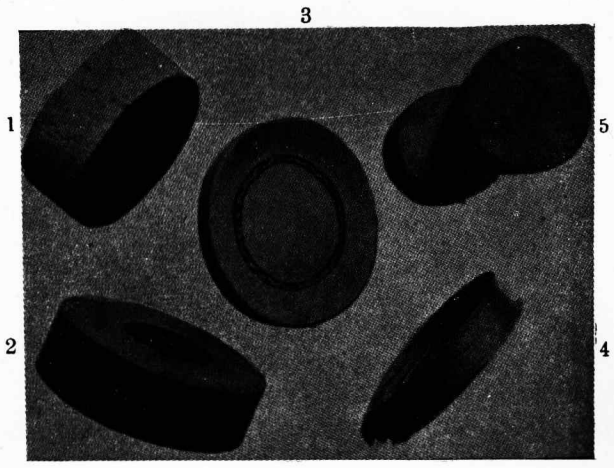
15. Arcos y flechas de los bugre (a) y matako (b) lado a lado, para demostrar el contraste de los grandes y poderosos arcos de las tribus selváticas con los degenerados del Chaco. Las flechas tienen puntas dentadas de madera. Largo de los arcos: (a) 2.3 metros, (b) 1.44 metros. (Del Museo de Etnología de Berlín.)

cestería, de tiras claras y obscuras. Las tribus meridionales hacen, de igual manera que los indios del Chaco, en lugar de estos trabajos de cestería, trabajos de malla con fibras de caraguatá, embira (cecropia) u ortiga, que se tuercen sobre la rodilla para transformarlas en hilo; con este material se fabrican morrales de cacería y redes de cargar. De fibra de ortiga son también las únicas *telas para ropa* que se conocen en el Brasil Oriental y que los káingang fabrican con una técnica afín a las de la cestería y la malla. Con estas telas se hacen las mujeres faldas cortas, así como las mantas (kuru) y camisas sin mangas que los hombres se ponen para las fiestas o en tiempo frío. Dichas camisas recuerdan las del Gran Chaco, mientras que las mantas se parecen a prendas de vestir de Norteamérica, porque se sujetan, como aquéllas, sobre uno de los hombros, dejando los dos brazos libres. Entre todas las otras tribus del Brasil Oriental, la vestimenta se limita —si no es que falta por completo— a un portapene de una hoja de palma (cayapó, bororó, tarairyu, botocudos, kamakán). Originalmente, las mujeres andaban enteramente desnudas; sólo las de los bororá llevan, junto con un cinturón de corteza fuertemente ceñido al talle, una venda de líber blando, y para ceremonias funerales, una falda de fibras sueltas.

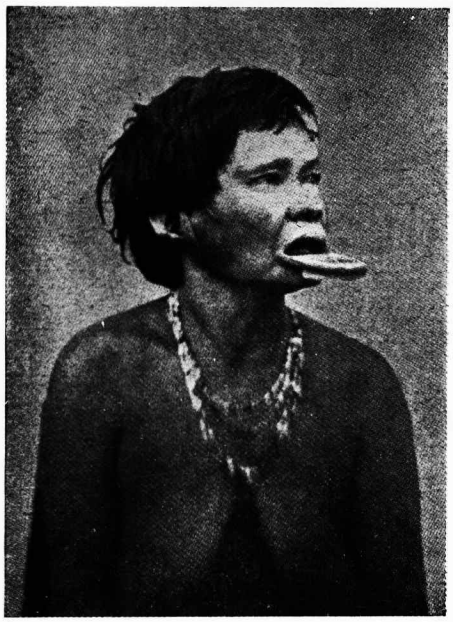
Mientras que entre los corados, falta el tatuaje, con excepción de un curioso caso de "tatuaje de sutura", sobre el que informa Eschwege, la pintura del cuerpo con urukú (rojo) y genipa (negro azulado) desempeña un importante papel en fiestas, guerras y como distintivo social; aunque únicamente entre los kamakán alcanza el nivel de dibujos un poco más artísticos. En muchos casos, los ge y bororó sustituyen la pintura, pegándose plumón en todo el cuerpo. Pero los adornos propiamente característicos de las tribus del Brasil Oriental son sus *orejeras* y *bezotes* de madera liviana, en forma de bodoques, platos o aros, que alcanzan enormes dimensiones entre los botocudos, timbirá y suyá (bodoques auriculares de diez y bezotes de siete centímetros de diámetro), y dieron el nombre a los botocudos (del portugués botoque). Pero el uso de estos adornos no es general; entre los cayapó, por ejemplo, sólo los hombres llevan bezo-



74. Paraviento de los indios purí. (Según el príncipe de Wied.)



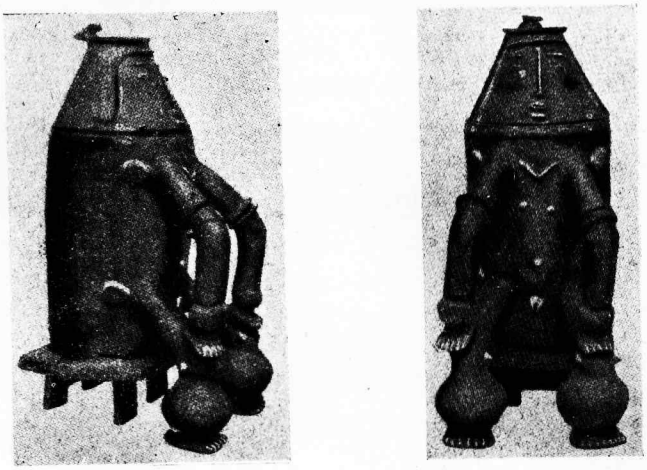
75. Bodoques para orejas y labios, de las tribus gês. *1.* Botocudos; *2.* canella; *3.* y *4.* suyá; *5.* kayapó. Los Nos. *2.* y *4.* son orejeras; Nº *4.* está hecho de tiras de palma arrolladas; los otros dos son de madera. (Museo de Etnología de Berlín.)



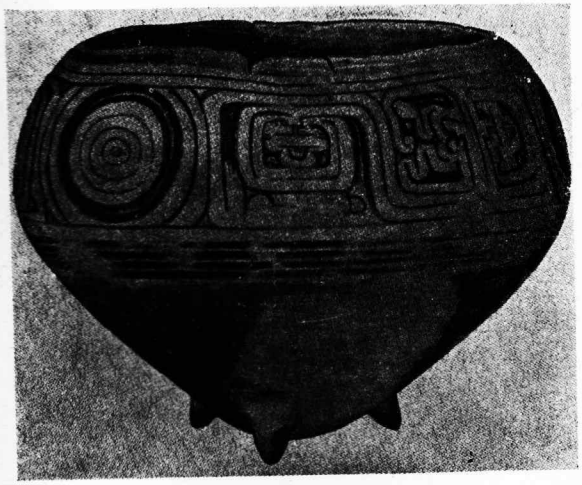
76. Mujer botocudo del Brasil. (Pericot, según la colección del Laboratorio de Antropología del museo de París.)

77. Jefe bororó con todos sus atavíos. (Según Karl von den Steinen.)

78. Indios bororó. (Según Ehrenreich.)

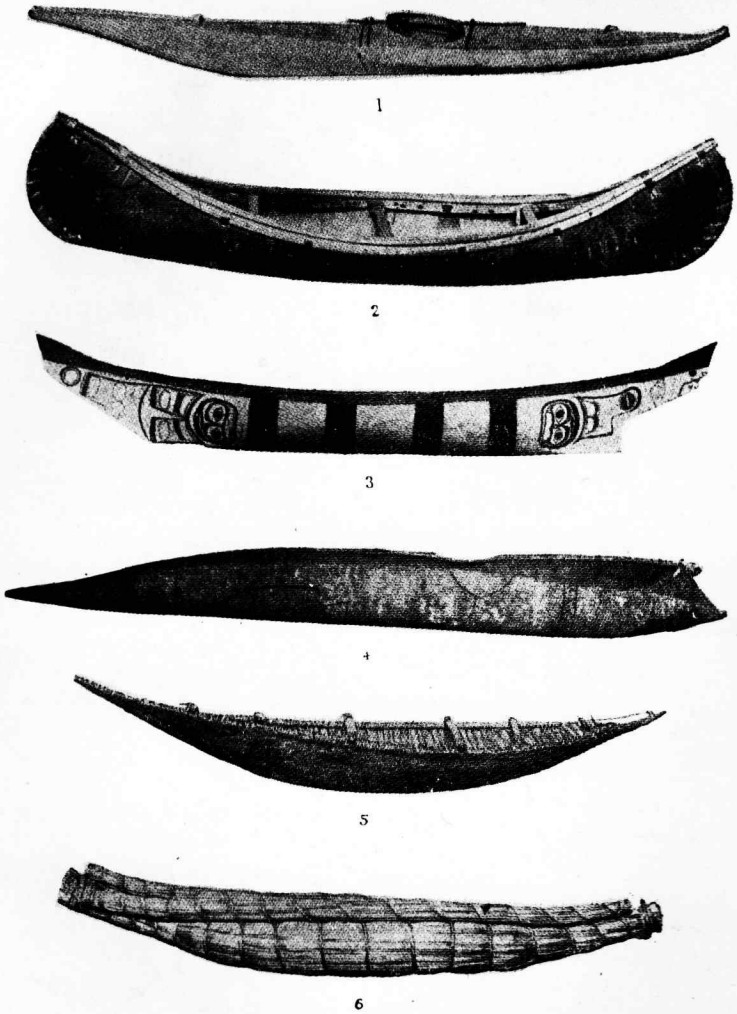


79. Urna de barro antropomorfa de los arawak del delta del río Amazonas. La cabeza sirve de tapadera. Las pantorrillas hinchadas indican evidentemente el abultamiento de la carne por causa de cuerdas muy apretadas. La pieza fué encontrada en una excavación a orillas del río Maracá. (Original en el Museo de Etnología de Berlín.)



80. Urna funeraria de los arhuaco de la antigua provincia de Mojos; se encontró colocada como tapadera sobre otra urna de forma parecida en el Mound de Hernmarck (entre los ríos Itonama y Maromé). (Según Nordenskiöld.)

81. Indio shipibo, del río Ucayali. (Según una fotografía de Kroehle.)



82. La navegación de los indios americanos. *1)* bote de pieles (kayak) de los esquimales de Labrador; *2)* canoa de corteza de los indios ojibwa; *3)* canoa de un tronco de árbol de los tlingit; *4)* canoa de corteza de los bakairí, de construcción sencilla; *5)* canoa de corteza con varias divisiones de los indios yahgan; *6)* balsa de juncos del lago de Titicaca. (Según modelos que se encuentran en el Museo de Etnología de Berlín.)

tes; también ocurre que presentan formas enteramente distintas; hay para las orejas delicados palitos con discos de concha en uno de sus extremos (cayapó), y para el labio inferior (bororó) varitas de hueso o resina, o arracadas de planchuelitas de concha. Entre algunas tribus de los tupí, se ha introducido el bezote de piedra en forma de sombrero. Otro distintivo tribal de las tribus del Brasil Oriental son sus curiosas *tonsuras,* con las que únicamente pueden competir las varias maneras de cortar el cabello del sureste de Norteamérica. Algunas tribus, como los patasho, se rasuran toda la cabeza con excepción de unos cuantos mechones; otras solamente la frente (cayapó); los coroados ("coronados") se llaman así gracias al cerquillo que dejan crecer, mientras que los botocudos y canella proceden a la inversa, rasurándose un surco arriba de las orejas, de modo que el cabello en lo alto de la cabeza se destaca como una cachucha. Salvo los kamakán que adoptaron el gorro de plumas de los tupí, el adorno de plumas ha desarrollado formas muy variadas solamente entre las tribus más occidentales (cayapó y bororó), donde consta de vendas frontales, coronas, varas y abanicos nucales, hechos todos ellos de plumas de papagayo, arara o halcón.

Los guayaquí llevan gorros altos y cónicos de piel. Los adornos para el cuello y el pecho consisten en huesos de fruta, discos de concha, dientes o garras. Mientras que los aros para los brazos, hechos de líber con un delicado forro de cestería, sólo se conocen entre los cayapó; la costumbre de ponerse cintas compresoras debajo de la rodilla y en el tobillo, está ampliamente difundida entre los ge y los bororó, probablemente no tanto como adorno, sino más bien para aumentar la fuerza muscular. También la pintura corporal y el emplumamiento persiguen frecuentemente fines prácticos y mágicos. Por lo demás, la propensión a los adornos es la única forma en que se exterioriza el sentido artístico de estas tribus cazadoras, que desconocen por completo las esculturas o representaciones en superficie.

Igual que en muchas ramas de la cultura material, las tribus más pequeñas de Brasil Oriental, que no pertenecen a los ge (botocudos, etc.), han conservado también en el aspecto social, condiciones

de vida más antigua, de modo que tienen mayor afinidad con los pueblos del extremo sur del continente que los ge y bororó. Se dividen en pequeñas hordas (grupos de familia), que consideran determinadas comarcas como su exclusivo territorio para la caza y la recolección y reconocen la dirección de hombres de prestigio, cuya autoridad, sin embargo, sólo se manifiesta con motivo de las grandes batidas, guerras o conflictos en el seno de la horda. El producto de la cacería es propiedad común; y frecuentemente, ni el cazador mismo recibe su parte. Las controversias con otros grupos, especialmente en casos de violación de los límites, suelen dirimirse por medio de luchas a bastonazos, para las que los adversarios se presentan por parejas, como pudo observarlo el príncipe de Wied en una tribu de los botocudos. También los káingang organizan desafíos a bastonazos o pedradas entre ciertas aldeas, aunque entre ellos ya han tomado el carácter de meros deportes, sin que por eso hayan dejado de terminar frecuentemente con la muerte de algunos de los participantes. Verdaderas guerras son todavía desconocidas en estas tribus primitivas, motivo por el cual no tienen las mazas, tan ampliamente difundidas en las tierras tropicales de Sudamérica; únicamente los guayakí poseen mazas arrojadizas con un extremo abultado, como los pueblos del Chaco.

De vez en cuando se hace mención, en los relatos, de casos de canibalismo o de caza de cabezas entre los botocudos y los coroados, pero parece que estas costumbres sólo se originaron bajo la influencia tupí. Los purí conocen el saludo lacrimoso; entre los káingang se practica la curiosa costumbre de que el pariente más cercano de un huésped recibe a éste acostado y con la cara tapada. Para el matrimonio no existen impedimentos, fuera de la consaguinidad demasiado cercana, ni tampoco ceremonias. El pretendiente entrega como regalo el producto de su caza a los padres de la escogida, y en caso de que la muchacha aún no pase de la infancia, él se encarga de su sustento hasta la pubertad. Cada hombre toma tantas mujeres como puede sostener, y los vínculos matrimoniales son poco consistentes.

Por lo regular, se les practica a los niños la horadación del labio y de las orejas, al llegar a la edad de la pubertad.

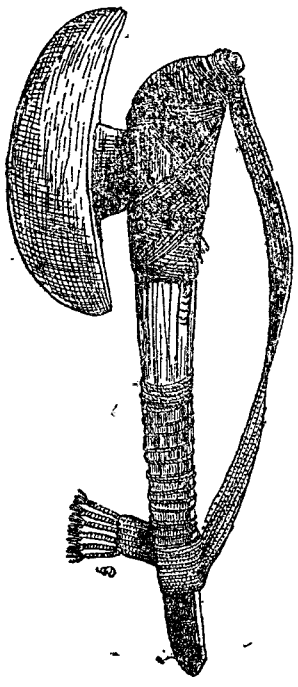
Junto a estas condiciones de vida bien sencillas, encontramos entre los ge y los bororó un orden social complicado, que denota muy curiosas y por lo pronto difícilmente explicables concordancias con el sureste de Norteamérica. Hace apenas unos cuantos años, que esta organización social ha sido descubierta por el etnólogo alemán-brasileño C. Nimuendajú y otros investigadores. La tribu se divide, según todas las apariencias, entre todos los ge y los bororó, en dos "mitades" exógamas, dentro de las cuales impera, en la mayoría de los casos (con excepción de los káingang y cherente), el principio matrilineal y siempre la residencia matrilocal, es decir, el hombre se cambia, con motivo del casamiento, a la casa que es propiedad de su mujer, respectivamente de la madre o abuela de ella, y vuelve, después de la muerte de su mujer, a la casa de su propia madre. Cada una de las dos mitades se divide, entre los bororó y cherente, en *clanes* con nombres de animales o plantas; parece que los canella los tenían también en tiempos anteriores; porque entre ellos existe todavía una división parecida entre los hombres, para fines hoy día puramente ceremoniales. Los clanes de los bororó, cuyos "totems" fueron entregados a sus antepasados en una visión, pero que no gozan de adoración ni tabuización, tienen igualmente funciones ceremoniales y están en posesión de determinados nombres, canciones, danzas, privilegios y distintivos. Estos últimos se aplican, en pintura o mosaicos de pluma, sobre arcos, flechas, portapenes, bezotes, pectorales y adornos de la cabeza.

Lo típicamente norteamericano en estas instituciones consiste principalmente en su influencia sobre la *disposición de las casas* en las aldeas y en su asociación simbólica con el cosmos. Entre los ge septentrionales y los bororó, las casas forman un círculo de amplias dimensiones, en cuyo interior los caminos corren, como los radios de una rueda, hacia una plaza central que sirve de lugar de reunión para los hombres; entre los bororó, cayapó y cherente, se levanta, en este centro, la casa de varones. *Una* "mitad" de la tribu ocupa el

lado oriental, respectivamente septentrional, y la *otra* "mitad" el occidental, respectivamente meridional; es este un orden perfectamente idéntico al del "campamento circular" de los indios de las praderas. Otro paralelismo está en el hecho de que ambas "mitades" guardan relaciones de "reciprocidad", es decir, cada una se encarga de los preparativos y dirección de las fiestas de la otra, con motivo de la iniciación de jóvenes o ceremonias fúnebres. Al dualismo cósmico de los muskogi y siux corresponde el hecho de que los bororó distinguen, además de lo anterior, una "mitad" superior y otra inferior de la tribu (una "fuerte" y otra "débil"); los canella y los káingang clasifican todos los fenómenos naturales, animales y plantas, en forma análoga a las mitades tribales, en dos grupos que personifican el contraste oriente-occidental (sol-luna; día-noche; temporada de sequía-temporada de aguas; rojo-negro, etc.). Este dualismo impera de tal manera en el pensamiento de los canella, que en él han basado también otras tres de sus agrupamientos sociales; los "ka" y los "atuk" (una organización para la temporada de aguas); las *ligas de varones*, y los cuatro *grupos coevales "activos" de los hombres*. Es probable que estos grupos más o menos ceremoniales o deportivos coincidían originalmente, como hoy día todavía entre los apinayé, con los grupos exógamos. En la actualidad, la situación ya es otra; por ejemplo, el hecho de pertenecer a los "ka" o a los "atuk", se hace depender del nombre que un niño recibe de los parientes del lado materno, o una niña de los parientes del lado paterno (las más veces del hermano de la madre o de la hermana del padre).

Además, los ge septentrionales se distinguen de los bororó por la circunstancia de que los primeros viven en monogamia, mientras que los últimos conocen el matrimonio de un hombre con dos hermanas, y aun con madre e hija. Entre los bororó, la petición de matrimonio es promovida de parte de la muchacha o de su madre; de hecho, en la citada tribu, el hombre no es más que huésped temporal en la casa de su mujer, pues su verdadera morada, su taller y su centro para fiestas es la casa de varones, cuyas actividades ha descrito Karl v.d. Steinen con vivísimos colores.

Los bororó orientales tienen un *jefe supremo* que goza de mucha autoridad, aunque con él colaboran, con el carácter de consejeros, los jefes de los clanes. Su cargo es hereditario dentro de un clan determinado. Todos los días al atardecer, durante una especie de "revista de clan", hace pregonar sus órdenes que se refieren a trabajos económicos, organización de fiestas, etc. Más que la institución de jefes se destaca entre los ge septentrionales el "*Consejo de Ancianos*" que se compone entre los cayopó de nueve brujos. Por lo regular, uno de ellos tiene a su cargo la representación de la aldea en lo exterior y manda también en la guerra y durante las cacerías, pero fuera de estas funciones no goza de más prerrogativas que los demás. Antiguamente, el distintivo de estas personas con rango de jefes, consistía, entre todos los ge (actualmente todavía entre los apinayé), en un "hacha-áncora" de diorita o diabasa, finamente pulida y adornada en la parte del mango, con cordones, borlas y colgantes de pluma, que llevaban suspendida del hombro mediante una cinta. Gracias a un antiguo relato, sabemos que, todavía en el siglo XVII, tal hacha servía de *arma*, pero para cuyo fin ya no puede usarse hoy, debido a la transformación del mango a formas rudimentarias. En cambio, la mayoría de los ge y bororó, así como también los tarairyu, poseen macanas largas y pesadas.



16. Hacha en forma de ancla, del Brasil Oriental. Una pieza muy antigua. (2/13 del tamaño natural). (Original en el Museo de Etnología de Dresde).

La costumbre de la "covada" existe, aparte de los kamakán, también entre varias tribus de los ge. Entre los bororó, el padre provoca, después del nacimiento de un hijo, fuertes hemorragias en sus propios pulmones por medio de una varita y desparrama después la

sangre sobre su cuerpo; si parece inconveniente tener hijos, el jefe supremo los estrangula. Las ceremonias de iniciación de jóvenes sólo se llevan a cabo con los muchachos; entre los canella dan principio a los diez años y se repiten a los 13, 16 y 19 años; sólo después de la última iniciación, es decir, a los veinte años, el joven canella obtiene licencia para casarse. Todos los hombres que han sido sometidos juntos a las iniciaciones, forman hasta su muerte un grupo coeval. Cuatro de tales grupos, entre los que queda siempre un intervalo de diez años, tienen el carácter de "activos", en el sentido de que son ellos los que toman parte en competencias deportivas. Entre éstas, las "carreras de troncos", son para los ge septentrionales y centrales, para los kamakán y tarairyu, de no menos importancia en la vida tribal que el juego de la pelota para los indios del sureste de Norteamérica. Los dos juegos se asemejan también en cuanto a la circunstancia de que son siempre dos partidos que miden sus fuerzas; los grupos coevales "occidentales" con los "orientales", los "ka" con los "atuk", o dos grupos de ligas de varones entre sí. Las calles que irradian desde el círculo de casas, hacia los cuatro puntos cardinales, sirven de pista, y los troncos son dos trozos de palma, de un metro de largo y unos cien kilos de peso; los participantes se echan estos troncos al hombro y corren lo más de prisa posible en dirección hacia la aldea, alternándose de vez en cuando, como en las carreras de relevos. Según Nimuendajú, el verdadero sentido de estas carreras con troncos, para las que lo importante no es *quién llegue primero*, sino que *todos participan* en ellas, se pone de manifiesto con carreras simbólicas que se llevan a cabo con troncos en miniatura durante las iniciaciones de los jóvenes canella. Estos tronquitos significan *almas de difuntos*, que toman posesión de los muchachos durante la iniciación; en consecuencia, también los troncos pesados deben tomarse por difuntos de la tribu, que, durante las fiestas vuelven al seno de los suyos. Para una competencia semejante, los bororó emplean, en lugar de troncos, dos discos con un diámetro de uno y medio metros, hechos con una escalera de cuerda arrollada, que los participantes deben sostener en equilibrio en la cabeza.

Son independientes de las iniciaciones de jóvenes, las fiestas que tienen lugar, entre los canella, en la temporada de sequía y durante las que una de las ligas se presenta con máscaras, mientras que la otra hace el papel de payasos; nuevamente un curioso paralelismo con Norteamérica. Las máscaras constan de esteras anchas sobre las que se ha pintado, de manera somera, una cara; una trenza y dos cuernos que se agregan, hacen del todo la cabeza de un demonio. Los bororó sólo conocen disfraces con hojas de palma. El acompañamiento de las danzas consiste en toques con grandes trompetas que se construyen de una caña de bambú con embocadura lateral y pabellón de calabaza o de cuerno de res. Además, hay flautas de caña, palos sonoros, sonajas de calabaza y cinturones-sonajas. Los bororó emplean también bramaderas que representan a un animal fabuloso que vive en los ríos; este instrumento se esconde cuidadosamente ante las mujeres. Entre varias tribus (botocudos, etc.) las flautas se tocan con las narices.

Aún no se conoce mucho de los conceptos religiosos de las tribus del Brasil Oriental. Los botocudos adoran una especie de *ser supremo* ("Maret el Anciano") con rasgos fuertemente antropomorfos, del que se derivan todos los fenómenos de la naturaleza. No siempre tiene buenas intenciones para con el hombre, igual que el sol que (según las ideas de los kamakán), también envía enfermedades y muertes, y come cadáveres. De ciertos actos religiosos se ha querido inducir una veneración especial hacia la luna y las estrellas; durante un eclipse lunar, los cayapó tiran flechas con lumbre hacia el disco oscurecido, mientras cantan canciones plañideras, para devolverle la luz; y los bororó tratan de ahuyentar, por medio de resoplidos y gritos, a los meteoros, por considerarlos almas de brujos que presagian alguna desgracia. Es probable que ciertas ceremonias con fuego, sobre las que se tienen informes de los canella y kamakán, tengan que ver algo también con el culto de la luna y las estrellas.

Entre los bororó y los káingang, dos héroes civilizadores gemelos constituyen el centro de numerosos mitos en los que aparecen curiosos paralelismos con Norteamérica (la idea de la tierra "pes-

cada", salida de los hombres de agujeros terrestres, el robo del fuego por un ave, etc.). Los botocudos y purí creen que los difuntos enterrados sin apego a las reglas regresan como espectros que persiguen a mujeres, matan a niños y pueden transformarse también en jaguares. Por otro lado, se cree en el renacimiento de los difuntos en el caso de que una mujer embarazada los evoque (kamakán, etc.) También los ge, como hemos visto, consideran la estrecha relación entre los vivos y muertos como un hecho irrefutable. Los difuntos pertenecen invisiblemente a la liga de varones, el nombre de cuyos miembros "aroé" significa, entre los bororó, también "almas de difuntos". Por tal motivo, entre los bororó, la gran ceremonia con los huesos de los muertos, después de limpiarlos, pintarlos y pegarles plumas, se lleva a cabo en la casa de varones. Las mujeres se arañan la piel y dejan caer gotas de sangre sobre la canasta con los huesos; después, cuando se entierra la canasta, los jóvenes agitan la bramadera y borran las huellas del cortejo fúnebre.

También los cayapó practican el sepultamiento secundario y la penitencia luctuosa. Las tribus más primitivas (botocudos, etc.), colocan al cadáver en posición extendida en la fosa, amontonando ramas y troncos o tierra sobre ella y manteniendo lumbre a su lado por algún tiempo. Casi siempre se queman las cosas propiedad del difunto. Solamente los káingang de Santa Catarina y los kamakán practican la cremación de los cadáveres, aunque estos últimos lo hacían únicamente con los ancianos, a los que probablemente se temía como brujos.

B. Los Cultivadores

1. *El grupo amazónico*

No era tarea fácil para hombres de cultura primitiva el poblar el vastísimo cuadrángulo cubierto de inmensas selvas tropicales y sabanas, comprendido entre los Andes, el Río Xingú y la costa septentrional de Sudamérica, a pesar de los dos poderosísimos sistemas fluviales que dan acceso a estas tierras de poca elevación sobre el

nivel del mar; la selva virgen sudamericana no alberga más que relativamente pocas especies de animales de caza, ni tampoco abunda en vegetales comestibles; el cultivador se ve expuesto a grandes fatigas antes de que la tierra recompense su trabajo. Probablemente, las tres regiones montañosas circundantes —Brasil Central, región Andina y Guayana— ya estaban pobladas mucho antes de que los primeros hombres comenzaran a abrir brecha en el laberinto de los ríos gigantescos, riachuelos y arroyos, que surcan las cuencas del Amazonas y del Orinoco. A pesar de cuanto se haya trabado, mezclado y asimilado mutuamente en su cultura, las tres capas étnicas y culturales de Amazonia no dejan de revelarnos sus estrechas relaciones con las tierras altas de donde procedieron.

Hemos de considerar como *capa más antigua* a unas hordas de muy bajo nivel cultural, que vagan por la selva, odiadas o desdeñadas, perseguidas o esclavizadas por las tribus circunvecinas. A ellas pertenecen los *sirionó* en el noreste de Bolivia, los *mura* en las tierras bajas pantanosas de los ríos Madeira y Purus inferiores, los *macú* entre los ríos Negro y Yapurá, y los *shirianá* entre los ríos Blanco y Orinoco. A pesar de haber aceptado, en parte, la lengua y algunos elementos de vida de los pueblos de nivel cultural más alto —un poco de cultivo y cerámica, canoas y hamacas— en todo el resto de su cultura se aproximan mucho más a las tribus primitivas (botocudos, purí, etc.) del Brasil Oriental. He aquí unos rasgos característicos que los distinguen del resto de tribus amazónicas: como albergues, paravientos o chozas cupuliformes de ramas; trozos de bambú por recipientes para cocinar (en el este de Bolivia); arcos y flechas gigantescos, como únicas armas; empleo de lianas como barandales para cruzar los ríos; falta de toda vestimenta; desconocimiento del arte de preparar lienzo de corteza; desarrollo rudimentario de la cestería; adornos de plumas de lo más primitivo, y simple abandono de los cadáveres. También los cazadores superiores del Brasil Oriental, es decir, los del nivel de los ge, tienen algunos representantes en las selvas y sabanas de Amazonia. Los *nambicuara* y sus parientes entre los ríos Juruena y Guaporé forman probablemente un grupo de

tribus ge, y se cree haber localizado también elementos ge en el Perú Oriental.

Representan una *segunda capa* los numerosos pueblos, de lenguas entre sí diferentes, que habitan la vertiente andina desde el Río Apure hasta el Gran Chaco Septentrional, y cuyos paraderos, con pocas excepciones (entre las que figuran los carayá), no rebasan hacia el este los cursos superiores de los ríos Orinoco, Negro, Madeira y Paraguay. La mayoría de ellos revela a las claras su antigua vinculación con los pueblos andinos, y en el sur también con el Gran Chaco. Entre ellos, constituyen los grupos lingüísticos mayores: los *tucano*, con los cobeua, yahuna, desana, pioje, etc., al norte del Amazonas; y los *pano*, con los conibo, cashibo, mayoruna, cashinaua, caripuna, chacobo, etc., al sur de dicho río. De los numerosos grupos lingüísticos menores me limito a mencionar aquí en orden de norte a sur: los *otomaco, piaroa, guahibo, uitoto, jurí, jívaro, tacaná, chapacura* (itene), *mosetene, yuracare, chiquitos*. Sin duda alguna, la lingüística reducirá todavía considerablemente (como en América del Norte) el número de estas pequeñas familias lingüísticas. Con respecto a algunas de ellas (tucano, jívaro, chapacura, chiquitos) parece que existen relaciones lingüísticas con pueblos de los Andes o del Gran Chaco. Quedan por lo pronto sin relación alguna con este grupo étnico "sub-andino", dos pueblos en los extremos norte y sur de las tierras selváticas tropicales: los *warrau* (guarauno) en el delta del Orinoco, y los *guató* en la región lacustre y pantanosa del Paraguay superior.

Forman la *tercera y más reciente capa*, las numerosas tribus de los tres grandes grupos étnicos de los tupí, arawak y caribe, que se extienden por casi toda la región selvática tropical y representan el elemento activo y propenso a frecuentes migraciones, frente al elemento más pasivo y sedentario de la segunda capa. Los tres grupos étnicos han venido del norte, de la altiplanicie de Guayana o de las costas vecinas. En cuanto a los tupí, cuya tierra de origen se buscaba anteriormente en Paraguay, por vivir generalmente en regiones orientales, sudamazónicas, o en el Amazonas superior, por mostrar

ciertas relaciones con la cultura andina, A. Métraux ha demostrado su origen septentrional a base de un análisis detallado de su cultura; aunque, en verdad, abandonaron la región al norte del Amazonas ya en tiempos muy remotos, estableciéndose primeramente en la región del Río Tapajoz y avanzando más tarde hasta tierras muy distantes en el sur y el este. Las tribus tupí en la región del Río Tapajoz (mauhé, mundurucú, apiacá) se han mezclado profusamente con elementos extraños, como lo revelan su lengua y su cultura, pero por otro lado, son más afines con los tupí de la costa (tupinamba, etc.), que lo son sus parientes del Xingú superior (auetö) o del Madeira (parentintin). Más tarde, los tupí han ocupado también las márgenes del Río Xingú inferior (yuruna), y se han extendido por el Marañón arriba, hasta los ríos Napo y Ucayali (omagua, cocama). Estos movimientos migratorios han seguido realizándose todavía en tiempos postcolombinos, siendo provocados, a veces, por motivos asaz curiosos, como, por ejemplo, el ansia mística por un "paraíso terrestre", que hizo caminar a diez mil tupinamba, de 1540 a 1549, hasta el Perú, (donde llegaron solamente trescientos); y la que condujo, entre 1820 y 1912, a tres tribus guaraní del Paraná superior hasta la costa del Atlántico. El afán de aventuras guerreras indujo a otras tribus guaraní de Paraguay, alrededor de 1525, a penetrar hasta las fronteras del imperio incaico (chiriguano), o a establecerse en la región del medio Guaponé (guarayú). La inmigración de los oyampi o *cayenne*, no se llevó a cabo sino hasta fines del siglo XVIII, probablemente a causa de la presión de los portugueses cazadores de esclavos.

Debido a estos grandes movimientos migratorios, el tupí se difundió como lengua franca ("lingoa geral") sobre toda la Amazonia; numerosas tribus de otra filiación han sido "tupizadas" o "guaranizadas"; de este proceso ya hemos tenido ejemplos en el Gran Chaco y en Paraguay, de modo que basta agregar aquí el de los miranya del Río Yapurá superior. En contraste con esto, la propensión de los tupí a acomodarse a las condiciones culturales en boga entre las tribus circundantes, no ha sido menos marcada que la de los dené

norteamericanos. El resultado de todo esto es que los guaraní, chiriguano, óyampi y omagua ostentan un tipo cultural que difiere considerablemente del de sus parientes.

Con un ritmo mucho más lento y de manera pacífica, se llevó a cabo la expansión de los arawak, cuyo principal móvil ha consistido en el deseo de procurarse siempre nuevas tierras para su muy extensivo cultivo tropical. En consecuencia, su influencia cultural sobre los pueblos de toda la América del Sur tropical ha sido más perdurable y más intensa que la de los tupí. Es cierto que los caribe los expulsaron casi por completo de la Guayana, hasta el grado de que no ha quedado allá más que un pequeño islote arawak en el interior *(wapishana* y otros), y una angosta faja de arawak (lokono, palicur, etc.) sobre la costa entre Trinidad y Marajó; pero, en cambio, casi todo el curso de los ríos Casiquiare y Negro, era, todavía en tiempos modernos, territorio de tribus arawak (baniwa, manao, etc.), de igual modo que el curso del Guaviare (piapoco), del Icana (siusí) y del Yapurá inferior (passé). Originalmente, ocupaban también toda la costa septentrional de Sudamérica, donde en la actualidad no se halla ya más que *una sola tribu de ellos:* los guajiro, en la península que lleva su nombre. En el sur del Amazonas, casi toda la cuenca del Purus ha sido ocupada por tribus arawak (paumarí, yamamadí, ipuriná, etc.), en parte también la del Juruá (kulino). Otros arawak han avanzado a lo largo del Madeira hasta el Ucayali superior (campa), estableciéndose en la provincia Mojos que de ellos tiene su nombre, entre los ríos Guaporé y Mamoré. Otro grupo arawak que, en cuanto a su lengua, es el que más afinidad tiene con los arawak del norte del Amazonas, ha llegado hasta el Matto Grosso (paressí) y hasta la región de las fuentes del Xingú (mehinakú). Los arawak más meridionales tienen sus paraderos en el Paraguay superior y en el norte del Gran Chaco. Teniendo en cuenta que han sido también arawak los que vivieron en las Antillas hasta Florida, y dejaron huellas de su lengua entre numerosas tribus subandinas o andinas (ticuna [tucuna]) en el Marañón su-

perior, jívaro, tacaná, uru), resulta que su área de expansión e influencia sobrepasa la de todos los otros grupos étnicos de América.

A este respecto, los *caribe* no lograron igualarlos ni con mucho. Es cierto que ocuparon toda la Guayana, la región del Orinoco y la costa septentrional con numerosas tribus (taulipang, makushí, arecuna, oyana, tamanac, cumanagoto, etc.), pero sólo en tiempos postcolombinos llegaron desde estas regiones, en avances aislados, hasta el Yapurá superior (Umaua) y el Guaporé (Palmella). Los bakairí de la región de las fuentes del Xingú, cuyo descubrimiento por Karl von den Steinen en el año de 1884 produjo una sensación tan grande, llegaron allí tal vez ya antes, siguiendo a los arawak.

De los relatos de los antiguos viajeros que exploraron el Amazonas después del descubridor Orellana (1541), así como por medio de los hallazgos que se han realizado en sus márgenes, delta y costa de la Guayana brasileña, sabemos que los habitantes de dicho gigantesco río vivían anteriormente a un nivel considerablemente superior al de sus descendientes modernos. Los hallazgos arqueológicos comprueban que esta antigua cultura tuvo su origen en el norte y noroeste de Sudamérica, de modo que evidentemente ha penetrado en las tierras bajas con los arawak. Igual a los pueblos del sureste de Norteamérica, así también los antepasados de los arawak, al establecerse en tierras frecuentemente expuestas a inundaciones, solían construir sus moradas y sus plantíos sobre elevaciones naturales o artificiales del terreno. Tales montículos han sido descubiertos en el delta del Amazonas (en la Isla Marajó), en la provincia Mojos y en la región pantanosa del Paraguay superior (Xarayes), es decir, siempre en antiguas regiones de los arawak; en Mojos, estos montículos se han encontrado al lado de un sistema de canales muy ramificado, de modo que E. Nordenskiöld considera también ciertos tramos del Río Casiquiare, la famosa conexión acuática del Orinoco con el Río Negro (en lengua arawak "Río del Cacique"), como un canal construído por los arawak.

Además del cultivo altamente desarrollado de los arawak, también su cerámica constituye uno de sus grandes títulos de gloria.

Cerca de *Santarem*, en la desembocadura del Tapajoz, las excavaciones han proporcionado vasijas de barro con adornos figurativos, cuyo caprichoso estilo de carácter barroco recuerda vivamente la antigua cerámica costarricense y también la de las Antillas. Estas vasijas son muchas veces de tres soportes como las grandes urnas funerarias finamente pintadas de Mojos. Es éste también un rasgo extraño a la cerámica sudamericana, pero en cambio muy característico para la de Centroamérica. A otra cultura, más reciente, pertenecen grandes urnas funerarias en forma de figuras humanas estilizadas de los *Ríos Counany* y *Maracá* (Guayana Brasileña), que han sido halladas en galerías subterráneas o en grutas naturales, y que, como lo comprueban otros aditamentos de origen europeo, no fueron fabricadas sino hasta el siglo XVI o XVII. Tanto ellas como los ornamentos altamente desarrollados y ejecutados en pintura o relieve, de los *vasos de marajó*, denotan ciertas afinidades con regiones tan lejanas como Colombia. La misma orientación señalan las extrañas *figuras de piedra del Río Trombetas*, que muestran a un hombre en combinación con un animal acurrucado sobre su espalda: como algunas de las grandes figuras de San Agustín y Nicaragua. También los viajeros de antaño hablan de "ídolos" de piedra o de madera, que encontraron en las casas de cultos de los indios de esa región.

Aunque todos los hallazgos hasta ahora mencionados no manifiestan indicios de una influencia del *Perú antiguo*, ésta se ha hecho sentir, sin duda, en la región del Amazonas superior, según los relatos de la época del descubrimiento, pero no alcanzó efectos en el noreste de Bolivia; evidentemente, el clima de esta región, a la que además, selvas y ríos impetuosos dificultaban el acceso, no era propicio para el indio del altiplano; sólo en el Gran Chaco, las condiciones naturales le eran más favorables. Aquí los arawak se constituyeron en intermediarios de un tráfico que hizo llegar productos incaicos (hachas de metal, etc.) y noticias sobre el imperio incaico hasta los tupí costeños dando con ello lugar a expediciones portuguesas al misterioso país del oro, mucho antes de la conquista del Perú por los españoles.

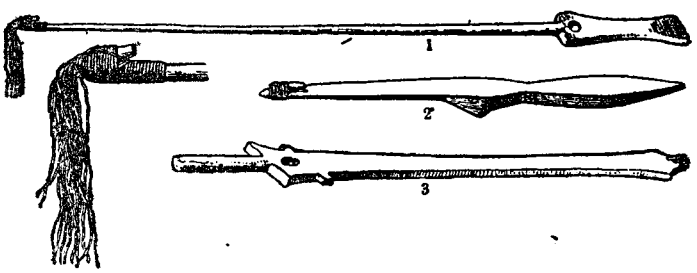
Con excepción de las tribus más primitivas (sirionó, etc.), todos los habitantes de las tierras boscosas tropicales son hoy en día *cultivadores*. Probablemente el cultivo se originó en Amazonia independientemente del cultivo mesoamericano del maíz, pero sí en relación con el cultivo peruano de la papa, porque también en Amazonia, el cultivo de un *tubérculo*, la mandioca, ocupa el primer lugar. De sus dos variedades, se cultiva en el oeste solamente la dulce (manihot aipi), en tanto que en el este y norte tiene preferencia la amarga y venenosa (manihot utilissima), cuya transformación en alimento de primer orden representa una obra admirable de los arawak. Debe también atribuirse a ellos la introducción del maíz y del tabaco, de los que por lo menos el último era originalmente desconocido para las tribus occidentales. Además, se cultivan batatas, ñame, frijol, ají, algodón, caña para flechas, y, de plantas originalmente no americanas, sobre todo plátano y caña de azúcar.

Igual que en las regiones boscosas de Norte y Centroamérica, aquí también los sembradíos suelen prepararse en desmontes (rocas). Los hombres derriban cierto número de árboles con el hacha de piedra, provocando algunas veces, para facilitar el trabajo, "tumbas de ventolera" artificiales; en seguida se quema el ramaje, dejando los grandes troncos en el lugar donde cayeron, entre los que las mujeres hacen, con un palo aguzado, agujeros para los plantones o semillas. La colocación de sembradíos sobre *montículos*, que mencionamos en líneas anteriores, se acostumbra todavía hoy entre los guató, los cuales cultivan su vegetal alimenticio principal (la palma acurí), sobre los lugares elevados de su comarca pantanosa, después de cubrirlos con fértiles fangos. Una prueba de la gran antigüedad del cultivo de árboles frutales, nos la proporciona el hecho de que otra palma, la pupunha (guilelmia) ya no puede reproducirse más que artificialmente. Contrastando con el Gran Chaco y el Brasil Oriental, se cosechan aquí las frutas de plantas silvestres sólo en escala muy reducida, y lo mismo puede decirse de productos recolectados del reino animal.

Ni siquiera la *caza* desempeña ya un papel sobresaliente, aunque, naturalmente, sigue siendo una fuente importante de alimentación, especialmente en la época del año que precede a la madurez de los frutos del campo. Los principales animales de caza son monos, pecaris, roedores (capivara y agutí) y aves; los animales grandes como tapires, jaguares y caimanes, se cazan poco; y los ciervos y venados son de importancia solamente para quienes viven en las sabanas. De los métodos de caza hay que hacer especial mención del chozo de caza en el Perú Oriental y Bolivia, y del biombo (de hojas) entre los paressí. Los mojo cazan el pato, valiéndose del mismo método que sus parientes en las Antillas Mayores, es decir, acercándose a las aves nadando y con la cabeza escondida dentro de una calabaza vacía. Entre las trampas figuran casi todos los sistemas; la de más vasta distribución es el lazo combinado con la "horca flexible", con que se agarran animales de todos tamaños, desde la paloma hasta el caimán; además, se conoce la trampa de cajón, la caediza, y, para la caza mayor o de hombres, también una especie de tiro autodisparo, (en el Marañón superior). La forma más primitiva de la *pesca* o sea, el agarrar a los peces después de echarles encima un cesto en forma de embudo, la encontramos en la Guayana y el Madeira superior. Con más frecuencia se pesca con arco y flechas comunes y corrientes, pero muchas veces también con flechas multifurcadas. El dardo para la pesca, horquillado en forma de tridente se usa, como en Norteamérica, también de noche a la luz de teas, y ha sido introducido, probablemente, sólo por los arawak, mientras que los arpones y flechas-arpones ya existían de antiguo en Amazonia. En cambio, la pesca con redes o anzuelos se practica poco, principalmente el método mencionado en último lugar, por haber impedido su desarrollo el pez llamado piranha (palometa), ampliamente distribuído, que tiene dientes sumamente filosos. Casi tan generalizado como la caza de pescados con flecha, es su envenenamiento con la savia de la liana timbú u otras plantas que se echa en el agua de algún brazo de río represado; también lo conocían los tupí orientales. A las trampas para la caza corresponden en la pesca cercas con nasas encajadas o

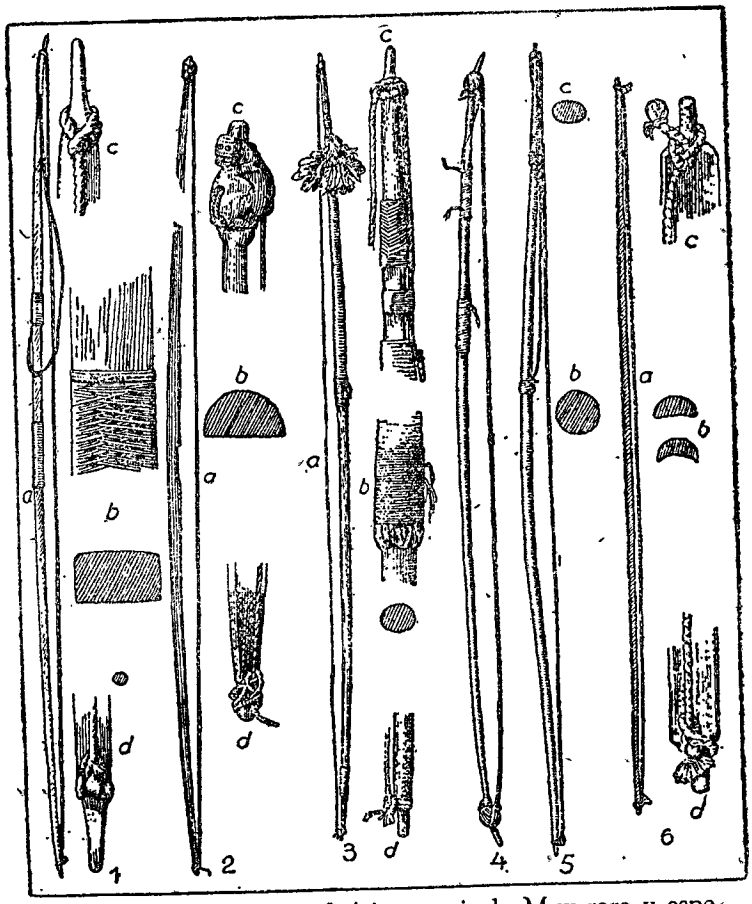
con plataformas a las que saltan los peces cuando suben los ríos en la época del desove.

Si hoy día, el arco se ha generalizado en todo el territorio de los bosques tropicales, no debe olvidarse que antiguamente había vastas regiones en el Amazonas superior, donde no se conocía y donde se usaba en su lugar el propulsor. Todavía en la actualidad, los jívaro, ticuna, cocama y konibo lo usan a veces para cazar tortugas; además, se le encuentra, evidentemente relegado a segundo término,

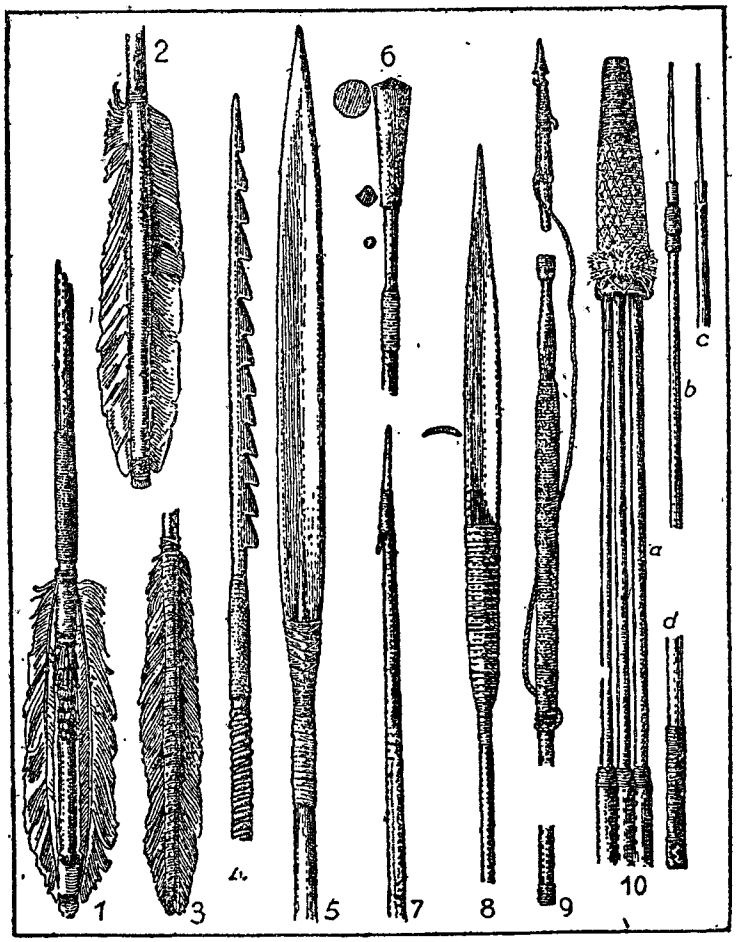


17. Lanzaderas de dardo; el tope (gancho) está atado con cordeles. El dedo índice es introducido en un agujero de la parte plana del mango (Nos. 1 y 3) o colocado en una concavidad del lado inferior (Nº 2). El Nº 1 procede de la región de las fuentes del Río Xingú, el Nº 2 del Marañón superior (kokama) y el No. 3 del Río Purús (purupurú). 1/8 del tamaño natural. Los originales de las figuras 1 y 2 se encuentran en el Museo Etnológico de Berlín y el de la figura 3, en el Museo Etnológico de Viena. (El Nº 3, según Krause.)

en el Purus superior, el Madeira (hojo), el Xingú y el Araguaya (carayá), unas veces en forma de tabla, y otras en la de bastón. Sin duda alguna, el propulsor es de antiguo arraigo entre las tribus occidentales, compartiéndolo con los pueblos andinos. Las tribus septentrionales, al extenderse sobre Amazonia, trajeron consigo un arco, cuya vara tiene uno de los lados aplanado o cóncavo y las puntas bien marcadas con ranuras, en contraste con el arco de corte transversal cilíndrico y extremos abultados, de los nómadas de las selvas y de los indios del Brasil Oriental; además, sólo raras veces alcanza el



18. Arcos de la zona selvática tropical. Muy rara y especialmente llamativa es la forma del arco de la figura *5)* (con extremos vueltos hacia atrás) y la cuerda de material animal, así como el amarre de ella (a través de uno de los extremos tallado e incrustado de concha) del arco de gran antigüedad de la figura *1)*. El arco Nº *4)*, que no procede de la región selvátiva tropical, fué incluído en la ilustración para fines de comparación con el amarre de la cuerda en los otros. Nº *1)* de procedencia yuruna; Nº *2)*, mundurukú; Nº 3), karajá; Nº *4)*, kayopó; Nº *5)*, auetó; Nº 6), región del Izana. (La letra *b* indica siempre la parte central o el corte transversal de ella, las letras *c* y *d*, los dos extremos). Tamaño de las piezas: Nos. *1)*, 3), *4)* y 6): 1/18, Nº *2)*, 1/17 y Nº *5)*, 1/22 del tamaño natural. (Los originales se encuentran en los Museos de Berlín, Viena y Copenhague. Según Hermann Meyer y Koch-Grünberg.)

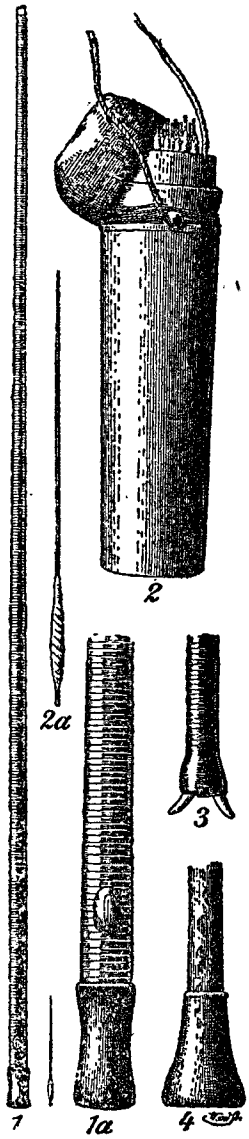


19. Flechas de la zona selvática tropical. La flecha *1)* (con guarnición tangencial de plumas) que no procede de la región indicada, fué incluída en la ilustración para fines de comparación con la guarnición radial de plumas de los Nos. *2)* y *3)*. Los Nos. *4)* y *5)* tienen las plumas redialmente dispuestas y los Nos. *6-8)* tangencialmente; los Nos. *9)* y *10)* no tienen plumas. Las puntas de *4)* y *6)* son de madera *5)* y *8)* de carrizo, *7)* de la púa de una raya. La flecha arponera Nº *9)*, con punta de hierro, sirve para la pesca de grandes peces, mientras que las flechas del Nº *10)* son usadas para la caza de grandes cuadrúpedos, como jabalí, ciervo, tapir y jaguar. (Para protegerse, el cazador carga estas flechas en una funda de hojas cubierta con un tejido de carrizo; *b-c*, puntas y extremo inferior de ellas). Nº *1)* de procedencia bororó; Nos. *2-5)* de la región de las fuentes del Xingú *(1)*, de los auetó, *3)* y *5)*, de las bakairí, *4)* de los kamayurá; *6-8)*, de los karajá; *9)*, de los yahuna; *10)*, de los umaúa y kabeua. Los originales se encuentran en el Museo de Etnología de Berlín. (Según H. Meyer y Koch-Grünberg.)

largo de este último. También se nota una diferencia en la circunstancia de que las flechas tienen casi siempre en Amazonia el emplumado radial y no tangencial. Ya en el capítulo anterior, conocimos tres tipos principales de flechas; otro cuarto tipo tiene un hueso puntiagudo o aguijón de raya injertado en el avanteasta de madera.

De modo parecido al arco, también la *cerbatana* ha extendido su área de distribución considerablemente desde la época del descubrimiento. Como arma verdadera, sólo puede usarse en combinación con un veneno de efecto rápido; sin embargo, de todos los antiguos relatos se desprende que las tribus indias en el norte de Sudamérica, del Amazonas inferior y de Mojos no conocían, en el siglo XVI, más que un veneno de efecto lento, que no puede ser idéntificado con el curare de los tiempos actuales, uno de los venenos más temibles que se conocen. Han sido probablemente tribus caribes de la Guayana las que descubrieron la extracción y preparación del curare de la corteza de una especie de Strychnos, y quienes lo difundieron junto con la cerbatana en dirección al oeste, donde todavía hoy día, los umaua gozan la fama de ser buenos "cocineros de veneno". En el área nororiental de su origen, el arma está hecha con una caña de arundinaria, metida en el tronquito de una palma ahuecada; la aljaba correspondiente para los dardillos de madera, se hace de cestería. En el oeste de Amazonia, tanto la cerbatana como la aljaba se hacen totalmente de madera, recubriendo dos mitades, longitudinalmente partidas, con tiras de corteza. Resulta muy significativo dado lo reciente de la distribución de la cerbatana, el hecho de que sea desconocida en todo el sureste de Amazonia y, por consiguiente, también entre la mayoría de las tribus tupí. El curioso hecho de que también se la encuentre aisladamente en una región tan lejana como la del Guaporé (entre los mojo, etc.), donde, por añadidura, está fabricada con una caña de bambú, muy poco apropiada debido a su grosor desigual, está relacionado, según Nordenskiöld, con la inmigración de los palmella, grupo de extracción caribe.

Es probable que la población más antigua de Amazonia no haya tenido originalmente canoas. El este y el sur de Sudamérica igno-



raban totalmente los vehículos acuáticos, y en los países andinos había *balsas* que, en realidad, eran la única clase de embarcaciones apropiadas para las impetuosas corrientes de la vertiente occidental de los Andes. Efectivamente, parece que todas las tribus más antiguas del este de Bolivia usaban antes balsas; según sus tradiciones, los yuracare —hoy día excelentes constructores de canoas— no llegaron a conocer la canoa, sino por conducto de los mojo. La balsa del Amazonas consta de siete palos dispuestos como los cañones de un órgano; debe considerarse como su descendiente la "jangada", que es una balsa perfeccionada por los europeos, todavía hoy en uso en el Amazonas. También los tupí orientales navegaban en sus costas con balsas de palos; aunque éstas son muy útiles para descender por los ríos, las subidas se dificultan mucho con ellas, de modo que sólo la introducción de la canoa, por conducto de los tupí, arawak y caribe, hizo posible las migraciones enormemente largas de éstos.

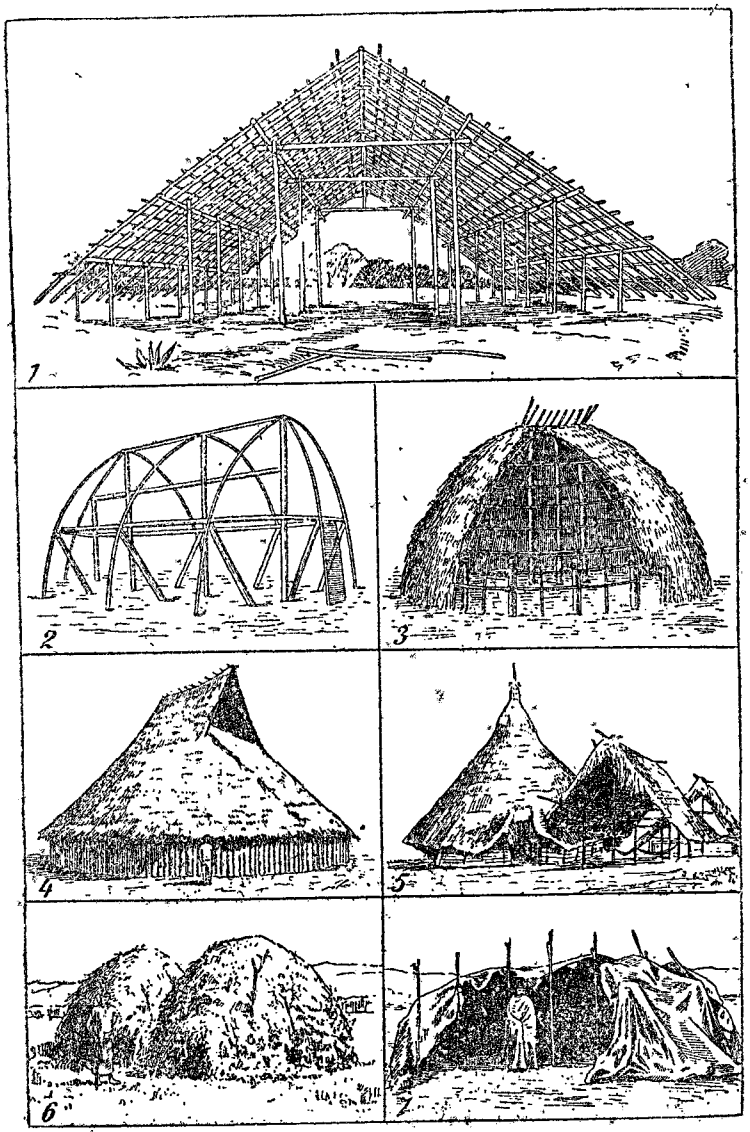
A la canoa de un solo tronco precedió, probablemente, la canoa de corteza, que se hacía en la Guayana, entre los tupí orientales, en la región del Xingú superior y por otras partes, siempre de forma idéntica, de una sola pieza grande de corteza, para cuyo desprendimiento se tenían que construir andamios alrededor del

Cerbatanas. Nº *1)* del río Yapurá; largo total: 3 ¼ metros (a su lado, una flechita a título de comparación). Nº *1a)* extremo inferior de la misma pieza con boquilla y mira (de dientes de roedor); Nº *2)* aljaba; *2a)* una flecha; *3)* boquilla de una cerbatana de los kokama, con colmillos de jabalí; *idem*, de los ríos Izana y Uaupés. (Museo de Etnología de Berlín.)

árbol. El indio del Amazonas es un navegante no menos atrevido que el canadiente, y no se acobarda ni aun ante las muchas "cachoeiras" impetuosas de los afluentes del Amazonas. Los caribe y tupí solían emprender también grandes travesías por mar, en las costas septentrional y oriental, en enormes canoas de una pieza, con cabida para cincuenta y más hombres. Igual que las embarcaciones, también la forma más primitiva del canalete sin muletilla queda confinada casi exclusivamente al oeste, inclusive los guató.

Un *canasto*, que tiene la forma de espuerta abierta en la parte trasera, sirve para el transporte terrestre en todas las regiones influídas por las tribus septentrionales (arawak, etc.), inclusive la región de las fuentes del Xingú. Las mujeres cargan a sus niños por medio de una cinta de líber o tejido, que apoyan sobre un hombro. Hay que incluir también en la categoría de los medios de transporte, el único calzado que se conoce en la región de los bosques tropicales: una sandalia de tallo leñoso hecho con la penca de la palma mauritia; la utilizan los indios de las montañas del Roroima durante sus marchas, para protegerse contra las cortaduras de las piedras con filo.

Aldeas, en el sentido propio de la palabra, las hay solamente muy raras veces. Es cierto que entre los carayá, las chozas, forman una fila mirando hacia la orilla del río; pero por lo regular, los paraderos sólo consisten en unas cuantas chozas o de una sola "maloca" enorme, que sirve de morada a todo un grupo. El estilo de construir las casas cambia frecuentemente, conforme a las estaciones del año. En la Guayana y el este de Bolivia, se pasa la noche en chozas-dormitorios herméticamente cerradas; mientras que los omagua y uitoto se protegen contra las inundaciones, durante la temporada de lluvias, por medio de *palafitos*. La principal área de distribución de estos últimos era y todavía es la costa septentrional, especialmente los alrededores pantanosos de la Laguna de Maracaibo. Fueron evidentemente tribus de esta faja costera (que, debido a dichos palafitos, fué llamada Venezuela, "la Pequeña Venecia"), las que introdujeron la construcción de palafitos en el interior de la Guayana, es



21. Tipos de construcción de casa entre los indios sudamericanos. *1)* tribus del Uaupé; *2)* yamamadí (río Purus); *3)* región de las fuentes del Xingú; *4)* makuna (río Apaporís); *5)* akkawaí (Río Massaruni); *6)* choroti; *7)* tehuelche. (El Nº 3), según un modelo en el Museo de Etnología de Berlín; los otros dibujos, según Koch-Grünberg, Ehrenreich, Appun, von Rosen y Vincent).

decir, en sabanas tan secas como las de la región de la Sierra del Roroima. Los paumarí del Purus inferior viven en chozas flotantes, construídas sobre balsas.

Paravientos y chozas cupuliformes, albergues primitivos del sur y del este, se ven ya muy raras veces; con alguna más frecuencia en el oeste, que es la región de repliegue de las viejas culturas. Muchas veces, el doble paravientos se ha transformado ya en techo a dos vertientes, posado directamente en tierra. La mayoría de las otras casas *rectangulares*, principalmente las vistosas *malocas* de la región de los Ríos Uaupés y Ucayali y del este de Bolivia, en las que un ancho techo de palma a dos vertientes descansa sobre una armazón de postes sin paredes o con los lados cubiertos de esteras o láminas de corteza, son consideradas por E. Nordenskiöld como una forma reciente y evolucionada bajo la influencia europea, pues toma el *estilo circular* por la forma que originalmente predominaba en los países amazónicos. Es difícil, sin embargo, resolver este problema, tanto más cuanto que existen curiosas formas transitorias, indudablemente no influídas, cuyo tipo básico muestra una casa con techo a dos vertientes y ábsides semicirculares, es decir, con planta ovalada (Amazonas superior y Purus, Paresí y Carayá), mientras que el resultado final de la serie evolutiva es una construcción que se parece por fuera a una típica "choza colmeniforme" (región de las fuentes del Río Xingú). El genuino representante del estilo circular es una casa grande con techo cónico que se encuentra en las regiones de la Sierra del Roroima y del Río Uaupés, así como entre los mojo y yamamadí; es evidente que este tipo, así como el embarrado de las paredes, son de origen arawak.

El indio amazónico comparte su habitación con numerosos animales amansados que le sirven en general sólo para su diversión, sin provecho económico alguno; se incluye aquí también la gallina que los europeos introdujeron en el siglo XVI. Ni siquiera se ha generalizado el único animal doméstico, el perro.

En cuanto al ajuar, el oeste usa *catres* mientras que en el este y norte se acostumbra la hamaca. Los arawak comparten con nu-

merosas tribus más primitivas la hamaca de malla de fibras de palma, mientras que los tupí y caribe han introducido las hamacas de algodón; estas últimas se usan también en los países civilizados de Mesoamérica, aunque allá no se emplean para dormir, sino como literas. También revelan influencias septentrionales los banquitos de madera en forma de figuras de animales, con cuatro pies o dos patines; su área de distribución es el este de las selvas tropicales (la Guayana, Carayá, región de las fuentes del Xingú), teniendo sus exactos equivalentes en las sillas de piedra o madera de las Antillas y del sur del oeste (entre los tucano, etc.), se encuentran de nuevo en Ecuador y Perú.

También los *trastes de cocina* muestran claramente el contraste que atraviesa la cultura de la selva tropical. Los tubérculos de la mandioca tienen que ser triturados primero, para cuyo trabajo se aprovechaba originalmente (Río Ucayali y Bolivia Oriental), en una forma rudimentaria, la raíz aérea armada de espinas, de cierta palma; en todo el resto de Sudamérica tropical han tomado el lugar de aquella forma primitiva unos ralladores artísticamente acabados, con piedras o espinas de palma engastadas. Una canasta-coladera o una estera de varitas sirve para trasladar la pasta así preparada; tratándose de la mandioca amarga, cuyo jugo es venenoso, se emplea, en cambio, una manga prensora trenzada (tipití), que está o estuvo distribuída en todo el norte de Amazonia y en el litoral brasileño, siendo, por tanto, de suponer que la deben de haber inventado los arawak, los tupí o los caribe. Entre las tribus septentrionales y orientales, se tritura el maíz en morteros de madera, mientras que en el este (desde el este de Colombia hasta el este de Bolivia), en cambio se le desmenuza con machacadores de madera o piedra, que se manejan como un tajo para picar carne. En seguida, se hacen con la harina tortas (beijús) sobre discos de barro o grandes bandejas planas, o se le cuece en ollas, para hacer papilla.

El fuego se obtiene con taladros y se atiza la lumbre con sopladores que, en el oeste, consisten en un abanico de plumas, y, en el norte y el este, de cestería de palma. Por todas partes se acostumbra

asar o acecinar pescados y carnes sobre parrillas piramidales o rectangulares, de cuyo nombre, en lengua tupí *bukeng*, se deriva la palabra "bucanero".

En la mayor parte de la selva tropical (con excepción de la región de las fuentes del Río Xingú), se prepara el "*cashiri*", bebida débilmente alcohólica, hecha con mandioca, maíz o frutos de palma, agregando a la masa preparada en grandes artesas de madera pedazos de beijú previamente masticados. Los *narcóticos* que se conocen, son: entre las tribus noroccidentales, las hojas de coca, que se mascan con cal, como en la región andina colindante; en el oeste, el caapí, bebida que se prepara, hirviendo la corteza de una liana (banisteria); el extracto de la corteza del estramonio (datura), así como un polvo estornutatorio al que se le da el nombre de niopo, paricá o curupa. Este último se extrae de la semilla de una mimosa; se introduce en la nariz, inhalándolo o aspirándolo por medio de un hueso hueco. El tabaco se fuma en la forma de cigarro puro, es decir, envuelto en una capa de hoja o en un cucurucho que llega a tener, en la región del Río Uaupés, el enorme largo de 34 centímetros, y que se agarra con una horquilla de madera tallada. Los carayá emplean pipas primitivas hechas de folículos. Es probable que las toscas pipas de madera de las tribus pano en el Río Ucayali hayan sido inspiradas en tales dechados, perfeccionándolas (bajo la influencia de los europeos), con una boquilla de hueso de mono.

Debido a que la planicie aluvial de Amazonia carece casi por completo de piedras, sólo las *hachas* indispensables para desbastar la madera tienen hojas de piedra, las cuales se fijan bien encajándolas en el extremo abultado del mango (región de las fuentes del Xingú), sujetándolas en la dobladura de una rama flexible (nambikuara) o, finalmente, amarrándolas a un mango de manera parecida a las hachas de forma de una "T" del Perú antiguo (en la región del Ucayali y Beni). Los dientes de roedor, con un mango, sirven de escoplos; las quijadas de piranha o astillas afiladas de bambú se utilizan como cuchillos; valvas de concha de raspador; y huesos puntiagudos, de leznas. En el oeste, principalmente en Bolívia Oriental, se trabaja

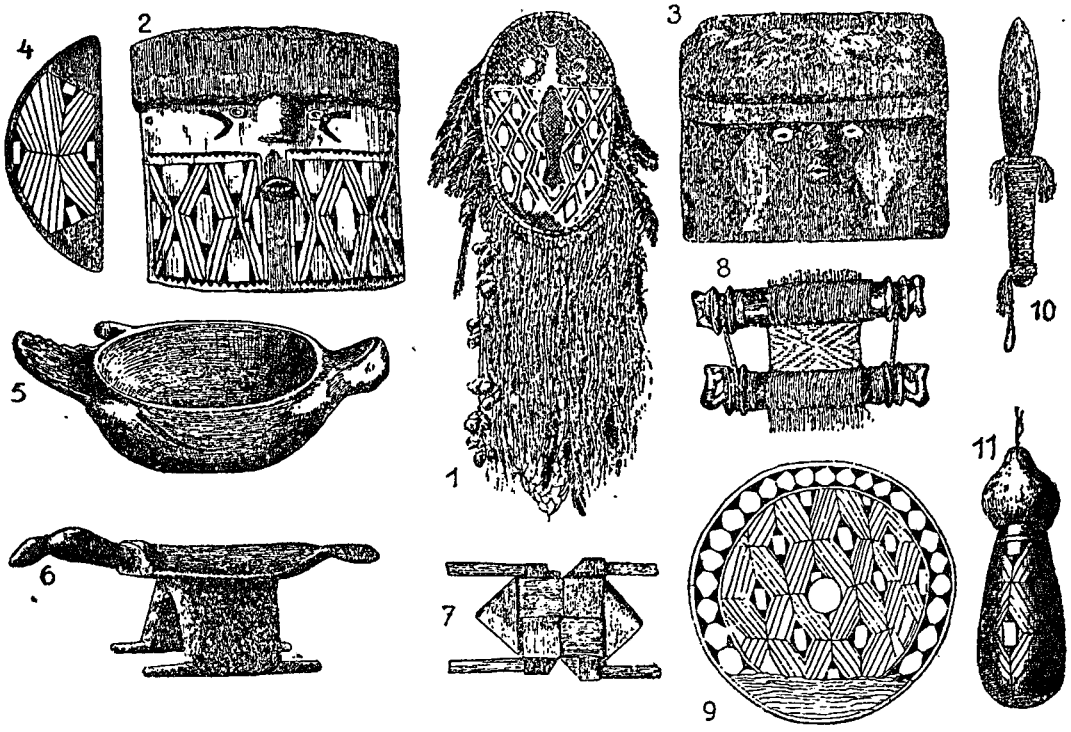
la capa interior de la corteza de higueras silvestres para hacer *lienzos de corteza*, macerándola con un mazo estriado. Originalmente, los tupí, arawak y caribe ignoraban la preparación de lienzos de corteza, pero en cambio, los arawak fueron en toda la región de los bosques tropicales, los grandes maestros en cerámica y cestería, así como en el arte de hilar y tejer. Naturalmente, todas estas artes ya se practicaban en varias regiones amazónicas antes de la expansión de los arawak, pero sólo bajo la influencia de éstos llegaron a su auge.

Contrastando con el Gran Chaco, las vasijas de barro de Amazonia, tanto las prehistóricas como las modernas, muestran pocas semejanzas con la cerámica de los Andes. Claro que los tupí poseían su propia cerámica típica, cuyas características son grandes urnas con tapadera y ornamentos de impresiones digitales, pero este arte era relativamente primitivo. En todas partes, las vasijas de barro se forman con rodetes de barro y, en la Guayana, Venezuela, el noroeste de Brasil, entre los jívaro y pano, antes de meterlas al horno se las pintan dibujos geométricos y cubren con un barniz brillante; la decoración plástica que les dan la figura de animales, no se encuentra hoy día más que en la región de las fuentes del Xingú. De las calabazas, que en muchas regiones han sido probablemente las precursoras de las ollas, procede la costumbre de proveer el borde de las vasijas con agujeros para cuerda, faltando casi siempre las asas. En Amazonia, los trabajos de malla se utilizan poco en comparación con la cestería que, en la gran mayoría de los casos, se hace en técnica escalonada de dos hebras, y que dan una idea del largo trayecto que la evolución ha recorrido desde los primitivos cestitos de los sirionó, hechos de una sola hoja de palma, hasta las magníficas bandejas de cestería y cajas con tapadera de la Guayana y del noroeste del Brasil. La cestería enrejillada de tres hebras, viene probablemente del norte de Sudamérica, porque se ve poco o falta por completo en el oeste, el este y el sur. La decoración de la cestería con delicados motivos en negro, que en el sur son triángulos o losanges sencillos y en el norte rectángulos concéntricos o grecas, se convirtieron en dechados para toda la ornamentación siempre geométrica de Amazonia, a la que se reduce

el arte del indio selvático, pues la plástica desempeña hoy día, en contraste con los tiempos antiguos, un papel muy secundario; ni siquiera en las máscaras de los danzantes se pretende conseguir una representación realista.

En Amazonia, también el arte de hilar y tejer tiene, en lo esencial, un origen septentrional, probablemente arawak. Claro que se conocía en el oeste un huso de rotación horizontal, que semeja al utilizado en el antiguo Perú, pero con los hilos no se fabricaban originalmente más que cintas angostas por medio de un telar primitivo. Los arawak introdujeron el huso y telar verticales, en el que los hilos de la urdimbre, en contraste con el del antiguo Perú, se arrollaban en los palos extremos, de modo que el producto tiene la forma de una banda sin fin. Una tela de esta clase, sólo que más ancha y en forma de una manga de algodón, es el *tipoy*, la principal prenda de vestir de las mujeres entre los mojo, paressí, chiquitos, guaraní y otros; es probablemente un desarrollo de la banda-portaniños. En cambio, el *kushma* —camisa sin mangas, para hombres, de lienzo de corteza o de algodón, que acostumbran usar muchas tribus del este del Perú y Bolivia— es una prenda típicamente occidental del antiguo Perú, cuya vasta difusión fué fomentada por los misioneros en tiempos postcolombinos. Los kushma de corteza de los yuracare y los de algodón de los konibo están ricamente adornados con dibujos pintados o aplicados por medio de sellos.

En tiempos anteriores a la difusión de las mencionadas prendas de vestir, la mayoría de las tribus amazónicas andaban *desnudas*, salvo algunos dispositivos insignificantes, cuyo propósito era más bien el de proteger los órganos genitales que el de cubrirlos, y que incluyen en la región al sur del Amazonas, el cierre del prepucio, amarrándolo con un hilo o por medio del cinturón, y el portapene, este último principalmente entre las tribus tupí; también pertenece a esta clase de objetos el pequeño triángulo de corteza (uluri) de las mujeres de la región de las fuentes del Xingú, que tiene sus equivalentes en tapas pubianas encontradas entre los hallazgos de Marajó. Al norte del Amazonas predomina el taparrabos de algodón para



22. Arte de los pueblos de la región de las fuentes del río Xingú. Nos. *1-3)*, máscaras; Nº *4)*, volteador de beijú; Nº *5)*, escudilla de barro; Nº *6)*, banquillo; Nº *7)*, figura de cestería; Nº *8)*, peine; Nº *9)*, disco de hueso; Nº *10)*, maza para danza; Nº *11)*, recipiente formado de una calabaza. El ornamento más apreciado del arte xingú es, al lado del "uluri", el "mereshu" que está representado en los Nos. *1)*, *2)*, *4)* *9)* y *11)*. Se originó probablemente de la cestería, aunque se suele interpretar, en sentido realista, como "pescado en la red". La representación de pescados en las máscaras (véanse Nos. *1)* y *3)*) resultà muy significativa, porque demuestra, en unión con el dechado del mereshu, que las máscaras servían originalmente para la magia de la pesca. Las figuras plásticas representan: el Nº *5)*, un lagarto; el Nº. *6)*, un pájaro; el Nº *8)*, jaguares. El Nº *7)* representa un sapo. Los Nos. *1)* y *11)*, proceden de los bakairí; Nº *2)*, de los auetó; Nos. *3)*, *4)*, *9)* y *10)* de los kamayurá; Nos. *5)*, *6)* y *8)* de los mehinakú; Nº *7)* de los nahuquá. Tamaños: Nº *1)*, 1/17; Nº *2)*, 1/7, Nº *3)* 1/10 del tamaño natural. Todos los originales se encuentran en el Museo Etnológico de Berlín. (Según Karl von den Steinen.)

hombres, que fué introducido ya en tiempos europeos, y para mujeres un delantalillo (tenga) que se teje con abalorios; en algunos casos, se encuentran también delantales de fibra llevados por hombres (región del Uaupés) y bragueros para mujeres (carayá).

Un estado de transición hacia el adorno lo presentan los anchos cinturones o corsés, muy ajustados al cuerpo, de corteza, lienzo de corteza, algodón o sartas de abalorios, entre los que son las más curiosas las panceras de los umana, de corteza pintada. En muchos casos son debidas a la creencia de que son buenas para aumentar la fuerza física; idea en que también se basan los adornos de los brazos y piernas, consistentes en cintas muy apretadas, que suelen ponerse muchas tribus de los caribe. Entre los carayá, unos puños tiesos en las muñecas, hechos de algodón en labor de punto, son distintivo de los solteros. Los grandes discos auriculares, como los que llevaban los pueblos del sur, del este y del oeste, no se encuentran más que entre los koto, tribu tukano en el río Napo inferior, donde alcanzan el enorme diámetro de trece centímetros, y que, por tal motivo, fueron llamados "orejones" por los españoles. Entre otros grupos, las orejeras consisten en plumas o varitas delgadas. Son también costumbres aisladas, el pesado bezote de piedra (tembetá) de los tupí orientales, que llegó a difundirse entre los carayá; y los discos de concha, con los que antiguamente los miranya y mayoruna desfiguraban las aletas de sus narices. Por lo común, se lleva en el labio inferior solamente un perno delgado en forma de clavo, de resina, hueso o concha, o pequeños bodoques de madera, conforme a la edad del individuo (carayá); y, en el tabique nasal, anillos, varitas o plumas, es decir, una forma de adorno de los pueblos civilizados que se difundió hacia el este hasta la Guayana y el Xingú superior. El *tatuaje* se practicaba por medio de punción, raras veces por incisión; lo encontramos principalmente entre los tupí centrales (mundurukú, apiaká), yurí y passé, en forma de una banda alrededor de la boca o como dibujo de rayas que cubre todo el cuerpo. El tatuaje es, en lo esencial, un distintivo tribal, mientras que la *pintura* con urukú (roja) y genipa (negra azulada), dos colores que se extraen de la

semilla de ciertos árboles, se aplica con motivo de todas las fiestas; en todo el oeste, se usan sellos de madera, como en la región de los Andes.

Los peinados complicados se ven sólo raras veces; hay tonsuras frontales o coronales, en el este entre los yuruna y bakairí, donde todavía se hacen sentir influencias de los ge; en cambio, las trenzas se observan en el oeste. Para el aseo del cabello sirven peines compuestos de palillos de madera de palma, unidos con hilos. En ninguna otra parte de América ha alcanzado el *adorno de plumas* un desarrollo tan rico como en la región de los bosques tropicales. Los tupinamba y mundurukú llevan espléndidos gorros y capotes de plumas, los mojo enormes coronas de plumas, los carayá abanicos nucales, al norte del Amazonas los caribe y tukano se distinguen por sus vendas y diademas de plumas, de muy buen gusto. El forro de los gorros y capotes consiste en una red en la que se fijan las plumas de arara, papagayo, ibis o garza; para los otros adornos, un arco de cestería forma la base. También se conocen mosaicos en los que las plumas están cosidas sobre telas (mojo, oyana) como en el antiguo Perú. Los materiales para collares o pectorales constan de dientes de animales, huesos de fruta, folículos, élitros tornasolados de coleópteros (en el oeste), piedras y conchas; en la región del Uaupés, los cilindros de cuarzo perforados son considerados como objetos de gran valor. No son raros los casos en que tales joyas u otros productos industriales como hachas de piedra, vasijas de barro, hamacas, canoas o venenos para flecha, son fabricados por ciertas tribus y difundidos, por medio del trueque, hasta comarcas lejanas.

De las *condiciones sociales* de la mayoría de las tribus sudamazónicas sabemos por lo pronto tan poco, que tenemos que ocuparnos más bien del norte, apoyándonos en las escrupulosas investigaciones de Pablo Kirchhoff. La verdadera comunidad económica y de vida de la mayoría de los pueblos cultivadores no es la tribu, que por todas partes representa un vínculo poco rígido, por deber su consistencia principalmente a la lengua y cultura comunes, sino la *macro-familia* que es idéntica con la aldea o que por lo menos forma su núcleo.

Entre los wapishana, en el noroeste del Brasil y entre la mayoría de las tribus del este del Perú, esta entidad es patrilocal, de modo que consiste en el jefe de familia con mujer y niños, y las mujeres y niños de los hijos adultos; en cambio, entre los caribe de la Guayana, guarauno, bakairí, carayá y tupí costeños, es matrilocal, es decir, los maridos jóvenes viven, después de su matrimonio, con la familia del suegro. Solamente el cacique (tuxaua), por lo regular el jefe de la macro-familia y, por lo tanto, también jefe de la aldea, así como el hijo mayor señalado como sucesor, géneralmente llevan su mujer a su casa, aun en la macro-familia matrilocal. En tales casos, un yerno o un hijo de él puede competir con el hijo como pretendiente a la jefatura (por ejemplo, entre las guarauno). También en la macro-familia patrilocal, cuando el jefe no tiene hijo ni hermano, un yerno que vive en su casa, suele adquirir la dignidad de jefe por casamiento (región del Uaupés). En la mayoría de los casos, el jefe goza de poca autoridad; sólo se ocupa de la organización de trabajos comunes (construcción de la casa, cacerías y pescas), recibe a los visitantes y arregla conflictos. Probablemente, no llegó a generalizarse la institución de jefes tribales, sino hasta que se estableció el contacto con los europeos, que impusieron este cargo a uno de los jefes de la aldea. Solamente con motivo de guerras, se juntaban varias aldeas ya en tiempos anteriores, para elegir a un capitán.

Frecuentemente y sobre todo entre las tribus meridionales, encontramos un agrupamiento algo más estrecho de los hombres solteros, que se juntan a vivir en un "club" (chakobo, mojo, mundurukú, bakairí, carayá, etc.). Esta casa sirve simultáneamente para guardar los utensilios de danza y de dormitorio para los visitantes.

Entre los arawak costeños (lokono y guajiro), por un lado, uitoto y miranya, por otro, topamos con formas de una organización superior. Todas estas tribus se dividen en numerosos *clanes* exógamos que llevan nombres de animales o plantas, y que se rigen, en cuanto se refiere al primero de los dos grupos mencionados, por el principio matrilineal, y, en cuanto al segundo grupo, por el patrilineal. Al sur del Amazonas, hay tribus tupí y otras, con clanes que se reparten

(como entre los pueblos ge) entre dos "mitades" exógamas (mundurukú, parentintin, tikuna). Los clanes de los uitoto están todavía localizados, porque cada uno de ellos vive por separado en una gran casa de clan; entre los arawak, ya se han diseminado entre varias aldeas.

Con esta organización en clanes surge, por lo regular, una posición más elevada del jefe, es decir, del jefe de clan. Le es permitido, por ejemplo, tener varias mujeres, vive en un apartamento especial de la casa y se hace servir por "esclavos". Entre los guajiro, que se han transformado bajo la influencia de los europeos en criadores de ganado, la posesión de rebaños es el criterio decisivo para el prestigio de clanes y jefe, de modo que ya existe el germen de una estratificación en "estamentos". Hay datos sobre esclavitud principalmente de los caribe, tupí, uitoto y miranya. Los oyama llamaban a este estado de servidumbre "peito", palabra que, en su sentido estricto, señala entre las tribus matrilocales, a los yernos que están obligados a trabajar para el suegro, pero en su sentido más lato, se aplica también a otras personas a las que se hace trabajar en provecho propio y, finalmente, a los prisioneros de guerra. Tribus enteras pueden vivir en un estado de servidumbre de esta índole, como, por ejemplo, los oyampi, ya próximos a extinguirse, con respecto a los enérgicos y aguerridos oyana. A estos hombres, se les considera más bien como miembros de la familia que como esclavos, porque también se casa a los prisioneros de guerra con miembros del clan o se les adopta. En cambio, entre los tupí costeños, después de haberles dado buen trato a los prisioneros de guerra y aun haberlos casado con hijas o hermanas de sus dueños, se les mata con motivo de una gran fiesta, para comerlos.

En la mayoría de los casos, la persecución de los culpables no es de la incumbencia de los jefes, que no son más que árbitros, encargándose de ella el particular o el grupo social que ha sufrido el daño. Esto se refiere en primer lugar a la venganza. Entre los guajiro, el clan se encarga de su consumación; en cambio, en la Guayana central

el vengador rompe todos sus vínculos con su familia y persigue a su víctima con el fanatismo de un obseso.

El *arte de la guerra* había alcanzado un nivel más alto solamente entre las tribus políticamente mejor organizadas, por ejemplo, entre los manao que antiguamente estaban unidos en una liga, entre los jívaro, miranya y mundurukú; mientras que se concretaba, en la mayoría de los casos, a asaltos aislados. Donde se hace uso del arco como *arma guerrera*, hay por lo regular varios tipos de flechas exclusivamente destinadas a este objeto, como las flechas para duelos de los yurakare, con sus puntas de madera de sección triangular. Las otras tribus emplean para la guerra dardos, lanzas con puntas de madera, bambú o hueso (jívaro, mundurukú, carayá) y mazas de las más diversas formas. Frecuentemente tienen la figura de "macanas", es decir, mazas-espadas de dos filos, muy largas y en forma de remo y que terminan en un corte cóncavo (este del Perú). Los tupí orientales poseen mazas que rematan en un disco plano; en la Guayana existen mazas muy cortas y cuadradas, que tienen probablemente su origen en mangos de hacha. En muchos casos, las mazas ya no se usan más que como utensilios de danzas o de deporte, de igual manera que los escudos en la región del Uaupés y entre los guarauno. Los escudos se encuentran principalmente entre tribus que luchan con lanzas y mazas. Escudos circulares de cuero, algunas veces, como en Asia, con doble asa y abombadura (kashinaua, kulino) se usan o se usaban en el oeste desde el río Inírida hasta el río Jurua; también los jívaro poseen escudos circulares, pero de madera. Mientras que en este caso puede pensarse en una relación con el escudo del antiguo Perú, la existencia de un escudo oblongo de madera o cestería entre los umaua y mojo resulta un fenómeno bastante aislado en América. Los primeros relatos mencionan fortificaciones con empalizadas y "gases venenosos" (vapores de pimienta) como medios de combate entre varias tribus amazónicas.

Las cabezas-trofeo están bastante generalizadas entre los tupí. Los mundurukú disecan las cabezas cortadas de sus enemigos, después de untarlas con aceite vegetal, para adornarlas finalmente con

plumas y ojos artificiales. Del este de Bolivia hay datos sobre copas hechas de cráneos y trompetas de fémures de enemigos muertos en combate. También es conocido, entre una tribu caribe al este del medio Xingú, el *trofeo de piel*, originario de los países andinos, o sea la piel facial y el cuero cabelludo. La variante más notable de este trofeo es el "tsantsa" de los jívaro, o sea la piel entera de una cabeza, reducida al tamaño de un puño. Conforme a la creencia de los jívaro, es en este tsantsa donde habita el alma del enemigo muerto en combate, la venganza de la cual debe neutralizarse por medio de una gran fiesta, durante la que se le amedrenta mediante gesticulaciones amenazantes, ruidos y danzas, mientras que se elimina toda enemistad de parte de ella, bañando la cabeza en un líquido mágico. A partir de este momento, el trofeo resulta un fetiche de buena suerte, que siempre acompaña al guerrero que lo ha conquistado. La misma idea priva en la práctica de comerse a los enemigos muertos en combate y a los prisioneros de guerra; costumbre que antiguamente era muy común entre los tupí orientales y centrales, así como entre los mirañya y kashibo.

Los hombres de las tribus organizadas en macro-familias, *se casan* frecuentemente con mujeres de la misma aldea, prefiriendo parientes cercanas, como, por ejemplo, la hija de una hermana, o de una hermana del padre o de un hermano de la madre, lo que sería imposible entre las tribus organizadas en clanes. No son raros los casos en que se contrae matrimonio ya desde la infancia de la mujer; también es costumbre, principalmente entre las tribus matrilocales, que el pretendiente pague al suegro la primera mujer con sus servicios, entregando, para las siguientes, solamente algún obsequio. La poligamia es general entre los caribe de Guayana y los guarauno, muchas veces en la forma del "sororato" (casamiento con varias hermanas) o del "levirato" (casamiento de la viuda con el cuñado); las mujeres viven todas bajo el mismo techo, o separadas, cada una en su casa.

Entre las *ceremonias matrimoniales* figura la curiosa costumbre de los indios del río Uaupés, de raptar la novia, aparentemente a

viva fuerza, después de una fiesta perfectamente amigable. El brujo, raras veces también el jefe, reclaman entre algunas tribus (kulino, yurí, passé, etc.), el *jus primae noctis*.

Al nacer un niño, los arawak y los caribe septentrionales, algunas tribus tupí (mundurukú y omagua), los yurí y los yurakare observan la "covada", es decir, el padre permanece algún tiempo acostado en la hamaca, absteniéndose de trabajar y dejando de comer la carne de ciertos animales, porque se le considera ligado al recién nacido de una manera especialmente estrecha. En el oeste, desde los otomako hasta las tribus pano, se acostumbra la circuncisión inmediatamente después del nacimiento o algún tiempo más tarde; entre algunas tribus (omagua, tikuna, konibo), se practica la misma operación también en las niñas, a las que se les corta el extremo del clítoris. La madurez sexual de niños y niñas da motivo para nuevas ceremonias; además de que la muchacha tiene que permanecer algún tiempo en ayunas y en un lugar apartado dentro de la casa, muchas veces con el cabello rapado, también se la somete a severas pruebas, principalmente a una escarificación con rascadores especiales, así como a flagelaciones hasta hacer brotar la sangre (piaroa, región del río Uaupés, etc.). Además de todas estas penitencias, los jóvenes tienen que resistir en la Guayana, entre los maühé y otras tribus, las pruebas de hormigas y avispas, durante las que se les expone a los piquetes de dichos insectos, encerrados en jaulitas de cestería. La escarificación, flagelación y el tormento de insectos no quedan restringidos a la ceremonia de pubertad, sino que frecuentemente forman también parte del ritual para la elección de jefes, consagración de brujos y ceremonias fúnebres, así como del ceremonial de las sociedades secretas. La escarificación se practica también durante la curación de enfermos, o antes de emprender un viaje o de salir de cacería. Como ejemplos cito aquí la danza maquarri de los arawak costeños, que se lleva a cabo con motivo de algún fallecimiento, y de la ceremonia de la sociedad secreta que organizan algunas tribus arawak de la región del Orinoco y del Içana para celebrar la madurez de los frutos del campo. Otras formas de penitencia son: provo-

car sudores, sahumarse, tomar rapé de paricá, beber jugo de tabaco, caapí u otros narcóticos.

Para explicar todas estas costumbres curiosas, R. Karsten recurre al muy desarrollado *animismo* de los indios amazónicos. Poseídos de la idea de perpetuas amenazas de parte de espíritus malignos, los cuales son, naturalmente, más peligrosas durante las fases críticas de la vida humana —concepción, nacimiento, pubertad, casamiento, enfermedad o muerte— esos indios tratan de encontrar medios y recursos a su alcance para contrarrestarlas. Algunas veces basta la simple huída, como en el rapto fingido de la novia, o también la astucia: los apapokuva, guarauno por ejemplo, dan a un enfermo desahuciado otro nombre, con lo que también le dan otra alma, para despistar al demonio. Pero en general esta actitud pasiva no es suficiente, por haberse ya el demonio posesionado del hombre, y entonces resulta indispensable, *librarse* de él mediante un acto de purificación, y de *inmunizarse* contra futuros ataques por medio del robustecimiento de las propias fuerzas mágicas. La razón por la que el cortarse el cabello y el sangrarse son específicamente eficientes, estriba en el hecho de que se consideran el pelo y la sangre como morada por excelencia del alma y, por consiguiente, amenazados en primer lugar. La muy difundida idea de que los espíritus malignos penetran de preferencia en el cuerpo humano a través de sus aberturas, explica, según Karsten, tanto la circuncisión como también los adornos de orejas, labios y narices, los cuales no tienen solamente un carácter exornativo, sino también el de amuletos. Conceptos similares están asociados con la pintura corporal, el tatuaje, los tocados de plumas y los adornos del cuello.

Es probable que estos conceptos anímicos formen una capa más reciente frente a la creencia en una *fuerza mágica* todavía totalmente impersonal: el "veneno", que es, según la idea de muchas tribus septentrionales, la causa de todas las enfermedades, fallecimientos y accidentes; en la Guayana central, se le llama canaima —evidentemente un paralelismo con el orenda o wakonda norteamericano—. Los taulipang, para combatirlo, hacen uso de *fórmulas mágicas* que

pueden ser adaptadas a las circunstancias de cada caso y que, además, no solamente deben contrarrestar la magia opuesta, sino que también tienen que fortalecer la propia. En la mayoría de los casos, sin embargo, se pide la ayuda del brujo (piay, payé), el cual, como por todas partes en América, desaloja la materia dañina en forma de una astilla de madera, una piedrecita, etc., por medio de sus manipulaciones, soplando, chupando o estrujando la parte enferma del cuerpo. Además de todo esto, el brujo aplica su magia al tiempo o a la fertilidad, conjura los espíritus, se eleva por medio de ayunos o narcóticos, a un estado visionario, para entrar en relaciones con el mundo de los espíritus y para averiguar de esta manera, cuáles son los peligros que amenazan de parte de otros brujos. Esta interpelación de los espíritus durante la narcosis de caapí, forma parte, entre los jívaro, de los actos mágicos más usuales, que practican no solamente el brujo, sino también en la fiesta del tsantsa, los parientes y amigos del guerrero dueño del trofeo.

También las diferentes *màneras de deshacerse de los muertos* resultan muy ilustrativas para comprender el animismo de los indios amazónicos. La idea de que el difunto todavía pertenece al círculo de los vivos, da lugar a que las tribus del río Uaupés, tupí centrales, etc., efectúen el entierro en la casa misma, o que las tribus del Purus y los carayá levanten una choza "ad hoc" sobre la fosa. Lo que se busca es el modo de evitar que el peso de la tierra moleste al cadáver; a esto se debe el sepultamiento en cuevas, bóvedas sepulcrales o en grandes urnas, como es la costumbre principalmente entre los guaraní, teniendo probablemente esta costumbre su origen en los países civilizados del oeste. El alma del difunto mora en los huesos; esta creencia da motivo al sepultamiento secundario de los huesos descarnados y no pocas veces pintados, en canastas o vasijas de barro; es ésta una costumbre que predominaba en tiempos antiguos en la región del Amazonas inferior y que, más recientemente, existe sobre todo entre los arawak (guajiro, ipuriná, mojo) y algunas tribus tupí (omagua, oyampi). En la región del río Tapojoz, se conservan los cadáveres enteros por medio del humo, para guardarlos en chozas

especiales y para venerarlos con ofrendas y danzas; también el sepultamiento en plataforma, que los guarauno practican, pertenece a este conjunto de ideas. La creencia en el renacimiento condujo a los mayoruna a la costumbre de comerse los cadáveres. Varias tribus de la región de los ríos Uaupés, yapurá y ucayali, y en la época del descubrimiento también ciertas tribus del Amazonas inferior, tostaban y molían los huesos, para comerse el polvo mezclado con cerveza de maíz u otras bebidas. La destrucción completa del cadáver mediante su cremación sólo se acostumbra en algunas regiones del este del Perú y entre los oyana.

A menudo, la creencia en *demonios* y *espíritus* estriba en el concepto de las almas de difuntos, como lo comprueban los "camiri" de figura esquelética, de los ipuriná. Al lado de ellos hay numerosos espíritus de la naturaleza, principalmente gnomos de la selva y seres acuáticos, que acechan al hombre y cometen toda clase de travesuras. Aparecen bajo la apariencia de enanos o gigantes; con más frecuencia, sin embargo, en la de animales, como "yurupary", el espíritu jaguar de los tupí orientales, y "nucaima", el espíritu de los paressí. Sólo a estos seres van dirigidos los actos rituales mágicos, cuyo objeto no es solamente la defensa contra los peligros que amenazan de parte de los espíritus de la naturaleza y de los difuntos al hombre mismo, a sus plantas alimenticias y a los animales de caza, sino también el de favorecer la reproducción de estos últimos; frecuentemente, estos propósitos encuentran su expresión dramática en *danzas de máscaras*. En el noroeste (entre las tribus del Uaupés y los jurí y tikuna) los danzantes, que se cubren todo el cuerpo con una envoltura de lienzo de corteza, adornado con pinturas y flecos, representan a los demonios y expresan mímicamente cómo sus funestas actividades quedan contrarrestadas por las de otros espíritus benignos; para conseguir una abundante reproducción de los frutos del campo y animales de caza, sirve una danza fálica. Entre los oyana y los carayá, los danzantes llevan en la cabeza adornos de cestería con mosaicos de pluma, y, en la región de las fuentes del Xingú, burdas máscaras faciales de madera, que también representan a espíritus animales;

además, hay entre los carayá y bakairí, "trajes" completos con pantalones y mangas, tejidos de palma o hierbas resistentes que, sin embargo, sólo aparentemente semejan a trajes europeos, caracterizándose como verdaderos disfraces por el hecho de que tienen exteriormente indicados aun los órganos sexuales. Entre los carayá, se busca aún hoy la manera de esconder estas máscaras cuidadosamente ante las mujeres; lo que ya no ocurre en la región del Xingú superior.

Con excepción de los grandes tambores de hendeduras que, en el noroeste (entre los tucano, uitoto y jívaro), se usan principalmente como instrumento de señales, y de la bramadera que ya se ha vuelto, casi en todas partes, simple juguete de niños, todos los *instrumentos musicales* están más o menos relacionados con los actos mágicos o rituales. Sólo en Bolivia oriental es desconocida la sonaja de calabaza, la que en general pertenece al equipo del brujo; además, hay cinturones de sonajas, de cáscaras de fruta o pesuñas, bastones de ritmo y varios instrumentos de viento, entre los cuales la flauta de Pan es originaria de los países andinos, por ser idéntica a la del antiguo Perú, no sólo en cuanto a su aspecto exterior, sino también a su escala tonal y su tonalidad absoluta. Las flautas de caña y trompetas de madera (con pabellón de calabaza) son, sin duda, de origen remoto en la región misma, pero las que tienen embocadura lateral han sido transformadas según los dechados de los instrumentos musicales que introdujeron los negros. Parece que también el tambor de piel es, en la mayoría de los casos, de procedencia africana o europea, siendo por tal motivo desconocido en las tribus del río Xingú superior en el año de 1884, entonces todavía sin contacto europeo. En cambio, de antiquísimo origen americano introducido y difundido por los arawak, es el *juego con pelotas* de caucho, macizas o huecas, que sólo deben lanzarse con la cabeza, el hombro o el pie. Con la mano, en cambio, se lanza la pelota hecha con hojas de maíz entretrenzadas.

En la región de las selvas tropicales, la creencia en *dioses* significa indudablemente un adelanto logrado por los pueblos de mayor cultura, especialmente los arawak, los tupí y las tribus influídas por ellos. Sin embargo, a estos dioses se les hace, también entre ellos,

49. Abrigos de salea de bisonte pintados del lado interior, de los cazadores de las praderas (tribu sioux). Izquierda, motivo solar, estilo masculino. Derecha, motivo geométrico, estilo femenino.

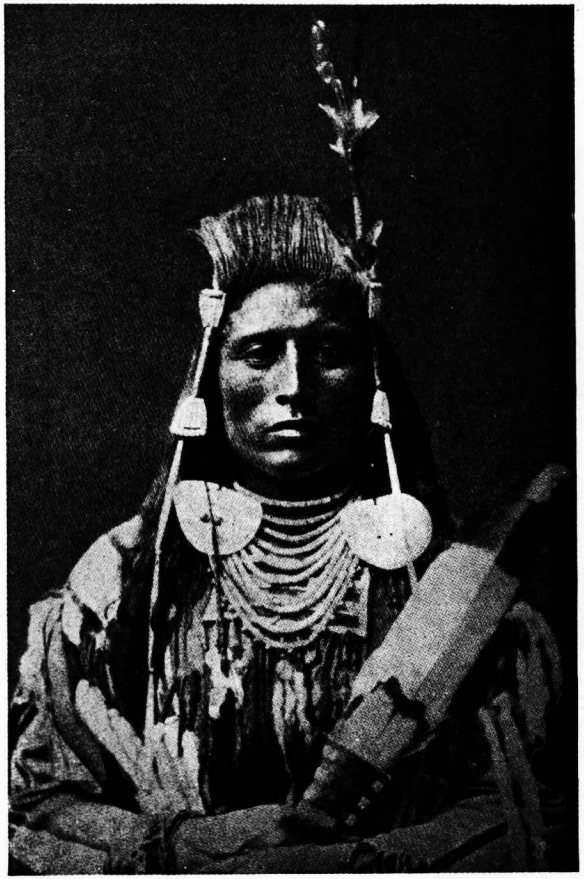
50. Guerrero de los indios foxes; muscuaqui. (Según el príncipe de Wied.)

51. Indias yahgan. (Según Hyades y Deniker.)

52. La danza del sol de los indios dakotas. (Según J. Owen Dorsey.)

53. Instrumentos de astas de alce y de hueso para la preparación de pieles. Indios cheyenes y omaha. (Del Museo de Etnología de Berlín.)

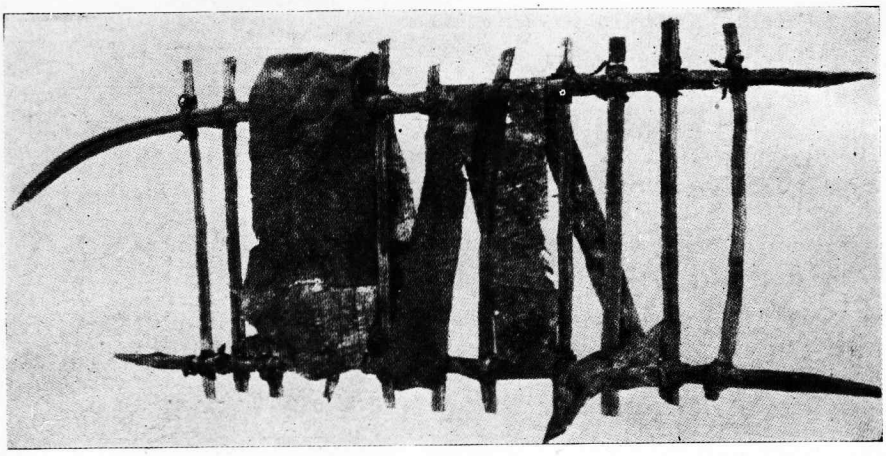
54. El interior de una casa subterránea de las tribus del río Misuri (Mandan). (Según el príncipe de Wied.)



55. Guerrero de los indios crow. (Según una fotografía del Museo de Etnología de Berlín.)

56. Indio kiowa. (Según una fotografía del Museo Nacional, Smithsonian Institution.)

57. Familia de indios de la pampa, con abrigos de piel y vendas frontales tejidas. (Según una fotografía del Museo de Etnología de Berlín.)

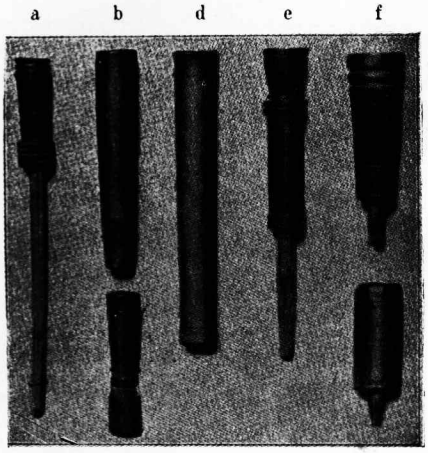


58. Cuna portátil de los onas. Largo máximo 70 centímetros. (Según Lothrop.)

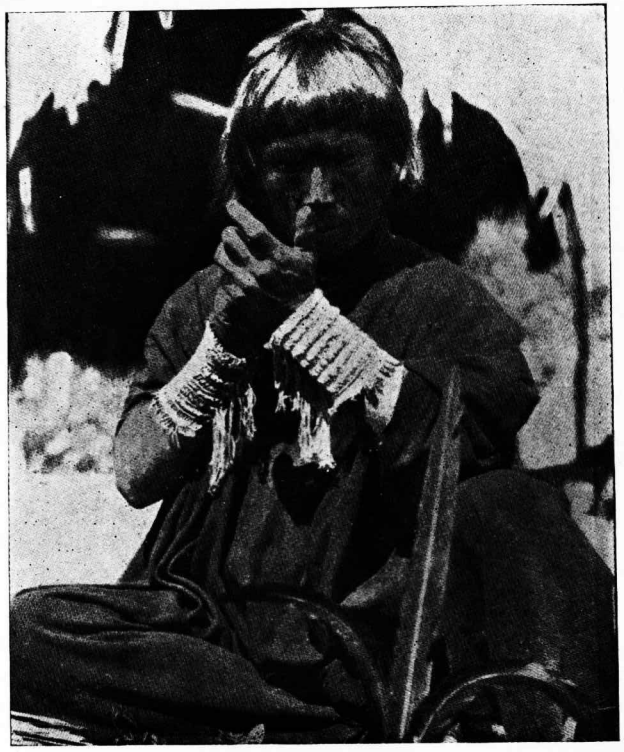
59. Escena de una cacería en la Patagonia, demostrando la aplicación de la bola de una y de la de tres piedras. (Según un dibujo de Musters.)

60. Muchacha kadiuéo, con pintura facial. (Según una fotografía de Boggiani.)

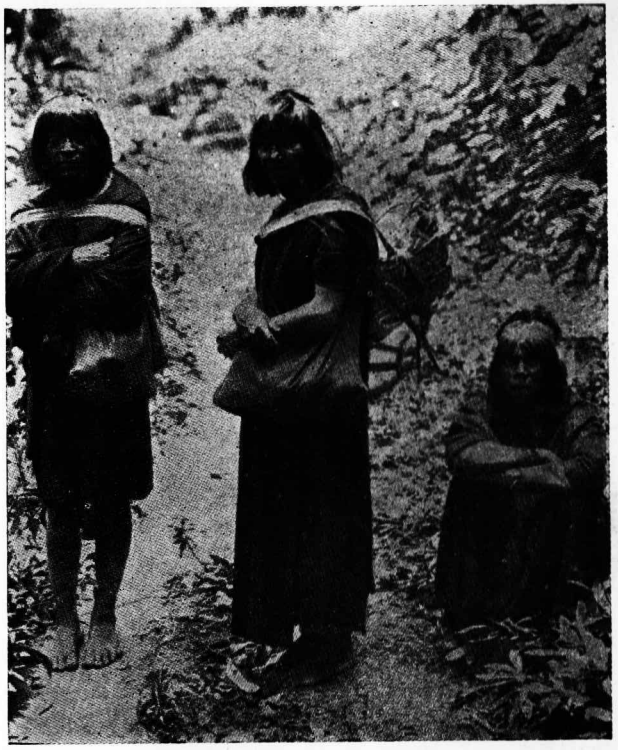
61. Indio choroti, taladrando lumbre. (Según von Rosen.)



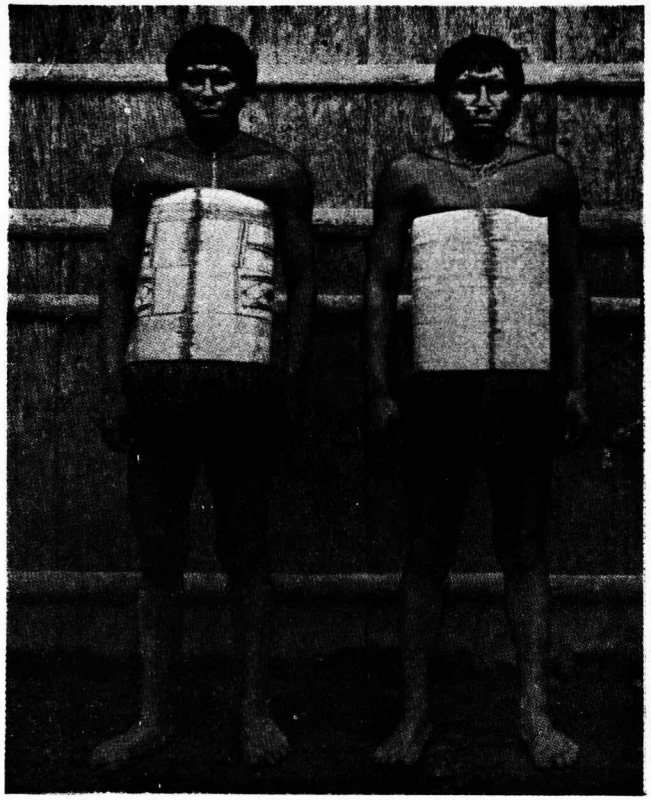
62. Pipas de fumar de madera, de los indios del Chaco. *a* y *e*, de los kadiuéo; *b*, de los toba; *c* y *d*, de los chiriguano; *f* y *g*, de los payaguá. *c*, tiene boquilla plana; *g*, tiene dibujos esgrafiados (motivos bíblicos). Estas pipas son, con toda seguridad, formas antiguas derivadas del "cucurucho de fumar" (⅓ del tamaño natural, aproximadamente). (Según una fotografía propiedad del Museo de Etnología de Berlín.)



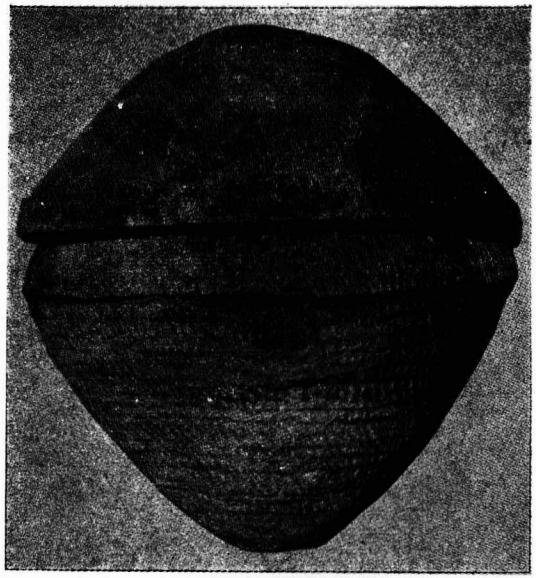
63. Jefe chuncha (chiriguano) pintándose el rostro, tarea a la que los chunchas son muy aficionados y que realizan todos los días. (Según *Razas humanas*, vol. II.)



64. Indios chunchas (chiriguanos). Tres indios chunchas en su ocupación ordinaria de portadores de mercancías a través de las selvas poco menos que impenetrables. Su traje revela el contacto de estas gentes con pueblos más civilizados. (Según *Razas humanas*, vol. II.)

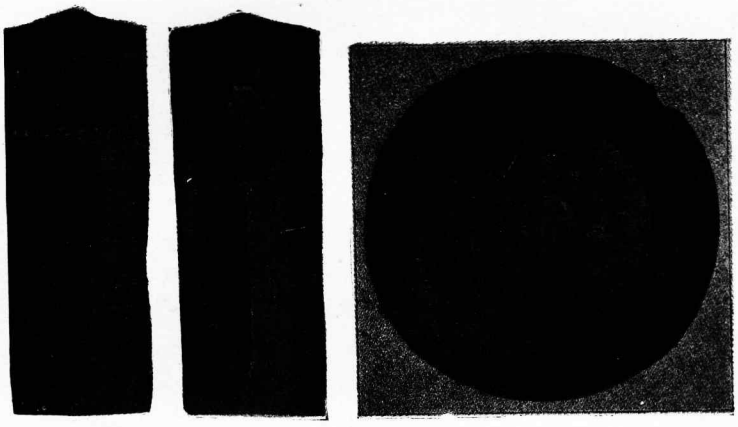


83. Indios hianocoto. Estos forman una subtribu de los umaúa, los caribe del alto Uaupés. Son interesantes las varitas con que se perforan la nariz y, sobre todo, la especie de corsé con que se oprimen el tronco. (Según Koch-Grünberg.)



84. Urna funeraria (con tapadera) de los guaraní del Paraná superior. Con ornamentos hechos con impresiones digitales. (Del Museo de Etnología de Berlín.)

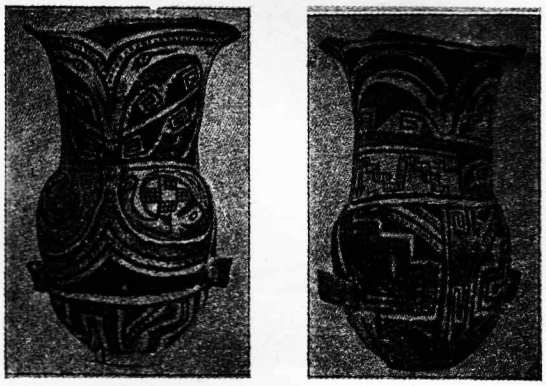
a



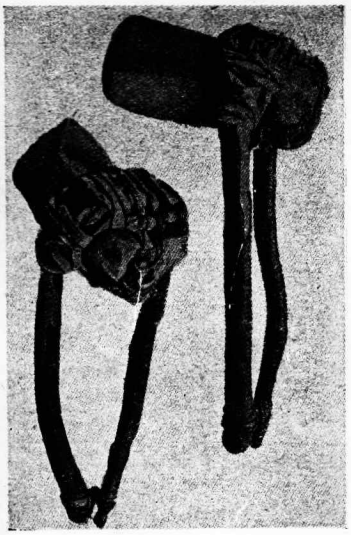
b c

85. Rodelas sudamericanas. *a.* Danza de armas de los juri con rodelas de piel de tapir. *b.* Escudo de madera de los tapanyuna (río Tapajoz superior); anverso y reverso. c. Rodela de madera de los jívaro. (*a*, según Martius; *b* y *c*, según originales del Museo de Etnología de Berlín.)

86. Una tzantza (chancha). (De *Razas humanas.)*

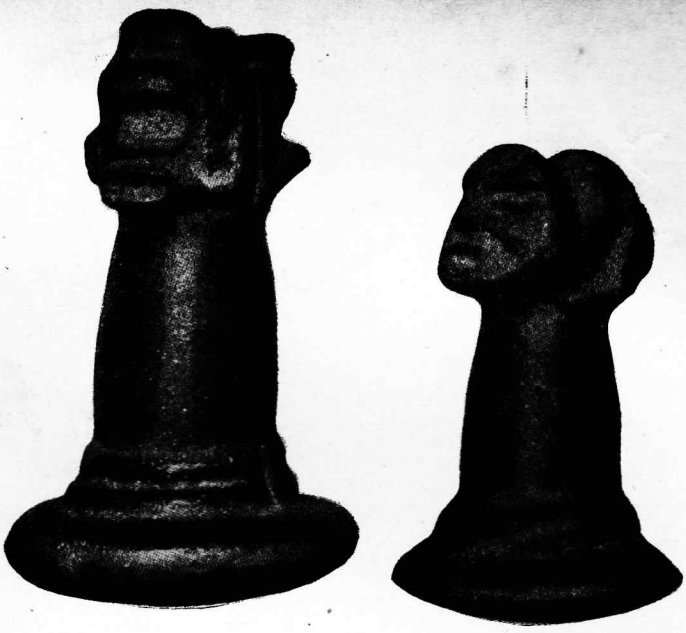


87. Urnas funerarias de los indios diaguita, policromas, para el enterramiento de niños. Encontradas durante unas excavaciones en el valle de Yocavil (noroeste de Argentina). (Según Boman.)

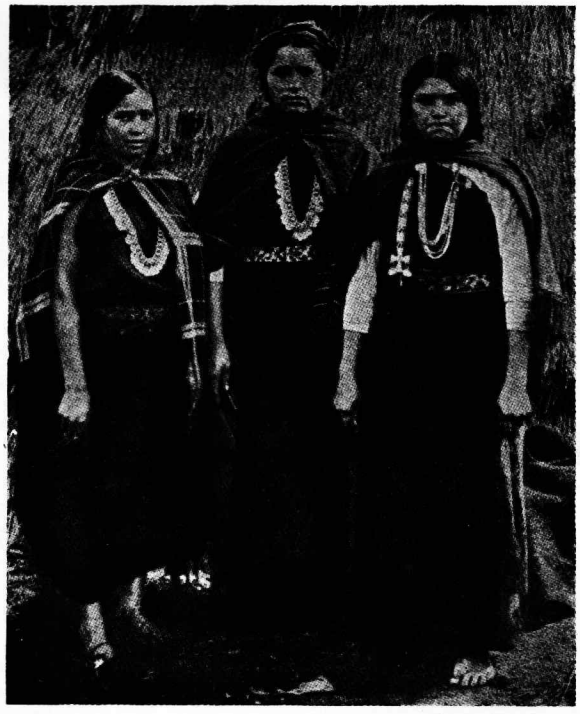


88. Martillo de piedra, burdamente enastado. Vista lateral y posterior. De Chuquicamata, provincia de Antofagasta, Chile. (Según Boman.)

89. Ornamento en forma de una placa de bronce, de Andalgalá, provincia de Catamarca, Argentina. Una placa muy parecida fué encontrada en Tiahuanaca (Según Posnansky.)



90. Manos de mortero, de piedra. De Haití. (Del Museo de Etnología de Berlín.)



91. Jóvenes araucanas. La joven de la fotografía de la izquierda va ataviada al estilo clásico del país, con el acsu, la capa, la gran aguja para sujetarla y gran número de pesadas joyas. Las de la derecha, no menos típicas por el aspecto de su rostro, llevan la misma indumentaria, salvo pequeñas variantes.

mucho menos caso en la práctica ritual que en la mitología que llega a su apogeo con la grandiosa leyenda de la creación del mundo, tal como la poseen los tupí costeños, y que contiene toda una serie de generaciones de héroes civilizadores. Menos complejos son los mitos tribales de los makushi, bakairí, tupí centrales y los yurakare, en los que ocupan una posición central los héroes culturales gemelos, que casi siempre son descendientes del sol, y que amoldan los hombres y les traen las plantas de cultivo, que anteriormente estaban en poder de los animales. Los uitoto conceptúan el dios solar Husiniamui acompañado por el primer padre Moma, una deidad típicamente lunar, que es mortal pero que, sin embargo, vuelve a resucitar siempre. Aunque estas leyendas muestran muchos rasgos afines a mitos norteamericanos, la explicación de los fenómenos naturales revela todavía con frecuencia una mentalidad ingenuamente infantil; por ejemplo, en el caso de los bakairí que toman el sol por una pelota de plumas, la que se tapa de noche con una olla.

2. El grupo de las cordilleras

En los tiempos más antiguos, vivía en el norte de Chile y el noroeste de Argentina una población cuyo nivel cultural alcanzaba, en la costa, más o menos el de los *pescadores magallánicos* y, en el interior, el de los *cazadores pampeanos*. Un resto de esta capa cultural primitiva ha sobrevivido hasta los tiempos modernos de los *changos* costeños, que se llamaban uro en el siglo XVI (es decir, igual que el grupito de pescadores de la Puna boliviana), y que en aquel entonces ocupaban el territorio de Pisagua hasta Huasco, mientras que, desde que Frezier visitó aquel litoral (1712), quedaron confinados a la angosta faja de la costa alrededor de la bahía de Cobija. Alrededor del año 1830, A. d'Orbigny calculó su número en unos 1,000 individuos, pero hoy día es probable que ya no quede más que una insignificante fracción de esa cifra. Desgraciadamente, no se sabe nada sobre su lengua. Vivían casi en forma exclusiva de la pesca y de la caza de focas que perseguían sobre balsas compuestas de dos pieles de

morsa infladas, acopladas y movidas con canalete de pala doble, matando a dichos animales con pequeños arpones; además aprovechaban para alimentarse los crustáceos, huevos de aves marinas y algo de vegetales que conseguían de los atacameños, así como, de vez en cuando, la carne de cabras ya introducidas en la región. Sus moradas eran "toldos" de la forma primitiva que ya conocimos al tratar de los ona, o sea, paravientos de piel de morsa, extendidas sobre postes de madera o costillas de ballena clavadas en el suelo. Sus cargas las llevaban a cuestas en espuertas cónicas, hechas en forma parecida a la de los pima, con unas varas de madera unidas con cestería y provistas de una cinta frontal. Entre sus vasijas se mencionan conchas marinas y estómagos de foca. La cerámica y el arte de tejer no pasaban de un estado rudimentario y seguramente habían sido adoptados de sus vecinos sólo en tiempos relativamente recientes.

Muchos rasgos de este cuadro etnográfico, los volvemos a encontrar en las *antiguas capas culturales de Arica*, en los límites con el Perú, que, por otro lado, ya revelan no pocas influencias de una cultura superior. Por consiguiente, encontramos en ellas el uso de propulsores, arcos y nasas, además de arpones, redes y anzuelos.

Los antiguos pescadores de Arica no navegaban en el mar en balsas de odres inflados, sino de juncos, como los huarpe y araucanos en los lagos del otro lado de los Andes. También para otros usos, los juncos (totora) eran de mayor importancia en esta cultura de Arica que las pieles; con ellos se cubrían los toldos y se hacían esteras, bolsas, prendas de vestir y cuerdas. Los utensilios de piedra muestran, al lado de formas paleolíticas (que aún prevalecen más hacia el sur, en Taltal), también otras neolíticas, entre ellas puntas de flecha y morteros. El resto de utensilios y armas (anzuelos, arpones) se hacían de espinas o huesos. Ollas y tejidos faltan todavía; en su lugar, se encuentran cestos hechos en espiral, algunas veces impermeabilizados por medio de ciertas resinas, como en la Tierra del Fuego; y trabajos de malla, iguales a los del Gran Chaco y Brasil Oriental.

También la *indumentaria* de los pescadores de Arica semeja a la de los fueguinos, porque se limita a delantales de piel o fibras, y

morsa infladas, acopladas y movidas con canalete de pala doble, matando a dichos animales con pequeños arpones; además aprovechaban para alimentarse los crustáceos, huevos de aves marinas y algo de vegetales que conseguían de los atacameños, así como, de vez en cuando, la carne de cabras ya introducidas en la región. Sus moradas eran "toldos" de la forma primitiva que ya conocimos al tratar de los ona, o sea, paravientos de piel de morsa, extendidas sobre postes de madera o costillas de ballena clavadas en el suelo. Sus cargas las llevaban a cuestas en espuertas cónicas, hechas en forma parecida a la de los pima, con unas varas de madera unidas con cestería y provistas de una cinta frontal. Entre sus vasijas se mencionan conchas marinas y estómagos de foca. La cerámica y el arte de tejer no pasaban de un estado rudimentario y seguramente habían sido adoptados de sus vecinos sólo en tiempos relativamente recientes.

Muchos rasgos de este cuadro etnográfico, los volvemos a encontrar en las *antiguas capas culturales de Arica*, en los límites con el Perú, que, por otro lado, ya revelan no pocas influencias de una cultura superior. Por consiguiente, encontramos en ellas el uso de propulsores, arcos y nasas, además de arpones, redes y anzuelos.

Los antiguos pescadores de Arica no navegaban en el mar en balsas de odres inflados, sino de juncos, como los huarpe y araucanos en los lagos del otro lado de los Andes. También para otros usos, los juncos (totora) eran de mayor importancia en esta cultura de Arica que las pieles; con ellos se cubrían los toldos y se hacían esteras, bolsas, prendas de vestir y cuerdas. Los utensilios de piedra muestran, al lado de formas paleolíticas (que aún prevalecen más hacia el sur, en Taltal), también otras neolíticas, entre ellas puntas de flecha y morteros. El resto de utensilios y armas (anzuelos, arpones) se hacían de espinas o huesos. Ollas y tejidos faltan todavía; en su lugar, se encuentran cestos hechos en espiral, algunas veces impermeabilizados por medio de ciertas resinas, como en la Tierra del Fuego; y trabajos de malla, iguales a los del Gran Chaco y Brasil Oriental.

También la *indumentaria* de los pescadores de Arica semeja a la de los fueguinos, porque se limita a delantales de piel o fibras, y

capotes de piel de foca o vicuña; para el aseo del cabello utilizan cepillos, en lugar de los peines introducidos posteriormente.

Los cadáveres se enterraban en posición extendida y envueltos en esteras o pieles. Lo que llama la atención en una cultura por otro lado tan primitiva, es el tratamiento cuidadoso que se dió a los muertos: después de sacarles los intestinos, volvieron a rellenarse las cavidades del cuerpo y, finalmente, se cubrió la cara y todo el cuerpo con una capa de barro. No cabe duda que todo ello es el resultado de influencias peruanas.

La propagación de la alta cultura del Perú en el primer milenio de nuestra era, estuvo acompañada en Arica por un reagrupamiento étnico, y dió finalmente como resultado que las tribus de las regiones limítrofes del área cultural peruana propiamente dicha, tomaran el carácter de avanzadas o dependencias de la alta cultura, sin perder con esto su propia idiosincrasia étnica. El mismo proceso ya lo encontramos una vez en las regiones limítrofes septentrionales de la cultura mexicana. Los indios pueblos de allá se corresponden en la América del Sur, con los atacameños, los *pueblos meridionales* de la *Puna* y los diaguita; y los yuma y los californianos meridionales (entre los que sólo existen unos cuantos elementos de la cultura superior), con los araucanos, comechingón y jurí. Por desgracia no sabemos nada de las lenguas de estos pueblos, excepto de los araucanos, motivo por el cual tenemos que considerarlos, por lo pronto, lingüísticamente aislados.

Los atacameños, hoy reducidos a insignificantes restos, poblaban antiguamente todo el desierto de Atacama, inclusive la "Puna de Atacama" colindante; sus principales poblados estaban ubicados en la región del río Loa, como ha podido comprobarse por medio de las excavaciones en las cercanías de Calama y Chiuchiua. Boman considera también como atacameños a los antiguos pobladores de la Puna de Jujuy y aun a los de los valles andinos del noroeste de Argentina, mientras que Vignati los incluye en otras tribus. Estos valles de los Andes al sur del Nevado de Acay, es decir, la mayor parte de las provincias argentinas actuales de Tucumán, Catamarca, la Rioja

y San Juan, eran antiguamente territorios de los diaguita o *chalchaquí*, como se les llama según el nombre de una de sus subtribus que se distinguió particularmente, en tiempos pasados, en las luchas contra los españoles; hoy día han sido absorbidos totalmente en la población mestiza y han perdido también, ya desde hace mucho tiempo, su antiguo idioma.

Lo mismo puede decirse de algunos pueblos más pequeños al norte de los diaguita, entre los cuales eran los más importantes los *huamahuaca (omaguaca)* en la "Quebrada" (que de ellos tiene su nombre). Al este de los Andes, acercándose ya mucho a la Pampa y al Chaco, vivían los *comechingón* y sus parientes (sanavirón, etc.) en la sierra de Córdoba y en las llanuras colindantes por el este y sur, así como los jurí (a los que no hay que confundir con la tribu mencionada anteriormente entre los ríos Dulce y Salado en la actual provincia argentina de Santiago del Estero). Algunos etnólogos consideran a estos últimos como lule, a pesar de que este pueblo del Chaco, genuinamente nómada, tiene bien poco de común con los jurí sedentarios y cultivadores. De las lenguas de los comechingón y jurí no nos quedan más datos que unos cuantos toponímicos.

De la prehistoria de los diaguita y atacameños sólo es posible exteriorizar conjeturas, a pesar de la abundancia de materiales arqueológicos que nos han proporcionado las investigaciones de los últimos cinco años. Casi no hay todavía hallazgos que pudieran ayudarnos a remontarnos a tiempos de gran primitividad, semejantes a los de las capas inferiores de Arica y Taltal. Parece que a los diaguita precedió en algunas regiones (valle de Lerma, etc.) una antigua población tupí, según lo que indican los sepulcros con urnas burdamente trabajadas y sin decorado, que contienen esqueletos de individuos adultos. En el sitio arqueológico de Pampa Grande (provincia de Salta), estos sepulcros se encuentran siempre debajo de típicos sepulcros diaguita. Superposiciones de esta clase se hallan, hasta ahora, sólo raras veces en el noroeste de Argentina, de modo que el origen y desarrollo de la cultura diaguita sigue siendo un problema muy discutido. Debenedetti busca sus raíces en la cultura de Tiahua-

naco del altiplano peruano; Uhle distingue tres fases, vinculando cada una de ellas sucesivamente con las culturas proto-nazca, tiahuanaco e incaica; las tres fases poseen una cerámica pintada, cuyo decorado muestra en la primera el "estilo dragón" o "estilo de los barreales"; en la segunda, el "estilo de Santa María". Discrepando de Uhle y de Debenedetti, Boman rechaza una derivación peruana directa de estos dos estilos, tomándolos en cambio, por formas artísticas esencialmente independientes, que recibieron sólo sus primeros impulsos de influencias peruanas, las cuales no se hicieron sentir en Argentina, sino hasta después de la cultura de Tiahuanaco, y las considera como simultáneas y recientes, en vista de que las excavaciones comprueban la existencia de ambos estilos en la época incaica y aun en los primeros tiempos de los españoles. Serrano trata de reconciliar las dos opiniones: según él, la cultura diaguita es la creación de tres tribus lingüísticamente afines, cuyos estilos artísticos nacieron en épocas distintas —el estilo dragón seguramente primero— bajo la influencia de las culturas peruanas, pero que después coexistieron, compenetrándose mutuamente. Este proceso fué interrumpido cuando el inca Huiracocha conquistó Tucumán, a principios del siglo XV. Posteriormente, la calzada imperial de Chile, atravesando la Puna, pasó por el valle de Calchaquí, en el que probablemente el complejo arquitectónico de La Paya, indica la permanencia de una numerosa guarnición de los inca.

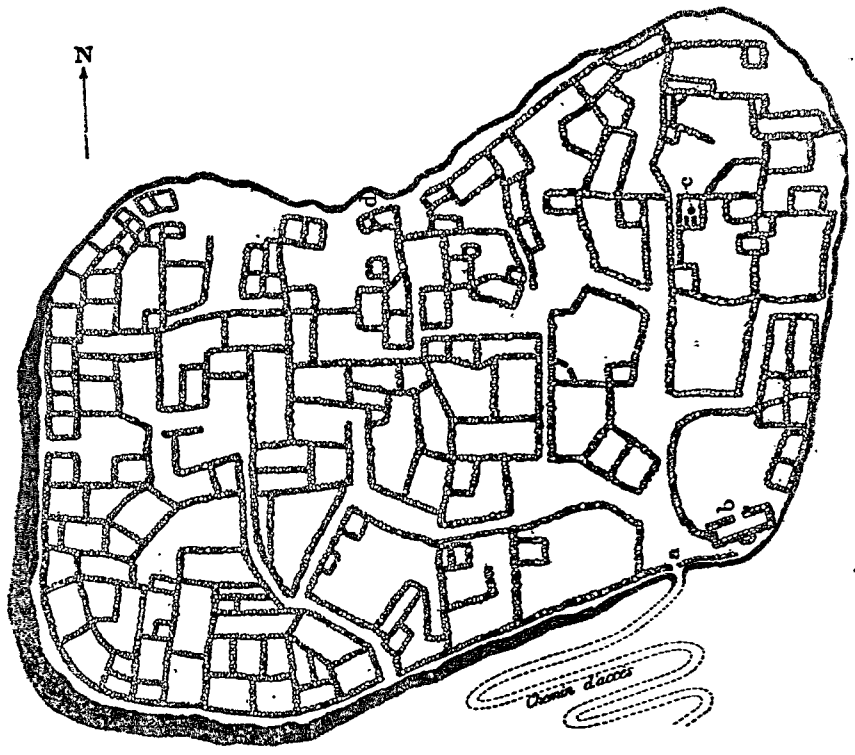
A época más reciente que la cultura diaguita parece pertenecer la de los *atacameños*, cuyos antepasados siguieron todavía viviendo, evidentemente por largo tiempo, al nivel de los changos, debido al medio ambiente poco favorable del desierto de Atacama, porque, entre los hallazgos de Arica, la cultura atacameña desarrollada se presenta sólo después de que la cultura de Tiahuanaco ya estaba extinguida. En la misma época, la cultura atacameña debe probablemente haber conquistado también la Puna argentina y las regiones adyacentes, donde sus restos aparecen en numerosos sitios arqueológicos, principalmente en La Paya, al lado de los restos de otros pueblos. Sin embargo, tomándola como un todo, su difusión y el grado

de su desarrollo no llega a alcanzar el nivel de la cultura diaguita, que le superaba palpablemente en arquitectura, cerámica, escultura en piedra y metalurgia.

La antigua *arquitectura de piedra* del noroeste de Argentina revela su derivación de la antigua peruana, tanto en la técnica, como en la disposición de los edificios. Las paredes de sus casas se levantan de "pirca", una fábrica de piedras lajas sobrepuestas sin argamasa; y las casas mismas, cuyas plantas son rectangulares o redondas, se construyen pegadas las unas a las otras como los panales de una colmena. Ambos elementos, paredes de "pirca" y "construcción en panal", se conocían desde tiempos remotos en el altiplano peruano (el último de ellos también en la costa). En vista de que a las casas de los diaguita les faltan frecuentemente las puertas, por ejemplo en la antigua ciudad de Tastil, en la Quebrada del Toro, debe de haberse entrado a ellas desde arriba, sirviendo las anchas paredes de escalera. Por otro lado, la poca altura de las paredes, que sólo raras veces excede de un metro, hace suponer que sobre ellas descansaban techos altos de maderamen o que su piso estaba hundido. Algunas de estas antiguas ciudades son de gran extensión y deben haber tenido una población que llegaba a muchos miles de habitantes; la más grande es Quilmes, en el valle de Yocavil (provincia de Catamarca), que no fué conquistada por los españoles sino hasta 1665. La ciudad consta de tres partes que están situadas tanto en la llanura como en la falda y en la "mesa", es decir, en la parte plana del cerro. Frecuentemente se encuentran sólo tales poblados en terrenos elevados, cuya situación en puntos fácilmente defendibles les da el carácter de fortalezas (pucará), igual que las aldeas de los indios pueblo.

El carácter montañoso y extremadamente árido del país exigía dispositivos especiales para un *cultivo intensivo*. En las laderas de los cerros, se construían, cómo en el Perú, por medio de muros de contención, terrazas para el cultivo (andenes), cuya irrigación se llevaba a cabo de una manera muy ingeniosa. Una planta de esta clase que se halla perfectamente conservada cerca de El Alfarcito (Quebrada de Huamahuaca) muestra cómo se hacían las tomas de agua en va-

rios puntos de un pequeño río que baja la pendiente, para repartir el agua, a través de acequias, a las distintas terrazas. Se cultivaba maíz, calabazas y papas; para aflojar la tierra utilizaban palas de madera semejantes a las peruanas. Si a esto se agrega además la intensiva cría de llamas, resulta que la economía de los atacameños y



23. Plano del pueblo prehispánico de Pucará de Rinconada. Escala 1:1,200. (Según Boman.)

diaguita apenas se diferencia, en su aspecto exterior, en nada de la peruana. Sin embargo, se habían conservado algunos *rasgos más primitivos*. Las frutas silvestres, principalmente las algarrobas, formaban, como entre los indios del Chaco, una parte importante de la alimentación y suministraban también las bebidas fermentadas. La *caza* de guanacos y ñandús en las extensas llanuras del este, desem-

peñaban todavía un papel importante; en la Puna, la caza se practicaba con los mismos métodos que los que acostumbraban los pueblos cazadores del continente; un relato de fecha relativamente reciente y procedente de Susques (provincia de Jujuy) nos informa que se arreaba a las vicuñas hacia un barranco estrecho, previamente cerrado por medio de cuerdas de las que colgaban muchos pedazos de tela. Entre las armas predominaba todavía el arco que ya había quedado en desuso desde hacía mucho tiempo en los países andinos septentrionales. Los atacameños llevaban sus flechas, cuyas puntas siempre eran sólo de madera (en la Puna eran de piedra), en aljabas de cuero. Tanto éstos como los pueblos de la Puna mascaban la coca igual que los habitantes de los pueblos civilizados; pero en cambio, los diaguita eran fumadores como los pueblos orientales. Sus pipas de barro tienen forma acodada y una cabeza en embudo.

Desde el punto de vista técnico, los atacameños poseían una cultura de madera, y los diaguita una de metal. Los utensilios de piedra de los primeros —hojas para palas, hachas planas y martillos de piedra engastados en varas dobladas— son escasos y bastante burdos. Mucho más completo es el inventario de sus *artefactos de madera*, que comprende, al lado de utensilios sencillos como peines compuestos de palillos, agujas de coser (con ojo), alfileteros, husos y cuchillos, otros que están finamente decorados con entalladuras, como espátulas, escudillas pequeñas para moler el polvo estornutatorio y tubos con púas de cactáceas, que probablemente servían para arañar el cutis. Grandes campanas de madera, de corte transversal ovalado, son imitaciones de las magníficas campanas de metal, que son una de las principales formas de los artefactos de bronce tan característicos de la cultura diaguita. Otros tipos de esta última son las hachas de gala con agujero vertical para el mango, que representan una evolución de las hachas en forma de "T" del área cultural andina, y que están afianzadas en el mango por medio de una tira de cuero; finalmente, manoplas con filo o púa y placas decorativas rectangulares o redondas, cubiertas de relieves artísticos. Todo el resto de artefactos de bronce del área de los diaguita es de origen incaico.

Pero, aunque el arte del vaciado en bronce llegó originalmente a los diaguita desde el norte, parece, sin embargo, que entre ellos mismos, poseedores de ricas vetas de cobre y estaño en sus propias tierras y disponiendo de otras más en el desierto de Atacama, se haya desarrollado poco a poco una industria independiente del bronce, como lo comprueban los estilos locales que solamente se presentan en el noroeste argentino. A pesar de esto, el arte de tallar la piedra no sufrió menoscabo alguno, como nos lo demuestran las hachas con ranura, finamente pulidas, los morteros en figura de animales y otras plásticas figurativas de piedra.

Es muy significativo para el tradicionalismo de los atacameños y diaguita que hayan seguido haciendo cestos en técnica espiral hasta los tiempos modernos, de igual manera que los hacían los habitantes más antiguos de Arica; no era raro que estos cestos se decoraran con copos de lana entretrenzados. Ya hicimos mención, en páginas anteriores, de los dos estilos de cerámica de los diaguita. El "estilo dragón" que se expresa en colores o en líneas grabadas, tiene su principal área de distribución en la parte meridional de Catamarca y la septentrional de la Rioja; sus dibujos constan siempre de líneas redondeadas y tienen su punto de partida en la figura de un monstruo, cuyo cuerpo de serpiente, moteado y provisto de zarpas, tiene la cabeza de un animal u hombre, con dientes afilados. En el "estilo de Santa María" que se presenta principalmente en el norte, es decir, en los valles de Calchaquí y Yocavil, predomina en cambio una tendencia hacia la forma geométrica; de modo que se ven mayormente líneas rectas, motivos escaleriformes, losanges, grecas y espirales, que casi siempre son el resultado de la estilización de figuras humanas o animales (ñandús, sapos, serpientes, etc.). En la parte superior de las grandes urnas funerarias de boca ancha se ve un rostro fuertemente estilizado, de igual manera que en las del Amazonas inferior.

Estas representaciones humanas en vasijas de barro, placas de barro y petroglifos nos proporcionan junto con las figurillas de barro y las momias, un cuadro del aspecto exterior de los diaguita en la época de la conquista española. Los diaguita se pintaban o tatuaban

el cuerpo con delicados dibujos, deformaban sus cráneos y se vestían con largas camisas de lana de llama o de vicuña que les llegaban hasta los pies; llevaban sandalias y vendas frontales en las que hincaban plumas. Tenían el cabello largo y recogido en trenzas; en su mayoría, los adornos eran de metal. El aspecto que ofrecían los atacameños era muy parecido. Su arte de tejer estaba muy adelantado, gracias a la influencia peruana. Boman observó, en calaveras de sayate (Puna de Jujuy), un adorno en los dientes incisivos en forma de muescas en el borde cortante. Tanto esta costumbre como toda la indumentaria, las adoptaron los diaguita y atacameños imitando a los pueblos civilizados andinos.

Por desgracia, los antiguos relatos son muy parcos en sus informes acerca de la *vida social* y *espiritual* de los diaguita. Las familias constaban de muy pocos miembros, de lo que se desprende que no tenían ninguna organización por clanes y, por consiguiente, que privaban entre ellos condiciones parecidas a las de la mayoría de los pueblos cazadores americanos. En cuanto al matrimonio, se observaban las costumbres de "levirato" y "sororato". El cargo de jefe de aldea era hereditario y es probable que las mencionadas hachas de gala y placas decorativas hayan formado parte de sus insignias.

Los omaguaca se distinguían particularmente por su espíritu bélico, aunque también las tribus de la Puna y los diaguita deben de haber emprendido guerras con frecuencia, lo que queda comprobado simplemente con la construcción de sus aldeas en forma de castillos, de cuyas alturas llovían torrentes de piedra sobre los atacantes; como así lo informan los antiguos cronistas españoles. En la lucha a campo abierto, que comúnmente se trataba de rehuir, se empleaban hondas y hachas de combate. A los enemigos muertos se les cortaba la cabeza, para ofrendarla al sol. En torno de los individuos agonizantes, se marcaba un círculo con flechas clavadas en el suelo, para proteger a los vivos contra el maligno hechizo que de ellos emanaba. Los deudos bailaban y bebían días enteros hasta quedar postrados de cansancio; después se enterraba al muerto con todos sus bienes y se quemaba su casa. De los hallazgos funerarios se desprende que en el noroeste de

Argentina se daba a los cadáveres una posición fetal, boca arriba o de costado, y que se les sepultaba en fosas con paredes de pirca o algunas veces también en verdaderas tumbas de piedra. Al lado del enterramiento en masa en grandes necrópolis, se acostumbraba también el sepultamiento en el interior de las casas y, en la Puna, en cuevas; los sepultamientos en urnas son especialmente característicos para la región del "estilo de Santa María", pero se limitan (con la ya mencionada excepción) exclusivamente a niños recién nacidos, a los que se les enterraba dentro de las necrópolis, pero separados de los otros sepulcros. Se trataba tal vez de primogénitos o gemelos que se sacrificaban también en otras partes de la región andina.

Los antiguos informes acerca de la adoración como dioses, del sol, del rayo y del trueno y sobre el culto a árboles y sacrificios de animales al sol para conseguir abundantes cosechas (como todavía hoy día acostumbran hacerlo los mestizos del noroeste de Argentina), nos demuestran cuán profundamente habían penetrado en la vida religiosa de los diaguita los conceptos peruanos. Sin embargo, no faltan aquí tampoco los rasgos originales. En los sitios arqueológicos de la región diaguita y en la Puna, se encuentran frecuentemente, en el centro de los aposentos, pilares de piedra verticalmente clavados en la tierra; en el valle de Tafí, estos pilares están colocados al aire libre, y alcanzan alturas de tres metros o más; su decoración esculpida consiste en burdas caras humanas y ornamentos. No cabe duda de que estaban relacionados con los cultos. Lo mismo puede decirse de montículos de poca altura y cercados con piedras, que en el valle del Lerma forman largas filas paralelas, sin que contengan cosa alguna, como fosas, etc.

La más vívida imagen de la vida de los diaguita y los habitantes de la Puna, nos la proporcionan los numerosos petroglifos sobre las paredes de cuevas o rocas aisladas; y simultáneamente nos demuestran que estos pueblos eran capaces de hacer apuntes históricos en signos parecidos a una especie de escritura, porque los cuadros polícromados de las grutas de Carahuasi (provincia de Salta) y Pucará de Rinconada (provincia de Jujuy), en los que las figuras esquemáti-

cas humanas o animales, fuertemente "abreviadas", y los signos simbólicos formando grandes representaciones escénicas, sólo pueden interpretarse como relatos gráficos de determinados acontecimientos (una expedición guerrera y la celebración de una victoria).

También los comechingón y los jurí eran cultivadores y criadores de llamas, pero a un nivel bastante más inferior que el de los atacameños y diaguita, y a la vez más cercano al de las tribus de la Pampa y del Gran Chaco; como se desprende, por ejemplo, del uso del horno subterráneo entre los comechingón. Encontramos entre éstos algunos elementos culturales que marcan la existencia de relaciones con las tierras bajas tropicales, *v. g.*, el uso de un polvo estornutatorio de semillas de cierta mimosa que los comechingón llamaban "cebil", y el envenenamiento de las flechas, que practicaban los jurí. Los dos pueblos vivían en muchas aldeas pequeñas, cuyas viviendas, en la mayoría de los casos, sólo estaban habitadas por una sola familia; en cuanto a su construcción, representaban dos tipos diferentes. Un autor del siglo XVI describe las moradas de los comechingón, diciendo que eran bajas, semisubterráneas y accesibles sólo por una puerta en el techo, debido a que en invierno hace mucho frío en la sierra de Córdoba. En la misma tribu había también baños de vapor hundidos y habitaciones rupestres con tapias de piedra —todos paralelismos notables con Norteamérica—. En cambio, los jurí, cuyos paraderos se veían frecuentemente amenazados por inundaciones o cambios del curso de los ríos, excavaban grandes depósitos y acequias de desagüe y levantaban sus casas sobre montículos artificiales, lo que hace recordar vivamente los poblados de los mojo. En estos montículos, E. y D. Wagner encontraron, durante las excavaciones que emprendieron hace pocos años, además de desperdicios de alimentos, solamente fragmentos de cerámica, husos y figurillas de barro, puntas de flecha de hueso y perlas; pero nunca sepulcros, por ser costumbre hacer éstos en el llano.

Las vasijas de barro muestran formas sencillas pero, en cambio, con un decorado vigoroso en colores con líneas en zigzag, losanges,

grecas escalonadas y espirales; un arte que ha sido llamado "estilo de Llajta-Mauca"; no tiene nada en común con la cerámica de los diaguita, pero por otro lado, revela cierta afinidad con la cerámica moderna de los chiriguano.

De las otras industrias de los comechingón y jurí sabemos bien poco. Su indumentaria semeja más a la de los pueblos del Gran Chaco que a la de los del altiplano, especialmente por los abrigos de piel pintados y el adorno de las prendas de vestir con "pailletas" de conchas. En cuanto a los jurí, se mencionan además delantales para hombre de plumas de ñandú, y faldas para mujeres de pelo de guanaco o fibras vegetales. Casi nada se sabe de las condiciones sociales o religiosas.

El único pueblo del área meridional de la cordillera que ha sabido conservar hasta los tiempos actuales, su lengua, sus rasgos físicos, así como también una buena parte de su antigua cultura, son los *araucanos* que adquirieron fama por la tenaz resistencia que por largos siglos supieron oponer a los conquistadores, y que fueron ensalzados por el poeta español Ercilla y Zúñiga. Sólo en el año de 1882, los chilenos lograron ocupar la última región independiente de los araucanos en las cercanías de Valdivia. En la época de la primera ocupación española de Chile (1540), los araucanos poseían todo el país desde Copiapó hasta Chiloé y ya habían extendido sus territorios hasta la otra vertiente de los Andes. Su grupo septentrional se llamaba *picunche* ("gente del norte"), el grupo central *pehuenche* ("gente de los pinares") y el meridional *huilliche* ("gente del sur"); sólo los primeramente mencionados se hallaban bajo la influencia directa de los peruanos, a pesar de que las fronteras del imperio incaico habían sido extendidas por Tupac Yupanqui hasta el río Maule (35 grados de latitud meridional). Por tanto, las antigüedades típicas del imperio incaico se encuentran casi siempre sólo en la región entre Copiapó y La Serena; pero ni siquiera estos araucanos septentrionales habían abandonado por completo su independencia cultural, lo que queda comprobado por medio de una cerámica fina-

mente pintada con dibujos geométricos sobre fondo blanco o rojo, que se halla en sepulturas de cistas en la región citada.

En el sur, casi no hay indicios de influencias peruanas. Allá se encuentran utensilios de piedra magníficamente pulidos y parece que estos armonizan tan poco con la industria araucana, relativamente primitiva, que R. E. Latcham, uno de los mejores conocedores de la región, cree que los araucanos sean los herederos de un pueblo de cultura superior. Los principales tipos de estos utensilios de piedra son hachas planas con o sin agujero en el extremo estrecho, de las que las primeramente mencionadas eran probablemente insignias; piedras anulares que servían para dar peso a los palos de cavar, así como varias clases de mazas que presentan notables paralelismos con mazas oceánicas. Dos de ellas, hasta hoy conocidas sólo en pocos ejemplares, son idénticas a las mazas de los maori; el tercer tipo, que se encuentra con frecuencia en Chile Central, es una maza corta que tiene la figura de un ave, muchas veces fuertemente estilizada, de suerte que llega a semejar a una moderna llave de tuercas de hierro. De este tipo existen equivalentes en Melanesia.

En remotos tiempos prehistóricos, los araucanos deben haberse diferenciado muy poco de los fueguinos occidentales y de los changos, en cuanto a su cultura, pero estas condiciones de vida sufrieron una transformación radical cuando los inca conquistaron el país e introdujeron el cultivo, la cría de llamas, el sedentarismo, nuevas formas de indumentaria y adornos, cerámica, el arte de tejer y la metalurgia. Las consecuencias de la *invasión española* se hicieron sentir no tanto en lo material, sino más bien en lo social, porque desde entonces los araucanos se dieron una organización tribal más rígida, una jefatura más poderosa y un arte de guerra más perfeccionado. La decadencia general no se inició sino hasta que Chile se independizó, acontecimiento que trajo consigo períodos de paz siempre más prolongados, durante los cuales los indios tuvieron que experimentar, como ocurrió en todo América, las consecuencias desastrosas del comercio de aguardiente y de las enfermedades contagiosas introducidas. Los

altivos guerreros del pasado se volvieron, como escribe Latcham, borrachines vagabundos.

Todavía en la época de la llegada de los españoles, los araucanos al sur del Río Biobio practicaban el cultivo solamente en muy reducida escala, porque la abundancia de frutas silvestres y de la caza en las llanuras y selvas de aquellas ricas tierras lo hacía superfluo. Entre las *plantas alimenticias silvestres,* ocupaba el primer lugar el fruto de la araucaria o sea el piñón; en otoño, cuando se da esta semilla, todo el mundo se iba a los montes, en los que cada tribu tenía su propio distrito, patrimonio suyo desde hacía generaciones, y cuyos límites respetaba el enemigo, aun en tiempos de guerra. También constituían alimentos de importancia ciertos tubérculos, gramíneas silvestres (que no solamente proporcionaban harina, sino también aceite), hongos y bayas. Antiguamente, las bebidas fermentadas no se obtenían de cereales, sino de frutas de árboles, principalmente de manzanos que los misioneros españoles habían introducido y que, con los tiempos, habían vuelto a su estado silvestre, formando grandes bosques.

Las principales plantas de cultivo eran antiguamente el maíz, el frijol y la papa, que se sembraban de modo bastante rudimentario, con excepción de la región norte, donde la sequedad del clima obligaba a construir sistemas de riego al estilo peruano. En tierras boscosas se quemaba la maleza y se aflojaba el suelo por medio de un palo cavador con punta ancha y endurecida al fuego. Más tarde, bajo la influencia española, este instrumento fué substituído por un arado primitivo tirado por 4 ó 6 hombres.

Originalmente los araucanos criaban solamente llamas, más tarde también borregos y caballos, de los que se aprovechaba tanto la lana como la carne y la leche. Los principales animales de caza eran ciervos, guanacos, pumas y aves. En el sur, especialmente en la Isla de Chiloé, *la pesca* con arpones, redes y anzuelos es aún hoy día de importancia. El maíz o el trigo, molidos entre piedras planas y cocidos en cenizas calientes, proporcionan tortillas; también se las guisa con carne en ollas, pero la vajilla no es de barro, sino que usan escu-

dillas y platos de madera. Las pipas de piedra tenían la forma de "monitores" que ya conocimos al tratar de Patagonia.

Originalmente la habitación de los araucanos era un paravientos semejante al toldo de los changos, que todavía hoy se usa durante los viajes, por lo fácil que resulta levantarlo por medio de unas varas de bambú y algunos ponchos. Es probable que en tiempos antiguos también se haya utilizado una choza cupuliforme primitiva como la de los fueguinos occidentales, ya que la actual casa araucana, si no es un blocaos, sigue siendo de planta ovalada, y consiste en una armazón de postes que se reviste con zarzos y barro y se cubre con un techo de paja o junco. Las casas de los jefes tienen en su interior paredes de bambú que las dividen en compartimientos para las mujeres, en los que cada uno posee su hogar propio. Casi no hay ajuar con excepción del catre de cuero de caballo estirado y la cuna suspendida, especie de cesto plano que, con unos cordeles, cuelga del techo; mientras que la cuna transportable tiene forma de escalerilla, como en Patagonia. Las mujeres son muy diestras en la fabricación de *ollas* de rodetes de barro en espiral. Además de la cerámica sencilla para el uso diario, saben fabricar cerámica de fina calidad y color rojo, sobre la que aplican el decorado con pintura o incrustándolo con barro de otro color a manera de mosaico; además se produce una cerámica grabada con incrustaciones blancas, y vasijas vidriadas. Para guardar alimentos o prendas de vestir, además de canastas, se hacen bolsas de pellejos de animal y costales de piel. Para preparar las *pieles*, se usa un raspador fijo cuya hoja engastada es de piedra o hierro y sobre la que se pasa la piel en uno y otro sentido. En tiempos antiguos, se hacían *telas* de fibras vegetales o de lienzo de líber, mientras que más tarde se usaba exclusivamente la lana hilada con huesos y tejida en un telar vertical.

Desde la introducción del arte de tejer, la *indumentaria* se ha amoldado a los dechados peruanos antiguos y consiste, para los hombres, en el "chamal" (pieza de tela cuadrada que se pasa por entre las piernas y cuyas cuatro esquinas se fijan en el cinturón), y el poncho; para las mujeres, el "acsu" y "lliclla", es decir, una túnica

que se fija sobre un hombro, y un capote. Además de los cinturones, es principalmente en los ponchos donde se ostentan ricos decorados de buen gusto: anchas fajas de color o motivos escaleriformes de color claro sobre fondo azul oscuro. Por lo regular, no se usa calzado. Entre los hombres, el *cabello* se corta a la altura de los hombros y es recogido por medio de una venda de lana, mientras que las mujeres lo reúnen en dos trenzas largas. Para las fiestas se cubre, además, la cabeza con un precioso tejido de abalorios, que cae sobre la frente hasta muy abajo y cuelga atrás sobre la espalda. Lo que a esta se agrega todavía como adornos, son principalmente ricas y pesadas joyas de plata: arracadas, grandes discos auriculares de forma semicircular o cuadrada, enormes alfileres con cabeza esférica o discoidal que fijan los vestidos sobre el hombro y el pecho, cinturones y collares de cuero con botones de plata, diademas con medallas colgantes y prendedores sobre el pecho con lujosos pendientes de cadena. Lo que más interesa a los hombres es la montura, no menos lujosa, de sus caballos.

La aldea que, por lo regular, sólo consiste en una docena de chozas, forma, como sede del *clan*, la base de la organización social y política de los araucanos. Generalmente, predominaba en el clan el principio matrilineal; sin embargo, el cacicazgo pasaba en herencia del padre al hijo mayor o, en caso de incapacidad de éste, a otro hijo o hermano del jefe difunto. La representación de la aldea correspondía al más anciano del clan (ulmen); uno de ellos tenía el mando, por derecho hereditario y con el título de "apo-ulmen" sobre su *tribu*, es decir, un grupo de aldeas, y además, varias tribus podían, en tiempos de peligro, juntarse para formar federaciones mayores. Sin embargo, nunca ha habido un verdadero "estado" de los araucanos; la división del país en cuatro "mapu" (distritos), que los españoles tomaron erróneamente por una prueba de la existencia de un "estado" no era, en el fondo, más que una demarcación territorial desde el punto de vista geográfico. A los jefes de las tribus, se les llamaba también "toqui", debido al hacha de piedra que llevaban colgando del cuello, como símbolo de su dignidad. Por lo demás

gozaban de muy poca autoridad, con excepción de los tiempos de guerra, cuando el consejo de jefes de clan (que también en la vida diaria tenía la última palabra en todos los asuntos de importancia), elegía de entre los "toqui" al más valiente, confiriéndole el cargo de *jefe guerrero* (lonco). Durante las luchas con los españoles, este cargo llegó también a ser hereditario. A los *malhechores,* se les castigaba con penas pecuniarias, es decir, con el pago de cierta cantidad de sartas de cuentas de piedras verdes o negras. La pena capital sólo se aplicaba a los traidores, raptores de niños o acusados de hechicería; en este último caso, el delincuente era quemado, amarrándolo sentado entre tres palos. En caso de que se opusiera el clan del condenado, las armas eran las que decidían. Los interminables asaltos (malones) de aldeas enemigas, que resultaban de estas disputas, han dado a los araucanos el carácter de un pueblo típicamente guerrero. Cuando se planeaba una guerra, el jefe militar enviaba a todos los otros jefes una flecha sangrienta y unos cordeles de nudos (pron), los cuales señalaban días y servían para notificar a cada jefe la fecha en que tenía que presentarse para el gran consejo de guerra, mientras que el mismo tenía que indicar en su respuesta, por medio de otros nudos añadidos, el número de su gente. Después de algún tiempo de cuidadosos preparativos militares, durante el que se observaba una estricta abstinencia, se daba principio al avance en perfecto orden y con una avanzada de espías; en el combate, los guerreros luchaban reunidos en diferentes cuerpos. Las armas de los araucanos eran arcos cortos con flechas de carrizo (cuyas puntas estaban envenenadas con la savia de coliguaya odorífera), hondas, lanzas largas y dardos cortos de bambú y, finalmente, se usaban mazas acodadas de seis pies de largo, hechas de madera pesada, que frecuentemente tenían lascas afiladas engastadas en el extremo; era esta última un arma peligrosa que aun los mismos españoles temían, a pesar de sus corazas, porque con ella los araucanos podían desmontar a los heridos de sus cabalgaduras. De los españoles aprendieron el uso de armaduras, yelmos y escudos de cuero, así como la fortificación de sus aldeas por medio de empalizadas y fosos con es-

tacas, aunque ya eran conocidas entre ellos las corazas de planchuelas de ballena y una especie de yelmo hecho con la piel de cabezas de animal; cuyos pellejos colgaban sobre la espalda.

Durante las fiestas para celebrar el triunfo, se organizaban orgías que, por su carácter sanguinario, semejaban a las de Norteamérica. A los prisioneros de guerra se les daba tormento, se les descuartizaba y se les comía; en tiempos más recientes, los jefes ya no comían más que los corazones, mientras que se bailaba alrededor de las cabezas colgadas en un árbol. Más tarde, se hacían vasos con las calaveras y flautas de los huesos largos. Otros instrumentos eran flautas de carrizo, trompetas con pabellón de cuerno, arcos musicales y tambores de piel. El tambor, el principal utensilio de los shamanes, consiste en una escudilla de madera con una piel restirada sobre su boca, pero en cuanto a sus demás rasgos, o sea, su forma aplanada, la manera de tocarlo y las bolitas sonajeras que encierra, recuerda más bien los tamboriles norteamericanos. Otro rasgo "norteamericano" en la vida de los araucanos es su deporte nacional: el juego de pelota con palas de chueca.

Muy característica es la gran libertad en las *relaciones sexuales*. No se da importancia a la castidad nupcial; la prostitución como profesión es muy frecuente y durante las fiestas llegan a producirse los más desenfrenados excesos incluso con los parientes consanguíneos más cercanos. En consecuencia, el estrupo y el adulterio sólo son considerados como actos que disminuyen el *valor* de la mujer, que es considerada como propiedad absoluta del hombre, pero que no ofenden el *honor* de éste; los citados delitos se castigan con una pena pecuniaria, mediante cuyo pago el seductor adquiere la mujer en propiedad. El número de mujeres depende exclusivamente de la riqueza del individuo; los jefes de gran prestigio tenían de diez a veinte. Al morir un hombre, su hijo mayor heredaba, aparte de las propiedades, también las mujeres, con excepción de la propia madre, pero parece que, originalmente, el hermano mayor era el heredero. En tiempos más antiguos imperaba probablemente la *exogamia* en cuanto a la aldea y la tribu, lo que también se desprende de la

costumbre de fingir el rapto de la mujer por su marido, que hasta el presente forma parte de toda ceremonia de casamiento. También se han conservado muchas huellas de un antiguo totemismo. Todavía hoy día muchos individuos que pertenecen a un mismo grupo de familias, llevan nombres cuya parte principal es siempre la misma y que se refiere en la mayoría de los casos a un animal que es tenido por el ancestro y que antiguamente es probable que haya servido de distintivo, como lo indican la especie de yelmos arriba citados.

El afán de este pueblo guerrero de tener descendientes vigorosos, hace comprensible la costumbre de matar a los niños delicados o contrahechos; también mataban a los gemelos. Inmediatamente después del parto, que se efectuaba en un lugar distante de la aldea, la madre se bañaba con el niño en un río o lago.

Llama mucho la atención que el imperio de los inca haya dejado tan pocas huellas en la *religión* de los araucanos. Esta permanece todavía enteramente al nivel de los pueblos cazadores americanos, siendo, en lo esencial, sólo una *creencia en demonios*, a la que se asocia, tal vez ya desde sus orígenes, la idea de un ser supremo, un concepto que hoy día tiene ya un colorido fuertemente cristiano. A este ser supremo, los araucanos modernos lo llaman Ngune mapun, "señor de la tierra", o Ngune chen, "señor de los hombres". Latcham supone que esta idea ha sido entremezclada con la creencia en uno de los más importantes espíritus de la naturaleza de los araucanos, el dios *pillan* del trueno, del fuego y de los volcanes. Se considera la naturaleza no como animada, sino que cada ser y cada fenómeno está "poseído" de un ser que, aun siendo invisible, siempre es pensado como una cosa tangible y casi siempre malintencionada hacia el hombre; puede enviar enfermedades y muerte, malograr las cosechas y provocar el nacimiento de criaturas deformes. En general, los araucanos llamaban a estos seres "guecubu" (huecuvu), pero destacaban especialmente algunos por medio de nombres distintos, por ejemplo, los "cherruve" que tienen la figura de la serpiente y que se personifican en cometas o meteoros; el espíritu del viento y del agua, vampiros que chupan la sangre, etc. Frecuentemente son formas

híbridas de varios animales o de animales y seres humanos. El único bien intencionado es el espíritu de la luna, motivo por el cual todas las empresas importantes se ajustan a sus fases; el sol no es tomado en cuenta. Cada individuo también tiene su "otro yo" (pilli), que anda paseándose durante el sueño y que entonces se encuentra con los "am" o *espíritus de los difuntos* que, por lo regular, viven en un mundo más allá del mar, que se imagina como un paraíso terrestre. El viaje hasta ese lugar es largo y penoso; los muertos pasan el agua con la ayuda de brujos que tienen la facultad de transformarse en ballenas o cañoas. La suerte que corren los muertos, no es siempre la misma: los pobres y las prostitutas van a un contramundo, donde carecen de los placeres que disfrutan los otros, y los grandes jefes y héroes del pasado viven en los volcanes y en las nubes, siendo por tal motivo el paso de estas últimas observado con gran atención en tiempos de guerra.

Los espíritus malignos acechan sin cesar la choza del araucano y por eso, para ahuyentarlos, se queman ramas del canelo, el árbol sagrado. Fuera de la casa, sirven de amuletos o talismanes las pieles de animales, las plumas de pájaros, etc. Cuando el pánico se apodera de la gente a causa de alguna enfermedad inexplicable o una muerte repentina, se manda llamar al shamán. Antiguamente, había varias clases entre ellos: brujos, adivinadores y médicos. Los primeros solían vivir en lugares solitarios de la serranía, para poder estar continuamente en contacto con los guecubu. Hoy día, el "machi" reúne los tres cargos en su persona. Tanto hombres como mujeres podían hacerse machi por medio de un prolongado entrenamiento; los hombres se vestían de mujer, llevaban cabellera larga, se ponían adornos femeninos y se entregaban a la pederastia. También el machi, como otros shamanes, trata de ponerse en estado de trance por medio de la concentración mental, danzas frenéticas, contorsiones del cuerpo o toques del tambor; y para sus actos, se vale de infinidad de trucos, entre los cuales la ventriloquia desempeña el papel más importante. Si se le llama al lado de un muerto, procede a quitarle la vesícula biliar que vacía en una escudilla de barro y sobre un fuego

híbridas de varios animales o de animales y seres humanos. El único bien intencionado es el espíritu de la luna, motivo por el cual todas las empresas importantes se ajustan a sus fases; el sol no es tomado en cuenta. Cada individuo también tiene su "otro yo" (pilli), que anda paseándose durante el sueño y que entonces se encuentra con los "am" o *espíritus de los difuntos* que, por lo regular, viven en un mundo más allá del mar, que se imagina como un paraíso terrestre. El viaje hasta ese lugar es largo y penoso; los muertos pasan el agua con la ayuda de brujos que tienen la facultad de transformarse en ballenas o cañoas. La suerte que corren los muertos, no es siempre la misma: los pobres y las prostitutas van a un contramundo, donde carecen de los placeres que disfrutan los otros, y los grandes jefes y héroes del pasado viven en los volcanes y en las nubes, siendo por tal motivo el paso de estas últimas observado con gran atención en tiempos de guerra.

Los espíritus malignos acechan sin cesar la choza del araucano y por eso, para ahuyentarlos, se queman ramas del canelo, el árbol sagrado. Fuera de la casa, sirven de amuletos o talismanes las pieles de animales, las plumas de pájaros, etc. Cuando el pánico se apodera de la gente a causa de alguna enfermedad inexplicable o una muerte repentina, se manda llamar al shamán. Antiguamente, había varias clases entre ellos: brujos, adivinadores y médicos. Los primeros solían vivir en lugares solitarios de la serranía, para poder estar continuamente en contacto con los guecubu. Hoy día, el "machi" reúne los tres cargos en su persona. Tanto hombres como mujeres podían hacerse machi por medio de un prolongado entrenamiento; los hombres se vestían de mujer, llevaban cabellera larga, se ponían adornos femeninos y se entregaban a la pederastia. También el machi, como otros shamanes, trata de ponerse en estado de trance por medio de la concentración mental, danzas frenéticas, contorsiones del cuerpo o toques del tambor; y para sus actos, se vale de infinidad de trucos, entre los cuales la ventriloquia desempeña el papel más importante. Si se le llama al lado de un muerto, procede a quitarle la vesícula biliar que vacía en una escudilla de barro y sobre un fuego

lento hace carbonizarse el líquido. El color de los residuos indica el "veneno" que el demonio, después de haberse transformado en la figura de un animal u hombre, ha introducido en el cuerpo del difunto por medio de su hechicería. En seguida, se cuelga el cadáver de la rama de un árbol en una canasta de mimbre y se le deja desecándose sobre una lumbre de ramas de canelo, hasta que alguien logra coger al malhechor, las más veces, un animal doméstico o de caza. Sólo entonces, el machi concede su autorización para el entierro. El cadáver es colocado en un ataúd de tablas (antiguamente entre dos troncos ahuecados, que probablemente representaba la barca de los difuntos), y es enterrado con muchas ofrendas que aportan los vecinos de la aldea. Al lado de la fosa, se sacrifica el animal causante de la muerte, así como también el caballo favorito del difunto, y se levanta un poste de madera con la efigie de este último.

La poesía de los araucanos, en cuanto no esté influída por argumentos de cuentos europeos, demuestra curiosas concordancias con mitos norteamericanos; en primer lugar en la leyenda de Latrapai que sometió a sus dos sobrinos —los héroes gemelos de otros mitos americanos— a múltiples pruebas antes de entregarles a sus hijas por esposas.

3. *El grupo de las Antillas*

La antigua población de las Antillas forma otro *segundo* grupo de pueblos sudamericanos de cultura menos avanzada que ha llegado a sufrir las influencias de las altas culturas occidentales, con lo cual han perdido mucho de su carácter etnográfico original. Han sido principalmente las altas culturas de *Colombia* y *Centroamérica* y, en menor escala, también la cultura de cultivadores superiores del sureste de Norteamérica, las que han participado en esta transformación. Lo que hoy día sabemos de la historia cultural y de la etnografía de las Antillas, se basa en las investigaciones de arqueólogos norteamericanos (Fewkes y Harrington), pero sobre todo en los profundos estudios del investigador sueco Sven Lovén.

Conforme a sus estudios, los *habitantes más antiguos* de las Antillas no eran inmigrantes sudamericanos, sino norteamericanos, de los que, en la época del descubrimiento, existía todavía un resto, los *guanahatabey,* en el extremo occidental de Cuba. Las Casas los llama *ciboney,* tal vez erróneamente, porque la palabra corresponde originalmente a los habitantes de la Sierra de Cibao. Por dondequiera se encuentran sus huellas en Cuba, ya en concheros de la costa, ya en antiguos paraderos del interior; mientras que en las otras islas no se les ha podido localizar hasta ahora. Su cultura era totalmente diferente y mucho más primitiva que la de los taíno. Se alimentaban exclusivamente de pescados, conchas y animales de caza; fabricaban sus hachas y vasijas de valvas de moluscos, en vez de piedra o barro, y casi no tenían más que utensilios de piedra tallada, en vez de pulida. Ni el uso de ocre (hematita) para la pintura corporal ni los entierros que solían efectuar en posición extendida del cadáver, concuerdan con las usanzas de los taíno; por tanto, caracterizan a los "ciboney" como un pueblo primitivo *norteamericano,* que probablemente tenía afinidades con los habitantes más antiguos de la Florida.

Gracias a los hallazgos arqueológicos en los concheros de la Isla de Santo Tomás (al este de Puerto Rico), G. Hatt ha podido localizar otro grupo más reciente de inmigrantes norteamericanos, totalmente aislados, que ya poseía hachas de piedra, pero en cambio, nada de ollas.

En la época del descubrimiento, esta población primitiva ya había sido desalojada, desde hacía mucho tiempo por los *taíno* (nobles), un grupo arawak. Estos tenían ocupadas todas las Antillas Mayores y las Islas Bahamas (donde se les llamaba Lucayo, "pueblo isleño"), y aun habían enviado una pequeña colonia a la Florida, donde uno de sus jefes la había organizado en una aldea. Originalmente, también las Antillas Menores eran territorio de tribus arawak que allí se llamaban iñeri (hombres), pero poco tiempo antes de la llegada de los españoles, estas tribus tuvieron que retroceder ante los *calina* o *caribe isleños* que habían exterminado a toda la población masculina de las Antillas Menores, respetando, en cambio, la vida de las

mujeres, para incorporarlas a su tribu, De esta manera se explica que tanto la lengua como la cultura de las Antillas Menores tenían todavía, en la época del descubrimiento, una fisonomía marcadamente arawak. El recuerdo de los tiempos en que no había trabas para el libre tráfico entre los arawak de tierra firme y los de las islas, (y que los caribe habían interrumpido), se ha mantenido vivo hasta los tiempos actuales; en efecto los arawak del Río Pomerún (Guayana Inglesa) conservan una tradición, según la cual sus antepasados emprendían largas y peligrosas travesías por mar al "país de las hachas de piedra", con lo que sólo pueden referirse a una de las islas de las Antillas. Los caribe isleños, que habían extendido sus merodeos hasta la costa septentrional de Cuba y las Islas Bahamas, donde la fama de los temidos antropófagos "caniba", como los llamaban los taíno (de allí el nombre de "caníbales"), llegó aun a oídos de Colón en el año 1492, no se habían establecido de manera permanente en Puerto Rico, que solamente visitaban con frecuencia para derribar grandes árboles para sus embarcaciones y para robar mujeres arawak.

Aún no se ha puesto en claro el origen de los *ciguayo* o *mozorige* ("los de habla extraña") en el noreste de Haití. Parece seguro que no eran caribe, tal vez tampoco arawak, sino una tribu que había sido desalojada de la región del Orinoco superior y llegado hasta las Antillas, cuando la expansión de los caribe había puesto en movimiento a los pueblos del noreste de Sudamérica.

En cuanto a su cultura, los taíno tenían originalmente mayor afinidad con los arawak modernos de la costa septentrional de la Guayana. Su punto de partida era probablemente la península de Paria o la Isla de La Trinidad, desde donde invadieron las Antillas en varias olas. En tiempo de los españoles, solamente los habitantes de *Cuba* y *Bahamas* habían conservado los elementos más antiguos y más sencillos de la cultura taína. En *Puerto Rico* y en *Haití*, ambos íntimamente relacionados entre sí, habían llegado a desarrollarse, bajo condiciones naturales particularmente favorables, una forma superior de cultura que se extendió más tarde también hasta el este de Cuba y las Islas Vírgenes (Santa Cruz y Santo Tomás), mientras

que *Jamaica* quedó a un lado, evolucionando por rumbos distintos. Las *Antillas Menores* experimentaron de manera especialmente marcada los efectos de una corriente cultural que nació en Colombia y corrió a lo largo de la costa septentrional de Sudamérica, llegando a mezclarse, en las Antillas Mayores (con excepción de Jamaica), con otra corriente que arrancó de Yucatán y gracias a la cual, importantes elementos de las culturas maya y mexicana llegaron a Jamaica, Puerto Rico y Haití; y lo mismo ocurrió también con ciertas influencias norteamericanas que vinieron de la Florida. Todos estos elementos extranjeros quedan manifiestos, de manera perfectamente clara, en los ricos hallazgos arqueológicos. Es solamente la invasión de los caribe la que casi no ha dejado huellas, por no haber sido, en las Antillas, ni de larga duración ni portadora de formas culturales superiores.

Toda esta floreciente cultura terminó rápidamente con la llegada de los españoles que fácilmente sometieron a los pacíficos taíno, a los que diezmaron, por medio de una explotación despiadada y trabajos forzados, así como con las enfermedades contagiosas introducidas; y todo ello en tan poco tiempo que apenas cien años después del descubrimiento no quedaron en las Antillas Mayores ni en las Islas Bahamas más que unos cuantos restos taínos, y aun estos pocos se mezclaron con los negros esclavos, importados conforme a los consejos del obispo Las Casas. También los caribe isleños que sostuvieron su individualidad étnica hasta el siglo XVII, tuvieron finalmente que correr la misma suerte. Sus últimos descendientes, mestizados con negros (caribes negros), fueron trasladados por los ingleses en el año de 1797, de San Vicente a la Isla de Roatán (Honduras), de donde se extendieron sobre las costas vecinas del continente.

En lo esencial, la economía de los taíno no se diferenciaba mucho de la de sus congéneres del continente. Tanto aquí como allá, el cultivo de la mandioca amarga proporciona la base de la alimentación; también los métodos y utensilios para el tratamiento de los tubérculos (ralladores, mangas prensoras, discos de barro para cocer) son los mismos. Con jugo venenoso de la mandioca se prepara,

mediante su cocción, una especie de vinagre que, mezclado con pimienta roja, sirve de condimento o para hacer conservas, como en el norte de Sudamérica. Sólo en un punto, los taíno se han amoldado a su nuevo medio ambiente, en donde bosques más claros y sabanas tomaban el lugar de la selva tupida amazónica; en el método de plantar las matas de mandioca no sólo directamente en el suelo, como en las rozas, sino también en montones artificiales de más o menos un metro de diámetro de los que miles y miles, uno al lado del otro, cubrían la fértil "Vega Real" y otras llanuras. Este mismo procedimiento se aplicaba al cultivo del ñame y de la batata. En regiones algo más secas, por ejemplo en la costa sur de Puerto Rico, el *maíz* reemplazaba la mandioca; pero este cereal no se aprovechaba tanto para hacer pan, como para preparar cerveza, que los tíno, dicho sea de paso, también hacían de mandioca. A pesar de que la palabra "mahiz" procede del taíno, el cultivo mismo del maíz es originario de Mesoamérica, de igual modo que la piedra de moler, principal utensilio para el tratamiento de los granos. El *tabaco* era tal vez también desconocido todavía para los antepasados de los taíno; lo obtuvieron del noroeste de Sudamérica, junto con el tubo bifurcado para aspirar rapé, que se usaba únicamente durante ceremonias solemnes, mientras que el profano cigarro puro es, en las Antillas, evidentemente de origen centroamericano.

En las Antillas, no había más animales de caza que roedores, tales como la hutía, y pájaros de los que solamente unos pocos ostentaban plumajes de vistoso colorido, de suerte que los adornos de pluma no han podido desarrollarse como en el continente. Ya se hizo mención de la caza de patos por medio del pericarpio de una calabaza. De mucha más importancia era la pesca, principalmente la pesca marítima, que los taíno practicaban con redes barrederas y los caribe isleños con anzuelos. Para tener siempre a mano pesquerías abundantes, solían levantar cercas alrededor de los lugares ricos en peces. En la costa sur de Cuba, Colón ya pudo observar un método de pesca que todavía hoy se practica, es decir, la pesca con ayuda de la rémora, un pececito chupador (echeneis) que se ata a una cuerda para lanzarlo

sobre animales marinos de gran tamaño, especialmente tortugas, a los cuales se adhiere. Además, se cazaban tortugas y vacas marinas (manatís) con arpones. En el interior, se aplicaban métodos sudamericanos, como el de envenenar el agua y cazar los pescados con flechas. Entre los taíno, el *arco* estaba ya degenerado, de manera análoga a como sucedió entre los polinesios; los caribe isleños han sido los que han vuelto a introducir, en Puerto Rico y Haití, un arco resistente y apropiado para la guerra. Con esta arma lanzaban flechas envenenadas, mientras que los taíno las disparaban sin veneno, pero con tres puntas de hueso. Más hacia el oeste, las flechas y dardos de los taino tenían solamente puntas de madera, endurecidas al fuego, y se tiraban con propulsores que muestran el tipo colombiano. En las Antillas, no se conocían las cerbatanas, por haber inmigrado los taíno a las islas antes de su difusión; lo mismo debe decirse de los escudos y otras armas defensivas. Para la lucha cuerpo a cuerpo utilizaban "macanas" o sean *mazas* planas y pesadas de madera de palma, con el extremo ensanchado, como entre las tribus costeñas de la Guayana. Pero entre los taíno, este arma constituía un privilegio del que sólo los nobles podían hacer uso. Las *guerras* de los caribe eran piraterías para las que les eran de gran utilidad sus "piraguas" muy marineras; eran canoas de un solo tronco con un aditamento de tablones sobre los bordes, que tenían un largo de veinte metros y cabida hasta para sesenta hombres. Los taíno, por su parte, sólo poseían *canoas*, es decir, embarcaciones de un solo tronco sin el aditamento de tablones, pero éstas alcanzaban todavía dimensiones mayores que las de los caribe (30 metros y 80 remeros). Todavía en la época de los descubrimientos, se dedicaban con tales botes a un extenso comercio a lo largo de las costas, yendo de isla a isla y aun desde Cuba hasta la Florida y Yucatán, es decir, atravesando distancias de 220 a 230 kilómetros respectivamente.

En la época del descubrimiento, vivía una densa población en las fértiles regiones agrícolas de las Antillas Mayores. Muchas de sus aldeas presentaban un aspecto imponente —Colón calculaba en unas mil el número de casas de una aldea situada sobre la costa noroeste

de Haití— y, por lo regular, tenían a un lado de la casa del jefe un sitio llano y despejado para las asambleas y los juegos de pelota. En la región de la cultura taíno superior (Puerto Rico, Haití y el este de Cuba), todavía se encuentran hoy día muchas de estas plazas en el sitio de antiguos paraderos. Son de forma cuadrada y parcial o totalmente circundadas de piedras colocadas de canto o de terraplenes que servían, tal vez, de poyos.

La casa plurifamiliar de los taíno era un "bohío" poliédrico, derivado del tipo circular del continente, construído de una serie de macizos postes laterales, profundamente clavados en el piso y unidos entre sí por medio de resistentes zarzas de carrizo; un poste central y

24. Un "bohío" (a la izquierda) y un "caneye" (a la derecha), o sea, los dos tipos de casa de los arawak de Cuba y Haití. (Según Oviedo.)

un techo cónico de hierbas o palma, sólidamente fabricado para poder resistir el ímpetu de los frecuentes y muy violentos huracanes. Parece que sólo bajo la influencia de los españoles llegaron a construirse casas rectangulares con techo a dos vertientes. Entre los caribe, las casas tenían la misma planta ovalada y el mismo techo a dos vertientes que ya hemos conocido al tratar de Amazonia. En la costa septentrional de Cuba, había aldeas de palafitos iguales a los de la costa de Venezuela.

Entre el ajuar figuraban principalmente la hamaca de algodón "hamaca" (en inglés "hammock" y de allí la palabra alemana "hängematte") y el banquito de madera (duho), cuyo uso quedaba reservado exclusivamente a los jefes nobles y huéspedes distinguidos. Entre

los hallazgos arqueológicos de la región de la cultura taína superior, estos banquitos de cuatro soportes, de madera y piedra, cuyo asiento se dobla en un lado hacia arriba formando una especie de respaldo, representan las piezas más notables, debido a su forma plástica que imita figuras animales o humanas; su tipo es, ciertamente, colombiano, pero su ornamentación sólo puede haberse originado bajo la influencia de estilos centroamericanos de piedras de moler. Como recipientes utilizaban canastas, vasijas de barro y escudillas de madera. Mientras que los caribe isleños eran maestros consumados en el arte de la cestería, los taíno lo eran en la cerámica y la entalladura.

Sólo bajo influencias norteamericanas la *carámica de los taíno* de Haití y Puerto Rico ha llegado a desarrollar formas superiores con decorados grabados o plásticos; mientras que en Jamaica y las Antillas Menores, el mismo arte ha quedado estancado en el nivel primitivo.

Para trabajar la madera se empleaba originalmente en toda el área, un hacha foliforme o almendrada, de roca muy dura (diorita o jadeíta), que estaba sujeta a un mango de madera. Bajo influencias colombianas, este estilo ha sido sustituído en las Antillas Menores por hachas de lava andesítica con muescas laterales o una ranura circundante para su amarre en un extremo. En las islas de Guadalupe y San Vicente, este tipo de hacha ha sufrido una evolución inopinadamente lujosa; frecuentemente, estas hachas muestran en sus superficies planas, rostros o figuras humanas, grabados o cincelados, como en México. De igual manera están decorados también los cabos de las manos de mortero características de Haití y Puerto Rico y que recuerdan formas polinesias.

El suroeste de Haití, el este de Cuba y Jamaica eran las principales regiones para el cultivo del algodón, que los taíno practicaban de un modo más intensivo que en Sudamérica tropical (en Haití, por ejemplo, por medio del sistema de riego). De algodón se hacían, en contraste con los arawak continentales, hamacas y *prendas de vestir*, principalmente las faldas (enaguas) de las mujeres, una pieza de tela que envuelve las caderas, más corta o más larga según el

rango, y que se corresponde con el vestido femenino de México y Yucatán, de donde se introdujo junto con el cultivo del algodón. Las mujeres de los caribe isleños, en cambio, llevaban el delantalillo de abalorios como las indias modernas de la Guayana. En todas las Antillas, los hombres andaban desnudos. Sus cinturones de gala, de algodón, con cuentas de piedra sobrecosidas y una máscara por pieza central, tienen sus dechados en la indumentaria mexicana y maya, de igual manera que las diademas con adorno de oro y perlas de los jefes de Haití, mientras que el pintarse con urucú, y las cintas muy apretadas debajo de las rodillas y en los tobillos de los caribe isleños, son antiguo patrimonio sudamericano. Es de suponerse que la deformación craneana y los bodoques auriculares de los taíno, procedían de los países civilizados de occidente. El oro que se empleaba de vez en cuando para adornos, se producía en la isla lavándolo en los criaderos de la sierra de Cibao, pero sólo se trabajaba martillándolo en frío; también se encontraba en las Antillas (el este de Cuba) cobre en estado nativo y se aprovechaba igualmente para adornos. En cambio, el "guanín", la muy codiciada aleación de oro y cobre, se importaba de Colombia por rutas comerciales que, en la época del descubrimiento, no habían sufrido todavía interrupción alguna.

Poco sabemos de la *vida social* de los taíno. Parece que las mujeres eran mantenidas en una posición baja, pues los antiguos relatos hablan con frecuencia del *jus primae noctis* y de la prostitución hospitalaria. Todo cuando haya habido de organizaciones más primitivas, quedó eclipsado con exceso por una institución de "estamentos" y una jefatura, que solamente volvemos a encontrar, en forma tan típica, entre los pueblos civilizados del continente y los natchez de Norteamérica, y que tenemos que atribuir a influencias occidentales. La población estaba dividida en cuatro clases: siervos (naborias), plebeyos, nobleza ("taínos" o "nitaínos") y jefes ("caciques"). Los naborias no eran esclavos, sino una capa social carente de propiedades y que la nobleza ocupaba en trabajos domésticos o agrícolas. En Cuba se reclutaba entre la población más antigua de taínos, sobre la que se había extendido otra capa señorial con una cultura supe-

rior, que había invadido el país en son de conquista, desde Haití. Los plebeyos, aunque formando la gran mayoría, no tenían intervención en el gobierno. Por otro lado, los *taíno* tomaban asiento en las deliberaciones, en las que se decidía sobre la paz o la guerra, desempeñaban cargos públicos y estaban al servicio de los caciques como escoltas o heraldos; en vista de que podían casarse solamente dentro de su propia casta, es evidente que su rango era hereditario. Lo mismo puede decirse del *cacicazgo* que, por lo regular, pasaba en herencia al hijo de la hermana. En uno de los cinco pequeños reinos de Haití, se dió el caso que la hermana misma sucedió a su hermano en el poder (la reina Anacaona, muy citada en los relatos de los descubridores). Pero también extranjeros de gran prestigio han logrado ser electos caciques: por ejemplo Canabo en Haití, inmigrado de las Bahamas; y en Cuba, el cacique Hatuey de Haití, prófugo de los españoles. En este último caso, se trata probablemente de un jefe guerrero, al lado del cual, los caciques de aldea conservaron sus cargos.

En la mayoría de los casos la autoridad del cacique no traspasaba los límites de la aldea, concretándose a la dirección de las labores del campo, cacerías y pescas, y a la presidencia de las deliberaciones o fiestas. Frecuentemente, era también el sacerdote principal del lugar, por atribuírsele relaciones especiales estrechas con los "zemi". Sin embargo, en Haití y Puerto Rico, algunos caciques se habían elevado al rango de reyezuelos que acaudillaban, en las guerras, un gran número de subjefes. Sus insignias —capotes de pluma, estandartes, diademas, cinturones y orejeras— dan testimonio de cuán importante era la contribución de México y Yucatán en el desarrollo de esta institución señorial.

Generalmente los taíno tenían sólo como excepción guerras entre sí, siendo entonces la causa más frecuente la violación de límites o algún caso de venganza, igual que entre los pueblos más primitivos de América. Costumbres guerreras tan bárbaras como la caza de cabezas o el canibalismo quedaban localizadas a los caribe isleños. El *robo* era desconocido para los taíno: en Haití éste se castigaba con la muerte por empalamiento.

Los taíno eran un pueblo amante de las fiestas, cuyas *danzas* ("areytos") recuerdan las de los mexicanos, por llevar los participantes ramitas verdes y flores en las manos y como adornos. Para las danzas, el cacique tocaba el *tambor de hendedura*, cuya forma (dos lengüetas en los extremos de la hendedura) es idéntica al del teponaztli mexicano. Aparte de este instrumento, no había más que *sonajas de calabaza* que igualmente se usaban para fines profanos y no como utensilios del brujo a la manera sudamericana. Aparentemente los taíno no conocían los instrumentos de viento, mientras que los caribe isleños poseían por lo menos, el tipo más primitivo de ellos: la trompeta de caracol, hecha de la concha del strombus. El *juego nacional* de los taíno con pelotas de caucho, que no debían tocarse con las manos, así como las correspondientes "canchas" circundadas de terraplanes, son asimismo de procedencia mexicana.

Como tantos otros pueblos americanos, también los taíno tenían la creencia en un *ser supremo con sede en el cielo*, cuya conducta frente a los seres humanos es indiferente, motivo por el cual, las plegarias de los hombres no pueden alcanzarle. Su nombre, Yocahu, puede relacionarse tal vez con "yuca", la palabra taíno para mandioca, por haber dado, en tiempos remotos, a los hombres esta planta como su principal alimento. Para poder seguir disfrutando de su benevolencia y sobre todo de la lluvia tan benéfica para las siembras, los hombres tienen que dirigirse a los bien intencionados "zemi", o sean ídolos de madera o piedra, en los que habita el espíritu de un poderoso cacique difunto; los zemi ejercen influencia sobre Yocahu y son capaces de revelar el futuro en oráculos. A pesar de que la *idea* de una morada material para una fuerza sobrenatural sólo puede proceder de México o Yucatán, por no poseer ídolos ni los iñeri, ni los caribe isleños, ni los arawak continentales, los zemi no tienen relación alguna con las imágenes de dioses de Mesoamérica; son, muy al contrario, imágenes de los antepasados y todavía existen múltiples indicios de una fase más antigua de este culto ancestral cuando éste no conocía todavía imágenes: originariamente se veneraban en las Antillas *calaveras y huesos* de difuntos. Todavía en el siglo XVII, los caribe

isleños utilizaban huesos de sus antepasados, envueltos en algodón, para conseguir oráculos; y en una cueva cerca de la ciudad de Santo Domingo, se ha encontrado una figura humana completa, hecha de algodón en labor de punto, que contenía una calavera con adornos. En el caso de los taíno, había todavía otra idea que conducía hacia el ídolo; conforme a sus conceptos, los espíritus de los difuntos andan vagando por los bosques y tienen su morada en árboles que se dan a conocer como sede de un espíritu por el hecho de que pueden mover sus raíces y ramas. Por consiguiente, para apoderarse de estos espíritus, basta derribar el árbol y hacer un ídolo de su madera. Tal vez se relacionan con esta creencia los curiosos *aros de piedra* de Puerto Rico, que a veces representan una rama bifurcada con los extremos doblados y juntados, las piezas mejor acabadas muestran representaciones estilizadas de caras humanas. Hay otras antigüedades típicas de la cultura antillana superior, que consisten en piedras con tres picos y decoradas con rostros humanos, que Ramón Pane, uno de los acompañantes de Colón, enumera directamente entre los zemi, señalándolas como representaciones del tubérculo de la mandioca, y cuyo objeto es el de favorecer mágicamente el crecimiento de esta planta.

Los *ídolos* de madera de los taíno, en forma de seres humanos o pájaros, tienen frecuentemente el carácter de cariátides que llevan una bandeja redonda o encima de la cabeza. Cuando los taíno quieren entrar en contacto con el mundo de los espíritus, echan en dicha bandeja rapé y lo aspiran por medio de un tubo para transponerse a un estado visionario. Originalmente, este acto era privilegio del sacerdote-brujo (piay o boyé), que también se encargaba de los sacrificios ante los zemi. Más tarde, cuando ya se había impuesto la aristocrática organización estamental, cada cacique y cada "taíno" trataban también durante las grandes fiestas, de comunicarse de esta misma manera con el mundo de los espíritus, sin valerse de la intervención del sacerdote-brujo. Los oráculos se proclamaban por medio de una bocina instalada en el cuerpo del ídolo y de cuyo manejo se encargaba el sacerdote o cacique que estaba escon-

dido detrás del ídolo. Al instrumental de cada piay pertenecían pequeñas figurillas de zemis, que le servían de talismanes personales. También los caribe isleños, que creían en la existencia de numerosos espíritus de difuntos malintencionados bajo el aspecto de gnomos de los bosques (mapoya), llevaban consigo pequeñas figuras de madera, para contrarrestar los peligros que amenazaban de parte de estos seres. En cuanto a sus prácticas como brujos, los piay no se diferenciaban en nada de sus colegas sudamericanos.

Los taíno enterraban a sus muertos en posición acurrucada, algunas veces en fosas, otras veces en túmulos. Para los caciques había, como en Colombia, cámaras mortuorias, en las que el cadáver estaba sentado en un duho o escaño, con la mujer favorita a su lado, a la que se enterraba viva. Especialmente en Cuba y Puerto Rico, se acostumbraba la sepultura en cuevas. Algunas veces, se colocaba *a posteriori* la calavera en una canasta que se colgaba en la casa. Otra forma de enterramiento secundario tiene su origen en el sureste de Norteamérica y se efectuaba depositando el bulto de huesos con la calavera en una olla de barro que se tapaba después con otra olla.

Con excepción de los casos arriba mencionados, los difuntos viven según la creencia de los taíno, en un mundo terrestre de los muertos, porque no existe ningún *inframundo*, a pesar de que los taíno conocían el mito de la salida de los primeros hombres (y del sol) de cuevas, razón por la cual gustaban instalar en cuevas sus ídolos y objetos rituales. En cambio, los caribe isleños hacen bajar al primer hombre del *cielo*, a donde regresa, después de su muerte, el alma principal del hombre que vive en el corazón. De los otros mitos de los taíno, muchos se asemejan a los mitos actuales de los arawak de la Guayana, incluyendo el cuento del héroe Guaguiona que abandona a sus numerosas mujeres en la fantástica isla de Matininó, la que desde entonces está habitada exclusivamente por mujeres; y el cuento de los cuatro hermanos que, por mera curiosidad, voltean una calabaza en la casa de Yaya, un ser solar, produciendo de esta manera el diluvio.

III. LOS PUEBLOS CIVILIZADOS

1. El área cultural mexicana

PUEDE TOMARSE por límite septentrional de la alta cultura americana, el trópico de Cáncer, porque de esta manera quedan todavía incluídas en su área ruinas más septentrionales (Chalchihuites y La Quemada), así como la tribu maya de los huaxteca, extrema avanzada del grupo de pueblos mesoamericanos. Por otro lado, no existe barrera natural alguna que marque una división entre Norteamérica y México. Las dos cadenas de las Montañas Rocallosas, tanto la oriental como la occidental, tienen su continuación en las Sierras Madres oriental y occidental y entre ambas cordilleras mexicanas yace una altiplanicie que puede compararse con la "Gran Cuenca" de la Unión Americana y que no ofrece obstáculo alguno para que pueblos norteamericanos penetren en ella. Por consiguiente, ya desde los tiempos más remotos no existía ninguna división claramente marcada entre la población de Norteamérica occidental, por un lado, y la de México y el norte de Centroamérica, por otro. Todavía hoy día pueden observarse parentescos lingüísticos de los hoka y penuti de California hasta el lago de Nicaragua. A los primeramente mencionados pertenecen, según Kroeber y Sapir, los primitivos seri de Sonora, una tribu que aún permanece en el nivel cultural de recolectores y cazadores, junto con los pima, que son cultivadores; además, los tlapaneca (yopi) de Guerrero, los chontal de Oaxaca y los subtiaba de Nicaragua. Dixon y Freeland relacionan los penuti con los mixe y zoque, que viven en el istmo de Tehuantepec y que tal vez son parientes de los huave en el este de Tehuantepec y de los xinca en el sureste de Guatemala. Las grandes distancias que separan a estas tribus y su muy marcada diferenciación lingüística hacen suponer que se trate de una capa étnica antiquísima.

Ya en épocas más recientes se ha llevado a cabo la expansión de los *nahua,* cuya afinidad con pueblos sonorenses y shoshoni descubrió Eduard Buschmann ya en el año de 1854. Es muy probable que desde épocas muy remotas hayan vivido pueblos nahua en las regiones septentrionales de la altiplanicie de México; a ellos pertenecen una gran parte de las tribus cazadoras nómadas del norte, que en las antiguas crónicas mexicanas son frecuentemente mencionadas bajo el nombre colectivo de *chichimeca,* pues en la mente de los *azteca* y sus parientes, la memoria de su antigua conexión con los chichimeca era todavía tan viva que ellos mismos solían llamarse "chichimeca legítimos" (teochichimeca) y consideraban la palabra "chichimeca" un título honorífico para sus soberanos. Los dos valles al sur de la altiplanicie, el de México (con una altura de 2,200 metros sobre el nivel del mar) y el de Puebla, no han sido ocupados por los nahua de manera permanente hasta el período entre 1000 a 2200 d. c.; pero un grupo nahua *más antiguo* ya se había abierto paso antes hasta las dos costas y las selvas tropicales del sur; los grupos nahuas que han llegado más lejos, son los pipil en la costa del Pacífico de Guatemala y El Salvador, así como los nicarao (hoy extinguidos) en la región entre el lago de Nicaragua y el mar; todavía más allá, Vázquez de Coronado encontró en el año de 1564 una pequeña colonia nahua en el golfo de Chiriquí (Panamá). El otro grupo más reciente, que se distingue del más antiguo solamente por diferencias dialectales, abarca, como ya indicamos, principalmente a los habitantes históricos de los dos valles, con las ciudades de Tenochtitlán (México) y Texcoco, Tlaxcala y Cholula, respectivamente, entre los que, en la época del descubrimiento, la tribu de los azteca, originalmente confinada a Tenochtitlán, había logrado alcanzar la supremacía política y cultural. Sus guerras de conquista repiten, en lo esencial, las de sus predecesores, sin igualarlos en cuanto a su extensión, pues las invasiones de tribus nahua a la región de los maya (Yucatán y Guatemala), que los azteca nunca conquistaron, pertenecen a una época muy anterior a la fundación del imperio azteca.

Además de estos pueblos norteamericanos, hay en México y el norte de Centroamérica un buen número de otros que tenemos que considerar, por lo pronto, como *aislados*, por no haber logrado la ciencia hasta ahora, conectarlos con familias lingüísticas norte o sudamericanas. También en este caso hay que distinguir entre un grupo más antiguo, muy disperso y muy diferenciado, y otro más reciente. El primer grupo incluye a los *chorotega* o mangue, el extinto pueblo de alta cultura de Nicaragua, entre las bahías de Fonseca y Nicoya, que inmigró desde el norte, ya que los chiapaneca de Chiapas eran sus parientes cercanos. Algunos investigadores incluyen además en esta familia lingüística a varias tribus menores del norte y noroeste de Oaxaca (mazateca, etc.) y W. Lehmann agrega a ella también a los otomí, o sea la antigua población de los altos valles de Puebla, México y Toluca, que fué expulsada por los nahua y que actualmente vive más al norte en la región montañosa del norte de Puebla y en los estados mexicanos de Querétaro e Hidalgo. Una expansión más compacta y relaciones lingüísticas más estrechas, presenta el otro grupo *más reciente* que se compone de los maya (a los que me referiré en el capítulo siguiente) y los *zapoteca* (o mejor tzapoteca). Los principales asientos de estos últimos están situados, como en los tiempos antiguos, entre Oaxaca y Tehuantepec, mientras que sus parientes chinanteca y mixteca ocupan las regiones montañosas al norte y oeste de aquéllos. Finalmente, existen en la periferia septentrional del área cultural mexicana dos pueblos aislados: los *totonaca*, en la costa del golfo al norte de Veracruz, que, según sus tradiciones, vivían antiguamente también en la altiplanicie mexicana, y los *tarascos*, en el estado de Michoacán, cuyo centro estaba ubicado alrededor del lago de Pátzcuaro, desde donde se extendieron, en tiempos antiguos, hasta Zacatecas y Colima.

De casi todos los pueblos aquí enumerados existen considerables restos de raza pura. Según un cálculo del año de 1928, los nahua sumaban 516,000, los otomí más o menos 280,000, los zapoteca y mixteca casi otro tanto, los totonaca 80,000; los mije-zoque 40,000 y los tarascos 37,000. Su vitalidad política y cultural sigue intacta, a

pesar del largo dominio español. Por las venas de los dos grandes presidentes mexicanos, Benito Juárez y Porfirio Díaz, corría sangre india casi sin mezcla, y algunas tribus de regiones apartadas, como los mazateca, tlapaneca, zapoteca serranos y mije-zoque, se muestran aún hoy en gran parte renuentes al cristianismo y la cultura europea. Recientes investigaciones han demostrado cuán elevado es el porcentaje de antiguos elementos mexicanos que la cultura india moderna conserva todavía también en otras regiones, frecuentemente hasta muy cerca de las grandes ciudades.

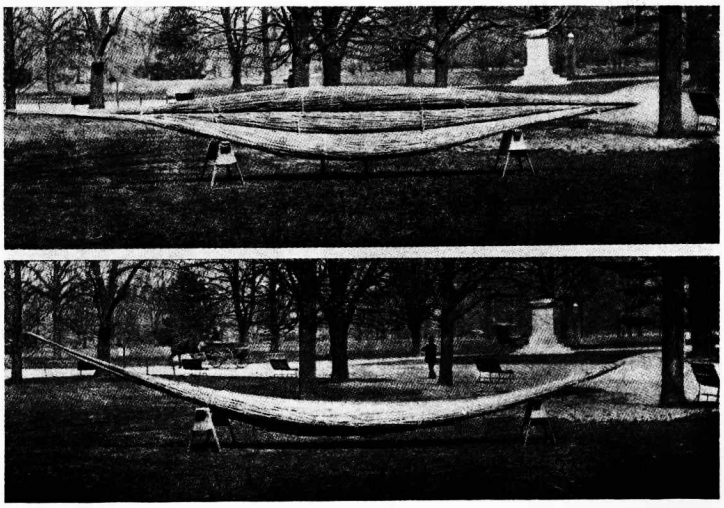
He tratado ya en uno de los capítulos anteriores de los cora y huichol de la Sierra de Nayarit (Jalisco) y cercanías, o sean tribus sonorenses que viven en el ámbito de la alta cultura y cuyas creencias y formas de culto tienen muchas afinidades con la antigua religión mexicana.

La escritura y la cronología de los azteca y sus afines culturales eran, en contraste con las de los maya, bastante imperfectas, de modo que no tenemos noticias seguras sobre las fases más antiguas de la *Historia de México.* Las tradiciones que llegaron a fijarse en códices jeroglíficos y en los apuntes de los primeros españoles, sólo se remontan hasta poco tiempo antes del año de 752 d. c., en el que se fundó, según los *Anales de Cuauhtitlán,* el imperio tolteca, pues inmediatamente antes de esta fecha, terminaba para los azteca la época mítica de las cuatro "edades prehistóricas" que, una después de otra, llegaron a su fin debido a grandes catástrofes naturales, y cuya supuesta duración (de un total de 2,028 años, según el códice Zumárraga), es simplemente el resultado de una multiplicación de la unidad calendárica mayor de 52 años. También las leyendas del origen de las distintas tribus nahua, que empiezan con la salida de los hombres de las "siete cuevas" (chicomoztoc), en el norte de su partida de una mitológica isla Aztlán en el oeste, sólo deben interpretarse en sentido mítico y no puede pensarse que estén relacionados con los pueblos rupestres de la región de los indios pueblo, o con una patria primordial transoceánica, Aun los relatos que se refieren a los *tolteca,* están inextricablemente entrelazados con la visión de una edad de oro,

perdida para siempre, cuyo gobernante Quetzalcouatl es al mismo tiempo un dios. Bajo la denominación "tolteca", los azteca entendían no sólo *un* pueblo determinado, sino *todos* los pueblos de cultura superior, que los habían precedido y de los que se sentían culturalmente dependientes, es decir, incluían en ella, además de los pueblos nahua más antiguos, también el de la cultura teotihuacana, el cual seguramente no tenía la misma filiación. Sólo así se comprende que a la destrucción del "imperio de Tollan", en 1064 d. c. (en cuya descripción, en cuanto ésta no contenga rasgos meramente poéticos, reverbera, sin duda alguna, el recuerdo del maravilloso florecimiento de la cultura teotihuacana) sigue, según las tradiciones, una época de grandes desplazamientos de pueblos, durante los cuales los tolteca emigran a la costa del golfo y hasta los países maya. Estas tradiciones pueden referirse a las migraciones de los nahua, porque la cultura teotihuacana no ha tenido más que una distribución limitada.

Hace apenas unos veinticinco años que las *excavaciones* de investigadores mexicanos y norteamericanos, entre los que debe mencionarse en primer lugar a Manuel Gamio y a George C. Vaillant, han proporcionado sólidas bases para la prehistoria mexicana. La *más antigua época cultural* de la altiplanicie mexicana se corresponde (como lo han comprobado hallazgos arqueológicos en cuevas de Coahuila, Chihuahua y Durango) hasta en los detalles, con la cultura de los "cesteros" en las capas más bajas de la región de los indios pueblo, de modo que presupone pueblos que vivían al nivel de los actuales californianos y tribus de las mesetas de Norteamérica. En vista de que estos pueblos eran recolectores asiduos de semillas de gramíneas y frutas de otras plantas silvestres, podemos tal vez atribuirles ya el primer paso decisivo hacia una cultura superior o sea, el invento del cultivo del maíz. De todos modos, la cultura "arcaica", es decir, la que sigue en el norte de México a la de los cesteros, se basa en su aspecto económico, enteramente en el cultivo del maíz. Lo que sabemos de ella, nos lo han proporcionado los enormes basureros en el Valle de México, donde sus paraderos estaban ubicados sobre las márgenes del ya desaparecido lago salado que rodeaba la ciudad

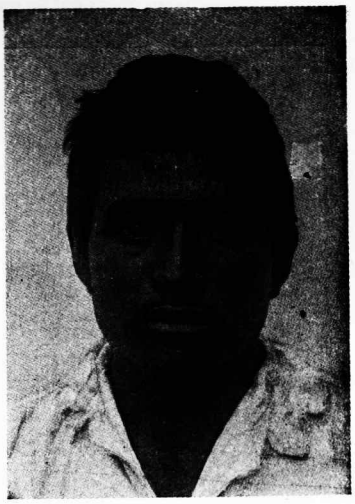
de México; estos hallazgos demuestran que tal cultura no era uniforme, sino que se presentaba en dos distintas fases (una más antigua, la "Cultura de Zacatenco", y otra más reciente, la "Cultura de Ticomán"), y que sufrió toda una serie de evoluciones. Las tribus del arcaico no eran sólo de cultivadores, sino también de alfareros, tejedores y escultores, y disponían en su cerámica de vasijas y figurillas, aun en mayor riqueza de formas que sus sucesores en la altiplanicie mexicana, a pesar de que estas figurillas de barro con sus extremidades en forma de muñones y exageradamente hinchadas, y con sus toscas y aplastadas caras, cuyas facciones sólo están señaladas por medio de incisiones o pastillaje, permanecen todavía sobre un nivel primitivo de la representación de figuras humanas. Sólo en las postrimerías de la época arcaica se presentan aisladamente unas figuras de deidades, y a este mismo período corresponde también la construcción sagrada de México, la más antigua que se ha conservado, o sea, la pirámide escalonada de Cuicuilco, al suroeste de la capital, cuya fábrica consiste todavía en piedras sin labrar y sin argamasa ni revestimiento de estuco. Esta pirámide ha quedado sepultada, en su mayor parte, por erupciones volcánicas, que también cubrieron algunos paraderos y cementerios adyacentes de la misma época, con una capa de lava que mide de cuatro a ocho metros de espesor. Las conclusiones que se han querido sacar de este hecho en relación con una muy remota antigüedad de la época del arcaico, han resultado falsas; la fase más antigua se remonta al primero o segundo siglo anterior a la era cristiana, mientras que la más reciente coincide ya con los comienzos de la *Cultura de Teotihuacán* (600 a 700 d. c.). El nombre de cultura teotihuacana procede del sitio arqueológico principal donde se ha encontrado, en el noroeste de la ciudad de México; no obstante, también se halló, igual que la Cultura Arcaica, difundida, en tiempos antiguos, en los valles de México y Puebla, así como en ciertos lugares de Morelos que colindan con aquéllos por el sur; tal cultura significa en todos sentidos un enorme progreso sobre su antecesora, lo que se explica por la afinidad o contacto que tuvo con las culturas totonaca, zapoteca y maya, en aquella época ya florecientes.



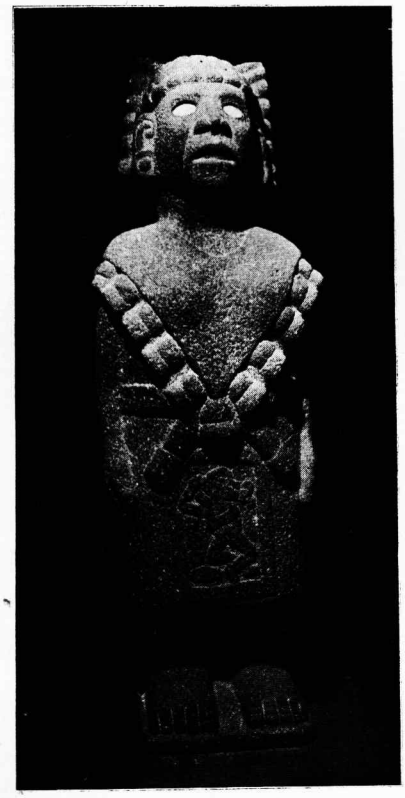
92. Balsa de los indios seri. (En el Museo Nacional de Historia Natural de Nueva York.)

93. Rancho mexicano moderno, con trojes para el maíz (cuezcomatl), de barro. De San Juan Totolac, estado de Tlaxcala. (Según Starr.)

94. Tipo de india huave de San Mateo. (Según Starr.)



95. Tipo de indio azteca de Cuauhtlantzingo. (Según Starr.)



96. Estatua de Chalchiuhtlicue, la diosa del agua. La cinta frontal adornada con discos de concha es su distintivo. (Según original del Museo Nacional de Arqueología de México.)

97. Estatua de Quetzalcoatl, el dios del viento. Igual que el número anterior, lleva en la nuca el enorme moño que caracteriza las deidades del agua, de la lluvia, de los cerros y del viento. El sombrero cónico es su distintivo. (Original en el Museo Nacional de Arqueología de México.)

98. Enorme estatua de Coatlicue, la diosa de la tierra, representada sin cabeza y sin manos. Del cuello y de los muñones de los brazos brotan serpientes, o sea corrientes de sangre. El collar se compone de manos y corazones humanos, la falda está tejida de serpientes; el adorno del cinturón consiste en una calavera, y en vez de pies se ven garras de jaguar. (Original en el Museo Nacional de Arqueología de México.)

99. Escultura zapoteca en barro. *Arriba, izquierda.* Urna funeraria que representa un dios de la lluvia, dentro de las formas y convencionalismos impuestos por el ritual. *Derecha.* Esta figura, hoy en el Museo de Oaxaca, muestra cómo los escultores zapotecas sabían romper los límites convencionales para dar a sus obras extraordinario realismo. *Abajo.* Este dios tigre es una espléndida muestra del estilo zapoteca, combinación de formas convencionales y de la libre inspiración del artista. (Tomado de Vaillant, *La civilización azteca.)*

Los hombres de la cultura de Teotihuacán eran de raza braquicéfala, que acostumbraba deformar los cráneos artificialmente. Estos dos rasgos los conectan con los pueblos de la costa del golfo y los distingue de todos los de la altiplanicie, sea que pertenezcan a la época de los "cesteros", a la del arcaico o a la azteca. También con respecto a sus producciones artísticas, aquellos hombres se aproximan más a los mencionados pueblos orientales y meridionales que a sus sucesores, o sean los aztèca, con los que Teotihuacán tiene en común, por ejemplo, sólo unas cuantas deidades o símbolos religiosos y casi nada de formas o decorados de vasijas. De modo que sería harto difícil atribuir la cultura de Teotihuacán a un pueblo nahua.

También esta cultura ha experimentado una serie de fases evolutivas que se manifiestan en el cambio de los estilos cerámicos (especialmente de la plástica figurativa de barro) y en los diferentes períodos arquitectónicos de *Teotihuacán*, uno de los conjuntos de ruinas más grandes de América. Ya en los primeros tiempos de dicha ciudad, se levantaron las dos construcciones gigantescas de la "pirámide del sol" y la "de la luna", de las que la primera, con un volumen de 993,000 metros cúbicos (área cubierta: 46,000 metros cuadrados; altura: 64.5 metros), ha sido edificada en una sola operación ininterrumpida, lo que indica un despliegue de energía que presupone la existencia de un estado poderoso. En la época del florecimiento de Teotihuacán, se construyó la espléndida fachada, totalmente cubierta con esculturas del "Templo de Quetzalcoatl", numerosas pinturas murales de suntuoso colorido en las casas de la ciudad, y una cerámica que consta de finas cabecitas de barro, moldeadas en forma muy realista, y vasijas trípodes, cuyo decorado consiste en una capa de estuco cubierta de pintura, o dibujos *raspados*. Esta época de florecimiento coincide probablemente con la edad de oro del imperio tolteca, entre los años de 850 a 1000 d. C. En su totalidad, la época de Teotihuacán abarca de 600 a 1200 d. C., más o menos; parece que su fin fué relativamente repentino, después de que la ciudad de Teotihuacán misma ya había sido abandonada bastante antes (¿en el año de 1064?), evidentemente en conexión con la inmigración de tribus

nahua en los valles de México y Puebla, la cual tuvo lugar entre los años de 1000 a 1200 d. C.

La *época "chichimeca"* de la altiplanicie dura hasta el año de 1430. En su aspecto político, cae bajo la supremacía de tribus nahua, principalmente de los rivales tepaneca y acolhua sobre las márgenes occidental y oriental del antiguo lago de México, para terminar finalmente en la *época azteca* después que los reyes de la ciudad azteca de Tenochtitlán, fundada en 1325 sobre islas en medio del lago, habían conquistado la supremacía y se habían coaligado con los alcohua de Texcoco. También la evolución de estas culturas nahua se refleja en las modificaciones de los estilos cerámicos y en las fases de construcción de algunos templos, especialmente de la pirámide de Tenayuca (excavada hace poco) sobre la margen norte del lago, que había comenzado a erigirse alrededor del año 1200. En lo general, el nivel técnico y artístico de los nahua antiguos, "chichimeca", era considerablemente inferior al de sus predecesores "tolteca", guardando con respecto a ellos la misma proporción que los apache y navajo respecto a los indios pueblo. Sólo los nahua recientes volvieron a alcanzar el alto nivel de la cultura de Teotihuacán y aun la superaron en parte, principalmente en cuanto al desarrollo de la escritura jeroglífica y el calendario, los que en la época teotihuacana estaban todavía en sus comienzos.

Esta cultura nahua reciente tenía su centro en *Cholula* (de cuya pirámide, en su tiempo la más grandiosa de América, no queda hoy día más que una masa informe), difundiéndose de allí a lo largo de la ancha cuenca que se extiende hasta Oaxaca y, subiendo por ambos lados de la misma hasta los pueblos serranos y costeños. Los azteca, a su vez, eran epígonos de esta cultura nahua clásica, cuyos códices, pinturas al fresco y vasijas policromadas de barro, entalladuras de madera, mosaicos y joyas de oro representan lo más exquisito que pueblos mesoamericanos al norte de la región maya jamás hayan producido.

Mientras que ya ahora nos es posible recorrer a grandes rasgos la evolución cultural de más o menos quince siglos en el norte de la

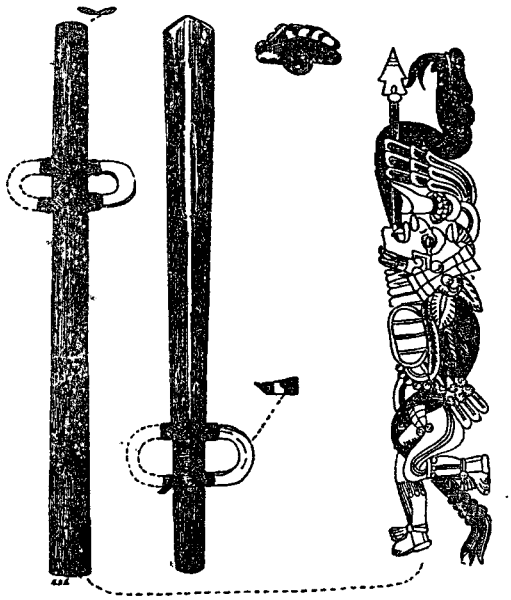
altiplanicie mexicana, basándonos en el estudio de monumentos y hallazgos arqueológicos, nos falta muchísimo aún para poder decir lo mismo del *resto de México*. En toda su área hay un estrato relativamente uniforme (correspondiente al arcaico del Valle de México, sin que sean idénticos sus detalles) el que parece constituir la base sobre la que se formaron las culturas mucho más individualizadas de los tarasco, totonaca, zapoteca, etc. Los últimos portadores de la cultura del arcaico de la altiplanicie, se habían retirado, probablemente bajo la presión de la cultura de Teotihuacán, hacia el oeste, lo que produjo en Colima un curioso florecimiento tardío de los "arcaicos" con una abundante cerámica de figuras y vasijas. También Teotihuacán había emitido sus derivaciones al oeste, de lo cual es testimonio el llamado "cloisonné" de Jalisco y Zacatecas, o sea una cerámica en la que algunos cuadretes de la superficie están ahondados mediante raspadura y vueltos a rellenar con una capa gruesa de pintura. Las excavaciones en Michoacán, el país de los tarascos, han dado por resultado el descubrimiento de tres épocas culturales de las cuales la segunda dependía en cierto grado de Teotihuacán. En la *región zapoteca*, el extenso conjunto de edificios en la cima del Monte Albán, que el arqueólogo mexicano Alfonso Caso está excavando actualmente, muestra un pasado aún más lleno de vicisitudes. De sus cinco períodos culturales, el tercero corresponde cronológicamente al florecimiento de Teotihuacán, y sólo en el cuarto aparece —de una manera parecida a Colima en el "arcaico"— el estilo típico zapoteca, en su pleno desarrollo; este estilo, que tiene su base en las formas artísticas de Teotihuacán, se caracteriza por sus grandes vasos-efigie de barro, sus relieves de piedra y sus pinturas al fresco. De una época un poco más reciente de la cultura zapoteca son los palacios y sepulcros de *Mitla*, cuya arquitectura representa una evolución del estilo de Monte Albán. Ambos sitios terminaron por caer en manos de los *mixteca*, cuya cultura ha seguido enteramente los senderos de la cultura nahua clásica. Contrastando con ellos, los zapoteca tenían rasgos que los acercaban mucho más a los maya que a los nahua, de lo que dan testimonio la disposición de sus construcciones, muchos

altiplanicie mexicana, basándonos en el estudio de monumentos y hallazgos arqueológicos, nos falta muchísimo aún para poder decir lo mismo del *resto de México*. En toda su área hay un estrato relativamente uniforme (correspondiente al arcaico del Valle de México, sin que sean idénticos sus detalles) el que parece constituir la base sobre la que se formaron las culturas mucho más individualizadas de los tarasco, totonaca, zapoteca, etc. Los últimos portadores de la cultura del arcaico de la altiplanicie, se habían retirado, probablemente bajo la presión de la cultura de Teotihuacán, hacia el oeste, lo que produjo en Colima un curioso florecimiento tardío de los "arcaicos" con una abundante cerámica de figuras y vasijas. También Teotihuacán había emitido sus derivaciones al oeste, de lo cual es testimonio el llamado "cloisonné" de Jalisco y Zacatecas, o sea una cerámica en la que algunos cuadretes de la superficie están ahondados mediante raspadura y vueltos a rellenar con una capa gruesa de pintura. Las excavaciones en Michoacán, el país de los tarascos, han dado por resultado el descubrimiento de tres épocas culturales de las cuales la segunda dependía en cierto grado de Teotihuacán. En la *región zapoteca*, el extenso conjunto de edificios en la cima del Monte Albán, que el arqueólogo mexicano Alfonso Caso está excavando actualmente, muestra un pasado aún más lleno de vicisitudes. De sus cinco períodos culturales, el tercero corresponde cronológicamente al florecimiento de Teotihuacán, y sólo en el cuarto aparece —de una manera parecida a Colima en el "arcaico"— el estilo típico zapoteca, en su pleno desarrollo; este estilo, que tiene su base en las formas artísticas de Teotihuacán, se caracteriza por sus grandes vasos-efigie de barro, sus relieves de piedra y sus pinturas al fresco. De una época un poco más reciente de la cultura zapoteca son los palacios y sepulcros de *Mitla*, cuya arquitectura representa una evolución del estilo de Monte Albán. Ambos sitios terminaron por caer en manos de los *mixteca*, cuya cultura ha seguido enteramente los senderos de la cultura nahua clásica. Contrastando con ellos, los zapoteca tenían rasgos que los acercaban mucho más a los maya que a los nahua, de lo que dan testimonio la disposición de sus construcciones, muchos

detalles de su estilo arquitectónico, las representaciones humanas en sus vasos-efigie y las estelas de piedra cubiertas de relieves, así como los jeroglíficos y guarismos de sus inscripciones. Pasando de la región zapoteca, la influencia maya se extiende, en cuanto a las formas del arte y la escritura, todavía más al norte, donde la pirámide de Xochicalco y algunos monumentos de la altiplanicie correspondientes a la época de Teotihuacán, dan pruebas de su existencia. Otra rama de la misma corriente cultural que arrancó de los maya, siguió la costa del golfo, dejando huellas inequívocas en los hallazgos arqueológicos y monumentos de Tuxtla, y ejerciendo su influencia sobre los *totonaca*, cuyo arte posee, por otro lado, muchos rasgos originales, principalmente en la arquitectura de nichos de los templos (Papantla), así como en la plástica y ornamentación de los "yugos" y "palmas" de piedra, o sea, de las esculturas en forma de herradura o prismáticas, cuyo significado es todavía un enigma. Las culturas zapoteca y totonaca alcanzan su auge en el período entre 100 y 1400 d. c. Más tarde se impuso en ambas regiones la cultura nahua, cuya influencia se fortaleció más tarde por las conquistas y fundaciones de colonias de los azteca.

A pesar de la gran antigüedad del cultivo del maíz en el área cultural mexicana, no faltan vestigios de niveles culturales más antiguos. Los *otomí* practicaban todavía en la época de la conquista el cultivo de una manera muy negligente, prefiriendo irse de caza para matar venados y ciervos, liebres y conejos, codornices y otros pájaros, de modo que los azteca gustaban emplearlos de ojeadores. En los *huave* de la región lacustre al este de Tehuantepec, persiste aún hasta nuestros días un genuino pueblo de pescadores, que desprecia los alimentos de carne, a pesar de los rebaños de ganado vacuno que posee. Aun entre los cultivadores típicos de la altiplanicie, o sean los azteca y tarasco, se había conservado vivo el recuerdo de la antigua vida de cazadores, motivo por el cual, los azteca organizaban anualmente un gran batida ritual durante la fiesta del antiguo dios chichimeca de la caza. Un mapa pictográfico del Valle de México de

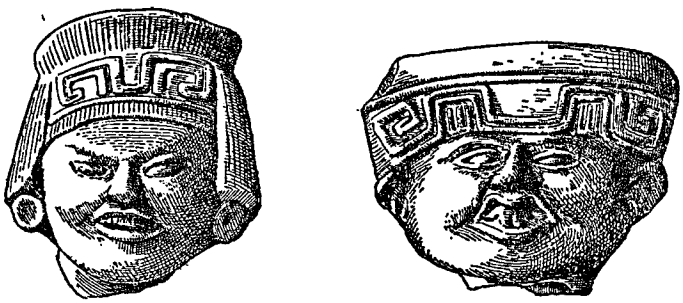
mediados del siglo XVI, describe el animado ir y venir de los cazadores y pescadores alrededor del lago de México. Allá vemos gráficamente cómo se matan ciervos con el arco, pájaros con la cerbatana y aves acuáticas con el propulsor; redes de cazar, fijadas entre postes, sirven para coger liebres y codornices; redes de bolsa para atrapar patos; y



25. Lanzadera de dardos antigua (atlatl). A la derecha, el dibujo desplegado de la entalladura. 1/8, aproximadamente, del tamaño natural. De la colección de Chrisy del Museo Británico. (Según Joyce.)

anzuelos y buitrones para pescar. De estos métodos, algunos están hoy todavía en uso: la caza con cerbatana entre los zapoteca y con propulsor en los lagos de Texcoco y Pátzcuaro. Con la cerbatana mexicana no se tiran dardillos, sino balas de barro, y con el propulsor, tridentes. El propulsor es plano, en forma de artesa o bastón, y tiene como agarradera un tope o dos lacitos o dos agujeros (esta última variante, entre los tarascos); en tiempos antiguos, además de

las ramas para uso, había también otras de la misma clase para ceremonias, como lo demuestran los propulsores con suntuosas entalladuras y chapa de oro, que se han encontrado en la región mixteca, o las cerbatanas con piedras engastadas y mosáicos de pluma, que se mencionan entre las joyas del tesoro de Moctezuma. Para el simple *arco de madera*, que seguía siendo el arma principal entre los tarascos, se usaban flechas con asta de carrizo y astas delanteras de madera embutida, las que se cargaban en aljabas de cuero, mientras que una bolsa de malla contenía puntas de repuesto, de obsidiana o pedernal. Las hondas se usaban de preferencia entre las tribus montañesas (por



26. Cabecitas de barro, de la Mixtequilla (costa del Golfo al sur de la ciudad de Veracruz), con peinados artísticos y dientes limados. (¼ y ⅓, aproximadamente, del tamaño natural, respectivamente.) (Del Museo Etnológico de Berlín.)

ejemplo, las de Toluca). Debido a la pesca que los tarascos practicaban de una manera muy intensiva, este pueblo era llamado michuaque, "pescadores", entre los azteca. El pescado de mar para la cocina de los reyes de los azteca venía de las lagunas y playas del golfo, de donde también hay datos que indican que se practicaba la caza y pesca marinas con arpones y redes.

En la altiplanicie, el maíz había llegado a constituir, junto con el frijol negro, el principal alimento; hasta tal punto, que en los tiempos de sequía o malogro de las cosechas, la gente se moría de hambre, lo que obligó a una gran parte de la población, en los años de 1454 y 1506, a emigrar a los países costeños del golfo de México.

En esta región, el maíz no predominaba exclusivamente; junto con él se cultivaban tubérculos tropicales —mandioca, ñame, batatas y una clase de taro (colocasia antiquorum)— y árboles frutales, especialmente palmeras y pitahayas. También la manera de cultivar era diferente en las dos regiones mencionadas. En las tierras altas predominaba el cultivo de azada con riego artificial, con abono de la tierra (por medio de excrementos humanos, como en China) y la construcción de terrazas; en cambio, en la zona costeña se usaba el cultivo de roza. Para aflojar la tierra, se recurría a un bastón-pala con hoja triangular, y para deshojar las mazorcas de maíz, a una lezna de madera con un lazo por agarradera. En las orillas pantanosas del lago de Xochimilco al sur de la capital, florece aún hoy día la horticultura sobre las "chinampas", que son eras en forma de islotes, cercadas de estacas y separadas entre sí mediante canales angostos, cuya fértil cubierta de fango produce toda clase de legumbres o flores. Para ablandar el hollejo de los granos del maíz, se les moja con cal viva o ceniza, desmenuzándolos después sobre piedras de moler con tres soportes (metates), por medio de manos cilíndricas; con la masa se hacen tortillas (en lengua azteca, tlaxcalli), cociéndolas sobre grandes discos de barro, si no es que se la transforma en papilla clara (atole) o en un relleno de legumbres o carne (tamales). El principal alimento de carne lo proporciona el *pavo*, el único animal doméstico de los mexicanos además del perro que también sirve de alimento (así como para sacrificios) y que en algunas regiones se cebaba, como lo comprueban las figuras de barro de Colima. La carne de pavo se comía con una salsa de pimienta roja que los habitantes de la altiplanicie importaban de los países de la costa del golfo, de igual manera que la *vainilla*, que se da en el territorio de los totonaca, y el cacao, cultivado entre los maya, el cual constituía la bebida de los señores. De bebidas fermentadas había en México: la *chicha* (cerveza de maíz) entre los huaxteca, que tenían fama de beodos, y *pulque* entre los azteca, tarasco y zapoteca. El pulque, o sea un vino de la savia del agave, que se acumula en la base ahuecada de los tallos cortados de la planta, se sorbía con tubos bebedores (acocotes), sólo era

permitido entre los ancianos azteca, para evitar excesos de la juventud. Los antiguos mexicanos fumaban el *tabaco* en la forma de nuestros puros de Virginia, es decir, con una paja en el centro como eje, al que se arrollaba una hoja de tabaco; en tanto que los sacerdotes lo masticaban en forma de píldoras, con la intención de provocar un estado de éxtasis. El mismo objeto tenía también un narcótico, corriente entre las tribus pima en el norte, que se extraía del peyote, una especie de cactus (anhalonium Levinii). En la región tarasca, se han encontrado pipas de barro para fumar, que tienen forma más o menos acodada y que frecuentemente están bien pulidas o representan figuras.

El pueblo en el México antiguo vivía en *casas* que se diferenciaban seguramente muy poco de las que construye la actual población indígena rural. Sus paredes son de adobe en la altiplanicie, donde escasean los bosques, mientras que en otros lugares se emplean maderos gruesos o cañas de bambú, con o sin embarrado; los techos, que se construyen con mucho declive y algunas veces a cuatro vertientes, tienen una cubierta de paja o palma. Estos "jacales" (del azteca xacalli, casa de paja) tienen en su mayoría la planta *rectangular*, forma que predominaba en las épocas azteca y teotihuacana. Sin embargo, en la costa del golfo (entre los huaxteca), en Morelos, en Guerrero (entre los mixteca) y en Oaxaca (entre los triqui, una tribu lingüísticamente emparentada con los zapoteca), hay típicas *chozas con techo cónico*, que sirven de habitación o de trojes y que llevan frecuentemente una olla volteada en el vértice, para evitar que entre el agua. En tiempo de los azteca, los templos de Quetzalcouatl, cuyo culto era oriundo del este o sur, también tenían esta forma; es probable que originalmente tuvieran una distribución mucho más extensa (como en Amazonia), porque así lo indican ciertas formas de transición entre el estilo circular y el rectangular; por ejemplo, casas de planta ovalada en la región de Orizaba. Un cortijo indio consta comúnmente de tres edificios: casa-habitación, casa-cocina y troje de maíz; y una alta cerca de cácteas columnares circunda el conjunto. Las trojes para maíz (en azteca, cuezcomatl) son,

entre los azteca y otomí de la región de Tlaxcala, grandes urnas de barro con techo de paja y zócalo de mampostería, o enormes cajas cuadradas de palos horizontales entre postes verticales que descansan sobre piedras. En otras partes, por ejemplo entre los mixe, hay también trojes sobre estacas; pero solamente en la desembocadura del río Papaloapan (Veracruz) existían palafitos para habitaciones. Otra parte característica del cortijo indígena es el *baño de sudor* (temazcalli) o sea una construcción de adobe y piedra en forma de un horno para hacer pan, o una casita rectangular de madera con el horno construído al lado. Ambos tipos existían ya en tiempos prehispánicos.

Junto con la cultura superior, progresaba, entre todos los pueblos mexicanos más adelantados, la concentración de la población en *ciudades*, así como la construcción de *casas de piedra*, que se levantaban casi siempre sobre terrazas bajas, terraplenadas con tierra y piedra suelta y revestidas exteriormente con piedras que se cubrían de estuco. Como una de las ciudades más antiguas debe considerarse Teotihuacán, cuyas manzanas de casas se levantan en filas a lo largo de una avenida perfectamente recta, de 60 a 70 metros de ancho y más de tres kilómetros de largo. Estas manzanas consisten en templos o conjuntos de edificios circundados de muros y con numerosos aposentos cuadrados, pegados los unos a los otros y agrupados alrededor de patios. *Zempoala*, en la región costeña de los totonaca, presenta un complejo bastante espacioso, con sus doce conjuntos de templos o palacios, irregularmente esparcidos sobre una amplia superficie, y antiguamente rodeados de jardines. Contrastando con tales ciudades, vemos poblados en altura, que eran al mismo tiempo fortalezas; a ellos pertenecen (además de infinidad de pequeños pueblos en las vertientes meridional y oriental de la altiplanicie mexicana, construídos en las laderas o sobre promontorios, y protegidos, en puntos débiles, por medio de terrazas o bastiones, bardas o fosos) en primer lugar, *Monte Albán* en territorio zapoteca, y *La Quemada* en la región que antiguamente era de los tarascos. En tiempos pasados, casi todos los pueblos de los zapoteca y mixteca estaban situados

sobre la cima de un cerro. El de Monte Albán, que se levanta 400 metros sobre el nivel del valle de Oaxaca, está cubierto de una tupida red de plataformas y pirámides, plazas y patios hundidos, que están unidos entre sí por medio de escalinatas monumentales, mientras que las laderas del cerro están transformadas en terrazas. Lo mismo ocurre en la meseta sobre la que se construyó la antigua ciudad de Tuitlán, que hoy día se llama La Quemada. Este sitio se divide en una ciudad de templos y palacios, y una ciudadela rodeada de murallas, a la que solamente puede entrarse, penetrando por un angosto paso. Los edificios principales de la parte primeramente mencionada, son una torre rectangular maciza y una sala de pilares casi cuadrada, ambos construídos con lajas, unidas por medio de argamasa. Otro cuarto tipo de ciudad, aunque enteramente aislado, está representado por Tenochtitlán, que fué destruída por los españoles en el año de 1521. Sus edificios se levantaban, como los de Venecia, sobre islotes o soleras de estacas, estaban separados entre sí por canales y comunicados con la orilla por anchos pasos secos en el norte, este y sur; una doble tubería de barro conducía el agua potable desde la orilla al centro de la ciudad. Los españoles calculaban la población de Tenochtitlán, seguramente con mucha exageración, en 300,000 habitantes, diciendo además que el gran mercado, circundado de portales, tenía tres veces las dimensiones del de Salamanca.

Los palacios mexicanos eran bajos, raras veces de dos pisos, y tenían techos planos de vigas; por consiguiente sus aposentos no podían tener otra forma que la de corredores angostos, y sólo era posible ampliarlos, levantando, a lo largo de su eje mayor, una fila de columnas redondas, que eran de madera en el palacio de Texcoco, de mampostería en La Quemada, y de monolitos en Mitla. Los bien conservados palacios de *Mitla* forman tres complejos edificios, cuyas gruesas paredes tienen un núcleo de lodo y piedra suelta, revestido por fuera y por dentro con piedras labradas; es decir, que representan una técnica totalmente distinta de las del Viejo Mundo, porque se basa, en el fondo, en una arquitectura de barro, que ha sido perfeccionada, "chapeando" las paredes con una cubierta de piedra, que

no es propiamente elemento integrante de la construcción misma. En Mitla, las piedras de revestimiento están artísticamente labradas en su lado exterior, de modo que forman dibujos geométricos en alto relieve sobre las paredes exteriores e interiores, las cuales están divididas en tableros hundidos por medio de cornisas muy salientes. Cada uno de los tres complejos tiene su atrio a ras de tierra, de donde unos cuantos escalones conducen a una larga y angosta sala que yace sobre una terraza de poca altura y a la que sigue inmediatamente el patio, totalmente rodeado de estrechos aposentos. En Tenochtitlán, los extensos palacios reales contenían además de las habitaciones propiamente dichas, otras salas destinadas a la administración de justicia, para almacenar tributos, armas ofensivas y defensivas y archivos de documentos jeroglíficos; además, había talleres para los artífices de palacio, jardines zoológicos con pájaros de vistosos plumajes y fieras, así como jardines de recreo con camellones de flores, y piscinas.

En el interior de las casas, las paredes estaban tapizadas con telas o cubiertas de pinturas al fresco, mientras que los pisos se alfombraban con finas esteras. Se dormía en el piso o sobre catres, y se tomaba asiento en banquitos de poca altura o sobre rollos de junco; para los reyes y altos dignatarios había sillones con respaldo, sobre los que se echaban pieles de jaguar. El resto del ajuar constaba de calabazas o escudillas de madera, cajitas de cestería con tapadera, cestos y vasijas de barro o piedra. Entre los zapoteca y tarasco modernos, las *calabazas* y *escudillas* de madera se decoran con pinturas y se les barniza con la grasa de la cochinilla mayor (cocus axin), así como la técnica del "cloisonné", y hasta posteriormente no transfirieron estas artes a las ollas.

La cerámica había alcanzado en México un nivel de gran altura, a pesar de que no se conocía el torno de alfarero, desarrollando una riqueza de formas tan abundante que aquí sólo podemos dar una idea muy ligera de ella. El tipo más característico es, sobre todo, la vasija trípode, con numerosas variantes, entre las que desempeñan el papel más importante: una forma (cerámica de Cholula) cuyos soportes

muestran sección circular y rematan en puntas, cabezas o garras de jaguar; y otra (cerámica azteca) con soportes planos escalonados. La cerámica de Cholula alcanzó el grado más alto de perfeccionamiento: escudillas, jarros y vasos con decorado policromado en el estilo de los códices; sus diversos tipos se presentan hasta en las regiones de los mixteca y totonaca. Entre los azteca, el colorido era menos lujoso,

27. Cerámica antigua de México. *1)* vasija, *2)* plato de Cholula (Tlaxcala y Cholula); *3)* vaso de Teotihuacán (Azcapotzalco, en el valle de México); la decoración ha sido formada, raspando parte de la capa exterior más oscura (técnica del Champ-levé); *4)* vasija de la cultura maya, con dibujo grabado en una superficie blanca (de Chamá, en el norte de Guatemala; *5)* vasija, cubierta con una capa de brillo metálico (Atotonilco-Quimiztlán, al pie del Pico de Orizaba); 6) jarra con decoración en blanco y negro (de Tanquián, en la Huaxteca). (Según Seler.)

concretándose a un color canela opaco y rojo de sangre brillante, ambos con dibujos lineales en negro; y era menos abundante la diversidad de formas, destacándose entre las escudillas en primer lugar una cazuela con fondo estriado, para preparar la salsa de especias. Entre los huaxteca se encuentra una forma "tetera" de arcilla blanca, parecida al caolín. En contraste con estas cerámicas septentrionales,

la cerámica zapoteca prescinde, en la mayoría de los casos, de la aplicación de colores, atribuyendo, en cambio, mayor importancia a la plástica de sus vasos-efigie, los que solamente en el Perú han experimentado un desarrollo de igual riqueza. Las vasijas de piedra alabastrina (aragonito), que se encuentran en la costa media del golfo, muestran también frecuentemente formas figurativas.

Otras ramas altamente desarrolladas de la antigua industria mexicana, eran la *lapidaria*, la *orfebrería* y la *plumería*. En la época del descubrimiento de América, prevalecían todavía en todo el territorio mexicano, los utensilios de piedra sobre los de metal. Como hacha servía una hoja de diorita o diabasa con peto puntiagudo o romo, que se engastaba en un cabo de madera; como cuchillo, una lasca desprendida de un trozo de obsidiana o una hoja foliforme de pedernal tallado. Todos los utensilios de cobre o bronce —hachas planas, agujas y cuchillos delgados en forma de una "T"— presentan indicios de conexiones con el Perú, y es probable que no se les haya introducido desde allá sino hasta en tiempos relativamente recientes, porque ni la cultura de Teotihuacán, ni el "viejo imperio" de los maya, poseían tales formas. En cambio, como lo comprueban los hallazgos arqueológicos, ya en tiempos remotos se hacían joyas de cobre u oro, valiéndose con gran pericia y muy buen gusto, del vaciado a la "cera perdida", del repujado, de la soldadura y del dorado, para producir delicadísimas piezas de carácter filigranesco. Un nivel no menos alto había alcanzado el arte de los lapidarios que empleaban principalmente el "chalchihuitl", bajo cuyo nombre los azteca comprendían diversas clases de piedras duras de colores verdes claros u oscuros (cuarcitas, serpentinas, saussuritas y jadeítas). Era muy generalizada la costumbre de adornar joyas o utensilios de madera (escudos, máscaras, figuras de animales, mangos de cuchillo, etc.) con laminitas de jade, turquesa, obsidiana o concha.

Los triunfos más resonantes, sin embargo, corresponden al arte de trabajos manuales con mosaicos o, más propiamente dicho, en los cuadros que se hacían con las plumas multicolores de pájaros tropicales. Se cortaban las plumas en pedacitos y éstos se pegaban sobre

telas que después servían para adornar escudos, tocados, etc. Los centros de todas estas artes se encontraban en el sur de la altiplanicie, o sea en la región de la cultura nahua clásica, así como entre los mixteca. Todavía hoy día se conservan restos de la técnica de mosaicos de plumas entre las tribus de la altiplanicie.

En la actualidad los *otomí* entienden todavía algo de la *fabricación de papel* de fibras de áloe o líber de higuera, cuyos materiales se enmarañan golpeándolos, como en tiempos antiguos, con una piedra estriada sujeta a una vara flexible que al mismo tiempo hace las veces de mango.

A pesar de que no se ha conservado ninguna muestra de las antiguas telas, podemos deducir que los dibujos de los códices, de los relatos españoles y de los productos textiles de los indios modernos, que el arte de tejer había alcanzado en tiempos antiguos un nivel tan alto como en el Perú. Como allá, también en México se usaba el mismo telar sencillo, horizontalmente tendido entre un poste y el cinturón de la tejedora, así como el huso con tortera de barro. Además de la fibra de agave (ixtle) de la altiplanicie, se utilizaba principalmente el algodón, cuyo cultivo florecía sobre todo en la costa del golfo, entre los huaxteca y totonaca; mientras que una substancia colorante de mucha importancia, o sea la grana, se extraía de la cochinilla que los zapoteca cultivaban. Los zapoteca modernos tiñen sus telas con la tinta del caracol múrice y en el valle de Toluca se conoce también el "ikatten". Los dibujos, casi siempre bordados en la actualidad, se formaban antiguamente durante el mismo trabajo de tejer la tela; además, se hacían, como en el Perú, trajes multicolores de pluma, los cuales se fijaban sobre una base de malla.

En tiempos antiguos, sólo los huaxteca andaban desnudos, pues eran en muchos sentidos todavía un pueblo primitivo, motivo por el cual, los azteca los despreciaban como bárbaros. La *indumentaria masculina* mexicana constaba, casi en todas partes, de un taparrabo (en azteca, maxtlatl), que colgaba por delante en dos cabos anchos; a éste se agregaba una manta en forma de toga que colgaba de los hombros, dejando libre el brazo derecho; esta prenda de

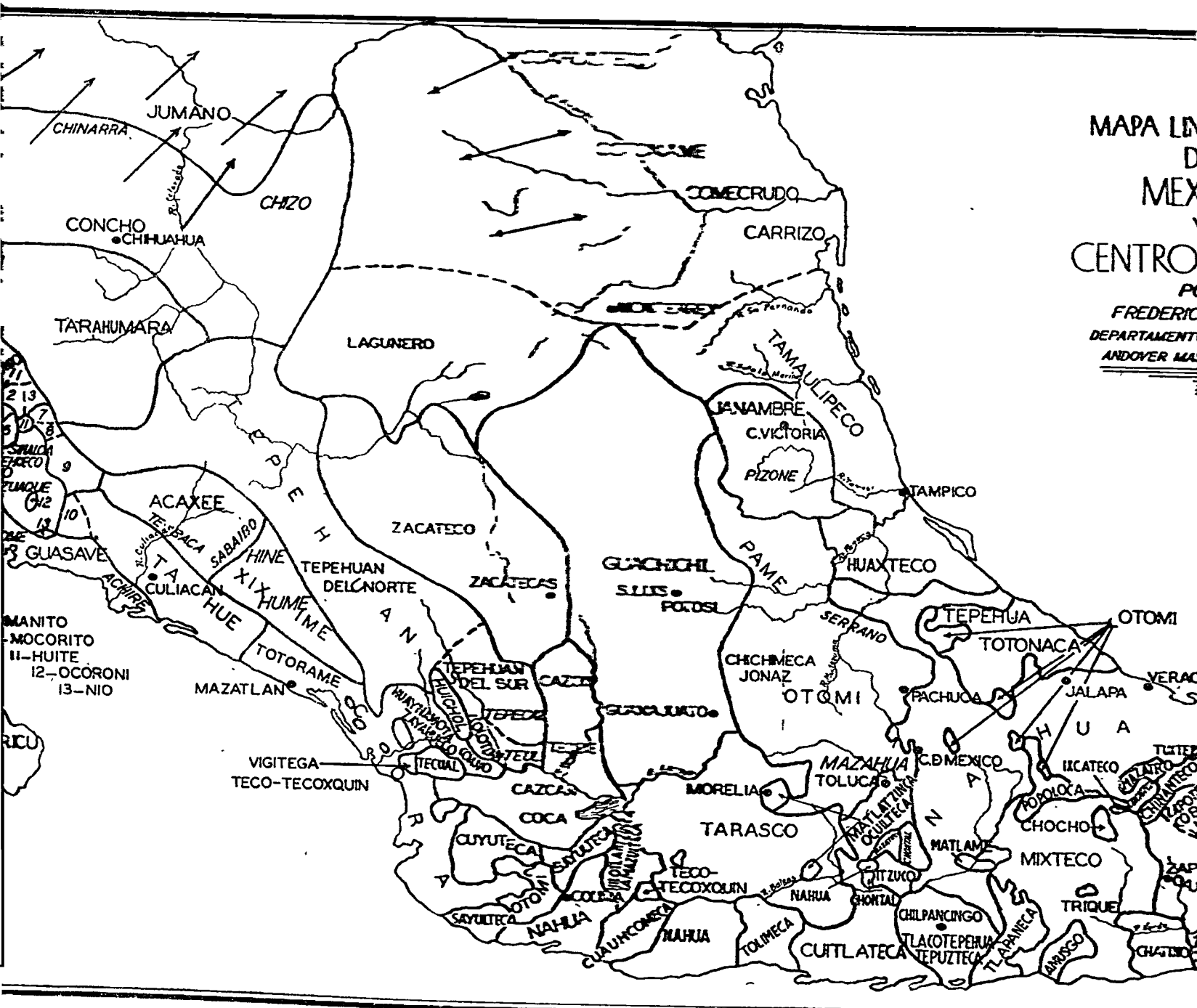
vestir ya la hemos encontrado varias veces. La camisa sin mangas (huipilli), era en México, por lo regular, prenda de vestir de las mujeres (entre los azteca, la llevaban también los sacerdotes).

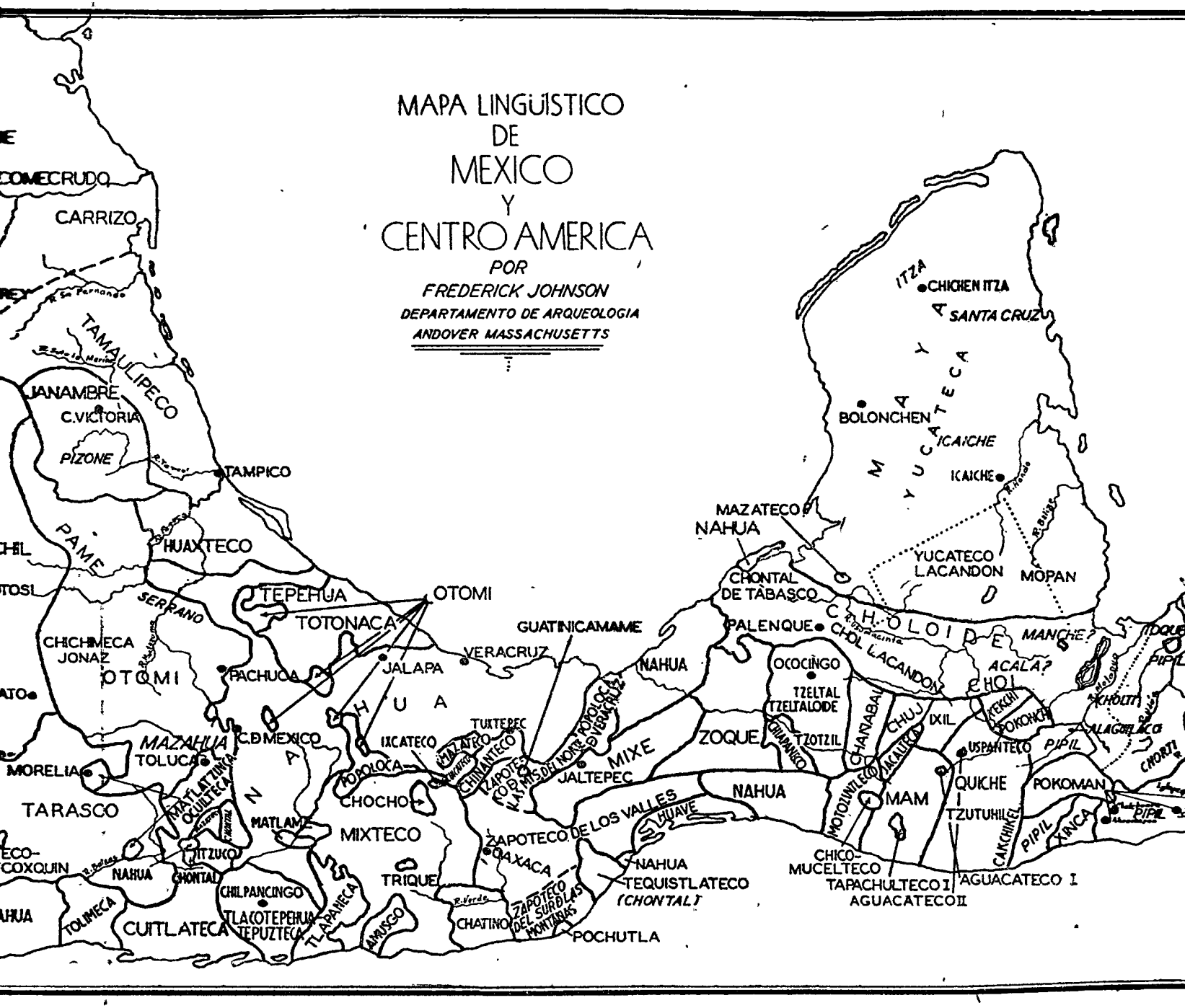
Al taparrabo masculino correspondía la *falda femenina* (cueitl), o sea una tira de tela que se ceñía alrededor de la cintura y que se fijaba con un cinturón. En las regiones cálidas de las tierras bajas, la parte superior del cuerpo quedaba desnuda o se cubría con un poncho que originalmente era característico de los huaxteca, totonaca y zapoteca, y que entre los azteca, que lo habían adoptado de ellos, aparece como una prenda de vestir de las mujeres nobles y de las diosas.

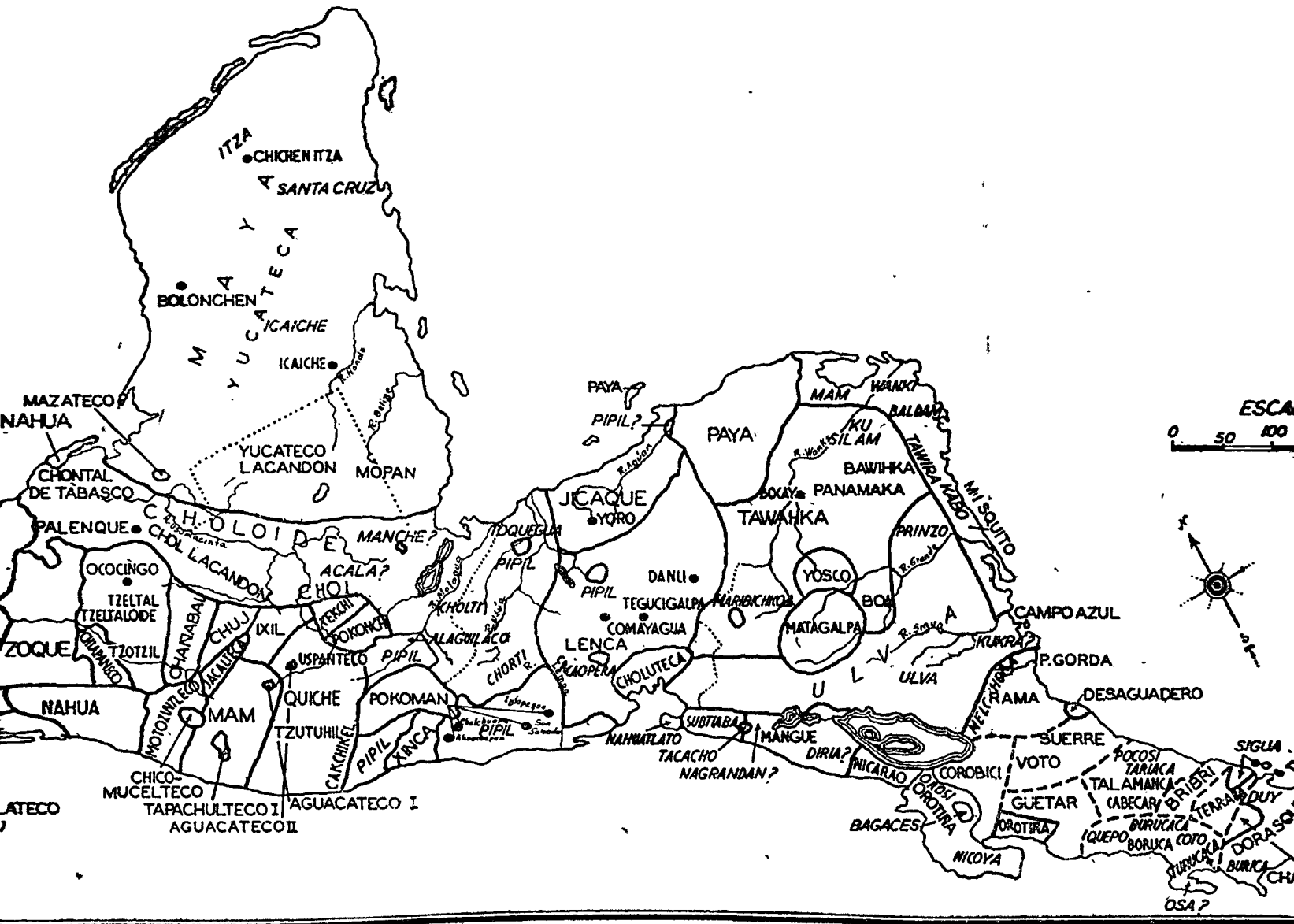
El *calzado* consistía en sandalias de cuero con talonera alta. Sólo los huaxteca llevaban una clase de gorros puntiagudos de piel de jaguar. Las vendas frontales, de piel, hilo o tela, eran prendas de vestir de los chichimeca, encontrándose, por tal motivo, entre los tarascos y los nahua de Tlaxcala. Los tarascos se cortaban el pelo al rape, los otomí solamente la parte anterior de la cabeza; de esta misma manera arreglaban también su cabello los jóvenes azteca, que sólo después de su primera hazaña guerrera dejaban crecer el pelo, el que cepillaban sobre una sien hacia arriba y adornaban con un penacho de dos plumas de garza, mientras que los rangos militares superiores lo recogían en un copete que adornaban con dos borlas de pluma. También había peinados de trenza (entre los zapoteca). Las mujeres azteca levantaban el cabello en dos cuernos; las zapoteca y mixteca lo entretejían con cintas de color, arreglándolo alrededor de la cabeza en forma de rodete. Entre las mujeres de los zapoteca actuales de Tehuantepec, existe la moda de cubrirse la cabeza con una toca almidonada, que a las claras denota que se ha originado de una camisa femenina europea. Los artísticos peinados y rasuras de las tribus del Golfo se remontan a influencias mayas. Los utensilios del tocador incluían espejos de pirita, pinzas depiladoras de cobre (entre los tarascos) y navajas de afeitar de obsidiana. La pintura facial era costumbre muy generalizada y se aplicaba, entre las

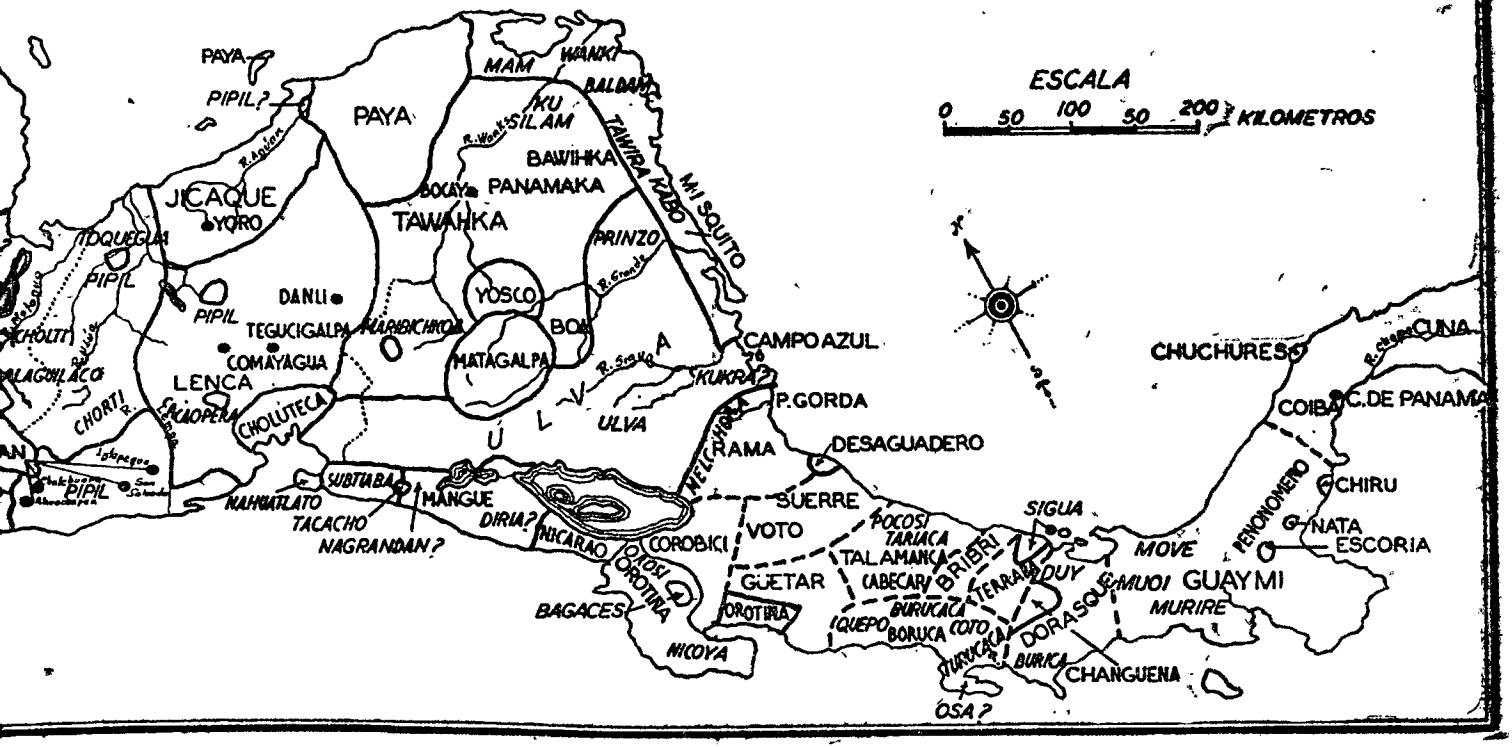
mujeres aztecas, por medio de sellos de barro que producían bonitos dibujos rojos sobre el afeite amarillo.

La distribución de las diversas formas de la deformación corporal deja ver claramente hasta qué grado se mezclaban en México influencias culturales septentrionales y meridionales. En la altiplanicie predominaban narigueras, bezotes y orejeras; mientras que la costumbre maya del aplanamiento craneano, limadura dental y tatuaje, se habían difundido a lo largo de la costa del Golfo. Las varitas de jadeíta o turquesa, y las láminas de cobre u oro, que se llevaban en el *tabique nasal* agujereado sólo eran ya entre los azteca adornos de los dioses o reyes, es decir, ya estaban a punto de desaparecer; en cambio, entre los huaxteca, una varita nasal con pequeñas borlas de pluma constituía todavía el principal distintivo tribal. Los *bezotes* eran, entre los azteca y tarasco, de obsidiana, cristal de roca, jadeíta y ámbar, y solían tener la forma de sombrero o clavo; los nahua y otomí de la altiplanicie de Tlaxcala, llevaban bezotes encorvados de concha, mientras que los totonacas usaban grandes discos labiales. Las orejeras eran de bodoques de madera con mosaico de turquesa, o de piedra. La deformación craneana se presentaba en la costa del Golfo en diversas formas, de las que la más curiosa la encontramos entre los olmeca del sur de Veracruz, donde se daba al cráneo, por medio de una presión central, una forma bilobulada ("tête bilobée"). No menos variadas eran las formas de *deformación dental*; los huaxteca limaban los dientes en forma puntiaguda; los totonaca les sacaban muescas; los olmeca hacían saltar las esquinas exteriores ("dentadura de roedor"), y finalmente, entre las tribus del Golfo y los zapoteca, se conocían incrustaciones en la superficie anterior, que consistían en laminitas de hematita, jadeíta u oro. Los huaxteca cubrían todo el cuerpo con dibujos tatuados, mientras que los totonaca sólo aplicaban el tatuaje al rostro; además, se acostumbraba en el sur de Veracruz, como lo comprueban los hallazgos arqueológicos de figuritas de barro, cierta clase de escarificación en la frente y las mejillas.


MAPA LIN
D
MEX
CENTRO
FREDERIC
DEPARTAMENT
ANDOVER MA
JUMANO
CHINARRA
CHIZO
CONCHO
CHIHUAHUA
COMECRUDO
CARRIZO
TARAHUMARA
LAGUNERO
TAMAULIPECO
SANTANDER
SANTA MARIA
SAN FERNANDO
NUEVO LEON
SAN LUIS POTOSI
LAMBRE
C.VICTORIA
PIZONE
TAMPICO
ACAXEE
TEPEHUAN
DEL NORTE
ZACATECO
ZACATECAS
GUACHICHIL
SUJIS
POTOSI
PAME
HUAXTECO
GUASAVE
CULIACAN
SABAIBO
HINE
XIXIME
HUE
TOTORAME
MAZATLAN
TEPEHUAN
DEL SUR
HUICHOL
TEPEHUA
TOTONACA
OTOMI
SERRANO
CHICHIMECA
JONAZ
OTOMI
PACHUCA
JALAPA
VERACRUZ
GUANAJUATO
MANITO
MOCORITO
HUITE
OCORONI
NIO
VIGITEGA
TECO-TECOXQUIN
TECUAL
CAZCAN
COCA
MORELIA
MAZAHUA
TOLUCA
C.D MEXICO
TARASCO
CUYUTECA
SAYULTECA
TECO-
TECOXQUIN
NAHUA
OTOMI
COLIMA
TOLIMECA
CUITLATECA
CHILPANCINGO
TLACOTEPEHUA
TEPUZTECA
TLAPANECA
MATLATZINCA
OCUILTECA
MATLAME
MIXTECO
CHOCHO
TRIQUE
HUASTECA
TOTONACA
HIDALGO


MAPA LINGÜISTICO
DE
MEXICO
Y
CENTRO AMERICA
POR
FREDERICK JOHNSON
DEPARTAMENTO DE ARQUEOLOGIA
ANDOVER MASSACHUSETTS
COMECRUDO
CARRIZO
TAMAULIPECO
JANAMBRE
C.VICTORIA
PIZONE
TAMPICO
PAME
HUAXTECO
SERRANO
TEPEHUA
OTOMI
TOTONACA
CHICHIMECA
JONAZ
OTOMI
PACHUCA
JALAPA
VERACRUZ
GUATINICAMAME
NAHUA
MAZATECO
NAHUA
CHONTAL
DE TABASCO
PALENQUE
CHOLOIDE
CHOL LACANDON
YUCATECO
LACANDON
MOPAN
ITZA
CHICHEN ITZA
SANTA CRUZ
MAYA YUCATECA
BOLONCHEN
ICAICHE
ICAICHE
MANCHE?
ACALA?
CHOL
OCOCINGO
TZELTAL
TZELTALOIDE
TZOTZIL
CHUANANCO
CHANABAL
CHUJ
IXIL
YEKCHI
POKONCHI
USPANTECO
PIPIL
ALAGUILACA
CHORTI
XINCA
MAZAHUA
TOLUCA
C.D MEXICO
MORELIA
TARASCO
MATLATZINCA
OCUILTECA
ZITZUCO
NAHUA
CHONTAL
CHILPANCINGO
TLACOTEPEHUA
TEPUZTECA
TLAPANECA
AMUSGO
CUITLATECA
TOLIMECA
IXCATECO
TUXTEPEC
CHINANTECO
CHOCHO
MATLATZINCA
MATLAME
MIXTECO
TRIQUI
CHATINO
ZAPOTECO
DEL SUR DE LAS MONTAÑAS
ZAPOTECO
DE LAS MISTECAS DEL NORTE
OAXACA
ZAPOTECO DE LOS VALLES
HUAVE
MIXE
JALTEPEC
ZOQUE
NAHUA
TEQUISTLATECO
(CHONTAL)
POCHUTLA
MOTOZINTLECO
MAM
QUICHE
TZUTUHIL
CAKCHIKEL
POKOMAN
PIPIL
XINCA
CHICOMUCELTECO
TAPACHULTECO I
AGUACATECO II
AGUACATECO I


ITZA
CHICHEN ITZA
SANTA CRUZ
MAYA YUCATECA
BOLONCHEN
ICAICHE
ICAICHE
MAZATECO?
NAHUA
YUCATECO
LACANDON
MOPAN
CHONTAL DE TABASCO
PALENQUE
CHOLOIDE
CHOL LACANDON
MANCHE?
ACALA?
CHOL
OCOCINGO
TZELTAL
TZELTALOIDE
ZOQUE
TZOTZIL
CHUJ
IXIL
CHANABAL
ACALTECA
KEKCHI
POKONCHI
USPANTECO
PIPIL
NAHUA
MAM
MOTOZINTLECO
QUICHE
TZUTUHIL
CAKCHIKEL
POKOMAN
PIPIL
XINCA
CHICO-MUCELTECO
TAPACHULTECO I
AGUACATECO II
AGUACATECO I
PAYA
PIPIL?
JICAQUE
YORO
TOQUEGUA
PIPIL
XHOLTI
ALAGUILACO
CHORTI
LENCA
COMAYAGUA
DANLI
TEGUCIGALPA
CHOLUTECA
CHAOPERA
PAYA
MAM
WANKI
BALBAN
KU SILAM
BAWIHKA
PANAMAKA
BOXAY
TAWAHKA
TAWIRA KABO
MI SQUITO
PRINZO
YOSCO
BOA
MATAGALPA
MARIBICHICOA
CAMPO AZUL
KUKRA?
P.GORDA
ULVA
RAMA
DESAGUADERO
SUBTIABA
NAHUATLATO
TACACHO
NAGRANDAN?
MANGUE
DIRIA?
NICARAO
SUERRE
VOTO
COROBICI
GUETAR
OROTIÑA
BAGACES
NICOYA
SIGUIA
TALAMANCA
CABECAR
BRIBRI
BURUCACA
BORUCA
COTO
QUEPO
OSA?
ESCA
0 50 100


ESCALA
0 50 100 50 200 KILOMETROS
PAYA
PIPIL?
MAM
WANKI
BALDAM
KU
SILAM
PAYA
BAWIHKA
PANAMAKA
TAWAHKA
TAWIRA RIBO
MISQUITO
JICAQUE
YORO
BOCAY
PRINZO
TOQUEGUA
PIPIL
DANLI
YOSCO
PIPIL
TEGUCIGALPA
MARIBICHICOA
BOA
CHOLTI
COMAYAGUA
MATAGALPA
CAMPO AZUL
KUKRA
LENCA
CHALOPEKA
CHOLUTECA
ULVA
P.GORDA
CHORTI
DESAGUADERO
METAGUA
RAMA
SUBTIABA
MANGUE
SUERRE
SIGUA
NAHUATLATO
TACACHO
NAGRANDAN?
DIRIA?
NICARAO
VOTO
POCOSI
TARIACA
CHUCHURES
CUNA
COIBA
C.DE PANAMA
CHIRU
NATA
ESCORIA
MOVE
PENONOMEO
TALAMANCA
COROBICI
GUETAR
CABECAR
BRIBRI
TERRABA
DUY
GUAYMI
MURIRE
OROSI
OROTINA
BAGACES
QUEPO
BORUCA
COTO
TURUCACA
DORASQUE
BURICA
CHANGUENA
NICOYA
OSA?

Como joyas hay que mencionar: sartas de cuentas de piedra u oro; adornos en forma de cuello, de un tejido con perlas; pulseras y grevas, de cuero o piel; ajorcas con colgantes de cascabeles de cobre u oro. Entre los azteca, algunas formas de estos adornos sólo eran conocidas como atributos de dioses o reyes, a pesar de que su distribución era mucho más amplia en la época nahua más antigua, como lo prueban las representaciones gráficas en las paredes de los templos de Chichén Itzá; a esta clase de adornos pertenecen las vendas frontales con incrustaciones de turquesas y parte delantera triangular, así como discos con iguales adornos en el nudo trasero de los bragueros, brazaletes de concha y discos pectorales de oro o piedra, en forma circular o cuadrada. En las regiones al este y sur de la altiplanicie, se han encontrado sortijas de cobre u oro, y pectorales de estos mismos metales. Estos últimos recuerdan las formas meridionales costarricenses.

Realmente era tan grande la riqueza en adornos de pluma, que entre los azteca habían llegado a formar una especie de uniformes, porque cada rango civil o militar tenía su divisa especial. Además de plumas aisladas o penachos, había trajes enteros de pluma con máscaras-cascos de madera, que daban al guerrero el aspecto de una fiera o demonio; así como también adornos dorsales, montados sobre armazones consistentes en un esqueleto de bambú cubierto de tela y mosaicos de pluma; estas divisas representaban símbolos religiosos y tal vez también totémicos. En la costa del Golfo y en el sur entre los mixteca y zapoteca, se conocían otras formas que recuerdan los aderezos de pluma sur o norteamericanos, es decir, los abanicos nucales y gorros con largas colas. Finalmente, los *abanicos de pluma* de los mercaderes, guerreros y reyes aztecas, eran más bien adornos que utensilios, y servían simultáneamente como distintivos de rango. Las aves que proporcionaban las plumas más hermosas y más preciosas, vivían en los ríos y selvas tropicales y eran el quetzal (pharomacrus mocinno), la cotinga, el trupial, la garza pico-cuchara y el arara.

Como se ve, la economía y la cultura material de los pueblos de la altiplanicie se basaba, en gran parte, en cosas que sólo podían conseguirse mediante un *comercio extenso*, del que se encargaba un gremio de mercaderes muy emprendedores y audaces. El mercader azteca extendía sus viajes hasta los países maya en el sur, si quería conseguir plumas de quetzal, y hasta los indios pueblo en el norte, cuando deseaba adquirir turquesas. Estas enormes distancias sólo podían salvarse a pie o en canoas de una sola pieza, porque eran desconocidos los animales de carga y los barcos de vela. Cada expedición comercial requería una caravana de cargadores, dependientes del mercader, que transportaban las mercancías a cuestas, en espuertas de escalerilla (en lengua azteca caxcaxtli). Para cruzar los ríos, los viajeros se valían de *puentes* colgantes o fijos, y de mapas que informaban sobre los caminos que habían de tomar. Con la ayuda de unos de estos mapas, que le proporcionaron los comerciantes aztèca, Cortés pudo encontrar el camino a lo largo de la costa del Golfo y a través de las selvas del norte de Guatemala hasta la Bahía de Honduras (1524-25). Grandes mercados en la altiplanicie (Tenochtitlán y Cholula) y en la costa (Tuxtepec sobre el río Papaloapan y Xicalanco en la Boca de Términos), servían para el intercambio de mercancías, para el que ya se habían desarrollado ciertas *formas de moneda* o sean, granos de cacao como moneda fraccionaria, polvo de oro en cañones de pluma, y (en la región zapoteca, donde los hay en grandes cantidades en hallazgos de depósitos) cuchillos de cobre en forma de una "T".

Por lo regular, las expediciones comerciales de los azteca eran precursoras de empresas guerreras, por medio de las cuales trataban de asegurarse el dominio sobre las rutas más importantes del comercio. Tenían la costumbre de establecerse en ciertos puntos estratégicos del país; para acantonar en ellos pequeñas guarniciones que tenían que requisar los tributos; por lo demás, no se molestaba a los pueblos, con excepción de redadas ocasionales, que servían para procurar víctimas para los sacrificios a los dioses de Tenochtitlán, eternamente sedientos de sangre humana.

El *estado de los azteca*, si es que se le quiera dar este nombre, es algo totalmente diferente del imperio incaico, y es más bien comparable a la liga iroquesa. Se fundaba como ésta en una base territorial sumamente reducida y no representaba ninguna unidad, sino que era una alianza de tres tribus nahua del Valle de México, que tenían sus principales asientos en Tenochtitlán, Texcoco y Tlacopan (hoy día Tacuba), y que no llegaron a aliarse en forma más estrecha sino hasta el año de 1430, bajo el cuarto soberano azteca, el combatizo Itzcouatl y el famoso legislador de Texcoco, el rey Netzahualcoyotl. Tlacopan, la residencia de los príncipes tepaneca, que anteriormente habían tenido la supremacía, desempeñaba en esta alianza un papel secundario. Cada uno de los tres estados confederados tenía su territorio y su administración propios, y aun podía hacer la guerra por cuenta suya. En la elección del jefe de cada uno de ellos, los otros dos príncipes aliados tenían, sin embargo, voz y voto. Los otros pequeños principados nahua de la altiplanicie mexicana ya habían perdido, en la época de la llegada de los españoles, su independencia, después de largas guerras, con excepción del aguerrido Tlaxcala que se protegía contra el peligro de ser avasallado por los azteca mediante enormes fortificaciones en el suroeste y nordeste de la ciudad.

Muy parecidas eran las condiciones políticas entre los tarasco, cuyo gobierno también se componía de una triple alianza de ciudades (Tzintzuntzan, Pátzcuaro e Iguatzio), la que sólo después de sangrientas luchas intertribales había podido apoderarse de la supremacía en el país. Un eminente príncipe de Tzintzuntzan, Tsitsis phandáquare, logró extender en el siglo XV las fronteras de la influencia tarasca hasta Còlima, Zacatula y el Lago de Chapala, midiendo además sus armas con todo éxito con los azteca en el Valle de Toluca, y éstos nunca pudieron conquistar Michoacán. Lo mismo puede decirse de la región zapoteca, a pesar de que una guarnición azteca estaba acantonada en Oaxaca, muy cerca de Zaachila, que era la residencia de los reyes zapoteca; ocasionalmente las huestes azteca avanzaron hasta Tehuantepec, donde residían los segundos

hijos de dichos reyes, pues, Cocijo eza, el soberano zapoteca en la época de la conquista española, estaba casado con una princesa azteca, de suerte que indudablemente él no era "súbdito" de los azteca.

Como no se puede hablar en cuanto a los azteca, de un estado en el sentido estricto de la palabra, tampoco puede decirse que existía entre ellos la monarquía absoluta. Más bien se corresponde el estado azteca con el sistema político de muchas tribus norteamericanas, en el sentido de que se basa, como lo ha demostrado A. F. Bandelier, en una sólida organización gentilicia. En Tenochtitlán había veinte (y en Texcoco doce) clanes patrilineales que estaban integrados por numerosas familias consanguíneas y que eran simultáneamente grupos locales, puesto que cada clan ocupaba un distrito determinado de Tenochtitlán, del que tomaba, en la mayoría de los casos, el nombre; y sólo raras veces llevaba el nombre de plantas o animales. De ahí que el clan se llamara, entre los azteca, calpolli ("casa grande") y "barrio" entre los españoles. Cada clan poseía sus tierras que eran repartidas entre sus miembros, sin que éstos adquiriesen por eso derechos de propiedad. A la vez el clan era una comunidad religiosa y militar, pues tenía su dios tutelar, su templo propio y, dentro del ejército, constituía una formación cerrada que ostentaba el emblema del clan. La asamblea de los miembros del clan arreglaba todos los asuntos comunes. Jefes electos presidían las sesiones y parece que había tantos jefes civiles como militares; los primeros se llamaban calpolec ("cabeza de clan") y los segundos tiacauh o teachcauh ("hermano mayor"). Los clanes estaban agrupados en cuatro unidades mayores o "fratrías", que desempeñaban probablemente en primer lugar funciones religiosas y militares, y sólo en menor escala sociales o políticas. En Tenochtitlán también estas fratrías ocupaban determinados sectores de la ciudad. El poder supremo estaba en manos del *gran consejo* de los jefes de clan, que se reunía periódicamente y de cuya incumbencia era tomar resoluciones sobre la guerra o paz y, sobre todo, elegir al supremo jefe militar. Al correr de los años éste llegó a gozar de tanta preponderancia que las relaciones españolas le llaman "rey" (en lengua az-

teca se le llamaba tlatouani, "el que lleva la voz"), a pesar de que originalmente, su papel ante la tribu había sido semejante al del tiacauh frente al clan. Aunque se rodeaba cada vez más a estos jefes de guerra con pompa principesca y etiqueta palaciega, y se les concedía siempre nuevos privilegios; aunque su cargo casi se había hecho

28. Coronación de Motecuzoma (Moctezuma) II por su colega Nezahualpilli de Texcoco, quien le entrega la venda real (xiuhuitzolli). El brazalete adornado con un penacho (quetzalmachoncotl), así como su nariguera de oro, son igualmente insignias reales. (Según Durán.)

hereditario, por resultar electo siempre un miembro de determinada familia, no por eso dejaba de existir siempre al lado del rey otro segundo funcionario supremo, el *cihuacoatl* ("serpiente hembra"), cuya posición no ha quedado aclarada en detalle, pero que de todos modos desempeñaba importantes cargos civiles y militares; los dos

ostentaban los mismos distintivos, principalmente la venda frontal con turquesas incrustadas y el brazalete de concha, y ambos gozaban del mismo prestigio. Aparte de ellos, había todavía otros cuatro altos funcionarios (cuya elección recaía siempre en miembros de determinadas familias), jefes de las cuatro fratrías, cuyos títulos se derivaban de los adoratorios o deidades de sus fratrías. Por lo regular, el rey desempeñaba antes de su elección uno de estos cargos.

Como en el sureste de Norteamérica, esta organización gentilicia estaba basada en una jerarquía, que distinguía una capa social privilegiada de nobles (tecutli o pilli), separada de los miembros comunes del clan (maceualli), de los siervos y de los esclavos. Los siervos no gozaban de los mismos derechos que los miembros del clan y eran probablemente restos de la antigua población subyugada, mientras que los esclavos se reclutaban entre los prisioneros de guerra, delincuentes y presos por deudas, así como con individuos que voluntariamente habían sido vendidos como esclavos por sus parientes. La nobleza, que se dividía en una serie de categorías con sus respectivos distintivos, no incluía solamente a los funcionarios hasta ahora mencionados (que tenían que ver algo con la organización gentilicia) sino también a otros miembros de los clanes que habían logrado distinguirse mediante sus proezas guerreras; estos últimos también tenían el privilegio de desempeñar determinados cargos públicos. Los privilegios de la nobleza consistían en estar exenta de tributos y que el rey les concedía tierras en feudo, tomándolas de las regiones conquistadas, y separándolas de las tierras de los clanes, como propiedades del estado. De tal suerte que estas haciendas de la nobleza eran de posesión individual, en contraste con las tierras del clan. Es probable también que los enormes tributos percibidos de los pueblos conquistados y guardados en los almacenes de Tenochtitlán, no fueran propiedad de los clanes, sino del estado.

Mientras que la evolución que acabamos de describir estaba relacionada con la expansión militar de los azteca, otra evolución emanaba de causas económicas. Al establecer su asiento en las islas del lago salado, los azteca se convirtieron en ciudadanos; sus cla-

nes ya no podían conservar su antiguo carácter basado principalmente en el cultivo, como era el caso entre otras tribus nahua, porque cada vez más, su vida dependía del comercio y de las industrias; por consiguiente, los clanes se transformaron en *gremios de artesanos*, es decir, que en cada clan y, lo que es lo mismo, en cada barrio llegó a desarrollarse una industria determinada. Algunos gremios gozaban de posición privilegiada, principalmente los mercaderes que casi habían logrado igualarse con la nobleza guerrera.

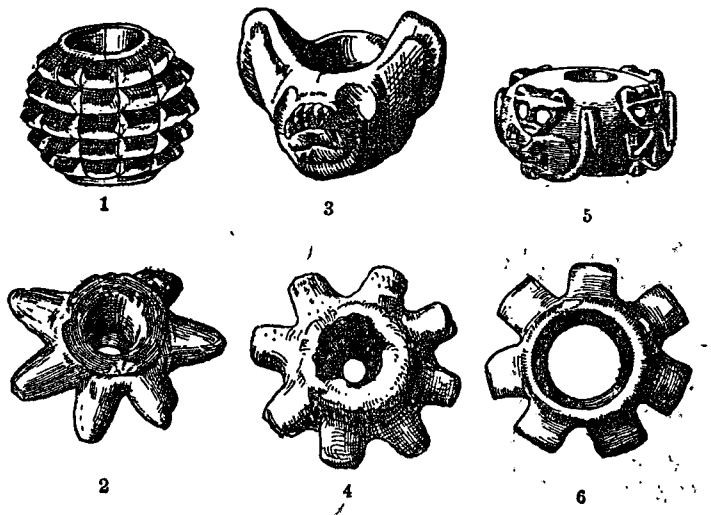
De la organización social de los otros pueblos mexicanos sabemos bien poco. En Tlaxcala había también cuatro fratrías localizadas; en Cholula dos funcionarios supremos, y entre los totonaca, en la época en que habían emigrado de la altiplanicie para establecerse en la costa, veinte clanes agrupados en dos "tribus" o sean probablemente "mitades" matrimoniales. Entre los tarasco dominaba el principio matrilineal, con la excepción de que el rango y título del rey pasaban al hijo; en cambio, en la costa meridional del Golfo (en Coatzacoalcos), encontraron los españoles jefes femeninos. En algunos países, el rey compartía el poder con un príncipe-sacerdote que entre los tarasco, donde era simultáneamente juez supremo, solía llamarse petamutí y entre los zapoteca uijatao ("gran vidente"). Por lo demás, el estado de los tarascos parece haber sido, con su legión de funcionarios civiles y palaciegos, el fiel trasunto del estado azteca.

En el concepto que los azteca se habían formado del *derecho*, ya se había abierto paso el principio fundamental del estado como único juez, cuyo principio prohibía hacerse justicia por mano propia, aun frente al adúltero cogido *in fraganti*. La jurisdicción menor estaba en manos de los calpolec, pero en cambio, para la superior había funcionarios especiales, y sobre todos ellos existía todavía una última instancia: la corte real. Los jueces procedían con severidad draconiana, condenando a muerte en distintas formas: en la horca, por asesinato; a pedradas, por adulterio; descuartizamiento, por alta traición; y a palos, por embriaguez de adolescentes; además sentencia-

29. Utensilios y escenas de la vida económica de los azteca: *a)* pescador; *b)* hacha de cobre; *c)* hacha de piedra; *d)* arco y flecha; *e)* bolsa de malla, para la caza (para guardar puntas de flecha de piedra); *f)* palo de cavar y canasto para acarrear tierra; *g)* troje de maíz en forma de caja; *h)* mujer moliendo maíz; frente a ella, el terno de piedras (tenamaztli) con el disco de barro (comalli) y la escudilla para la preparación de la salsa de chile; *i)* hiladora; *k)* tejedora; *l)* fundidor de metales (en el crisol se ve el jeroglífico "oro"); *m)* jarro para pulque; *n)* caja de cestería con tapa, para copal (resina para incensar, que tributaban los pueblos de la región del río de las Balsas); *o)* fardo de algodón (en su vértice se ve la flor del algodón); *p)* cargador de juncos; *q)* abanico y bastón de bambú de los comerciantes; *r)* y *s)* mecapales en forma de angarillas para llevar algo a la espalda. (*b* y *c*, según el códice Magliabecchi; *d* y *e*, según el códice Boturini; *m*, según el *Códice Borgia*; todos los otros dibujos según el *Códice Mendocino*.)

ban también a pérdida de libertad, siendo la más severa la venta como esclavo, por robo.

Para *declarar la guerra* se le enviaba al jefe enemigo greda blanca y plumón, que eran los distintivos de los hombres destinados al sacrificio; porque los prisioneros de guerra que se hacían en estas luchas tenían que sufrir esta suerte casi sin excepción, ya que no



30. Cabezas de maza, de piedra. Los Nos. *1* y *2*, de La Playa, Jal., y Tuxpan, Jal., respectivamente (según Lumholtz); *3* y *4*, de Nicoya, Costarrica (colección Lehmann en el Museo de Etnología de Berlín); *5*, de Chimbote, Perú (según Bässler); *6*, de la región de los cañari, Ecuador. (Según Rivet.)

sólo por falta de espacio, sino también por razones económicas, hubiera sido imposible para los azteca, alojarlos en su propio territorio. Se guardaban las calaveras de los prisioneros sacrificados, colocándolas, por miles y miles, en unos andamios (en lengua azteca, tzompantli) frente a la subida de la pirámide principal de Tenochtitlán. Los huaxteca arrancaban la piel del cráneo y del rostro a sus enemigos muertos en combate, preparándola de una manera parecida a los "tsantsa" de los jívaro, y después las colgaban en sus templos.

Los azteca debían principalmente sus grandes éxitos guerreros al perfeccionamiento de las *armas para la lucha cuerpo a cuerpo*, y *defensivas*. Aun las armaduras de hierro europeas proporcionaban poca protección contra su terrible espada, o (en azteca, macquauitl) maza aplanada de madera, con filo lateral de lascas de obsidiana, engastadas por medio de resina; en consecuencia, los españoles adoptaron la coraza nativa, o sea un traje completo de algodón gruesa-

31. Guerreros aztecas.

mente acolchado. Otra arma defensiva de los guerreros azteca era un escudo circular sin abombadura, hecho de varias capas de cañas, que tenía dos asas y cuyo lado delantero ostentaba un emblema de mosaico de pluma o de lámina de oro. En las otras regiones de México, las mazas-espada eran desconocidas. Los tarasco empleaban porras de madera; más hacia el oeste (en Jalisco y Zacatecas) se hallan cabezas de maza estrelladas hechas de piedra agujereadas, parecidas a las de Perú, o mazas de piedra con estrías que se parecen a las de los *indios de las praderas*. Entre los pueblos al oeste y sur

de la altiplanicie, queda manifiesta una marcada influencia maya con respecto a la forma de las armas, lo que se hace visible no sólo en las grandes lanzas con punta ancha de pedernal de los mixteca, chinanteca y mixe, sino también en los escudos rectangulares de la región al sur del Valle de México (Xichicalco, etc.) y las vendas de piel o tela, con las que los olmeca protegían el vientre y los antebrazos contra flechazos y golpes.

Para los azteca, pueblo de guerreros endurecidos, el *nacimiento* de un niño equivalía a la captura de un prisionero de guerra, y la mujer muerta de sobreparto se equiparaba con un guerrero caído en la lucha. Al recién nacido, se le aplicaba una especie de bautizo, durante el cual, la partera actuaba con el carácter de sacerdotisa; entre los totonaca era costumbre circuncidar tanto a niños como a niñas. Para dar nombre al recién nacido, se tomaba el de la fecha del nacimiento —lo que era la regla entre los mixteca y zapoteca— o el nombre de algún animal. En este último caso, el modo de escogerlo quedaba sujeto a ciertas ideas "nahualísticas", es decir, a la creencia todavía viva en México hasta hoy día, en la unidad del destino de un individuo con un animal: el nahual (del azteca nahualli, disfraz o sea, el *alter ego* del hombre). Esta creencia tiene su origen en el concepto de espíritu tutelar que también se había desarrollado de una manera parecida en el oeste de Norteamérica.

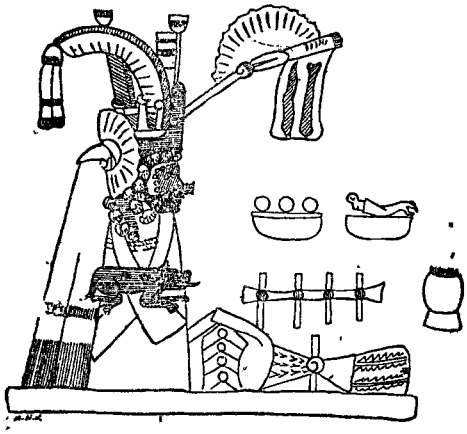
La educación bastante rigurosa de los niños aztecas, corría primero a cargo de los padres; más tarde, los nobles internaban a sus hijos, para proporcionarles una educación intelectual superior, en la casa de los sacerdotes (calmecac), donde seguían viviendo los que escogían la carrera de sacerdote, permaneciendo célibes durante toda su vida. Los plebeyos daban sus hijos a la casa de solteros (tepochcalli), para que se les instruyera en el uso de las armas. También las muchachas entraban, hasta su casamiento, en internados educacionales. Mientras que se daba mucha importancia a la castidad prematrimonial de estas últimas, a los jóvenes en cambio les era permitido buscarse compañeras en los burdeles, hasta su *matrimonio*. Sólo la consanguinidad demasiado cercana era considerada como

impedimento matrimonial. La poliginia existía en realidad sólo para los nobles y príncipes, a los que la gente del pueblo gustaba darles sus hijas con carácter de concubinas. Para la petición de mano, la iniciativa quedaba en manos de los padres del joven. Los zapoteca cuidaban mucho de que armonizasen las fechas de nacimiento de los futuros cónyuges. Entre los azteca, al casarse la joven pareja se llevaba a la novia a cuestas (al anochecer con la luz de teas) hasta la casa del novio, donde se sentaba con él al lado del hogar; en seguida, se enlazaban sus vestidos por medio de un nudo. Del pecado de adulterio, podía obtenerse expiación mediante la confesión del seductor ante el sacerdote de la diosa Tlaxolteotl.

Según creían los azteca, en el nacimiento, el dios supremo envía las *almas infantiles* desde el cielo más alto, desde el tamouanchan ("casa del descendimiento") a la tierra. El destino de las almas de los *difuntos* depende de la clase de muerte que haya sufrido el individuo. El que moría de muerte común, bajaba al inframundo; los leprosos, ahogados y muertos por el rayo, se encaminaban hacia el dios de la lluvia Tlaloc, y solamente los guerreros muertos en lucha o sacrificados, así como las mujeres muertas de sobreparto, llegaban al cielo, donde vivían, acompañando al sol en su recorrido. Pero mientras que los guerreros difuntos eran seres luminosos y bienintencionados, que al medio día bajaban con el disfraz de pájaros o mariposas y que de noche iluminaban el firmamento como estrellas centelleantes, a las parturientas difuntas se las temía, porque de noche estaban al acecho en los cruceros de los caminos como espectros (en azteca, tzitzimitl), para sembrar enfermedades e impudicia.

A estos conceptos correspondían las costumbres funerarias. Los difuntos comunes y guerreros muertos eran incinerados, mientras que los que iban a reunirse con Tlaloc, eran enterrados. En ambos casos, se hacía con el cadáver en posición acurrucada, un envoltorio como de momia, igual que en el Perú, adornándolo con amuletos de papel y al que se agregaba un perro, porque es un perro quien conduce a los difuntos sobre la corriente que separa el mundo de los vivos del de los muertos; de igual manera que el sol, de cuyo acom-

pañamiento se encarga el dios cinecéfalo Xolotl, es una personificación del rayo que cae del cielo o que parte la tierra. Cistas de piedra con tapadera servían para guardar las cenizas de difuntos nobles. Los tarasco echaban las cenizas de sus reyes en envoltorios de momia artificiales, y los sepultaban en tumbas al pie de sus pirámides, después de dar muerte a todos los sirvientes del rey desaparecido.



32. Bulto de una momia artificial para un guerrero muerto en combate o sacrificado; frente a él algunas ofrendas. El bulto lleva una cabeza con el distintivo del muerto divinizado, entre otros el signo del cielo estrellado, y, colgando de un listón, la figura de un perro (el acompañante del muerto). (Según el códice Magliabecchi.)

Los hallazgos arqueológicos que se han hecho en la región de los zapoteca, nos proporcionan informes sobre el aspecto interior de las tumbas. Allí se depositaba a los difuntos en sepulcros de corredor de mampostería y techos triangulares, cuyas paredes estaban decoradas con pinturas al fresco y cuya entrada se cerraba con una lápida esculpida en bajorrelieve; en el fondo había tres *nichos*. Posteriormente, este tipo más antiguo, que se encuentra principalmente en Monte Albán, ha ido evolucionando hasta tomar la forma de tumba de planta cruciforme y techo plano, como las que han sido descubiertas en los antepatios de los palacios de Mitla. Cuando Alfonso Caso abrió, en el año de 1932, un sepulcro corredor intacto de Monte Albán, quedó demostrado que se enterraba a difuntos nobles con abundantes ofrendas preciosas, por lo menos en tiempos más recientes, cuando los mixteca tenían sus asientos en dicho cerro; hecho que robustece la curiosa semejanza con costumbres del antiguo Egipto. En vista de que los huesos de estas tumbas aparecen frecuentemente pintados de rojo, mientras que los cráneos es-

tán separados, se desprende que se trata de sepultamientos secundarios, que también se practicaban en el sur de la costa del Golfo (Coatzácoalcos), donde se colgaba una canasta con los huesos en la rama de un árbol. Los totonaca depositaban los muertos debajo de sus casas, en entierros en cista o en sepulcros, después de romper todas las ofrendas que, además, se pintaban de blanco, considerado como color de la muerte.

En la imaginación de los azteca, la tierra era un enorme cocodrilo o un sapo que nadaba sobre el océano primitivo; encima de ella se levantaban nueve (o también trece) *cielos*, mientras que debajo se extendían nueve *inframundos*. Otro concepto del universo, basado en la contemplación de la vía láctea, constelaciones astrales, rayos y nubes, veía en el cielo nocturno una enorme serpiente emplumada (quetzalcoatl) a la que correspondía como personoficación del cielo diurno, la "serpiente de turquesas" (xiuhcoatl), en forma de un dragón con el hocico curvado hacia arriba, como un cuerno. Se nota en estos conceptos un rasgo fundamental del pensamiento religioso de los mexicanos: su predilección por la interpretación mítica de los grandes contrastes cósmicos: cielo-tierra, día-noche, sol-luna; ello se exterioriza en el carácter curiosamente dual de la mayoría de sus dioses, que casi siempre aúnan rasgos terrestres con otros celestes, y en las numerosas leyendas que hablan de la lucha entre los dos principios, como, por ejemplo, en el nacimiento de Huitzilopochtli o en la fundación de Tenochtitlán. La leyenda mítico-cósmica que se refiere a este último acontecimiento, sigue aún viva en el actual emblema nacional mexicano (un águila que agarra una serpiente). También el *ser supremo*, llamado de ordinario Tonacatecutli ("señor de nuestra carne"), recibe ocasionalmente el nombre de Ometecutli ("señor de la dualidad"). Este ser reina, retirado del mundo, sobre todos los cielos y no necesita de cultos que, en su lugar, recibe de parte de los hombres el dios solar Tonatiuh. Ya en el arte nahua más antiguo de Chichén Itzá suele representarse a Tonatiuh en la misma forma que en los cuadros azteca o sea, con corona de plumas, disco pectoral, propulsor y dardos, circundado de una

aureola que se compone de rayos, plumas y piedras preciosas. En el gran disco de piedra del Museo Nacional de México, que equivocadamente se ha llamado "calendario", el rostro del sol forma el centro del signo de día "movimiento" (olin), que se refiere al futuro fin del mundo a causa de terremotos; este signo se parece a una cruz acostada, sobre cuyos cuatro brazos están esculpidos los símbolos de las cuatro edades prehistóricas.

Como sucedía en la antigua Roma, así en Tenochtitlán se congregaban los dioses de todos los pueblos conquistados, siendo incorporados, sin reparo alguno, por la mano ordenadora de los sacerdotes, en el complejo original de conceptos azteca. Ya al establecerse en la altiplanicie, los azteca habían adoptado de sus predecesores varias deidades, entre ellas la serpiente emplumada que tiene probablemente su origen en el símbolo del cielo de los maya, y el dios de la lluvia. Otras figuras, aunque ya pertenecían al panteón de los nahua, tenían primeramente sólo una importancia secundaria, y sólo en el sistema religioso de los conquistadores azteca llegaron a ocupar la posición de deidades universales. Huitzilopochtli, Tezcatlipoca y Camaxtli eran originalmente dioses locales de Tenochtitlán, Texcoco y Tlaxcala.

Al culto solar de los azteca y tarasco debe haber precedido una época en que las deidades nocturnas, lunares y astrales, predominaban en todas partes, puesto que en las culturas más antiguas (teotihuacana, zapoteca, totonaca), las representaciones del sol o dioses solares se encuentran sólo raras veces. Entre los tarasco, el dominio exclusivo de la antigua diosa lunar Xaratanga no fué destruído hasta que la dinastía de Tzintzuntzan introdujo el culto solar; y también los azteca conservaban, en un mito de la edad de oro de los tolteca, el recuerdo de una época de cultos lunar y astral. Quetzalcoalt, el rey-sacerdote de Tollan, no es más que una personificación de la serpiente del cielo nocturno, motivo por el cual, aparece en todas las pinturas de Chichén Itzá como guerrero o sacerdote con el disfraz o acompañado de ella; de esta manera se explica que su imperio legendario lleve, aparte de los rasgos históricos, también otros

meramente míticos: es un símbolo del firmamento, y la suerte de Quetzalcoatl —su expulsión, su caminata hacia el este, su auto-incineración y su resurrección en la figura del lucero del alba— es la descripción mítica de las fases de la luna. En tiempo de los azteca, se veía en Quetzalcoatl un dios del viento, cuyas prendas de vestir de carácter típicamente huaxteca indican su origen extranjero y oriental. De la misma región costeña procedía el culto de la gran *madre de los dioses*, que era simultáneamente diosa de la luna y de la tierra, del maíz y del algodón, de la vida sexual y de los nacimientos; entre los huaxteca se le llamaba Ixcuinin y entre los azteca, Tlazolteotl o Teteoinnan ("madre de los dioses"). Durante su fiesta, en otoño, después de la cosecha del maíz, se llevaba a la escena un drama que representaba el nacimiento del maíz por Tlazolteotl.

Claro es que los azteca también poseían dioses lunares y astrales, pero de índole muy diferente de la de los dos mencionados personajes. *Tezcatlipoca* es, en contraste con el carácter benévolo y apacible de su contrincante Quetzalcoatl, un dios funesto y belicoso, que implacablemente castiga todo pecado y que dispone de los hombres a su capricho. Frecuentemente se le ve representado con un pie arrancado, porque se veía en él la personificación de la constelación "coja", es decir, de la osa mayor. También *Camaxtli* o *Mixcoatl* ("la serpiente-nube") estaba asociada a constelaciones del polo celeste; tenía su equivalente terrestre en el dios del fuego *Xiuhtecutli* que vive en el "ombligo de la tierra". A las deidades femeninas de carácter lunar pertenece la terrible diosa azteca Coatlicue, un ser con zarpas de fiera, falda trenzada de serpientes y sin cabeza, porque cuando la luna, durante su acercamiento al sol, pierde la parte delantera de su disco, se la considera "descabezada". Simultáneamente, el concepto azteca de que la tierra es un monstruo que devora el sol y los muertos, ha encontrado su personificación en esta deidad.

Los dioses solares se presentan frecuentemente en la figura del águila o en el disfraz de otros pájaros, a los que se atribuía relaciones particularmente estrechas con el sol. De esta suerte, *Huitzilopochtli* aparece con el disfraz del chupamirto, y *Xochipilli* con el de

la perdiz que canta en la madrugada. Xochipilli había llegado a ser, entre los azteca, el dios del maíz y de las flores, de los danzantes, jugadores y músicos; su origen era el sur y su carácter mostraba semejanza al dios solar zapoteca de Teotitlán del Camino, en el Valle de Oaxaca, que también se presentaba bajo la figura de pájaro. El templo de Huitzilopochtli, el dios guerrero de los azteca, se levantaba sobre la pirámide principal de Tenochtitlán, al lado del templo del dios de la lluvia, al que siempre encontramos como un personaje altamente apreciado en regiones donde largos períodos de sequía amenazan las siembras: en la altiplanicie mexicana, entre los zapoteca, y en Yucatán. El dios azteca Tlaloc, cuyas curiosas facciones (grandes anillos alrededor de los ojos, y colmillos) ya aparecen en Teotihuacán, tiene su sede en los cerros de mediana altura y frondosos bosques, o en el fondo de manantiales y lagos. Su equivalente femenino viene de Tlaxcala: Chalchiuhtlicue ("la de la falda de piedras preciosas"), una diosa de los manantiales y ríos que vive en un cerro, teniendo también, como Tlaloc, el maíz bajo su custodia.

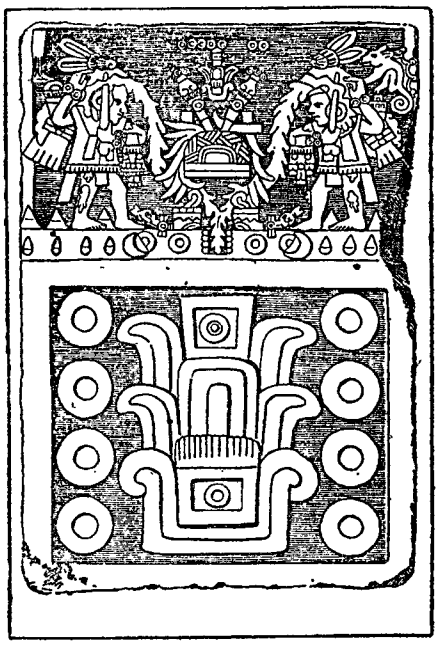
Con excepción del ser supremo, de todos estos personajes se hallan numerosos ídolos de piedra o barro, en cuya hechura, el artista ha atribuído casi siempre poca importancia a una representación realista, mientras que ha procurado reproducir con tanta mayor atención todos los símbolos y atributos. Los zapoteca modelaban las figuras alrededor de altos vasos de barro que probablemente eran receptáculos para ofrendas. También los "yugos" y "palmas" de los totonaca, pertenecen a los ídolos, en un sentido amplio de la palabra, como lo demuestran sus adornos plásticos de símbolos religiosos.

Como adoratorios utilizaban altares domésticos, templetes en cerros o al lado de manantiales, o templos. El templo mexicano es siempre una pirámide escalonada con una escalinata escarpada que conduce a la casa de dios en el sentido propio de la palabra (teocalli). Esta forma arquitectónica está profundamente arraigada en la cosmovisión de los pueblos mexicanos, que consideraban el cielo como una *pirámide escalonada*, es decir, como un cerro. Por consiguiente, los mixteca y los zapoteca construían sus templos sobre

cerros o transformaban elevaciones naturales del terreno en pirámides escalonadas; en el mito azteca, Huitzilopochtli, el joven dios solar, es concebido en el "cerro de serpientes", del que expulsa, después de su nacimiento, a los hermanos y hermanas rivales, la diosa lunar o los astros. Siendo la serpiente también un símbolo celeste, se le emplea de preferencia para el adorno de las pirámides y templos. En consecuencia, son serpientes emplumadas sobre lápidas de bajorrelieve las que se enroscan alrededor de las gradas del templo de Quetzalcoatl en Teotihuacán y de la pirámide de Xochicalco; las que forman las alfardas y columnas en los templos nahua de Chichén Itzá, y cubren los muros que rodean las pirámides azteca. Entre los totonaca septentrionales, las pirámides se adornaban con numerosos *nichos* que tal vez representaban las moradas de los dioses astrales (por ejemplo, en Papantla). Por lo regular, las pirámides y templos son de planta rectangular; los de planta circular son típicos para Quetzalcoatl, habiéndose conservado algunos de ellos en Chichén Itzá y Zempoala, la capital de los totonaca meridionales. Acerca del aspecto de las pirámides azteca nos pueden instruir algunos edificios bien conservados fuera del centro (en Teayo, Tenayuca y Teopanzolco). En casi todos los casos, el edificio no ha sido construído en un solo período, sino que se ha ido formando mediante repetidas superposiciones y engrandecimientos sucesivos de un núcleo originalmente pequeño. También el templo principal de Tenochtitlán, que los españoles destruyeron junto con toda la ciudad en el año de 1521, no tomó su forma definitiva hasta 1487, después de una amplia reconstrucción; tenía una base cuadrada de 90 a 100 metros por cada lado, una altura de más o menos 30 metros y cinco cuerpos de talud muy inclinado, sobre los que una escalinata de dos secciones en el lado occidental conducía a la plataforma con los dos templos. Además de este edificio, el gran recinto de templos abarcaba todavía otras veinticinco pirámides, casas sacerdotales, etc. Los templos eran edificios relativamente pequeños, parecidos a una torre, con antecámara e interior oscuro; sobre la ancha entrada estaba el

"friso del firmamento", construído con semiesferas de piedra salientes, y en el techo almenas de piedra como símbolos de las nubes.

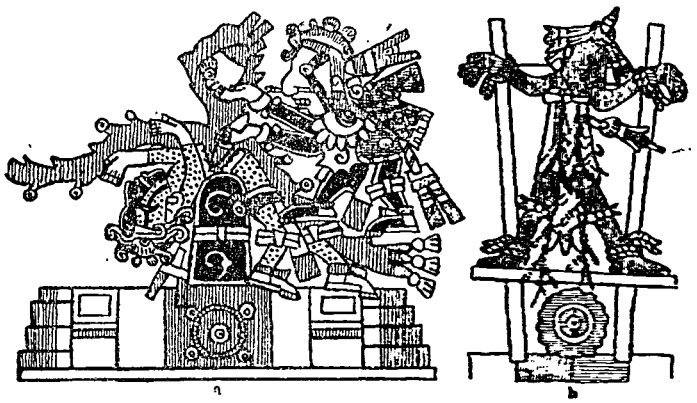
Frente al templo, sobre la plataforma de la pirámide, tenía su lugar la piedra de sacrificios en forma de cepo, sobre la que se colocaba al prisionero, de tal manera que el sumo sacerdote podía abrir fácilmente con el cuchillo de piedra el pecho, fuertemente encombado debajo de las costillas, para arrancarle el corazón, mientras que cuatro ayudantes sujetaban la víctima firmemente por los brazos y las piernas. En seguida se echaba el corazón en una escudilla de piedra y se embadurnaba con sangre la boca de los ídolos. En las grandes fiestas de los azteca los sacrificios humanos habían alcanzado una magnitud horrorosa; según un relato azteca, solamente con motivo de la consagración del templo en el año de 1487, se inmolaron veinte mil víctimas, y los conquistadores españoles contaron 136,000 calaveras en el gran tzompantli. Estas sangrientas orgías tenían como origen la creencia fanática en el ineludible deber de los hombres de responder hasta con su propia vida por la conservación del orden cósmico, y de alimentar y robustecer a los dioses, para que éstos pudiesen seguir cumpliendo



33. Lápida con relieve conmemorativo de la inauguración del nuevo templo principal de Tenochtitlán en el año "8 caña" (= 1487). En la parte superior aparecen Tizoc (a la izquierda) y Ahuitzotl (a la derecha), los dos soberanos que patrocinaron la construcción. Para festejar el acontecimiento, ambos se están mortificando, sacándose sangre que cae en las fauces abiertas de la Tierra. En el suelo se ven dos sahumerios y encima de ellos, bolas de zacate y utensilios para la mortificación. (El original se encuentra en el Museo Nacional de Arqueología de México). (Según Seler.)

con sus obligaciones, pues ellos también, como la naturaleza que les había dado vida, quedan sujetos a la vejez y la muerte.

Una forma menos cruenta del sacrificio de sangre eran las penitencias en las cuales se perforaban con huesos puntiagudos las orejas o la lengua y, en algunas regiones, también los órganos genitales, para embadurnar con sangre unas púas de agave que después se cla-

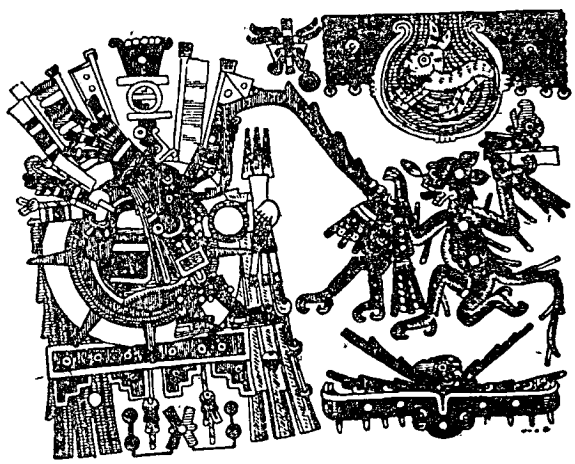


34. Dos formas distintas del sacrificio humano entre los antiguos mexicanos. *a)* La víctima es arrojada sobre una piedra de forma cónica y pintada de negro para poder abrirle el pecho y arrancarle el corazón. La sangre corre hacia la izquierda hasta la boca de la figura del dios Texcatlipoca (omitida en el dibujo). En el basamento se ve el jeroglífico "piedra preciosa" (joya o sangre del sacrificio). *b)* Sacrificio a flechazos. La víctima amarrada a una armazón, lleva los distintivos de la indumentaria del dios Xipe; la sangre cae sobre el jeroglífico de un aro rodeado de agua (es decir, la Tierra). (Según el códice Borgia y el códice Nuttal, respectivamente.)

vaban en pelotas de hierbas trenzadas. Los sacerdotes practicaban la penitencia diariamente, y con motivo de las grandes fiestas, hacía penitencia también todo el pueblo, incluso el propio soberano. En los actos diarios del culto se sacrificaban, en vez de seres humanos, codornices y, en algunas regiones, también perros.

En la forma que dejamos descrita, el sacrificio humano sirve principalmente para alimentar a los dioses solares. Además, había

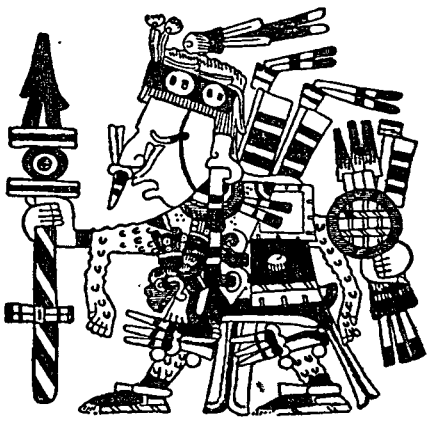
otras formas que se practicaban con motivo de las fiestas en honor de los *dioses de la tierra* y *de la vegetación*, en las que se daba al sacrificio humano el aspecto de una magia imitativa, y a la víctima el carácter de un lugarteniente del dios que debe ser muerto para rejuvenecerlo. En esta clase de sacrificio, el cautivo era colocado en una piedra redonda, desde donde tenía que defenderse con armas sin



35. Sacrificio de codornices ante el dios solar, sentado en un trono y rodeado de un disco de rayos de luz. Del pescuezo de la codorniz corre la sangre a la boca del dios. Encima de la escena del sacrificio se ve el cielo nocturno con el disco lunar (aro de hueso con el conejo); debajo de ella la Tierra, representada por unas fauces abiertas que tragan la cabeza de la codorniz. (Según el códice Borgia.)

filo contra varios guerreros que lo atacaban; en seguida, le ataban en un marco y le mataban a flechazos. La primera fase representa las labores del campo o la "lucha con la tierra", la cual se defiende contra la "herida"; la segunda fase simboliza la siembra o sea la "cópula carnal". Durante las fiestas de primavera y otoño, el cuerpo de la víctima era desollado y con la piel se vestía un joven sacerdote que, con este horroroso disfraz, representaba al dios de la primavera Xipe

o a la Tlazolteotl, pues conforme a los conceptos de los mexicanos, la tierra está extenuada debido a las labores del campo y necesita vestirse con una piel nueva, para dar otra vez fruto. Otros sacrificios tenían por finalidad producir lluvias o conservar el calor solar. Por consiguiente, a los dioses de la lluvia, de los que se pensaba que eran de estatura enana, se inmolaba a niños, cuyo llanto prometía lluvia, se echaban cautivos a la hoguera, por haber nacido así una vez el sol, y se organizaba, en vísperas de cada nuevo período calendárico, una renovación mágica del sol, apagando todos los fuegos y encendiendo otro nuevo sobre el cuerpo de un hombre sacrificado. Con motivo de algunas fiestas azteca, se mezclaba carne o sangre de las víctimas con los tamales de maíz, para que al comerlos, el hombre se hiciera partícipe del ser divino.



36. El dios Xipe, que viste la piel arrugada de la víctima desollada y que lleva una máscara del mismo material. Sus distintivos son: armas, tocado y vara sonajera. (Según el códice Borgia.)

También los actos rituales incruentos tenían casi siempre un sentido mágico: sahumerios con resina de copal, que se echaba en cucharadas de barro sobre las brasas; ofrendas de bolitas de caucho; danzas fálicas o de serpientes; borracheras, etc.

Los azteca habían adoptado muchos de estos cultos de los pueblos orientales o meridionales; por ejemplo, el desollamiento, de los tlapaneca; las danzas fálicas, de los huaxteca; la danza de las serpientes, de los mazateca. En los cultos tarascos el sacrificio humano desempeñaba un papel semejante al de los azteca, yendo también dirigido al sol (motivo por el cual, las víctimas llevaban adornos resplandecientes); en cambio, entre los zapoteca y totonaca, el sacrificio humano tenía menos importancia. Los tarascos encendían en la

cima de sus pirámides fogatas para ayudar al sol; y los zapoteca trasladaban la fertilidad de un campo que ya había dado fruto, a otras tierras nuevas, enterrando en éstas una mazorca aderezada como fetiche.

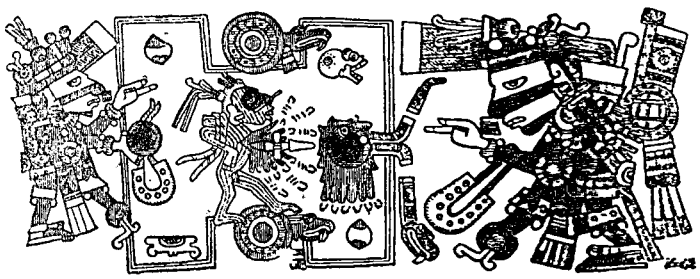
También en la vida privada de los mexicanos, el brujo era todavía personaje de importancia. Se mencionan llovedores, médicos-brujos, adivinadores y prestidigitadores, cuyas tretas recuerdan las exhibiciones de los faquires de la India. Los hechiceros podían transformarse en jaguares: creencia que aún hoy día está difundida en Oaxaca.

Entre los sacerdotes azteca había grados superiores e inferiores; los primeros incluían a los sacrificadores, con los sumos sacerdotes de Huitzilopochtli y Tlaloc a la cabeza. El sacerdote-rey Uijatao de los zapoteca, que se entregaba exclusivamente al culto en perfecto aislamiento de todo trato mundano, sin contacto con mujeres —con excepción de una gran fiesta, durante la cual se le hizo emborrachar-se y se le dió una virgen para que en ella engendrara su sucesor— era el representante terrestre y sucesor de Quetzalcoatl, de cuya vida en Tollan, el mito narra algo muy parecido.

También los músicos pertenecían a la clase sacerdotal; durante las fiestas tocaban trompas de caracol y flautas de caña, agitaban sonajas de calabaza y golpeaban tambores de piel o de hendedura. Los tambores de piel tenían tres soportes y se les batía con los puños; los de hendedura se tocaban con baquetas; haciendo así vibrar las dos lengüetas que cubrían la concavidad de un tronco de árbol ahuecado. Además había huesos huecos estriados para la música fúnebre, que se raspaban con conchas; y lanzas con sonajas para la pluviomagia durante las labores del campo.

También los *juegos* estaban en general al servicio de los cultos. Para el juego de pelota, se construían grandes canchas rectangulares (en lengua azteca, tlachtli), divididas en cuatro casillas, que en sus costados mayores proyectaban dos muros paralelos, con anillos de piedra verticalmente empotrados. El objeto era lanzar una pesada pelota de caucho, por medio de ágiles movimientos del cuerpo y sin

tocarla con las manos, con el fin de hacerla pasar por uno de los anillos de piedra. En los dibujos de los códices se ven frecuentemente dioses astrales jugando a la pelota (por ejemplo, Tezcatlipoca), porque la cancha representa el cielo, la pelota en vuelo el sol y los dos anillos, los agujeros en la orilla de la tierra, por los que el sol pasa al amanecer y en la tarde. Otro juego, el "volador", se practica todavía hoy día en algunas regiones de México y Guatemala con motivo de las fiestas de la iglesia católica; en tiempos antiguos, formaba



37. El juego de pelota de Tezcatlipoca el Rojo con Tezcatlipoca el Negro (sus distintivos son: pintura facial; adorno pectoral; tocado y la falta de un pie); ambos llevan colgando del brazo el cuero protector que los jugadores se ceñían a la cintura. La cancha aparece en proyección vertical y los aros de piedra en perfil; en el centro se ve a un cautivo desnudo con la pintura facial característica de los sacrificios. (Según el códice Borgia.)

parte de los ritos vegetacionales. En este juego, cuatro hombres, algunas veces disfrazados de pájaros, descienden lentamente en círculos, atados a cuerdas, desde un alto mástil que lleva en su punta una tarima giratoria. Los hombres representan probablemente almas de guerreros, caídos en la lucha o sacrificados, que bajan a la tierra.

Un abigarrado ciclo de mitos y cuentos circundaba las deidades, condensándose en el mito cosmogónico azteca, y en la ya repetidas veces mencionada leyenda de Tollan, hasta formar una gran epopeya religiosa. Después de la última de las cuatro edades prehistóricas, el cielo se derrumba, y Quetzalcoatl y Tezcatlipoca vuelven a levan-

tarlo. Luego Tezcatlipoca crea el fuego, mientras que Quetzalcoatl baja al inframundo y trae el "hueso de piedra preciosa", para formar a los hombres con el polvo de éste y su propia sangre. Para darles de comer, Xolotl abre con su rayo el cerro de los alimentos, en cuyo interior está escondido el maíz. Sólo ahora que existen hombres que pueden alimentar a los dioses con su sangre, resulta posible crear el sol y la luna, lo que se hace por medio del autosacrificio de dos dioses que se arrojan al fuego. Los mixteca creían que el cielo descansaba sobre el filo de un hacha de cobre, herramienta que la primera pareja divina había sacado del mar en tiempos muy remotos, junto con el alto picacho donde está colocada; y que los hombres habían salido de dos árboles.

Estas leyendas que se fijaron por escrito en los primeros tiempos de los españoles, se completan con las grandes series de dibujos de los códices jeroglíficos de la región mixteca, entre los que el códice de Viena es el más importante. También los otros pueblos mexicanos poseían tales libros, pero los aprovechaban más bien como calendarios augurales o rituales para averiguar los auspicios buenos o malos de los días y períodos mayores del calendario o los dioses que los regían, así como las ceremonias que el culto prescribía para ciertas ocasiones. Son ejemplos de estos libros: el *Codex Borgia* en Roma y el *Codex Borbonicus* en París. En cuanto a su aspecto exterior, estos códices se parecen a los libros plegadizos chinos; sus hojas son de pergamino (cuero de venado) o de papel, su "empastadura" consiste en dos cubiertas de madera. En cuanto a su contenido, corresponde a la categoría de nuestros libros de estampas o de las "biblias para pobres" de la Edad Media, porque presentan una sencilla escritura ideográfica, en contraste con la escritura logográfica, en la que cada dibujo corresponde a una palabra o una parte integrante de ella. Sólo los azteca habían dado el primer paso hacia una escritura logográfica al reproducir en sus anales y listas de tributos (por ejemplo en el *Códice mendocino*, de Oxford) los nombres y cifras, pero también conceptos que se repiten con frecuencia (fechas calendáricas, nombres abstractos o verbos), por medio de jeroglíficos invariables.

Al tratar de expresar nombres, ya casi habían llegado a los límites de una escritura fonética, pues a la manera de nuestros criptogramas, algunas sílabas son representadas por medio de imágenes de objetos, cuyo nombre suena igual o parecido, *v. g.*, la frecuente terminación tlan, "entre", mediante una hilera de dientes (tlan-tli). De un carácter muy diferente es la escritura zapoteca en las estelas de piedra, debido a sus jeroglíficos muy abreviados y de tamaño casi parejo, así como a su manera de expresar los numerales, que ya recuerda la escritura de los maya.

Como los jeroglíficos se enseñaban en las escuelas sacerdotales y, por tanto, sólo eran comprendidos probablemente en los círculos cultos, resultaba también que el cómputo del tiempo era una ciencia secreta de los sacerdotes. Para señalar los días, se hacía uso de dos series de símbolos combinados en forma continua: veinte signos (representando animales, plantas, cabezas de dioses, etc.) y los numerales del uno al trece, que se expresan por medio de puntos. De esta manera resultaba un período de 260 días (año sacerdotal que había quedado fijado en el "tonalamatl") y un ciclo de 52 años, pues únicamente después de este espacio de tiempo aparece un día (respectivamente el día del comienzo del año) que muestra la misma combinación de signos y numerales del principio de la cuenta. Los ciclos no tienen signo que los distinga entre sí, lo que es un grave inconveniente del calendario mexicano, en comparación con el de los maya, pues debido a ello, en sus anales, los azteca se han visto obligados a enumerar los años uno por uno.

Todo este sistema calendárico descansa, por una parte, en una especulación mística con los números y, por otra, en observaciones astronómicas (si no es que, como lo supone L. Schulze-Jena, los 260 días corresponden originalmente a nueve períodos menstruales, es decir, más o menos al tiempo que dura la preñez). El número trece, que los mexicanos consideraban como sagrado, se refiere tal vez a los trece meses de un antiguo año lunar; y también los veinte meses pueden haber representado originalmente constelaciones astrales de un zodíaco (estaciones lunares, etc.). En tiempos históricos, sin

embargo, no se contaban meses lunares, sino dieciocho períodos de veinte días, además de cinco días sobrantes que se consideraban como de mal agüero. Por medio de intercalaciones, se lograba corregir la duración del año que con los 365 días resultaba demasiado corto; además, ya se conocía perfectamente la duración del período aparente de Venus (584 días) y se le usaba con frecuencia para especulaciones numéricas. La ciencia calendárica se cultivaba particularmente entre las tribus nahua del sureste de la altiplanicie mexicana y sus vecinos de la mixteca, motivo por el cual, los códices más hermosos y más profusos son originarios de esa región; en primer lugar el *Códice vindobonensis* y el *Códice Borgia.*

2. La cultura maya

Herbert Spinden ha llamado a los azteca los romanos y a los maya los griegos del Nuevo Mundo, comparación que, en lo general, resulta exacta. Los maya eran el pueblo civilizado creador de América, de cuyos adelantos no solamente se aprovecharon muchos otros pueblos mesoamericanos, sino también, en escala más o menos grande, todos los cultivadores en los contornos del Mar Mediterráneo americano, y aun mucho más allá. Sus conquistas en el terreno de la arquitectura, artes plásticas y ciencias sacerdotales, los colocan, a pesar de diferencias fundamentales entre ambos que ya hice constar en la introducción, al mismo nivel de muchos pueblos civilizados del Viejo Mundo.

Desgraciadamente, conocemos la Cultura Maya sólo de manera imperfecta. El clima cálido y húmedo del país tropical donde los maya tenían su asiento, no ha favorecido la conservación de los bienes perecederos de su cultura material. Además, la cultura maya más antigua, que alcanzó un nivel superior, sucumbió bajo circunstancias catastróficas, de suerte que entre ella y la otra más reciente hay un abismo, en sentido cronológico, sobre el que ninguna tradición nos tiende un puente. Pero también son escasos nuestros conocimientos acerca de la cultura maya reciente. El auto de fe que el

primer obispo de México, Juan Zumárraga, había celebrado con los códices aztecas en el año de 1531, fué eclipsado por la incineración de los libros mayas que llevó a cabo el primer obispo de Mérida, Diego de Landa. De modo que se salvaron, frente a unos treinta códices

38. Una hoja del *Codex Dresdensis*, una escritura jeroglífica maya. La escena representada es de las ceremonias de Año Nuevo (sacrificio de codornices). Algunos de los jeroglíficos son fechas, mientras que otros explican el significado del acto.

mexicanos, únicamente tres códices mayas (ahora en Dresde, Madrid y París respectivamente), los que tienen un contenido principalmente calendárico y ritual, aunque también nos proporcionan algunos informes sobre la vida diaria, pero nada de datos históricos. *Las Re-*

laciones, redactadas en lengua indígena o en español, no nos pueden ofrecer más que un sustituto muy insuficiente de la pérdida sufrida, porque entre estos documentos no hay ningún Sahagún, el exponente clásico de la cultura azteca. Lo que hemos llegado a saber por medio de las Relaciones, se refiere solamente a los últimos tiempos, cuando la cultura maya ya estaba en plena decadencia y profusamente entremezclada, tanto en Yucatán como en Guatemala, con elementos mexicanos. La antigua cultura maya superior, que floreció en la región de Petén (norte de Guatemala) y en la faja de tierras bajas, a lo largo de los ríos Usumacinta y Montagua —es decir, en comarcas que en la época del descubrimiento ya hacía mucho que estaban cubiertas nuevamente por selvas deshabitadas— sobrevive únicamente en los mudos testigos de *edificios majestuosos* y *monumentos* que por fortuna se han conservado mucho mejor y en cantidades más crecidas que los de México. Gracias a los estudios de los últimos cincuenta años, las *inscripciones* que los cubren en largas columnas ya han sido descifradas hasta el grado que nos permite fijar las fechas de dichos monumentos, de modo que ya se puede reconstruir una historia del Arte a través de un período de unos 700 años en números redondos. Más aún: se ha descubierto la manera de relacionar esta cronología con la cristiana, de suerte que conocemos ahora también las *fechas absolutas* de la creación de los mencionados monumentos, aunque todavía no se sabe con plena certeza cuál es la correcta entre las dos "concordancias" que han sido formuladas por los arqueólogos norteamericanos H. J. Spinden y J. E. Thompson, y entre las que media una diferencia de 260 años.[1] Sin embargo, más allá de lo mencionado, no hemos logrado todavía leer las inscripciones. No cabe duda que contendrán no solamente datos religiosos o astronómicos, sino también mucho sobre la historia y cultura de los antiguos imperios maya, cuyo florecimiento coincidió con los primeros siglos de la Edad Media Europea (300 a 900 d. c.).

[1] Para las fechas que se mencionan en el texto, se ha tomado por base la concordancia de Thompson (un día maya = un día juliano menos .584280 de día), por armonizar mejor con los hechos arqueológicos.

Ya se ha hecho mención en el capítulo anterior de una de las muchas tribus maya, los huaxteca en la parte norte de la costa del golfo de México. Los huaxteca deben de haberse separado, o deben de haber sido separados por otros pueblos (totonaca, nahua) del núcleo principal de los maya, ya en tiempos muy remotos, ya que no han compartido la evolución cultural de sus parientes, tomando orientación muy distinta respecto a lengua y cultura. A pesar de que los azteca los despreciaban por bárbaros, sus construcciones de tierra circundadas de piedras, sus figuras líticas algo rígidas pero realistas, y su excelente cerámica, nos demuestran que ya disponían de los fundamentos de una cultura superior, sin poseer, sin embargo, una escritura como los otros maya. Sus parientes más cercanos habitan en la altiplanicie de Chiapas; en la periferia occidental del territorio de las otras tribus maya, que se extiende sin interrupción sobre grandes regiones y que abarca, casi por completo, la república de Guatemala; toda la península de Yucatán y partes colindantes de México, Honduras y El Salvador. Se dividen en tres grupos que corresponden al distinto carácter geográfico de las regiones citadas. En las tierras altas meridionales que rematan, en la costa del Pacífico, en una cadena de volcanes, viven los *tzental* y *zotzil* en Chiapas, los *mam* en el oeste, los *quiché* y *cakchiquel* en el centro y los *pokomam* en el este de Guatemala. Los kekchi, una tribu que pertenece a los pokomam, invadió la ya mencionada faja de tierras fajas, donde originalmente sólo vivían los chol y (en Tabasco) los chontal, emparentados con ellos.

El tercer grupo está formado por los *maya propiamente dichos*, cuyo territorio, la península de Yucatán, es una meseta de roca calcárea, muy escasa de agua y cubierta de sabanas y monte bajo. También un grupo de ellos (los lacandón, en el Usumacinta superior) se extendió hasta las selvas meridionales. Sin tomar en cuenta a los huaxteca, el número actual de maya asciende a 1.200,000, según un censo que, por cierto, ya data de más de 30 años.

A base de noticias, hallazgos arqueológicos y datos etnográficos, se puede llegar a la conclusión de que los maya se extendieron anti-

guamente por el este hasta el valle del río Ulúa y la bahía de Fonseca, y por el oeste a lo largo de la costa del golfo, hasta la región del volcán de Tuxtla. Los nahua daban a los habitantes del sur de la costa del golfo, a los que habían subyugado o desalojado durante su propia expansión, el nombre de *olmeca*, palabra que (como la palabra tolteca) señala originalmente sólo a los antecesores de la población histórica. Es probable que entre ellos haya que buscar a los *proto-maya*, cuyos paraderos no estaban situados ni en el Petén, donde se han encontrado los monumentos maya de fechas más remotas, ni en las tierras altas de Guatemala, ni menos aún en Yucatán, donde no se habían establecido sino hasta en épocas mucho más recientes; sino en la zona entre Tuxtla y la región de los zapoteca. En favor de esta idea hablan las circunstancias de que la inscripción maya más antigua (162 d. c.) se encuentra sobre una pequeña figurita de jade, de San Andrés Tuxtla, y que existen evidentemente relaciones culturales antiquísimas entre los maya y los zapoteca. En Guatemala, Honduras y El Salvador, la cultura maya se basa, según S. K. Lothrop, en una capa "premaya", de la que se puede decir que era afín a la capa arcaica de la altiplanicie mexicana, pero sin ser idéntica a ella. Esta antigua población se caracteriza por sus producciones cerámicas y sus esculturas en toscas piedras oviformes que representan seres humanos en posición acurrucada y en las que la cabeza y extremidades sólo están indicadas por medio de bajorrelieves o líneas grabados, así como figuritas que llevan una escudilla apoyada en el vientre; otras cuyo rostro termina en un pico de ánade, y aun otras que cargan en la espalda una figura de animal acurrucado; es decir, tipos que se encuentran todavía, aunque transformados, en el arte mexicano ulterior. La gran antigüedad de esta cultura se deduce del hecho de haber sido descubierta en las cercanías de la ciudad de San Salvador, bajo una capa de doce metros de espesor, que procede de las erupciones del antiguo volcán y actual lago de Ilopango, y que debe de haber necesitado largos años para formarse. En otras regiones, esta cultura existía todavía un poco antes y aun contemporánea con la cultura maya de la primera época, porque algunas de las toscas figuras en cuclillas

han sido empotradas en los cimientos de las estelas de Copán, y la inscripción de Tuxtla está grabada directamente en una de las mencionadas figuras con cabeza de pájaro del tipo premaya. Entre 500 y 700 d. c., esta cultura más antigua parece haber sido desalojada por los maya en todas partes, en último lugar, en las tierras altas de Guatemala, donde los antiguos paraderos que se encuentran en las cercanías de la capital (finca Arévalo y otras más) y en la orilla del lago de Atitlán no fueron ocupados por los maya sino hasta la época de las postrimerías del "Viejo Imperio". De la afinidad de las figuras de piedra de Nicaragua con la plástica premaya, podría deducirse que los escultores de esta última hayan sido los *chorotega*. Sin embargo, otros hallazgos de vasijas de barro y figuras de piedra en el norte de México, el Mississippi, Colombia y el Perú demuestran que la influencia de la cultura premaya tenía, en tiempos remotos, un alcance mucho más amplio que el propio territorio de este pueblo. La cultura premaya ha sido, evidentemente, una variante muy temprana de la alta cultura mesoamericana y a ella tenemos que atribuir tal vez ciertos elementos esenciales de las culturas posteriores.

Ya en sus comienzos, la *cultura maya* ostenta una serie de tipos locales que hacen pensar en determinadas diferencias tribales. En aquella época, casi no había todavía relaciones con regiones mexicanas más al norte. Las excavaciones que se han practicado en *Uuaxactun*, un complejo de ruinas del Petén, donde se encuentra la *estela con la fecha más remota* del año de 328 d. c., han arrojado mucha luz sobre la época anterior a la erección de los monumentos más antiguos. En dicho lugar los arqueólogos del Instituto Carnegie han encontrado, debajo de una pirámide de la citada época, otra más antigua, cuyo estilo arquitectónico es todavía muy diferente del arte maya posterior. Esta pirámide más antigua es de poca altura, tiene escalinatas por los cuatro costados, flanqueadas por máscaras grotescas de estuco, y llevaba antiguamente en su plataforma un edificio de madera en vez de un templo de fábrica. Pero en Uaxactun, los maya ya vivían en tiempos muy anteriores a la erección de esta *construcción maya* que es la *más antigua* que conocemos de ellos y la cual

es tal vez todavía afín a la desaparecida arquitectura premaya. En aquellos tiempos, no conocían todavía edificios de piedra, y su cerámica se asemeja a la de sus antecesores. Sólo desde entonces habían comenzado a desarrollar su cultura típica, cubriendo las fértiles tierras del Petén con una tupida red de pequeñas colonias, cuyas huellas se encuentran hoy día por todas partes en la jungla tropical en forma de montículos de poca altura, que señalan los restos de antiguos cortijos. Las poblaciones más grandes de *Uaxactun, Tikal, Nakum, Naranjo, Benque-Viejo,* etc., que datan de esta misma época, no eran ciudades en el sentido moderno de la palabra, sino más bien centros políticos y religiosos, donde se congregaban los campesinos de la comarca en los días de mercado y fiesta. La fecha más antigua de Tikal, o sea la mayor entre las ciudades de más antigüedad, es del año de 445 d. C. Poco tiempo después (año de 455), ya se fundó la ciudad de *Copán,* la "Atenas del Nuevo Mundo", situada en Honduras a orillas de un afluente del río Montaguá, cuya cañada se ensancha en ese lugar para formar un pequeño llano rodeado de cerros. No fué sino 150 años después de este avance hacia el sureste, cuando los maya ocuparon, desde el Petén, la costa oriental de Yucatán. Las etapas que indican la ruta de su expansión, son los lugares arqueológicos de *Ichpaatun,* en la bahía de Chetumal (año de 593 d. C.), *Tulum* y *Cobá,* desde donde una calzada empedrada de muchas millas de extensión conducía antiguamente hasta Chichén Itzá, cuya fundación, según crónicas yucatecas, fué en el año de 710. De acuerdo con las inscripciones, los maya sólo construyeron las ciudades de la región del Usumacinta superior en las postrimerías del siglo VI. La fecha más antigua de *Piedras Negras* corresponde al año de 608, poco después deben haberse edificado *Yaxchilán* y otros numerosos pueblos del río Usumacinta, los que a su vez establecieron más tarde nuevas colonias en Chiapas y Tabasco. En estas últimas regiones, *Palenque* y *Comalcalco* representan las avanzadas más occidentales de la antigua cultura maya. Palenque (su fecha más remota es el año de 33 d. C.) señala a su vez el lugar donde su arte produjo las obras más exquisitas. Mucho antes de la citada fecha, ya se había

fundado *Toniná* que corresponde a las tierras altas de Chiapas. *Quiriguá*, una colonia de Copán en el río Montagua, no lejos del golfo de Honduras, ha sido la última de las grandes ciudades que se fundaron en la época del "Viejo Imperio", un nombre que suele darse, siguiendo el ejemplo de Egipto, a este período más antiguo de la cultura maya.

Todo este desarrollo inmensamente rico sucumbió de una manera repentina a fines del siglo IX. La última inscripción del "Viejo Imperio" se encuentra, como la primera, en Uaxactun, llevando la fecha del año 889. Todas las otras ciudades habían quedado desiertas ya con mucha anterioridad —en primer lugar los puestos de avanzada de la periferia, Copán y Palenque— y la selva, que los maya de otros tiempos habían hecho retroceder, volvió a adueñarse de la región. El repentino abandono de una área de 600 kilómetros de largo y 200 kilómetros de ancho, con docenas de grandes ciudades y en una época en que la cultura maya justamente había llegado a la cúspide de su florecimiento, hace pensar en la concomitancia de varias catástrofes de índole interior y exterior (invasión de tribus extranjeras, guerras desventuradas o levantamientos sangrientos). Sin embargo, parece que el abandono repentino del territorio ya se había iniciado desde mucho tiempo antes y que, en última instancia, había sido provocado por circunstancias que emanaban del peculiar carácter geográfico del área misma. En esas tierras bajas tropicales no podía vivir a la larga una densa población de alta cultura, cuyo sistema económico descansaba exclusivamente en el cultivo de roza, porque ésta empobrece el suelo rápidamente y obliga al campesino a buscar siempre nuevas tierras en comarcas siempre más distantes de los centros de la población. A esto hay que agregar que el cambio del clima de condiciones secas a otras más húmedas había producido un aumento de lluvias. La cada vez más exuberante selva tropical avanzaba hacia las ciudades y las aguas arrastraban la tierra laborable de las partes más altas y desnudas por la tala del monte, encenagando los numerosos lagos pequeños. Todas estas circunstancias adversas obligaron finalmente a los maya a emigrar a las regiones de tierras

altas y estepas de Guatemala y Yucatán. Ya se habían formado en el sur, en las postrimerías del "Viejo Imperio", numerosos pequeños poblados en las cercanías de Chaculá, Huehuetenango, Aguacatán, Rabinal y Mixco. Sin embargo, el "Renacimiento Maya" no se produjo en esta región, sino en Yucatán, donde, después de un período transitorio, se levantó el "Nuevo Imperio" con una red de numerosas y florecientes ciudades no menos extensas ni suntuosas que las antiguas, aunque la lucha más penosa por la vida en aquel país árido tuvo como consecuencia cierta rigidez en la nueva cultura maya, haciendo que su arquitectura resultara más maciza y de menos vuelo, y sus artes plásticas más angulosas y ornamentales. Las nuevas ciudades que se fundaron en el noroeste de Yucatán (*Uxmal, Kabah, Labná, Zayi Klabpak*, etc.) interpretan esta nueva mentalidad mejor que las algo más distintas del nordeste, lo que parcialmente se explica por el hecho de que fueron dos distintas tribus maya las que llevaron a cabo la colonización de Yucatán: *Chichén Itzá*, que también había sido abandonada en las postrimerías del "Viejo Imperio", fué nuevamente ocupada por los *itzá*, una dinastía de Petén, mientras que *Uxmal* fué construída por los *xiu*, un linaje que inmigró desde Tabasco (alrededor del año de 100 d. c.). Entre 1200 y 1250 d. c., Yucatán había sufrido la invasión de tribus nahua que se establecieron en Chichén Itzá y que, desde allá, fundaron Mayapan. Es probable que con tal acontecimiento esté relacionada la constitución de la triple alianza Mayapan-Chichén Itzá-Uxmal que gobernó Yucatán, y dentro de la cual, Mayapan tuvo la supremacía bajo la dinastía de los cocom. Con la ayuda de guerreros mexicanos, reforzados con nuevos contingentes, los cocom aspiraban a quedarse solos en el poder; después que lograron destronar a los itzá, los tiranizados maya se levantaron en el año 1451 bajo el mando de los xiu, destruyeron Mayapan y expulsaron a los mexicanos, cuyos restos tuvieron que refugiarse en las viejas ciudades de la costa oriental (Tulum, etc.). Sin embargo, esta sangrienta lucha intestina había agobiado también el poder de las dinastías nativas. Los itzá se retiraron al Petén, su antigua tierra, donde su pequeño estado siguió existiendo hasta el

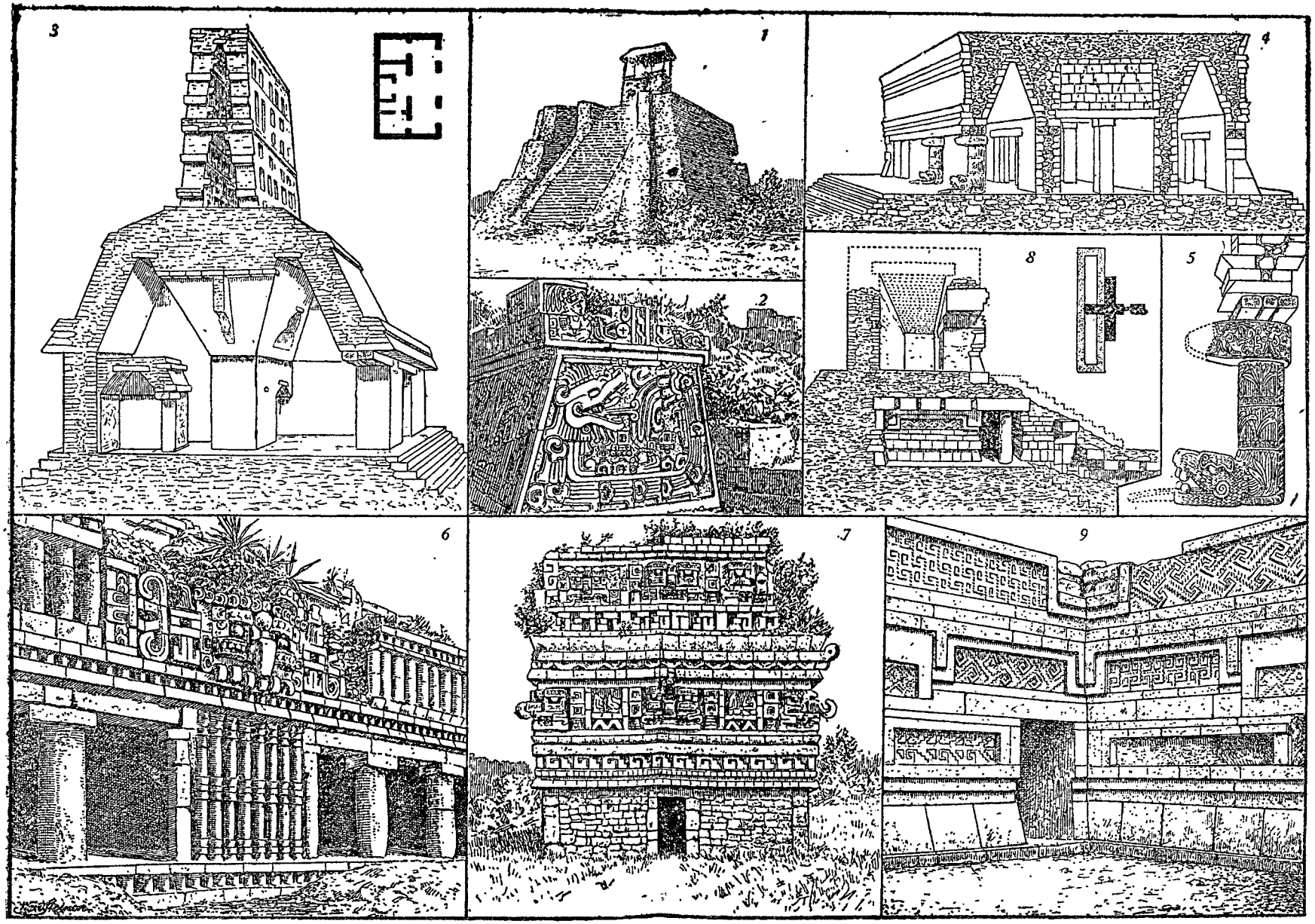
año de 1702; y los xiu fundaron un nuevo señorío en Maní, cerca de la actual ciudad de Mérida. Chichén Itzá y Uxmal, las ciudades más esplendorosas del "Nuevo Imperio", quedaron desiertas, y Yucatán quedó dividido en una serie de ciudades-principados, sin poder central alguno. Esta era la situación que los españoles encontraron cuando conquistaron, bajo el mando de los dos Montejo, la región norte de los maya (1527 y 1540-41). Muy parecido era el panorama en los altos de Guatemala, cuyas tribus maya fueron sometidas por Pedro de Alvarado en el año de 1524. También en esa región, la influencia de los nahua había seguido en aumento en los últimos siglos antes de la llegada de los españoles.

Una cantidad infinita de material arqueológico —edificios, monumentos y pequeños objetos de arte— nos proporciona la decoración de fondo de esta tan agitada historia. Casi todas las ciudades de más antigüedad en el Petén y la región del río Montagua, tienen

---

Pie del grabado de la página siguiente

39. La construcción de templos entre los antiguos mexicanos. *1)* La pirámide llamada "Castillo de Teayo". (El sagrario ha sido cubierto, en tiempos recientes, con un techado de paja para poder utilizarlo como campanario); *2)* esquina noroccidental de la pirámide de Xichicalco (a la derecha, se nota la alfarda de la escalinata): *3)* corte transversal y planta del "templo de la cruz" de Palenque (pared del fondo y jamba de la celda con relieves de estuco); *4)* corte transversal del "castillo" (templo principal) de Chichén Itzá, construído por los nahua inmigrantes; *5)* reconstrucción de una de las columnas en forma de serpiente emplumada, del "castillo" de Chichén Itzá; *6)* fachada de un templo de Sayí con el "friso de columnitas" tan característico de muchas construcciones de Yucatán, que puede considerarse como una derivación de una antigua arquitectura de madera; *7)* fachada occidental de la "Iglesia" o sea de una de las típicas construcciones *mayas* de Chichén Itzá (en contraste a la figura *4*), que fueron erigidas después de la expulsión de los nahua; el cornisamiento que se levanta sobre el muro frontal aparenta un segundo piso; 8) corte transversal y planta de uno de los cuatro edificios que circundan el patio lateral del complejo del palacio principal de Mitla (en el subterráneo se encuentra una cripta con un pilar monolítico); *9)* rincón suroriental del patio interior del complejo del palacio principal de Mitla. (Los Nos. *1*, *2*, *7* y 9, según Seler; *3*, *5* y 8, según W. H. Holmes; *4*, reconstrucción de W. v.d. Steinen según los planos publicados por Holmes.)


3
1
4
2
8
5
6
7
9

siempre por lo menos una "acrópolis", que consiste en un enorme complejo de terrazas con pirámides sobrepuestas y patios hundidos a los que bajan escalinatas, y cuyo desagüe se lleva a cabo por medio de angostos túneles. Al lado de estos complejos hay extensas plazas de forma cuadrada, rodeadas de pirámides con templos o (en Copán) de graderías que probablemente servían de asiento para los espectadores, cuando en la plaza misma tenían lugar las funciones religiosas. En Tikal se hallan las más altas pirámides coronadas con templos y de mayor declive, es decir, construcciones con el aspecto de torres, que algunas veces constan de cinco cuerpos y que alcanzan una altura de 70 metros. En el Usumacinta y en Palenque, donde las ciudades se edificaron en el angosto valle del río, resultó imposible la construcción de una "acrópolis", de suerte que se levantaron las pirámides en los salientes de las laderas, agrupándolas sin el orden acostumbrado. En Palenque, una manzana de casas ("El Palacio") que ocupa mayor espacio, se levanta sobre una plataforma de unos diez metros de altura; los distintos edificios, que son construcciones largas y angostas, encierran cuatro patios hundidos. En el "Nuevo Imperio", se operó un cambio completo en cuanto al plano de las ciudades; ya no se ven ni acrópolis ni largas filas de pirámides con sus templos, pero en su lugar se levantan, sobre terrazas de poca altura, grandes *cuadras de palacios*; por lo regular, hay solamente una pirámide en cada cuadra (Uxmal, Kabah). Chichén Itzá, cuyos edificios fueron construídos en su gran mayoría por mexicanos, se aparta de esta regla, porque tiene una pirámide principal que domina todo el conjunto ("El Castillo") y en cuyo derredor se agrupan los otros edificios; lo mismo puede decirse de Tulum, que se levanta sobre los acantilados de la costa oriental de Yucatán, consistiendo en un recinto de templos y una avenida de palacios. En los últimos tiempos turbulentos de la historia maya, se hicieron esfuerzos para proteger las hasta entonces indefensas ciudades contra ataques de enemigos. Tulum estaba rodeada por tres lados con una muralla de 3, 4 ó 5 metros de altura y 6 metros de espesor, con parapetos, casamatas, atalayas y cinco entradas. Tah Itzá, el último refugio de los itzá en el lago de Flores (Petén), estaba ubicado en una isla; Kumarcaah (Utatlan)

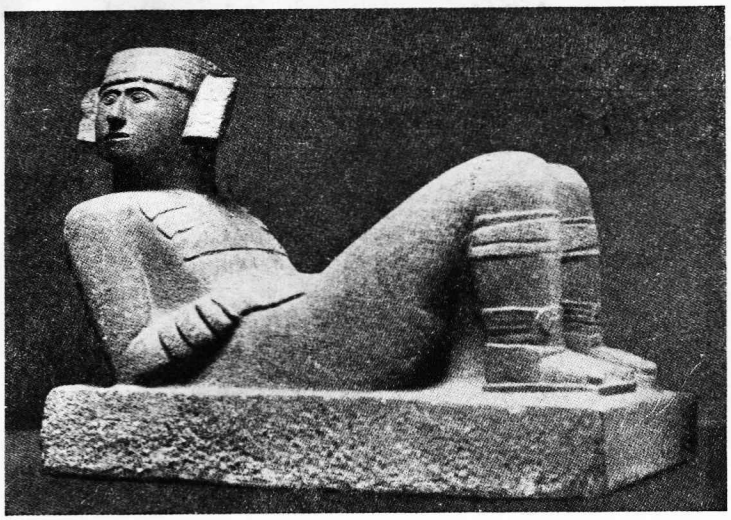
la capital de los quiché e Iximché, la capital de los cakchiquel, sobre mesetas casi inaccesibles y separadas entre sí por profundos barrancos.

Ya en el capítulo anterior se ha hecho mención de la diferencia fundamental entre la arquitectura de las áreas mexicana y maya y la del Viejo Mundo. Las dos primeramente mencionadas tienen en común las bases piramidales y escalonadas, sólo que éstas presentan frecuentemente entre los maya esquinas redondeadas y planta poligonal con ángulos salientes y entrantes. En cuanto a las *construcciones superiores*, de forma cúbica, hay que distinguir entre "palacios", es decir, edificios más largos que anchos, divididos longitudinalmente en dos salas, y construídos sobre terrazas de poca altura, y "templos", o sea edificios de planta más bien cuadrada, también de dos piezas, sobre altas pirámides. Debido a que las piezas reciben la luz únicamente a través de la entrada de la fachada, se construían, en el "Viejo Imperio", varias puertas, una al lado de la otra, de suerte que la pared frontal quedaba reducida a unas anchas pilastras (Yaxchilan, Piedras Negras, Palenque). En cambio, en el "Nuevo Imperio", se ensanchaban las puertas, dividiéndolas en secciones por medio de columnas redondas con capiteles cuadrados (Kabah, Labná, Zayí), hasta que finalmente, en las postrimerías, la sala exterior quedaba transformada en un pórtico sostenido por varias filas de columnas (Tulum). Tal vez se trata aquí de influencias de la arquitectura mexicana que, como es sabido, ya conocía la columna redonda. Encima de la pared que separa las dos piezas del templo —en el "Nuevo Imperio" también sobre la pared frontal y la del fondo—, se levantan cresterías que originalmente consistían en muros macizos con vanos o cavidades y más tarde, en construcciones más livianas. Para sostener su peso, el grueso de los muros tenía que aumentarse desproporcionadamente, de suerte que las piezas resultaban sumamente angostas (Tikal), o se recurría a la construcción de contrafuertes que sobresalían de la pared de fondo de la segunda sala (Yaxchilan); más tarde se formaba con estos contrafuertes otro pequeño recinto o tabernáculo

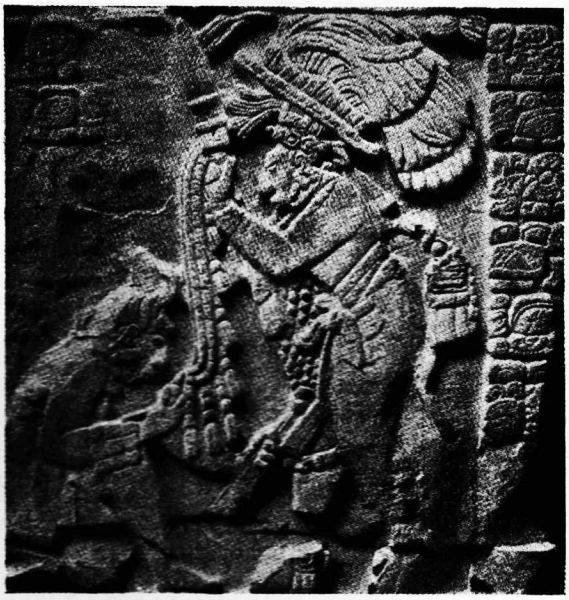
para la imagen religiosa (Palenque). Tánto en el "Viejo Imperio" como, con más frecuencia, en el Nuevo, se han construído algunas veces otros *pisos adicionales,* después de rellenar parte de los recintos inferiores con tierra y cascajo. En Xlabpak, se reducen las dimensiones de los tres pisos del edificio principal y por uno de sus costados sube una ancha escalinata, de suerte que se tiene la impresión de una pirámide escalonada. Igual que la arquitectura mexicana, tampoco la maya no llegó nunca más allá de recintos interiores angostos en forma de corredores, a pesar de que no hacía uso de techos planos, sino de una clase de bóveda formada, tanto en estos casos como en algunas puertas y portales aislados del "Nuevo Imperio" (en Uxmal, Kabah y Labná), mediante el vuelo y posición oblicua de las hileras superiores de las paredes. Muy raras veces encontramos en la antigua arquitectura maya *torres* cuadradas que se emplean aisladas (en el palacio de Palenque) o flanqueando las escalinatas de pirámides altas con mucho declive (Nakum y otros sitios en el sur de Yucatán). Las construcciones redondas y grandes salas de columnas de Chichén Itzá y otros lugares del norte de Yucatán se deben a influencias nahua, cuya arquitectura se había mezclado con la autóctona de una manera muy curiosa: combinando elementos netamente mexicanos (como bases de muros con talud, columnas de serpientes, pilares esculpidos y almenas) con las bóvedas triangulares, cornisas y frisos de máscaras del arte maya. También la arquitectura mexicana de Chichén Itzá sufrió algunas modificaciones en los 200 años de su existencia, como lo han comprobado las nuevas excavaciones en el suntuoso edificio del "Templo de los Guerreros" que se levanta sobre otro templo más antiguo. Tulum y otros sitios del noreste de Yucatán revelan claramente la decadencia artística de los últimos tiempos, durante los cuales también la influencia mexicana había perdido su vigor y los estilos mexicanos habían degenerado.

Para el decorado exterior de sus edificios, los maya se valían principalmente de cornisas y frisos de máscaras, que dividían las fachadas en planos horizontales. Las formas primitivas de ambos se presentan ya en la pirámide maya más antigua de Uaxactún, cuya

100. Objetos para el culto de los antiguos mexicanos. *1)* cuchillo para el sacrificio humano; el mango tiene la forma de un hombre disfrazado de pájaro, con incrustaciones de mosaico (1/6 del tamaño natural); *2)* recipiente para la sangre de la víctima, de augita-porfidita (cuauhxicalli = escudilla de águilas) (1/5 del tamaño natural); *3)* y *4)* utensilios para sahumar (1/5 y 1/9 del tamaño natural, respectivamente); *5-9)* instrumentos musicales. La decoración exterior del Nº *2* (plumas de águila y corazones humanos encima de ellas) expresa en forma simbólica el nombre y el uso del recipiente; la entalladura del Nº 5 ostenta el jaguar y el águila como símbolos del guerrero, y la del Nº 6 la cara del dios Quetzalcoatl, con la boca prolongada en forma de pico de ave. Nº *1*, en la Christy Collection del Museo Británico; *2-4* y *7-9*, en el Museo de Etnología de Berlín; 5, en el Museo de Toluca (según Seler); 6, en el Museo del Hombre, de París (según Hamy).



101. Chacmool. Idolo mexicano en forma de una estatua medio acostada, con una concavidad en el centro del cuerpo, que servía de receptáculo para libaciones. (Según Pericot.)



102. Lápida con relieve, de Menché Tinamit, representando una escena de sumisión o adoración. Los jeroglíficos que aparecen a ambos lados explican el acto. (Según Maudsley.)

103. Estela monolítica de Quiriguá, representando una figura en pie, con pectoral muy ancho y un enorme tocado compuesto de varias máscaras superpuestas. (Según Maudsley.)

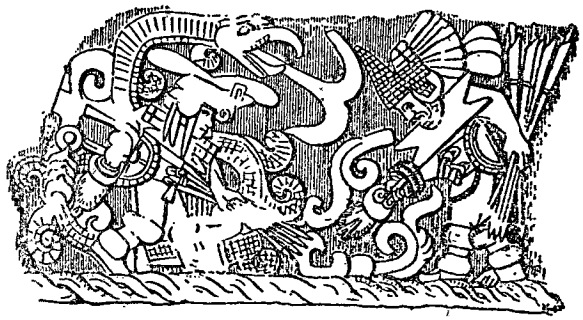
cornisa consiste en una ancha faja saliente, a la altura de la arista superior de los escalones de la pirámide o un poco más abajo, aplicándose más tarde también a la superposición, donde forma un marco alrededor de la parte vertical o inclinada de la pared encima de las puertas, como listón o cornisa principal. En Tikal, este listón muestra todavía el ancho original y deja, por eso, bastante lugar para ornamentos de estuco; más tarde, sólo consiste en dos o tres ("Nuevo Imperio") hileras angostas de piedras con caras alternativamente verticales y oblicuas. También las *máscaras* decoran originalmente sólo el basamento, siendo modeladas de estuco sobre un esqueleto de piedra; representan cabezas grotescas de monstruos, muy estilizadas, con facciones de serpientes (Uaxactún) o caras humanas realistas (Palenque). El decorado por medio de máscaras no llegó a su pleno desarrollo sino hasta que empezó a emplearse en la superposición entre las cornisas, y en las cresterías; y esto todavía como decorado de estuco, en Tikal, Yaxchilan y Palenque, mientras que en Yucatán, las máscaras se componen de piedras del revestimiento mural, esculpidas en su cara exterior y dispuestas en forma de mosaico; ya en el "Viejo Imperio" había precursores de esta técnica. Sólo en Yucatán, las máscaras alcanzan su estilo característicamente cuadrado y su estilización en líneas geométricas es muy grande (como narices en forma de trompa); aquí las máscaras cubren frecuentemente toda la parte superior de las fachadas o forman un marco alrededor de la puerta que, de esta manera, adquiere el aspecto de las fauces abiertas de un monstruo.

En comparación con el grandioso desarrollo del decorado plástico de los edificios, la plástica lítica no aplicada quedó muy rezagada entre los maya. Evidentemente, éstos tenían, como los zapoteca, una aversión a la escultura de bulto en piedra, en contraste con sus antecesores y los chorotega y nahua tardíos. Tal apreciación está en pugna, solamente de una manera aparente, con las enormes estelas monolíticas de Copán y Quiriguá, que alcanzan una altura de doce metros y se levantan en las grandes plazas al pie de las escalinatas al lado de "altares", es decir, monolitos más pequeños (en Toniná, se

encuentran estelas semejantes de dimensiones mucho más reducidas), porque ni en su forma más desarrollada disimulan su evolución de pilastras rectangulares de piedra, que originalmente se decoraban sólo por un lado con el bajorrelieve de una figura humana de pie y *vista de frente*. Paulatinamente, el bajorrelieve llegó a hacerse más hondo y la figura a extenderse simultáneamente sobre los dos costados colindantes de la pilastra, de suerte que se produce la impresión de una figura en bulto, aunque totalmente cubierta de accesorios decorativos. Unas cuantas cabezas y figuras de piedra, maravillosamente modeladas, del decorado de las fachadas de los templos de Copán, Yaxchilan, etc., demuestran que el artista maya no era, ciertamente, incapaz de producir esculturas de bulto; en el Petén, en cambio, verdadero centro del "Viejo Imperio", éstas faltan por completo a pesar de que también aquí (como en el Usumacinta) se levantan estelas en patios de los templos y sobre las terrazas de las pirámides. Pero se acostumbraba representar la figura sobre la estela desde luego de *perfil*, de suerte que la evolución no conducía a la plástica de bulto, sino que permanecía siendo *relieve* que poco a poco trataba de satisfacer las siempre crecientes exigencias artísticas.

De los últimos tiempos del "Viejo Imperio", hay en Piedras Negras y en Yaxchilan verdaderas obras maestras de este arte de las estelas, reproducciones de escenas de sumisión u homenaje con numerosas figuras, en las que causa admiración el perfecto dominio sobre todos los problemas del movimiento, perspectiva y composición. En Palenque, el bajorrelieve de las estelas es aplicado a las pilastras de las puertas de los edificios, las más veces en estuco, de manera que la fantasía del artista se vió libre de todas las trabas del material y pudo superarse a sí mismo en cada nueva obra. La pared interior del santuario se decora con una imagen religiosa, que, en los dos "Templos de la Cruz" representa el árbol celeste. El "Nuevo Imperio" prescinde casi por completo de esta clase de decoración arquitectónica del edificio, con excepción de unos modestos adornos figurativos de la fachada. También la estela aislada con bajorrelieve pertenece al pasado en el "Nuevo Imperio", pues las pocas piezas que

se han localizado en Yucatán, no son probablemente más que reliquias del "Viejo Imperio". Sólo en Chichén Itzá encontramos plásticas en bulto, pero aquí las introdujeron los nahua, que trajeron principalmente dos tipos de su tierra mexicana en el norte: las cariátides en forma humana para el tablero del altar en el santuario, y el "chacmool", o figura humana medio acostada en el pórtico del templo, que sostiene una escudilla. Los bajorrelieves de las pilastras o paredes de las construcciones mexicanas en Chichén Itzá, tienen

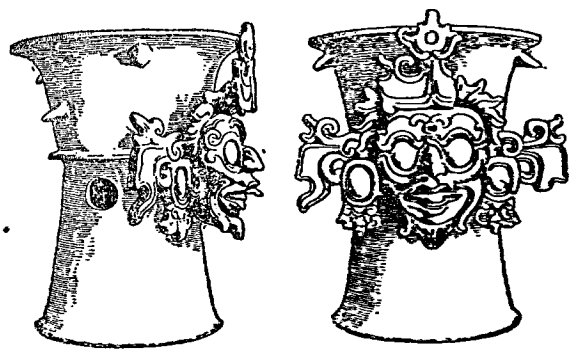


40. Relieve del templo al lado del Juego de Pelota de Chichén Itzá. Ante el dios acompañado por la "serpiente de nubes" (Mixcouatl), se presenta, en actitud reverente, un guerrero nahua armado a la antiguo (haz de dardos y lanzadera) y vestido con piezas de la indumentaria antigua (xiuhuitzolli, pectoral grande de jadeíta, ancho cinturón con disco en la espalda, brazaletes de cuero en brazo y pierna). (Según Seler.)

casi siempre un revestimiento de estuco policromado con infinidad de personajes, que relatan la vida de los habitantes de Chichén Itzá o escenas guerreras y rituales; de suerte que constituyen la transición a las pinturas al fresco. Su realismo vívido y vigoroso presenta un contraste muy llamativo con el arte ceremonioso-ritual e impersonal del resto de México y Mesoamérica; de la misma manera que el arte de Amarna con las producciones artísticas anteriores y posteriores del Egipto. En Tulum ya no queda nada de todo esto. La decoración arquitectónica de los edificios sólo consiste en burdos relieves de estu-

co en los nichos sobre los portales del templo, y pinturas al fresco que muestran meramente el estilo maya, pero ya mezclado con algunos elementos mexicanos.

Del arte cerámico de los maya cabe decir casi lo mismo que de las artes mayores. Parece que originalmente la escultura de barro figurativa no era conocida, porque las excavaciones en las ciudades más antiguas del Petén, Copán y Altos de Guatemala, no han produ-



41. Vasija de barro con una máscara que representa al dios maya del occidente y del lucero vespertino. El principal rasgo característico consiste en el rodete que cubre la base de los párpados inferiores y que forma un lazo sobre la nariz. La barba cortada en punta y los grabados limados recuerdan representaciones del dios solar de los mayas. De la región de Cobán, Alta Verapaz (Guatemala). (Según Seler.)

cido más que figuras de barro de la cultura premaya. Siempre que la escultura de barro se presenta en otros lugares, resulta evidentemente de épocas posteriores, aunque haya conservado en sus formas tantas tradiciones artísticas del "Viejo Imperio" como en el caso de las preciosas figuras de barro de la Alta Verapaz (Guatemala septentrional) y del Usumacinta inferior. En cambio, desde muy pronto se desarrolló la decoración de superficie de las vasijas de barro; este arte se presenta primero como pintura policromada y más tarde en relieve. Las vasijas policromadas muestran dibujos muy vigorosos y

se parecen mucho, también en lo que se refiere a los jeroglíficos que los acompañan, a las figuras de los códices; revelando además una facilidad casi japonesa para el dibujo animado e impresionista. Estas vasijas se difunden desde dos centros (Copán y Holmul, sobre la frontera de Belice) hacia el este, norte y sur, alcanzando su punto culminante en la Alta Verapaz durante el período entre el Viejo y el Nuevo Imperio. En Yucatán, la cerámica policromada es sustituída más tarde con otra con bajorrelieves y finalmente con una cerámica grabada, aunque sigue dependiendo de la policromada en cuanto a las formas de las vasijas y su estilo, así como a los motivos de los temas representados.

Un nivel no menos alto ocupaban otros productos de las artes menores maya: placas de jadeíta o concha, con representaciones humanas en relieve o grabadas, usadas antiguamente como centros de collares y que lograron una distribución vastísima por medio del comercio, porque se les ha encontrado en las regiones zapoteca, totonaca y altiplanicie mexicana (Teotihuacán).

El que los maya descollaban también en *mosaicos, vaciado de oro, trabajos de pluma* y *arte de tejer*, nos lo demuestran las indumentarias de las figuras humanas sobre las estelas. Allí se ven los pesados y suntuosos adornos de los cinturones, exuberantes tocados de pluma de quetzal, el pájaro que vivía de preferencia en aquellas regiones, así como ropajes que semejan al brocado en ricos dibujos, y con flecos, borlas y borlones; es decir, todos ellos objetos de los que desgraciadamente ninguna muestra se ha conservado hasta nuestros días.

Si queremos formarnos una idea de la vida y creencias de los maya en el último período de su independencia cultural, tenemos que atenernos casi exclusivamente a las Relaciones españolas, que podemos completar con algunos rasgos de la vida de los maya modernos.

Por lo regular, los maya empiezan el *cultivo* con el desmonte de un pedazo de la selva; no se da ningún beneficio secundario a la tierra, de suerte que el campesino no necesita más que un bastón

puntiagudo de plantar que es, entre los indios actuales de Guatemala, una vara liviana con un largo de 1.5 a 2 metros. Se cultivaban y aún se cultivan las mismas plantas que en la costa del golfo de México, es decir, no solamente maíz, sino también tubérculos tropicales. Aparte del algodón, se cultiva en Yucatán la *agave rigida*, cuyas fibras duras proporcionan el henequén. A los maya corresponde el mérito de haber dado a la humanidad el *árbol de cacao* como planta de cultivo; este árbol exige mucha paciencia y cuidado de parte del campesino, porque es muy delicado y necesita no solamente una temperatura alta y uniforme, suelo inmejorable y bastante humedad, sino también sombra de árboles frondosos. En la época de la conquista española, Tabasco, zona pantanosa y surcada por innumerables corrientes y acequias, ofrecía el aspecto de un plantío ininterrumpido de árboles de cacao, hasta el punto que los chontal tenían que importar de Yucatán otros artículos de primera necesidad, como maíz y algodón. De la *miel* se preparaba en el antiguo Yucatán, en Tabasco y todavía entre los lacandón actuales, una bebida embriagante: el balché. Los lacandón juntan la miel de abejas silvestres, lo que también acostumbran hacer los kekchí, aunque estos últimos ya suelen llevarse a su casa para colgarla bajo el techo la parte hueca de la rama o tronco de árbol, que alberga el enjambre. Los descubridores encontraron ya en 1518, la verdadera cría de la abeja en calabazas, ollas o cilindros de madera, en la isla de Cozumel y más tarde en todo Yucatán, donde los apicultores celebraban anualmente dos grandes fiestas.

De los dibujos del Códice de Madrid se desprende que solían hacer uso de trampas para la caza: la horca flexible para atrapar ciervos o jabalíes, y la trampa de cajón para armadillos. De las antiguas armas existe todavía el arco entre los lacandón, y en Guatemala la cerbatana, con proyectiles de barro. El arco de los lacandón es de sección circular y las flechas tienen emplumado tangencial, astas delanteras de madera dura y punta de pedernal o vidrio. En Tabasco y Yucatán no se conocían los propulsores hasta que los nahua los introdujeron; lo mismo puede decirse del macquauitl, que tiene en los

bajorrelieves de Chichén Itzá forma algo diferente de la de los códices mexicanos. También las hachas de cobre, que se describen como armas de los maya de Yucatán en la época del descubrimiento, no pueden haber sido más que objetos importados desde México (probablemente de la región de los zapoteca), porque el "Viejo Imperio" no conocía todavía utensilios de cobre. El arma de guerra más importante de los maya era una lanza de pedernal poliforme con hoja ancha, que ya aparece en las representaciones más antiguas y que todavía en 1677 se menciona entre las armas de los itzá en el Petén. Con la lanza se usaban pequeños escudos circulares u oblongos, con colgantes de flecos. Las extremidades del cuerpo se protegían con vendas pespuntadas. Las hojas de pedernal, calcedonia u obsidiana, de formas fantásticas y excelentemente labradas, que se encuentran frecuentemente en Belice, Tikal y Quiriguá, no se destinaban a usos prácticos, sino que eran ofrendas, ya que se las descubre algunas veces en depósitos debajo de las estelas; algunas de ellas tienen forma animal, otras se parecen a medias lunas o a las hojas de las antiguas partesanas europeas.

De suma importancia para la *vida en Yucatán,* donde existe solamente un único río que corre superficialmente, era la solución del problema del agua. En consecuencia, se fundaban los pueblos en las cercanías de los pocos charcos de cierta extensión que se formaban en depresiones del terreno sobre un subsuelo arcilloso (los llamados akalché), o en el fondo de dolinas (cenotes) y cuevas que abundan en esta región de roca calcárea que es Yucatán. Chichén Itzá lleva tal nombre ("en las cisternas de los itzá") por haber sido fundado entre dos cenotes. En los tiempos de Stephens (1840), una escalera de 25 metros de largo conducía al fondo de la cueva en las cercanías de Bolonchén ("nueve cisternas") de cuya agua dependía la gente del lugar durante medio año. Donde, como en Labná, no había ni estos depósitos naturales de agua, se construían cisternas subterráneas campaniformes (chultun) con paredes de mampostería, en las que el agua llovediza entraba por un agujero en la cúpula desde una superficie por todos lados inclinada.

Todavía hoy día las *casas-habitación* muestran en Yucatán y Tabasco la misma forma ovalada, como en la época del descubrimiento. El alto techo de paja o palma descansa sobre cuatro postes colocados en el interior y no sobre las paredes, que están hechas de zarzos con embarrado o piedra y argamasa. Cerca de la ciudad actual de Campeche empieza la zona de la casa rectangular que domina en todo el sur (Chiapas y Guatemala), y en la que los postes del techo son simultáneamente los postes angulares de las paredes. En esas regiones se usan frecuentemente durante los viajes, simples paravientos inclinados, con cubierta de palma. En muchas regiones, se acostumbra actualmente para dormir, además del catre de madera, la hamaca tejida o (entre los lacandón) de malla, que probablemente fué introducida por los españoles desde las Antillas. Todo el resto de *enseres de casa* se asemeja al ajuar mexicano; los maya modernos de Guatemala usan para comer y beber calabazas (guacales), en cuya superficie suele haber un bonito decorado (especialmente en la Alta Verapaz) hecho raspando parcialmente la capa exterior negra y resinosa; se trata de un arte indudablemente de origen antiguo, a pesar del estilo español de los dibujos. En cambio es con toda seguridad de origen moderno el torno tosco de alfarero usado en Yucatán. Los antiguos objetos de barro de los Altos de Guatemala, entre los que se ven frecuentemente bandejas planas con decorado de picos, son mucho más sencillos que los que describimos en las pp. 324-25 procedentes de las regiones septentrionales. Aparte de las vasijas de barro, las había también de piedra, como por ejemplo en el río Ulúa; son vasos de mármol artísticamente labrados, cuyas paredes llevan una decoración de dibujos espirales en forma de escamas.

En los tiempos antiguos, el *comercio* y el *tráfico* deben de haber sido de mucha importancia, porque así lo indica la vasta distribución de los productos mayas. Los primeros representantes del área cultural mesoamericana que los españoles llegaron a ver, eran comerciantes mayas en viaje de negocios: los tripulantes de una gran canoa de comercio, llena de toda clase de mercancías, que Colón avistó en el golfo de Honduras, en el año de 1502. Para transportar cargas por

tierra, utilizaban armazones de madera, llevadas a cuestas; y para personas, se usaban literas en forma de hamaca, atadas a un palo. Anchas calzadas bien construídas atravesaban Yucatán, poniendo en comunicación todas las ciudades de alguna importancia.

En concordância con el clima cálido, la antigua *indumentaria* era más ligera que la de los mexicanos. En cuanto a los hombres, se limitaban a un braguero, más largo que el de los azteca, de suerte que daba varias vueltas a la cintura; se ponía de tal manera que los extremos colgaban delante y detrás. En vez de esta prenda de vestir, los lacandón actuales llevan camisas largas como los tarascos. También las mujeres andaban en Yucatán casi desnudas de medio cuerpo arriba, y solamente en Campeche y Bacalar, se ponían un angosto cubrepechos. En cambio, en los altos del sur, se usaba generalmente el huipil, adornándolo gracias a su gusto refinado, con bordados delicados de seda o lana sobre un fondo blanco y rojo. La indumentaria masculina ya se ha asimilado hoy día al traje español.

En todos los monumentos del "Viejo Imperio" y en todas las figuras de barro, se destaca la excesiva *deformación craneana,* que se practicaba todavía en los primeros tiempos de la conquista por medio de tablitas entre las que se comprimía la cabeza del recién nacido. Ya se ha hecho antes mención de la costumbre de la deformación dental y del tatuaje; por lo que se refiere a los dientes, todas las maneras mencionadas de deformación dental eran conocidas entre los maya; en cuanto al tatuaje, sólo lo practicaban los hombres en Yucatán al casarse; *también las mujeres acostumbraban adornarse con tatuajes de un modo semejante.* Frecuentemente se nota la escarificación en las figuras de barro o sobre los monolitos, en forma de botoncitos y listones, que se aplicaban en las comisuras de la boca y en el entrecejo. Se cortaba el *pelo de la coronilla,* de suerte que quedaba una tonsura, en cuyo derredor se agrupaba el resto de la cabellera, recogiéndola en una trenza. Parece que se veían entre los maya *personas con barba* con más frecuencia que en México, pues abundaron las representaciones de hombres o dioses con barbas largas. Las

perlas finas y otros adornos de concha ocupaban el primer lugar entre las *joyas*.

F. Termer distingue tres formas en el estado maya: el "estado-ciudad", el "estado-regional" y el "estado-tribal". Al presentarse los españoles, Yucatán estaba dividido en muchos "estados-ciudades". En cada uno de ellos gobernaba un "batab", cuyo cargo era hereditario y tenía a su lado, como jefe de guerra, al "nacom", un funcionario electo. Los jefes de las antiguas dinastías que, como los cocom y xiu, habían dominado en otros tiempos extensas regiones del país, pero que en la época del descubrimiento tenían apenas el poder de un batab, recibían el título de "halach iunic". Sólo los itzá retenían en el Petén un resto de su antigua grandeza, porque ejercían el dominio todavía sobre una región de diez provincias, en cada una de las cuales gobernaba un "canek" y, como dignatario sacerdotal con casi los mismos derechos, su hermano. El estado del "Viejo Imperio" debe de haber sido de un tipo semejante. Las grandes ciudades (Copán, Tikal, etc.) eran centros de comarcas políticamente unidas, que tal vez formaban una especie de alianza a la manera de la Liga Hanseática, pero que por lo menos vivían entre sí en paz, disfrutando de un constante intercambio de bienes materiales y espirituales. Sólo así se explica que durante un período de más de 700 años (de 162 a 889 d. C.) haya podido regir la misma escritura en toda la región maya de aquellos tiempos —desde Chichén Itzá y Tulum en el norte hasta Palenque y Copán en el sur—, hecho sorprendente, si se le compara con la transformación del alfabeto fenicio en un período mucho más breve. De esta manera se explica también que se encuentren reproducciones de escenas guerreras en los relieves del "Viejo Imperio" solamente en las ciudades de la región del Usumacinta, es decir, en la frontera suroccidental, donde tal vez hubo guerras con tribus mexicanas. Es posible que aún haya existido por algún tiempo un imperio centralizado, lo que Teeple cree poder deducir de ciertos datos del calendario maya. En los Altos de Guatemala, eran las tribus las que formaban unidades políticas, constituyendo ocasionalmente ligas, de igual manera que existían, en los siglos XII y XIV, ligas de

ciudades en Yucatán. Puede ser que ambos fenómenos se deban a influencias mexicanas. El estado más importante era el de los quiché, que había logrado extenderse paulatinamente desde la Alta Verapaz hasta el Océano Pacífico.

También los maya estaban agrupados en *clanes* que vivían en determinadas poblaciones o partes de ellas y los cuales, a su vez, se organizaban en fratrías. Los clanes de los quiché se llamaban nimba ("casa grande") y se agrupaban en tres fratrías. En tiempos más recientes imperaba por todas partes la sucesión patrilineal, aunque se han conservado huellas de una sucesión matrilineal más antigua en los nombres personales yucatecos, en los que se pone siempre el clan en primer lugar, así como en la costumbre de que el joven marido va a vivir, por el término de 5 ó 6 años, a la casa de los padres de la mujer. El ingreso oficial de los niños en el clan, era en Yucatán un acto solemne que tenía lugar entre los tres y doce años de edad del aspirante, y que se llamaba "segundo nacimiento" (caput zihil); lo más importante de la ceremonia consistía en una purificación ritual de los niños por medio de ofrendas, confesión, rociar con agua bendita, etc.

Las excavaciones que se han llevado a cabo en tiempos recientes, proporcionan valiosos datos sobre las antiguas costumbres funerarias. La gente de la "cultura premaya" de los Altos de Guatemala, en la región de Salcajá, depositaban sus muertos en tumbas subterráneas, que tenían la forma de una colmena y a las que se entraba por un pasillo inclinado desde la superficie, que después se rellenaba. En Holmul, estas tumbas están construídas en el cuerpo mismo de las pirámides; en el caso de cubrir una pirámide con una superposición, se aprovechaba simplemente el antiguo templo en la plataforma para sepultar en él a los cadáveres. La gran cantidad de ofrendas en forma de vasijas finamente pintadas encontradas en sepulcros de esta clase, nos prueba que se trataba en tales casos de difuntos de gran prestigio; la gente del pueblo enterraba a sus muertos debajo o detrás de su casa. En el Yucatán de tiempos posteriores, los cadáveres de personas de prestigio eran incinerados, y sus cenizas

depositadas en vasos-efigie de barro o en estatuas de madera, que, para este objeto, tenían en la región occipital una concavidad cerrada con un pedazo de piel del cráneo del difunto. Al morir un miembro de la dinastía de los cocom, se le cortaba la cabeza y de la parte anterior del cráneo se hacía una mascarilla, con la ayuda de cera. También en Guatemala, donde se depositaban los cadáveres en urnas funerarias sin quemarlos, se levantaba sobre el túmulo una estatua del difunto. Este culto ancestral —en todos los casos citados, se hacían sacrificios frente a las imágenes de los muertos— no es de origen septentrional, sino meridional, y está indudablemente relacionado con las costumbres colombianas, que también irradiaban hasta las Antillas. Entre los quiché actuales, este culto forma el contenido principal de su religión, porque no hay acontecimiento de su vida que no esté acompañado de oraciones y sacrificios a los antepasados. En contraste con el culto ancestral, en el concepto del ultramundo que profesaban los maya predominan rasgos mexicanos: en Yucatán se creía en tres distintos mundos de los muertos, conforme a la clase de muerte, y en Guatemala, el inframundo estaba lleno de toda clase de horrores que el difunto tenía que ser capaz de vencer, si quería llegar al mundo de los muertos.

Es difícil determinar hasta qué grado la cosmología de los maya haya sido influída por conceptos mexicanos, porque sólo la conocemos de manera imperfecta. De todos modos se encuentran rasgos paralelos muy significativos; por ejemplo, la idea de que la tierra era una isla ("petén", el antiguo nombre de Yucatán), o un caimán; la creencia en cuatro portadores del cielo, trece cielos y nueve inframundos, así como la convicción de que llegaría el fin del mundo, iniciado con la caída de los astros. Más claro que en México, se destaca entre los maya la creencia en un dios supremo, que se confunde, como tantas veces acontece, con la creencia en un héroe civilizador celeste, porque los dos se personifican en Itzamná. Por un lado, Itzamná es un antiguo dios celeste y, por otro, es un sabio príncipe de la más remota antigüedad, que enseña la escritura a los hombres; se le rendía culto especialmente en la vieja ciudad de templos de Izamal.

A su lado está el dios solar que en Izamal se llama Kinich Kakmó ("rostro de sol —arara de fuego"), porque se le imaginaban bajo la figura de un ave, de igual manera que varios dioses solares de los mexicanos; y así se le ve representado en los templos de Tulum. En cambio, en las representaciones del "Viejo Imperio", el dios solar tiene siempre figura humana, cuyas señas son la barba y la limadura dental. Los otros dioses son para nosotros más o menos pálidas siluetas: el *dios del agua* Ah bolon tz'acab y el *dios de la lluvia* Chac, que en Yucatán gozaban, naturalmente, de gran veneración; se les personificaba en las máscaras de las fachadas con narices en forma de trompa encorvada hacia arriba o abajo (en los códices, el dios de la lluvia llevaba dos antorchas de rayos y una bolsa de agua, hecha de una serpiente; el *dios negro* Ekchuah, patrón de los cultivadores de cacao y de los mercaderes; un joven dios del maíz y un anciano dios lunar, cuyos atributos son caracoles y corazas de tortuga; el *ave de las nubes* Moan, etc. Al culto solar predominante precedió también entre los maya una época de culto lunar, con la poderosa diosa lunar que en Yucatán tiene el nombre de Ixchel, pero a la que principalmente se rendía culto en los países del "Viejo Imperio", como lo indican ciertos toponímicos en Tabasco y en el Usumacinta superior. Evidentemente, era idéntico al de Tlazolteotl, como nos lo recuerdan la confesión de los pecados (que era muy común en Yucatán y que, entre los olmeca y azteca era impuesta por el sacerdote de Tlazolteotl), y los ritos sexuales, como lo testimonian los grandes falos de piedra en Uxmal y otros lugares. Los mexicanos introdujeron el culto al dios de la serpiente emplumada, llamado *Kukulcan* por los maya, los cuales seguían rindiéndole culto con gran devoción aun después de la expulsión de los mexicanos. Sin embargo, los maya del "Viejo Imperio" tenían ya la idea de una serpiente celeste, pues con frecuencia encontramos en Tikal y Copán, en la región del Usumacinta y en Palenque, la figura de un dragón, cuyo cuerpo se arquea sobre el vano de una puerta y cuyas dos cabezas, una viva y otra muerta (esta última figurada en forma de esqueleto), descansan sobre la tierra; lo que este dragón significa, lo indica una serie de

símbolos de cuerpos celestes, que algunas veces toma el lugar del cuerpo del dragón.

La eterna *rivalidad de las grandes fuerzas cósmicas* se interpreta entre los lacandón como una lucha del supremo y bondadoso dios Nohochacyum ("Gran Padre") contra Hapikern, ("el del cuerpo de serpiente"); para los kekchí, es una lucha entre el juvenil y bienintencionado Tzultaccá y el viejo y maligno dios Mam. De la mitología maya de Yucatán no sabemos casi nada. El culto cosmogónico tal como lo encontramos en el "Popol Vuh" el libro de leyendas de los quiché, parece haber sido tomada punto por punto de la mexicana. Sin embargo, dentro de esta tradición se ha conservado un antiquísimo motivo americano, por lo regular desconocido en Mesoamérica que trata del fin y de la resurrección del sol y de la luna; en este caso, los dos astros se presentan bajo la figura de dos hermanos divinos *Hunahpu* y *Xbalanque* que, por ser grandes jugadores de pelota, reciben de parte de los poderes del inframundo una invitación para disputarse la supremacía; en las pruebas a que se les somete, salen derrotados, pero sus hijos, concebidos en forma mágica, los vengan a fin de cuentas; al principio de este cuento, se narra, cómo esta nueva generación vence a los espíritus de la naturaleza que existían antes: a un dios del fuego bajo la figura de un arara, a Zipacna, dios de los volcanes, y a Caprakan, dios de los terremotos.

Aunque Yucatán estaba dividido en un gran número de señoríos *mundanos*, presentaba unificación por lo menos en cuanto a sus asuntos *religiosos*, personificándose esta unidad en un sumo sacerdote que residía en Mayapan y que parece haber tenido a su cargo la organización de los cultos de todo el país. Las palabras maya para sacerdote (ahkin y chilam) significan verbalmente "intérprete de signos", es decir, peritos en jeroglíficos; es muy característico para el alto nivel cultural de los maya que éstos hayan recibido los mayores honores y no, como entre los azteca, los sacerdotes sacrificadores, a los que los maya trataban con desprecio. Conforme a esto, no se daba mucha importancia a los sacrificios humanos, que solamente en Chichén Itzá, la colonia mexicana en medio del país de los maya,

desempeñaban un papel destacado. En la citada ciudad, el culto principal parece haber sido dedicado a los dioses del agua y de la lluvia, pues una ancha calzada para procesiones conducía del templo mayor a uno de los dos cenotes, en cuya orilla se sacrificaban muchachas o se las echaba vivas al agua, como lo demuestran los hallazgos de numerosos esqueletos y ofrendas preciosas en el cieno de dicho cenote.

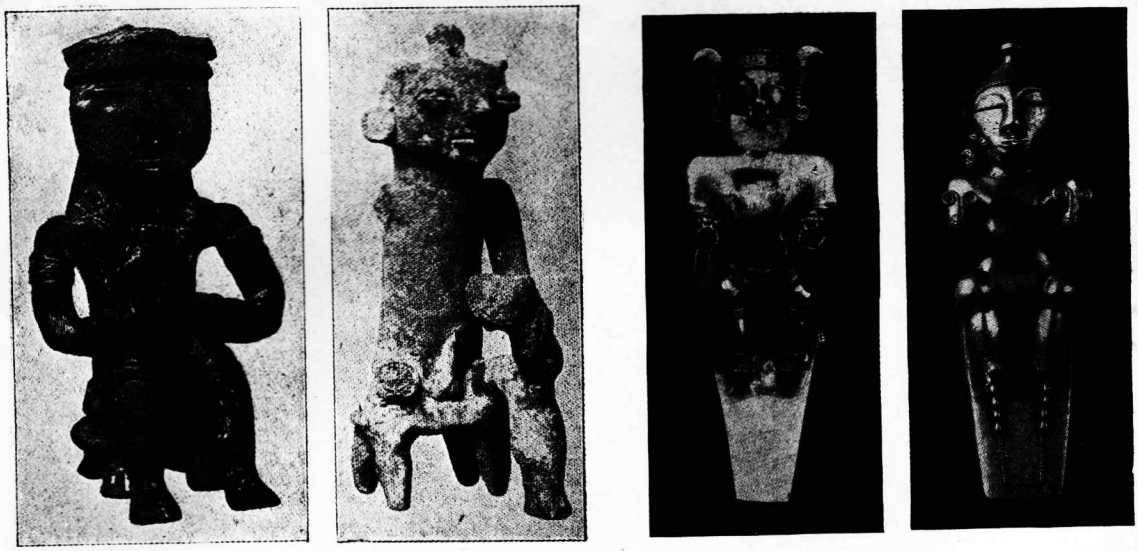
En cambio, también entre los maya se concedía, desde los tiempos más remotos, mucha importancia a las *penitencias;* se practicaban de manera muy rigurosa, principalmente, pasándose un cordón con púas por un agujero en la lengua. En la Alta Verapaz se han encontrado pequeñas vasijas de barro, que contienen falanges amputadas, lo que indica otra forma de penitencia. Para los *sahumerios* utilizaban, en el este de Yucatán, escudillas de barro con figuras humanas en la parte delantera; los lacandón usan todavía hoy utensilios parecidos.

Los otros actos rituales de los maya, aunque incruentos en su mayoría, se basan en *ideas mágicas* análogas a los conceptos mexicanos, lo que se manifiesta claramente en la fiesta del Año Nuevo durante el primer mes (en la época del solsticio estival), cuando se procede a sustituir por otros nuevos, todos los enseres de casa y objetos de uso en los templos, inclusive los ídolos de madera; se limpian todas las casas y se prenden de nuevo todos los fuegos. En el décimotercer mes (en la época del equinoccio primaveral) tiene lugar una ceremonia del fuego, en la que se apaga con agua la lumbre que se ha ido alimentando con los corazones de animales de caza, para impetrar el beneficio de la lluvia para los campos que se están marchitando bajo el ardor del sol, mientras que una pequeña pirámide escalonada, pintada de azul como símbolo del cielo, tiene que facilitar a los dioses de la luz la subida al firmamento. Los cinco días sobrantes al fin del año, se pasan haciendo ceremonias que tienen por objeto conjurar las desgracias quizá inminentes en el año venidero, sacándolas de la aldea en forma de un ídolo. En muchas fiestas, se organizan *danzas de máscaras.* Cuando en noviembre de cada año se

celebra en Maní la gran fiesta en honor de Kukulcán, a la que todas las ciudades de Yucatán delegaban sus representantes, el punto culminante consistía en un drama en que los actores enmascarados representaban el mito del citado dios. También los maya meridionales conocían estos dramas hasta en los tiempos modernos. En el año de 1856, Brasseur de Bourbourg señaló entre los quiché, un drama histórico que trata un episodio de la historia de los príncipes de Rabinal. En los tiempos actuales, este antiguo arte dramático sobrevive solamente en los "bailes", en los que los indios de Guatemala representan leyendas cristianas o escenas de la conquista española, por medio de danzantes con máscaras fantásticas de madera.

Es probable que se hayan cultivado también otras ramas de la poesía, porque así lo deja entrever el ya mencionado libro de leyendas, *Popol Vuh*, pero desgraciadamente se ha perdido la gran mayoría de esta literatura; los tres únicos códices salvados y que proceden de diferentes comarcas de la región maya (el matritense es de Yucatán, el dresdense del norte de Guatemala y el parisiense, de Chiapas), no contienen una historia continua sino que se asemejan más bien al *Códice Borgia*, informando sobre la vida diaria a base de pequeñas narraciones sin hilación entre una y otra. Al lado de los dibujos se ven muchos *jeroglíficos* de carácter explicativo y largas series de guarismos; lo mismo cabe decir de las representaciones en los monumentos. Seguramente había también en los comienzos de la escritura maya figuras de objetos o símbolos semejantes a los que la escritura mexicana aún usaba en la época del descubrimiento, pero estos tiempos deben de haber sido tan remotos que la escritura maya típica ya se presenta en su pleno desarrollo en el monumento más antiguo que lleva jeroglíficos, o sea la figurita de Tuxtla. Su adelanto, si la comparamos con la mexicana, consiste, desde el punto de vista exterior, en que los signos han sido simplificados considerablemente y además reducidos casi a un mismo tamaño y forma; además, estos jeroglíficos, que se presentan en dos formas (una cursiva en los códices y otra, caligráfica, en las inscripciones) ofrecen un principio formativo enteramente distinto de los mexicanos. Casi todos los sig-

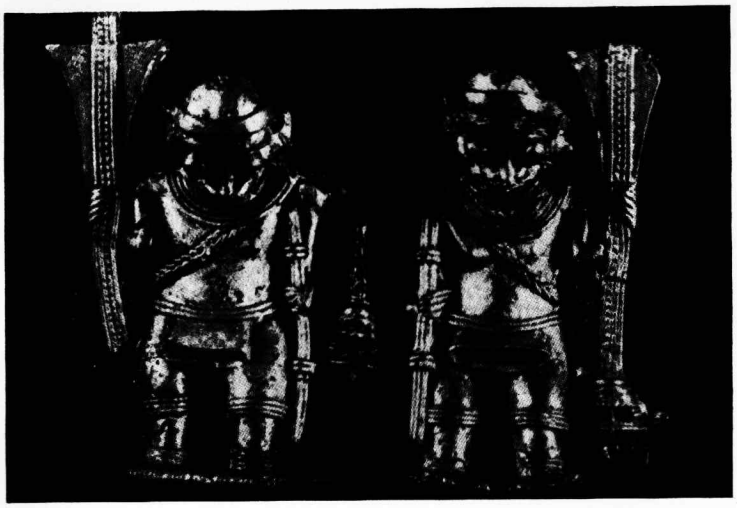
104. Escudillas de barro policromadas de los chorotega, encontradas en Las Huacas *a)* y en Agua Caliente *b)*, en las faldas del Orosí (altiplano de Costa Rica), a donde llegaron probablemente por el comercio. *b)* representa el lado interior de una escudilla parecida a *a)*. Esta cerámica se caracteriza por los soportes en forma de cabezas zoomorfas fantásticas, como las que muestra el dibujo *a)*, y la extraña estilización de las figuras a la manera del dibujo *b)*, cuyo principal rasgo consiste en la posición de dichas figuras al estilo de la baraja americana. Cerca de 1/4 del tamaño natural. (Según C. V. Hartman.)



a b

105. Figuras humanas de barro en posición sentada. Del valle del Cauca (Colombia) y de una cueva cerca de Boconó en la cordillera de Mérida (Venezuela), respectivamente. *a)* El collar consiste en grandes joyas en forma de hacha; además, la figura lleva una nariguera semilunar y vendas apretadas en brazos y piernas. *b)* La figura tiene el cuerpo desnudo, con excepción de una faja para amarrar el penis. ¼ del tamaño natural. (Del Museo de Etnología de Berlín.)

106. Idolos femeninos de los quimbaya, de oro vaciado



107. Adorno colgante con figuras gemelas, de tumbaga. Coclé, Panamá.

nos, aun los que son aparentemente simples cabezas de dioses o animales, se componen de varios elementos: el ideograma propiamente dicho, y los determinativos, cuya ligazón al ideograma es, empero, mucho más íntima que en los jeroglíficos egipcios, porque quedan adscritos o inscritos en él (motivo por el cual se habla acertadamente de "afijos" e "infijos") y porque cambian en muchos casos su forma en esta operación. Hay muchos jeroglíficos que consisten únicamente en una combinación de varios determinativos. Todas estas partículas diminutas de la escritura maya, se remontan originalmente también a figuras realistas, pero se presentan sólo raras veces en forma no-combinada y casi siempre tienen un sentido curiosamente complejo, de suerte que el determinativo "disco de jade" puede aplicarse a los conceptos de "agua", "vegetación" y "resplandor" (luz), así como el determinativo "diente" para los conceptos "dureza" y "pesadez". El escriba maya conseguía, pues, por medio de la combinación infinitamente variada de ideogramas y determinativos, signos para los objetos y conceptos más heterogéneos, de modo que podía reproducir las ideas contenidas en una frase casi palabra por palabra. Es cierto que casi siempre se expresa únicamente el *sentido de la palabra* y sólo raras veces también su valor fonético (a la manera de los criptogramas), lo que naturalmente significa una grave dificultad para descifrarlos. Ya se conocen los jeroglíficos de guarismos, días, meses y otras unidades de tiempo; dioses, animales, cuerpos celestes, puntos cardinales, colores, ciertos objetos y verbos; pero sólo en casos aislados podemos comprender el sentido de las combinaciones de signos.

El descifrar las series de guarismos ha sido de la más grande importancia para poder determinar las fechas de los monumentos; los maya expresan los números de dos maneras: por medio de puntos para las cifras del uno al cuatro, y una raya para la cifra cinco; y por el otro lado, mediante jeroglíficos (cabezas de dioses). La aplicación práctica de estos signos había llegado a ampliarse de modo sorprendente al dárseles un *valor de posición*. Se les escribía en cinco series, una encima de la otra, para leerlas, de abajo hacia arriba, como múl-

tiplos de 1, 20, 360, 20 por 360 y 20 por 20 por 360; en las inscripciones, en las que frecuentemente se expresaba un número por medio de una columna de jeroglíficos dividida en dos secciones, se indica además, para su mayor claridad, el valor de posición por medio de un jeroglífico especial. Para una manera de esta naturaleza de escribir los números, se hizo indispensable un guarismo para *cero*. Ambos, el valor de posición y el signo para cero, son conquistas de la inteligencia maya que no conocía ni la escritura de la antigüedad europea. Con pocos signos podían expresarse números gigantescos, posibilidad que se aprovechaba en primer lugar para fijar fechas con precisión inconfundible. Cada fecha maya se compone de cinco partes, de las que dos corresponden al signo del día y a la cifra del día del calendario mexicano. Otros dos dan la posición del día dentro de los dieciocho meses, de suerte que cada una tenía su posición exacta dentro de un "ciclo calendárico" de 52 años. Combinando ahora todavía la fecha de este ciclo con la "cuenta larga", es decir, con un número que expresa los días transcurridos desde el principio de la cronología maya, cualquier acontecimiento puede ser fechado con la misma precisión que con la cronología cristiana. El punto de partida para la cronología maya no es, como en la era judaica, un acontecimiento histórico, sino solamente una fecha muy remota, obtenida por medio de cálculos, que cae en el año de 3113 a. c. Desgraciadamente este sistema de fechar los monumentos, que había estado en uso por más de 700 años, fué abandonado en el "Nuevo Imperio" a favor de otro abreviado, que sólo permite fechas precisas para un período de veinte "katunes" (un katun = 20 por 360 días) o 256 años en números redondos, de suerte que la concordancia con la cronología cristiana no ha podido ser fijada todavía con precisión. Evidentemente, los maya habían perdido, durante la dominación de los mexicanos, una gran parte de su antigua y rica cultura espiritual, adaptando, por consiguiente, también su cronología a la de los mexicanos, que era mucho más burda. Simultáneamente desaparecen también las inscripciones en los edificios y monumentos. En el "Viejo Imperio", éstos se levantaban casi siempre al final de un período

calendárico, por lo regular, de un cuarto de katun de 1,800 días, de modo que son, en cierta manera, "piedras miliares del tiempo", cuyas inscripciones dan probablemente noticias de los acontecimientos sucedidos entre uno y otro. Entre éstos, los *fenómenos celestes* ocupan el primer lugar. Los grandes problemas aritméticos de las inscripciones y códices demuestran cuán amplios eran los conocimientos en astronomía que los maya habían adquirido: conocían perfectamente la duración del año solar y de los meses lunares, y sabían eliminar, con extraordinaria habilidad, las inexactitudes resultantes de operar con números enteros. En el códice *dresdense* se encuentran largas tablas de eclipses y cuadros de las fases de Venus. Según los estudios del astrónomo alemán H. Ludendorf, los maya conocían también los períodos de revolución sinódicos y sidéreos de Mercurio, Marte, Júpiter y Saturno, y sabían calcular con gran exactitud de antemano sus conjunciones entre sí y con el sol, la luna y las estrellas fijas de mayor luminosidad. Hay probablemente muchas construcciones en las ciudades, de las que hoy día no encontramos más que ruinas, que estaban dedicadas a esta observación del firmamento tan altamente desarrollada (por ejemplo en Uaxoctún o Chichén Itzá), de suerte que no eran sólo templos, sino más bien observatorios astronómicos.

3. *Las ramificaciones meridionales de las culturas mexicana y maya y los chorotega*

Los puestos más avanzados de la *cultura maya* son: la ciudad de Nacó, en el río Chemilicón, que ya queda sepultada bajo la selva tropical, pero que Cortés visitó todavía en el año de 1524, así como Tenampua, en el valle del río Comayagua (Honduras) y Opico en El Salvador. Sus fundadores han sido probablemente los *chorti*, aquella tribu de los chol que había construído Copán y Quiriguá y que se había extendido, después de abandonar las mencionadas ciudades, hacia el este, donde seguían cultivando la tradición artística del "Viejo Imperio" en su cerámica, cuando ya desde mucho no se acostum-

braba, en los países meridionales de los maya, erigir grandes templos ni monumentos de piedra.

En el curso de los amplios movimientos de desplazamiento de los pueblos, que habían estremecido el norte de América Central entre los años de 1000 y 1200 d. C., también algunos nahua llegaron hasta El Salvador; y tal vez, en algunos avances preliminares, ya en años anteriores, se abrieron paso a través de las regiones, en aquella época ya abandonadas del "Viejo Imperio" o a lo largo de la costa del Pacífico, en Guatemala, sosteniéndose hasta hoy día, bajo el nombre de *pipil*, en tres grupos: en el río Motagua, en la costa suroriental de Guatemala y en el oeste y centro de El Salvador. En la época del descubrimiento, el grupo mencionado en último lugar, constituía un pequeño estado con su capital en Cuzcatan (en azteca, Coscatlán), no lejos de la actual ciudad de San Salvador. El recuerdo de la antigua patria se mantenía todavía vivo entre estos nahua en muchos de sus toponímicos que repiten conocidos nombres de lugar de regiones mexicanas más al norte. Entre estos hay un Mita (= Mitla) que, igual a la antigua ciudad en el Valle de Oaxaca, era un centro religioso, donde los pipil de Cuzcatan rendían culto a Quetzalcoatl, el héroe civilizador de los nahua más antiguos. También en todo lo demás, los pipil habían conservado fielmente, en medio de tantos pueblos extraños, su antigua cultura nahua, como lo comprueban los hallazgos arqueológicos y los relatos, así como también las investigaciones de L. Schultze-Jena entre los pipil modernos de Izalco (Salvador). Debido a esto, resulta dudoso si deben atribuirse a ellos los curiosos monumentos de *Santa Lucía Cozumalhuapa* y otros lugares de la costa sur de Guatemala, no lejos de Escuintla en el antiguo territorio de los pipil. Estos pilares de piedra con representaciones en bajorrelieve, excelentemente tallados, y bloques de piedra en forma de calaveras humanas o cabezas de animal, muestran un estilo artístico que se aleja de la encantadora elegancia del estilo maya no menos que de lo rígido y comprimido de los azteca. También en cuanto a sus motivos, los bajorrelieves de Cozumalhuapa (que frecuentemente ostentan el busto de una deidad celeste flo-

tando en el aire, hacia la que un devoto levanta la vista) se apartan de los temas maya o mexicanos.

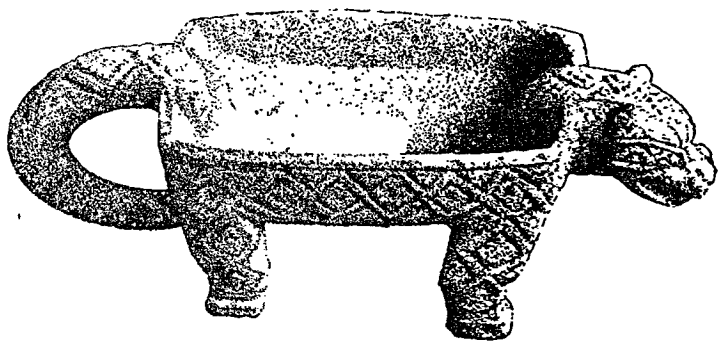
De suerte que ya en el sur de Guatemala se plantea el problema de que otros antiguos pueblos civilizados puedan haber vivido al lado de los maya y nahua en la periferia meridional de la gran área cultural de Mesoamérica. Antiguamente los *lenca,* cuya lengua se habla todavía hoy en algunas poblaciones, ocupaban vastas regiones continuas en el este de El Salvador y centro de Honduras. También había una pequeña colonia lenca en el rincón suroriental de Guatemala, al lado de los pipil y xinca. Probablemente, los lenca formaban la población original de Honduras y El Salvador, siendo sucesivamente subyugados o culturalmente absorbidos por los maya y nahua. Los datos que tenemos sobre sus ideas religiosas, hablan de la adoración a una diosa que, en tiempos remotos, había dado sus leyes a la tribu, elevando sus hijos a la dignidad de príncipes y acabando por subir al cielo, entre truenos y rayos, bajo la figura de un pájaro. De suerte que también entre este antiguo pueblo encontramos la adoración de la gran diosa, cuya relación con la luna se deduce de su nombre: comizahual ("jaguar volante").

El Salvador era el centro de producción de una cerámica peculiar caracterizada por su bonito brillo metálico, porque, según Lothrop, en El Salvador se encuentra un barro que toma espontáneamente, al cocerlo, el aspecto de una clase de vidriado. Esta cerámica tiene una enorme área de distribución, tanto con respecto al espacio como al tiempo, porque se la encuentra desde el norte de México hasta el norte de Panamá, así como en todos los horizontes culturales desde los tiempos del "Viejo Imperio" hasta el último período prehistórico. Los tipos de vasijas son muy variados y se elevan, en algunos ejemplares que proceden de la región maya, a la categoría de verdaderas obras de arte, a pesar de lo cual no puede tratarse de vasijas mayas, sino probablemente de piezas de los *chorotega,* ya que estilísticamente tienen más afinidad con cierto tipo muy difundido de la cerámica de estos últimos.

En tiempos históricos, los chorotega eran el pueblo civilizado de Nicaragua y del norte de Costa Rica, y su lengua ha seguido hablándose en la región Masaya hasta el siglo XIX; parecen haber sido, como ya indiqué, los precursores de los maya en los Altos de Guatemala y Chiapas, y haber expulsado de Nicaragua a una población más antigua, cuyos restos son los *subtiaba*. Entre los chorotega se había establecido (según Motolinía, un siglo antes del descubrimiento de Nicaragua por Gil González Dávila, en el año de 1522), un grupo de pipil, que los españoles llamaron, según su jefe, *Nicarao* y que ha dado el nombre al país. En cuanto a vida social y religiosa, este grupo había logrado conservar su carácter peculiar, mientras que en el modo de vivir y manifestaciones artísticas se había adaptado a los chorotega de manera tan completa, que los monumentos y hallazgos arqueológicos de Nicaragua sólo muestran el carácter de estos últimos. En ninguna parte del país se encuentran construcciones de piedra, porque para las casas y templos se usaban exclusivamente la madera y la paja, y aun las pirámides no eran más que pequeños montículos de tierra y piedra suelta, que no llevaban en su plataforma templos, sino solamente la piedra de sacrificios. Su *escultura en piedra*, de grandes dimensiones, está representada por figuras toscas que se hallan en las islas del Lago de Nicaragua (Ometepe, Zapatera, etc.), en el pueblo de Subtiaba, cerca de la actual ciudad de León, y en otros lugares, y se asemejan, en cuanto a estilo y representación, a las esculturas de la cultura pre-maya de Guatemala, Honduras y Chiapas. Mucho más artísticas son las pequeñas figuras de piedra de los chorotega, principalmente las piedras para moler con tres soportes redondos y lisos, o esquinados y decorados, respectivamente. En la península de Nicoya, donde el arte de los chorotega se había elevado a su nivel más alto, estas piedras de moler tienen la forma de un jaguar, caimán o loro: tipo que llega hasta El Salvador y Honduras. Igualmente, de Nicoya proceden unos pomos de maza de piedra, finamente labrados, en forma de cabeza humana o animal, y magníficas joyas de jade, en forma de pequeñas hachas, que

tienen en la parte puntiaguda, opuesta al filo, la forma de figuras humanas estilizadas.

La *cerámica* de los chorotega también había alcanzado un alto nivel artístico; ya los españoles elogiaban las vasijas de barro de la isla de Chira (Golfo de Nicoya) que "eran como terciopelo oscuro y cubiertas de un barniz vítreo como ámbar negro pulido". Principalmente se destacan las vasijas policromadas de Nicoya, o sea ollas altas oviformes con soporte anular o con tres soportes, frecuentemente en forma de animal, así como escudillas que descansan sobre tres cabezas de animales fantásticos. Entre los dibujos hay serpientes



42. Piedra de moler de la región de Quepo, sudeste de Costa Rica. En forma de jaguar.

emplumadas estilizadas, un indicio de influencias septentrionales. De las islas del Lago de Nicaragua procede la llamada "cerámica lunar", con dibujos en delicadas y finas líneas; además, hay vasijas con tapadera y asa en forma de figura plástica de caimán, y grandes patojos que probablemente servían para sepultar cadáveres.

El país de los chorotega es muy fértil y rico en animales de caza y pesca, circunstancia que permitía que allí viviera, en tiempos antiguos, una población numerosa en pueblos prósperos, cuyos habitantes se alimentaban de *maíz* y *cacao*, y que se dedicaban a un intensivo comercio, para el que se valían de granos de cacao como moneda; igual que los pueblos septentrionales. Además de fumar tabaco,

aparece aquí por primera vez la costumbre sudamericana de *mascar coca*. Los únicos animales domésticos eran el pavo y el perro. El canibalismo, que en el área cultural mexicana era exclusivamente una práctica religiosa, había llegado a ser un factor económico entre los chorotega, porque tenían esclavos para aprovecharse de su carne; para conseguirlos, se organizaban cacerías humanas.

De la *forma de sus casas* casi no se tienen datos. El "palacio" de un cacique de los nicarao es descrito como un cortijo compuesto de cuatro edificios bajos de casi iguales dimensiones y agrupados alrededor de un patio cuadrado; dos eran casas cerradas, con techo a dos vertientes, y servían de dormitorios al jefe y a su séquito; las otras dos eran cobertizos abiertos. En uno de estos últimos se vivía de día, mientras que en el otro, las esclavas molían maíz y hacían tortillas. Un catre de bambú cubierto de esteras, era la cama en que descansaba el jefe, quien tenía por almohada un banquito con cuatro soportes. Existen relatos que hablan de habitaciones en árboles y de balsas de palos (en vez de las canoas de un solo tronco). Otros elementos sudamericanos se presentan igualmente en la indumentaria de los chorotega, pues en Nicoya, los hombres no se ponían taparrabos como en el resto de la región, sino portapene, y usaban para el aseo del cabello un peine compuesto de palillos. En cambio, el peinado, el tatuaje y la deformación craneana relacionan a los chorotega otra vez con el norte, ya que llevaban el cabello largo y recogido en dos trenzas, mientras que los nicarao se rasuraban la frente y las sienes, y aun también toda la cabeza (con excepción de un mechón en la coronilla), si se trataba de un miembro de la casta guerrera (tapaliqui).

Los nicarao declaraban la guerra, como en México, mediante mensajeros que llevaban abanicos como indicación de su rango. Sus armas eran propulsores, arcos, mazas y espadas en forma de clavas, contra las que se resguardaban con protectores de algodón acolchados y escudos. En cuanto a la vida social, existían notables diferencias entre chorotega y nicarao: entre los primeramente mencionados, dirigía los destinos de la tribu un consejo de ancianos, al que estaba subor-

dinado el jefe de guerra, mientras que los nicarao estaban divididos en una serie de pequeños estados feudales con poderosos caciques hereditarios y en rígida división de clases: nobleza, plebeyos y esclavos. La nobleza se componía de los vasallos del cacique y los miembros de la casta guerrera; todos los nobles vivían en la corte del cacique, siempre pendientes de sus órdenes. Por esclavos se tenía a los prisioneros de guerra y a los que por pobreza aceptaban voluntariamente esta condición. También las ideas sobre el matrimonio eran totalmente diferentes entre chorotega y nicarao. La joven chorotega ganaba su dote entregándose mediante retribución a sus pretendientes y la muchacha que tenía más amantes, gozaba de más prestigio; cuando quería casarse, ella misma escogía entre los candidatos. En cambio, los nicarao prestaban gran importancia a la virginidad de la novia, teniendo aquélla que ser probada en el casamiento; la selección de los cónyuges quedaba a cargo de los padres de los jóvenes casaderos de ambos sexos. Por lo demás, parece que las mujeres gozaban por todas partes de una posición social muy respetada, de suerte que había poligamia solamente entre los caciques, y que una mujer podía despedir a su marido en caso de pleitos conyugales. Los jóvenes guerreros se sometían en determinadas épocas a *pruebas de valor* y *estoicismo*, haciendo que se les arrojasen, desde corta distancia, bastones que llevaban en la punta una bola de cera; no debían manifestar, ni por señas ni por gemidos, su dolor, cuando el proyectil tocaba su cuerpo desnudo con toda su fuerza.

La *religión de los nicarao* nos muestra hasta qué alto grado se habían conservado vivas entre ellos las creencias y costumbres de sus congéneres del norte, a pesar de la larga separación. Era todavía la religión de los nahua más antiguos; por consiguiente, a la cabeza de los dioses está Tamagestad, "el sacerdote", es decir, Quetzalcoatl, el creador del mundo y héroe civilizador. Es significativo que otro antiquísimo personaje mexicano muy característico, el dios de la lluvia, es entre los nicarao el hijo del antiguo dios supremo Omeyateyte (Ometecutli), que también aquí, como en México, ocupa un lugar secundario en comparación con Quetzalcoatl. Mixcoutl, el antiguo

dios chichimeca de la caza y de las estrellas, se ha transformado en este este pueblo de mercaderes y guerreros, en el dios de los comerciantes. Los sacrificios humanos, el canibalismo y las penitencias sangrientas desempeñaban en los cultos el mismo papel que entre los azteca. Se colgaba la cabeza de la víctima en un árbol o palo frente al templo y se tenía la creencia de que sólo los caídos en la lucha y los sacrificados podían llegar al cielo de Tamagestad. Durante la fiesta del cacao, se practicaba el juego del "volador"; el hombre que estaba sentado en el extremo del mástil, representaba al dios celeste, mientras que los que volaban, personificaban el rayo, el trueno, el viento y la lluvia, que el citado dios envía. Algunos restos de los dramas religiosos de los nicarao se han conservado hasta el presente en el juego burlesco de los "güegüence". También el calendario que sólo servía para augurios, y la escritura pictórica de los nicarao, dibujada en libros plegadizos de pergamino, habían conservado su carácter septentrional.

Es muy significativo que lo poco que conocemos de la religión de los chorotega, contrasta ostensiblemente con la ideología mexicana. Se nos habla de un espíritu supremo de la naturaleza, en la figura de una mujer hechicera que tenía su sede en el Volcán de Masaya y que exigía sacrificios humanos que se le arrojaban al cráter. Entre los chorotega, la penitencia estaba dedicada a la renovación de los frutos del campo, porque la sangre vertida se regaba sobre mazorcas. Las fiestas se caracterizaban por sus rasgos marcadamente orgiásticos, que faltan en las fiestas mexicanas y que se manifestaban en bacanales tumultuosas y excesos sexuales.

4. *El área cultural colombiana*

Desde Nicaragua hasta el Ecuador se extiende la región de las tribus *chibcha,* de suerte que hubieran podido desempeñar el importante papel de intermediarios entre las culturas maya e inca, si *ellas mismas* hubiesen formado una unidad cultural o política. Pero al contrario, estaban divididas en muchos pequeños grupos de distintos niveles culturales, que, en el mejor de los casos, formaban esta-

dos minúsculos que se hacían la guerra frecuentemente, y que, por tal motivo, eran más bien un obstáculo que un puente para la difusión de la cultura mesoamericana hacia el sur o de la peruana hacia el norte. Sin embargo, se notan fuertes influencias peruanas, principalmente en el arte, hasta Coclé en el centro de Panamá. Aun existían relaciones comerciales directas entre Panamá y El Ecuador, pués en el año de 1513, Balboa supo por conducto de los caciques de los cueva, de la existencia de grandes balsas de vela y del uso que se hacía de las llamas como animales de carga en el norte del imperio incaico. Este tráfico se efectuaba, hasta en los tiempos actuales, por la vía marítima y sin tocar Colombia, porque los manglares infestados de fiebres perniciosas de la costa noroccidental de dicho país impedían el tráfico por tierra. Por la misma vía debe haberse llevado a cabo el frecuente intercambio cultural entre el norte de *Centroamérica* y Perú, porque no llegaron a Panamá ni a Colombia, a pesar de la existencia de colonias nahua muy avanzadas en Nicaragua y Costa Rica, más que muy contados elementos de la alta cultura mexicano-maya. Por otro lado, de la misma región chibcha han irradiado importantes influencias culturales, cuyas huellas pueden seguirse, a lo largo de la costa septentrional de Sudamérica, hasta la desembocadura del Amazonas y hasta las islas más distantes de las Antillas. El oro colombiano-costarricense era el principal vehículo de tales influencias. Entre los pueblos civilizados de América, las tribus chibcha aparecen como los maestros por excelencia de la elaboración de objetos de oro y de la aleación de oro y cobre, de la que eran ellos los descubridores y que, por todas partes, era tenida en casi igual aprecio que el oro mismo. Se conocía esta aleación en todo el territorio del Mediterráneo americano, bajo los nombres de tumbaga, guanín o caracoli. A los chibcha hay que atribuir también la técnica del vaciado de la "cera perdida" y el dorado por medio de jugos vegetales, dos conquistas técnicas que llegaron a extenderse hasta México y el Perú.

Resulta probable que extensas regiones del actual territorio de los chibcha hayan sido ocupadas originalmente por los arawak, tan-

to en Centroamérica como en el este y norte de Colombia. Algunos investigadores creen que hay que considerar a los caquetío como los habitantes primitivos del altiplano de Bogotá; se trata de una tribu arawak que, en la época del descubrimiento, vivía en las islas de Aruba, Curaçao y Bonaire, sobre la costa de Coro y en los llanos al otro lado de la sierra. En el altiplano de Bogotá vivían, en tiempos históricos, los *chibcha,* en el sentido más estricto de la palabra; ellos se llamaban a sí mismos muisca ("hombres"); en cuanto al idioma, se dividían en varios grupos dialectales. Actualmente en el altiplano de Bogotá ya no se habla su idioma, pero todavía sigue usándose en la Sierra Nevada de Santa Marta, entre los arahuaco (que no hay que confundir con los arawak), cuyas tribus, los kágaba e ijca; han conservado también bastante pura la antigua cultura de los muisca. Al mismo grupo pertenecen los andaqui, que antiguamente vivían en el río Magdalena superior, y también tal vez algunas tribus del valle medio del mismo Magdalena (muzo y panche), que han desaparecido ya desde hace mucho tiempo. Otro segundo grupo de los chibcha está formado, según P. Rivet (de quien tomo estos datos), por los *páez* y *pijao,* en la cordillera central, entre el Magdalena superior y el río Cauca, incluyendo a sus parientes —las tribus de los alrededores de Popayán (coconuco, etc.) y en el valle del Cauca (Quimbaya, etc.)—. A ellas seguían algunas tribus que muestran un parentesco lingüístico más estrecho con los chibcha de Centroamérica: en el sur, los *barbacoa,* en la costa; entre los ríos Patía y Esmeraldas, con un ramal, los cara, en los Altos del Ecuador; en el norte, los *tairona,* en las vertientes de la Sierra Nevada hacia el mar Caribe, cuyos descendientes son los chimila. Con los barbacoa que probablemente ocupaban, en tiempos remotos, toda la costa colombiano-ecuatoriana, guardaban parentesco los *cueva,* antiguos habitantes de la región del Darién (al oeste del golfo de Urabá) y de la Zona del Canal, que sobreviven en los actuales cuna; además, los *talamaca* en Costa Rica con los antiguos güetar (en la Meseta Central) y coto (en la costa del Pacífico), y los modernos bribri, térraba, boruca, etc.; finalmente, los *guatuso* y *rama*

sobre ambas márgenes del río de San Juan en la frontera de Nicaragua, cuyos antepasados se llamaban corobicí. Los tairona, en cambio, que tienen afinidades lingüísticas con los *guaimí* y *dorasque*, geográficamente forman el puente entre los cueva y talamanca. W. Lehmann incluye también en la lista de los chibcha, en el sentido más amplio de la palabra, las tribus selváticas del oeste de Nicaragua (ulva, sumo y matagalpa) y del norte de Honduras (paya y jicaque); sin embargo, se trata en este caso de una conjetura no comprobada todavía. También son de origen desconocido los *misquito* (mosquito), o sea una tribu que, según sus tradiciones, había venido de la costa del Pacífico de Nicaragua y que, desalojada por invasores septentrionales, se trasladó al lado atlántico y ocupó toda la costa; aquí los mísquitos se mezclaron, en la época de los filibusteros, con los blancos y negros; se entregaron a la piratería y saquearon todas las costas del Caribe hasta Belice, Jamaica y Panamá.

La expansión de los chibcha desde su patria original en Colombia hacia el sur y el norte, está probablemente relacionada con la inmigración de los caribe, que avanzaron desde Venezuela a la cuenca del Magdalena, donde todavía hoy una de sus tribus, los motilón, que vive en el suroeste de la laguna de Maracaibo. En la época del descubrimiento, los españoles llamaban "caribe" también a aquellas tribus de la costa septentrional de Colombia que se diferenciaban de los pueblos civilizados de lengua chibcha por el uso de cerbatanas y veneno para flechas, así como por sus bárbaras costumbres guerreras (caza de cabezas y canibalismo), a pesar de que por su lengua no pertenecían a dicho pueblo. En cierto sentido, pueden incluirse también entre estas tribus a los *chocó*, grupo lingüísticamente aislado, que, en la región del río Atrato y costa noroccidental de Colombia, se introdujo como una cuña entre los chibcha. El puesto más avanzado de la alta cultura del noreste, está formado por los *timote*, igualmente aislados, cuyas numerosas tribus ocupaban la cordillera desde Mérida hasta el lago de Valencia.

No hay país alguno de América que haya sido saqueado tan despiadadamente como la región de los chibcha, donde los españo-

les cargaban barcos enteros con el oro arrancado de las manos de los indios; sin embargo, los hallazgos arqueológicos de joyas de oro que de Colombia, Panamá (en mapas antiguos, ambos países se llaman Castilla de Oro) y Costa Rica ("la costa rica de oro") han encontrado su camino hasta los museos, superan todavía a los del imperio incaico, en cuanto a cantidad y valor artístico. La importancia de los hallazgos de cerámica y antigüedades líticas queda un poco relegada a segundo término frente a tales tesoros; sólo en la región antigua de los tairona y andaqui existen construcciones de piedra en mayores cantidades.

Pueden distinguirse en la región chibcha siete diferentes zonas arqueológicas, de las que algunas tienen entre sí afinidades algo más estrechas.

En el norte, la *Cultura de la Meseta Central de Costa Rica* en la región de San José y Cartago, al sur de la cordillera central y su vertiente hacia el Atlántico, está íntimamente relacionada con la *Cultura de Chiriquí,* cuyos sitios arqueológicos están ubicados en los llanos de Térraba y Chiriquí, en la costa del Pacífico. La cultura de la meseta posee, como la de los chorotega, *montículos* agrupados alrededor de patios y revestidos con una cubierta de piedra, que llevan en su plataforma grandes figuras de piedra, mejor talladas que las de los chorotega. Se acostumbraba sepultar a los muertos en *sepulturas rectangulares,* cuyas paredes se encuentran construídas en parte con lajas, en parte con cantos rodados. En su interior, se hallan esqueletos en posición extendida o montones de huesos. Estos entierros se encuentran bien en túmulos artificiales o en medio de restos de las antiguas aldeas, que consisten en cimientos circulares de chozas. Sobre ellas se colocaban, en posición vertical, grandes lápidas cuadrangulares u ovaladas, dentro de un marco de figuras de monos o pájaros, artísticamente cinceladas.

De otras antigüedades cabe mencionar: piedras de moler con cuatro soportes y superficie rectangular deprimida, que casi siempre tienen la figura de un jaguar; suntuosos sillones con asiento circular y pie calado o compuesto de cariátides; figuras humanas que fre-

cuentemente sostienen cabezas-trofeo, y otras piedras que representan nada más que tales cabezas-trofeo.

La cerámica es relativamente sencilla, en contraste con la de los chorotega, prefiriendo decorados plásticos que se aplican sobre los tres soportes mamiformes, así como en el cuerpo y cuello de la vasija, y que se derivan de figuras de animales fuertemente estilizados (como armadillo, caimán, tiburón). También los dibujos aplicados en pintura representan derivaciones del motivo caimán. En otro grupo de vasijas vemos la "pintura negativa", es decir, se cubrían los dibujos, antes de colorear las vasijas, con una capa de cera; ésta es una técnica altamente desarrollada en Perú (recuay), Ecuador y Colombia, y seguramente tiene su origen en dichos países.

En cuanto a las joyas de oro, que se encuentran a veces en grandes depósitos y que el comercio había hecho llegar hasta la región de los maya (Chichén Itzá), se trata casi siempre de grandes pectorales en forma de águilas, murciélagos, lagartijas o arañas, que rematan hacia abajo en un filo como de hacha.

Otro segundo grupo de culturas precolombinas se compone de ols hallazgos arqueológicos de *Coclé* por un lado, y Cartago, Manizales y otros lugares en el *valle del Cauca* superior (Colombia Occidental) por otro; entre ambos ocupan probablemente un lugar intermedio los hallazgos del río Sinú (Colombia Septentrional), hasta ahora poco conocidos. Las estrechas relaciones entre estas tres regiones se manifiestan principalmente en las *joyas de oro*, que representan lo más precioso y más perfecto que se conoce en la América indígena, tanto técnica como artísticamente. Los objetos que Coclé y el valle del Cauca tienen en común, incluyen yelmos con ornamentos repujados, narigueras (que no existen en Chiriquí) de alambre, vaciado macizo o hueco, que frecuentemente muestran diminutas filigranas o superficies granulosas; grandes discos con representaciones repujadas, que se cosían a las ropas; sartas de cuentas macizas o huecas y, finalmente, colgantes en forma de figuras humanas o animales. Del valle del Cauca proceden figuras humanas huecas (vaciadas a la "cera perdida") de un realismo extraordinario, que alcanzan

una altura de 30 centímetros; botellas, cascabeles con mango largo y alfileres, cuyas cabezas forman figuritas de oro macizo. Coclé se distingue principalmente por una encantadora combinación de oro con piedras preciosas: varitas auriculares de piedra engastadas por ambos extremos en tubitos de oro, orejeras en forma de carrete de piedra con ribetes de oro y, finalmente, colgantes figurativos, en los que el cuerpo es de cuarzo, serpentina o ágata, y la cabeza, así como las extremidades, de oro. Además presenta Coclé, en los mencionados discos de oro para vestidos y colgantes tallados en huesos de ballena o costillas de manatí con figuritas fantásticas de caimán, un estilo muy peculiar del decorado que recuerda las culturas más antiguas del Perú (especialmente de Chavín).

Las sepulturas, de donde proceden todas estas preciosidades, muestran tipos muy distintos en Coclé y el valle del Cauca. Los de Coclé son fosas de forma rectangular u ovalada con enterramientos colectivos o individuales; en el primero de estos casos, se trata de sepulcros de príncipes; el muerto estaba sentado en el centro de la fosa en un banquito de madera y en su derredor yacen, boca abajo, los esqueletos extendidos de los sirvientes y mujeres que tuvieron que seguirle en la muerte. En cambio, en la región del Cauca, existen en la cima de una loma y sobre el filo de un cerro, profundos pozos verticales o inclinados que conducen a la tumba que se encuentra en un socavón lateral y cuyas paredes están cuidadosamente alisadas y pintadas a colores o cubiertas de lápidas esculpidas. Semejantes "bóvedas" fueron encontradas por los españoles en la región del río Sinú.

También con respecto a su cerámica, Coclé y el valle del Cauca acusan diferencias. Allá encontramos vasijas, cuyas pinturas policromadas sobre fondo claro muestran figuras de animales o espirales y cuyo elegante estilo recuerda la antigua cerámica cretense de "Karamés"; acá vemos sólo raras veces dibujos en pintura y con más frecuencia decoración grabada. Las vasijas que se hallan en Manizales o Anserma, están cubiertas con motivos de tipo grabado que recuerdan el decorado de escudillas de madera. De esculturas de barro sólo hay burdas figuras humanas modeladas de un modo primitivo.

108. Frasco de oro de los quimbaya. Antioquía, Colombia.

109. Casco de oro de los quimbaya. Colombia.

a b

110. Vasijas figurativas de barro, representando deidades de los chibcha (a la derecha, la diosa Bachue), encontradas en Guatafita y Suesca, respectivamente. Lo más significativo es el rico adorno que imita joyas de metal: las tiaras (en *b*, con una cresta guarnecida de cascabeles, colocada al través en la cabeza); el collar con discos de oro *b)*; las bandoleras cruzadas sobre el pecho, compuestas de sartas de laminitas de oro *a)*, así como la enorme nariguera en forma de lámina, sujetada en un agujero de la nariz. Entre los chibcha, la cerámica estuvo muy influída por la técnica metalúrgica, por lo que se explica el estilo de representación de los ojos, la boca, la nariz y los brazos, que recuerdan alambre de oro aplicado por medio de la soldadura. (Originales en el Museo de Etnología de Berlín.)

111. Indios talamaca frente a su choza. (Según una fotografía en el Museo de Etnología de Leipzig.)

112. Indios kágaba, de Colombia. El hombre de la izquierda sostiene la calabacita con sal y la varita para la preparación de la coca. (Según una fotografía de K. Th. Preuss.)

113. Indio de Otávalo, ciudad de la antigua región de los cara, en el Ecuador. (Según Stübel y Reiss.)

114. Estatua de piedra de San Agustín, Colombia. (Según una fotografía de K. Th. Preuss.)

En algunos sitios arqueológicos de la provincia de Coclé se hallan largas filas de pilares de piedra, que alcanzan una altura de seis metros y que forman corredores o circundan patios, y que presentan a veces toscas figuras humanas.

En una escala mucho más amplia, se aprovechó la piedra para fines arquitectónicos en la antigua *Cultura de Santa Marta*. En la planicie de la costa del Caribe, donde los ríos llevan agua solamente en tiempos de lluvia, se construían grandes tanques con paredes de fábrica y se encauzaban los lechos de los ríos con murallas de piedra, para evitar la erosión en las orillas por las avenidas de la corriente. Las aldeas estaban comunicadas por calzadas hechas con tejos profundos en las laderas de los cerros y que atraviesan los arroyos sobre puentes y los barrancos sobre diques, ambos de piedra. Estas calzadas tienen un ancho hasta de tres metros, estando perfectamente empedradas y en muchos sitios bordeadas de losas; en lugares de mucho declive, forman escaleras. Algunos de los antiguos paraderos cubren varios kilómetros cuadrados de terreno, abarcando cientos de terrazas bajas ribeteadas de piedras, sobre las que se levantaban antiguamente las casas. A veces los solares están señalados por un círculo de grandes lajas en posición vertical, que tienen dos entradas opuestas y que, antiguamente, según J. Alden Mason, circundaban una casa de varones o un templo.

Se sepulta a los muertos en sepulcros en pozo, entierros en cista o grandes urnas, formando estas últimas verdaderas necrópolis de sepulturas secundarias. Entre las ofrendas funerarias ocupan el primer lugar los utensilios de piedra; al lado de objetos más sencillos para el uso diario (piedras de moler en forma de artesa, piedras para fondear redes, hojas de hacha, etc.), se hallan hachas monolíticas parecidas a las que han sido encontradas en el sureste de Norteamérica, en las Antillas y en Nicaragua, y macanas con empuñaduras artísticamente decoradas, que recuerdan las mazas de piedra o hueso de la costa noroccidental de Norteamérica. En las urnas funerarias se encuentran por millares las cuentas tubiformes de caracol, ágata,

cuarzo o pizarra, las que probablemente no tenían el carácter de adornos, sino más bien el de amuletos o monedas. Como pectorales se usaban láminas delgadas de piedra ("placas sonoras"), que se derivan de la figura estilizada de un ave con alas abiertas.

En la misma región, las joyas de oro (pectorales, anillos, narigueras y colgantes) ocupan un lugar menos prominente, aunque también acusan un trabajo exquisito, sobre todo los magníficos pectorales en forma de hombre con máscara de águila, que, en su extremo inferior, rematan en un filo a manera de hacha como los de Costa Rica. La *cerámica* carece por completo de decoración pintada en colores; en su lugar, las vasijas tienen decoraciones grabadas o en pastillaje; además, las vasijas tienen siempre cuatro pies, en vez de tres, y no hay figuras de barro, solamente flautas en forma humana o de animal.

Algunos elementos de la cultura de Santa María —las cuentas de piedra, las placas sonoras, las vasijas tetrápodas— se presentan también entre los hallazgos que se han hecho en el extremo este del lago de Valencia (Venezuela), en túmulos con sepulturas en urna.

En el altiplano de Bogotá han sido descubiertos solamente muy pocos restos de construcciones de piedra, pero en cambio, con mucha más abundancia, objetos de piedra, barro u oro. Los muertos eran enterrados en cuevas o sepulcros en pozo, en el primero de los casos en forma de momias, en el último, en forma secundaria (como bultos de huesos) en grandes urnas de barro. Entre las ofrendas funerarias hay muchos *objetos de oro* que, sin embargo, no alcanzan ni con mucho la fina calidad de los productos metalúrgicos de las otras tribus chibcha; son pectorales, narigueras y figuritas. Estas últimas han sido formadas de un pedazo de lámina de oro en forma de un triángulo oblongo, sobre el que todos los detalles están marcados por medio de alambre de oro sobrepuesto con soldadura; ciertas figuritas han sido repujadas sobre un troquel de piedra. Las otras joyas muestran adornos semejantes.

También la *cerámica* sufrió la influencia de esta técnica de trabajar el oro; por consiguiente, las facciones del rostro y las líneas de los vestidos de los vasos-efigie están hechas de delgados rodetes de barro, que semejan el alambre de oro aplicado con soldadura. Además hay jarras, en cuyo cuello está pintada, en delicadas líneas, una cara o una lagartija partida en dos.

En el último rincón del valle del Magdalena, entre las cordilleras central y oriental, se presenta en los albores de la prehistoria de Colombia, cual una roca errática, la *Cultura de San Agustín*. Es la única que ha producido *monumentos megalíticos* en toda la región de los chibcha; cámaras cuadradas de enormes bloques de piedra sin labrar y puestos de canto, techadas con lápidas que alcanzan dimensiones de tres por cuatro y medio metros; ataúdes gigantescos tallados de una sola mole de piedra con tapaderas esculpidas, así como numerosas altas estatuas de andesita o basalto que representan figuras humanas o animales y que revelan, a pesar de toda su rigidez arcaica, una gran maestría en el arte de la escultura. Las cámaras, abiertas por un lado, están cubiertas de tierra o también algunas veces medio enterradas; se usaban como adoratorios, porque contienen una estatua principal y otras dos secundarias, que ocasionalmente están sustituídas por figuras grabadas o bajorrelieves sobre las lápidas que forman las paredes. No cabe duda que estos monumentos son los representantes de una cultura de larga duración y respetable antigüedad, pues así lo prueba el paulatino perfeccionamiento en la producción plástica de las estatuas, junto con el parentesco de las formas arquitectónicas y plásticas con las producciones de las culturas más antiguas de Mesoamérica y el Perú (premaya y Chavín). De los detalles de las figuras representadas en las estatuas se desprende que ya se conocía en aquella época el vaciado de oro y que la indumentaria se concretaba a lo más indispensable. Las figuras se refieren a dioses lunares y terrestres, dioses del agua y del viento, dioses solares y héroes civilizadores, es decir, un panteón que nos habla de una religión ya altamente desarrollada. Recientes hallazgos demuestran que la cultura de San Agustín cubría un área mucho más extensa que

la limitada zona central que K. Th. Preuss pudo estudiar en los años de 1913 y 1914.

No sería posible, naturalmente, querer explicar las grandes diferencias entre las distintas zonas arqueológicas de la tierra de los chibcha, que ya saltan a la vista en esta breve sinopsis, por evoluciones específicas de cada localidad o por influencias externas de diversa índole, sino que éstas se deben a otras poblaciones distintas que habían sido absorbidas por los chibcha. Desgraciadamente, no sabemos nada acerca de la posición cronológica de estas culturas precolombinas, aunque en algunos casos podemos constatar, mediante la comparación con las crónicas españolas, que los hallazgos representan en lo esencial el arte de los distintos grupos chibcha en la época del descubrimiento. La excepción es la cultura de San Agustín que, en el año de 1538, cuando los españoles invadieron la región, ya había desaparecido. De manera que es la arqueología la que nos fija los contornos de nuestra *encuesta etnográfica.* Los objetos arqueológicos de la meseta central de Costa Rica y de la provincia de Chiriquí deben atribuirse a los *talamanca* (güetar y coto-térraba); los hallazgos de Coclé a los guaimí o los cueva; los del Valle del Cauca, a los *quimbaya* y sus vecinos; los de la provincia de Santa Marta a los *tairona;* y los del altiplano de Bogotá a los muisca o chibcha en el sentido estricto de la palabra. Tal vez podemos considerar a los *páez* como creadores de la cultura de San Agustín. Empezaré mi encuesta con el grupo más septentrional, al que pueden agregarse los actuales indios selváticos de Nicaragua y Honduras.

Aunque las tribus chibcha modernas ya no poseen las aptitudes técnicas ni artísticas de sus antepasados y a pesar de haber descendido nuevamente, en su gran mayoría bajo la presión de las circunstancias, al nivel de indios selváticos seminómadas, podremos valernos de muchos importantes rasgos de su cultura actual para completar el muy imperfecto cuadro que nos proporcionan las antiguas informaciones etnográficas. Han sido, naturalmente, las condiciones económicas las que han sufrido las alteraciones más radicales. En tiempos antiguos, también el lado atlántico de Costa Rica, que hoy día no

es más que una vasta región selvática, estaba cubierta de plantíos de maíz y cacao; sus habitantes tenían, cosa muy rara en América, hasta un animal doméstico de gran tamaño: el tapir que se criaba para aprovechar su carne. Los talamanca actuales son, en cambio, más bien cazadores y pescadores que, además, se dedican en mayor escala al cultivo de árboles frutales (palma pejivalle y plátano) que al del maíz que les proporciona en primer lugar la chicha (cerveza de maíz). Sus armas de caza son arcos y flechas del tipo sudamericano, es decir, sin emplumado ni puntas de piedra; ambas son conocidas todavía entre las tribus del este de Nicaragua y norte de Honduras. También se encuentra en Costa Rica la cerbatana con balas de barro para la caza de pájaros.

El tipo de casa no ha cambiado casi nada desde los tiempos antiguos, porque ya los güetar poseían, como lo comprueban los hallazgos de cimientos de casa, habitaciones redondas que se parecían probablemente al "palenque" de los talamanca modernos, o sea una vivienda redonda u ovalada con techo cónico, que llega hasta el suelo, rebasando el octágono de postes que lo sostienen. Entre los guatuso, la casa consiste, probablemente como consecuencia de una evolución retrógrada de la tribu que tuvo que refugiarse en las sélvas, únicamente en un cobertizo con techo inclinado sin paredes laterales, frente al cual se levanta algunas veces otro de la misma construcción. Antiguamente había palafitos en la costa del Pacífico (río Tárraba) y todavía hoy día se encuentran entre los mísquito.

La influencia sudamericana en la cultura talamanca queda manifiesta en el uso de la *hamaca* y en la *indumentaria de lienzo de corteza*, que ya mencionan los antiguos relatos. Esta indumentaria consiste en bragueros, faldas, camisas, ponchos y capotes; sin embargo, también se conocían trajes de algodón, principalmente entre los güetar y coto, que gozaban de mucha fama como tejedores y teñían sus telas con la tinta del caracol múrice. Los hombres güetar se recogían el cabello en trenzas, mientras que las mujeres lo llevaban corto. Se menciona el tatuaje entre los coto antiguos, así como entre los bribri y sumo modernos. En el *aplanamiento craneano* de los

sumo y ulva, así como en la *deformación dental* de los guaimí, tenemos que ver probablemente elementos de la cultura septentrional. Colón vió, en su cuarto viaje, las *águilas de oro*, que ya mencionamos entre los hallazgos arqueológicos, como pectorales de los habitantes de Cariay (hoy Puerto Limón); es decir, en la región de los güetar. Los guaimí las llevaban todavía en tiempos recientes, aunque las guardaban cuidadosamente como reliquias de familia.

Para conseguir algodón, oro y esclavos, los güetar se dedicaban a un comercio intenso, valiéndose de tapires, resina de copal y sartas de perlas finas como moneda. Sin embargo, casi siempre reinaba un estado de guerra en el país, que se dividía en varios estados pequeños, de los que uno, el del cacique Garabito, era lo suficientemente poderoso y estable para oponer resistencia aun a los españoles. También de los coto se decía que eran buenos guerreros; esta tribu vivía sobre lomas, en aldeas fortificadas por medio de empalizadas, usaban lanzas de madera dura y oscura de palmera y se protegían con escudos de piel de tapir. Los güetar usaban hondas, contra cuyos proyectiles ni aun las armaduras de hierro de los españoles protegían gran cosa; parece que poseían corazas acolchadas, de algodón, como los pueblos civilizados septentrionales.

Debido a las guerras continuas, la jefatura entre los güetar ya tendía, en la época del descubrimiento, a transformarse en un principado despótico como entre los chibcha meridionales. El cacique tenía a su lado a los nobles. Las mujeres y niños, capturados en la guerra, eran reducidos a la *esclavitud*, mientras que los hombres eran sacrificados durante una fiesta que se celebraba mensualmente. Cabe suponer que la *organización* tribal antes de esta evolución hacia el absolutismo y feudalismo, era análoga a la de las tribus modernas. Los talamanca y guaimí se dividen en clanes que se agrupan en dos "mitades", rigurosamente exógamas y matrilineales (también la deidad creadora de los bribri es un personaje femenino). Entre los sumo y mísquito, cada clan reconoce un animal por su tótem que se representa en la conmemoración fúnebre por medio de danzas de máscaras. Entre los sumo, antes de casarse el pretendiente tiene que some-

terse a pruebas de valor y estoicismo. Entre los guatuso se observa la "covada". A una mujer menstruante o a una parturienta se le asila y solamente puede ser purificada por medio de un acto mágico de parte del brujo, que ahora como antes goza de gran prestigio entre todas estas tribus.

Lo que sabemos de la antigua religión, hace suponer que predominaba en ella la *influencia septentrional*, porque así lo indican las pirámides o, mejor dicho, plataformas que servían de base para templos, que han sido encontradas en la región de los güetar y que mencionan las crónicas entre los coto; la autosangría, hecha en los órganos genitales, que los quaimí practicaban; su creencia en una previa creación imperfecta del hombre y en una colaboración del dios del viento y de los cerros Nabú (= ¿Quetzalcoatl?), en la actual; finalmente, su idea de que el camino al inframundo pasaba por varios ríos anchos que sólo podían atravesar aquellos muertos que estaban pintados conforme a los mandamientos, mientras que los bribri modernos dan al muerto un perro rojo para que lo acompañe. En cambio, son rasgos sudamericanos la flagelación mutua de los participantes de una fiesta entre los guaimí y la bramadera que usa el brujo de los guatuso. Las trompetas de caracol y los tambores de mano con parche en un solo lado, o sean los principales instrumentos de música de los bribri y mísquito, pueden considerarse tanto de procedencia mexicana, como sudamericana.

También con respecto a los tipos de sepulturas, se continuaba ateniéndose a las costumbres meridionales. Colón encontró en Cariay casas sepulcrales con momias de caciques, sobre las que estaban colocadas unas tablas con figuras humanas o animales tallados. Los talamanca y guaimí modernos colocan los cadáveres sobre plataformas hasta su putrefacción, para limpiar después los huesos y sepultarlos en el cementerio de la familia. El entierro en cista, que predomina entre los hallazgos arqueológicos, perdura aún hoy día entre los guatuso en una forma atenuada.

El segundo grupo de pueblos chibcha se compone de los antiguos habitantes de las provincias de Coclé y Darién (Panamá), así como

de las regiones de los ríos Atrato y Cauca, entre los que los *cueva* y *quimbaya* son los que más se destacan. Pueden incluirse entre ellos algunas tribus "caribe", de procedencia desconocida, que se habían asimilado a ellos y cuya permanencia en el valle del Cauca ha dejado huellas bien visibles. Los representantes modernos de los dos mencionados estratos étnicos, es decir, el más antiguo y el más reciente, son los *cuna* y los *chocó*, que, en años recientes, han sido estudiados principalmente por Erland Nordenskiöld. Todos estos pueblos eran *cultivadores*, sembrando, además del maíz, una especie de mandioca no venenosa, batatas y yucas. Con los granos del maíz, después de hacerlos germinar en agua, se preparaba la chicha por medio de su cocimiento; además, se hacía una especie de vino del jugo de palmeras o de frutos de árboles. El narcótico más acostumbrado era la *hoja de coca*, que se mascaba en el valle del Cauca (como todavía hoy entre las tribus colombianas modernas), con cal que se guardaba en una cajita cerrada, de calabaza, de donde se sacaba por medio de un palito humedecido. Las tribus de Panamá conocían, ciertamente, también el *tabaco* en forma de enormes puros, pero éstos no se fumaban, sino que sólo se inhalaba el humo que un muchacho soplaba a la cara de los participantes de fiestas.

En Panamá, se cazaban ciervos y jabalíes por medio de redes, trampas u hoyos-trampa, loros con lazos que se hacían en el extremo de una varita que era manejada por el cazador escondido detrás de las hojas de un árbol. Para la *pesca fluvial*, se utilizaba un método que se parece a la caza con redes, en cuanto también se hacen huir a los pescados hacia algún obstáculo (una estera), para que caigan en la canoa. También se pescaba con redes y anzuelos. En el golfo de San Miguel, se practicaba la pesca de perlas en gran escala. *Arcos* y *flechas* eran en Panamá exclusivamente armas para la caza, y en el valle del Causa sólo los conocía la población más reciente, o sea la inmigrada. La *cerbatana* de los chocó modernos consiste en dos mitades de una caña, unidas herméticamente con caucho, y con las que se lanzan dardillos que han sido preparados no con veneno vege-

tal, como en el resto de Sudamérica, sino con la secreción de las glándulas de un sapo (bufo marinus).

Las habitaciones eran chozas de techo cónico, con paredes verticales de caña y techos altos de palma o paja con mucho declive, cuya cúspide llevaba, entre los cueva, una olla de barro.

Entre varias tribus del valle de Cauca solían construirse enormes casas redondas para el clan, con techo cónico y varios círculos concéntricos de postes en el interior, entre los que separaban tabiques de zarzo los compartimientos para las familias. Entre los cueva se usaban indistintamente *catres* y *hamacas*, de los que los primeros representan probablemente la forma más antigua; las hamacas se hacían de algodón. Otra planta industrial importante de los cueva era una musácea (heliconia) de la que eran aprovechadas casi todas sus partes: las hojas servían para techar las casas y hacer capotes de lluvia, los tallos para hacer canastas con tapaderas, y las fibras para fabricar costales en que se transportaba la sal. Era la *sal* un producto que los cueva extraían, durante el verano, de las costras de pantanos salitrosos desecados o del agua de mar, mientras que los quimbaya la obtenían de manantiales salinos. La sal era uno de los principales artículos comerciales, junto con el maíz, pescado, oro, perlas, mantas y ollas.

Con sus *canoas de un solo tronco*, que izaban velas de algodón y tenían a veces cabida para más de setenta hombres, los cueva emprendían largos viajes por mar. El transporte por tierra se llevaba a cabo con "balancines", sostenidos en equilibrio sobre un hombro; utensilio que por otro lado sólo se encuentra en América en el noroeste de México.

Casi no se usaba indumentaria, limitándose entre los cueva y sus vecinos a un portapene, hecho de concha, oro o palma; en su lugar se usaba durante las fiestas un pequeño delantal de cuero, decorado con plumas o con dientes de perro, partidos en dos (como se vió en un hallazgo de Coclé). También formaban parte del traje festivo o eran distintivos de rango, largos capotes sobre los que se cosían discos de oro. Entre las mujeres cueva, el largo de la falda

indicaba el rango. Antiguamente era desconocida la ropa para cubrir el cuerpo de la cintura para arriba; hoy día, las indias cuna llevan blusas cortas a las que aplican, sobre fondo rojo y con tiras de tela de color, bonitos dibujos (figuras humanas o animales estilizados). Parece que también en el valle del Cauca la gente andaba casi siempre desnuda, pues así lo indican las figuras de oro o barro; sin embargo, las crónicas mencionan taparrabos y paños de caderas que el sector más antiguo de la población fabricaba con lienzo de corteza, y el más reciente de algodón. Más bien como adorno que como prenda de vestir y correspondiendo evidentemente a los cinturones de corteza inflexibles de Amazonia, está el sostén-busto o corsé de las mujeres, del cual nos hablan las crónicas. Para arrancar el *pelo del cuerpo*, utilizaban en el oeste de Panamá y de Colombia, como en el Perú, unas pinzas de oro o concha. Las tribus del Cauca aplicaban al cuerpo dibujos de color mediante sellos planos de barro o rodillos. El *tatuaje* se practicaba en la región de los ríos Atrato y Sinú y entre los cueva, siendo entre estos últimos un distintivo para los rangos, porque se tatuaba a los hombres libres solamente de la boca y orejas para abajo, mientras que a los esclavos se les cubría todo el rostro. En el valle del Cauca las orejeras comunes no eran bodoques como en Panamá, sino pequeños anillos en el borde exterior de la oreja, o alambre de oro con que se envolvía todo el borde de ella, después de desprenderlo (como en el sureste de Norteamérica). Aparte de las narigueras, se usaba en la región de Cali un adorno en los *lóbulos de la nariz* que consistía en clavos gruesos de oro, torcidos en espiral. Ya se hizo mención de otras ricas joyas de oro. Todavía en tiempos de Lionel Wafer (1700), los cueva andaban sobrecargados de collares, cuyo peso llegaba entre las mujeres a 13.6 kilos, mientras que los hombres cargaban hasta el doble. Estas sartas se componían, en el Darién, de pequeños discos de concha blanca, llamados chaquira, y en Coclé, de dientes de perro, jabalí o tiburón.

Parece que los jefes de los pequeños estados de la región de Panamá, gozaban ya de un poder más o menos absoluto. Se llamaban saco o queví; tenían numerosas mujeres y un gran séquito; se

hacían llevar por sus esclavos en hamacas que colgaban de una vara, y tenían una especie de "blasón", con que marcaban también a sus esclavos y sus utensilios. Entre los cueva, los guerreros más destacados constituían la *casta noble* de los cabra, a la que el jefe cedía tierras en calidad de feudos. Había numerosos esclavos, de los que una buena parte desempeñaban trabajos femeninos en las casas, y que también por otros aspectos se portaban como mujeres. También la prostitución femenina estaba generalizada. El único impedimento matrimonial consistía en la consanguinidad demasiado próxima, aunque no eran raros los matrimonios hasta con hermanas y sobrinas. Durante la ceremonia nupcial entre los indios cueva, como lo ha descrito Wafer, los dos padres tenían a su cargo el papel principal; los convidados debían trabajar una semana para desmontar un pedazo del bosque para los recién casados y levantarles una casa. La esterilidad era motivo de venta o trueque de la mujer, a pesar de lo cual los abortos provocados eran relativamente frecuentes, porque las mujeres casadas no querían tener hijos pronto. Después del parto, los recién nacidos eran atados a un porta-niños de madera que tenía, según un hallazgo hecho en Coclé, la forma de artesa. Entre los cueva, el hijo mayor era el *heredero* de bienes y rango; entre las tribus del Cauca, lo era el hijo de la hermana. En caso de un *delito*, los mismos jefes de los cueva se encargaban de ejecutar la sentencia, si el criminal pertenecía a la casta de los nobles, matándolo con un golpe de maza.

Las crueldades que las tribus del Cauca acostumbraban cometer en la *guerra*, comiéndose a los enemigos caídos en la lucha y colgando sus cabezas en altos postes de bambú en la plaza de entierros y fiestas, tal vez fueron introducidas por la capa más reciente de la población. Debido a las frecuentes guerras, los indios se veían obligados a fortificar sus aldeas. Natá, en la provincia de Coclé, poblado de 1,500 habitantes, se había encerrado en una empalizada de troncos de bambú; y en algunos lugares del valle del Cauca, la plaza de la aldea estaba transformada en fortaleza por medio de parapetos de bambú y plataformas sobre postes que servían de atalayas. Las

armas de combate que se usaban, eran propulsores que tenían un ojal para el dedo índice, y dardos de madera dura de palmera con el extremo aguzado, o de caña de bambú con punta embutida de madera o hueso. Los cueva frecuentemente fijaban al dardo una cápsula agujereada que producía, al ser arrojada, un ruido como aullido. Para la lucha cuerpo a cuerpo, se usaban largas lanzas y mazas en forma de canalete. Corazas acolchadas de algodón se mencionan hasta en la isla de Coíba, en el oeste de Panamá. Los quimbaya, aunque por lo general poco belicosos, organizaban en sus fiestas simulacros de combate, en los que tanto hombres como mujeres luchaban muy seriamente con dardos y propulsores.

Los *juegos de pelota* que mencionan las crónicas en Panamá, son seguramente de origen sudamericano y no mexicano, de igual manera que los enormes *tambores de hendedura* de los cueva, los cuales más bien que instrumentos de música servían para hacer señales.

Los cueva rendían culto, con oraciones y sacrificios, a un dios celeste, el creador del mundo; además se mencionan Dobaiba, diosa de las tormentas, y Tuyra, espíritu maligno. Con más claridad se destaca el culto ancestral practicado especialmente entre las tribus del Cauca. Las crónicas hablan de imágenes ancestrales, de madera con mascarillas que estaban hechas de calaveras con una capa de cera; así como de la costumbre de desollar los cadáveres y de guardar la piel después de rellenarla con ceniza. Los cueva abandonaban simplemente a la intemperie los cadáveres de difuntos comunes; y no solían enterrar a sus jefes muertos (lo que sí se hacía en Coclé), sino disecarlos sobre el fuego y darles sepultura en casas de muertos, como en Costa Rica, Colombia y Perú. Se les adornaba con sus mejores joyas de oro, envolviéndolos luego en numerosas mantas que se cubrían exteriormente con una red. Parece que también los "templos" descubiertos por los españoles en la región del río Sinú, eran tales casas de muertos. Los cueva y quimbaya, como los habitantes de Coclé, hacían también acompañar a los difuntos de gran prestigio por sus mujeres y esclavos. Las crónicas dicen que los brujos de Panamá eran médicos muy hábiles, que se valían, entre otros utensilios,

del "arco de sangrar" que en América se encuentra sólo muy raras veces.

A pesar de que los cuna han estado bajo la influencia del cristianismo desde hace mucho tiempo, su religión conserva todavía numerosos rasgos originales, de suerte que nos puede servir para completar lo ya anotado. Su dios celeste tiene semejanza con los dioses supremos de muchas tribus americanas, por la circunstancia de que, aun habiendo creado el mundo, lo mira con indiferencia, y no recibe por tal motivo sacrificios ni oraciones. Sus subordinados son dioses del inframundo, que tienen a su cargo las lluvias, y héroes civilizadores, con Ibeorgun a la cabeza, que, en tiempos remotos, inventaron las costumbres y ceremonias, e iniciaron a los hombres en la escritura pictórica y medicina, cerámica y orfebrería. Aparte de ellos, hay, sin embargo, todavía numerosos espíritus de la naturaleza, enemigos del hombre, porque le roban el alma mientras está dormido (con lo que hacen peligrar su vida), si el brujo no logra recuperarla por medio de sus espíritus tutelares, que viven en figuras de madera, o mediante una piedra con virtudes mágicas. Los demonios acompañan también al sol y a la luna, cuando estos astros navegan en sus barcos por el cielo. Los muertos que reciben sepultura en las islas coralíferas del archipiélago de San Blas, tienen que hacer frente a numerosos peligros durante el viaje a través de los ocho estratos del inframundo; idea que es típica también para los mexicanos.

Podría pensarse en influencias septentrionales con respecto a su escritura pictórica, de la que los shamanes cuna se valen como ayuda mnemotécnica para la recitación de canciones mágicas. Pero esta escritura de la que parecen hablar ya las antiguas crónicas, se asemeja mucho más a la primitiva norteamericana que a la altamente desarrollada escritura de los mexicanos o maya. Originalmente se dibujaba con pinturas sobre tablas de madera (mientras que hoy se usan lápices de color y papel moderno), consistiendo en largas filas de signos que representan, en forma muy simplificada, figuras humanas, animales o vegetales, casas o cuerpos celestes que traen a la memoria los temas de la canción.

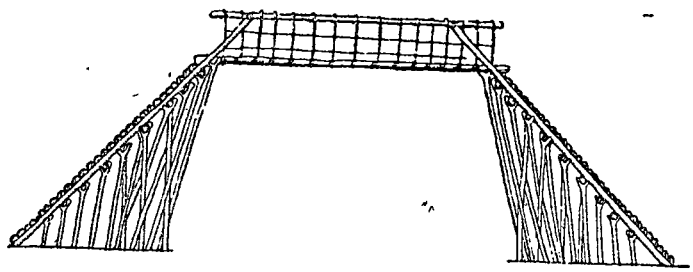
Resulta muy significativo que los chocó tienen todavía hoy más afinidad que los cuna con los pueblos más primitivos de América, en cuanto a sus ideas religiosas. Su dios es un típico héroe mítico con todos los rasgos característicos del astuto cóyote norteamericano o personajes similares sudamericanos; sus espíritus malignos (animara) son las almas de difuntos malos que se posesionan de los vivos, produciendo de esta manera las enfermedades. Para ahuyentarlos, el brujo coloca a los enfermos en una chocita, cuyo mobiliario consiste en tablas delgadas de madera con las efigies de los animara. Cuantos participan en estas ceremonias se ponen ricas joyas de plata y curiosas coronas en las que han clavado unas tablitas de madera, puntiagudas y pintadas. Las jarras de barro en figura humana para usos festivos, causan la impresión de tratarse de una reminiscencia precolombina; los utensilios de uso diario de los chocó no llevan decorado alguno.

Su nivel más alto lo alcanzó la cultura chibcha —no tanto en sentido material o artístico, como con respecto a su vida social y religiosa— en el densamente poblado altiplano de Bogotá que se levanta a más de 2,000 metros sobre el nivel del mar y sólo ocupa un territorio de 600 kilómetros cuadrados. Cuando, en el año de 1538, los españoles llegaron a estas tierras por tres lados casi simultáneamente, sus habitantes, los muisca, estaban agrupados en nueve pequeños estados, entre los que había dos mayores: en el norte, el de "Zaque" con la capital Tunja, y en el sur el del "Zipa", con la capital Muikitá (Bogotá).

En cuanto a su economía, los muisca, como pueblo serráno, tenían mayores afinidades con los peruanos que con sus mismos congéneres. Cultivaban maíz, papas, batatas y quinoa (una especie de quenopodio); trabajaban la tierra con palas de madera y poseían plantíos de algodón o mandioca en los valles más bajos de clima cálido. Los timote, de la cordillera de Mérida, que culturalmente estaban bajo su influencia, conocían también el cultivo sobre terrazas. El extenso comercio de los muisca, que representaba un factor muy importante de su economía, se basaba en la sal que extraían de las aguas salo-

bres de sus salinas, y el oro que lavaban en sus ríos, cuyos productos trocaban por otros de las tierras bajas, principalmente hojas de coca, el indispensable narcótico. No se fumaba el tabaco, sino que los sacerdotes lo comían, como se hace entre los kágaba modernos de la Sierra Nevada de Santa Marta, para producir estados narcóticos. Fueron comerciantes muisca en viaje de negocios quienes llegando a Quito y Santa Marta hablaron de la riqueza de su tierra y dieron motivo a que los españoles se pusieran en marcha para conquistar la región.

Como en el imperio incaico, había *calzadas* con almacenes y casas de alojamiento, puentes para cruzar los ríos y grandes mercados. También algunos pueblos serranos modernos de Colombia, como



43. Puente construído con una armazón de palos. (Según Bolinder.)

los kágaba y páez, conocen todavía algo de la construcción de calzadas y puentes, si bien estos últimos no son colgantes como entre los muisca, sino ingeniosas construcciones de vigas.

Para desarrollar la riqueza de su subsuelo, los muisca empleaban métodos que se parecen mucho a sistemas más modernos; solían extraer esmeraldas de los afluentes de los ríos Meta y Magdalena, dejando al descubierto las vetas ricas en dichas piedras, y desviando los arroyos para que el agua corriera sobre ellas y se llevara el desescombro.

Las *casas* eran chozas de techo cónico y planta circular o rectangular con esquinas redondeadas, paredes de bambú y techo de

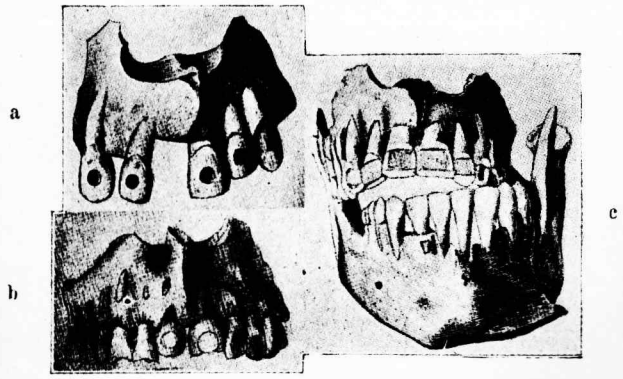
paja, como todavía hoy día las usan los kágaba; algunas veces se las revestía exteriormente de barro y por dentro se tapizaban las paredes con esteras de junco. Se dormía sobre catres de bambú, y para sentarse había banquitos de madera con cuatro patas.

Hombres y mujeres usaban la misma *indumentaria* de algodón: un paño en las caderas y una especie de manta sobre los hombros, que las mujeres fijaban con alfileres; es decir, un modo de vestir peruano que había llegado a difundirse hasta entre los timote. Entre los kágaba, los hombres llevan camisas largas con mangas, gruesas cachuchas de algodón y sandalias de cuero. Las telas, así como los morrales (entre los que hay un costal que usan las mujeres para llevar a sus niños al campo) se hacen no sólo de algodón, sino también de la fibra de agave. El cabello se lleva largo; únicamente los miembros de la nobleza guerrera de los muisca se cortaban el pelo al rape, motivo por el cual se les llamaba güecha ("los rapados"). También las narigueras y orejeras tenían el carácter de distintivos para los príncipes, nobles y sacerdotes. Aunque los españoles hablan del aplanamiento craneano entre los panche, vecinos y enemigos de los muisca, no lo mencionan al hablar de estos últimos.

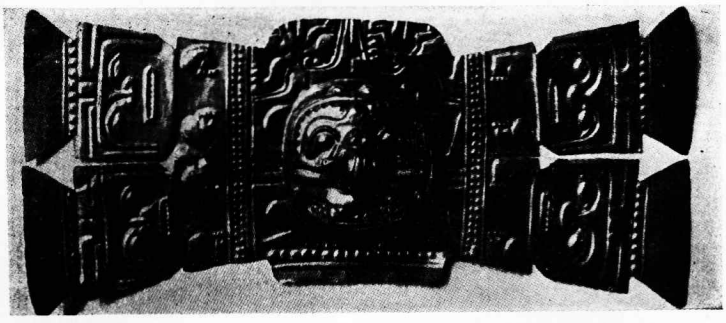
Otro contraste entre estos dos pueblos se nota con respecto a sus *armas*. Los panche tenían arcos y cerbatanas; los muisca propulsores en forma de bastón, con un gancho de piedra, amarrado con hilo, como tope para el dardo, y otro gancho más grande en la empuñadura. Además, se usaban lanzas y mazas. Las aldeas estaban fortificadas con empalizadas de gruesos troncos y alrededor de las casas de los príncipes se levantaban tres cercos de estacas, clavadas en el suelo sobre niños sacrificados, para hacerlos inexpugnables. Los muisca se protegían contra los asaltos de los panche, cuyos ataques esperaban en cualquier momento, por medio de fortalezas sobre los cerros, donde los güecha montaban guardia ininterrumpidamente. A los enemigos muertos, se les cortaba la cabeza para colgarla en casas o templos.

En las tradiciones que tratan de la historia del altiplano de Bogotá, se nota a las claras que ya existía cierta tendencia de acabar con el particularismo de los pequeños estados típicos de las tribus

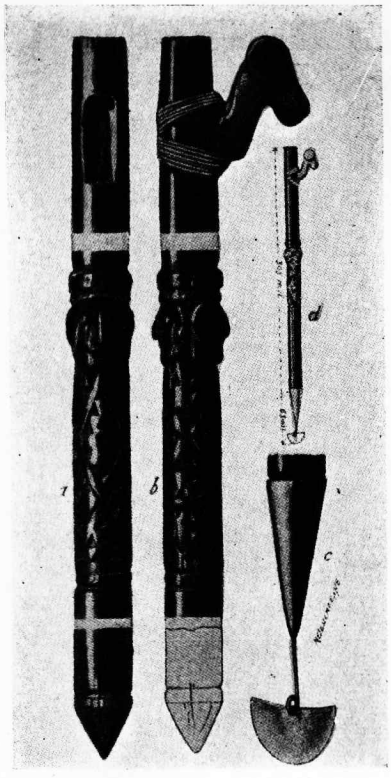
115. *Izquierda:* Asiento de piedra, del Cerro Jaboncillo, Ecuador. *Derecha:* Figura humana de piedra, del Cerro de Hojas, Ecuador. (Según Saville.)



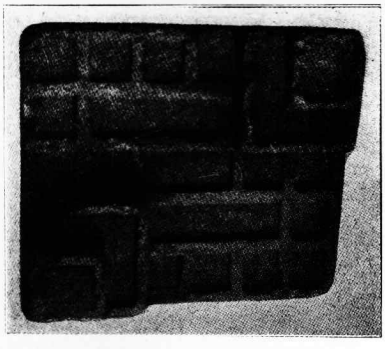
116. Dientes adornados con incrustaciones o chapas. *a.* maxilar superior de Campeche, con discos de turquesa (diámetro: 3 mm.); *b.* y *c.* maxilares de la provincia de Esmeraldas (República del Ecuador), con discos de oro (diámetro: 5 y 6.5 mm., respectivamente), y chapas de oro (tamaño: 5 por 8 mm.). (Según Hamy y Saville.)



117. Pectoral de oro, de la República del Ecuador.



118. Lanzadera de dardos de los cañari (República del Ecuador). Este objeto *(a)* fué encontrado en una tumba cerca de Sigsig. La reconstrucción *(b-d)* se hizo basándose en otros hallazgos de la misma región. (A diferencia de otros modelos, este ejemplar no tiene ningún apoyo para la mano.) (Según Rivet.)



119. Ábaco de piedra, de Caraz, Perú, 2/15 del tamaño natural. (Según Rivet.)

chibcha y lograr la constitución de un estado centralizado. A pesar de que el Zaque y el Zipa tenían que contar todavía con la rivalidad de varios príncipes soberanos, entre los que el más poderoso era el cacique de Iraca, llamado Sogamoso, ya los habían relegado a un lugar secundario. Estos dos príncipes estaban comprometidos, desde algún tiempo antes, en una lucha por la supremacía, en la que la victoria se estaba inclinando hacia el lado de Thisquesuza, último príncipe de Muikitá, cuando aparecieron los españoles. En la guerra contra éstos, cayó Thisquesuza. Anteriormente, el Zaque tenía la supremacía. Su título de soberano se fundaba en *razones religiosas*, porque se le consideraba como la encarnación del dios solar, mientras que el Zipa y el Sogamoso se consideraban como encarnaciones de la diosa lunar. También el cacique de Guatavita, a quien el Zipa ya había sometido, se decía descendiente de uno de los dos cuerpos celestes, se cubría todo el cuerpo, durante la ceremonia de su toma de posesión, con polvo de oro; se bañaba y ofrecía sacrificios después en el lago de Guatavita, lo que dió origen a la leyenda de "El Dorado". Esta justificación de la dignidad soberana es característica de todos los pueblos civilizados en la región andina. A esta idea se debía el riguroso ceremonial que prohibía, por ejemplo, a los súbditos del Zaque y del Zipa, mirar la cara a su príncipe, o que concedía a éste el privilegio de hacerse transportar en una litera o ponerse vestidos o joyas especiales, como trajes con cola, discos pectorales de oro, etc.

K. Th. Preuss y H. Trimborn han demostrado que los principios de este desarrollo son todavía hoy claramente reconocibles entre los kágaba, que no establecen distinción alguna entre sacerdotes y jefes. En la época de las fiestas, cuando se junta la gente, que por lo regular vive dispersa, alrededor de los "templos" que simultáneamente sirven de clubes para hombres, los "mama" o sacerdotes son soberanos absolutos. Su superioridad económica estriba en la posesión de la mayor parte de las tierras, que las viudas de la tribu trabajan para ellos. Su influencia se extiende hasta la vida privada, porque es de su incumbencia resolver todos los pleitos y el castigo de todos los delitos.

Hay muchos rasgos que comprueban que la autocracia de los príncipes muisca también se deriva originalmente de su posición sacerdotal. El Sogamoso era todavía un verdadero príncipe-sacerdote; su riguroso y prolongado aislamiento y la educación especial que recibía el presunto sucesor del Zipa o del Zaque corresponden exactamente a los de los jefes-sacerdotes de los kágaba. También entre los muisca, toda la jurisdicción estaba en manos de los jefes de menor o mayor rango. En todo el territorio del Zipa, un jefe subalterno representaba la autoridad judicial suprema y, como ocurre comúnmente en estados autócratas, condenaba a penas muy severas, casi siempre a la de muerte. Se acostumbraba aplicar a los tributarios morosos una especie de "coacción administrativa", que consistía en alojar en su casa a un funcionario de la corte con un puma u oso, hasta que la cuenta quedaba saldada; o en apagarles el fuego de su hogar. Ciertos brotes de un derecho de gentes se vislumbraban en el derecho de asilo del pueblo de Suesca, en la inviolabilidad de los emisarios y el salvoconducto de los peregrinos.

El orden de sucesión era patrilineal sólo entre los plebeyos; contrastando con el Perú, también los bienes raíces quedaban incluídos entre los objetos que se transmitían por herencia. Para la nobleza (los güecha) y entre los jefes y príncipes, predominaba, sin embargo, el principio matrilineal, de suerte que, por ejemplo, la dignidad del Zipa siempre recaía en la persona del hijo mayor de la hermana, siendo indispensable en este caso que el "príncipe-heredero" hubiese sido primero cacique de Chia, pueblo del reino del mismo Zipa, lo que indica que este lugar había sido probablemente el centro más antiguo del reino, antes de que Muikitá adquiriera dicho carácter. En Iraca, la dignidad del Sogamoso quedaba alternativamente en manos de los caciques de dos pueblos, encargándose un colegio de otros cuatro caciques de la elección en cada caso. El Zipa o el Zaque podían *nombrar* jefes de inferior rango entre las filas de los güecha.

Sólo a los prisioneros de guerra se les reducía a la *esclavitud*. El harén de los príncipes, que a veces tenían varios cientos de mujeres, se completaba con jóvenes prisioneras de guerra, compradas o re-

quisadas de los propios súbditos. La base del matrimonio entre los plebeyos era la compra de la mujer; ni la consanguinidad más cercana significaba impedimento, costumbre de los chibcha que ya encontramos antes y que forma un curioso contraste con la rigurosa exogamia de los panche y chochó. A pesar de la poligamia general, la posición de la mujer no era muy baja.

Infinidad de prácticas mágicas rodeaban el nacimiento de un niño; las mujeres encinta iban en romería a un lugar, donde el héroe civilizador había dejado la huella de su pie en la roca, para raspar un poco de la piedra y tomarse el polvo en un trago de agua. La suerte de los recién nacidos se averiguaba por medio de un oráculo, para el cual desempeñaba un papel de importancia un ovillo de algodón, mojado con la leche de la madre.

Acerca de la suerte que esperaba a los muertos, las ideas eran semejantes a las de México. Los guerreros caídos en lucha y las mujeres muertas en el parto, llegaban al cielo. La momificación de los cadáveres de los caciques se encuentra aquí perfeccionada por medio del uso de resinas. También entre los muisca, las mujeres y sirvientes de los señores tenían que acompañar a éstos en la muerte; se les emborrachaba antes de encerrarlos en la tumba. Las crónicas españolas atestiguan que en el templo de Iraca se guardaban numerosas momias de reyes-sacerdotes difuntos y que se acostumbraba llevar a la guerra las momias de caciques de mucha fama.

Aparte de este culto ancestral, la *creencia en dioses* era tan desarrollada como en México o en el Perú. También aquí, los *dioses* lunares pertenecían aparentemente a una capa religiosa de más antigüedad: La gran madre del universo, Bachue, sale de las aguas del lago Iguaque acompañada de un muchacho con el que procrea a los hombres y más tarde desaparece nuevamente en el agua, transformándose en serpiente; Bachue tiene su lugar entre las deidades lunares, porque un antiguo relato la equipara con Chía, la joven y bella diosa lunar del reino de Muikitá. En cambio, el héroe civilizador que goza de gran veneración entre todas las tribus del altiplano de Bogotá tiene todos los rasgos de un *dios solar*; aparece en los llanos al

este de los Andes, y desaparece de una manera misteriosa, después de haber cumplido su misión. Su nombre es Bochica, Nemtereque-tebá o Sadiquía Sonoda. Sus rivales son Chía y Chibchachum, siendo este último el dios de los mercaderes, orfebres y labradores del campo, quien, poseído de ira por la maldad de los hombres, inunda el altiplano de Bogotá, hasta que Bochica logra, por medio de una vara de oro, dar a las aguas una salida en la cascada de Tequendama, y obliga a Chibchachum a cargar con la tierra que anteriormente descansaba sobre grandes postes de madera. También está relacionado con la idea de una diosa lunar, el culto de los *lagos sagrados*, de los que había varios en el altiplano; en ellos han sido halladas muchas joyas de oro o sea restos de las ofrendas que solían ofrecerse a sus aguas cuando el pueblo se congregaba en determinadas épocas en sus orillas, prendiendo fogatas sagradas y agasajando a los dioses con incienso y música, bacanales de chicha y *carreras*. Estas últimas tenían probablemente un significado religioso-cósmico parecido al del juego de pelota mexicano. Durante una fiesta primaveral de Tunja, el pueblo solía entregarse a orgías sexuales; mientras que en Muikitá se celebraban, en la época de la cosecha, unas danzas de máscaras, en las que los participantes vestían pieles de animales y se cubrían el rostro con máscaras de madera u oro. Es probable que estos actos rituales formen parte de creencias lunares del nivel más antiguo. Se hacían sacrificios humanos al sol: en general, niños que se enviaban al dios como mensajeros de los hombres y al mismo tiempo como alimento suyo; son éstas dos ideas que ya encontramos en México. El sacrificio se llevaba a cabo, o en la cima de un cerro, cortándole la cabeza a la víctima, o sobre una especie de púlpito al lado del cerco que circundaba la vivienda del cacique. En este último caso, se mataba con dardos a un joven que desde su niñez había sido preparado en la casa de los sacerdotes para este objeto con penitencias y ejercicios espirituales. Los sacerdotes de los muisca (chiqui o jéque), como los nobles de su rango, pasaban su dignidad en herencia al hijo de la hermana; tenían que someterse a un largo aprendizaje y debían hacer votos de castidad. A juzgar por sus actividades, debe considerárseles

como semi-shamanes, porque generalmente no hacían otra cosa que curar enfermos, encantar el tiempo y adivinar.

Según los estudios de K. Th. Preuss, los kágaba profesaban todavía una religión que, en muchos de sus rasgos, tiene semejanza con lo que acabamos de exponer. También entre ellos encontramos a un *personaje femenino* (Gauteovan) como madre prístina y creadora de todas las cosas. En los cultos, el *dios solar* ocupa, sin embargo, el primer lugar. Los templos o casas de fiesta se llaman, por tal motivo, "casa del sol" y llevan en la cúspide del techo un símbolo solar compuesto con varitas. El dios solar es el mayor de los demonios de la naturaleza, con los que los cuatro padres prístinos de las actuales dinastías de sacerdotes, que aquí tienen la posición de héroes civilizadores, han celebrado, en tiempos remotos, un pacto a favor de los hombres, porque el hombre sólo puede tener influencia sobre la naturaleza, si logra identificarse con los demonios de ella. Para este fin, dichos demonios se han "quitado el rostro", y dan su cara a los hombres, quienes desde entonces las llevan en sus danzas como máscaras, y son toscas tallas en madera de un tipo extrañamente arcaico y evidentemente de gran antigüedad, pues los actuales kágaba ya no conocen escultura alguna. Según las ideas de los kágaba, los muertos viven en los cerros de gran altura. Otro pueblo serrano de Colombia, los páez, celebraba antes, en la cima de los cerros, fiestas que dedicaba al dios solar. En ambos casos, los cerros son símbolos del cielo, como en México.

5. El Ecuador

No lejos de la frontera norte de la república del Ecuador, desaparece la más oriental de las tres cordilleras que forman los Andes colombianos, y desde este punto en adelante, las otras dos ya no encierran profundos valles de ríos con clima cálido, sino un altiplano. Por consiguiente, la configuración geométrica del Ecuador se parece a la del Perú, con la única diferencia de que la costa ecuatoriana está cubierta de selvas tropicales, en contraste con la costa del Perú, que no es más que un desierto de arena. Así se explica, por qué los inca,

a pesar de haber conquistado todo el altiplano del Ecuador, no hayan hecho lo mismo con la costa, de la que realmente sólo ocuparon el sur con la isla Puná, limitándose a mantener las regiones más al norte solamente en una dependencia poco efectiva mediante un gobernador con sede en Porto Viejo. El dominio incaico no fué de larga duración (más o menos desde 1450) y, sin embargo, dejó muchas huellas en el Ecuador; entre ellas grandes obras arquitectónicas como el "Tambo" de Callo, a poca distancia de Cotopaxi, y la fortaleza ingapirca, cerca del Cañar. Más tarde, en tiempo de los españoles, las lenguas de los *pueblos autóctonos* del Ecuador fueron desplazadas tan radicalmente por el idioma quechua, que hoy ya no sobreviven más que en toponímicos. Estos pueblos se dividían en dos grupos: uno más antiguo y otro más reciente. El primer grupo incluye, como pueblos serranos, por lo menos a los *pasto* en el extremo norte del país, que probablemente eran tucano, y a los *palta* en el extremo sur, los que Rivet hace figurar entre los jívaro; además, en la costa, están los *esmeralda, manta, huancavilca y puná*, de los que los huancavilca tenían sus paraderos en la región de Guayaquil, y los restantes en las comarcas, donde nombres geográficos dan todavía testimonio de su existencia, mientras que ellos mismos se han perdido en la población mulata, ya hace mucho tiempo. Sólo el idioma esmeralda seguía hablándose hasta el presente y es curioso que parece estar relacionado con el yaruro, una de las lenguas aisladas de la región del Orinoco. De suerte que, evidentemente, todo el país estuvo habitado en un principio por pueblos que hoy viven exclusivamente al este de los Andes. De ellos, los jívaro ocupaban probablemente la mayor parte del altiplano.

Todas las otras tribus del Ecuador son consideradas en la actualidad con mayor o menor verosimilitud, como parientes lingüísticos de los *chibcha*. Encontramos en la costa a los *barbacoa*, que sin duda alguna hablaban chibcha y cuyos descendientes (cayapa y colorados) viven, en condiciones primitivas, en las selvas de la vertiente noroeste de la cordillera ecuatoriana. En el altiplano, Otto von Buchwald, J. Jijón y Caamaño y otros incluyen entre los chibcha, a base de topo-

nímicos, los siguientes pueblos: los *quillasinga* en el norte y más al sur los *caranqui, panzaleo, puruha* y *cañari*. Entre ellos, los más conocidos son los cañari, que se extendían desde Azogues y Cuenca hasta el golfo de Guayaquil, y que, poco antes de la llegada de los españoles, fueron exterminados casi por completo, por el Inca Atahualpa. Sin embargo, según la crónica de Juan de Velasco, cuyos datos se recopilaron a fines del siglo XVIII, debe considerarse a los *cara* como el verdadero pueblo civilizado del Ecuador, que corresponde más o menos a los muisca de Colombia. Según dicho autor, los cara aparecieron entre 700 y 800 d. c. en balsas en la costa, subieron el río Esmeraldas hasta el altiplano alrededor del año de 1000, desalojaron a los habitantes autóctonos de la ciudad de Quito, para hacerla el centro de un imperio siempre más extenso, que finalmente abarcó todo el altiplano del Ecuador. Los únicos que no fueron sometidos, eran los aguerridos puruha, que se confederaron alrededor de 1300, por medio de una unión personal, con la dinastía de los scyri, que reinaba sobre los cara.

El relato de Velasco encuentra poco apoyo de parte de la arqueología. Faltan hallazgos arqueológicos que demuestren la existencia de un imperio cara y una cultura cara que hubiera perdurado 700 años. Solamente un dato sobre la forma de enterramiento usado entre los cara, encuentra su confirmación por la distribución de los *tipos de sepulturas*. Velasco dice que los predecesores de los cara enterraban sus muertos en sepulcros en pozo, y en cambio, los cara, en *túmulos*, depositando el cadáver en el suelo, rodeándolo con una tosca bóveda de piedra y cubriendo después ésta con tierra. Efectivamente, el tipo de sepulturas que prevalece en toda la región interandina del Ecuador y que también se presenta en la costa en la región de Manta, es un sepulcro en forma de pozo profundo con un nicho lateral o con varios de ellos en orden radial, que algunas veces parten del pozo a diferentes niveles o comunican varios pozos entre sí. Al lado de este tipo, se presenta el túmulo (tola), tanto en la antigua región de los cara, en el altiplano, como en la región de los barbacoa de la costa, y más al norte hasta Colombia. Pero en cuanto a otros hallaz-

gos, es precisamente el centro de la región cara, la comarca alrededor de Quito, menos rica que la mayor parte del resto del Ecuador. En cambio, en el país de los puroha (alrededor de Riobamba, provincia de Chimborazo), ya se pueden trazar las líneas de un cuadro que abarca todas las fases de la cerámica pre-incaica; período que, según Jijón y Caamaño, se extiende sobre más de 2000 años, aunque fácilmente pueda resultar exagerada esta cifra. En los comienzos de dicho desarrollo se encuentran las primitivas escudillas y jarras del "estilo proto-panzaleo" con decorados grabados o, más tarde, pintados; después vemos las copas de soportes altos del "estilo de Tuncahuan", que muestran decorados en "pintura negativa", y por último aparecen, ya en los umbrales de la época incaica, las vasijas-efigie de Guano y Elenpata, que están cubiertas con dibujos extraordinariamente delicados en la misma técnica mencionada, pero que están modeladas todavía de un modo bastante tosco. Según las apariencias, esta serie de formas no ha sufrido interrupción alguna, de suerte que refleja el desarrollo artístico no estorbado de un solo pueblo. Las influencias externas que se manifiestan durante este desenvolvimiento proceden de Colombia (Valle del Río Cauca) en mucho mayor escala que del Perú, a pesar de que también empiezan a destacarse, hacia el fin de la serie, elementos del estilo de Tiahuanaco.

De más importancia que todas éstas resultan las *influencias mesoamericanas*, sobre las que llamó la atención, en primer lugar, Max Uhle. Este autor supone que ya el decorado en pintura negativa, que aparece por primera vez en la provincia de Carchi sobre la frontera colombiana, tuvo su origen entre los chorotega de Nicaragua; pero, según S. K. Lothrop, su extensa distribución en Ecuador y Colombia parece indicar con mucha más justificación un origen sudamericano. Sin embargo, la cerámica del altiplano ecuatoriano está tan íntimamente ligada en otros aspectos con la de Mesoamérica, que no se puede negar la probabilidad de una conexión entre ambas por vía marítima. Estas relaciones deben datar de tiempos muy remotos, porque ya se presentan formas tan típicamente mesoamericanas como las *vasijas* trípodes en el estilo proto-panzaleo. Más al sur, en

la región de los cañari (Cuenca, Azogues, etc.), se halla una cerámica finamente pintada y muy bien trabajada que Uhle relaciona, a base de numerosas concordancias respecto a técnica, forma y decorado, con la *cerámica totonaca del "Cerro Montoso"*, en la costa del Golfo de México, que a su vez tiene parentesco con la de Cholula; naturalmente no por vía directa, sino con los chorotega como intermediarios. Más sorprendentes todavía son las correspondencias entre las finamente modeladas *figuras de barro* de La Tola, en la costa de Esmeraldas, con *figuras maya*; mientras que la escultura de barro del altiplano del Ecuador no logró nunca rebasar un nivel bastante primitivo. Si a todo esto agregamos que se han encontrado en la región de los cañari *espejos de pirita* y en Esmeraldas *calaveras con incrustaciones dentales*, de un tipo idéntico al de México, se siente uno inclinado cada vez más a admitir que debe de haber existido en la costa del Ecuador un importante puerto de entrada para influencias culturales mesoamericanas, las cuales se difundieron desde allá hacia el altiplano, tal como nos lo cuenta la tradición de la inmigración de los cara.

Podría uno pensar en atribuir también a estas influencias el florecimiento de la *plástica lítica* en la provincia costeña de Manabí, que presenta un fenómeno enteramente aislado. M. Saville encontró en Manabí, aparte de casas que como en México se levantan sobre plataformas y tienen paredes compuestas de dos muros de piedra con relleno de piedras sueltas, unos sillones de piedra cuyos asientos en forma de una "U" están sostenidos por figuras en cuclillas, así como lápidas en relieve con figuras humanas o animales en posición y estilización curiosas. Mientras que estas últimas muestran inconfundiblemente la influencia de estilos peruanos (especialmente Chavín), los "sillones" sólo admiten una comparación con figuras de piedra de la época teotihuacana, que llevan un brasero en la cabeza.

Las *antigüedades de oro* del Ecuador manifiestan influencias en parte de Colombia, en parte del Perú. Se las ha encontrado en enormes cantidades, especialmente en sepulcros en pozo del país de los cañari (chordeleg, sigsig, etc.) y consisten generalmente en una lámi-

na de oro martillada, con ornamentos repujados o grabados. Entre ellas hay yelmos como los del Valle del Cauca (pero con una punta a la manera de los "cascos de pico"); discos pectorales y placas para vestido como en el Coclé; aros frontales con adornos de forma de plumas, como en el Perú. Algunas placas y discos ostentan figuras o rostros repujados que recuerdan Chavín y Tiahuanaco. Además del oro, abundan utensilios de cobre artificiosamente dorados; mientras que la aleación del bronce es desconocida en el Ecuador. Los primeros *utensilios de cobre* se presentan en el período de Tuncahuan; de épocas más recientes son las pesadas hachas de cobre vaciado con una perforación en la parte plana del extremo estrecho y con burdos ornamentos (en la región de los cañari), y las grandes láminas de cobre repujado con una cabeza humana o animal (en la región de Manabí y de los cara y puruha). Las piezas primeramente mencionadas recuerdan hachas de mano sin mango, como aquellas con que están armados los demonios de las pinturas peruanas, mientras que las últimas eran discos pectorales (tincullpa), que servían simultáneamente de adorno y de protección.

A pesar del dominio incaico, la etnografía de las tribus autóctonas del Ecuador ha conservado hasta el fin muchos de sus rasgos originales, cuyo hecho justifica un estudio por separado.

Del cultivo de los pueblos del altiplano puede decirse lo mismo que del de Colombia o sea, que en lo esencial, mostraba características peruanas, tanto con respecto a las plantas cultivadas como a los implementos de labranza. De la costa y valles de clima cálido importaban estas tribus, como los muisca, algodón, especias y hojas de coca. En la costa, la caza y pesca eran todavía de considerable importancia económica. Los cayapa y colorados modernos las practican con iguales métodos que los indios selváticos del este de los Andes, es decir, cazan con la cerbatana y pescan con redes y dardos o envenenando el agua.

En el mar se navega con *balsa de palos*, cuya área de distribución abarca ambos lados del Golfo de Guayaquil, desde Manta hasta Payta; los esmeralda y los actuales barbacoa usan canoas de un solo

tronco, y las tribus del altiplano, en cambio, balsas de juncos. Las "balsas" construídas de troncos de madera liviana (ochroma piscatoria), con proa terminada en punta y velas cuadradas de algodón, eran muy marineras y tenían una capacidad hasta para 50 individuos. Se utilizaban en la costa septentrional del Perú hasta el año de 1900 para el transporte de mercancías, mientras que servían en la época incaica para emprender largos viajes marítimos, como lo comprueban los relatos de una expedición exploradora del inca Tupac Yupanqui a las islas Auachumpi y Ninachumpi (¿Islas Galápagos?) y el encuentro de los españoles con una balsa mercante en Tumbes en el año de 1526. La riqueza de la costa en algodón y sal, pescado y conchas que se usaban para hacer "chaquira", había dado origen a un tráfico muy intenso con el altiplano, cuyos intermediarios eran los huancavilca y puná.

En la construcción de las casas, continúa el estilo circular de Colombia, porque tanto los hallazgos como los relatos demuestran que los pasto, cara y cañari solían tener *chozas de techo cónico* con paredes embarradas y techo de paja. En cambio, en la costa se acostumbran formas rectangulares. Los barbacoa recibieron su nombre español de los *palafitos* en que vivían, de igual manera que sus descendientes actuales, los cayapa. Son casas cuadrangulares sin paredes, con techo de palma a cuatro vertientes muy alargadas, que tienen su piso o plataforma a una altura de 1.5 a 3.5 metros sobre el nivel del suelo, y a las que se entra por medio de escaleras de troncos enmuescados. El interior de estas casas está dividido, por medio de un tabique, en dormitorio y cocina.

La *indumentaria* de las tribus ecuatorianas consistía en camisas sin mangas, para los hombres; y faldas, para las mujeres; los pasto hacían estas prendas de vestir todavía de lienzo de corteza, mientras que los cayapa actuales ya no aprovechan este material para vestirse, sino solamente para hacer colchones. En el altiplano, se fabricaban también telas con la lana de la llama y de las fibras del agave. Mucho más llamativos eran sus adornos corporales, los que en la costa tenían realmente el carácter de distintivo tribal: los esmeralda practi-

caban la deformación craneana y la escarificación; los manta, el tatuaje de punción, y los huancavilca, la limadura dental. Aparte de eso, había orejeras y narigueras de tipo colombiano; por ejemplo, el adorno del borde de la oreja en Manabí; narigueras de media luna entre los quillasinga (en lengua quechua "narices de media luna"). En Esmeraldas se acostumbraba cortarse a rape el cabello de la coronilla, mientras que los cañari se lo recogían en un copete y los puruha se lo juntaban en numerosas trenzas delgadas. Los colorados tienen su nombre de la pintura con urukú de color rojo subido que se aplica de modo uniforme o en rayas, mientras que los cayapa se pintan los rostros, brazos y piernas con los más variados dibujos en rojo, amarillo o negro. Los colorados tiñen también sus dientes con ciertos vegetales que suelen mascar.

Según Velasco, el *estado* de los scyri era una monarquía con una poderosa casta de nobles, de entre cuyas familias se elegía el nuevo soberano, si acaecía que un scyri no tuviera hijo ni lo tuviera su hermana. El distintivo de rango era una venda frontal en la que el guerrero común llevaba *una* fila de plumas, el noble *dos* filas y el scyri además una esmeralda que colgaba sobre la frente. También en la isla de Puná había reyes con poderes despóticos, que, como los scyri, mantenían un gran harén. Entre los cañari imperaban todavía condiciones más primitivas, porque sólo en tiempos de guerra elegían un caudillo. Por lo regular, se dividían en "hanan" y "hurin", entre sí independientes, que correspondían probablemente a las dos "mitades" tribales de muchas tribus del este, y que tenían evidentemente un carácter totémico, porque la leyenda tribal las deriva de dos hermanos que se habían casado con loros. Los esmeralda y manta tenían, en vez de los clanes totémicos, grupos profesionales (cazadores, pescadores, etc.) con animales por espíritus tutelares.

En la mayoría de los pueblos ecuatorianos privaba un *espíritu muy belicoso* con el que los inca tuvieron que trabar conocimiento cuando sometieron el estado de los scyri. Los cara tenían sus fronteras aseguradas mediante fortalezas en forma de terracerías semejantes a Paramunga, mientras que los puná habían cercado toda su

isla con una muralla de piedra. Según Velasco, los cara no podían someter a los puruha, por la única razón de que estos últimos sabían manejar sus *armas guerreras,* principalmente la honda, con una destreza extraordinaria con la que derribaban cualquiera fruta de un árbol; y una maza pesada de poco tamaño que arrojaban con mortal puntería. En las sepulturas cañari se han encontrado preciosos propulsores chapeados de oro, que consisten, como los colombianos y peruanos, en un bastón con gancho de piedra amarrado. Además, los cañari empleaban boleadoras, arma que aquí tiene su límite septentrional en Sudamérica. Para la lucha cuerpo a cuerpo servían lanzas y macanas. También entre los cara, como entre los cueva, el *tambor de hendedura,* que en su forma y manera de colgarlo era idéntico al tambor de los modernos tucano y jívaro, servía para dar señales. Se mencionan, como trofeos de guerra, cabezas cortadas entre los palta, y "tsantsa", entre los manta. En las regiones costeñas, se solía desollar el cadáver de un prisionero de guerra para colgar la piel en las puertas del templo; costumbre que recuerda el culto ancestral en el Valle del Cauca.

Indudablemente, debe de haberse practicado el *culto ancestral* también en el Ecuador, sólo que disponemos de muy pocos datos positivos sobre este tema; por ejemplo, la nota de Velasco que dice que se acostumbraba sepultar las momias de los scyri, una al lado de la otra, en una especie de pirámide de piedra. Los frecuentes hallazgos de esqueletos en pie o acostados (y en este último caso, a veces colocados en orden radial) en el pozo vertical de los sepulcros de la región de los cañari, nos demuestran que los relatos sobre la inmolación de mujeres y sirvientes de caciques difuntos son verídicos también para el Ecuador. De los muchos datos que nos proporcionan los relatos sobre ritos funerarios, se desprende que se sentía en el Ecuador un gran temor a los espíritus de los muertos. Los cara prendían numerosas fogatas en su marcha hacia el lugar del entierro y de regreso de la ceremonia tomaban otro camino.

Los puruha trataban de alejar de sus sembradíos los espíritus malignos de la naturaleza flagelándose con ortigas hasta hacer brotar

la sangre, o enviando guerreros que tenían que amenazar con sus armas a los enemigos invisibles. Al caer un rayo en una casa o tocarla aparentemente un arco íris, la abandonaban y procedían a purificarse por medio de ayunos rigurosos.

Antes de la introducción del culto solar por los inca, se veneraban principalmente en el altiplano las gigantescas *sierras nevadas* y *volcanes* y, entre los cañari (como en Colombia) también los lagos alpinos, como sedes de poderosos dioses. Los puruha creían en una deidad principal masculina y otra femenina que tenían sus moradas en el Chimborazo y el Tungurahua, respectivamente. Tal vez tenemos que considerar como una reinterpretación de tales conceptos bajo la influencia incaica, el culto que los cara rendían a una *deidad solar* y a otra *lunar*, a las cuales levantaban templos sobre dos lomas en el oeste y este de Quito: uno de planta cuadrada con ídolo de oro, para el sol, y otro redondo, con ídolo de plata, para la luna.

En la Isla de la Plata, no lejos de Manta, se erigía un templo dedicado a la deidad del *mar*, con un ídolo de piedra que recibía en la época del solsticio de invierno muchas ofrendas de parte de peregrinos de todas partes del país y también de los inca, desde el Perú; muchos de estos objetos han sido descubiertos por las excavaciones que emprendió Dorsey. En el mismo Manta, se veneraba una esmeralda que curaba enfermos. Generalmente, los templos de las tribus costeñas estaban adornados, según las crónicas, con numerosos ídolos de madera o piedra, pinturas al fresco y tallas.

Los puruha vertían la sangre de los *sacrificios humanos* en las fauces abiertas de un ídolo de barro, que representaba al dios de la guerra. En otros lugares, los sacrificios humanos servían para la mágia de la fertilidad. Los cañari inmolaban anualmente, antes de la cosecha del maíz, cien niños en la cima del cerro de Curitaqui, frente a una cueva en la que residía el dios del maíz. Era éste un rito que ha estado practicándose, con todo rigor, hasta el año de 1755, y del que aún hoy se encuentran vestigios.

De los *mitos* de las tribus serranas conocemos, entre otros, la leyenda del diluvio que llega a producirse por haber matado los hijos

del primer hombre a una serpiente mítica. Los supervivientes de tal acontecimiento se salvan, subiendo a un cerro alto. Los héroes civilizadores se presentan, o en pares, o, como en Colombia y el Perú, en la persona de extranjeros que aparecen y desaparecen de una manera misteriosa (cara).

Los únicos que se dedicaban, bajo la influencia peruana, a observaciones astronómicas, eran los cara, quienes determinaban los solsticios con la ayuda de columnas de piedra. También poseían una especie de *escritura,* o sea cajas de madera, piedra o barro con varias casillas en las que depositaban piedrecitas de diferentes tamaños, colores o formas cuyas distintas combinaciones permitían expresar números o hechos. Se ha querido relacionar este dato de Velasco con ciertas cajas de madera o piedra encontradas con alguna frecuencia en Ecuador y Perú, pero que probablemente no son más que cajas de juego. En cambio, los peruanos de la época incaica conocían, según una pintura en la crónica de Huaman Poma, tableros de cuentas parecidos a los antiguos "ábacos", los que es probable que se inspiraran en las "cajas de lectura" ecuatorianas.

6. *El área cultural peruana*

Nuestra situación frente a la antigua cultura peruana es muy parecida a la que expusimos al tratar de la cultura maya. Conocemos sus fases más antiguas, en ciertos aspectos superiores, solamente a base de hallazgos arqueológicos, porque, en cuanto a las crónicas, estas se refieren casi exclusivamente a los períodos más recientes del imperio incaico, el cual, en la forma que nos describen las fuentes españolas e indígenas existía sólo aproximadamente desde 1400 d. C. Sin embargo, a pesar de vernos restringidos a los datos que nos proporciona la arqueología, estamos mucho mejor informados sobre la cultura peruana más antigua que sobre la cultura maya clásica. La costa peruana —como el Egipto, un desierto de arena con oásis fluviales— ha conservado en su seno hasta los objetos culturales de más fácil descomposición y estos, en cantidades tan grandes que, a

pesar del saqueo secular de las tumbas por buscadores de tesoros o cazadores de curiosidades, todavía queda lo suficiente para asegurar abundantes cosechas a la investigación científica. Por otro lado, también en la época más reciente del Perú resultan las condiciones mucho más favorables que en el área maya, porque en aquel entonces, el país no se encontraba de manera alguna en un estado de decaimiento cultural o de disolución social, como sucedió en Yucatán. Muy al contrario, cuando a principios del año de 1532, los españoles dirigidos por Francisco Pizarro desembarcaron en Tumbes, llegaron a las puertas de un inmenso imperio firmemente establecido, cuyos soberanos no sólo habían impuesto a sus súbditos (que eran de las más variadas razas, lenguas y culturas) *una* voluntad política, *un* orden social y económico, *una* lengua y *una* religión, sino que también velaban por el florecimiento de las artes y por la seguridad de todas las actividades de sus pueblos. Un enorme recorrido se observa desde los esquimales, perfectamente anárquicos, con los que di principio a este estudio, a través de innumerables tribus con gobiernos democráticos o aristocráticos, hasta este *Imperio Incaico* que no sólo representa la creación política más grandiosa de la América indígena, sino también una de las instituciones estatales más notables de la humanidad en general.

Geográficamente, el Perú y la parte andina de Bolivia se dividen en tres zonas distintas: *primero,* la ya mencionada *costa,* casi sin lluvias y expuesta al sol tropical. La cruzan, entre Tumbes y Arica, unos cuarenta valles de poca extensión, trazados por riachuelos que bajan de los Andes y que, en su curso inferior, pueden transformar la planicie de la costa en un vergel bajo la mano de una población versada en cultivos de riego; *segundo,* la *Puna* boliviana, altiplano de 3,000 a 4,000 metros sobre el nivel del mar, constantemente barrido por vientos fríos e impetuosos y en general cubierto sólo de un escaso manto de hierbas; es la tierra de la llama y de la papa; grandiosa en sus líneas, pero melancólica y monótona; y *tercero,* los profundos valles *(hoyas)* que yacen encerrados entre las cordilleras de los Andes y las serranías transversales, y que, gracias a esta situa-

ción ventajosa, quedan al abrigo de los vientos y del frío. En estas hoyas nace el río Marañón que toma su curso hacia el norte, después de juntar sus aguas con numerosos afluentes. El clima de esta región guarda un término medio entre el ardor tropical de la costa y el rigor de la Puna, de suerte que es propicio para una vegetación que comprende no sólo las plantas de la zona templada, sino también las de las tierras cálidas. Además pertenecen a esta región la "ceja de la costa" en la vertiente de los Andes hacia el Pacífico, entre los 1,000 y 2,000 metros de altura sobre el nivel del mar; y el "callejón de Huaylas", único valle longitudinal de los Andes peruanos, cuyo río, el Santa, no desagua en el Marañón, sino que desemboca en el Océano Pacífico.

A esta división en tres zonas correspondía antiguamente, con bastante exactitud, también una división ternaria de la población en *Yunca, Colla* y *Quechua,* que reflejan, en su carácter y dones naturales, los rasgos peculiares de sus respectivos territorios, un hecho que acertadamente ha señalado Heinrich U. Doering.

Bajo el nombre de Yunca se comprendía en los tiempos incaicos, a toda la población costeña; era una gente apasionada, de viva imaginación y grandes dotes artísticas, con propensión muy marcada al individualismo y por ende, al particularismo de los estados diminutos. Entre sí, estaban divididos en varios grupos lingüísticos, de los que los *chimu,* habitantes de los valles septentrionales entre Lambayeque y Trujillo, y que antiguamente estaban unificados en un solo estado, han logrado conservar todavía hasta el presente su antigua lengua en un pueblecito del valle de Lambayeque. Más al norte, los habitantes de la faja costeña entre Tumbes y Piura pertenecían a uno o dos grupos distintos, cuyas lenguas guardaban tal vez parentesco con las de la costa del Ecuador. En la parte central y el sur de la costa había probablemente también varias lenguas distintas, pues así lo indica la existencia de unidades políticas y culturales perfectamente deslindadas, antes de la invasión incaica. En aquel entonces, los valles desde Supe hasta Cañete eran el territorio de dos pequeños estados, cuyos soberanos tenían los títulos de Cuismancu y

Chuquimancu; para la región meridional, podemos suponer que había algo parecido en los valles de Chincha, Pisco, Ica y Nazca.

Los *colla* o *aimará*, como frecuentemente se les llama según el nombre de una de sus subtribus, quechiuzados en los tiempos de los inca, son gente austera y callada hasta la inaccesibilidad, cuya cosmovisión y cuyo arte, en cuanto se expresan en el lenguaje de sus monumentos y hallazgos arqueológicos, denotan rasgos de una grandeza severa y sencilla. Actualmente viven en el altiplano peruano-boliviano desde Puno, a orillas del Lago de Titicaca, hasta el Lago de Poopó y la colindante vertiente septentrional de los Andes (Departamento de La Paz); y también en el noroeste del Departamento de Arequipa, donde se les llama *collagua*, y en el interior montañoso del Departamento de Lima, donde el dialecto del colla recibe el nombre de cuaqui. Pero estas comarcas forman sólo una pequeña parte de su antiguo territorio que puede reconstruirse por medio de relatos, toponímicos y la distribución de los objetos arqueológicos del "estilo de Tiahuanaco", que son de procedencia colla. Antiguamente, los colla ocupaban: en el sur, los altiplanos alrededor de Sucre y Potosí; en el norte, todo el valle de Vilcañota hasta Urubamba, donde dos tribus, los cana y canchi, hablaban dialectos colla hasta principios del siglo XVII, así como la región de los tributarios del lado izquierdo del río Apurimac, donde, entre otros, tenían también sus paraderos los aimará, en el sentido estricto de la palabra. Uhle incluye también entre los colla a los chanca, de los alrededores de Ayacucho, enconados enemigos de los inca que, alrededor del año de 1400, habían hecho peligrar la existencia del joven imperio, y que Pachacutec había tenido que vencer antes de que pudiera iniciarse el ascenso de los inca hacia su dominio exclusivo. En la *costa*, los colla se habían extendido mucho antes que los inca. En la parte central, alrededor de Lima, su presencia está atestiguada tanto por hallazgos arqueológicos y el título de "manco" que ostentaban los antiguos soberanos de aquella región y que es un vocablo de la lengua colla, como en la parte meridional (entre Arequipa y Cobija) por toponímicos.

Con respecto a la relación entre los colla y los quechua, o sea, el pueblo dominante de la época incaica, las diversas opiniones discrepan todavía notablemente. La antigua teoría, formulada por Markham y Tschudi, que supone un parentesco primordial entre las dos lenguas, ya ha sido abandonada, porque las concordancias de sus respectivos vocabularios se explican más fácilmente con influencias de los colla sobre los quechua en la época en que estos últimos no eran todavía más que una tribu insignificante en los valles de Andahuaylas y Abancay, al oeste del Cuzco. Hay muchos detalles, y entre estos el mismo título que los colla daban a sus soberanos (y que está contenido también en el nombre del legendario fundador del Imperio Incaico, Manco Cápac), que hacen suponer que la propia casta de los inca, o por lo menos de los inca anteriores a 1300 d. C., eran una tribu colla. Según tal hipótesis, serían entonces éstos los que se hubieran impuesto como capa dominante sobre los quechua, a los que Uhle incluye, en cuanto a su lengua, entre las tribus del este de los Andes; es decir, que los considera como inmigrantes en el altiplano. Sea como fuere, en los dos últimos siglos que precedieron a la llegada de los españoles, los quechua alcanzaron paulatinamente la supremacía sobre todos los otros pueblos serranos, por haber ocupado los fértiles valles de los Andes al norte de la Puna y por superar notablemente a sus vecinos en cuanto a energía, vivacidad y sagacidad política, así como en su muy marcado talento militar y organizador.

La actual difusión de la lengua quechua ("runa simi") casi ininterrumpida (con excepción de los islotes de lengua colla) sobre todo el enorme territorio desde el sur de Colombia hasta el noroeste de Argentina, es un fenómeno de la *época española.* Los funcionarios y misioneros españoles la introdujeron por todas partes para acabar con la molesta multiplicidad de idiomas del antiguo imperio incaico; incluso a veces también en regiones que nunca habían sido conquistadas por los inca, como el estado de Tolima en Colombia, la región del Amazonas superior y la provincia de Santiago del Estero en Argentina. En cambio, en el imperio incaico, los pueblos sometidos conservaban por regla general su lengua al lado del que-

chua. Actualmente el quechua se divide en cinco dialectos principales, de los cuales el quiteño (= el quechua de Quito) y el de Chinchaysuyu al norte y al sur del cerro de Pasco, son los más arcaicos. Cuzco, la capital del imperio incaico, pertenecía originalmente al territorio de los colla.

De igual manera que a los maya en Guatemala, a los muisca en el altiplano de Bogotá y a las diversas tribus chibcha en el Ecuador, así también había precedido a los colla en el altiplano de Bolivia una población más antigua, cuyos restos son los uro, de los que hoy día ya nó existe más que un pequeño grupo de unos cuantos cientos de individuos que vive en el brazo (Desaguadero) que comunica los lagos de Titicaca y Poopó, en una isla de este último y en la aldea Chipaya, al norte del lago de Coipasa, pero que todavía en la época del descubrimiento se extendían, según las investigaciones de Uhle, Boman y Rivet, sobre toda la Puna entre los lagos de Titicaca y Poopó y el Salar de Uyuni; probablemente, estos uro están relacionados con aquellos otros uro de la costa entre Arequipa y Cobija, que se mencionan en las fuentes y cuyos descendientes son los actuales *changos*. En cuanto a su *lengua*, los uro de Bolivia se acercan a los chapacura del este de los Andes y tal vez también a los arawak; en cuanto a su *cultura*, son en parte todavía muy arcaicos. A pesar de ser vecinos de los colla cultivadores desde tiempos inmemoriables, y de haber asimilado en alto grado elementos de su indumentaria y técnicas, de sus ideas religiosas y costumbres, los uro han permanecido hasta hoy principalmente nómadas; desdeñan el maíz y la papa y viven del pescado y de las raíces de la espadaña totora. Su embarcación es una vela de estera; su casa es una choza colmeniforme y construída con tepes que se apilan en anillos concéntricos de manera enteramente idéntica a la técnica de los esquimales que hacen su casa con bloques de nieve. A veces, estas chozas tienen un techo de paja. Antiguamente, los uro vivían sobre balsas en chozas cupuliformes de ramas con cubierta de esteras y embarrado, que causan la impresión de precursores de las chozas cupuliformes de tepe; en tie-

rra firme vivían en cuevas. La cultura de los uro costeños y chango se asemeja en muchos aspectos a la de la Tierra del Fuego.

Ya en un capítulo anterior señalamos el hecho de que la cadena occidental de las cordilleras separa, en el extremo meridional de América del Sur, dos formas de cultura primitiva, que pueden denominarse: "forma fueguina" y "forma pampeana". Posiblemente ha existido este contraste también en el Perú más antiguo, aunque no en formas tan extremas. En la parte central de la costa peruana, cerca de Ancón, Supe, Chancay y Lima, se encuentran numerosos *concheros* de una antigua población de pescadores, que todavía no enterraban a sus muertos en la forma de envoltorios de momias muy elaborados, sino doblados y acostados de lado con una cubierta de esteras; no conocían tampoco los metales, y preferían, como los fueguinos, utensilios de hueso a los de piedra. Sin embargo, esta primera cultura ya había alcanzado un nivel un poco más alto que la de Arica, pues conocía un primitivo arte de tejer y una cerámica con decorado grabado.

En el altiplano no se han hecho todavía hallazgos arqueológicos tan antiguos. Cabe imaginar que los habitantes más antiguos de la Puna cazaban llamas y vicuñas antes de aprender la cría de dichos animales, y recolectaban papas silvestres, antes de proceder a cultivar este tubérculo; lo cual quiere decir, que vivían a un nivel económico semejante al de las tribus pampeanas.

Las *leyendas* acerca del origen de los pueblos del altiplano ayudan tan poco como las leyendas mexicanas. En el mito de los quechua, que trata de la creación de los cuerpos celestes y de los hombres en la isla de Titicacā, se mantiene vivo un vago recuerdo del antiguo gran centro cultural en la región del lago de Titicaca. Después de poner fin a su obra, el dios y héroe civilizador Huiracocha emprendió con dos compañeros el viaje hacia el norte; él marchaba por el altiplano y cada uno de los otros dos por las vertientes oriental y occidental, respectivamente; en el Ecuador volvieron a reunirse y luego desaparecieron. En contraste con este mito en la mayoría de los casos, los inca consideraban a su ancestro *Manco Cápac* como el verdadero

fundador de la cultura peruana; este salió acompañado por sus tres hermanos con sus mujeres y los representantes de los clanes futuros, de la "casa de las ventanas" (tampu t'oko), o sea una roca con tres aberturas, y marchó al Cuzco, donde estableció su gobierno sobre tribus (de los colla) que ya residían allí y de las cuales se afirma que no gozaban todavía de cultura alguna. Algunas veces, ambas versiones de esta leyenda de origen son combinadas de tal manera que Manco Cápac llega al Cuzco desde el lago de Titicaca o desde Tiahuanaco.

Sólo una versión habla del origen transoceánico de los inca, afirmando que desembarcaron en el Ecuador, fundaron Quito, Tumbes y Pachacamac y sólo después emigraron al altiplano. Esta leyenda forma grupo con varias otras que hablan de un desembarque de tribus extranjeras en el litoral occidental de Sudamérica. Es posible que algunas de ellas tengan cierta base histórica, sobre todo la referente al origen de Lambayeque, que Balboa dió a conocer; en ella se cuenta que, en tiempos remotos, se presentó una flota de balsas en la costa bajo el mando de un príncipe *Naymlap*, que trajo consigo toda su corte; cerca de Lambayeque construyó un templo para su ídolo de piedra verde y fundó una dinastía. Esta leyenda revela muchos rasgos que se repiten en el mito de los tolteca y es evidente que recuerda el antiguo tráfico por vía marítima entre el Perú y México, que encuentra su confirmación también en los hallazgos arqueológicos.

Hace unos cincuenta años que el arqueólogo alemán Max Uhle dió principio a sus investigaciones en el Perú, gracias a las cuales, por mucho tiempo sin colaboradores y después junto con investigadores norteamericanos y peruanos, echó los cimientos de una prehistoria peruana. El punto de partida consistió en aceptar que la *cultura incaica* histórica, cuyas vasijas de barro y utensilios de bronce se hallan desde Pasto en Colombia hasta Santiago en Chile y San Juan en Argentina, fué precedida en el altiplano por otra cultura de igual nivel alto, pero de extensión geográfica un tanto menor, que sólo puede atribuirse a los colla. Se le ha dado el nombre del grandioso conjunto de ruinas de *Tiahuanaco*, que yace en la Puna no lejos de la

orilla sur del lago de Titicaca y a una altura de casi 3,900 metros sobre el nivel del mar. Este conjunto abarca, además de un cerro artificial rodeado de enormes muros de contención, la "calasasaya", la estructura principal, que consiste en un cuadrángulo formado por unos 90 pilares monolíticos, cuyos lados miden 118 y 129 metros respectivamente. En su interior se ven algunas esculturas aisladas: la "Puerta del Sol", monolítica con un relieve del dios sol y rodeada de satélites con cabezas de seres humanos o de aves, y el "Fraile", estatua de enormes dimensiones en forma de un pilar y de una rigidez arcaica, cuyas extremidades no están esculpidas de bulto entero, sino solamente cinceladas en relieve; ambos monumentos representan ejemplos clásicos de la estilización rectangular o cuadrada que es característica del arte de Tiahuanaco, el cual reduce todas las formas naturales a un esquema geométrico. De igual manera que las figuras humanas, se representan el cóndor y el puma, animales sagrados de la cultura de Tiahuanaco. La arquitectura de esa época conoce únicamente la utilización de bloques rectangulares, labrados con precisión matemática. Una fase más antigua de la cultura de Tiahuanaco presenta una técnica más burda y esculturas de formas geométricas algo menos rígidas.

Más tarde, esta antigua cultura se difundió con los colla hasta la costa, donde se expresa en tejidos y cerámica, entre cuyos productos son especialmente notables los vasos con pinturas multicolores en tonalidades rebajadas y dibujos que repiten los motivos del arte grande con la misma estilización. Uhle encontró cerámica de Tiahuanaco principalmente en la antigua ciudad de Pachacamac, en las cercanías de Lima; parte con formas estilísticas puras, y el resto de formas marcadamente degeneradas o "epigonales". Pero ambos tipos de cultura tiahuanaca no significan, en la costa, más que un intermedio en la evolución artística que empieza repentinamente sin antecedente alguno con dos producciones cumbres: el *estilo paleochimu* en el norte, y el *estilo nazca* en el sur, que, en cuanto a formas de las vasijas y decorados, tienen muy poco en común.

El estilo nazca, probablemente el más antiguo, ha producido, como formas características de sus vasijas, botellas esféricas con dos picos unidos entre sí por medio de un puente, tazas abombadas y vasos altos. Evidentemente, al alfarero nazca le agrada más el arte de superficie que la plástica, motivo por el cual, los detalles del cuerpo de las vasijas-efigie no están modelados, sino solamente indicados a pincel. Siempre que se trata de una simple decoración de superficie, se despliega un derroche de colores brillantes y matices variados; las figuras curiosamente estilizadas, entre las que se destacan

44. Escena mítica, según el relieve de una jarra encontrada en Chimbote. (Según Bässler.)

especialmente el "demonio felino" y la "serpiente erizada", no cubren completamente la superficie de la vasija, como en el estilo de Tiahuanaco, sino que resaltan libremente de un fondo blanco.

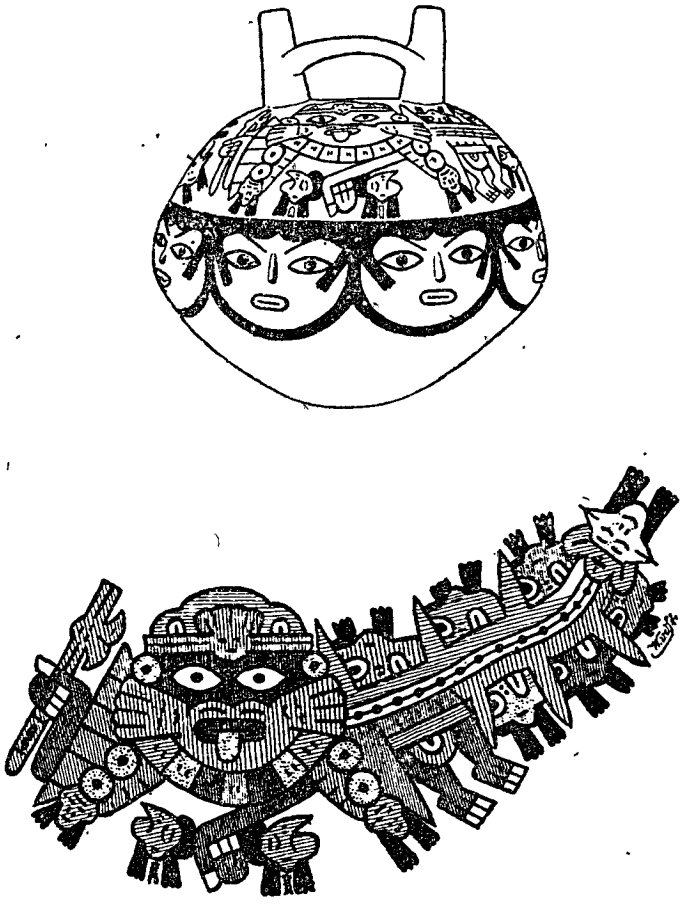
En el *estilo paleochimu* predominan los vasos de estribo o sean vasijas esféricas, en las que los dos picos llegan a unirse para formar *un solo* tubo. En sus vasijas-efigie, el mencionado estilo alcanza un punto culminante sin par en toda la antigua escultura de barro de América. Corresponde esta apreciación en primer lugar a las urnas con cara que revelan todas las características de verdaderos retratos; pero también se observa en infinidad de otras piezas que representan

figuras humanas de gran realismo, seres mitológicos, animales, plantas, frutas, casas, o utensilios, mientras que otras ostentan figuras aisladas o grupos de ellas en la parte superior de las vasijas. La pintura de las vasijas de este estilo no es polieromada, como en los tipos nazca o tihuanaco, sino que en general es aplicada en dos colores: castaño oscuro sobre fondo claro. También la clase de representación es totalmente diferente: los objetos no se dibujan en lo plano y estilizando, sino lineal y realísticamente, trazados a menudo con elegancia y casi como esbozados. Las escenas con numerosas figuras que se ven en estos vasos, resultan una fuente informativa inagotable para nuestros conocimientos de las antiguas culturas peruanas.

Después de que la cultura de Tiahuanaco (que acabó con ambos estilos) hubo pasado a la historia, llegaron a desarrollarse en la costa una serie de *estilos locales*, que en sus últimas fases se mezclan con la cerámica incaica. En el centro y parte norte de la costa aparece primero una *cerámica de color negro y rojo sobre blanco*, cuyos dibujos geométricos revelan todavía una considerable dependencia del arte del altiplano. En la región de Lima se origina el *estilo de Chancay* en negro y blanco sobre vasijas-efigie curiosamente primitivas y oviformes, que más bien recuerdan a Colombia o al noroeste de Argentina que a otros estilos peruanos. En el sur, se desarrolla el *estilo de Ica;* las formas de sus vasijas arraigan todavía en Tiahuanaco, mientras que su ornamentación policromada y geométrica no tiene dechados ni allá ni en Nazca. Más estrechamente relacionado con su predecesor está el *estilo neochimu*, porque repite formas de vasijas y motivos decorativos ya conocidos en el estilo paleochimu; pero ya no se presenta policromado, sino como una cerámica de color negro o gris oscuro, que está hecha en moldes y casi siempre decorada con relieves, produciendo multitud de formas de vasijas que no conocía el estilo paleochimu. Su foco de origen estaba situado probablemente en la comarca de Lambayeque, es decir, en la parte más septentrional de la costa.

P. A. Means supone que las culturas paleochimu y nazca fueron contemporáneas con la fase más antigua de Tiahuanaco, perdurando

hasta más o menos 600 d. c. Después siguen: la cultura de Tiahuanaco clásica de 600 a 900 d. c.; la cultura "epigonal" de 900 a 1100; y la época de los estilos locales de 1100 a 1400 d. c.; finalmente, a esta



45. Cerámica de Ica. (Colección Macedo, Museo de Etnología de Berlín.)

última sigue el período incaico. En esta relación cronológica, se ha calculado probablemente demasiado larga la duración en la costa de los períodos tiahuanaco y epigonal. Sería tal vez más acertado con-

cederles sólo una duración de 200 a 300 años, de suerte que las fases culturales más antiguas de la costa no terminarían ya hacia el año 600, sino entre 800 o 900; estas fechas están de acuerdo con los datos de Román y Zamora y Las Casas, según los cuales, un período cultural anterior, con una duración de 500 a 600 años, había terminado en el siglo X.

Tales cálculos, naturalmente sólo muy aproximados (debido a la falta de inscripciones o tradiciones dignas de fe), son el resultado, entre otros, de una tentativa por establecer una concordancia entre las evoluciones culturales del Perú y Mesoamérica, principalmente las culturas paleochimu y nazca y el "Viejo Imperio" de los maya, ya que Uhle considera las más antiguas civilizaciones peruanas como derivados de la cultura "mayoide". Efectivamente, hasta ahora no se ha logrado descubrir fases preliminares de las culturas paleochimu y en el suelo peruano, ni en Ecuador, y mucho menos en el área cultural colombiana: ambas aparecen en el horizonte de nuestros conocimientos, perfectamente desarrolladas y con un nivel técnico y artístico que después jamás ha sido alcanzado. La primitiva cultura de pescadores del Perú central no era tampoco una fase preliminar, porque en parte coincidía cronológicamente con la cultura nazca, como lo comprueban los hallazgos arqueológicos. Además, no cabe duda que estas altas culturas antiguas, de igual modo que las ecuatorianas, tenían relaciones directas con Mesoamérica. Esto se comprueba no solamente a base de los *objetos mesoamericanos importados* descubiertos en sepulturas peruanas (especialmente materiales para joyas como conchas de la especie *spondylus pictorum*, que exclusivamente viven en las costas de Mesoamérica, turquesas y jadeítas), sino también por las *formas artísticas* inconfundiblemente mesoamericanas. A éstas pertenecen: las pirámides escalonadas y vasijas trípodes; figuritas de piedra arcaicas de Huaraz (en el callejón de Huaylas) que recuerdan de manera muy llamativa, las esculturas premayas del oeste de Guatemala; vasijas de barro que representan figuras de hombres o animales, de las culturas paleo y neochimu, las que tienen sus paralelos en las regiones zapoteca y maya, y finalmente, muchas figuras

del panteón del arte paleochimu y nazca (dioses barbudos, demonios con figura de zorros o felinos, serpientes con cabezas en sus dos extremos). También en los mitos de los pueblos de la costa peruana, que no han sido apuntados hasta la época española, se hallan muchos extraños paralelismos con México; y tal vez hasta los cálculos con *cordeles de nudos* en el Perú han tenido un origen en parte influídos por la escritura con guarismos de los maya. En la mayoría de los casos, estas concordancias se hallan en el norte de la costa del Perú (y tierra adentro), donde la leyenda dice que desembarcó Naympal, y desde donde no quedaba lejos la puerta de entrada ecuatoriana para influencias septentrionales. Estas antiguas comunicaciones han dejado también sus huellas en Mesoamérica, como lo demuestran muchas formas y decorados de vasijas mexicanas. Parcialmente de origen peruano era sobre todo la metalurgia mexicana, de un carácter muy reciente y rudimentario en comparación con el Perú; pero justamente aquellos metales puros o aleaciones que México y el Perú tenían en común, aparte de oro y cobre (bronce, plata y plomo), faltan en el área cultural colombiana. Lo mismo puede decirse de ciertas formas de utensilios, por ejemplo, hachas planas de cobre y cuchillos de cobre delgados en forma de "T".

Sin embargo, todas estas relaciones con Mesoamérica no pueden explicar el carácter peculiar de los dos principales estilos artísticos de la costa peruana, ni tampoco la arquitectura lítica del altiplano peruano, tan diferente de la de México. Frente a estas y otras discrepancias fundamentales entre las áreas culturales del Perú y Mesoamérica, se siente uno obligado a admitir también para el Perú un *centro independiente de origen de la alta cultura,* que, sin duda alguna, no estaba situado en la costa, sino en el altiplano, el cual, por sus grandes riquezas naturales (papas, llamas, vicuñas, cobre y estaño) disponía de condiciones económicas adecuadas para una evolución superior. Al arqueólogo peruano Julio Tello corresponde el mérito de haber reconocido la importancia de la región andina para la historia cultural peruana; a él se debe la primera exploración minuciosa de los antiguos centros culturales del callejón de Huaylas (*catac,* cerca

de Recuay, *Huaraz*, etc.) y del valle del Marañón superior *(Chavín de Huantar)*. En ambas regiones, Tello encontró numerosas construcciones arcaicas de piedra: cámaras labradas en roca viva que contenían ataúdes monolíticos; otras cámaras y corredores con paredes de pilastras y mampostería, en parte subterráneas, en parte dentro del cuerpo de pirámides escalonadas; finalmente, hileras de pilares de piedra, circundando plazas rectangulares o circulares. Esta arquitectura revela de una manera inconfundible rasgos afines con la arquitectura de San Agustín y Tiahuanaco. En Chavín, las cámaras que servían de templo estaban adornadas con estelas y estatuas, dinteles esculpidos y lápidas con bajorrelieves, cuyas figuras muestran, por cierto, también muchas relaciones estilísticas y temáticas con el arte de Tiahuanaco, pero que difieren de éste por el hecho de que la figura dominante no es el dios solar antropomorfizado, sino un demonio con figura de jaguar que aparece bajo variantes siempre nuevas. Tello ve los precursores de este arte en las ya mencionadas estatuas arcaicas de Huaraz y en la cerámica también arcaica de Recuay, adornada con dibujos en pintura negativa. La cerámica de Chavín, de color negro de azabache y decorada con relieves, revela cierta semejanza exterior con la cerámica neochimu, conservando, sin embargo, su "carácter Chavín" en cuanto a las representaciones que lleva. Según el modo de ver de Tello, la antigua cultura septentrional de los Andes se difunde desde el callejón de Huaylas y Chavín, no solamente sobre todo el altiplano hasta Tiahuanaco, sino también sobre la costa, donde se transforma en las *culturas paleochimu* y *nazca*, ya que también en el arte de estos pueblos costeños, especialmente en Nazca, un demonio felino desempeña papel de importancia. A. L. Kroeber ha reconocido, en una crítica de estos conceptos, que la influencia del altiplano sobre los estilos de la costa tenían efectivamente mucha importancia ya desde antes de las épocas de Tiahuanaco e incaica, lo que se expresa no solamente en sus ornamentos, sino también en las formas de vasijas, como en la ya mencionada botella con dos picos unidos por medio de un puente. Sin embargo, tal influencia no basta (como tampoco las influencias mesoamericanas) para expli-

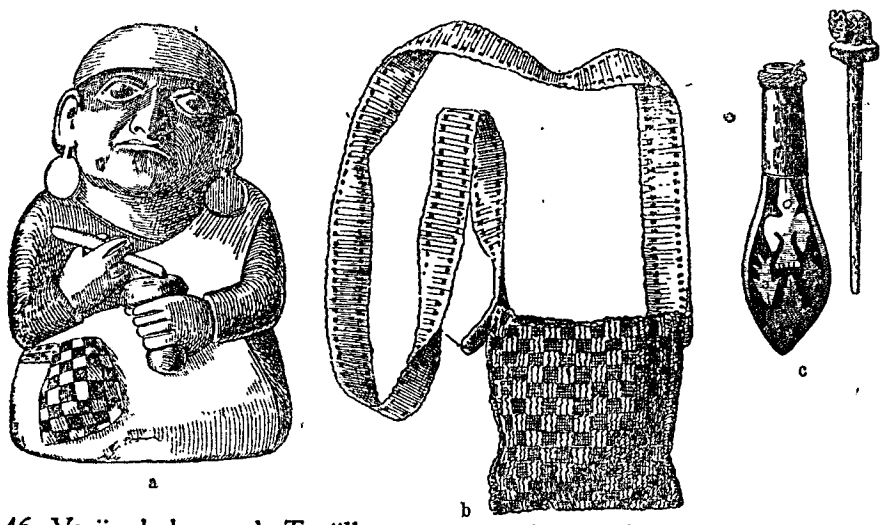
car todas las peculiaridades de las dos culturas costeñas de tan alto nivel, y, además, en el territorio nazca se presentan paralelismos bien marcados con el estilo de Chavín, especialmente las hileras de rostros con apéndices tentaculiformes, sólo después de que las bases de este estilo artístico ya estaban firmemente establecidas. Tampoco el vaso de estribo, una de las formas típicas del estilo paleochimu, puede ser originario del altiplano peruano, por no encontrársele en dicha región (ni tampoco en México, donde sólo se le halla muy raras veces). Las influencias de la cultura del altiplano no llegan a predominar sino hasta en el estilo neochimu, el cual ha copiado algo de todos los estilos artísticos del Perú.

7. La costa peruana

Resulta difícil hacer una descripción, en forma sucinta, de la vida inmensamente rica y multiforme que reinaba en los valles de la costa en los tiempos preincaicos. En las playas abonadas, con el cieno que las avenidas de los ríos depositaban, se daban maíz, mandioca, frijoles, calabazas, batatas y maní, muchas especies de árboles frutales e importantes plantas industriales (como el algodón y la agave), que proporcionaban fibras para tejer; algarrobos y palos de balsa, que producían maderas para construcciones. En los cañizales de las desembocaduras anidaban grandes bandadas de pájaros; en el monte bajo del interior pacían manadas de ciervos y en las aguas costeras abundaban peces y focas. Con infatigable laboriosidad, los costeños se aprovechaban de estos dones que la naturaleza les brindaba en medio de un desierto de arena. Solían ensanchar la *superficie cultivable* por medio de artificiosos sistemas de riego, cuya destrucción por el inca Pachacutec resultó suficiente para obligar al imperio chimú a rendirse. La tierra se abonaba con pescados o guano que se traía de las islas en las cercanías de la costa y se labraba el suelo con palas en forma de canalete. Estas eran, o enteramente de madera o tenían una hoja de cobre con un casquillo en el que se introducía el cabo de madera.

Mesegueros patrullaban los campos y ahuyentaban a los pájaros con cerbatanas.

Los dibujos en las vasijas de la cultura paleochimu presentan a menudo *escenas de cacería o pesca.* Se arrinconaba a los ciervos hacia redes verticales y entonces se les mataba con dardos lanzados con propulsores del tipo colombiano, o con mazas cortas de madera. En



46. Vasija de barro, de Trujillo, representando a un hombre que come coca *a),* y los utensilios que le son indispensables *b)* y *c).* Hallazgo de Chuquitanta, cerca de Lima. La bolsita está tejida en azul y blanco, mientras que la calabacita muestra adornos de pájaros y pescados, grabados; originalmente, el borde del gollete de la calabaza estaba reforzado con una arandela de cuero. (Según Bässler.)

las sepulturas de Ancón se han hallado también restos de arcos de sección rectangular. La pesca se practicaba principalmente con anzuelos. En muchos vasos se ven pescadores en cuclillas, remando sobre pequeñas balsas de juncos que tienen, en contraste con las de los uro, la popa cortada en ángulo recto (no puntiaguda), igual a las que aún hoy se usan en la costa peruana; a su lado están unas aves con una cuerda en el pescuezo, que tenían que lanzarse al agua para agarrar peces: como los cormoranes en China.

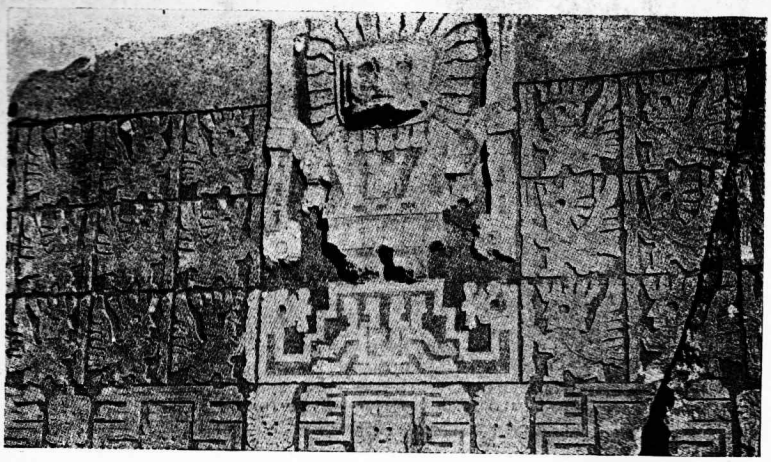
Originalmente, el único animal doméstico de los costeños era el *perro*, que se usaba en las batidas y del que se hallan en las sepulturas tres razas distintas de las europeas. Las llamas habían sido introducidas ya en tiempos remotos, desde el altiplano, pero parece inverosímil que en la costa hayan sido de mucha importancia, por no serles propicio el clima costeño.

De los valles de la vertiente oriental de los Andes, los costeños obtenían la *coca*; en las sepulturas se hallan con frecuencia bolsitas

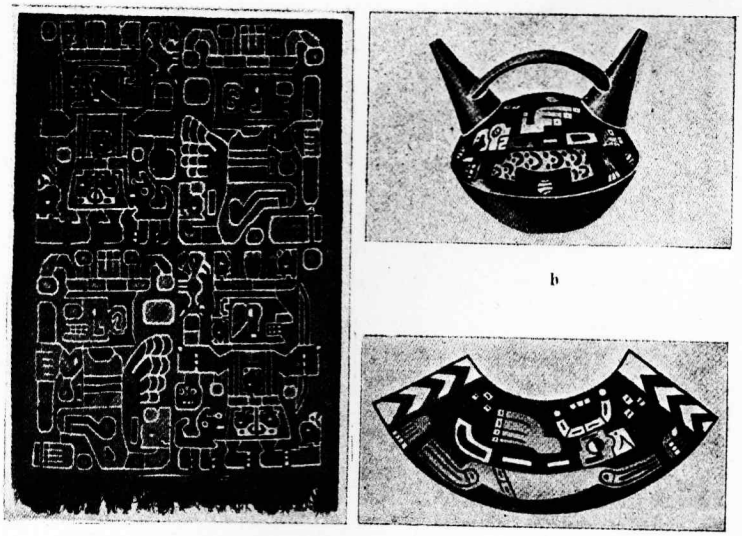
47. Batida con redes. Escena de una jarra policromada de Trujillo. (Según Bässler.)

tejidas para las hojas de coca, y calabacitas nítidamente decoradas, para la cal. Por las representaciones de bacanales o de borrachos se puede juzgar la gran popularidad de bebidas fermentadas, especialmente de la *cerveza de maíz*.

En las vasijas de barro de la cultura paleochimu se encuentran a veces representaciones plásticas o dibujadas de *casas* de un estilo bastante primitivo; son cobertizos abiertos con techo inclinado que descansa en una viga horizontal sobre dos postes. Por todo el largo del fondo se extiende un poyo para dormir, y en la parte delantera, un techo, más pequeño que proporciona un poco de sombra. Estas casas que se levantan sobre pirámides escalonadas, es decir, que servían como templos, no eran en el fondo, más que una especie de

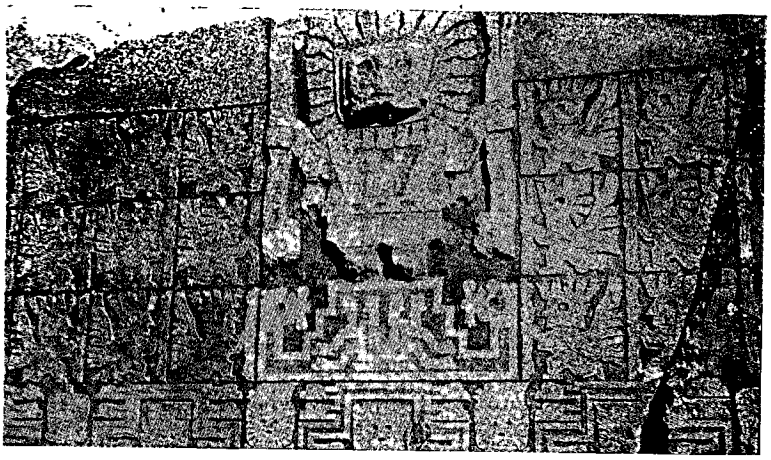


120. Friso de la puerta del sol, en Tiahuanaco. (Según *Razas humanas*, II.)

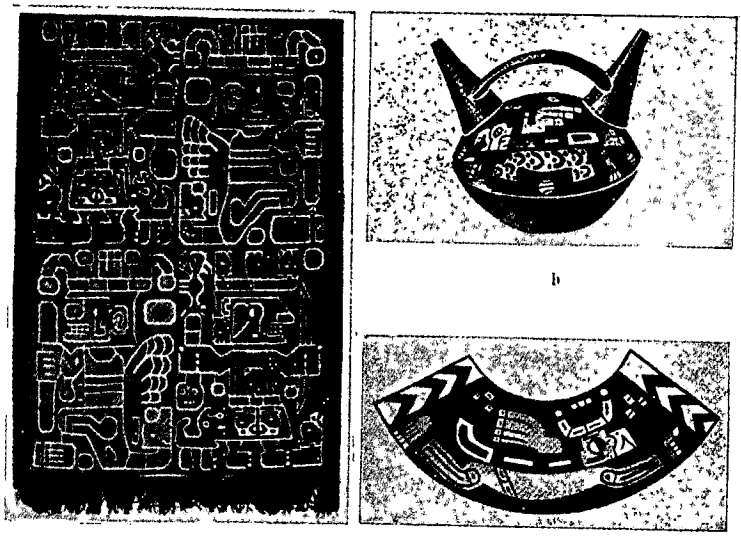


a b c

121. Tejido y vasijas de barro con representaciones al estilo de Tiahuanaco, de Ancon *(a)* y Pachacamac *(b* y *c)*. Lo más significativo del tejido es la representación de dos arqueros; las decoraciones de la vasija (*c)*, en forma desplegada) muestran demonios en la figura del cóndor. (Según Reiss-Stühler y Bässler.)



120. Friso de la puerta del sol, en Tiahuanaco. (Según *Razas humanas,* II.)

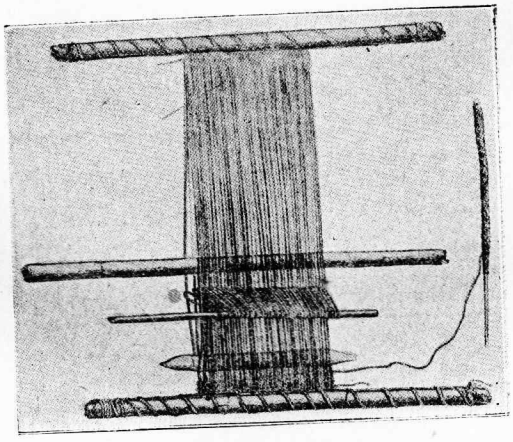


a b c

121. Tejido y vasijas de barro con representaciones al estilo de Tiahuanaco, de Ancon *(a)* y Pachacamac *(b* y *c).* Lo más significativo del tejido es la representación de dos arqueros; las decoraciones de la vasija *(c),* en forma desplegada) muestran demonios en la figura del cóndor. (Según Reiss-Stühler y Bässler.)

122. Orejera con decoración de mosaico en la parte anterior. De Copacabana, Perú. (Del Museo de los Indios Americanos, Fundación Heye, Nueva York.)

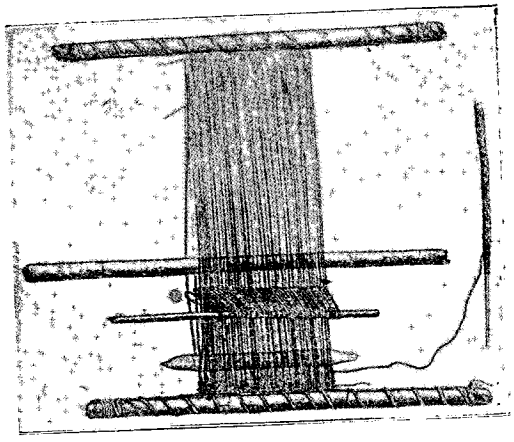
123. Anfora de Cuzco, Ecuador.



124. Telar vertical de Pachacamac. El armazón consistía en dos palos amarrados en forma de horquilla. (Según Max Schmidt.)

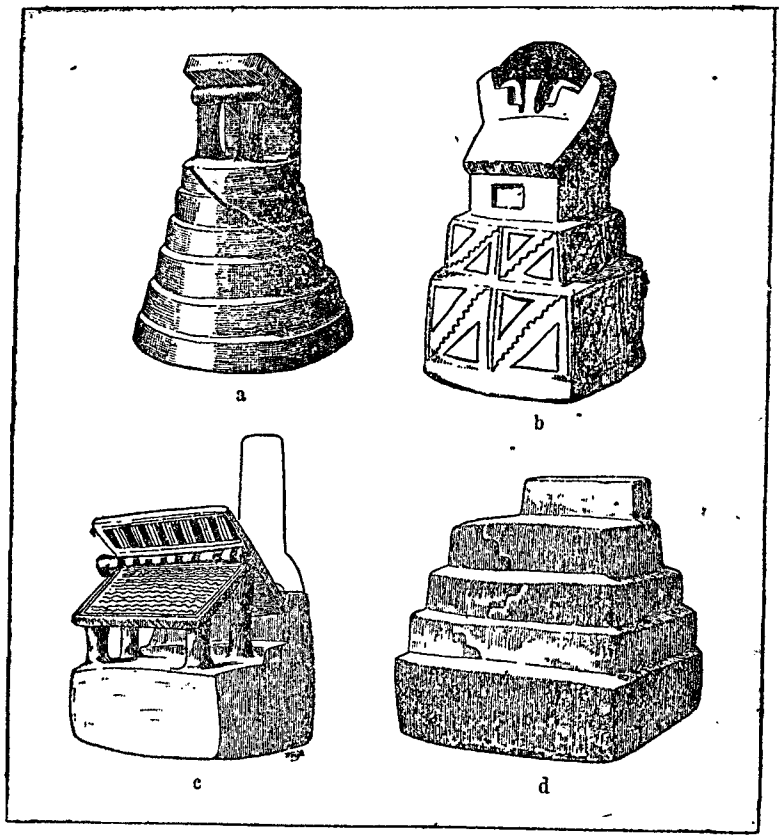
122. Orejera con decoración de mosaico en la parte anterior. De Copacabana, Perú. (Del Museo de los Indios Americanos, Fundación Heye, Nueva York.)

123. Anfora de Cuzco, Ecuador.



124. Telar vertical de Pachacamac. El armazón consistía en dos palos amarrados en forma de horquilla. (Según Max Schmidt.)

"toldos" y probablemente proceden de la antigua población de pescadores de la costa. Como lo encontramos con mucha frecuencia en todas partes del mundo, así también aquí el templo conserva un arcaico tipo de casa-habitación que los hombres ya han sustituído



48. Vasijas de barro de Trujillo, en forma de casas o pirámides. (Según Bässler.)

por otro más moderno, desde hace mucho tiempo. Estos costeños vivían en casas rectangulares con techo a dos vertientes, cuya cumbrera y vigas laterales descansaban sobre horcones que, en su parte superior, estaban decorados con un rostro humano tallado, mientras

que en el caballete del techo se levantaba muchas veces una alta pieza sobrepuesta o "cresta" como en los templos maya.

En virtud de que, en toda la costa, solamente los angostos valles de los ríos hacían posible la vida humana, los paraderos muy pronto adquirían el tipo de ciudades. Tello ha descubierto en la península de *Paracas*, en la región de la cultura nazca, una forma de distribuir las casas evidentemente muy antigua. En el citado lugar, todos los edificios están construídos bajo tierra, removiendo la arena hasta tocar el estrato de granito a una profundidad de dos a cuatro metros y edificando las casas en los hoyos con la ayuda de piedras, barro, algas marinas, madera y huesos de ballena. Desde un recinto a ras del suelo, baja una escalera a cada uno de los pequeños aposentos cuadrados, de los que algunos se caracterizan como cocinas por la instalación de fogones y grandes depósitos de barro para provisiones. Estas casas forman largas hileras, paralelas a otras hileras de tumbas, construídas de la misma manera, pero más amplias.

Muy distinta era la disposición de las casas en las ciudades costeñas del norte, de las que Chanchan, cerca de Trujillo, representa el centro del imperio chimú que fué conquistado por los inca. Toda la población está construída a flor de tierra, consistiendo en numerosas cuadras de muros con pilas de agua, jardines y patios, dispuestas como las casillas de un tablero de ajedrez y separadas entre sí por angostas callejuelas; largas filas de aposentos en forma de celda sin ventanas, miran a los patios. En el centro de este laberinto de casas se levanta un cerro artificial con un conjunto de casas semejante, donde se hallaban probablemente las viviendas de los nobles y príncipes, porque éstos, según un relato antiguo, construían sus casas siempre sobre elevaciones naturales o artificiales del terreno. En *Pachacamac*, que está subdividido en barrios por medio de dos calles principales cruzadas en ángulo recto, había sobre terrazas de poca altura varios edificios como palacios.

Las pirámides escalonadas que sirven de base para los templos que más recuerdan las de Mesoamérica son aquellas que se hallan en

la parte septentrional de la costa; tienen escalones angostos, paredes con mucho declive y una rampa o escalinata frontal o lateral. El ejemplo más puro de este tipo es la pequeña pirámide cuadrada de tres cuerpos de *Etén*, cerca de Lambayeque, pero también pertenecen a este tipo las dos grandes pirámides de *Moche*, el centro religioso de la cultura paleochimu, que, sin justificación alguna, han sido llamadas "templos del sol y de la luna" (huaca del sol y huaca de la luna). La huaca del sol se levanta sobre una enorme terraza de dieciocho metros de altura y tiene planta cuadrada con más de cien metros por cada lado, siete escalones de una altura total de veintitrés metros, de suerte que en total resultan más de cuarenta metros. En las pirámides de Pachacamac, así como en los valles de Lima y Chincha, la semejanza con Mesoamérica es ya mucho más pequeña, pues presentan elementos que son extraños a las construcciones escalonadas mesoamericanas, como, por ejemplo, subidas sinuosas y edificios sobre los escalones en la pirámide del sol de los inca en Pachacamac, que se ha construído cortando terrazas en una loma natural y que, por tal motivo, tiene una base trapezoidal enteramente irregular, y escalones que por los cuatro costados tienen alturas y anchuras diferentes. El templo más antiguo de Pachacamac, que ha dado el nombre a la ciudad y que consistía en una construcción rectangular con cinco cuerpos en el centro de un recinto rodeado de terraplenes, tiene todavía algo más de afinidad con el tipo mesoamericano.

De igual manera que las manzanas de casas quedaban encerradas entre muros como ciudades, así también las ciudades estaban rodeadas de altos terraplenes, en cuyas puertas se encontraban nichos laterales, donde podían apostarse centinelas (en Maranga, cerca de Lima). Además, se utilizaba la construcción de terrazas para fortificaciones. *Paramunga*, al norte de Lima, cubría el flanco sur del imperio chimu; dicho lugar está ubicado sobre una loma aislada de unos cuarenta metros de altura, que había sido fortificada por medio de tres terraplenes con una altura de siete a nueve metros cada uno y dispuestos en forma de gradas. El más superior tiene bastiones en tres esquinas, y en la cuarta una puerta, desde la que una rampa sube a la

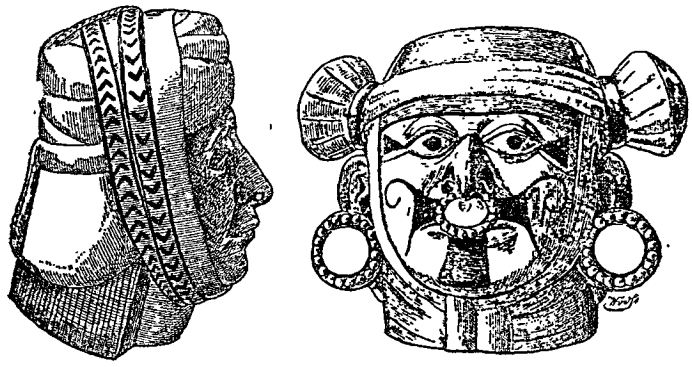
segunda y tercera terrazas terraplenadas. Sobre el más alto, se levantan los aposentos y la atalaya, lugar al que sólo podía llegarse después de atravesar un largo corredor sinuoso.

Todas estas construcciones están hechas de adobes. La piedra se utilizaba solamente para los cimientos y pilares a fin de aumentar la estabilidad de las enormes masas de adobes, tanto en terrazas como en pirámides. La forma primitiva del pequeño adobe de la región, rectangular y prensado en moldes, que también ha sido utilizado en las grandes terracerías del valle de Lima, eran grandes terrones redondeados y hechos a mano, que forman el material de las ruinas y tumbas de la región de Nazca.

En comparación con Mesoamérica, la *decoración de las paredes* de tales construcciones de barro era insignificante, consistiendo en la "Huaca de la Laguna", cerca de Lima, en adobes salientes que forman figuras geométricas; en Chanchan, en bajorrelieves de estuco que causan la impresión de tapices; en Monche y Pachacamac, en pinturas al fresco. Según los relatos antiguos, el templo del dios Pachacamac ostentaba un adorno de láminas de oro sobre las paredes exteriores.

A pesar del clima cálido, la *indumentaria* en los centros culturales de la costa peruana era más rica y más completa que en todos los otros países civilizados americanos. Probablemente el ardor del sol y las tempestades de arena obligaban al costeño a cubrirse el cuerpo, especialmente la cara, de modo parecido a como sucede al beduíno en la faja desértica del Africa y el cercano Oriente. Las representaciones artísticas y hallazgos arqueológicos nos proporcionan únicamente conocimientos detallados sobre la indumentaria masculina, porque las mujeres ocupan en el arte chimu y nazca sólo un lugar de importancia secundaria; probablemente, sus vestidos se diferenciaban poco de los de las indias del altiplano. Los hombres llevaban un taparrabos que, en la citada región, sólo consiste de una tira de tela relativamente corta del ancho de una mano, que tiene cintas en ambos extremos, de modo que parece más bien un cinturón complementario. A éste se agregaba una camisa muy ancha, con mangas añadidas de tamaño

corto o largo, que apenas llegaba hasta la cintura, de suerte que se acostumbraba llevar otra segunda más larga debajo de ella (en la región de Nazca), y, en la región de los chimu, ceñirse un pequeño delantal que, en los dibujos, asoma debajo de la camisa. Casi nunca quedaba desnuda la parte superior del cuerpo. Sobre la camisa se llevaba una ancha esclavina que se amarraba en la nuca con un cordón, o un capote rectangular, cuyas esquinas se juntaban sobre el pecho con un nudo (han sido los inca quienes introdujeron los alfi-



a b

49. Vasijas de barro en forma de cabezas humanas. El pico curvo se omitió en el grabado. Hallazgo de Trujillo, *a)* y Chimbote, *b)*. (Según Bässler.)

leres para vestido). Al sentarse, el abrigo servía de cojín; a menudo también se colocaba sobre la cabeza como en el Oriente.

Además hay, en la región de los chimu, infinidad de otras maneras de cubrirse la cabeza. Algunas veces aparece la cabeza envuelta, como con un turbante, en varios paños sujetos con una venda que pasa por la frente y la barba; otras veces se ven gorros con cubrenucas, gruesos rodetes de paños retorcidos, cuyos extremos sobresalen como borlas o franjas; en el centro y sur de la región costera hay también finas redecillas de malla y sombreros altos, cilíndricos, de cestería, que están cubiertos de mosaico de pluma o envueltos en tiras de tela con dibujos. En tiempos de la cultura neochimu, se llevaban también gorros a la manera del chuco, y en la cultura nazca, la honda

que originalmente sólo se ataba a la cabeza por mera comodidad, se había transformado en un adorno ricamente engalanado; en ambos casos se manifiesta de manera inconfundible la influencia del altiplano. Algunos tocados formaban parte de la *indumentaria festiva o guerrera.* Para amortiguar el golpe de la pesada maza, se cubría la nuca con un pedazo de tela, gruesamente acolchada. El yelmo del guerrero chimu era de forma cónica, consistiendo en un armazón doble de varillas recubierto de infinidad de hilos de lana, y tenía grandes discos de metal para proteger las sienes y orejas. En la región de los chimu han sido hallados lujosos gorros de pluma con una ancha corona en la coronilla y unos colgantes nucales de mosaico de pluma. En Nazca había pelucas y gorros de lana o pana de lana con largos mechones de cabello humano atados en el borde inferior. Durante las fiestas o danzas de los chimu y de los indios en el interior montañoso al este de Lima, los participantes se ponían a veces pieles enteras de animales, casi siempre de puna, y en la cabeza llevaban vendas frontales, de las que colgaban cabeza y garras o alas de algún animal, es decir, una costumbre que ya se acerca al disfraz verdadero.

50. Vasija de barro en forma de una figura humana sentada y ricamente ataviada. El pico curvo ha sido omitido, como en el grabado anterior. (Según Bässler.)

El calzado consistía en sandalias de cuero. Las pantuflas de lana sólo llegaron hasta la media costa con la cultura de Tiahuanaco.

Entre las joyas hay que mencionar en primer lugar unas medias lunas de plata con mango ( ), que, en la región de los chimu, se hincaban por delante o por detrás en la venda frontal, o que se fijaban en la punta del yelmo. Probablemente tenían por objeto imitar

penachos de plumas, de la misma manera que frecuentemente las vendas frontales eran reemplazadas por diademas de plata u oro. De los mismos metales elaboraban también puños, sortijas, narigueras colgantes discoidales o semilunares, y placas redondas que se fijaban con anillos en el lóbulo de las orejas. Por lo demás, las orejeras, que, como en el altiplano, sólo eran una prenda de los hombres, consisten en varitas de caña, bodoques de madera con chapa de metal o mosaico en la parte delantera, cilindros de madera o barro, cuyo lado delantero ostenta dibujos calados, y grandes discos de madera o metal.

51. Solemne procesión con danzantes disfrazados de animales, de los que dos llevan la imagen de la deidad en una litera de madera. Decoración desplegada de una jarra policromada, de Trujillo. (Original en la colección de Gretzer del Museo de Etnología de Berlín.)

El cabello se llevaba largo y a veces recogido en forma de un manera primorosa, mientras que el tatuaje, a juzgar por lo que nos muestran las momias, sólo se practicaba en la costa media. En cambio, la deformación craneana se conocía entre todos los pueblos de la costa, y esto, en formas excesivamente extremas; no son raros los casos de los hallazgos de calaveras altas, angostas y casi en forma de pilón de azúcar.

El cabello se llevaba largo y a veces recogido en forma de un grueso mechón nucal (entre los chimu), o en rodetes que se hacían más gruesos con pelo postizo y que se amarraban alrededor de la

cabeza como un turbante (nazca). No eran raros los casos en el período paleochimu que los hombres llevaban barba, pero comúnmente se arrancaban el pelo de la barba con pinzas de plata u oro, cuya forma circular o semilunar indica que originalmente consistían en las dos valvas de una concha. Muchas veces, este utensilio está artísticamente decorado y llega finalmente a transformarse en una joya que se emplea para formar la pieza central de ciertos collares de cuentas de oro o turquesas. Eran muy estimadas también las perlas y discos de concha, que se engarzaban para hacer cuellos anchos, collares o pulseras. Para el aseo del cuerpo se usaban peines compuestos de palillos y espejos de pirita, que, en algunos casos, estaban provistos de un mango artísticamente tallado.

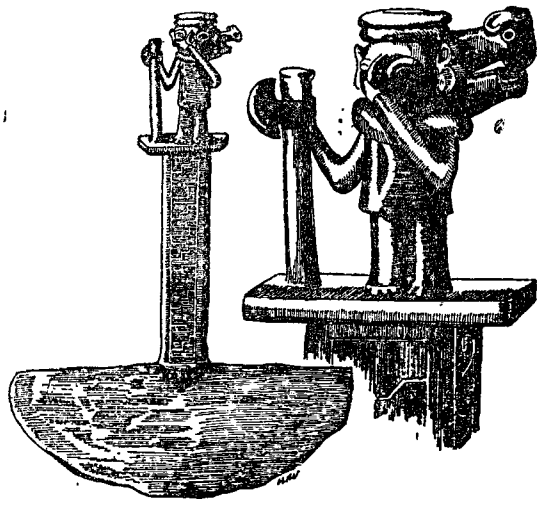
Para que pudiera llegar la indumentaria a este grado de perfeccionamiento refinado, era indispensable que existiera también un florecimiento extraordinario de todas las artes, entre las que, al lado de la cerámica, ocupaba el primer lugar el *arte de tejer*, cuyos productos, admirablemente conservados, se hallan en grandes cantidades en las sepulturas de los regiones central y meridional de la costa. Sólo puede aquilatarse en su justo valor lo realmente artístico de las labores de una tejedora del antiguo Perú, si se toma en consideración el aparato tan primitivo de que se valía para producirlas. Este dispositivo no tenía ni enjulio ni antepecho, de modo que sólo podían hacerse tramos muy cortos de tela; la tejedora, sentada en el suelo, lo extendía horizontalmente entre su cinturón y una estaca clavada en la pared, de lo que resultaba que no podía hacerse la tela tampoco muy ancha. Para formar la cruz, sólo había un palo para abrir y otro para cambiar la cala, y ambos se manejaban con la mano. Un telar tan sencillo bastaba para producir grandes tapices de vistosos coloridos, que algunas veces tenían hasta 105 hilos de trama por centímetro. Los hilos más finos y sedosos que se hilaban en husos diminutos, procedían de la vicuña, mientras que la llama, la alpaca, el algodón y el agave suministraban hilos más gruesos. Casi no había técnica ninguna de tejer del Viejo Continente que no fuera conocida. En las técnicas del reps, se producían en Pachacamac obras maestras de

cuadros tejidos, cuya belleza no tiene rival en el Viejo Mundo; en los tejidos dobles en técnica de cadenilla, los dibujos de ambos lados son perfectamente iguales, sólo opuestos en los colores. También por medio de una especie de brocado de la atadura de gasas, de calados o de pana, se sabía componer primorosos dibujos. Los bordados son especialmente característicos en el arte de tejer de Paracas, donde se producían maravillosos tapices con infinidad de figuras, entre ellos la famosa alfombra del "Museo del Trocadero" de París, cuyo borde ostenta noventa figuritas que rebasan el filete. Finalmente, se conocían ciertas técnicas para teñir (batik, ikaten, planghi) que tienen una amplia distribución en el sureste de Asia, y aparentemente también las técnicas de bolillo e hilillo, para hacer ribetes, cintas o encajes. Este nivel extraordinariamente alto del arte de tejer requiere necesariamente que haya habido una *producción en gran escala;* y en efecto, existe un vaso con un cuadro que confirma esta idea, porque muestra ocho mujeres, trabajando en el telar bajo la dirección de un hombre elegantemente vestido. Cada una de las tejedoras tiene a su lado una pieza de muestra y un jarro para refrescarse, y otra novena mujer atiende la cocina.

Las crónicas comprueban que también florecía en gran escala el comercio de estos productos. Según el relato de Calancha, el soberano del imperio chimu ocupaba 6,000 indios en el tráfico con el altiplano, de donde importaba, en primer lugar, metales, probablemente a trueque de víveres y telas. Parece que el comercio con la costa del Ecuador y los países más al norte, para el que los habitantes de Tumbes eran los intermediarios, fué todavía de mucho mayor volumen. Entre las mercancías de la balsa mercante de Tumbes, los españoles encontraron joyas de oro y plata, collares de piedras preciosas y telas, cuyos artefactos iban a ser trocados por conchas blancas o rojas; además, había en la citada balsa "balanzas pequeñas, al estilo de las romanas". Efectivamente, en las sepulturas de la parte central y meridional de la costa del Perú, se hallan frecuentemente *balanzas de mano,* con palanca de hueso, primorosamente tallada, y dos platillos de tejido de malla; y aún más, E. Nordenskiöld ha logrado descubrir

las pesas correspondientes, de piedra, de las que la más pequeña pesaba de 3.72 a 3.86 gramos.

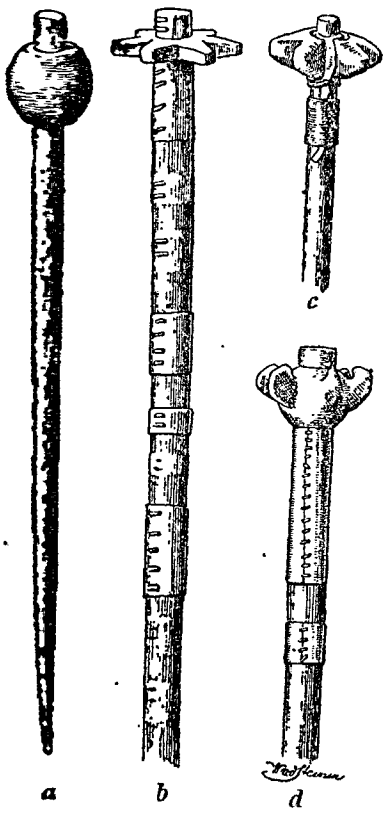
De otros objetos de arte no puedo mencionar aquí más que los espléndidos *mosaicos* que consisten, como en México, parte en incrustaciones de laminitas de turquesa, concha u oro en utensilios de madera, hueso, concha o piedra; y parte en verdaderos cuadros pequeños, formados de partículas de plumita de color, pegados sobre



52. "Tumi", cuchillo de bronce de la época incaica. Sobre la placa que termina el mango, se ve la figura de un hombre que carga un puma a la espalda y que sostiene en la mano un hacha con hoja en forma semilunar. De Chuquitanta, cerca de Lima. (Según Bässler.)

una base. Aparentemente, sólo en tiempos más recientes comenzaron a usarse los trabajos de malla de pluma, con los que se cubrían las prendas de vestir, principalmente camisas, con una delicada capa de plumas, porque los decorados de los jubones de pluma muestran en general el estilo del arte neochimu o ica. En su mayoría, estas obras de arte proceden de la parte central de la costa, donde se adornaban también los vestidos con lentejuelas de oro o plata.

La metalurgia tenía su centro en el norte; el sur no conocía, en el período de Nazca, ni la plata ni el cobre, y por ello fabricaban de piedra todos sus utensilios, entre ellos hachas magníficamente labradas, con hojas encajadas en el cabo y amarradas para afianzarlas. Pero aun en la costa norte se trabajaba solamente cobre puro, aparte de los metales preciosos. La técnica no estaba tan bien desarrollada como en Colombia. Se ignoraba el dorado, la soldadura, el estirado de alambre y aun el vaciado "a la cera perdida"; o, al menos, se les aplicaba sólo raras veces. Los utensilios metálicos característicos de la costa son: hojas para palas o azadas, cinceles o piquetes con casquillo para el mango, cuchillos sencillos en forma de una "T"; es decir, de corte transversal, a la manera de los cuchillos zapoteca; además, otra clase de cuchillos con el filo a continuación del mango, cuyo extremo está arrollado como en los cuchillos de la época del bronce en Europa; finalmente las ya mencionadas pinzas de depilar y vasos de plata u oro, repujados sobre un patrón de madera, que llevan muchas veces, en la parte delantera, una cara humana. Ya he mencionado en el capítulo anterior las curiosas hachas de cobre sin mango que llevan en la mano los dioses representados en el arte paleochimu.



53. Distintos estilos de mazas del antiguo Perú, mayormente en forma erizada; encontradas en enterramientos de la costa (Pachacamac, Chuquitanta, Lima). En algunas de estas armas la cabeza es de piedra *a)* y *c)*, en otras, de bronce chapeada de plata *d)*. Largo total: *a*, 63 cm.; *b*, 1 metro, *d*, 1.7 metros. (Museo de Etnología de Berlín.)

Como arma principal, los guerreros de la misma época manejaban porras con extremos de madera o piedra; el de madera termina en punta y está rodeado de un anillo, en tanto que el de piedra tiene forma esférica o estrellada. En las pinturas de los vasos se ven dibujados escudos, tanto redondos como rectangulares; el único escudo conservado y que está en el Museo de Munich, tiene forma circular y es relativamente pequeño (40 centímetros de diámetro); consta de dos capas de cañas con un forro de cuero pintado en la parte delantera; no tiene más que una sola asa de cuero, y esto es lo único que esencialmente lo distingue del escudo mexicano. Como corazas se acostumbraban, igual que en México, jubones de algodón acolchados.

54. Escena de combate. Decoración (desplegada) de una jarra policromada de Trujillo. (Según Bässler.)

A los enemigos muertos en combate, se les cortaba y desollaba la cabeza; después, se disecaba la piel craneana hasta el tamaño de un puño, como lo hacen los modernos jívaro, o se volvía a colocarla sobre el cráneo. Ambas clases de trofeos existían en la cultura nazca; en una tumba preincaica del valle de Lima se ha encontrado también un bien conservado escalpo.

Sobre las condiciones sociales y políticas de los pueblos costeños, las fuentes no contienen más que unas cuantas indicaciones. Originalmente, cada uno de los pequeños oasis fluviales formaba un estado independiente, cuyo cacique no era, naturalmente, mucho más que un jefe de aldea; según Las Casas, estos jefes no dejaban su dignidad en herencia al hijo mayor, sino que la transferían, con la

aprobación de los habitantes del pueblo, al más digno. Había jefes femeninos en la región de Piura y Tumbes. También el imperio chimu, único estado costeño de cierta importancia sobre el que tenemos algunos informes, se basaba todavía en el feudalismo; desde los valles de Trujillo y Chimaca se había extendido poco a poco sobre toda la costa norte, anexándose entre otros también el pequeño estado de Lambayaque que, según las tradiciones, había tenido doce gobernantes después de su fundación por Naymlap. De lo que Balboa nos cuenta sobre la corte de Naymlap, se desprende que esta clase de reyezuelos estaban rodeados de una pompa casi regia; entre la servidumbre figuraban un maestro de música o heraldo (que tañía la trompeta de caracol), un jefe de literas, un copero, un cocinero, un encargado de los baños, un administrador de los afeites y colores (para la pintura facial del soberano), un maestro plumario y un hombre "que tenía que echar el polvo de conchas sobre los sitios que pisaba el monarca". Las pinturas de los vasos nos informan también sobre la construcción de las literas que consistían en una silla en forma de cajón, con dos varas para cargarla. Posiblemente eran también insignias de la dignidad del príncipe, los abanicos de pluma, las varas en forma de cetro, y canaletes o bastones-palas con deliciosas entalladuras (en Ica), que han sido hallados en sepulturas.

En cuanto a la administración de justicia, se nos dice que el robo era considerado, en los dominios de los chimu, como uno de los delitos más graves; se castigaba, ahorcando no solamente al ladrón, sino también al encubridor. A los adúlteros, se les arrojaba a un precipicio; a los brujos ineficaces y a los convictos del crimen de lesa majestad, se les enterraba vivos, mientras que se quemaba a los "sodomitas". En las vasijas de barro del período paleochimu, se ven algunas veces hombres desnudos, amarrados a un palo o dentro de un marco de palos, en cuyos casos se trata probablemente de criminales castigados.

Los *instrumentos de música* de los pueblos costeños incluían trompetas de caracol o de barro, flautas de caña, flautas de Pan y tambores de mano. Los tambores eran (como lo demuestran algunos ejemplares conservados) planos como el tamboril, con parche por los

dos lados y provistos de un pequeño palillo. También los uro modernos usan este instrumento, aunque entre ellos tiene además un dispositivo que le da el carácter de sonaja (piedrecitas sueltas en el interior) y se toca por medio de un cordón tirante sobre el parche, a igual que muchos tambores-sonaja norteamericanos. Aún más notable es la concordancia con Norteamérica en el *juego de pelota*, que se jugaba, según un hallazgo hecho en Nazca, con típicas "raquetas". También el juego de chueca de los indios del Chaco no puede proceder de otra región que del Perú. El uso de máscaras en las danzas está comprobado por las numerosas representaciones halladas en los vasos de la cultura paleochimu, que generalmente muestran a los danzantes con el disfraz de fieras o también de aves (en este último caso, con alas artificiales, sujetas en la espalda).

La fantasía de los costeños admitía una naturaleza poblada con infinidad de *demonios animales:* jaguares, zorros, pájaros y reptiles. Figuras fantásticas de serpientes míticas o seres híbridos como dragones, abundan en las vasijas chimu, junto a toda clase de espíritus de la vegetación como demonios del maíz o de la papa. En la región chimu, la rana aparece como portadora de los frutos del campo; en Nazca es un felino con piel moteada o demonio felino, que también se identifica como un ser belicoso gracias a una maza y una cabeza-trofeo que tiene en sus manos. En general, se le ve en combinación con la "serpiente erizada" que se desprende como un segundo cuerpo de la cabeza del demonio felino, y que hay que interpretar (a base de pinturas similares en vasijas chimu) como una forma del ciempiés. En las fiestas, el demonio felino era personificado por danzantes que llevaban como máscara una imitación de la cara de un gato, de oro, con bigote y barba.

Tello toma este demonio, cuyo prototipo era el jaguar, por una de las deidades más importantes del panteón peruano de las primeras épocas. En Chavín aparece sobre todos los monumentos, las más de las veces en la figura de un ser humano, pero con garras en manos y pies, así como con anchas fauces y colmillos amenazantes. En el "Relieve de Raimondi", el dios jaguar tiene la cabeza cubierta de un

objeto fantástico que se interpreta también como representación del cuerpo de un ciempiés; en el "Obelisco Tello", probablemente de mayor antigüedad, el mismo dios aparece en la figura de una punta de lanza que, según Tello, significa la fulgurita; porque el dios jaguar es el señor de la tormenta, de la luna y de los astros. Efectivamente, todos los demonios con figura humana del arte paleochimu muestran su *carácter originalmente felino,* por tener grandes colmillos en las comisuras.

Por otro lado sabemos, a base de las crónicas españolas, que todavía los chimu recientes adoraban la *luna* (Si) como su deidad principal, porque se le creía más poderosa que el sol, en virtud de que es visible no solamente en la noche, sino también algunas veces durante el día, y además por producir los eclipses solares. Fácilmente se comprende que la luna debía tener, para el costeño (y en contraste con el sol, cuyo soplo ardiente abrasa la tierra) un carácter de verdadero benefactor, al que no sólo se atribuía la frescura y el sereno de la noche, sino también la lluvia, las tormentas y el crecer de las siembras. Al lado del dios lunar e íntimamente relacionado con él, porque origina las mareas, figura la diosa del mar (Ni). Los sirvientes del dios lunar son las estrellas que, en tiempos remotos, habían agarrado por orden suya a un ladrón, para darlo de comida a cuatro cóndores: mito que sirve para explicar la constelación del Orión.

En el arte paleochimu, se ven con mucha frecuencia representaciones de luchas entre dioses, por ejemplo, entre un demonio con figura humana y un dios pez o camarón. También en los pocos fragmentos que se conocen de la mitología de las tribus costeñas, estas luchas desempeñan un papel importante; deben interpretarse probablemente como expresiones poéticas de fenómenos cósmicos, principalmente del antagonismo entre el sol y la luna, con respecto al cual, el costeño manifiesta claramente su simpatía por la luna. A esta clase de cuentos pertenece el mito de la lucha entre *Con* y *Pachacamac*. *Con* es un ser solar que primero hace crecer frutas y maíz en toda la costa, pero que más tarde transforma todo de nuevo en un desierto. *Pachacamac* ("creador del mundo") le expulsa y representa la

objeto fantástico que se interpreta también como representación del cuerpo de un ciempiés; en el "Obelisco Tello", probablemente de mayor antigüedad, el mismo dios aparece en la figura de una punta de lanza que, según Tello, significa la fulgurita; porque el dios jaguar es el señor de la tormenta, de la luna y de los astros. Efectivamente, todos los demonios con figura humana del arte paleochimu muestran su *carácter originalmente felino,* por tener grandes colmillos en las comisuras.

Por otro lado sabemos, a base de las crónicas españolas, que todavía los chimu recientes adoraban la *luna* (Si) como su deidad principal, porque se le creía más poderosa que el sol, en virtud de que es visible no solamente en la noche, sino también algunas veces durante el día, y además por producir los eclipses solares. Fácilmente se comprende que la luna debía tener, para el costeño (y en contraste con el sol, cuyo soplo ardiente abrasa la tierra) un carácter de verdadero benefactor, al que no sólo se atribuía la frescura y el sereno de la noche, sino también la lluvia, las tormentas y el crecer de las siembras. Al lado del dios lunar e íntimamente relacionado con él, porque origina las mareas, figura la diosa del mar (Ni). Los sirvientes del dios lunar son las estrellas que, en tiempos remotos, habían agarrado por orden suya a un ladrón, para darlo de comida a cuatro cóndores: mito que sirve para explicar la constelación del Orión.

En el arte paleochimu, se ven con mucha frecuencia representaciones de luchas entre dioses, por ejemplo, entre un demonio con figura humana y un dios pez o camarón. También en los pocos fragmentos que se conocen de la mitología de las tribus costeñas, estas luchas desempeñan un papel importante; deben interpretarse probablemente como expresiones poéticas de fenómenos cósmicos, principalmente del antagonismo entre el sol y la luna, con respecto al cual, el costeño manifiesta claramente su simpatía por la luna. A esta clase de cuentos pertenece el mito de la lucha entre *Con* y *Pachacamac*. *Con* es un ser solar que primero hace crecer frutas y maíz en toda la costa, pero que más tarde transforma todo de nuevo en un desierto. *Pachacamac* ("creador del mundo") le expulsa y representa la

luna, porque se le consideraba como hermano del sol; su imagen se encontraba en una pieza oscura del último templo de la ciudad que lleva su nombre, y su mujer es la diosa del mar. Según otro mito, Pachacamac mata al hijo del dios solar, lo hace pedazos y forma de sus extremidades los frutos del campo, por no tener el propio dios solar el poder necesario para proteger a los hombres contra el hambre. Pero más tarde, Pachacamac tiene que huir ante *Huichama*, otro hijo del sol, que, en su ira frenética, prende fuego al aire, quema la tierra y transforma en piedras a todos los hombres que Pachacamac había creado. Una nueva generación de hombres nace de tres huevos (estrellas), uno de oro, otro de plata y el tercero de cobre, que el dios solar hace descender del cielo. La figura mítica de *Coniraya*, que se adora en Huarochiri, en la región al este de Lima, personifica un ser solar que comparte muchos rasgos con el astuto y lascivo héroe animal de Norteamérica; es más bien un ser malicioso que una deidad benévola, y también enemigo de Pachacamac, porque acecha a la mujer (la diosa del mar) y a las hijas de éste.

Según las representaciones del arte chimu, el sacrificio humano se consumaba cortándole la cabeza a la víctima. A la luna se le ofrendaban niños (aparte de chicha y víveres) cuya sangre se dejaba correr sobre montones de algodón; mientras que la diosa del mar recibía harina de maíz y almagre, para que concediera pesca abundante. El animal sagrado de esta diosa era la ballena; y a las focas se las consideraba como acompañantes de los muertos, porque el Más Allá estaba ubicado en las islas guaneras frente a la costa.

Forma cierto contraste con esto el extraordinario esmero que los peruanos ponían en la conservación de los cadáveres y la decoración de las tumbas, pues de tan cuidadoso proceder podría deducirse que se tenía el concepto de una conexión perdurable del muerto con ambas prácticas.

En la antigua cultura nazca se conocían los métodos más perfectos para la *conservación de los cadáveres*, porque entonces se practicaba la verdadera *momificación*, mientras que, en las otras regiones costeras, ha sido solamente lo propicio del clima lo que ha hecho

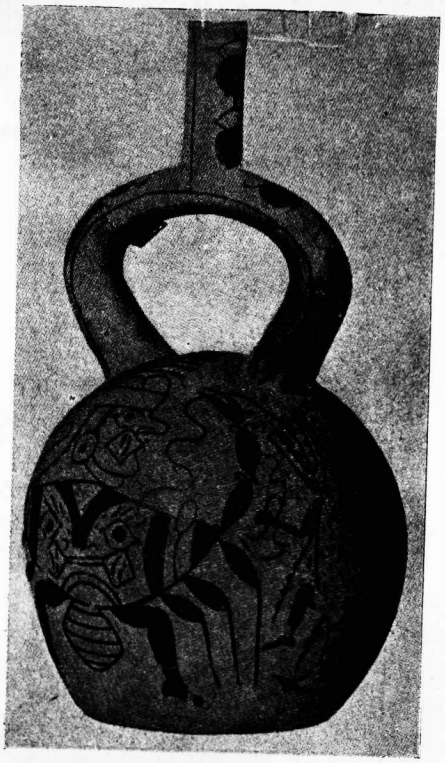
luna, porque se le consideraba como hermano del sol; su imagen se encontraba en una pieza oscura del último templo de la ciudad que lleva su nombre, y su mujer es la diosa del mar. Según otro mito, Pachacamac mata al hijo del dios solar, lo hace pedazos y forma de sus extremidades los frutos del campo, por no tener el propio dios solar el poder necesario para proteger a los hombres contra el hambre. Pero más tarde, Pachacamac tiene que huir ante *Huichama*, otro hijo del sol, que, en su ira frenética, prende fuego al aire, quema la tierra y transforma en piedras a todos los hombres que Pachacamac había creado. Una nueva generación de hombres nace de tres huevos (estrellas), uno de oro, otro de plata y el tercero de cobre, que el dios solar hace descender del cielo. La figura mítica de *Coniraya*, que se adora en Huarochiri, en la región al este de Lima, personifica un ser solar que comparte muchos rasgos con el astuto y lascivo héroe animal de Norteamérica; es más bien un ser malicioso que una deidad benévola, y también enemigo de Pachacamac, porque acecha a la mujer (la diosa del mar) y a las hijas de éste.

Según las representaciones del arte chimu, el sacrificio humano se consumaba cortándole la cabeza a la víctima. A la luna se le ofrendaban niños (aparte de chicha y víveres) cuya sangre se dejaba correr sobre montones de algodón; mientras que la diosa del mar recibía harina de maíz y almagre, para que concediera pesca abundante. El animal sagrado de esta diosa era la ballena; y a las focas se las consideraba como acompañantes de los muertos, porque el Más Allá estaba ubicado en las islas guaneras frente a la costa.

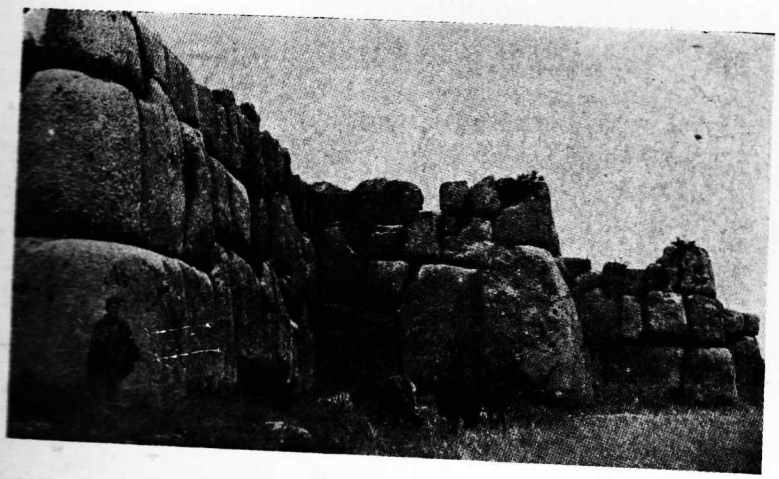
Forma cierto contraste con esto el extraordinario esmero que los peruanos ponían en la conservación de los cadáveres y la decoración de las tumbas, pues de tan cuidadoso proceder podría deducirse que se tenía el concepto de una conexión perdurable del muerto con ambas prácticas.

En la antigua cultura nazca se conocían los métodos más perfectos para la *conservación de los cadáveres*, porque entonces se practicaba la verdadera *momificación*, mientras que, en las otras regiones costeras, ha sido solamente lo propicio del clima lo que ha hecho

125. Hacha con hojas de piedra atadas lateralmente, y azada acodada, con hoja de cobre. Hallazgos de Márquez (cerca de Lima) y Pachacamac, respectivamente. (Del Museo de Etnología de Berlín.)



126. Jarra polícroma con pico en forma de asa, de Chimbote. La decoración representa una escena rústica en la que el demonio de las jaibas pesca al demonio de los peces con un sedal. Este último está armado con un hacha. (Del Museo de Etnología de Berlín.)



127. La fortaleza de Sacsayhuaman, en el Cuzco. (Según *Razas Humanas*, II.)

128. Momia encontrada en Ancon, sin las envolturas exteriores, llevando canastilla, morral, borlas, etc. Las cuencas de los ojos, la nariz y la boca están tapadas con algodón. (Original en el Museo de Etnología de Berlín.)

que se conservaran los cadáveres. Tello ha excavado en Paracas un enorme cementerio en conexión directa con las casas subterráneas; contenía 429 envoltorios de momias en forma almendrada. Después de remover primero las envolturas exteriores de telas groseras de algodón o esteras, y en seguida las interiores de lujosos géneros bordados, que en algunos casos tenían veinte metros de largo y cuatro de ancho, aparecieron canastos en los que los cadáveres estaban sentados. Algunas veces, se les había cortado la cabeza para extraer la masa encefálica, y todos tenían el cuerpo abierto, para retirar corazón, pulmones e intestinos; después de esta operación, los cadáveres habían sido desecados en la lumbre, tratados con ingredientes químicos y finalmente doblados con violencia, hasta que la cabeza quedaba sobre el abdomen y las piernas se juntaban encima de la nuca.

Una técnica semejante muestran los cadáveres en las otras regiones costeras, donde, sin embargo, se encuentran también el entierro en posición extendida. En el cementerio de Ancón, cerca de Lima, los grandes bultos cuadrados de momias contienen a veces varios cadáveres; los huesos de los bultos están rellenos de hierbas u hojas y atados exteriormente con muchas cuerdas; además, tienen una cabeza artificial de tela, sobre la que las facciones están marcadas por medio de madera, conchas y fibras de agave; en otras regiones, se encuentran cabezas artificiales de madera o mascarillas de plata u oro. También las formas de enterramiento muestran una degeneración paulatina.

En los tiempos más antiguos se daba preferencia al *sepulcro en pozo*. En el período que precedió a la cultura nazca ya desarrollada, se construían las tumbas, en la región de Paracas, en la roca viva del Cerro Colorado; consisten en una antecámara hundida en el piso de mampostería, desde donde un tiro vertical de tres metros de profundidad conduce a la tumba propiamente dicha. Tumba y pozo contienen a veces treinta y más envoltorios de momias. La cultura más reciente conocía sepulcros en pozo más sencillos, con paredes de adobe, en los que se había puesto un tejadillo de protección sobre la momia, para impedir que el peso de la tierra molestara al cadáver;

el mismo propósito lo lograban realizar los hombres del período inca, sentando los envoltorios de momia en urnas de grandes dimensiones. Fuera de Paracas, en Moche, se acostumbraba sepultar las momias al pie de la "Huaca de la Luna" en tumbas que estaban construídas de adobe en forma de cajones, con techo plano. En tiempos incaicos, también se hacía uso de las pirámides ya derruídas de las regiones sur y norte de la costa, para construir en su interior las tumbas.

Las ofrendas funerarias están en parte empacadas en los envoltorios de momia, en parte amontonadas en el piso de la tumba; piezas de poco tamaño como objetos de tocador, joyas y utensilios forman el contenido de cajitas con tapadera, primorosamente hechas de cestería. En Ancón, hay estacas hincadas en el piso o en la envoltura exterior de los envoltorios momia, que llevan tablitas de cañas, cuyo forro de tela está cubierto de figuras humanas u ornamentos que se parecen a jeroglíficos y que tal vez tenían el objeto de proteger mágicamente el cadáver. Para el mismo fin servían probablemente también las numerosas representaciones de demonios en las jarras de barro que se daban a los muertos para el camino, así como las urnas con cara, que representan, según una idea de Doering, hombres de gran prestigio de la tribu, sacerdotes o guerreros. Otras pinturas sobre las vasijas, que recuerdan las danzas macabras de la Edad Media, nos instruyen sobre las curiosas ideas acerca de la vida después de la muerte.

Casi el cuarenta por ciento de las momias que se han hallado en Paracas, estaban *trepanadas*; en una de las tumbas se ha encontrado también el instrumental completo con que se ejecutaba esta operación que tantas dificultades presenta; sin embargo, parece haberse llevado a cabo en muchos casos con todo éxito, como lo comprueba el examen médico; los instrumentos eran: cuchillos de obsidiana, espátulas de colmillos de cachalote, tapones de algodón, hilo y vendas. Algunas calaveras tienen cubierta con una lámina de oro la perforación hecha al trepanar. Sin duda, la trepanación no servía únicamente a fines quirúrgicos, sino que también debe de haber tenido finalidades mágicas.

8. *El imperio incaico*

A menudo se invocan representaciones del arte chimu al referirse a la *Cultura Incaica*, a pesar de ser ésta mucho más reciente y haber nacido en un ambiente totalmente distinto y bajo otras condiciones. En realidad, las diferencias entre los pueblos de la costa y los del altiplano del Perú no eran mucho menores que las existentes entre los maya y los mexicanos. Este hecho saltaría más a la vista, si nos fuera posible verificar los excelentes relatos españoles acerca de los inca por medio de los correspondientes hallazgos arqueológicos o representaciones artísticas. Pero desgraciadamente, los primeros son muy escasos y de las segundas existe solamente un número reducido, porque el clima húmedo del altiplano ha destruído todos los objetos de fácil descomposición, y el arte de los inca casi no conocía representaciones. Por eso es de gran valor para la antropología peruana la crónica del *Huaman Poma de Ayala*, propiedad de la Biblioteca de Copenhague y que no ha sido publicada hasta hace poco. El autor era un quechua de la dinastía de Chinchaysuyu, que escribió a principios del siglo XVII esta obra sobre la vida en el imperio incaico, y la ilustró con numerosos dibujos a pluma.

Los habitantes del altiplano tenían que sufrir no menos penalidades que los costeños, para arrebatar al suelo los alimentos que necesitaban para su subsistencia. En el clima frío de la Puna, el maíz ya no se daba, y en los angostos valles de los Andes era muy limitada la superficie cultivable. Por tal motivo, el Perú ha sido el país clásico del *cultivo en terrazas*, o sea un sistema que hacía posible aprovechar también para el cultivo las laderas de los cerros con mucho declive. Por millas y millas se ven, faldeando las serranías, las antiguas terrazas (ándenes), sostenidas por muros de piedra, cuyo ingenioso sistema de riego ya hemos mencionado al citar un ejemplo de Argentina. También se conservan todavía por todas partes las acequias, canales cubiertos, diques y presas de los tiempos incaicos. En el valle de uno de los tributarios del río Urubamba, a una altura de 4,000 metros

sobre el nivel del mar, se ha descubierto, por ejemplo, un canal tirado a cordel, que no es otra cosa qué el curso regularizado del riachuelo, cuyos recodos habían sido cortados por el canal, por ganar más terrenos donde cultivar papas.

De las plantas de cultivo más importantes del Perú, el maíz se da hasta alturas de 3,500 metros, la quinoa (una variedad del quenopodio), la papa y la oca (una acedilla tuberosa, *oaxalis tuberosa*) hasta los 4,300 metros sobre el nivel del mar.

Según Huaman Poma, las labores del campo comenzaban en el mes de julio con el abono de las tierras con estiércol de llama, y la limpia de los canales de riego. Después, en agosto, se cultiva la tierra con la *taclla*, o sea un bastón de sembrar perfeccionado, por medio de un pedal amarrado y un mango fuertemente encorvado. Con este instrumento se producía el efecto de una palanca, porque, al hincarlo oblicuamente en el suelo, el labriego brincaba con toda vehemencia sobre el pedal, empujando simultáneamente el instrumento hacia adelante. Por lo regular, cuatro o más hombres trabajaban en fila con movimientos acompasados, de suerte que entre todos levantaban grandes glebas de la tierra endurecida, que las mujeres, caminando a la zaga, desmenuzaban con martillos de piedra. En tiempo de los españoles, la *taclla* se fué transformando, por medio de herrajes de hierro, en una especie de "arado de pie". En el mes de septiembre o diciembre, los agujeros para la siembra se hacían también con el mismo instrumento, un trabajo en el que cooperaban nuevamente hombres y mujeres: mientras que los primeros preparaban los agujeros, las mujeres depositaban en ellos los granos de maíz o los tubérculos de la papa, emparejando en seguida la tierra con una cuchilla de palo. Los *mesegueros* (pariana), que vivían en chocitas en medio de los sembradíos y que llevaban pieles de zorro en la cabeza, espantaban los pájaros con tambores, hondas o varas de las que colgaban borlas de lana y cascabeles. Para la escarda y para desenterrar las papas, se usaban azadas con el cabo muy curvo y hoja plana de madera.

Para dar mayor realce a la importancia vital de los cultivos para el pueblo, el propio inca reinante y sus parientes más cercanos tomaban parte en el trabajo de roturar la tierra; de igual modo que lo hacía el emperador de China. Cada año se procedía a la elección de nuevos pariana que tenían que ayunar y abstenerse de mujeres, mientras estaban en servicio.

Para preparar los alimentos, los peruanos se valían en lo esencial de los mismos métodos que los otros pueblos civilizados de América. De la papa se preparaba, congelándola y desecándola alternativamente, una conserva (chu'uñu) que, machacada y cocida en agua, constituye aún hoy día un alimento apreciado. De mucha importancia era la *chicha*, o sea, la cerveza de maíz, que se hacía fermentar agregando cierta cantidad de granos masticados, y la *coca*, que era indispensable por sus efectos estimulantes sobre la respiración, la circulación de la sangre y el metabolismo de la gente andina que tenía que trabajar a grandes alturas y, por consiguiente, necesitaba de esta ayuda para resistir mejor las fatigas y mitigar la sensación del hambre. Teniendo en cuenta que la coca desempeñaba también un importante papel en los cultos, los inca fomentaban su cultivo sistemáticamente en los valles de clima cálido en el este de los Andes. Del tabaco, sólo se hacía uso en forma de rapé, "para aligerarse la cabeza" o para producir estados narcóticos.

No solamente la alta perfección de sus cultivos, sino también la cría de las especies sudamericanas del género de los camellos o sean la *llama* y la *alpaca*, constituyen una de las grandes conquistas culturales que brindó a los peruanos la posibilidad de superar económicamente a todos los otros pueblos civilizados de América. Pero, de igual manera que su costumbre de seguir usando el palo de cavar como bastón de sembrar para el cultivo de la papa revela relaciones estrechas con la recolección, así también sus métodos para la cría del ganado muestran ciertos rasgos que tienen su origen en la antigua *cultura de los cazadores* y que comprueban que esta cría no era todavía una costumbre muy inveterada, pues, todavía en el siglo XIX, solían cazarse, en la Puna boliviana, otras dos especies sudamericanas

del género de los camellos (la vicuña y el guanaco), por medio de un sistema sumamente primitivo. Se cercaba un extenso terreno, más o menos circular, mediante un gran número de estacas unidas entre sí con cordeles de los que colgaban trapos, y se dejaba abierta solamente una entrada bastante ancha, hacia la que unos setenta u ochenta ojeadores empujaban a los animales. Esta manera de cazar, y el coto que se usaba para ella, se llamaban *chacu*, palabra que se ha conservado en el nombre geográfico de El Gran Chaco, y que trae a la memoria el hecho de que los incas también organizaban de vez en cuando tales batidas en las extensas llanuras entre Tucumán y el río Paraguay. Estas cacerías se llevaban a cabo siempre bajo la vigilancia del estado, porque la caza individual estaba estrictamente prohibida. A veces, se sustituía el coto por miles de ojeadores que cercaban un territorio de 1,500 a 2,000 kilómetros y que con ininterrumpida gritería estrechaban a los animales paulatinamente hasta cerrar el cerco, y lo asían de los brazos para evitar que se escapara algún animal. En seguida, se esquilaba a la mayor parte de los guanacos y vicuñas y después se les dejaba sueltos. Sin duda alguna, el amansamiento y domesticación de las llamas y alpacas debe haberse ido desarrollando en tiempos pasados a base de las reglas que se observaban en estas batidas, porque no es muy diferente el tratamiento que se da hoy día a los animales domésticos que pacen durante todo el año en perfecta libertad en las mesetas y que solamente se juntan para la esquila.

Originalmente, se cazaban o criaban estas cuatro especies: llama, alpaca, guanaco y vicuña; sobre todo para aprovechar la *lana* que, después del perfeccionamiento del arte de tejer, había sustituído entre los indios del Altiplano al uso de pieles para vestirse. Otras maneras de sacar provecho de la llama (como animal de carga, como alimento y como productor de estiércol) solamente llegaron a tener importancia en forma paulatina. La llama es muy apropiada para transportar cargas, por ser ligera, de mucha resistencia y sobria; pero debido a que no puede soportar cargas muy pesadas, se tenía la costumbre de llevar en los largos viajes todo un rebaño, y se alternaba

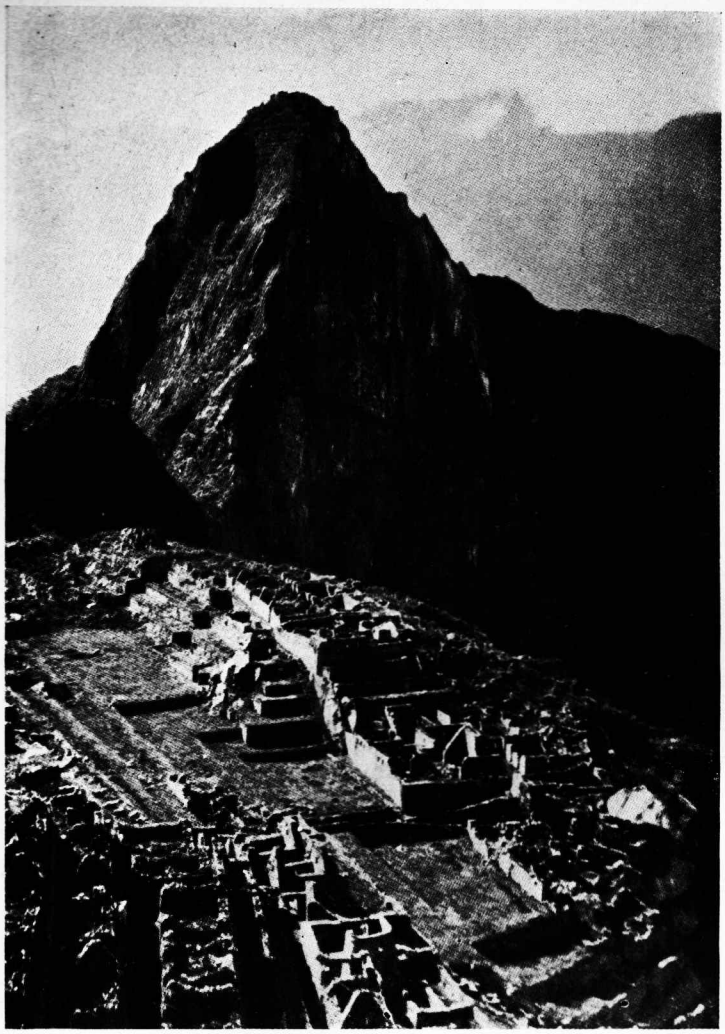
la carga lo más frecuentemente posible. La carne de la llama constituye hoy día, en estado seco (charqui), un alimento de importancia y su estiércol (taquia) proporciona el único combustible en la Puna totalmente despoblada de árboles.

De la mayor importancia para el desarrollo del imperio incaico era el *problema de las comunicaciones*, pues éstas presentaban serias dificultades en la región de los Andes. Los inca supieron vencerlas principalmente por medio de sus magníficas calzadas que, como en el imperio romano, unían firmemente las regiones conquistadas al centro político del país. En el curso de los años, llegó a extenderse una enorme red de caminos sobre todo el Perú, siendo las arterias principales una calzada andina del Cuzco a Quito, y otra costeña de Nazca a Tumbes; ambas empalmaban en Vilcas Hauman y estaban además comunicadas entre sí por medio de numerosos caminos transversales. Las cuestas de mucho declive se vencían con escaleras, porque sólo había tránsito de peatones y llamas, mientras que sobre los ríos o barrancos se extendían diques de piedra y puentes colgantes. Los puentes, de los que el más atrevido, que todavía hoy está en uso, conduce sobre la cañada de Apurimac, en el camino del Cuzco a Ayacucho, consistían en cinco cables gruesos de fibras de agave amarrados a grandes pilastras; tres de los cables, cubiertos de fajinas, formaban el camino, mientras que los dos restantes servían de pasamanos. Aparte de estos puentes había y hay todavía "tarabitas", de un solo cable, con que se pasan personas y cargas en canastas de un lado a otro de los ríos. A lo largo de las grandes calzadas costeñas, hileras de árboles brindaban sombra, y tapias de adobe protegían contra las tempestades de arena. A cortos e iguales intervalos se levantaban casitas para los corredores (chasqui) que llevaban, a semejanza del sistema de las carreras de relevos, noticias, cordeles de nudos o cargas, y que necesitaban dos días para el recorrido del Cuzco a la costa, y veinte días para el viaje redondo de ida y vuelta del Cuzco a Quito, es decir, establecían records que sólo en nuestros días han sido superados. Aún con mayor rapidez se trasmitían noticias por medio de *señales de humo* o *fuego*. Para proveer a las necesidades de

los viajeros o tropas en marcha, había "tambos" (en lengua quechua, tampu), es decir, casas de alojamiento distantes entre sí de veinte a treinta kilómetros y de cuyo abastecimiento con víveres y ropas tenían que encargarse las provincias. Un tambo perfectamente conservado, ubicado en el puerto de Raya sobre la calzada del Cuzco al lago Titicaca, consiste, según Squier, en un largo edificio con tres aposentos y dos cuerpos laterales, alrededor de un patio que baja en varias terrazas a un pequeño lago.

Cuando el inca iba de viaje, era transportado por los grandes del imperio en una litera en forma de cajón con un baldaquín de plumas y cortinillas laterales. Las cargas pesadas, como las enormes ánforas para chicha, se transportaban a cuestas mediante cintas que no se ponían en la frente, como comúnmente se hace en Sudamérica, sino que se pasaban sobre los hombros y el pecho; manera de llevar cargas que sólo encontramos entre algunas tribus colombianas y los ona de la Tierra del Fuego.

En el tiempo de los inca, se construían *casas de techo a dos vertientes*, rectangulares y de piedra, que frecuentemente estaban divididas en dos aposentos por un tabique a lo largo de su eje mayor. Tales casas se han conservado en muchos sitios, aunque ya sin techos, por ser éstos de vigas y paja, cuyos materiales se afianzaban sobre las paredes con aros y tarugos. Algunas veces el desván estaba transformado en un segundo piso al que se subía por unas gradas o una escalera desde afuera. También existen edificios, cuya arquitectura parece destinada a satisfacer mayores exigencias, como, por ejemplo, el palacete de dos pisos de los inca en Pilcocayma, en la isla de Titicaca: es un rectángulo de 13.5 por 15 metros, cuyos aposentos, igualmente rectangulares, se agrupan alrededor de tres patios inferiores para proporcionar luz; sus techos están construídos de losas que sobresalen de las paredes. Los cuartos exteriores de la planta baja tienen puertas hacia el exterior, y servían probablemente para recepciones o actos oficiales, mientras que los aposentos interiores utilizados como habitación, sólo eran accesibles, y recibían luz, desde los patios. Aparte de estas casas rectangulares de los quechua, había



129. Vista de conjunto de las ruinas de Machu Picchu, la gran fortaleza incaica en el valle del río Ucayali superior, descubiertas en el año 1911. (Según Kelemen.)

130. Alcalde del valle de Paucartambo, llevando un bastón con guarnición de plata, y la *pututa*, o sea una concha de tritón, transformada en trompeta par dar señales. (Según R. N. W. Wegner.)

también hasta en los tiempos modernos en las regiones que antiguamente eran de los colla alrededor del lago Titicaca, *casas circulares cupuliformes o colmeniformes* parecidas a las de los uro, construídas de tepes (descritos con anterioridad). De este tipo se desarrollaron las *torres-tumbas* (chullpas), que se hacían al principio de adobe y más tarde con sillares; se las encuentra a orillas del Titicaca, en Carangas y otras regiones del altiplano. Estas construcciones no tienen ya la forma de cúpulas, sino que semejan torres redondas (raras veces cuadradas); su interior consiste siempre, como en las casas-habitación, en un pequeño aposento circular con falsa bóveda. Para ciertas construcciones con fines religiosos, los inca habían adoptado también el estilo circular.

La diferencia fundamental entre las arquitecturas del altiplano peruano y mesoamericana consiste en la costumbre de los primeros de atribuir muy poca importancia a la ornamentación de las fachadas y de poner todo su esmero en la *fábrica de albañilería,* que era de tan excelente calidad que muchas de las antiguas construcciones se conservan todavía hoy perfectamente intactas, a pesar de los frecuentes terremotos que sacuden el país. Los edificios de Chavín y Callejón de Huaylas, que son probablemente los más antiguos, tienen paredes magníficamente construídas; su material es de piedras de cantera, algo planas, unidas con argamasa y colocadas en capas horizontales, alternativamente anchas o angostas. Además, se utilizaban, en las regiones citadas y en Tiahuanaco, *bloques monolíticos* para pilares aislados o pilastras; estas últimas están unidas entre sí por paredes de mampostería y sobre ellas descansan las vigas del techo. En tiempos posteriores, se difundió desde Tiahuanaco la construcción en bloques; al principio son todavía grandes sillares *rectangulares,* unidos por medio de grapas de cobre de esta forma: ⌶. En Ollantaytambo se ve el muro de contención de una terraza sin acabar, cuyas seis losas tienen, por término medio, 6 mts. de altura, 2 de ancho y uno de grueso. Por medio de un plano inclinado, se subían estos colosos a lo alto del cerro y unos salientes de las piedras mismas en forma de corcova permitían el empleo de palancas para ponerlas de canto.

Más tarde, se desarrolló en los valles andinos, al noroeste del Lago de Titicaca, la técnica de levantar muros con bloques poliédricos que, sin argamasa alguna, están ensamblados gracias al perfecto ajuste de los ángulos, de manera que no queda ni el más insignificante intersticio. Son ejemplos de este estilo arquitectónico las enormes murallas de la fortaleza de Sacsahuaman con piedras angulares de una altura casi de seis metros, y algunos muros de los palacios del Cuzco, entre ellos la famosa pared con la "piedra de las doce esquinas". A medida que se expansionó el poderío inca, se introdujo la construcción en bloques más pequeños, rectangulares y cuidadosamente labrados, que se colocaban en hileras horizontales y paralelas. En los comienzos de este estilo, todavía tienen la cara exterior almohadillada, como los bloques poliédricos, mientras que más tarde se labran perfectamente lisas, formando entonces, gracias a su sutil corte a escuadra y colocación de exactitud matemática, paredes que causan incluso en el caso de construcciones circulares, la impresión de una lápida única en la que sólo han sido grabadas ranuras de muy poca profundidad. A este último y más perfecto nivel corresponde la obra de albañilería de la fortaleza de Pisac, en el Valle del Urubamba superior y las ruinas del templo del sol del Cuzco.

La construcción en bloques se aplicaba solamente al tratarse de edificios de gran importancia, y aun en este caso sólo parcialmente. Por lo regular, las paredes interiores, partes superiores de muros y casas enteras (aun palacios como el ya mencionado edificio en la isla de Titicaca), están hechas de "pirca", es decir, de piedras de cantera sin labrar, unidas por medio de lodo o argamasa y revocadas exteriormente. También el adobe, el material de construcción de la costa, ha sido aprovechado algunas veces en el altiplano durante la época incaica; por ejemplo, en el templo de Huiracocha, en Cacha.

La decoración plástica de las paredes sólo se encuentra, haciendo caso omiso del período cultural más antiguo del altiplano, en los comienzos de la época incaica. En general, aparte de cubrir el estuco con una capa de pintura o el revestimiento de las paredes con delgadas láminas de oro o plata para el adorno de fachadas o muros

interiores, el arquitecto incaico no conoce más que *nichos* simples o encajados. Estos nichos constituyen una herencia del arte de Tiahuanaco, la que recibió en la época incaica su típica forma trapezoidal, angostada hacia arriba, que también constituye el distintivo característico para puertas y ventanas de las construcciones de los inca.

El orden de las manzanas de casas, en las *ciudades incaicas*, era, donde lo permitía el espacio disponible, ajedrezado, como en la costa, Cada manzana, rodeada de una muralla, es accesible por una *sola* puerta; en el interior hay un patio a donde dan los costados mayores de las casas con sus puertas. Portadas del tipo de pilares, dan acceso a los patios de los palacios (en Huanuco Viejo) o sitios sagrados (en la Isla de Titicaca).

Las obras más imponentes de los inca son sus fortalezas. El fuerte de Sacsahuaman cubre un promontorio inclinado de base triangular entre dos ríos que domina la ciudad del Cuzco, capital del imperio incaico, defendiéndola contra ataques desde el noroeste. Sus construcciones consisten en tres murallas en zigzag a diferentes alturas de seis y medio, cinco y tres metros respectivamente, con parapetos y entradas ingeniosamente dispuestas. También las principales vías de acceso a la región de las selvas tropicales en el este de los Andes, es decir, los Valles de Paucartambo y Vicañota, estaban bloqueados por medio de fortalezas, entre las que Ollantaytambo es la más importante, porque desde estos tres valles, el imperio incaico estaba siempre amenazado por la invasión de tribus salvajes. La idea fundamental de dichas obras es casi siempre la misma: se cubrían los sitios de menos declive de un picacho prominente en la ladera del valle, desde el fondo hasta el desfiladero, con terrazas de albañilería a diferentes alturas, y en los lugares muy escarpados con atalayas, mientras que las obras principales estaban situadas en el desfiladero mismo. Un ejemplo especialmente típico nos lo presenta *Machu Picchu*, el castillo fronterizo más septentrional de los inca, que no fué descubierto sino hasta el año de 1912, y que servía de refugio a Manco, el último descendiente de los inca después de la conquista del Perú. Situada a una altura de 2,500 metros sobre el nivel del

mar, sobre un filo de la sierra, a cuyo pie el río de Urubamba traza la figura de una herradura, esta fortificación consta (aparte de las terrazas) de una doble muralla en el lado abierto del recodo del río y de los dos fortines avanzados sobre cada uno de los picachos que dominan el filo. Un foso circunda la muralla interior, cuya entrada podía ser cerrada antiguamente con gruesos tablones. De terraza a terraza corren escaleras de piedra; y un acueducto que pasa por debajo de la muralla conduce agua de manantial a dieciséis pilas de piedra, construídas en fila.

Aunque la *indumentaria* del altiplano era en lo esencial idéntica a la de la costa, hay, sin embargo, ciertas diferencias notables. Los *hombres* llevaban, además del taparrabo (huara), una camisa (uncu), en la que la relación entre largo y ancho era inversamente proporcional a la camisa de los costeños, por ser relativamente angosta y llegar hasta medio muslo; además, no tenía nunca mangas. En cuanto al modo de vestirse las *mujeres*, tenemos informes no sólo por los relatos y representaciones, sino también gracias a un hallazgo de Max Uhle, quien descubrió, a un lado del templo del sol de Pachacamac, una tumba con momias de mujeres ricamente ataviadas, que todas habían sido estranguladas, es decir, probablemente sacrificadas. Estas mujeres llevaban un vestido que las cubría desde el sobaco hasta los pies y daba vuelta al cuerpo desde uno de sus costados (acsu), estando prendido sobre los hombros con dos alfileres de cabeza discoidal (topu), de modo que los brazos quedaban libres. En la cintura llevaban un cinturón magníficamente adornado. Ambos sexos usaban además sobre los hombros unos capotes angostos rectangulares (yacolla y lliclla, respectivamente), que los hombres cerraban sobre el pecho con un nudo, mientras que las mujeres las aseguraban con un topu.

El calzado y tocado eran iguales para ambos sexos: sandalias de cuero o fibra de agave, así como vendas frontales de lana de llama (llautu), del ancho de un dedo, que se ceñían en varias vueltas a la cabeza. El inca reinante llevaba, en lugar del llautu negro común y corriente, uno de color rojo, del que colgaba sobre la frente una fran-

ja de lana igualmente roja (mascapaicha) y del ancho de una mano, en cuyo centro se veían dos casquillos de oro, mientras que sobre la frente e hincado verticalmente en la venda llevaba un penacho de plumas de corequenque, el pájaro sagrado. Las mujeres de rango, sobre todo la esposa principal del inca, trocaban el llautu por una angosta mantilla doblada sobre la frente y que colgaba hacia atrás.

Esta indumentaria predomina casi uniformemente desde Quito hasta el norte de Chile. Sólo los colla y sus afiliados quechuizados (los cana y collagua) formaban la excepción de esta regla, pues llevaban, y llevan aún hoy día, un gorro con borla (chuco), hecho de lana en labor de punto, y con orejeras; algunas veces también con careta, para protegerse contra los vientos glaciales de la Puna; además, no usaban sandalias, sino pantuflas de lana o alpargatas de paño. En tiempos de la cultura de Tiahuanaco, estas mismas tribus usaban de una especie de bonete de punto, con borlas puntiagudas en sus cuatro picos.

Cuando los españoles, después de la cruenta rebelión del Tupac Amaru (de 1780 a 1782), prohibieron por medio de leyes draconianas que siguiera usándose la indumentaria incaica, "peligrosa para el estado", se difundió en el Perú, además de pantalón y sombrero, el *poncho,* o manta sin costura y con una abertura en el centro para la cabeza, que era una prenda totalmente desconocida en el Perú antiguo. Según G. Montell, el poncho es probablemente originario de Chile, donde había comenzado a usarse después de la introducción del caballo, como evolución de un tipo de indumentaria que se encuentra en las sepulturas de Arica. En cambio, el vestido femenino incaico ha seguido en uso hasta el presente en Ecuador, Chile y parcialmente también en Perú.

Los hombres llevaban el cabello corto, los inca incluso rasurado con excepción de una trenza del ancho de un dedo. En el juego de tocador figuraban pinzas de bronce para depilar, de forma triangular o rectangular, espejos de bronce y cepillos. Para la pintura corporal se usaba, además del urukú, que era originario de Amazonia,

el cinabrio extraído de las minas de azogue de la provincia de Huancavilca.

La *deformación craneana* de los colla semejaba a la de los pueblos costeños, diferenciándose, por consiguiente, de las "cabezas planas" (palta-uma) en el norte de la región del altiplano y en el Ecuador.

Debido a sus enormes bodoques auriculares de madera liviana, que en su parte delantera estaban chapeadas de oro, los miembros de la casta de los inca eran designados por los españoles con el nombre de "orejones". Los habitantes del valle de Yucay eran los únicos que tenían permiso para llevar también orejeras parecidas aunque más pequeñas y hechas de la médula del junco; se dice que, como señal muy especial de la benevolencia de los inca, pero en realidad, porque estos ya los habían encontrado en uso al llegar a dicha comarca. En la época de Tiahuanaco, había bezotes.

El principal distintivo de los guerreros y príncipes eran discos pectorales de cobre, plata u oro. En la época de Tiahuanaco, se cosían a la ropa, como en Coclé, discos semejantes. Gracias a los relatos españoles sobre el saqueo de las capitales incaicas de Pachacamac y Cuzco, y el informe sobre la suma fantástica de rescate con que el aprisionado Atahualpa esperaba comprar su libertad, se sabe perfectamente, cuán inmensos eran los tesoros en joyas, utensilios y armas de plata u oro, acumulados en el imperio incaico. La gran mayoría de estos objetos fué a parar, naturalmente, a los crisoles de los españoles.

Las *artes* de la época incaica eran menos presuntuosas que las de los pueblos de la costa, pero en cambio, ostentaban serena gravedad y hermosura, de igual modo que su arquitectura. Conocemos los *tejidos* gracias a algunos pedazos que se han conservado en sepulturas de Pachacamac, Ica y la isla de Titicaca. En cuanto a las camisas de los hombres, lo que más admiración merece es el gusto refinado y el vistoso colorido de sus dibujos que contrastan, por su carácter geométrico, con los dibujos realistas de las telas de la costa. Por lo regular, el tejido está dividido como un tablero de ajedrez, con figu-

ras geométricas que forman, alrededor del corte para el cuello, un campo triangular. Una ancha lista horizontal en la región de la cintura, imita un cinturón de adorno.

También los inca tenían organizada la fabricación de estas telas en gran escala, por necesitarlas siempre en inmensas cantidades para fines profanos o religiosos (por ejemplo, para ofrendas mensuales a los dioses). Las telas que usaban personalmente, las fabricaban en los "conventos" de las vírgenes del sol, cuya principal ocupación era hilar y tejer; para el ejército trabajaban talleres que estaban instalados en todas las aldeas.

Por sus formas sencillas, pero refinadas, y el exquisito gusto de sus decorados, las cerámicas incaicas figuran entre los productos más selectos de las artes precolombinas. Sólo de manera limitada se hizo uso de decorados plásticos; también la aplicación de los colores se reducía a unas cuantas tonalidades rebajadas, dándose preferencia a dibujos sencillos geométricos o delicados motivos de vegetales o animales (flores de ericáceas, pájaros, peces o insectos). Las formas que se presentan con más frecuencia, son ánforas de cuerpo abultado y cuello esbelto, con el fondo plano o cónico, que se hacían de muchos tamaños; copas de pie alto y platos planos con un asa de lazo o de botón.

También se aprovecha la piedra para hacer vasijas de las más variadas formas, por ejemplo, con la serpentina se labraban escudillas planas alrededor de cuyo borde se ven serpientes esculpidas; de basalto o mármol se hacían cazuelitas en forma de llama. De los vasos de barro de la época de Tiahuanaco se derivan los "kero" de *madera*, que tienen la misma forma que los citados vasos, y cuyo decorado geométrico y representaciones figurativas fueron primeramente grabadas y después rellenadas con lacas de diferentes colores; esta técnica es, sin duda, de origen incaico, aunque el estilo de las representaciones de animadas escenas de cacerías o combates en la superficie de estos keros, revela parcialmente una procedencia post-incaica.

A los comienzos de la época incaica o a los tiempos epigonales del Tiahuanaco, hay que atribuir también el descubrimiento de la

aleación del bronce; que debe haberse llevado a cabo en Bolivia o el noroeste de Argentina, ya que solamente en esas regiones se encuentran yacimientos de estaño, por ejemplo en Carabuco, no lejos del lago Titicaca. Era tal vez la gente que solía lavar el oro; la que comenzó a fijar su atención en la casiterita o sea el mineral de estaño. Este mineral no se fundía, sino que se agregaba simplemente al cobre en su estado natural, procedimiento que explicaría las fuertes fluctuaciones en la proporción de los metales (entre el 0.5 % y el 16 % de estaño) en los bronces peruanos. Los peruanos fundían los minerales cupríferos o argentíferos en "huairas" o sean grandes vasijas de barro, que estaban instaladas en las alturas alrededor de Potosí, para que los vientos de la sierra pudieran pasar a través de los agujeros de sus paredes y así activar la combustión. En los casos en que bastaban temperaturas menos altas, se atizaba el fuego, soplándolo con tubos de cobre.

Los utensilios incaicos de bronce, que tenían una distribución muy vasta por todo el imperio, incluyen, además de las ya mencionadas pinzas de depilar, espejos y alfileres con placas discoidales o semilunares, numerosos utensilios y armas: cuchillos en forma de "T" (tumi), cuyo mango remata en una oreja, una cabeza de llama o una placa en vaciado macizo con representaciones figurativas; hachas de forma de "T" (champi) con hoja recta o semilunar, que se inserta en el mango por medio de las dos espigas de la parte opuesta al filo; boleaderas de protuberancias y cabezas de maza estrelladas; en estas últimas, una de las protuberancias está sustituída por una hoja de hacha.

Además de la boleadera, que en general servía de arma de caza (entre los collagua también de arma de combate), los guerreros incaicos usaban hondas y propulsores. De más importancia eran, sin embargo, como en México, las armas para la lucha cuerpo a cuerpo: hachas, mazas (con cabeza estrellada) y lanzas, contra las que se protegía el cuerpo con yelmos y jubones acolchados.

Los inca hacían la guerra con la misma crueldad que los pueblos primitivos; con la mayor naturalidad se exterminaba despiadadamen-

te a tribus enteras y se martirizaba de una manera bárbara a los adversarios vencidos. Probablemente es originaria del Ecuador la costumbre de desollar a los príncipes prisioneros, rebeldes o traidores, y de forrar con su piel entera los grandes tambores que se tañían durante la fiesta del sol, de suerte que con cada toque la cabeza y brazos del muerto se movían lúgubremente en espantosas convulsiones, como si estuviesen llenos de vida. Otros trofeos incaicos, como los vasos de cráneo o flautas hechos de huesos de los enemigos muertos, han seguido siendo costumbre entre los araucanos hasta los tiempos modernos.

La constitución estatal incaica no debe tampoco juzgarse, a pesar de su carácter unitario en la América precolombiana, desvinculándola de sus bases primitivas. El imperio incaico no era "un gran estado socialista", como quisieran interpretarlo algunos utopistas demócratas, sino una continuación e "intensificación" de antiguas formas sociales americanas, aunque sí llevadas hasta sus últimas consecuencias. Por mucho tiempo se tomaron por verídicas las aseveraciones del cronista *Garcilaso de la Vega*, descendiente de los inca, que atribuía a éstos toda clase de instituciones que, en realidad, ya habían encontrado implantadas y que sólo habían adoptado casi sin cambio alguno, incorporándolas con mucho acierto a su estado.

Esto se refiere en primer lugar a la *institución de los ayllus*. Entre todos los habitantes del altiplano, la tribu estaba subdividida en una serie de ayllus, es decir, en clanes, cuyos miembros se sentían emparentados por consanguinidad, y formaban simultáneamente una comunidad aldeana, que era dueña de ciertas tierras perfectamente delimitadas (marca). Dentro de los clanes regía generalmente el *principio patrilineal*, aunque probablemente sólo desde los tiempos de los inca, porque todavía se encuentran restos de instituciones matrilineales en Chinchaysuyu y otras regiones. De igual manera parece que la endogamia dentro de la comunidad aldeana, favorecida por los inca, había sustituído a una exogamia anterior.

Como por todas partes en América, el clan formaba en el Perú, no solamente una comunidad económica y militar, sino también reli-

giosa, porque cada aldea tenía su deidad tutelar, a la que Arriaga Camac da el nombre de "creador", es decir, ancestro del clan. Esto permite sacar la conclusión de que prevalecían conceptos totémicos, y efectivamente Garcilaso dice que algunos de los participantes de la fiesta del sol en El Cuzco se presentaban con pieles de puma en la cabeza, y otros con alas de cóndor en la espalda, porque creían ser descendientes de estos animales.

Los jefes del clan se llamaban *curaca;* en los combates tenían el mando sobre la gente armada del clan, administraban justicia y se encargaban tanto del reparto anual de los lotes de tierra (chacara), como de los rendimientos de los rebaños entre los miembros del clan, porque las tierras y los rebaños de llamas eran propiedad exclusiva del clan. Para quienes por edad o enfermedad habían quedado inválidos, todo el clan cultivaba mancomunadamente una porción de las tierras comunales que no había sido repartida y a la cual también pertenecían todos los terrenos de pastoreo y los bosques; de igual manera, la construcción de caminos, acequias y terrazas formaba parte de las obligaciones de todos los miembros del clan.

Entre casi todas las tribus del altiplano, desde los cañari en el Ecuador hasta los quechua del Cuzco, se conoce la división dual de los clanes en dos grupos, los "hanan" y "hurin", que se correspondían con las "mitades" matrimoniales de otras regiones de América, y que también estaban localizadas como los clanes, es decir, que tenían barrios especiales en las ciudades. Fuera de esto, había para ocasiones solemnes, por ejemplo durante la fiesta de Sithua en El Cuzco, una división de la tribu en *cuatro grupos* con fines rituales, que se remontaban a los cuatro clanes que originalmente estaban domiciliados en El Cuzco.

También la familia de los inca era originalmente un ayllu al estilo de los otros, que estaba al frente de una pequeña tribu compuesta de unos diez u once ayllus; posteriormente, esta tribu tuvo otros once ayllus más, que se habían formado con los hijos menores de los inca reinantes. Al establecerse esta tribu en el valle del Cuzco, sometiendo a los aborígenes de la región, no se mezcló con ellos, sino

que se constituyó en la *casta reinante*, carácter que conservó también al extender su señorío paulatinamente sobre todo el país.

Su modo de proceder era de dejar intacta, en cuanto a sus rasgos esenciales, la institución de los clanes en las regiones conquistadas. Dentro del estado, los clanes seguían siendo las unidades administrativas más pequeñas; sus hombres capaces de llevar armas formaban las centurias del ejército incaico y el curaca continuaba en su cargo de director de obras públicas de su aldea, jefe de la centuria y juez, y más aún, se le mejoraba su posición, concediéndole tierras y siervos y dispensándole de la prestación de servicios personales. Por supuesto, este funcionario necesitaba de la confirmación de parte del inca y se le hacía responsable de la puntual e irreprochable ejecución de los trabajos públicos u otras prestaciones de su clan.

Con respecto a la propiedad de las tierras de los clanes, los inca sólo intervenían en el sentido de que procedían por todas partes a dividirlas en tres clases: una continuaba en posesión del clan; otra era declarada "tierra de dios" y la tercera, dominio del estado; lo mismo se hacía con los rebaños. Sin embargo, al tomar estas disposiciones no se procedía de una manera esquemática, sino que se tenían en cuenta las condiciones naturales y la densidad de la población, para no poner trabas a las necesidades vitales de las comunidades aldeanas. Los inca nunca pensaron en suprimir la propiedad particular sobre casas o bienes muebles.

La expropiación de la "tierra de dios" y los terrenos del estado, les proporcionaba la ventaja de poder recompensar los servicios de funcionarios o guerreros dándoles tierras heredables fuera de la organización gentilicia. Para cultivar dichas tierras, se proporcionaba a los feudatarios siervos (yanacuna) que se reclutaban entre los prisioneros de guerra, delincuentes y servidores tomados entre los clanes por vía de conscripción; éstos trabajaban bajo las órdenes exclusivas del inca, el cual también los ocupaba en servicios de palacio y templos. Otra restricción de la propiedad se refería a los *plantíos de coca* y a los *yacimientos de minerales metalíferos*, que siempre pasaban a la propiedad exclusiva del inca. La intervención en el funcionamiento

económico de los clanes sólo era procedente en aquellas ramas que necesitaban de una reglamentación para el bien general; por ejemplo, en el importante problema del aprovisionamiento de agua mediante las acequias.

La organización del trabajo obligatorio en el imperio incaico, que causa la impresión de algo muy moderno, se basaba en una idea que ya privaba en el carácter mismo de los clanes y según la cual, cada miembro del clan estaba obligado a trabajos agrícolas en bien de la comunidad. Para la mejor distribución del trabajo, los inca habían creado o adoptado el agrupamiento de los miembros del clan en diez grupos coevales de los que, sin embargo, sólo el octavo grupo (es decir, los hombres de 25 a 50 años) tenía que estar disponible para toda clase de trabajos. Se les ocupaba en obras públicas, en el ejército y en el cultivo de las tierras propiedad de los templos o del estado, ya que éstos tenían prioridad sobre el trabajo en las tierras del clan. Los otros grupos de jóvenes y ancianos tenían que trabajar principalmente en los transportes y las cosechas. Exentos de estas obligaciones estaban únicamente los *curaca* y los "orejones", es decir, todos los miembros de la casta incaica, quienes en vez de trabajos personales, prestaban servicios como funcionarios u oficiales del ejército, por ser los únicos capacitados para ello. Otro pequeño grupo de exentos se componía de los *artesanos*, cuyo trabajo era de importancia especial para los inca: orfebres, artistas, tejedores y alfareros.

Tanto los productos de éstos como los tributos en productos naturales que se recaudaban periódicamente de los clanes, se entregaban a los almacenes. El *comercio libre* estaba muy poco desarrollado, concretándose sus actividades casi exclusivamente al trueque de maíz y lana entre la costa y el altiplano. Por lo demás, los inca mismos se encargaban de cierta nivelación económica, proporcionando provisiones de los almacenes fiscales a los pueblos que habían quedado en la miseria debido a malas cosechas o catástrofes naturales.

Con la mayoría de las mencionadas disposiciones, los inca no se salían todavía, en sus puntos esenciales, de los límites de la *organización gentilicia*; pero si pusieron fin al agrupamiento en tribus al orde-

nar el repartimiento total de sus tierras entre las comunidades aldeanas. Además, su tendencia a debilitar los *clanes* se manifestaba claramente, y de manera inconfundible en algunas disposiciones que resultan específicamente características para la constitución estatal de los inca. Uno de los obstáculos principales para la centralización gubernamental consistía en la multiplicidad de lenguas y deidades entre las numerosas tribus pequeñas. Contra estos inconvenientes luchaban los inca por medio de la introducción forzosa del *idioma quechua* y del *culto solar*. De la misma manera como los inca no destituían a los jefes de clan, tampoco eliminaban los dioses locales, procediendo únicamente a subordinarlos al dios solar, lo que se expresaba simbólicamente por medio del traslado de sus ídolos al Cuzco.

Era naturalmente de la mayor importancia el firme encadenamiento de las regiones recién conquistadas a la metrópoli incaica. Esto se conseguía, por un lado, fortaleciendo el poder de los curaca, con lo que se metía una cuña en la organización tribal democrática, y por el otro, dando a los hijos de los curaca una educación forzosa en un *colegio noble* (yachahuasi) del Cuzco; de este modo dichos jóvenes se criaban en las costumbres y modo de pensar de los conquistadores. Más radical todavía era el sistema de colonos forzados (mitimac): se trasplantaba a grupos enteros de población de regiones recién sometidas (por ejemplo, de la costa), a las tierras de la metrópoli, y se les reemplazaba con elementos seguros. Simultáneamente, esta colonización tenía por objeto impulsar económicamente las regiones poco aprovechadas (como la Puna) mediante elementos experimentados.

Un ejército de funcionarios custodiaba a los curaca (de una manera parecida a la de los "residentes" ingleses frente a príncipes nativos). Estos empleados estaban a las órdenes de gobernadores de provincia (tucuy ricuc, veedores), que siempre tenían cuatro tribus bajo su mando y cuya obligación era la de vigilar el reclutamiento de los hombres sujetos al servicio militar, la recaudación de los tributos y la ejecución de las obras públicas.

Mientras que la mayor parte de la jurisdicción quedaba en

nar el repartimiento total de sus tierras entre las comunidades aldeanas. Además, su tendencia a debilitar los *clanes* se manifestaba claramente, y de manera inconfundible en algunas disposiciones que resultan específicamente características para la constitución estatal de los inca. Uno de los obstáculos principales para la centralización gubernamental consistía en la multiplicidad de lenguas y deidades entre las numerosas tribus pequeñas. Contra estos inconvenientes luchaban los inca por medio de la introducción forzosa del *idioma quechua* y del *culto solar*. De la misma manera como los inca no destituían a los jefes de clan, tampoco eliminaban los dioses locales, procediendo únicamente a subordinarlos al dios solar, lo que se expresaba simbólicamente por medio del tráslado de sus ídolos al Cuzco.

Era naturalmente de la mayor importancia el firme encadenamiento de las regiones recién conquistadas a la metrópoli incaica. Esto se conseguía, por un lado, fortaleciendo el poder de los curaca, con lo que se metía una cuña en la organización tribal democrática, y por el otro, dando a los hijos de los curaca una educación forzosa en un *colegio noble* (yachahuasi) del Cuzco; de este modo dichos jóvenes se criaban en las costumbres y modo de pensar de los conquistadores. Más radical todavía era el sistema de colonos forzados (mitimac): se trasplantaba a grupos enteros de población de regiones recién sometidas (por ejemplo, de la costa), a las tierras de la metrópoli, y se les reemplazaba con elementos seguros. Simultáneamente, esta colonización tenía por objeto impulsar económicamente las regiones poco aprovechadas (como la Puna) mediante elementos experimentados.

Un ejército de funcionarios custodiaba a los curaca (de una manera parecida a la de los "residentes" ingleses frente a príncipes nativos). Estos empleados estaban a las órdenes de gobernadores de provincia (tucuy ricuc, veedores), que siempre tenían cuatro tribus bajo su mando y cuya obligación era la de vigilar el reclutamiento de los hombres sujetos al servicio militar, la recaudación de los tributos y la ejecución de las obras públicas.

Mientras que la mayor parte de la jurisdicción quedaba en

manos de los curaca, el tucuy ricuc intervenía siempre que se trataba de disputas entre dos tribus, de delitos de los "orejones" o de crímenes que hacían peligrar el propio estado (alta traición, rebelión, delitos militares, etc.). El inca en persona pronunciaba el veredicto sobre los curaca delincuentes, mientras que el castigo de sacerdotes o de legos, que habían cometido delitos contra la religión, correspondía a las obligaciones del sumo sacerdote del sol (huillac umu). El derecho incaico era extremadamente draconiano, porque descansaba, con su concepto de la ley del talión, enteramente en la idea del escarmiento, en contraste con el derecho gentilicio. Aun para delitos insignificantes se condenaba a muerte, cuya forma más infamante era la de ser quemado —una idea muy comprensible en un país que siempre trataba de conservar sus muertos con todo el cuidado posible—; en contraste con esto la decapitación era considerada como honrosa, siendo aplicada, por consiguiente, sólo al tratarse de orejones. Además, las crónicas hablan de las penas de horca, lapidación y descuartizamiento (en caso de traición), encarcelamiento, esclavitud y rapado de la cabeza (este último castigo se aplicaba a casos de prostitución o impudicia). De acuerdo con el carácter del derecho incaico, la multa quedaba relegada a segundo término. Entre los métodos de investigación para descubrir al culpable, había tormentos, consultas de las "huacas" y ordalías.

Comúnmente se cree que el imperio incaico fué un régimen de despotismo absoluto, y efectivamente, visto de fuera, había llegado a este extremo de la forma monárquica mediante el desarrollo consecuente de las fases preliminares que encontramos entre los cueva y muisca. El inca reinante (cápac o sapay inca) era considerado como el dios solar, hecho carne y de paso sobre la tierra; en cambio, su mujer principal (coya) era la encarnación de la diosa lunar. Todo individuo que se acercaba al inca, se quitaba las sandalias y se echaba una carga a cuestas, para manifestar su humildad. Los emblemas del inca eran, además del llautu rojo con franja, una especie de cetro con una cruz hecha de plumas (suntur paucar), una preciosa sombrilla de plúmas, que unos sirvientes sostenían, y la coya. Todos

los utensilios del inca eran de oro o plata, sus trajes de la más fina lana de vicuña.

Sin embargo, a pesar de toda esa pompa tenía también sus limitaciones; el poder del inca quedaba sujeto a varias restricciones que se explican con su origen. *La casta noble de los orejones* que, como es sabido representaba, debido a sus funciones, privilegios e ingresos, un factor de extrema importancia en el imperio, estuvo frecuentemente en oposición violenta al inca. Cuando el octavo inca, Huiracocha, quiso entregar el poder a su segundo hijo en vez de al primogénito, la nobleza no se lo permitió; y aun más, se insubordinó en campaña al sentirse mal atendida por el penúltimo inca, Huayna Cápac. Pero ni en sus mismos asuntos gubernamentales era el inca independiente, porque tenía a su lado a un *consejo supremo* de cuatro "cápac" o "apu", que actuaban como los supremos funcionarios de los cuatro grandes distritos (suyu), denominación de la que se deriva el nombre mismo del imperio: Tahuantinsuyu ("los cuatro suyu"). Además, parece que el sumo sacerdote (huillac umu) desempeñaba también un papel político de mucha importancia, porque las fuentes españolas dicen de él que gozaba del mismo prestigio que el inca y que, en tiempos antiguos, había hecho comparecer a éste ante su tribunal.

Tales situaciones recuerdan vivamente el imperio azteca, y encuentran, como supone Trimborn, su explicación en el hecho de que, dentro de la tribu de los inca, los curaca de los cuatro clanes más antiguos tenían originalmente el poder y que el huillac umu, que era tal vez uno de los parientes más cercanos del inca o que quizá descendía de un clan que, desde tiempos remotos, rivalizaba con el ayllu incaico, correspondía, en cuanto a su cargo, al *jefe de paz* norteamericano. Sólo poco a poco, el jefe de guerra (sinchi) logró hacer prevalecer su cargo. Efectivamente, los primeros sucesores de Manco Cápac se titulaban todavía sinchi; además, del relato de Montesinos sobre un largo período de príncipes con el título de amauta (sabio), que precedió a los sinchi, se desprende que anteriormente existía la supremacía de los jefes de paz.

Bajo el sexto inca, Roca (según Means, de 1250 a 1315), los

sinchi adquirieron verdadero poder y desde entonces empieza la gran expansión guerrera de la tribu de los inca, y gracias a las conquistas de los inca Pachacutec, Tupac Yupanqui y Huayna Cápac, el imperio llevó sus fronteras hasta el río Ancasmayu, en el sur de Colombia, (1er. grado de latitud norte) y el río Maule en Chile (35 grados de latitud sur), abarcando dentro de estos límites todo el altiplano y la costa. A pesar de que los ejércitos de los inca avanzaron, también en la región del Amazonas superior y el Gran Chaco hasta los límites de la pampa, nunca sometieron de manera permanente a los países al este de los Andes. Bajo Huayna Cápac, se llevó a cabo la fatal división del imperio en una mitad septentrional y otra meridional, con Quito y El Cuzco por capitales, y Atahualpa y Huáscar por regentes, respectivamente. Con esta división quedó abierto el camino para la conquista del país por los españoles.

Con muchas de sus disposiciones, los inca habían invadido la vida privada de sus súbditos. No sólo prescribían la indumentaria de cada región y prohibían el cambio de lugar de residencia, sino que también regularizaban los casamientos conforme a sus propósitos. El súbdito común y corriente no podía casarse antes de los veinticuatro años de edad, ni las mujeres antes de los dieciocho años. Nadie podía tomar más que una mujer, lo que se hacía por compra ante una especie de "registro civil", bajo la presidencia del curaca y en presencia del residente incaico competente. Ciertos decretos muy rigurosos contra el rapto, el estupro y adulterio comprueban que se trataba de impedir a todo trance el que se eludiera o despreciara esta compra.

Los curaca, orejones y miembros de la dinastía no estaban sujetos a estas leyes, pues a ellos les era permitida la poligamia, hasta el grado de que la adjudicación de mujeres a meritorios funcionarios y oficiales del ejército era, al lado de la cesión de tierras y siervos, uno de los favores más importantes de parte del inca. Este tomaba por lo regular como esposa principal a su propia hermana, prerrogativa que estaba en abierta contradicción con la ley que prohibía el matrimonio entre parientes.

Sus numerosas segundas mujeres y las que regalaba a los orejo-

nes o curaca, procedían principalmente de los "conventos", en los que vivían las *vírgenes del sol* (aclla), bajo la custodia de ancianas. Un alto funcionario, el apupanaca, se encargaba de la selección de estas muchachas que los ayllus tenían que entregar y que desde la más tierna infancia entraban a la "aclla huasi" ("casa de las aclla"). Sin embargo, no a todas las aclla se les destinaba a concubinas, pues parte de ellas tenían que hacer voto de virginidad perpetua, y se dedicaban al servicio del templo y trabajaban en la casa del inca en labores de hilados y tejidos, preparación de chicha, etc.

Más antigua que estas instituciones es la *iniciación de los jóvenes* (huara-chicuy, "poner el taparrabo"), que el estado incaico había adoptado de la organización gentilicia. Esta ceremonia tenía lugar anualmente en El Cuzco en los meses de noviembre y diciembre para la juventud en edad púber de los orejones, y conservaba todavía en todos sus detalles el sello de los ritos de pubertad de los pueblos primitivos americanos. Los adolescentes tenían que someterse a un largo período de preparación, durante el cual recibían consejos e instrucciones para la fabricación de armas y sandalias, y debían dar pruebas de su destreza en carreras de competencia o luchas, así como de su firmeza de ánimo por medio de flagelaciones u otras pruebas. En seguida, el propio inca, en solemne ceremonia, les perforaba las orejas con una aguja de oro para la colocación del distintivo tribal, y les ceñía además el taparrabo y las sandalias, considerado todo ello como insignias de los hombres. La fiesta que se llevaba a cabo, en parte, en una gran plaza del Cuzco, en parte al pie de los cerros sagrados de los alrededores, terminaba con bacanales de chicha, danzas de máscaras y un lavatorio de los jóvenes.

El primitivismo de las bases en que los inca asentaban su estado, se pone también de manifiesto en su *religión*. Hay en ella muchos rasgos que recuerdan, de manera muy llamativa, las ideas religiosas de Norteamérica: la falta de deidades personificadas y el consiguiente culto sin imágenes, así como la creencia en espíritus tutelares y principalmente en huacas. Los peruanos aplicaban la palabra *huaca* a todos los seres, objetos o fenómenos, de los que irradia una "fuer-

da monolítica de la cultura de Tiahuanaco y sobre placas de bronce de los diaguita.

En general, los dioses incaicos no son más que figuras pálidas e impersonales, manifestándose en los cuerpos celestes, en el rayo y el arco iris, en la tierra, el mar, manantiales y lagos, rocas y cerros. Del dios de las tormentas se nos dice que produce truenos y rayos con su honda; de la diosa de las lluvias, que derrama el elíxir fructificador con cántaros sobre la tierra, como el Tlaloc mexicano. La adoración de los lagos alpinos y nevados, hace recordar conceptos y costumbres de los chibcha. Piedras o riscos sagrados eran considerados en parte, como lugares de origen de la humanidad, y en parte, como huari, o sea, gigantes petrificados de los tiempos primitivos, que llevan la tierra a cuestas y que, por tal motivo, son invocados cada vez que se trata de empresas que exigen fuerza y perseverancia. Un resto de la litolatría sobrevive en los apacheta, o sea, montones de piedras de los desfiladeros, ante los que aún el indio moderno deposita una ofrenda de hojas de coca.

Solamente el gran dios creador y héroe civilizador *Huiracocha* que llegó a identificarse con el dios solar, igual que su antecesor *Tonapa* (el principal dios de los colla), se nos presenta en mitos y cantares como un personaje un poco más vigoroso. Tiene rasgos afines al Quetzalcoatl de los mexicanos, también con respecto a la circunstancia de que ya no se le rendía culto verdadero en los últimos tiempos prehistóricos.

La pareja de dioses *Huallallo* y *Pariacaca*, de los que tratan los mitos de Huarochiri, recuerdan los hermanos rivales de las leyendas norteamericanas.

Intimamente ligada con la creencia en huacas, estaba la adoración ancestral, que se expresa en el culto de las momias (mallqui). También de ellas irradia un efecto mágico, principalmente cuando se trata de personas sobresalientes, motivo por el cual, los chanca llevaban las momias de dos famosos jefes a sus expediciones guerreras; mientras que los quechua del Cuzco hacían participar a las momias de los inca en todas sus grandes fiestas, por ejemplo, en el huara-

chicuy. Debido al hecho de que los inca reinantes representaban el sol en su vida terrenal, sus momias eran depositadas en el templo del sol. El licenciado español Polo de Ondegardo encontró, en el año de 1559, cinco de ellas en un escondrijo, y las describe como cadáveres acurrucados lujosamente ataviados, parecidos a las momias de los pueblos costeños. Todo lo que un inca difunto había usado, su palacio, su ajuar y sus sirvientes, no pasaba a la propiedad de su sucesor, sino que se conservaba en el mismo estado en que se había encontrado durante su vida.

Los *muertos* eran sepultados no solamente en templos, sino en torres-tumba y en cuevas. Estas últimas están situadas, cerca de Ollantaytambo, en unos riscos acantilados casi inaccesibles, y en el valle del Cuzco, en las cercanías de picachos, en los que se habían esculpido asientos, escalinatas, nichos, acanaladuras y cavidades; Uhle supone que estas rocas talladas (son en total once) servían para el culto de los muertos de los áyllus incaicos. También se sepultaban niños en urnas, pero únicamente, tratándose de gemelos, a quienes los peruanos, como los mexicanos, consideraban como algo contra la naturaleza, y por eso, les causaba temor.

Los templos de los inca no eran más que habitaciones de mayores dimensiones y estaban construídos a ras de tierra. Esto puede decirse también del gran templo de Huiracocha de *Cacha*, en el valle del río Vilcañota superior, que era en su época, una casa más larga que ancha con techo a dos vertientes y naves laterales abiertas, de la que hoy día ya sólo quedan en pie la pared mediana y las bases de ambas filas laterales de columnas redondas. En tiempos anteriores a la difusión del culto solar, se conocían también en el altiplano formas de templos que recuerdan las de la costa y aun las de Mesoamérica; así tenemos, por ejemplo, en *Vilcas Huaman*, antigua región de los cancha, una pirámide de tres cuerpos, construída de mampostería, y que servía de base a un templo, al que se sube por una escalinata angosta y con puerta de entrada; y en *Huánuco Viejo*, en el Marañón superior, una terraza de poca altura, que también tiene escalinatas y sobre la que se levanta un cuadrángulo de mampostería, cuyas dos

entradas están flanqueadas por un friso con figuras de pumas acurrucados.

Por lo regular, los templos incaicos del sol estaban combinados con un *intihuatana*, que consistía en una superficie plana de roca con un cono de piedra de poca altura, que servía de indicador de la sombra al paso del sol, o tal vez solamente como simple altar solar. En la fortaleza de *Pisac*, el intihuatana está rodeado de una muralla de piedra en forma de herradura; también el último resto del Coricancha ("coto de oro") o sea, el templo del sol en El Cuzco, tiene la forma del muro circundante de un intihuatana.

Por considerarse a las aclla como esposas o sirvientes del dios solar, cada templo solar tenía su "convento de monjas" (acllahuasi); el de la isla de Coati, en el lago de Titicaca, está bien conservado, consistiendo en un edificio central y dos alas laterales; dos grandes piezas que ocupan el centro de la fachada principal y en cuya pared de fondo se ven grandes nichos decorativos, servían probablemente para el culto, mientras que las demás piezas, muy estrechas como celdas, servían de habitaciones. Una construcción parecida se encuentra en el templo solar incaico de Pachacamac, la ciudad sagrada, que gozaba, en la época de los inca, de gran prestigio por su famoso oráculo, motivo por el cual estaba dotada de toda clase de privilegios.

Sólo en ocasiones muy excepcionales se inmolaban seres humanos, por ejemplo, con motivo de mala suerte en las empresas guerreras o epidemias, pero principalmente durante la entronización de un nuevo inca. Entonces, todo el país tenía que enviar niños y vírgenes al Cuzco, desde donde se les escoltaba en solemnes procesiones a los diferentes templos o sitios sagrados. En el lugar de destino, se les estrangulaba, enterrando los cadáveres frente a las huacas o templos. Estos datos han sido confirmados de una manera sorprendente por el hallazgo de la gran tumba de mujeres de Pachacamac. Sin embargo, por lo general se sacrificaba *animales:* conejillos de Indias, pero principalmente se abrían para arrancarles el corazón, como a las víctimas humanas en México. Todavía actualmente el campesino peruano entierra fetos de llama bajo los postes de su nueva casa.

Otras formas del sacrificio eran ofrendas de *coca* o *chicha*, especialmente durante la fiesta del sol en El Cuzco, que también terminaba con una gran borrachera de chicha. Ya mencionamos las diferentes clases de ofrendas. Las joyas, como plumas o conchas, eran como en México las más apropiadas para el sacrificio ante los dioses de las tormentas y lluvias. En lugar de los sahumerios, en el imperio incaico, se acostumbraba soplar hacia las huacas grasa y sangre de llama, tostadas con maíz y hojas de coca.

Los *sacerdotes*, cuyo jefe era el sumo sacerdote del sol (huillac umu), prestaban sus servicios no solamente en los templos, sino que también estaban adscritos a las huacas y momias más importantes; además de los sacrificadores, había hipnotizadores, sortílegos, adivinadores y hepatóscopos. Estos últimos observaban las contracciones de músculos o las convulsiones de una serpiente o de las patas de una araña, y pronosticaban el porvenir, valiéndose de un pulmón de llama inflado o de los intestinos de un conejillo de Indias. El maleficio para perjudicar a alguien se practicaba soplando harina de maíz o ceniza de muertos en dirección hacia el enemigo ausente.

Los *sacerdotes confesores* desempeñaban un papel de primer orden, porque ante ellos se confesaban los pecados no solamente en el caso de sentirse uno enfermo personalmente, sino también al enfermarse el inca reinante o por haber sucedido alguna desgracia nacional. Entonces el sacerdote sancionaba al confeso por medio de golpes con una boleadera y ambos escupían sobre un haz de hierbas que se tiraba al río, para que éste se encargara de llevarse el pecado. Semejantes conceptos daban motivo a la gran fiesta de *Sithua* que tenía lugar en El Cuzco durante el mes de septiembre. Para exorcizar todos los males que se habían acumulado en la ciudad en el curso del año que acababa de terminar (enfermedades, pecados, etc.), cuatrocientos guerreros de todos los ayllus salían corriendo, tan pronto que aparecía la luna, de la ciudad hacia los cuatro puntos cardinales, agitando con proyectiles encendidos y bañando sus armas en la primera corriente de agua con que topaban. De todas las casas, por donde pasaban, salían moradores, que sacudían sus ropas, se bañaban y se

pintaban el rostro con papilla de maíz. Durante esta ceremonia, los forasteros, los enfermos y los inválidos tenían que quedarse fuera de la ciudad.

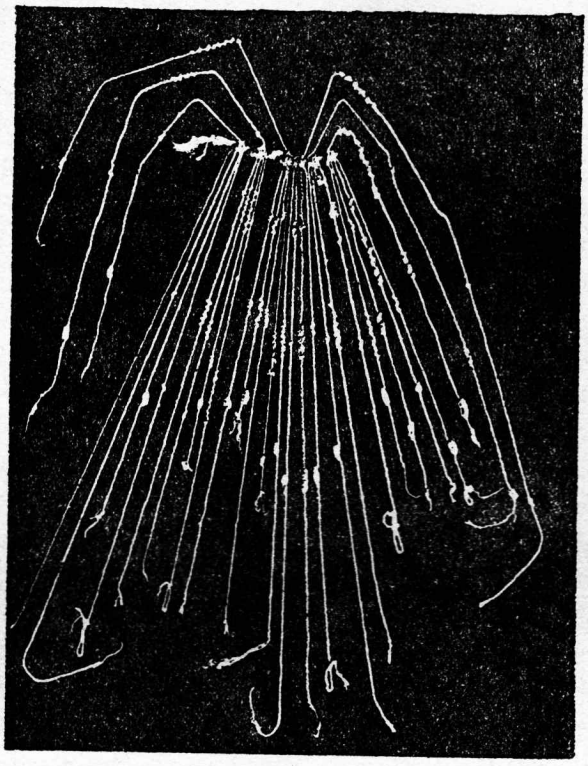
En cuanto a las otras fiestas, casi siempre estaban relacionadas con el cultivo. Con el fin de fertilizar mágicamente los campos, se quemaban durante la cosecha fetiches de maíz o papas; costumbre muy parecida a la que encontramos en México.

Entre los sacerdotes había un grupo importante, los *amauta* o sabios que tenían como misión, entre otras, el cultivar las tradiciones históricas y trasmitirlas a los jóvenes miembros de la nobleza. Parece que se valían para este fin de una especie de escritura pictórica, de la que desgraciadamente no se ha conservado nada; se guardaban en un templo cerca del Cuzco ciertas tablas de madera en las que estaba pintada la historia y prehistoria del país, para ayuda mnemotécnica de los amauta. Según Cabo, estas pinturas se asemejaban a los tapices que él había conocido en El Cuzco, y que probablemente tenían el mismo aspecto de las telas muy delicadas con representaciones escénicas de las tumbas de Pachacamac. Sarmiento atribuye la fundación de estas "bibliotecas" pictóricas al inca Pachacutec, que siempre trataba de fomentar las ciencias, instalando escuelas de amauta, perfeccionando la cronología y ordenando la formación de mapas en bajorrelieves de barro, de todas las regiones de su imperio.

Aun los indios modernos del Perú y Bolivia muestran todavía cierta propensión a hacer apuntes pictográficos. A fines del siglo XVIII, un indio anciano colla de la región de Copacabana inventó una escritura pictográfica primitiva para grabarse en la memoria los artículos del catecismo. Se parece a la de los cuna.

Sin embargo, en todos estos casos sólo se trata de los primeros pasos hacia una evolución que no ha logrado pasar de sus comienzos. En cambio, los peruanos incaicos desarrollaron hasta la perfección otro substituto de la escritura, que no es raro tampoco en otras partes de América: los cordeles de nudo (quipu). Gracias a los estudios de Max Uhle, L. Locke y E. Nordenkiöld, muchas fantasías de relatos anteriores acerca del contenido de los quipus han podido ser desvir-

tuadas; es lógico que estas cuerdas no podían transmitir tradiciones históricas, ni leyes, ni poemas, como se ha ido afirmando, sino exclusivamente números. El principio fundamental del quipu está íntimamente emparentado con la escritura de números de los maya, porque



55. Quipu peruano procedente de Chancay.
(Según Ch. W. Mead.)

los nudos tienen un valor de posición, que tiene por base, sin embargo, el sistema decimal; es decir, señalaban de abajo arriba respectivamente unidades, decenas, centenas y millares. Para evitar errores, se empleaban distintas clases de nudos. Todos los otros detalles del quipu (color y agrupamiento de cordeles y cordeles auxiliares, etc.), sólo

se refieren a la *categoría* de los objetos computados (objetos, personas, unidades de tiempo). Para cada rama había entre los "guarda-quipus" (quipu-camayoc) de los inca, especialistas que tenían bajo su custodia archivos enteros, en vista de que las señas, que caracterizan las categorías, tenían en cada caso que significar otra cosa; por ejemplo, un cordel blanco indicaba por un lado, plata (en contraste con amarillo —oro), y por el otro, días venideros (en contraste con negro —días pasados); un cordel rojo significaba guerreros, etc. De esta manera se había hecho del sistema de computar por medio de quipus, un excelente auxiliar para los funcionarios del imperio incaico, que así podían registrar tributos, reses, habitantes de aldeas (con el objeto de fijar contribuciones o reclutamientos) y otras muchas cosas, después de haber hecho el cómputo con la ayuda de un ábaco, que también está construído a base del principio del valor de posición.

Los quipus han seguido usándose todavía por mucho tiempo en el trato entre españoles e indios y aún subsiste parcialmente en el presente, pues sirve al pastor de la Puna boliviana para llevar cuenta de su rebaño, o al campesino de la región de Huarochiri, para vigilar el rendimiento del trabajo de los jornaleros de sus sembradíos.

INDICES

INDICE ANALITICO

abanicos, de pluma de los mexicanos, 281.
Abboth y la cultura de las hachas de mano, 13.
abipón (guaikurú), 164, 166, 172.
Acoma, poblado de los queres, 93.
Adams, Ohio, 108.
Adornos, de los esquimales, 47; de los dené, 60; de los dhgiha, 135; de los sauk, pani y chiwere, 135; de las tribus nómadas, 142; de las tribus del Chaco, 169; de las tribus del Brasil Oriental, 184; de los pueblos civilizados que se difundieron hasta Guayana y el Xingú, 214; de los araucanos, 241; de oro y perlas de los jefes de Haití, 254; de los mexicanos, 279, 281; mayas, 329; en la región de Cali, 362; de las tribus ecuatorianas, 379; en Manabí, 380; en la costa peruana, 407.
Africa, 7, 404.
Aguacatán, 315.
Ah Bolon tz'acab, 333.
ahtena (grabado), 104.
Ahuitzotl, 299.
aimará, 386.
ajuar, del sureste, 135; magallánico, 148; araucano, 240; de los antiguos mexicanos, 275; mexicano, 328.
akkawí, casas de los (grabado), 207.
akué, 177.
Alabama, 108.
alakaluf, crencias de los, 151.
Alagansí (altiplanicie del Ecuador), hallazgos en, 10; esqueletos de animales de, 11.
Alaska, 16, 35, 36, 38, 39, 41, 42, 46, 48, 49, 50, 51, 53, 54, 63; tundras de, 7; concheros de, 14; cerámica de, 45.
alcohua de Texcoco, los, 266.
Alden Mason J., 353.
Aleutianas, islas, 7, 20, 34, 41, 42, 45, 46, 47, 49; habitantes de las, 34, 39, 47, 50.
alfabeto fenicio, transformación del, 330.
algodón americano, 28.
algonquinos, 53, 54, 55, 56, 60, 62, 63, 105, 114, 120, 121, 122, 129, 131, 133, 137, 139; utensilios de los antepasados de los, 16; influencia de la cultura de los cultivadores en los, 54; cultura original de los, 58; del norte y noroeste, 59; orientales, 59; de Nueva Escocia, 61; tribus orientales de los, 61; ideas religiosas de los, 61; Gran Sociedad Medicinal de los, 62; el mundo de los muertos de los, 62; inmigración de, 106; antigüedades típicas de los, 115; de la Caroli-

na del Norte, 122-23; antiguos grupos locales, 123; canadienses, 160; de Virginia, 130; (sauk), 134.
alimento, de los californianos, 66; en la altiplanicie mexicana, 270; de carne de los mexicanos, 271; entre los peruanos, 421.
Alta Verapaz (Guatemala septentrional), 324, 325, 328, 331, 335.
Alvarado, Pedro de, 316.
Amauta (sabio), 439.
Amazonas, 165, 183, 195, 216, 347, 440; selvas del río, 24; cultura del, 175, 197; desembocadura del, 178; cuenca del, 193; norte del, 194, 196; superior, 194, 201, 208; sur del, 196; delta del, 197; relatos de viajeros exploradores, 197; la navegación en el, 206; las casas en el, 206; inferior, 222, 223, 233.
Amazonia, 195, 200, 201, 252, 272, 362, 429; capas étnicas y culturales de, 193; población más antigua de, 204; utensilios de cocina en, 209; el fuego en, 209; planicie aluvial de, 210; vasijas de barro de, 211; cestería en, 211; trabajos de malla en, 211; arte de hilar y tejer en, 212.
Ameghino, Florentino, y su teoría del hombre terciario sudamericano, 8.
América, 8, 9, 22, 28, 29, 31, 34, 35, 48, 59, 61, 68, 76, 78, 80, 174, 197, 215, 222, 238, 255, 266, 307, 347, 349, 351, 357, 365, 421, 433, 434; características geográficas de, 7; cómo pudo poblarse, 8; edad del hombre en, 8; artefactos humanos más antiguos, 9; arte de tallar la piedra en, 11; colonización más antigua de, 12; inmigración del hombre de, 17; primeros pobladores, 17; comunicación antigua con, 22; elementos raciales o lingüísticos australianos u oceánicos en, 23; época de la emigración del hombre a, 23; estructura cultural de, 23; época del descubrimiento de, 26; del Sur tropical, 26, 196; precolombina, 28, 90; distribución de algunos elementos oceánicos en, 29; pueblos civilizados, 30; del Sur, 41, 227; extremo meridional de, 145; del Norte, 194; Central, 340.
Amur, río, 65.
Anacaona, reina, 255.
Ancasmayu, río, 440.
Ancón, 389, 418; sepulturas de, 399; cementerios de, 417.
Andahuaylas y Abancy, valles de, 387.
andaqui, 348.
Adena, cultura, 112, 114.
Andes, 164, 165, 194, 205, 215, 228, 237, 372, 373, 374, 384, 385, 386, 387, 419, 421, 400, 440; vertientes de los, 152; región de los, 193.
Andides (clasificación de Eickstedt), 19.
angakoq, 52.
Angara, cultura, de, 12.
Angmagsalik, fiordo de, 35.
Ann, cabo, 117.
Anserma, 352.
Anthabasca, lago, 55.
Antevs, y la cultura de Cochise,

13; y el examen de las arcillas de la época glacial reciente, 17.
Antillas, 26, 196, 200, 209, 248, 250, 251, 254, 257, 332, 347, 353; antigua población de las, 246; historia cultural y etnografía de las, 246; habitantes más antiguos de las, 247; Mayores, 247, 251; Menores, 247, 249, 253; veneración de calaveras y huesos de difuntos en las, 256.
antropófagos "caniba", 248.
antropología peruana, 419.
Añahuarque, 442.
apaches, 103, 104, 266; antepasados de los, 97; acervo cultural de los 103; hogar de los, 104.
Apalaches, 105, 107, 108.
apinayé, 177, 188, 189.
apapokuva, 221.
Appun, 207.
Apure, río, 194.
Apurimac, río, 386; cañada de, 423.
Araguaya, río, 177, 178, 201; medio, ribera occidental, 177.
arahuaco, 348.
arapaho, 139.
araucanos, 154, 226, 227, 237, 433; meridionales, 25; el cultivo entre los, 139; influencia de los, 147, 163; botes de tablas de los, 147; inmigración de los, 159; principio matrilineal entre los araucanos de la Argentina, 162; en las cercanías de Valdivia, 237; territorio de los, 237; independencia cultural de, 237; herederos de un pueblo de cultura superior, 238; conseceuncias de la invasión española entre los, 238; decadencia de los, 238; plantas alimenticias silvestres de los, 239; bebidas fermentadas de los, 239; principales plantas de cultivo de los, 239; la ganadería entre los, 239; principales animales de caza de los, 239; la pesca entre los, 239; la vajilla de los, 239; la habitación de los, 240; actual casa de los, 240; casas de los jefes de los, 240; arte de tejer de los, 240; indumentaria de los, 240; adornos de los, 241; bases de la organización social y política de los, 241; la pena capital y otros castigos entre los, 242; el arte de la guerra entre los, 242; armas de los, 242; orgías de los, 243; instrumentos musicales de los, 243; rasgo norteamericano en la vida de los, 243; relaciones sexuales entre los, 243; antiguo totetismo entre los, 244; religión de los, 244; espíritu de la naturaleza de los, 244; el shamanismo entre los, 245; la poesía de los, 246.
arawak, 194, 200, 208, 209, 212, 220, 348, 388; migración de los, 26; expansión de los, 196; serámica, 197; antiguas regiones de los, 197; cultivo muy desarrollado de los, 197; antepasados de los, 197; intermediarios de noticias y productos del imperio incaico, 198; obra admirable de los, 199; maestros en cerámica, cestería y arte de hilar y tejer, 211; costeños (lokono, guajiro, uitoto y miranya) con roganización superior, 216; danza maquarri de los,

220; guajiro, ipurina, mojo, 222; juego de pelota de los, 224; territorio de, 247; su tradición del río Pomerún (Guayana inglesa), 248; de tierra firme y de las islas, con libre tráfico entre ellos, 248; sus casas en Cuba y Haití, 252; continentales, 253, 256; mitos actuales en la Guayana, 258.

Areas culturales, americanas, 32; prehistórica, 110; periferia septentrional del área cultural mexicana, 261; mexicana, 344; colombiana, 395, 396; del Perú y Mesoamérica, 396.

Arcaica, cultura, 263, 264, 267; postrimerías de la época, 264.

arcaicos, florecimiento de los, 267.

arco, entre los jívaro, ticuna, cocama y konibo, 201; en la zona selvática tropical, 202.

Arévalo, finca, 312.

arecuna, 197.

Arequipa, 388; departamento de, 386.

Argentina, 176, 178, 228, 229, 235, 419, 432, 387, 393; septentrional, 26; principio matrilineal entre los araucanos de, 162; valles andinos del noroeste de, 227; antigua arquitectura de piedra del noroeste de la, 230.

Argilita, cultura, 54.

Arkansas, 15, 110, 113, 139.

Arica, 20, 384, 389; hallazgos en las capas culturales de, 146; antiguas capas culturales de, 226; antiguos pescadores de, 226; indumentaria de los pescadores de, 226; cultura de, 226; prácticas funerarias de los pescadores de, 227; hallazgos de, 229; habitantes más antiguos de, 233; sepulturas de, 429.

arícara, 133.

armas, de los esquimales, 40, 50; de los yuma, 70; de los ona, 154, 155; de los tehuelche, 158; originaria de los países andinos, 158; del Chaco, 171; de los araucanos, 242; de los taínos, 251; de los tarascos, 270; de los aztecas, 290; de los itzá, 327; de los nicarao, 344; de los güétar, 358; del valle del Cauca, 364; de las tribus ecuatorianas, 381; de la costa peruana, 412; de los guerreros incaicos, 432.

Arnarquagessaq, 51

arquitectura, en piedra, 30; influencias de la mexicana, 319; lítica del altiplano peruano, 396; de San Agustín y Tihuanaco, 397.

Aruba, Curaçao y Bonaire, islas de, 348.

arte, de tallar piedra, 11; de trabajar conchas, piedra y madera entre los californianos, 64; de tallar vasijas, 76; de trabajar la madera los indios de la costa noroccidental, 77, 78; de los pueblo, 92, 100; de tejer de los hopi, 94; de los pipas, 113; semitextil, 135; de las tribus del Chaco, 169; de tejer de los chiriguanos y chané, 175; del indio selvático, 212; de los pueblos del Xingú, 223; del vaciado en bronce y de tallar la piedra de los diaguita, 233; de los chorotega, 342; de los atacame-

ños, 234; de tejer de los araucanos, 240; de tejer de los mexicanos, 278; historia del arte maya, 309; mexicano ulterior, 311; maya posterior, 312; de Amarana, 313, 323; ceremonioso de México y Mesoamérica, 323; cerámica de los maya, 324; de los chibcha, 356; doméstico maya, 336; de tejer en la costa peruana, 408, 409; de los peruanos costeños, 410; paleochimu, 415; chimu, 416, 419; de la época incaica, 430.
artefactos, humanos más antiguos de América, 9; paleolíticos de Trenton, 13; de piedra pelealgonquinos, 16.
Artico, 23, 34, 37.
Arriaga Camac, 434.
Asia, 7, 18, 32, 35, 36, 66, 79, 127, 166, 409; descendientes de los inmigrantes que vinieron de, 24; oriental, 36, 84; septentrional, 55.
assiniboin, 139.
astronomía maya, 339.
astrónomos alemanés y norteamericanos, y sus deducciones del tiempo en que empezó la alta cultura americana, 17.
Asunción, 164.
Atacama, desierto de, 227, 229, 233.
atacameña, cultura, 229.
atacameños, 226, 227, 228, 233, 236; economía de los, 231; armas de los, 232; aspecto exterior de los, 234; arte de tejer de los, 234.
Atabasca, lago, 53.
Atahualpa, 375, 430.
atawba, 116.
Atitlán, lago de, 312.
Atlántico, 58, 105, 120, 195, 350; litoral septentrional del, 31.
Atrato, río, 349.
Atrato y Cauca, regiones de los ríos, 360.
Auachumpi, 379.
auetó, 213.
Ayacucho, 386.
ayllu incaico, 439; espíritu tutelar de los, 442; culto de los muertos de los, 444.
Azara, 168.
Azogues, 375.
Australia, 7.
australianos, 22.
azteca, 97, 103, 114, 265, 270, 276, 277, 278, 280, 281, 282, 329, 334, 340, 346; época, 27; ritos, 127; supremacía política y cultural de los, 260; guerras de conquista de los, 260; escritura y cronología de los, 262; época mítica de las cuatro "edades prehistóricas" de los, 262; dominación tolteca de los, 263; época, 266; conquistas y fundaciones de los, 268; pescado para los reyes, 270; expediciones comerciales, 282; estado de los, 283, 284, 287; jerarquía, 286; nobleza, 286; expansión militar, 286; gremios, 287; derecho, 287; la guerra, 289; guerreros (grabado), 290; el nacimiento entre los, 291; educación de los niños, 291; costumbres funerarias, 292; conceptos religiosos, 292; vida sexual, 292; concepto del universo, 294; culto solar, 295; complejo original de conceptos, 295; culto de la gran madre de los dioses, 296; mito,

298; sacrificios humanos, 298; actos rituales, 302; cultos adoptados por los, 302; músicos, 303; brujos, 305; escritura, 306.
Aztlán, isla mitológica, 262.

Bacalar, 329.
Bachue, gran madre del universo entre los muisca, 371.
Baffinsland, 38.
Bahamas, habitantes de las, 248.
Bahía, 177, estado de, 181.
"baidarke", 42.
Bahamas, 247, 249, 255.
Bahía Blanca, 152.
bakairi, 213, 224; de la región de las fuentes del Xingú, 197.
Balanza, solamente conocida en el Perú, 27.
Balboa, 390, 413.
balsa, de juncos, 68; del Amazonas, 205.
ballena groenlandesa, caza marina de la, 39.
Bandelier, A. F., 284.
barbacoa, 348, 374, 379; de la costa, 375.
Barbeau Parsons, 33.
Barrow, punta, 36.
Bässler (grabados), 289, 399, 400, 401, 405, 406, 410, 412.
Beagle, canal de, 146.
bebidas fermentadas de la costa peruana, 400.
Belice, 325, 327, 349.
Bermejo, río, 164.
Beni, 210.
Benque-Viejo, 313.
beothuk, 36, 54, 57.
Bering, estrecho de, 7, 8, 17, 24, 45, 48; mar de, 35, 46; cultura del mar de, 36, 44.
betel en Melanesia, práctica de, 29.
bibliotecas, de Copenhague, 419; pictóricas incaicas, 447.
Birket-Smith, 31, 34, 36, 44, 45, 65.
Birmania, raza protomongólica de, 18.
bilchula, cosmología de los, 86.
Biobio, río, 239.
Black Hills, las, 139.
Black Howk, 126.
blackfeet, 104, 139.
Blanco, río, 193.
bluffdweller, 133.
Blumenbach, 18.
Boas, 118.
Bochica, Nemterequetebá o Sadiquía Sonoda (héroe civilizador entre las tribus del altiplano de Bogotá), 372.
Bogotá, 348, 366; altiplano de, 348, 366, 371, 372, 388; construcciones de piedra en el altiplano de, 354; hallazgos en el altiplano de, 356; tradiciones que tratan de la historia del altiplano de, 368.
Bolinder (grabados), 367.
Bolivia, 193, 198, 200, 206, 209, 219, 224, 432; oriental, 209, 210; altiplano de, 388; indios modernos de, 447.
Boman, 227, 229, 231, 234, 388.
Bolonchén ("Nueve cisternas"), 327.
Boothia, 35.
bororó, 178, 182, 184, 186, 190; clanes de los, 187; ideas religiosas de los, 188; la autoridad entre los bor. orientales, 189; disfraces de

los, 191; mitos de los, 191; gran ceremonia de los, 192.
boruca, 348.
bote, de tablas, 68; redondo de cuero (bullboat), de las tribus del Missouri, 135.
botocudos, 177, 178, 179, 181, 182, 184, 187, 188, 191; condiciones primitivas de los, 180; canibalismo y caza de cabezas entre los, 186; creencias de los, 192.
Brasil, 25, 26, 175, 179, 216; concheros del, 13, 14.
Brasil oriental, 166, 176, 177, 180, 181, 189, 193, 199, 201, 226; utensilios de los indios del, 183; telas para ropas en el, 184; vestimenta de tribus del, 184; adornos característicos de las tribus del, 184; aspecto social de las tribus más pequeñas del, 185; distintivo tribal del, 185.
Brasil meridional hasta la Lagoa dos Patos, 178.
Brasílides (clasificación de Eichstedt), 19.
Brasseur de Bourbourg, 336.
Bravo, río, 64, 88.
bribri, modernos, 348; deidad creadora de los, 368; principales instrumentos de música de los, 359.
bronces peruanos, 432.
brujos amazónicos, 222; de Panamá, 364.
Buenos Aires, 152, 161.
bugre, arcos y flechas de los, 183.
Buschmann, Eduard, 260.
Buchwald, Otto von, 374.
Bushnell, 114.
Butler (Ohio), distrito de, 108.

Caamaño y los indios del Ecuador, 374.
caballo, aclimatación del, 32.
cabezas de maza de piedra (grabado), 289.
Cabo, y las pinturas peruanas, 447.
Cacha, templo de Huiracocha, 426.
caddo, 105, 107, 120, 123; migración de los, 26; relaciones culturales con el sureste, 133; antiguas aldeas de los, 134.
cakchiquel, 310; capital de los, 319.
caiyukhotana (grabado), 104.
Calama, excavaciones en las cercanías de, 227.
Calancha, 409.
Calaveras, hallazgo del cráneo de, 8.
Calchaqui, valle de, 229, 233.
calendario, maya, 17, 330; mexicano, 306, 338; entre los nahua y mixteca, 307; de los nicarao, 346.
California, 20, 26, 63, 65, 66, 67, 68, 70, 71, 180; concheros de, 13; y los elementos negroides, 22; pequeñas tribus de, 64; tribus de, 74, 89.
californianos, 6, 65, 81, 85; actuales, 25; centrales, 66; preparación de los alimentos de los, 67; particularidad etnográfica de los, 68; transporte terrestre entre los, 68; septentrionales, 70, 72; la guerra entre los, 70; sistema de clases de los, 70; matrimonio entre los, 71; tabú de los, 71; cremación de ca-

dáveres entre los, 71; culto kuksu de los calif. centrales, 72; mitología de los calif. centrales, 73; meridionales, 227;
calina o caribe isleño, 247.
Calvucurá, 162.
calzado, en los bosques tropicales, 206; en la costa peruana, 406; de los inca, 428.
Callejón de Huaylas, 397.
Camayagua (Honduras), río, 339.
Camaxtli o Mixcoatl ("la serpiente-nube"), 295, 296.
Campeche, 13, 328, 329.
cana, 386, 429.
Canadá, 16, 37; septentrional, 58.
Canadian superior, región del río, 139.
Cáncer, trópico de, 259.
canchi, 386.
candil de aceite de ballena, invento del, 45.
canella, 177, 185; pensamiento de los, 188; ceremonias de iniciación de los jóvenes entre los, 190; otras fiestas de los, 191.
canoa, de una pieza, 68; de alta mar de los indios de la costa noroccidental, 78.
cañari, 375, 379, 380, 434; cabeza de maza de piedra de la región de, 289; región de los, 377, 378; sepulturas en pozo de la región de los, 377; sepulturas de los, 381; sepulcros de la región de los, 381; inmolaciones infantiles de los, 382.
Cañete, 385.
Caonabo, 255.
capa arcaica de lá altiplanicie mexicana, 311.
Capitán, cómo explica los paralelos americanos de la cultura euroasiática de las hachas de piedra, 13.
Caprakan, dios de los terremotos, 334.
caquetío, los (primitivos habitantes del altiplano de Bogotá), 348.
cara, 348, 379, 381, 382; antigua región de los, 375; el verdadero pueblo civilizado del Ecuador, 375; forma de énterramiento usado entre los, 375; predecesores de los, 375; centro de la región de los, 376; tradición de la inmigración de los, 377; región de los, 378; observaciones astronómicas de los, 383.
Carabuco, 432.
caraguatá, fibras de, 184.
Carahuasi (prov. de Salta), cuadros poilcromados de las grutas de, 235.
caranqui, 375.
carayá, 178, 194, 206, 208, 209, 210, 214, 215, 218, 222, 223, 224.
Carchi, provincia de, 376.
Cardiay, casas sepulcrales de, 359.
Cariay (Puerto Limón), 358.
caribe, 178, 194, 196, 197, 209, 211, 214, 215, 251, 353; travesías por mar de los 206; de la Guayana, 216; esclavitud entre los, 217; poligamia entre los car. de Guayana, 219; septentrionales, 220; isleños, 247; merodeos de los, 248; expansión de los, 248; invasión de los, 249; arco de los car. isleños,

251; guerra de los, 251; embarcación de los, 251; casa de los, 252; arte de la cestería entre los, 253; mujeres de los, 254; costumbres bárbaras de los, 255; creencias de los, 258; mar, 348; inmigración de los, 349.
caripuna, 194.
Carolinas, 58, 107, 108, 115, 118; 120, 122, 123, 125, 126.
Cartago, 350, 351.
Cartier, 54, 118.
casas, de nieve de los esquimales, 42, 43, 44, 45; moderna greolandesa, 44; invernal de la cultura thule, 44; alaskeña, 44; de la costa noroccidental, 45; de los pima, 101; de Thule, 104; de los indios norteamericanos, 118 (grabado de la p. 119); de las tribus del Missouri, 135; del Chaco, 168; de los bororó, 182; de la región de las fuentes del Xingú, 207; de los tehuelche, 207; de los indios sudamericanos, 207; de los makuna, 207; de los yamamandí, 207; de los ríos Uapés y Uyacali (malocas), 208; de los diaguita, 230; de los taíno, 252; de los caribe, 252; de planta ovalada en la región de Orizaba, 272; de los maya, 328; redonda del valle del Cauca, 361; de los muisca, 367; ecuatoriana, 379; de los peruanos costeños, 401, 402; en las ciudades incaicas, 427.
Casas Grandes, 101.
Cascadas, sierra de las, 74.
Casiquiare, río, 196, 197.
cashibo, 194.
cashinaua, 194.
Caso, Alfonso, 267, 293.
casta incaica, la, 387, 436.
castillo de Moctezuma en Beave, Creek (Arizona), 118 (grabados de la p. 119).
Catamarca, 233.
catawba, 107.
Cauca, río, 348; valle del, 348, 351, 362, 363, 376, 378, 381; hallazgos del valle del, 356; cazas del valle del, 361; crueldades de las tribus del, 363; armas de combate que se usaban en el valle del, 364.
cayapa, 374, 378, 379, 380.
caza, de la foca, 35, 38, 45; en kayak, 41; de animales terrestres, 41; de aves, 41; menor, 41; de la ballena, 42, 52, 147; de cabezas, 50; del alce y del ciervo, 56; de los subárticos, 60; acuática entre los shoshoni, 67; de mamíferos marinos en alta mar en el sur de la costa noroccidental, 75; de delfines, lobos marinos y focas en la costa noroccidental, 76; y pesca entre las tribus sonorenses, 102; del bisonte por los indios de las praderas, 132; en el sureste, 135; del guanaco entre los ona, 155; y pesca entre los huarpe, 158; y pesca en el Chaco y Paraná, 167; entre las tribus amazónicas, 200; y pesca en Panamá, 360; y sus efectos fisiológicos en la gente andina, 421.
cazadores, precursores de los americanos, 14; pruebas de antiguo contacto cultural entre cazadores y pescadores de Norte y Sudamé-

rica, 24; subdivisión de los inmigrantes en cazadores y pescadores, 25; leyendas y seres fantásticos entre los subárticos, 61; prácticas mágicas entre los kri, 62; arma principal de los del Chaco, 166; de la Pampa, 167; superiores del Brasil oriental, 193; pampeanos, 225; y pescadores del lago de México, 269.
cazaderos de las tribus de las mesetas, 139.
Ceará, 178.
cenestoga, 107.
Centroamérica, 198, 259, 261, 348; no es raro el cabello ondulado en, 19; patria originaria del maíz, 25.
centrálides, 20.
centurias del ejército incaico, 435.
cerámica, del peine, 16; de Alaska, 45; de México, 76, 275; de Casas Grandes, 111; de la costa del Golfo, 111; de Moundville, 111; del Mississippi, 113; de los chaná, 168; andina, 168, 211; de los chirimacos y los chané, 145, 237; de los estados meridionales del Brasil, 180; de los arawak, 197; costarricense y antillana, 198; sudamericana, 198; de los diaguitas, 233; araucana, 240; azteca y zapoteca, 276; de El Salvador, 341; chorotega, 343; de coclé, 352; cretense, 352; de los taíno, 253; de anta María, 354; de totonaca de "Cerro Montoso", 377; incaica, 393, 431; de Ica (grabado), 394; del altiplano ecuatoriano, 376; preincaica, 376; arcaica de Recuay, 397; de Chavín, 397; neochimu, 397; de la casta peruana, 408.
cerbatana, en Amazonia, 204; de los kokama, 205; del río Yapurá, 205; de los ríos Izana y Uaupés, 205.
Cerro Colorado, 417.
Cerro Montoso, 377.
cestería, espiral, 25, 87, 183, 211; fina de las islas Aleutianas, 45; de los pima, 101; del oeste, 142.
cesteros (basket makers), 15, 20, 133; época de los, 89.
Cibao, sierra del, 247, 254.
Cíbola, siete ciudades de, 93.
ciboney, 247.
ciencias incaicas, 447.
ciguayo o mozorige, en el noroeste de Haití, 248.
clanes, matrilineales y totémicos en el sureste, 123; antiguo carácter local de los, 136; incaicos, 434, 435.
Clavering, isla de, 35.
cliffdwelings, 118.
"cloisonne" de Jalisco y Zacatecas, 267.
Clarke, río, 74.
clasificación de las razas básicas americanas, 19.
clases sociales, la riqueza como factor para la integración de las, 32.
clúb de las tribus sudamericanas meridionales, 216.
Coahuila, 20, 89; hallazgos arqueológicos en cuevas de, 263.
Coatí (isla del lago Titicaca), 445.
Coatlicue, 296.
Coatzacoalco, 287.
Cobá, 313.
cobeua, 194.

Cobija, 225, 386, 388.
Cobre, río del, 54, 84.
cobre, extracción de, 27.
coca, costumbre de mascar, 29, 344; en la costa peruana, 400.
cocama, 195.
Cocijo eza (soberano zapoteca), 284.
Coclé, 347, 352, 359, 362, 363, 364, 378; hallazgos de, 351, 356, 361; cerámica de, 352; sepulturas de, 352; sitios arqueológicos de la provincia de, 353.
cocom, 330; dinastía de los, 315, 332.
Cochise, hallazgos de, 11; herederos de la cultura de, 11; cultura de, 13, 14, 16, 28.
Códices, Mendocino, 288, 305; Borgia, 288, 300, 301, 302 (grabado), 304, 305, 307, 336; Boturini, 288; Magliabecchi, 288, 293; Nuttal, 300; Borbónicus, 305; de Viena, 305; jeroglíficos mixtecas, 305; de Madrid, 326; Vindobonensis, 307; Dresdensis, 308, 339; mayas, 308, 336; mexicanos, 327.
cohibo, 194.
Coiba, isla de, 364.
Coipasa, lago de, 388.
Colima, 261, 267, 283; figuras de barro de, 271.
Colombia, 27, 85, 198, 209, 249, 254, 258, 312, 347, 348, 349, 350, 362, 364, 373, 376, 377, 378, 383, 387, 390, 393, 411, 440; Británica, 17, 20, 63, 74; alta cultura de, 246; albores de la prehistoria de, 355; pueblos serranos modernos de, 367; estilo circular de, 379.
Colón, 248, 250, 251, 257, 328, 358, 359.
28; proceso de difusión, del, 26;
colonización europea, 32.
Colorado, río, 64, 66, 67, 88, 99, 152; forma de hojas de, 11; estado de, 89, 91.
colorados, 374, 380.
Columbia, río, 74; superior, 64, 74; medio, 87.
colla, 385, 386, 388, 390, 391, 429; título que daban a sus soberanos los, 387; relación entre los quechua y los, 387; deformación craneana de los, 430.
collagua, 429, 432.
Collins, 36, 46.
Comalcalco, 313.
comanche, 139; invasión de los, 140.
Comayagua (Honduras), río, 339.
comechingón, 225, 227, 228, 237; y sus parientes, 228; lenguas de, 228; morada de los, 236; algunos elementos culturales de los, 236; uso del horno subterráneo entre los, 236; el cultivo y la ganadería entre los, 236.
comunicación, no debe pensarse en comunicación directa de América con Europa, 22; entre las altas culturas del Viejo y Nuevo Mundo, 31.
Confins, cueva de, 10.
Coniraya, figura mítica de, 416.
conquista, época de la, 22.
construcciones, primitivas de los sonorenses, 101; circulares de los pueblos del sureste, 120; de palafitos en el interior de la Guayana, 206; gigantescas de la "pirá-

mide del sol" y "de la luna", 265; de templos entre los antiguos mexicanos, 318.
Cook, ensenada de, 54.
Cooper, John M., 25, 145.
coos, 64.
Copán, 316, 325, 330, 333, 339; estelas de, 312; la Atenas del Nuevo Mundo, 313; estelas monolíticas de, 321; fachadas de los templos de, 322.
Copacabana, región de, 447.
Copiapó, 237.
cora, 103, 104, 262.
Córdoba, 164; sierra de, 128, 236.
Coricancha ("coto de oro"), último resto del, 445.
Coro, costa de, 348.
coroados ("coronados"), 177, 182, 184, 185, 352.
corobicí, 349.
Coronación, golfo de, 35.
Coronado, 133; expedición al Arkansas, 132.
cortijo indio, 173, 272.
Cortés, 282, 339.
Costa Rica, 342, 347, 348, 356, 357, 464; (grabado), 289.
costumbres, araucana de matar a los niños delicados o contrahechos, 244; funerarias de los totonaca, 284; colombianas, 332; guerreras de la costa peruana, 412; ecuatoriana de desollar a los príncipes prisioneros rebeldes o traidores, 433.
"Coteau des Prairies", 134.
coto, 348, 358.
Cotopaxi, 374.
Counancy, urnas funerarias del río, 198.
covada, 189.
Cozomalhuapa bajorrelieves de, 340.
Cozumel, isla de, 326.
creencia, en dioses en la región de las selvas tropicales, 224; en un ser supremo entre los algonquinos del sur, 128; en Orenda, entre los iroqueses, 128; de los mixtecas, 305; maya en un dios supremo, 332.
crónicas, yucateças, 313; del Huaman Poma de Ayala, 419.
cronología maya y cristiana, 338.
crow, indios (grabado), 104.
Cuauhtitlán, anales de, 262.
Cuba, 250, 251, 253, 254, 255, 258; habitantes de, 248.
cuchillo de bronce de la época incaica (grabado), 410.
Cuenca, 375.
cueva, 348, 349, 356, 360, 381, 438; hallazgos de los, 10; catres y hamacas de los, 361; canoas de un solo tronco de los, 361; principales artículos comerciales de los, 361; plata industrial de los, 361; transporte por tierra de los, 361; indumentaria de los, 361; la nobleza y la esclavitud entre los, 363; prácticas funerales de los, 364; culto de los, 364; tambores de hendedura de los, 364.
Cuicuilco, pirámide escalonada de, 264.
cultivadores, cultura de, 13, 28, 246; grupo de cultivadores en el sur-

este de los Estados Unidos, 14; inferiores, 23, 24, 26.
cultivos, americano, 25, 28; inferior y superior, 26; ascendientes de los descubridores del, 28; instrumentos de gran importancia para el, 28; americano y el correspondiente de Asia-Oceanía, 28; en el sureste, 116; de los pueblos del Amazonas o de la Guayana, 181; entre los ge, 181.
cultos, entre los yokut, 72; de la gran madre de los dioses entre azteca y huaxteca, 296; de los thapaneca, mixteca y mazateca adoptados por los azteca, 302; tarascos, 302; ancestral maya, 332; de los cueva, 364; en el valle del Cauca, 381; de los cara, 382.
culturas, del hueso, 12, 16, 25; de hojas, 12, 13; de las hachas de mano, 12, 17; de Kunda, 12; de Maglemose, 12; de Angara, 12; Folsom, 13, 14, 15, 16, 25; de Cochise, 13, 14, 16, 28; de cultivadores, 13, 28, 246; americana, alta, 17, 30, 259; tiempo necesario para el desarrollo de las, 18; extranjeras, 18, 32; de monticulos, 26, 108, 110, 113, 114; diaguita, 25, 228, 229, 230, 232; de Marajó, 26; de los indios pueblo, 26, 89, 90, 91; foco centroamericano de alta, 26; de las Antillas, 26, 248, 257; difusión de la alta, 26; maya, 27, 249, 264, 276, 307, 309, 311, 313, 314, 339, 346, 383; maya-mexicana, 347; de Teotihuacán, 27, 263, 264, 265, 266, 267, 277; de Centro y Sudamérica, 27; espiritual, 30; de la raqueta, 31, 44, 55, 57, 58, 59; más antiguas, 31, 295, 355; asiáticas, 31; de la caza sobre el hielo, 31, 57, 58, 135; india, 33, 262; del Cabo Dorset, 36; del Mar de Bering, 36, 44; de thule, 44; iroquesa, 54, 114; de pescadores, 64; californiana, 66, 75, 100, 101; del sur, 89; ártica, 38; argillita, 54; de la costa noroccidental, 73, 74, 75; de las mesetas, 74, 75, 87, 350; mexicana, 74, 91, 227, 249, 347; de la madera, 76; de las praderas, 87, 132, 134, 165; de Etowah, 110, 111, 113, 114; prehistóricas, 101, 133, 153; del sureste, 105, 127, 134; de Moundville, 111, 112, 114; de Hopewell, 111, 112, 113, 114; Adena, 112, 114; de Fort Ancient, 112, 114; del Mississippi, 113; del suroeste, 108; de los bosques subárticos, 134; occidental o magallánica, 145; de las Pampas, 152, 153, 154; tupi, 165; del Chaco, 165; del Amazonas, 175, 197; del Brasil, 175, 179; andina, 169, 195, 397; de la selva tropical, 209; de Arica, 226; peruana, 227, 229, 347, 352, 383, 390, 393; de Tiahuanaco, 228, 229, 391, 393, 394, 406, 429, 442, 443; atacameña, 229; proto-nazca, 229; incaica, 229, 390; de los taíno, 248, 252, 253; arcaica, 263, 264, 267; de los cesteros, 263; totonaca, 264, 268; de Zacatenco, 264; zapoteca, 264, 267, 268; de Ticomán, 264; nahua, 266, 267, 268, 278, 340; individualizadas, 267;

de los mixteca, 309; huaxteca, 310; mesoamericana, 312, 347; premaya, 324, 331; 355, 342; incaica, 346, 419; de los muiscas, 348; de Chiriquí, 350; precolombinas, 351; de Santa Marta, 353; de Santa María, 354; de San Agustín, 355, 356; nazca, 395, 397, 402, 406, 412, 416, 417; talamanca, 357; chibcha, 366; de los uros, 388, 389; de los chango, 389; primitivas, 15, 30, 389, 395; paleochimu, 397, 399, 400; neochimu, 405.
cumanagoto, 197.
cuna, 348, 360, 365, 366, 447; religión de los, 365; escritura pictórica de los, 365.
curare, 204.
Curitaqui, cerro de, 382.
Cuyabá, 178.
Cuzcatán (en azteca, Coscatlán), 340.
Cuzco, 387, 388, 390, 434, 437, 440, 441, 442, 445, 446, 447; camino a Ayacucho, 423; calzada andina a Quito, 423; muros de los palacios del, 426; ruinas del templo del sol del, 426; capital del Imperio incaico, 427; templo del, 442; los quechua del, 443; valle del, 444.

Chac, dios de la lluvia, 333.
Chaco, 26, 166, 167, 168, 175, 182, 186, 228; cultura del, 165; alimentos de las tribus del, 167; indumentaria de los pueblos del, 169; arte de tejer de las tribus del, 169; trabajos de malla de las tribus del, 169; adorno de las tribus del 169; tatuaje femenino en el, 170; organización social en el, 170; causas de las interminables guerras en el, 171; arma principal de los guerreros del, 171; mitología del, 173; los sepultamientos en el, 174; brujos del, 174; indios del, 231; juego de chueca de los indios del, 414.
Chaculá, 315.
chacobo, 194.
Chalchiuhtlicue ("la de la falda de piedras preciosas"), 297.
Chalchihuites, 259.
Chamá, 276.
chamakoko, 165, 168, 170, 173, 174; costumbres de los, 172.
Champ-levé, técnica de, 276.
chaná, 167, 168.
chanca, 386, 442, 443.
Chancay, 389; quipu peruano procedente de, 448 (grabado).
Chanchan, 402, 404.
chané, 165, 174, 175; cerámica e indumentaria de los, 175; prácticas funerarias y creencias religiosas de los, 176.
changos, 225, 229, 238; en el antiguo Imperio incaico, 24; toldo de los, 240; actuales, 388.
Chapala, lago, 283.
charrúa, 164, 166, 167, 171, 174; tienda de los, 168.
chapacura (itene), 194; del este de los Andes, 388.
chavante, 177, 181.
Chavín, 397, 352, 355, 378, 398, 414.

chechehet, 152, 158, 163.
Chemilicón, río, 339.
cherente, 177, 187.
cheroki, 107, 117, 120, 124, 135; tribus, 114; casas de los, 120, 121.
Chesapeake, bahía de, 107.
Chetumal, bahía de, 313.
cheyenne, 139.
Chía, 370, 371, 372.
chiapaneca, 261.
Chiapas, 313, 314, 328, 336, 342; altiplanicie de, 310.
chibcha, 348, 356, 366, 443; región de las tribus de los, 346, 349; conquistas técnicas de los, 347; elaboración de objetos de oro entre los, 347; diferencias entre las zonas meridionales, 358; segundo grupo de pueblos, 359; expansión de los, 349; zonas arqueológicas en la región de, 350; productos metalúrgicos de las tribus, 354; particularismo de los pequeños estados, 368-69; costumbres de los, 371; parientes lingüísticos de los, 374; diversas tribus chibcha en el Ecuador, 388.
Chibchachum, 372.
chickasaw, 106, 120, 123.
chicha (cerveza de maíz), 271.
Chichén Itzá, 298, 313, 316, 318, 323, 330, 334; templos de, 281; arte nahua más antiguo de, 294; pinturas de, 295; construcciones mayas de, 318; arquitectura mexicana de, 320; construcciones redondas y grandes salas de columnas de, 320; bajorrelieves en, 323, 327.
chichimeca, antigua conexión con los, 260; época, 266; prendas de vestir de los, 279.
Chihuahua, 101, 140, 263.
chikere, 134.
Chile, 13, 153, 238, 390, 429, 440; habitantes de, 145; calzada imperial de, 229; primera ocupación española de, 237.
Chiloé, 146, 237, 239.
Chimaca, valle de, 413.
Chimborazo, 382.
Chimbote (grabados), cabeza de maza, 289; una jarra, 392; vasija de barro, 405.
chimila, 348.
chimu, 385, 407; arte, 404, 416, 419; región de los, 405, 406, 414; adoraciones de los, 415.
China, 271, 400, 421.
chinanteca, 261.
Chincha, valle de, 386, 403.
Chinchaysuyu, 388, 433; dinastía de, 419.
chinuk, 77, 80, 81, 86; del Columbia inferior, 74; deformación del cráneo de los, 74.
chipaya, aldea, 388.
chipewyan (dené), 57.
chiquitos, 194.
Chira (Golfo de Nicoya), isla de, 343.
chiricahua del río Gila superior, 103.
chiriguano, 26, 165, 175, 195; economía de los, 174; aspecto social de los, 175; indumentaria de los, 175; cestería y arte de tejer de los, 175; prácticas funerarias y creencias religiosas de los, 176; cerámica moderna de los, 237.

Chiriquí, 351; llanos de, 350; cultura de, 350.
chitimachá, 116, 124, 128, 138; de Lousiana, 121; adoración solar de los, 138.
chiwere, 136, 137; indumentaria de los, 135; adornos y tatuaje de los, 135.
chocó, 349; carbatanas de los chocó modernos, 360, 366.
choctaw, 106, 107, 116, 121, 122, 123, 126; aplanamiento del cráneo entre los, 123.
Choctawhatchee, río de, 105.
chokta (grabado), 104.
chol, 310, 339.
Cholehechel, 160.
Cholula, 260, 266, 287; cerámica de, 276, 276, 377; plato de (grabado), 276.
chono, 147; de las islas Guaytecas, 146.
chontal, 259, 310, 326.
chorotega, 261, 312, 341, 342, 344, 345, 350, 351, 377; tardíos, 321; arte de los, 342; figuras de piedra de los, 342; cerámica de, 343; país de los, 343; moneda de los, 343; indumentaria de los, 344; animales domésticos de los, 344; el peinado de los, 344; tatuaje de los, 344; religión de los, 346; fiestas de los, 346; de Nicaragua, 376.
choroti, 165; 170, 171, 173, 174; construcción de casas entre los, 207.
chorti (chol), 339.
chozas panameñas, 361.
Chubut, río, 152, 153.
chukchi, 21.
chumash, 64, 66, 104 (grabado).
"chunkey", juego típico del sureste, 131; entre los mandan, 139.
chupamirto, 296.
Chuquitanta (grabado), 410, 411.

dakota, 55, 104, 120, 133, 134, 135, 136, 137, 138.
Dalton, 104.
danzas de máscaras mayas, 335.
Darién, 348, 359, 362.
Darwin, 146.
Davis, 108.
Debenedetti, 228, 229.
decorado, de los edificios mayas, 321; de vasijas mexicanas, 396; de las paredes de la costa peruana, 404; de las paredes entre los incas, 426.
deidades, aztecas, 295; más importantes del panteón peruano, 414.
delaware, 117, 120, 122, 123, 124, 131; creencia en un ser supremo, 128.
dené, 35, 53, 54, 55, 63, 74, 88, 139; de Alaska, 56; adornos de los, 60; septentrionales, 60; prácticas mágicas y tabús, 61; poligamia entre los, 60; metodología primitiva de los, 62; norteamericanos, 195-196.
derecho incaico, 438.
desana, 194.
descubrimiento de tres épocas culturales, 267.
De Soto, expedición de, 105.
Des Plaines, en Illinois, río, 20.
dhegiha, 134, 136, 137; indumenta-

ria de los, 135; adornos y tatuaje entre los, 135.
diaguita, 227, 231, 236, 237, 443; cultura, 26, 228, 229, 230, 232; territorio de los, 228; prehistoria de los, 228; casa de los, 230; pipas de barro de los, 232; artefactos de bronce de los, 232; arte del vaciado en bronce de los, 233; arte de tallar la piedra de los, 233; tradicionalismo de los, 233; estilo de cerámica de los, 233; aspecto exterior de los diaguita en la época de la conquista española, 233; vida social y espiritual de los, 234; costumbre bélicas de los, 234; vida religiosa de los, 235; imagen de la vida de los, 235.
Díaz, Porfirio, 262.
Digger, 67.
dios, solar Huiaia mui, 225; de la lluvia Tlaloe, 292; maya del occidente, 324; negro Ekchuah, 333; del agua Ah bolon tz'acab, 333; de la serpiente emplumada Kukulcán, 333; Man, 334; de los volcanes (Zipacna), 334; de los colla (Tonapa), 443.
dioses, de los mexicanos, 296, 333; mayas, 324, 333; incaicos, 443.
Dixon, 32, 259.
Dobaiba, 364.
Doce, región del río, 177.
Doering, y la división de la región peruana en tres zónas, 385; y las urnas con cara de Ancón, 418.
dolicocéfala, antigua raza, 19.
dorasque, 349.
Dorsey, 118, 382.
Douglas, A. E., 88.
Dulce, río, 228.
Dunleith, Ohio, 108.
Durán, 285.
Durango, 140; hallazgos arqueológicos en, 263.

Eberhardt, cueva, 10.
economía, americana, 28; del esquimal, 37; del grupo de las cordilleras, 226; de los atacameños, 231; de los taíno, 249; de los pueblos de la altiplanicie mexicana, 282; de los muisca, 366.
Ecuador, 346, 351, 373, 376, 382, 383, 385, 390, 395, 409, 429, 433, 434; altos del, 348; configuración geométrica del, 373; tribus del, 374; lenguas de los pueblos del, 374; huellas de dominio incaico en el, 374; región interandina del, 375; altiplano del, 375; antigüedades de oro del, 377; cultivo de los pueblos del altiplano del, 378; etnografía de las tribus autóctonas del, 378; culto ancestral en el, 381.
Edad, de bronce peruana, 18; Media, 305, 309, 418.
Egipto, 314, 323, 383, 293.
Ehrenreich, 207.
Eickstedt, 20, 21, 22; y su clasificación de las razas básicas americanas, 19.
Ekchuah, dios negros, 333.
"El Dorado", leyenda de, 369.
El Alfarcito (Quebrada de Huamahuaca), 230.
Elías, monte, 73.
El Salvador, 310, 311, 339, 340; ce-

rámica de, 341; población originaria de, 341.
épocas, pluvial, 10; de los filibusteros, 349; incaica, 376, 379, 426, 431.
Era cristiana, tiempos de la, 30.
Ercilla y Zúñiga, 237.
Erie, lago, 54.
Erik el Rojo, 35.
esclavitud, en la costa noroccidental, 84; entre los muisca, 370.
escritura, jeroglífica, 27, 30; de los algonquinos, 63; del sureste, 131; de los dakota, mandan y ehidatsa, 139; azteca, 306; zapoteca, 306; mexicana, 336, 365; de la antigüedad europea, 338; de los maya, 365; pictórica de los nicarao, 346; sustituto incaico de la, 443; incaica, 447.
esculturas, de barro del Ecuador, 377; antiguas de América, 392; premayas del oeste de Guatemala, 395; arcaicas de Huaraz, 397.
Eschwege, 184.
esmeralda, 374, 379; idioma, 374; canoas de los, 378.
Esmeraldas, 374, 380; río, 348, 375.
esquimales, 18, 20, 31, 34, 37, 38, 39, 42, 50, 53, 55, 62, 68, 76, 143, 145, 146, 384; dolicocéfalos, 20; del cabo Este de Siberia, 21; dialectos que difieren de la lengua esquimal, 34; dialectos de los, 34; del reno, 35, 37, 39, 40, 45; centrales, 36, 42, 46, 49, 50, 52; economía del, 37; desarrollo de la vida del esquimal en las zonas periféricas de su territorio, 38; del Pacífico, 39, 47, 48; tabús y prácticas mágicas de los, 39, 52; arpón de los, 40; armas y embarcaciones de los, 40; medios de transporte de los, 41; occidentales, 42; casa de invierno de los, 43; vida nómada de los, 44; casa de nieve de los, 44; enseres de la casa esquimal, 45; chozas de nieve sin calentar de los, 45; superioridad técnica de los, 46; del oeste y del este, 46; estilo del traje de los, 47; adorno del cuerpo entre los, 47; tatuaje entre los, 48; occidentales y orientales, 48; aseo personal de los, 48; vida social de los, 48; alaskeños, 49, 50, 52, 74; la propiedad particular entre los, 49; conflictos entre los, 49; rasgos sociales distintos entre los, 50; armas de guerra de los, 50; ideas y prácticas mágicas entre los, 50; orientales, 50; centrales y orientales, 51; personajes fantásticos y leyendas de los, 51; espíritu protector del esquimal, 52; dependencia económica de la fauna, 52; dones intelectuales de los, 53; subárticos, 75; arte de los esquimales de Alaska, 80; de la cultura de Thule, 104.
estañó, extracción del, 27.
estilos, de traje de los esquimales, 47; del traje peruano, 160; de Santa María, 229, 233; de Llatja-Macua, 237; zapoteca, 267; maya, 340; de Tuncahuan, 376; peruano, 377, 396, 398; de Tiahuanaco, 386, 392; nazca, 391, 392; paleochimu, 391, 392, 393, 398; de Ica, 393; de Chancay, 393; neo-

chimu, 393, 398; de Chavín, 398.
Etén, pirámide cuadrada de tres cuerpos de, 403.
Etowah, cultura de, 110-111, 113, 114.
Eurasia, 7, 24, 31; neolítico de Europa septentrional, 16.
Europa, 8, 22, 45, 110, 411.
európidos, 21.
expediciones, portuguesas al país del oro, 198.
eyak, 56.

Falkner, 162.
familia, lingüística iroquesa, 54; lingüística tupí y arawak, 165; patagona, 161.
Faroe, islas, 8.
Fewkes, 246.
Fidji, 23.
fiestas, de los pueblo, 99; del año nuevo de los iroqueses, 129; de la primavera de los timicua, 129; de la cosecha de los muskogi, 129; de primavera de los azteca, 138; antifemenina entre los yahgan, 150; del dios chichimeca de la caza, 268; aztecas, 301, 302; en honor de kukulcán, 336; de los chimu y de los indios del este de Lima, 406.
filibusteros, época de los, 349.
Filipinas, islas, dondè vive una raza protomongólica, 18.
Freeland, 259.
flathead, cazaderos de los, 139.
Flattery, cabo, 73.
Flechas de la zona selvática tropical, 203.
Fletcher, 162.
Florida, la, 108, 120, 122, 196, 247, 249, 251; del Sur, 107; cayos de la, 114; tribus de la, 117.
Fonseca, bahía de, 261, 311.
Folsom (Nuevo México), hallazgos de, 10; artefactos de, 11; raíces de la industria, 12; cultura, 13, 14, 15, 16, 25; hombres de, 14; inmigración de los hombres de, 15.
Formosa, 18.
Fort Ancient, cultura de, 112, 114.
Fort Bartold, región de, 133.
Fraser, río, 20, 65, 74, 75, 87.
Friederici, 29, 35.
Frezier, 225.
fuego, en el sureste, 117.
fueguinos, 146, 155, 173, 226, 389; occidentales, 25, 238, 240; modernos, 146; bote de corteza de los, 147; costumbres sociales de los, 150; religión de los, 150; navegantes, 156.

Gamio, Manuel, 263.
Gallegas, río, 159.
Garabito, 358.
Garcilaso de la Vega, 433, 434.
Gaspé, 54.
gauchos, población mestiza de los, 152.
Gauteovan, 373.
ge, 177, 178, 179, 180, 186, 190, 193, 217; familia, 176; restos de la población, 179; arma principal de los, 181; costumbres domésticas de los, 182; influencias en las construcciones de los, 182; casas de los, 182, 187; cestería entre los,

183; orden social de los, 187; el matrimonio entre los, 188; Consejo de Ancianos entre los, 189; influencias de los, 215.
Georgia, 108, 110.
Gila, río, 91, 92, 100, 101.
Glaciación, wisconsiniana, 9, 17.
Gladwin, 28; y la cultura Folsom, 14.
Gluskup, 61.
Goyaz, 177, 178.
González Dávila, Gil, descubrimiento de Nicaragua por, 342.
gosekeha, 128.
goyotaká, 177, 179, 181.
gramínea silvestre de las mesetas mexicanas, 25.
Gran Cuenca, 64, 65, 68, 69, 70, 90, 91, 259.
Gran Chaco, 164, 165, 178, 180, 184, 194, 195, 196, 198, 199, 211, 226, 237, 422, 440.
Grande, río, 88, 89, 92, 97, 98, 99.
Grandes Lagos, 53, 56, 58, 67, 105, 113, 117.
Greenbay, 134.
groenlandeses meridionales, 39.
Groenlandia, 8, 35, 38, 40, 41, 42, 44, 47, 48, 49, 51; concheros de, 14; oriental, 34, 37; ocupación de Groenlandia oriental, 35; técnica del grabado de, 46.
Guadalupe, isla de, 253.
Guaguiona, cuento del héroe, 258.
guahibo, 194.
guaikurú, 164, 168, 169, 170.
guaimí, 349, 356; flagelación mutua de los, 359.
Guanacache, región de la laguna de, 152.
guanahatabey, 247.
Guano y Elenpata, vasijas-efigie de, 376.
guaimí, 350, 358.
guajiro, 32, 217.
guaná, 165.
Guaporé, río, 193, 196, 197; 204; región del Guap. medio, 195.
guaraní, 165, 168, 178, 179, 195, 222; tipo cultural de los, 196.
guarauno, 216, 218, 221; la poligamia entre los, 219.
Guatavita, cacique de, 369.
Guatemala, 282, 304, 309, 310, 311, 312, 316, 326, 332, 340, 341, 388; Altos de, 328, 330, 331, 342; indios actuales de, 326; maya modernos de, 328.
guató, 167, 194, 206; sembradíos sobre montículos entre los, 199.
guatuso, 348; caza de los, 357; la covada entre los, 359; el brujo de los, 359; entierro en vista entre los, 359.
Guaviare, curso del, 199.
Guayana, 25, 193, 196, 205, 209, 218, 220, 251; construcción de palafitos en, 206; cestería de la, 211; central, 217, 221; ideas modernas de los indios de, 254.
guayaná, 176, 181, 182.
guayaqui, 179, 180, 183, 185, 186.
Guayaquil, región del, 374, golfo de, 375, 378.
Guerrero, 272.
güetar, 356, 357; antiguos, 348; región, comercio, estado de guerra, armas y jefatura entre los, 358.
Gusinde, 150, y el klóketen, 157.
Gypsum cave, 10.

habitación, de las tribus nómadas, 141; magallánicas, 148.
Hamburgo, 34.
haida, 79, 81, 104, 118; el tatuaje entre los, 80.
Haití, 249, 251, 252, 253; manos de mortero de, 253; reinos de, 255; adornos de los jefes de, 254; Hatuey de, 255; el robo entre los taíno de, 255.
Hansen, Sören, 20.
Hapikern ("el del cuerpo de serpiente"), 334.
Harahey, 133.
Harrington, 133, 246.
Hatt, Gudmind, 31, 247.
Hatuey de Haití, 255.
Hawai, 7, 23.
Hermann, 202.
Hidalgo, 261.
hidatsa, 133, 134, 136, 139, 143.
Hochelaga, 118.
Hoffman, 118.
Hough, 104.
hoka, 64, 140, 259.
hombre, americano, 8; cazador de camellos, caballos o mamuts, 10; de Folsom, 14, 15.
Honduras, 310, 311, 313; bahía de, 282, 314, 328; población originaria de, 341.
Holmes, W. H., 318; y los artefactos de Trenton, 13.
Holmul, 325, 331.
Hooton, y el indio americano, 19.
Hopewell, la cultura de, 111, 112, 113, 114.
hopi, 97, 98, 99, 104; cestería y arte de tejer de los, 94; peinado y orejeras de los, 95; principales deidades de los, 97.
Hornos, cabo de, 146.
hoyas de los Andes, 384.
Hrdlicka, y el indio americano, 9, 18, 19.
"Huaca de la Laguna", 404.
Huallallo, dios en pareja con Pariacaca, 443.
huamahuaca, 228.
Huaman Poma, 383, 419, 420.
Huanacauri, 442.
huancavilca, 374, 379, 380, 430.
Huánaco Viejo, 427, 444.
huarachicuy, 444.
Huaraz (callejón de Huaylas), 395.
Huarochiri, 416, 443, 449.
huarpe, 152, 160, 226; caza y pesca entre los, 158.
huave, 259, 268.
Huaylas, callejón de, 397.
Huayna Cápaz, 439, 440.
huaxteca, 271, 272, 276, 278, 279, 280, 289; tribu maya de los, 259; culto de los, 296; cultura de los, 310.
Hudson, bahía de, 35, 47; estrecho de, 36.
Huehuetenango, 315.
Huichama, 416.
huichol de la sierra de Nayarit, 262.
huilliche, 237.
Huiracocha, 229, 389, 439; templos de, 426, 444.
Huitzilopochtli, 294, 295, 296, 298, 303.
Hunahpu, 334.
hupa, 63, 70, 71.
hurones, 54, 118, 122; conmemoración fúnebre de los, 130.

Husiaiamui, dios solar, 225.
Hyades y Deniker, 148.

Ibeorgun, 365.
Ica, 413; valle de, 386; cerámica de, 394 (grabado).
Ichpaatun, 313.
Iguaque, lago, 371.
Iguatzio, 283.
Ilopango, lago de, 311.
Illinois, 108, 112, 126.
imperio, incaico, 24, 195, 237, 283, 350, 367, 383, 384, 387, 419, 421, 423, 427, 433, 436, 438, 441; maya, 309, 316, 317, 319, 320, 321, 322, 323, 324, 325, 327, 329, 330, 333, 338, 339, 340, 341; chimú, 398, 402, 403, 413; azteca, 439.
inca, 175, 229, 373, 380, 386, 389, 402, 405; reinante del Perú, 125; conquista del territorio araucano por los, 238; introducción del culto solar por los, 382; origen transoceánico de los, 390; pirámide del Sol de los inca en Pachacamac, 403; construcciones de los, 427; constitución estatal de los, 437; calzado y tocado de los, 428; esposa principal del, 429; miembros de la casta de los, 430; señal muy especial de la benevolencia de los, 430; familia de los, 434; reinante, 438, 444, 446; el poder del, 439; principal distintivo de los guerreros y príncipes, 430; tribu de los, 439; pariente más cercano del, 439; ejército de los, 440; disposiciones de los, 440; favores más importantes del, 440; momias de los, 443; templo de los, 444; entronización de un nuevo, 445.
India, 303.
Indiana, 108.
indios, 8, 18, 19, 20; número total en la época del descubrimiento, 21; del Chaco, Pampas de Chile y Tierra del Fuego, 25; su incapacidad para invenciones y descubrimientos, 29; conquistas espirituales más grandiosas, 30; desalojamiento de los, 32; altares e imágenes de los dioses de los pueblos, 33; del Canadá oriental, 34; subsistencias entre los subárticos, 55; régimen económico de los, 56; arma principal de los subárticos, 57; embarcaciones y trineos de los subárticos, 57; enseres de los subárticos, 58; de la costa noroccidental, 74, 78, 83, 84, 85; de las mesetas septentrionales, 87; guerra de, 116, 125; del sureste, 117; norteamericanos, 118; de las praderas, 121, 131, 132, 290; cuervo, 143; de las Pampas, 152; del Plata, 158; del Madera superior, 168; ceremonias mágicas o religiosas de los del Chaco, 173; juego de los del Chaco, 173; de las montañas de Roroima, 206; sudamericanos, 207; amazónicos, 208, 221, 222, 223; pueblo, 227; indias modernas de la Guayana, 254; de Guatemala, 336; de Nicaragua y Honduras, 336; del este de los Andes, 378; juego de chueca de los del Chaco, 414.
Indochina, 18.

indumentaria, de los californianos, 69; de los indios de la costa noroccidental, 79; de las tribus sonorenses, 102; en el sureste, 121; de los chiwere, 135; de los dhegiha, 131; de los pani, 135; entre las tribus nómadas, 142; de los ona, 155; de los pueblos del Chaco y del Paraná, 169; de los araucanos, 240; mexicana, taína, caribe, maya, 254; masculina mexicana, 278; femenina mexicana, 279; de los maya, 329; de los chorotega, 344; de las indias cuna, 362; de los kágaba, 368; de los muisca, 368; de las tribus ecuatorianas, 379; en la costa peruana, 406; del altiplano peruano, 428; incaica, 429.
industria, en el sureste, 121; araucana, 238.
influencias, mexicano-centroamericanas, 16; transpacíficas, 22; de los normandos, 22, 44; problemas de las culturales, 23; polinesias, 32; sobre los americanos del noroeste, 32; peruanas, 175; del Perú en la región del Amazonas superior, 198; de la cultura premaya, 312; de los nahua, 316; peruanas, 347; mesoamericanas, 376, 377, 397.
Ingain, 177.
ingalik, 56.
ingapirca, fortaleza, 374.
Inglaterra, 118.
Inírida, río, 218.
inmigrantes, americanos más antiguos, 20; los primeros que atravesaron el estrecho de Bering, 28.
instituciones, estatales peruanas muy avanzadas, 27; sociales noroccidentales, 81; políticas en el sureste, 126.
Instituto Carnegie, 312.
instrumentos musicales, en el sureste, 131; amazónicos, 224; de los pueblos costeños peruanos, 413.
Iowa, 110, 112, 133, 134.
ipuriná, 196.
Iraca, 370.
iroqueses, 26, 105, 107, 117, 120, 122, 123, 124, 125, 127, 128, 136, 139; cultura de los, 54, 114; sociedades secretas, 62; inmigración de los, 106, 114; armas de los, 115; del norte, 116; jerarquía entre los, 125; dioses de los, 128; fiesta del año nuevo de los, 129; danzantes de los, 131.
Islandia, 8.
itzá, 330; armas de los, 327.
Itzamná, 332.
Itzcouatl, 283.
Izamal, 332, 333.
Ixcuinin, 296.
Ixchel, 333.
Iximché, 319.

Jalisco, 290.
Jamaica, 249, 253, 349.
"jangada", 205.
Japón, 73.
Jenks, y el esqueleto fósil que descubrió, 9.
Jenness, excavaciones de, 36.
Jerónimo, cabecilla, 103.
jeroglíficos egipcios, 337.

jesuítas en Paraguay, dominio de los, 166.
jívaro, 194, 197, 211, 222, 224, 289, 374; liga entre los, 218; creencia de los, 219; los modernos, 412.
joyas, de los mexicanos, 281; de oro de Santa María, 354; en la costa peruana, 406.
Jijón, J., 374.
Joyce, 269.
Juárez, Benito, 262.
juegos, de pelota en el sureste, 131, 138; aztecas, 303; de Texcatlipoca el Rojo con Tezcatlipoca el Negro, 304; de pelota que mencionan las crónicas de Panamá, 364; de pelota mexicano, 372; de pelota en la costa peruana, 414.
Júpiter, 339.
jurí, 194, 227, 228, 236, 237.
Juruá, río, 196, 218.
Juruena, río, 193.
justicia, su administración en la coste peruana, 413.

Kabah, 318, 319, 320.
kadineo, 164, 170, 174; cerámica de los, 168; casa de construcción sólida de los, 169.
kágaba, 348, 367; calzadas y puentes entre los, 367; indumentaria de los, 368; sacerdotes y jefes de los, 369, 370; ideas sobre la muerte entre los, 373; religión de los, 373.
káingang, 180, 182, 183, 184, 186, 187; dialectos de los, 176, 188; costumbre de los, 186; mitos de los, 191; cremación de cadáveres entre los, 192.
kainguá, 178.
kamakán, 181, 182, 184; ideas de los, 191; cremación de cadáveres entre los, 192.
kamayurá, 213.
kamé, 177.
Kanawha, distrito de, 108.
kansa, 134.
Kansas, estado de, 133.
"Karamés", cerámica de, 352.
karankawa, 140.
karayá (véase carayá).
kariri, 178.
karok, 64.
Karsten, R., 221.
kashibo, 219.
kashinaua, 218.
Kate, 19, 22.
kayak, 42.
kayapó, 177, 187, 189, 191, 192.
kekchi, 310, 326, 334.
Kenós, 157, 163.
Kentucky, 108, 112; hallazgos de, 15; excavaciones en, 114; praderas de, 115.
keres (véase queres).
Kidder, A. V., y el primitivo desarrollo cultural de América, 14.
"Kina", fiesta antifemenina de los yahgan, 150.
Kinich Kakmó, 333.
kiowa, 139.
Kipper, y la teoría de los "círculos culturales", 25.
Kirchhoff, Pablo, 215.
Kitchi Manitu, 61.
klamath, 64, 116.
"klóketen", 162.

Koch-Grünberg, 202, 203.
Kolyma, río, 36.
konibo, 220.
kono, 196.
koto, 214.
kri, 55, 57, 58, 61, 62.
krik, 62, 106, 116, 123, 127, 128, 129, 131; liga de los, 124, 126; fiesta del maíz tierno, 129; costumbres de los, 130; áreas sagradas de los, 137; división de los guerreros en rangos entre los, 125; dioses de los, 128.
Krause, 65, 201.
Kroeber, A. L., 31, 96, 259, 397.
Kukulcán, culto a, 333; gran fiesta en honor de, 336.
kulino, 196, 218, 220.
Kunda, cultura de, 12.
kus, 64.
kushma (camisa sin mangas), 212.
kutchin, 57, 58, 59, 60.
kutenai, 139.
kútene, 65.
kwahiutl, 74, 7, 9, 81, 86.

Labná, 319, 320, 327.
Labrador, 35, 36, 39, 55.
lacandón, 310, 326, 329, 334, 335.
lágides (clasificación de Eickstedt), 19, 20, 22.
Lagoa Santa (Minas Geraes), 20; raza de, 9, 22, 28, 176.
láingang, 176.
Lambayeque, 385, 390, 393, 413.
Landa, Diego de, 308.
La Playa, 289.
La Quemada, 259, 273, 274.
Las Casas, 249, 395, 412.
Latcham, 139, 238, 244.
La Tola, figuras de barro de, 377.
Latrapai, la leyenda de, 246.
Lehmann, 261, 289 (grabado), 349.
lenca, ideas religiosas de los, 341.
lengua (maskoi), 165, 167, 173.
lenguas, 20, 21, 388.
León, 342.
Lerma, valle de, 228, 235.
leyendas, del origen de los pueblos del altiplano andino, 389; mexicanas, 389.
liga, oriquesa, 55, 126, 283; de los krik, 126; entre los siux orientales y algonquinos, 126; de varones entre los siux septentrionales, 136; entre los manao, jívaro, miranya y mundurukú, 218; Hanseática, 330.
lilluet (selish), el sistema de clanes entre los, 88.
Lima, 386, 389, 393, 399, 403, 404, 410, 417; valle de, 403, 412; terracería del valle de, 404.
Limay, río, 152.
Linneo, 18.
Little Colorado, río, 91, 92.
Loa, río, 227.
Locke, L., 447.
Los Angeles, 23, 64.
Lothrop, S. K., 376; y la cultura maya, 311.
Loukota, C., 176, 177.
Loup, río, 133.
Louisiana, 107.
lucayo, "pueblo isleño", 247.
lule, 164, 228.
Lumholtz, 289.
Lund, y la raza paleoamericana, 20.
Lundendorf H., y los conocimientos

astronómicos de los maya, 339.
lutuami, 64, 66.

Llajta-Mauca, estilo de, 237.
llama, cría de la, 27; animal de carga en el norte del Imperio incaico, 347.
"Llanos de Chiquitos", 178.

Maack, 65.
"macanas", 218.
Mac-Cauley, 118.
Mackenzie, río, 35, 38, 66.
macú, 193.
Machu Picchu, 427.
Madisonville (Ohio), silos y fosas de, 113.
Magallanes, estrecho de, 152.
Maglemose, 12.
maídu, 64.
maíz, 26, 27, 101, 116, 199, 263, 268, 272, 273.
makú, 24.
makuna, 207.
makushi, 197.
malocas (casas), 208.
Mam (dios), 334.
mam, 310.
mamíferos americanos, 9.
Mamuts, hallazgos en la cueva de los, 15.
Manabí, región de, 377, 378.
manao, liga entre los, 218.
Manco, 427.
Manco Cápac, 387, 389, 390; primeros sucesores de, 439.
Mancos, río, 91.
mandan, 106, 133, 336, 138, 139.
mandioca, 27.
mangue, 261.
Maní, 336.
Manizales, 351, 362.
Manta, 378, 382; región de, 375.
manta, 374, 380.
maori, mazas de los, 238.
Maracaibo, laguna de, 206, 349.
Marajó, 248; cultura de, 26; isla de, 197; hallazgos de, 212.
"Maret el Anciano", 191.
Madeira (parentintin), 193, 195, 196, 201.
Maracá, 198.
Maranga, 403.
Marañón, 195, 196, 197, 200, 385, 444.
márgides (clasificación de Eickstedt), 19, 20.
Markham, 387.
Marklandia (Labrador), 34.
Maranhão, 177, 178.
Marquesas, islas, 7.
Marte, 339.
Martius, 176.
Masaya, región, 342.
mashakali, 180.
maskoi, 165, 168.
Mason, 65, 104.
matako, 164, 165, 168, 171, 173, 183.
Matininó, isla de, 258.
Matto Grosso, 178, 196.
Matthews, 118.
Maule, río, 237, 440.
Max Uhle, 376, 390, 428, 447.
maya, 27, 267, 271, 318, 320, 341, 388, 395, 419; cosmología de los, 232; corriente cultural que arran-

có de los, 268; viejo imperio de los, 277, 333; aplanamiento del cráneo, limadura dental y tatuaje entre los, 280, 329; influencia maya en las armas mexicanas, 291; símbolo del cielo de los, 295; cultura de los, 306, 337, 448; historia de arte de los, 309; inscripción más antigua, 311; monumento más remoto, 311; arte posterior, 312; expansión de los, 313; emigración, 314, 315; levantamiento de los, 315; conquista de los mayas por los españoles, 316; últimos tiempos turbulentos, 318; arte, 320, 325; arquitectura, 322; dios solar de los, 324; vida y creencia de los, 325; modernos, 325; el cultivo entre los, 326; antiguas armas de los, 326; armas de los maya del Yucatán, 327; modernos de Guatemala, 328; distribución de los productos de los, 328; casa-habitación de los, 328; antigua indumentaria, 329; transportes y comunicaciones de los, 329; tres formas en el estado maya, 330; guerra de los mayas con tribus mexicanas, 330; antiguas costumbres funerarias de los, 331; concepto del ultramundo que profesaban los, 332; culto ancestral, 332; dioses, 333; Nuevo imperio, 333; alto nivel cultural de los, 334; los sacrificios humanos entre los, 334; las penitencias entre los, 335; la poesía entre los, 366; arte dramático entre los, 336; los números entre los, 337; conquistas de la inteligencia, 338; elegancia del estilo, 340; países meridionales de los, 340; región Chichén Itzá de los, 351; escritura de los, 365; ritos sexuales de los, 373; escritura con guarismos de los, 396.
mayoruna, 194, 214; creencia en el renacimiento, 223.
mazateca, 262, 302.
mbeguá, de Entre Ríos, 164.
mbayá, 164, 171.
Mead, 448.
Means, 393, 439.
Mech Howetuk, 61.
Mediterráneo americano, mar, 307, 347.
mehinakú, 196, 213.
Melanesia, 29, 238.
melanesios, 22, 23, 29.
memphis, región de, 111.
Mendes Corrêa, 22.
Mendocino, cabo, 65, 68.
Mendoza, 152.
Menebus ("La Gran Liebre"), 61, 62.
Menghin, 12, 13, 25.
menomini, 56, 62, 118, 120, 124, 128.
Mercurio, 339.
Mérida, 316, 349.
Meseta Central, 348.
Mesías indio, 143.
Mesoamérica, 79, 209, 250, 334, 376, 396, 402, 444; construcciones piramidales de, 113; imágenes de dioses de, 256; arte ceremonioso-ritual de, 323; gran área cultural de, 341; cultura más antigua de, 355.
metales preciosos, elaboración, 27.

metalurgia, 27, 30; mexicana, 396; de la costa peruana, 411.
meteoromagia, 129.
Métraux, 178, 195.
mexicanos, 419; la deformación corporal entre los, 280; vida privada de los, 303; arte ulterior de los, 311; dominación de los, 338; escritura de los, 365.
México, 32, 63, 89, 140, 253, 255, 256, 261, 267, 270, 278, 279, 280, 290, 304, 327, 329, 332, 341, 344, 345, 347, 361, 371, 372, 377, 396, 398, 412, 432, 445, 446, 447; la cultura Cochise en, 14; cultivadores en el norte de la meseta de, 14; influencias de, 113; altiplanicie de, 260; fases más antiguas de la historia de, 262; valle de, 263, 267, 283, 391; construcción sagrada de, 264; mapa pictográfico del valle de, 268; cazadores y pescadores del lago de, 269; bebidas fermentadas de, 271; las viviendas del pueblo en, 272; Museo Nacional de, 295; cerámica de, 375, 376; golfo de, 310, 326, 347; arte ceremonioso-ritual e impersonal de, 323.
Meyer, 202, 203.
micmac, 57, 61.
Michigan, 110; río, 134.
Michoacán, 261, 283; excavaciones de, 267.
mije-zoque, 261, 262.
mikmak (véase micmac).
Mimbres, río, 91.
Minas de Cobre (Copper Mines River), río de las, 58.
Minas Geraes, 177.
Mindeleff, 118.
Minnesota, 134, 135.
miranya, 195, 214; liga entre los, 218.
misquito (mosquito), 349; principales instrumentos de música de los, 359.
Mississippi, río, 110, 113, 126, 132, 134, 135; fuentes del, 53; delta del, 106; región del, 108; inferior, 108, 111, 112, 113, 116, 120, 123, 127, 128, 129; hallazgos en el, 312.
Missouri, río, 105, 110, 132, 134; tribus aldeanas del, 134; casa redonda de tierra de las tribus del, 135.
Mitla, 275, 340, palacios de, 274, 293, 318.
Mita (= Mitla), 340.
mitos, de los bororó, 191; de los taíno, 258; cosmogónico azteca, 304; de las tribus serranas del Ecuador, 382; de los quechua, 389; de los pueblos de la costa peruana, 396; de la lucha entre Con y Pachacamac, 415.
mitología, 86; de los nómadas de las praderas, 143; peruana, 163, 415; de las tribus del Chaco, 173.
Mixco, 315.
miwok, 64, 70.
Mixcouatl, 296, 323, 345.
mixe, 259, 273.
mixteca, 261, 272, 273, 276, 278, 279, 293, 302; cultura de los, 267; lanzas de punta de pedernal de los, 291; creencias de los, 305; ciencia calendárica de los, 307.

Mixtequilla, cabecitas de barro de la, 270 (grabado).
Moamoré, río, 196.
Moan, aves de las nubes, 333.
Moctezuma, 270, 285.
Moche, 403, 418.
modok, 64, 66.
mojave, 64, 67, 104.
Mojos, 196, 197, 198.
mojo, 200, 204, 208, 212, 215.
mokovi, 164.
Moma, 225.
Monche, 404.
moneda, de los californianos, 69; de los hupa y yurok, 69; de concha en la costa atlántica, 118; mexicana, 282; de los chorotega, 343.
Mongolia, 18.
monos antropoides, no existieron en América los, 8.
montagnais, 55, 59.
Montagua, 309, 313, 314, 340.
Monte Albán, 267, 273, 274, 293.
Montejo, 316.
Montell, G., y su opinión acerca del origen del poncho, 429.
montículos (mounds), cultura de la región de los, 15; cultura de, 26, 108, 110, 113, 114; en el este de los Estados Unidos, 32; de Cahokia, 108, 111; de Serpent, 108; país clásico de los, 108; hallazgos de los, 128.
Moorehead, 108.
Morelos, 264, 272.
Mortes, río das, 177.
mosetene, 194.
Motecúzoma (Moctezuma) II, coronación por su colega Nazahualpilli de Texcoco, 285 (grabado).
Montesinos, 439.
motilón, 349.
Motolinia, 342.
Moundville, cultura de, 111, 112, 114.
mozarige, 248.
Muikitá, 271, 272, 366, 370.
Munich, 412.
mundurukú, 215, 216, 217, 220; liga entre los, 218; cabezas-trofeos entre los, 218.
muisca, 356, 367, 368, 378, 388, 438; antigua cultura de los, 348; pequeños estados de los, 366; comercio de los, 366; economía de los, 366; casa de los, 367; el tabaco entre los, 367; nobleza guerrera de los, 368; indumentaria de los, 368; autocracia de los príncipes, 370; la jurisdicción de los, 370; harén de los príncipes, 370; el nacimiénto entre los, 371; ideas sobre la muerte entre los, 371; matrimonio entre los plebeyos, 371; sacerdotes de los, 372; sacrificios humanos al sol entre los, 372.
Museo del Trocadero de París, alfombra del, 409.
muskogi, 105, 106, 107, 114, 116, 120, 122, 124, 126, 127, 128, 135, 139; casas rectangulares veraniegas de los, 120, 121; ideas de los, 125; celebración de la cosecha entre los 129; creencia de los, 129; rangos guerreros de los, 137; máscara de calabaza de los, 138; dualismo de los, 188.
mura, 193.
muzo, 348.

Nacó, 339.
nahane, 56, 87.
nahua, 100, 260, 261, 279, 280, 310, 311, 321, 323, 326, 341; invasiones de nahua a la región de los maya, 260; pequeñas colonias en el golfo Chiriquí, 260; expansión de los, 260; pequeños principados en la altiplanicie mexicana, 283; migraciones de los, 263; los más antiguos pueblos, 263; inmigración en los valles de México y Puebla, 265, 266; nivel técnico y artístico de los, 266; supremacía de tribus, 266; cultura, 266, 267, 268, 278, 340; arte nahua de Chichén Itzá, 294; panteón de los, 285; ciencia calendárica entre las tribus, 307; que fundaron Mayapan, 315; expulsión de los, 318; influencias, 320; pequeño estado de los, 340; religión de los más antiguos, 345; existencia de colonias en Nicaragua y Costa Rica, 347.
Nahuelhuapi, lago de, 152.
nahuquá, 213.
Nakum, 313, 320.
nambucuara, los, 193, 210.
Napo, río, 195, 214.
Naranjo, 313.
Nass, río, 74.
Natá, 363.
natchez, 116, 120, 121, 122, 126, 127, 128, 129, 131, 135; del Mississippi inferior, 106; castas entre los, 124; "gran sol" de los, 125; sacrificios humanos entre los, 130; templos de los, 130; adoración solar de los, 138; de Norteamérica, 254.
navajó, 32, 66, 97, 103, 104, 118, 266; producción poética de los, 104; el hogar de los, 104.
Naymlap, 390, 396, 413.
Nazca, 393, 397, 406, 414; territorio de, 398; ruinas y tumbas de la región de, 404; período de, 411.
nazca, estilo, 391, 392; cultura, 395, 397, 402, 406, 412, 416, 417.
Neanderthalensis (hombre), no hay nada que pruebe que haya existido en América, 8, 9.
Nebraska, 133; formas de hojas de, 11.
Negro, río, 152, 153, 160, 193, 194, 196, 197.
negroides, 22.
Nelson, y la duración de la cultura egipcia, 18.
Nemterequetebá (héroe civilizador entre las tribus del altiplano de Bogotá), 372.
neochimu, cerámica, 397; cultura, 405; arte, 410.
neskapi, 55.
Nevada, 90.
Nevado de Acay, 227.
nez percé, 87, 139.
Nezahualcoyotl, rey, 283.
Ngune chen, 244.
Ngune mapun, 244.
Niblack, 118.
Nicaragua, 261, 346, 349, 357; figuras de piedra de, 312; monumentos y hallazgos arqueológicos, 342; islas del lago de, 342 y 343; existencia de colonias nahuas en, 347.

Nicarao, 342.
nicarao, 260, 344, 345; armas de los, 344; sus diferencias de los chorotega en la vida social, 344; la guerra entre los, 344; de los pequeños estados feudales, 345; religión de los, 345; sacrificios humanos entre los, 346; fiesta del cacao entre los, 346; canibalismo entre los, 346; dramas religiosos de los, 346; escritura pictórica de los, 346; calendario de los, 346.
Nicoya, 289 (grabado), 344; bahía de, 261; península de, 342; vasijas policromadas de, 343.
Nimuendajú, 187, 190.
Ninahumpi, 379.
Nohochacyum ("Gran Padre"), 334.
nómadas, 139.
Nordenskiöld, 29, 166, 197, 204, 208, 360, 409; y la escritura incaica, 447.
Norteamérica, 19, 29, 31, 32, 33, 67, 68, 75, 79, 85, 100, 104, 105, 145, 146, 149, 153, 171, 173, 184, 185, 187, 191, 197, 200, 236, 241, 243, 254, 258, 286, 353, 362, 414, 416; y los mamíferos americanos, 10; contrastes entre las zonas pacífica y oriental de, 31; clan del este de, 83; historia del este de, 126; división entre Norteamérica y México, 259; pueblos que vivían al nivel de los actuales californianos y tribus de las mesetas de, 263.
nucaima, 223.
Nueva Escocia, 54.
Nueva Inglaterra, 54, 116.
Nuevo México, estado de, 91.
Nueva York, 108, 110.
nutka, 75, 79, 85, 104.

Oaxaca, 261, 266, 272, 274, 283, 303; valle de, 340.
"Obelisco Tello", 415.
Observación (Patagonia), arroyo, 12.
Oceanía, 23.
Océanos, Atlántico, 22; Pacífico, 30, 64, 310, 331, 340, 348, 349, 350, 357, 385; ártico, 35.
Oetteking, 22.
Ohio, 108, 133, 134; estado de, 106, 109, 110.
ojibwa, 55, 56, 60, 61, 62, 63, 116, 134.
Oklahoma, estado de, 107.
olmeca, 280, 291; la confesión de los pecados de los, 333.
Ollantaytambo, 427, 444.
omagua, 195, 206, 220, 222.
omaguaca, 234.
Omaha, 104, 118, 134.
Ometecutli, 294.
Omeyateyte (Ometecutli), 345.
ona, 25, 147, 150, 152, 158, 160, 226; influencia, 149, 151; tarea de las mujeres de los, 154; transporte de niños entre los, 155; caza del guanaco entre los, 155; albergue e indumentaria de los, 155; tatuaje de los, 155; armas y utensilios de los, 154, 155; cestería de los, 156; organización social de los, 156; aversión de los ona al matrimonio, 156; sociedad secreta de hombres entre los, 156; antepasa-

dos de los, 157; religión de los, 157; sociedad de los, 157; chozas cónicas ceremoniales de los, 159; deidad de los, 163.
Ontario, lago, 54, 105.
Opico, 339.
Oregón, 64.
Orbigny, A. d', 225.
orejones, casta nobles de los, 439.
"Orenda" de los iroqueses, 128, 137.
Orinoco, río, 194; delta del, 194; desembocadura del, 178; región del, 197, 220; conexión acuática del, 197; región del Orinoco superior, 248.
Orizaba, casas de planta ovalada en la región de, 272; pico de, 276.
oro colombiano-costarricense, 347.
osage, los, 134.
Osos, gran Lago de los, 55, 59.
Oterongtongnia, 128.
oto, 134.
otomaco, 194, 220.
otomí, 261, 268, 279, 280; fabricación del papel entre los, 278.
otuke, 178.
Outes, 13.
Oviedo, 252.
oyama, 223; la esclavitud entre los, 217.
oyampi, 195, 217, 222.
oyana, 197, 215.
Ozark, sierra de, 15; región de la sierra de, 133.

Pacífico, 30, 64, 310, 331, 340, 348, 349, 350, 357, 385.
pacífides, 19.
Pachacamac, 390, 391, 402, 404, 408, 411 (grabados), 416, 430, 447; pirámide del sol en, 403; templo más antiguo de, 403; templo del dios, 404; saqueo de la capital incaica de, 430; hallazgo de la gran tumba de mujeres, 445; templo solar incaico de, 445.
Pachacutec, 386, 398, 440, 442.
páez, 348, 367; creadores de la cultura de San Agustín, 356; fiesta de los, 377.
Pajaritos (Nuevo México), meseta, 92.
palacios, mexicanos, 274; reales de Tenochtitlán, 275; de Mitla, 293; de un cacique de los nicarao, 344.
palafitos, aldeas cubanas, iguales a las de las costas de Venezuela, 252.
Palenque, 313, 314, 316, 319, 321, 322, 333; "templo de la cruz" de, 318; palacio de, 320.
"palenque" de los talamanca modernos, 357.
paleochimu, 411; estilo, 391, 392, 393, 398; cultura, 397, 399, 400; período, 408; arte, 415.
palicur, 196.
palmella, 204.
palta, 374, 381.
Pampa Grande (provincia de Salta), sitio arqueológico de, 228.
Pampas, 170, 180, 228; de Sudamérica, 32; cultura de las, 152, 153, 154; equipo de los guerreros de la, 161; posición de la mujer en el área de las, 162.
pámpides, 19.

Panamá, 341, 349, 362, 364; y los elementos negroides, 22.
panche, 348; armas de los, 368; aplanamiento del cráneo entre los, 368; exogamia entre los, 371.
Pane, Ramón, 257.
pani, 137, 138; indumentaria, adornos y tatuaje entre los, 135.
pano, 194, 210, 211.
panzaleo, 375.
papa, cultivo de la, 27, 199.
pápago, 100.
Papaloapán, 273.
Papantla, 298.
Pará, 177.
Paracas, 417, 418; península de, 402; arte de tejer de, 409.
Paraguay, 164, 165, 176, 178, 194; 196, 197, 422; región del, 167; guaraní del, 179, 195.
Parahyba, 177.
Paramunga, 380, 403.
Paraná, río, 152, 165, 169, 177; excavaciones en la región de, 169; tatuaje femenino entre las tribus del, 170; guaraní del, 195.
parentintin, 217.
Paresí, 208.
paressí, 212, 223.
Paria, península de, 248.
Pariacaca, dios en pareja con Huttllallo, 443.
Pasco, cerro de, 388.
Pascua, isla de, 7, 23.
passé, 214, 220.
Pasto, 390.
pasto, 374, 379.
patagones, 25, 152, 162, 169, 172; alimentación de los, 159, 160; el transporte entre los, 159; adornos, tatuaje y solidaridad tribal entre los, 160; el sepultamiento entre los, 163; tratamiento de los enfermos entre los, 163.
Patagonia, 153, 154, 158, 240.
patasho, 185.
Patia, río, 348.
Pátzcuaro, 283; lago de, 261; caza en, 269.
paumarí, 196, 208.
Paya, complejo arquitectónico de la, 229.
payaguá, 164, 167, 168.
Payta, 378.
Paz, río de la, 53; departamento de la, 386.
Peet, 108.
pehuenche, 159.
penobscot, 59, 60.
Pensilvania, 108.
penuti, 64, 259.
Peñas, golfo, 146.
Pernambuco, 178.
Perú, 29, 145, 195, 212, 216, 218, 224, 226, 230, 277, 278, 289 (grabado), 290, 292, 347, 351, 362, 364, 370, 371, 373, 377, 378, 379, 382, 383, 384, 408, 414, 423, 429; una edad de bronce en el, 18; oriental, 194, 200; hallazgos de vasijas de barro y figuras de piedra en el, 312; culturas más antiguas del, 355; estilos artísticos del, 398; sepulturas del, 409; antiguo, 210; diferencias entre pueblos de la costa y los del altiplano del, 419; distintos estilos de mazas del altiplano, 411 (grabado); país clásico del cultivo en terrazas, 419; plantas de cultivo más importan-

te del, 420; indios modernos de, 447.
peruanos, 366; de la época incaica, 383; animal doméstico de los, 400; casas de los, 401; el comercio de los, 409; condiciones sociales y políticas de los pueblos, 412; la fantasía de los peruanos costeños, 414; prácticas fúnebres de los peruanos costeños, 418; la ganadería entre los, 421; la ganadería entre los, 422.
pesca, del arenque, 76; de meros y merluzas en alta mar, 76; del salmón, 76, 87; entre los ge, 181; en la Guayana y el Madeira, 200; entre los tarasco, 270; en la costa peruana, 399.
pescadores, magallánicos, 147, 225; del Perú central, 395.
petasho, 181.
Petén, 13, 309, 311, 312, 313, 315, 316, 330.
"petén", 332.
piaroa, 194, 220.
Piauhy, 177.
"Piedemonte", 105.
Piedras Negras, 313; 319, 322.
pies negros, 143.
Pigafetta, 162.
pijao, 348.
pilagá, 164, 170.
Pilcomayo, río, 164, 165.
pima, 226, 259, 100, 103; cestería de los, 101; tipo de casa de los, 101; guerra con los yuma y apache, 102; secciones en que se dividen las tribus entre los, 102; narcótico corriente entre los, 272.
pincuche ("gente del norte"), 237.
pioje, 194.
pipil, 260, 340, 341, 342.
pirámides, escalonada de Cuicuilco, 264; principal de Tenochtitlán, 297; aztecas, 298; de Xichicalco, 318; "Castillo de Teayo", 318; de Uaxáctun, 320; escalonadas de la costa peruana, 402; del sol de los inca, 403.
Pisac, 426, 445.
Pisagua hasta Huasco, territorio de, 225.
Piseo, valle de, 386.
Pithecanthropus, 8.
Piura, 413.
Pizarro, Francisco, 384.
Plata, isla de la, 382.
Platte, río, 133; meseta de los ríos Platte y Arkansas, 139.
pokoman, 310.
polinesios, 23, 29, 251.
polisintetismo, 21.
Polo de Ondegardo, 444.
pomo, 64.
"poncho de dos pieles", 59.
ponka, 134.
Pontiac, 126.
Poopó, largo de, 386.
Popol Vuh, libro de leyendas, 336.
Porto Viejo, 374.
Potosí, 386, 432.
Powers, 118.
prehistoria, americana, 22; mexicana, 263; peruana, 390.
prehistóricos, tiempos, 31.
Preuss, 11, 356, 369, 373.
proto-algonquinos, 74.
proto-maya, 311.
proto-nazca, cultura, 229.
Pucará de Rinconada, 231, 235.

Puebla, 260, 261, 264.
pueblo, 26, 92, 123, 133, 266, 282; cultura de los indios, 26, 89, 90, 91, 101; cultos de los indios, 72; habitación de los, 89; primeros establecimientos al estilo de los, 91; cerámica de los, 91; influencias españolas en la cultura moderna de los, 92; lucha de independencia de los, 92; arte pictórico de los, 92; grupos lingüísticos de los, 92; territorio de los, 92; arquitectura de los, 93, 101; alimento principal de los, 94; el cultivo de los, 94; cerámica y cestería entre los, 94; indumentaria de los, 95; unidad política superior de los, 97; armas de los, 97; vida social de los, 97; puntos cardinales de los, 98; trabazón entre la vida social y religiosa de los, 98; asociación religiosa de los clanes entre los, 99; fiesta de los, 99; carreras ceremoniales de los, 102; religión de los, 102; tercer grupo del suroeste, 103; aldeas de los, 230; región de los, 262.
Pueblo Bonito, 90, 91, 118.
Pueblo de la Pintura Roja, 54.
pueblos, cazadores, recolectores y cultivadores, 13, 16.
Pueblos, región de los, 65, 66, 71.
puelche, 152, 163.
Puerto Montt, 23.
Puerto Rico, 247, 248, 249, 250, 251, 253, 255, 258; manos de mortero de, 253; antigüedades de piedra de, 257; aros de piedra de, 257.
pulque, 271.
Puna, la, 229, 232, 385, 387, 388, 390, 419, 429, 437; boliviana, 225, 384, 421, 449; de Jujuy, 227, 234; pueblos meridionales de la, 227; de Atacama, 227; argentinas, 229; ritmos arqueológicos de la, 235; imagen de vida de los habitantes de la, 235; habitantes más antiguos de la, 389; único combustible de la, 423.
Puná, isla, 374, 380.
puná, 374, 380.
Punín, 20.
Puno, 386.
"punuk", fase, 36, 46.
purí, 180, 182; saludo lacrimoso de los, 186; creencias de los, 192.
puroha, 376.
puruha, 375, 380, 382; sacrificios humanos de los, 382.
Purús, 193, 201, 22; cuenca del, 196.
Putnan, 13.

quapaw, 120.
Quatrefages, 22.
quayaw, 134.
Quebec, 23.
"Quebrada", 228.
quechua, 389, 434; idioma, 374, 387; división actual de la lengua, 388.
querandí, 152, 153, 158, 161.
querechos, 132.
Quepo, región de, 343.
queres, 92, 93, 97.
Querétaro, 261.
Quetzalcoalt, 263, 295, 296, 303, 304, 340, 343, 345; "templo de", 265; templos de, 272.

quiché, 310, 331, 334, 336; capital de los, 319; clanes de los, 331; estado de los, 331; culto de los quiché actuales, 332; leyendas de los, 334; simulacro de combate entre los, 364.
Quilmes, 230.
quimbaya, 360, 361.
Quinvira, 133.
quillasinga, 375.
quipus incaicos, 447, 448, 449.
Quiriguá, 314, 327, 339.
Quito, 367, 382, 388, 390, 429, 440; habitantes autóctonos de la ciudad de, 375.

Rabinal, 315, 336.
rama, 348.
ramkokamekran, 177.
raqueta, cultura de la, 31, 44, 55, 57, 58, 59; introducción de la, 55.
razas, protomongólica, 18; americanas, 19; dolicocéfala paleoamericana, 20; distribución de, 21; elementos oceánicos en las razas de América, 22; difusión de, 23.
Recuay, cerámica arcaica de, 397.
Red River, 68, 105, 108.
"Relieve de Raimondi", 414.
religión, mexicana, 102, 262; de los kaigaba, 373.
"Renacimiento Maya", 315.
reno, caza del, 39; introducción de la cría del, 39.
Republican, río, 133.
restos, humanos en la Argentina, 8; humanos en América, 9; de animales extinguidos, 9; de sambaquís, 179.
Richthofen, 16.
Rioja, 233.
Rivet, 22, 289, 348; y el indio americano, 19; y los indios del Ecuador, 374; y sus investigaciones sobre la Puna, 388.
Roanake, isla del río, 118.
Robert, 14, 15.
Roca, sexto inca, 439.
Rocallosas, montañas, 9, 15, 17, 31, 54, 56, 103, 132, 139.
Roma, 295.
Román y Zamora, 395.
romanos del Nuevo Mundo, 307.
Roatán, isla, 249.
Roroima, sierra, 208.
Rosen, 207.
ruta, de la inmigración del hombre de América, 17; de comunicación entre los países civilizados asiáticos y americanos, 32; de Smith Sound, 35.

sacerdotes, aztecas, 303; incaicos, 446.
Sacramento, valle de, 64.
sacrificios humanos, y otros de los azteca, 299, 302; de los antiguos mexicanos, 300, 382; de los zapoteca y totonaca, 302; en la costa peruana, 416; en el Imperio incaico, 446.
Sacsahuaman, fuerte de, 426, 427.
Sadiquía Sonoda, 372.
sadlermiut, 36.
Saguenay, 54.
Sahagún, 309.
Salado, río, 228.
Salamanca, 274.

Salar de Uyuni, 388.
Salcajá, 331.
salina, 64.
sambaquis, 179.
samuki, 168.
sanavirón, 228.
San Andrés Tuxtla, 311.
San Agustín, ruinas de, 11; figuras de, 198; cultura de, 355, 356.
San Blas, archipiélago de, 365.
San Francisco, bahía de, 68, 64.
San Joaquín, valle de, 64.
San José (Costa Rica), 350.
San Juan (Argentina), 390; río de, 90, 91, 92, 93, 349.
San Lorenzo, isla de, 36; golfo de, 53, 54; río de, 53, 54, 105; región del, 58, 63.
San Miguel, golfo, 360.
San Salvador, ciudad de, 311, 340.
San Vicente, 249; isla de, 253.
Santa, río, 385.
Santa Bárbara, archipiélago de, 64.
Santa Catarina, 177.
Santa Cruz de la Sierra, 165.
Santa Fe, 164.
Santa María, estilo de, 229, 233, 235; joyas de oro de, 354; cultura de, 354.
Santa Marta, cultura de, 353; hallazgos de, 356; Sierra Nevada de, 367.
Santarem, excavaciones cerca de, 198.
Santiago (Chile), 390.
Santiago del Estero, 164, 165, 228, 387.
Santo Domingo, ciudad de, 257.
Santo Tomás, isla de, 247.
São Paulo, frontera actual del estado de, 178.
São Manuel Paranatinga, 177.
São Tomé, regió del cabo, 179.
Sapir, 73, 140, 259.
Sarmiento, 447.
saskatchewan, región del, 139.
Saturno, 339.
sauk, 61, 128, 135.
Sauvageot, 21.
Savannah, río, 105, 106, 108.
Saville, 377.
Sayí, templo de, 318.
Scioto, río, 111.
scyri, dinastía de los, 375; estado de los, 380; momias de los, 381.
Schmidel, 170.
Schoolcraft, 104.
Schulze-Jena, y el calendario mexicano, 306; sus investigaciones entre los pipil, 340.
Schmidt, 167.
Schuller, 164, 178.
Seattle, 77.
secotan, la casa entre los, 118 (grabado).
Sedna, 51, 52.
Seler, 276, 279, 323.
selish, 66, 74, 77, 79, 81, 85, 86, 87, 104; el huso y el bastidor, invento de los, 79.
seminoles, 107, 118, 121.
Senegambia, 7.
seri, 24, 259.
Serpientes, río, 74.
Serra do Mar, selvas de la, 177.
Serrano, A., 164, 229.
Sesom, 162.
sewee, 117.
shahaptin, 64, 66, 74, 87.

shamán, esquimal angakoq, 52; utensilios del, 63; de los yurok y hupa, 71; shashoni, 71; californiano, 71, 72; de los selish, 86; krik, 131; de los yahgan, 151; cuna, 365.
shamanismo, entre las tribus subárticas septentrionales, 62; de los yuma, shoshoni y californianos septentrionales, 71.
shasta, 64, 104.
shawni, 107, 114, 126.
shirianá, 193.
shoshoni, 63, 64, 67, 69, 70, 71, 87, 89, 91, 92, 100, 139; caza acuática entre los, 67.
shokleng (bugre), 177.
Siberia, 12, 16, 17, 18, 34, 37, 41, 44, 46, 53.
Sierra Nevada de Santa Marta, 348.
Sierras, Madre, 101, 259; de Nayarit, 262.
sílvides, 19.
Simpson, 118.
Sinanthropus, 8.
sinchi, 439.
Sinú, río, 351, 351.
sirione, 199.
sirionó, 193, 211.
sironó, 24.
Sithua, fiesta de, 434, 446.
siux, 63, 105, 106, 108, 115, 117, 131, 134, 135, 143; antepasados de los, 114; migración de los, 114; el comercio entre los, 118; leyes y costumbres de los, 125; ligas entre los, 126, 136; asambleas tribales de los, 128; creencias de los, 129; ídolos de los, 130; relaciones culturales de los, 133; antiguas aldeas de los, 134; vida política y religiosa de los, 136; ideas sobre la guerra de los, 137; danza solar, 138; sepultamiento de los, 138; dualismo cósmico de los, 188.
skraeling, 35.
Skeena, río, 74.
Smith Sound, 38; ruta de, 35.
Sogamoso, 369, 370.
sonorenses, 101.
Southampton, isla, 36.
Soychú, 162.
Spinden, 307, 309.
Squier, 108.
Steensby, 43; investigaciones de, 34.
Steinen, Karl von den, 197, 213.
Steinen, W. v. d., 318.
Sthepens, 327.
Stinen, Karl v. d., 188.
Subtiaba, 342.
subtiaba, 259, 342.
Sucre, 386.
Sudamérica, 8, 10, 14, 19, 116, 171, 186, 196, 197, 209, 211, 248, 249, 250, 253, 347, 361, 381, 390.
Suesca, derecho de asilo del pueblo de, 370.
sumo, 357, 358, 359.
Supe, 385, 389.
Superior, lago, 58, 59.
Susques (provincia de Jujuy), 232.
suyá, 177, 184.
Sven Lovén, 246.
Swanton, 140.

tabaco, 183, 272; entre las tribus de Panamá, 360.
Tabasco, 310, 313, 315, 326, 328, 333.

tacaná, 194, 197.
Tafí, valle de, 235.
Tah Itzá, 318.
Tahuantinsuyu ("los cuatro suyu"), 439.
takulli, 56; adorno ceremonial y prácticas fúnebres de los, 88.
taíno, cultura de los, 248, 252, 253; embarcaciones de los, 251; el robo entre los, 255; las guerras entre los, 255; danza de los, 256; juego nacional de los, 256; ideas religiosos de los, 256; ídolos de madera de los, 257; usanzas de los, 247; prácticas fúnebres de los, 258; creencias de los, 258; mitos de los, 258; economía de los, 249; conquista de los taíno por los españoles, 249; el cultivo entre los, 250; antepasados de los, 250; caza y pesca entre los, 250; flechas y dardos de los, 251; armas defensivas de los, 251; casa plurifamiliar de los, 252; ajuar, 252; cerámica de los, 253; cultivo del algodón entre los, 253; población más antigua de los, 254; vida social de los, 254; deformación craneana y bodoques auriculares de los, 254; indumentaria de los, 254; cacicazgo entre los, 255.
taladro-achicador, 117.
talamaca, 348, 349, 356, 357; cultura, 357; los clanes entre los, 358; tipos de sepultura entre los, 359.
Taltal, 226; concheros de, 146.
Tahití, 23.
tairona, 348, 349, 356.
Tamajestad, "el sacerdote", 345, 346.
tamanac, 197.
"Tambo" de Callo, 374.
tanaina, 56.
tano, 92.
Tanquián, 276.
Tapajoz, río, 178, 198; región del río, 195, 222.
tapé, 178.
tapuya, 179.
tarahumara, 100.
tarairyu, 178, 179, 181, 184, 189.
tarascos, 261, 268, 269, 275, 280, 290; pesca entre los, 270; arma principal entre los, 270; de Tlaxcala, 279; condiciones políticas entre los, 283; estado de los, 287; costumbres funerarias de los, 293; culto solar de los, 295; cultos de los, 302.
Tárraba, río, 357.
Tastil, 230.
tatuaje, 60, 362; de sutura, 184.
taulipang, 197.
Tawiskaron, 128.
Teayo, 298.
Tecumseh, 126.
Teeple, 330.
Tehachapi, sierra, 65.
Tehuantepec, 283; istmo, 259.
tehuelche, 152, 161, 162; armas de los, 158; casas de los, 207.
Tello, 396, 397, 402, 414, 415, 417.
Temaukel, 157.
tembé guayayara, 178.
"tembetá", 175.
templos, de los natchez, 130; de Huitzilopochtli, 297; de Quezalcoatl, 298; nahuas de Chichén Itzá, 298; de Tenochtitlán, 298, 299; de Sayi, 318; de los guerre-

ros, 320; de Izamal, 332; mayas, 402; Pachacamac, 403, 404, 428; del sol, 426, 445; del Cuzco, 442; de Huiracocha, 444; de los inca, 444.
Tenampua, 339.
Tenayuca, 266, 298.
Tennessee, 110, 126; río, 106; región, 107; praderas de, 115.
Tenochtitlán, 260, 274, 283, 284, 295; reyes de, 266; palacios de, 275; sacrificios a los dioses en 282; tributos de los pueblos conquistados guardados en, 286; pirámide de, 289, 297; fundación de, 294; templos de, 298, 299.
Teopanzolco, 298.
Teotihuacán, 273, 297, 325; cultura de, 27, 264, 265, 266, 267, 277; formas artísticas de, 267; estilos cerámicos de, 265; vaso de, 276; templo de Quetzacoatl en, 298.
teotihuacana, época, 377.
tepaneca, 266, 283.
tepehuano, 100.
Tequendama, cascada de, 372.
Terner, 330.
Térraba, llanos de, 350.
térraba, 348.
Terranova, 53, 54.
Teteoinnan, diosa de la lluvia, 296.
tetón-dakota, los, 139.
Texas, 20, 90, 140.
Texcatlipoca (véase Tezcatlipoca).
Texcoco, 260, 283, 284, 295; palacio de, 274.
Tezcatlipoca, 295, 296, 300, 304, 305.
Thisquesuza, 369.
Thomas, Cyrus, 108.
Thompson, río, 74.
Thompson, concordancias calendáricas de, 309.
Thorfinn Karlsefnis, su expedición a Vinlandia, 34.
Thule, cultura de, 44.
Tiahuanaco, 378, 390; observatorio del sol de, 17; cultura de, 228, 229, 391, 393, 394, 406, 429, 442, 443; ruinas de, 390; cerámica de, 391; arte de, 391; fase más antigua de, 393; relaciones estilísticas y temáticas de, 397; herencia del arte de, 427; época de, 430; tiempos epigonales de, 431.
Tibet, 18.
Ticomán, cultura de, 264.
Tierra del Fuego, 23, 24, 145, 146, 154, 159, 160, 168, 180, 226, 389; habitantes del interior de la, 147; isla grande de, 151, 152.
Tikal, 313, 316, 319, 321, 327, 333.
tikuna, 217, 220, 223.
timbé, 164.
timbirá, 177, 181, 184.
Timbú, 170.
timbú, 166.
timote, 349, 366, 368.
timucua, 106, 115, 121, 122, 124, 126, 127, 130, 131; fiesta de la primavera de los, 129.
tipi, de los indios de las praderas, 104.
Titicaca, lago de, 386, 388, 389, 390, 391, 426, 432, 445; isla de, 389, 427.
Tizoc, 299.
Tlacopan (Tacuba), 283.
Tlaloc, dios de la lluvia, 292, 297, 303, 443.

tlapaneca, 259, 262, 302.
Tlaxcala, 260, 276, 283, 295, 297.
Tlazolteotlo Teteoinnan, diosa de la lluvia, 292, 296, 302, 333.
tlingit, 79, 81, 104; canastas de los, 77.
tobá, 164, 170, 173, 174; guerreros de los, 170; costumbres de los, 172.
Tocatín, río, 177.
"tolaeche", culto del, 72.
Tolima, estado de, 387.
tolteca, 262, 266; imperio, 262, 265; mito de los, 295, 390.
Toluca, 261, 278, 283.
Tollan, 263, 303, 304.
Tonacatecutli, 294.
Tonapa, dios, 443.
Tonatiuh, 294.
Toniná, 314, 321.
tónkawa, 140.
totonaca, 261, 279, 287, 291, 298, 310; cultura, 261, 264, 268, 276; territorio de los, 271; región de los, 273; sacrificios humanos entre los, 302.
Trenton (Nueva Jersey), 12, 13, 54.
tribus, indias, 21, 113; de América del Sur, 25; del río Amur, 65; costeras de Oregón y California, 74; de California y de la Gran Cuenca, 89; sonorenses, 100, 102; del Missouri, 134; cazadoras de los bosques septentrionales, 139; bases religiosas de las nómadas, 143; costeños de Tierra del Fuego, 148; araucanas, 152; pampeanas y patagonas, 159; del Chaco, 166, 171, 172, 174; guaikurú, 161; del Brasil Oriental, 191, 193; amazónicas, 193, 200, 209, 210, 214, 215, 217, 218, 219, 220, 221; tupí del río Tapajoz, 195; subandinas, 196; arawal, 196; de Bolivia, 205; de las fuentes del Xingú, 206; del Uaupé, 207; tupi, 220; pano, 220; de Chile y Argentina, 225; de Oaxaca, 261; nahuas, 262; del arcaico, 264; de la altiplanicie mexicana, 278; mayas, 310; de Popayán, 348; de Nicaragua y Honduras, 349; caribes, 360; de Panamá, 360; colombianos modernos, 360; del Cauca, 362, 364; ecuatorianas, 380, 381, 382, 479; de los inca, 442.
Trimborn, H., 369, 439.
trineo de patines, 57.
Trinidad, 196; isla de, 248.
triqui, 272.
trofeos incaicos, 433.
Trujillo, 385, 399 (grabado), 400 (grabado), 402, 407 (grabado), 412 (grabado); hallazgos de Trujillo, 405; valle de, 413.
"tsantsa" de los jívaro, 219.
Tschudi, 387.
tsilkotin, 56.
tsimshian, 74, 79, 104.
Tsitsis phandáquare, 283.
Tuatemala, 276.
tucano, 194, 209, 215, 224, 374.
Tucumán, 227, 228, 229, 422.
Tuitlán, antigua ciudad de, 274.
Tulum, 313, 318, 319, 320, 323, 330; templos de, 333.
Tupac Amaru, 429.
Tupac Yupanqui, 237, 379, 440.
tupi, 26, 175, 178, 179, 185, 194, 195, 196, 200, 205, 209, 211, 214,

216, 218, 222; 224, 228; fósiles dominantes de la cultura, 165; "tembetá" de los, 175; tierra de origen de los, 178; invasión de los tupi-guaraní, 179; gorro de plumas de los, 185; la hamaca de los, 182; poder de acomodación de los, 195; travesías por mar de los, 206; prisioneros de guerra de los, 217; la esclavitud entre los, 217; cabezas-trofeos entre los, 218; práctica de comerse a los enemigos muertos en combate y a los prisioneros de guerra, 219; leyenda de la creación del mundo entre los, 225.
tupilipang, 221.
tupinamba, 178, 215.
tupiniquín, 178.
Tumbes, 379, 384, 390, 413; mercancías de la balsa de, 409; habitantes de la faja costera entre Tumbes y Piura, 385.
Tuncahuán, período de, 378.
Tungurahua, 382.
túnica, 105, 106, 115, 140; el tatuaje entre los, 123.
tunit, 36.
Tunja, 366, 372.
tuskarora, 107, 126.
Tuxpan, 289 (grabado).
Tuxtla, hallazgos de, 268; inscripción de, 312; figuritas de, 336.
Tuyra, 364.
tzapoteca (véase zapoteca).
tzental, 310.
Tzintzuntzan, 283, 295.
Tzultaccá, 334.
Uaupés, río, 210, 222; región del, 214, 215, 216, 218, 220; costumbres de los indios del río, 219; danzas y máscaras entre las tribus del, 223.
Uaxoctún o Chichén Itzá, 339.
Uyacali, 195, 196, 209, 223.
Uhle, 229, 377, 387, 388, 391, 395, 444.
uitoto, 194, 206, 207, 217, 224, 225.
Ulúa, río, 328, valle del, 311.
Ulrich Schmidel, 167.
umaua, 204, 218.
umiak, 42.
uro, 24, 197, 225, 388, 399; cultura de los, 388; modernos, 414.
uru (véase uro).
Urubamba, 386; 419; río, 428; valle del, 426.
Uruguay, río, 164.
Usumacinta, río, 309, 310, 316, 322, 330, 383; ciudades de la región del, 313.
Utah, 20.
utensilios, de las tribus del Chaco para la preparación de alimentos, 168; de cobre de los, "esquimales del cobre", 47; de hierro meteórico, 47; del grupo de las cordilleras, 226; incaicos, 432, 439.
Uuaxactum, 312, 314, 320, 321.
Uxmal, 316, 318, 320.

Vaillant, George C., 14, 263.
Valencia (Venezuela), 354; lago de, 349.
Vancouver, isla, 74.
vasijas, con brillo metálico (de Ato-

tonilco-Quimiztlán), 276; policromadas de Nicoya, 343; trípode en el estilo protopanzaleo, 376; de barro de Trujillo, 401; de barro paleochimu, 343, 414; chimu, 414.
vasos, de la cultura paleochimu, 414; de Tiahuanaco, 431.
Vázquez de Coronado, 260.
"Vega Real", 250.
Velasco, 375, 380, 381, 383.
Venecia, 274.
veneno, 204.
Venezuela, 206, 211, 349.
Venus, 307, 339.
Veracruz, 261.
Verneau, 22.
Viedma, 162.
Vignati, 227.
Vilcañota, valle del, 386, 444.
Vilcas Hauman, 423, 444.
Vincent, 207.
Vinlandia, expedición de Thorfinn Karlsfnis a, 34.
Vírgenes, islas, 248.
Virginia, 112, 115, 116, 118, 125, 126.
volcán, de Tuxtla, 311, 346.

wabanaki, 61.
Wafer, 362, 363.
Wagner, E. y D., 235, 236.
wakash, 74, 80.
wapishana, 196, 216.
warrau, 194.
Wáshington, estado de, 74.
Watinanauewa ("El Ancianísimo), 150.
Whitney, 8.
wichita, 133; casa de los, 118 (grabado).
Wied, príncipe, 186.
"wigwam", 58.
Wilson, 13, 108.
winnebago, 113, 134, 135, 138.
Winnipeg, lago, 53.
wintun, 64.
Wisake, 61.
Wisconsin, 17, 108, 110, 112.
Wiyot, 63.

Xbalanque, 334.
Xaratanga, 295.
Xichicalco, 291.
Xipe, 127, 300, 301, 302; sacrificio a, 138.
xinca, 259, 341.
Xingú, río, 176, 177, 195, 201, 205, 219, 224; región de las fuentes del, 196, 208, 209, 211, 212; fuentes del, 178, 210, 223.
Xiu, 316, 330.
Xiuhtecutli, 296.
Xlabpak, 320.
Xochimilco, pirámide de, 268; lago, 271.
Xochipilli, 297.
Xochicalco, pirámide de, 298.
Xolotl, 293, 305.

yacón, 64.
yaguna, 194.
yahgan, 146, 147, 156; lenguas de los, 146; lanza arrojadiza y arpón de los, 148; organización económica de los, 149; collar de con-

chas de los, 149; shamanes de los, 151.
Yakima, río, 87.
yamamadí, 196, 208; construcciones de casas entre los, 207.
yámana, 146.
Yapurá, río, 193, 197, 223.
yaruro (lengua), 374.
yaqui, 104.
Yaxchilán, 319, 321, 322, 313.
Yocahu, 256.
Yocavil, valle, 230, 233.
yokuts, 64, 69.
Yucatán, 249, 251, 255, 256, 297, 309, 311, 313, 316, 318, 320, 321, 323, 325, 326, 328, 329, 330, 333, 335, 336, 384; península de, 310; colonización de, 315; ciudades de, 315; construcciones de, 318; vida de, 327; ingreso de los niños en el clan, 331; unificación religiosa en, 334; mitología maya de, 334.
Cecilia. 20 abr. Ind. *Etn.* G. 29.
Yucay, habitantes del valle de, 430.
yuchi, 105, 106, 117, 124, 126, 128; fiesta del maiz tierno, 129; adoración solar de los, 138.
Yukon, 20, 34, 39, 53, 55, 57; valle del, 17.
yuma, 64, 69, 73, 89, 102, 227; armas de guerra de los, 70; entidad política de los, 70.
Yunca, 385.
yuracare, 194, 205, 220; flechas para duelos de los, 218.
yuri, 214, 220; danza de máscaras de los, 223.
yurok, 63; 70, 71.
yuruna, 195; tonsuras frontales y coronales, 215.
yurupay, 223.
yute, 87.

Zaachila, 283.
Zacatecas, 261, 290.
Zacatenco, cultura de, 264.
Zacatula, 283.
zapoteca, 261, 262, 264, 267, 268, 272, 273, 275, 278, 279, 280, 287, 297, 302, 303, 321, 327; estilo, 267; la caza entre los, 269; mujeres de los, 279; residencia de los reyes, 283; hallazgos arqueológicos, 293; sacerdote-rey de los, 303; región de los, 311, 395.
Zaque, 366, 369.
Zayí, 319.
zemi, 255.
Zempoala, 273, 298.
Zipa, 366, 369; educación que recibía el presunto sucesor del, 366; dignidad y territorio del, 370.
Zipacna, dios de los volcanes, 334.
Zona del Canal, 348.
zoque, 259.
Zotzil, 310.
Zumárraga (primer obispo de México), 308; códice, 262.
zuñi, los, 92, 97, 98, 99, 104, 118; peinado y orejeras de los, 95; deidades de los, 100.

INDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN 7

I. NORTEAMERICA

A. LOS RECOLECTORES, CAZADORES Y PESCADORES:

1. *Los esquimales* 34
2. *Tribus subárticas* 53
3. *Californianos y tribus de las mesetas* 63
4. *Tribus de la costa noroccidental* 73

B. LOS CULTIVADORES:

1. *El grupo del suroeste* 88
2. *El grupo del sureste* 105
3. *Los indios de las praderas* 131

II. SUDAMERICA

A. LOS RECOLECTORES, CAZADORES Y PESCADORES:

1. *El grupo magallánico* 145
2. *El grupo de las pampas* 151
3. *El grupo del Chaco* 164
4. *El grupo del Brasil oriental* 176

B. LOS CULTIVADORES:

1. *El grupo amazónico* 192
2. *El grupo de las cordilleras* 225
3. *El grupo de las Antillas* 246

III. LOS PUEBLOS CIVILIZADOS

1. *El área cultural mexicana* 259
2. *La cultura maya* 307
3. *Las ramificaciones meridionales de las culturas mexicana y maya y los chorotega* 339
4. *El área cultural colombiana* 346
5. *El Ecuador* 373
6. *El área cultural peruana* 383
7. *La costa peruana* 398
8. *El Imperio incaico* 419

ÍNDICE ANALÍTICO 453

Este libro se acabó de imprimir el día 18 de mayo de 1946, en los talleres de Gráfica Panamericana, S. de R. L., Pánuco, 63, México, D. F. Se usaron en su composición tipos Goudy de 12:14, 10:12 y 8:10. La edición estuvo al cuidado de *Daniel Cosío Villegas*.